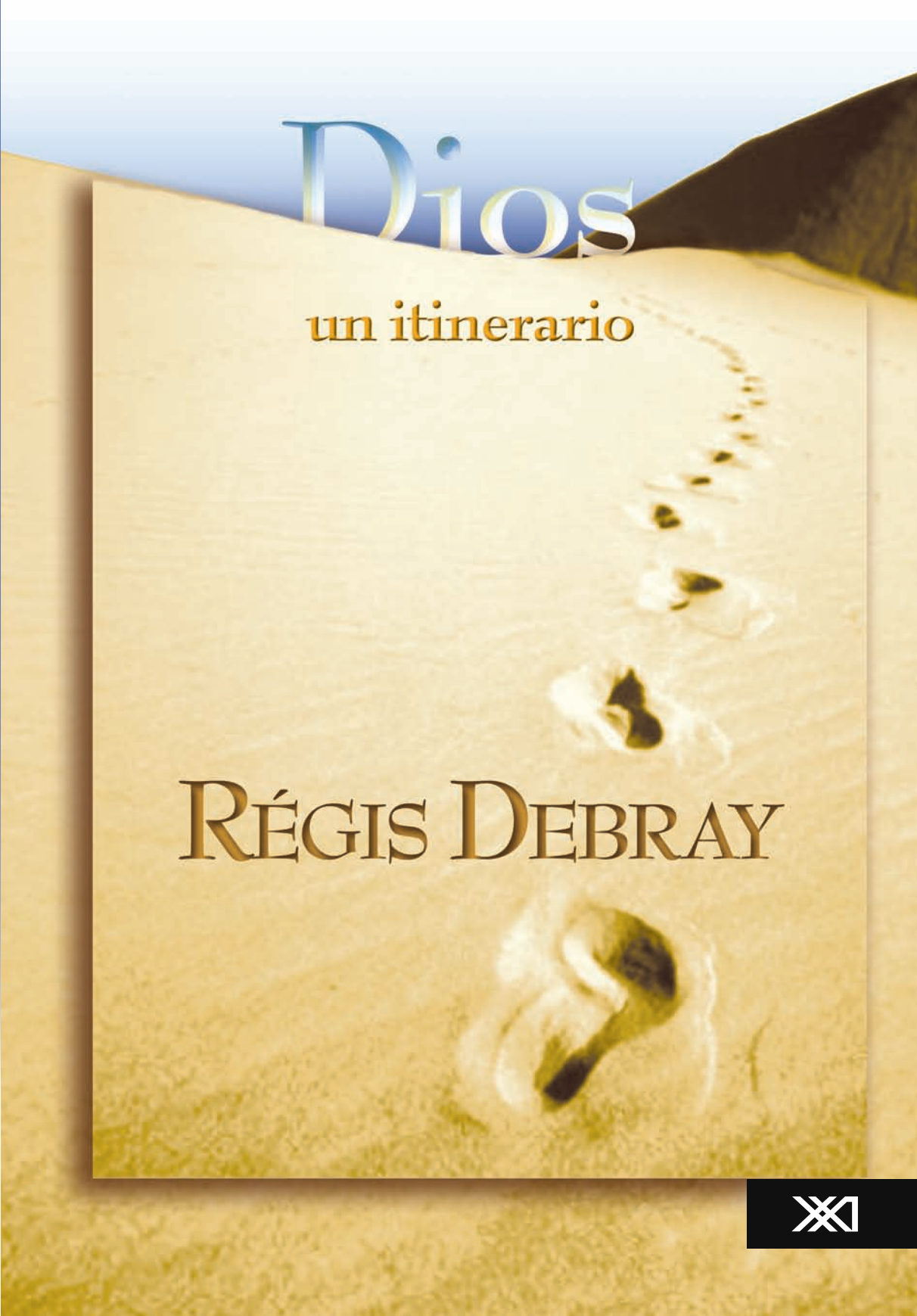
Dios

un itinerario



RÉGIS DEBRAY

Traducción de
EDUARDO MOLINA Y VEDIA

Revisión de
JOSEFINA ANAYA

DIOS

Un itinerario

Materiales para la historia del Eterno en Occidente

Régis Debray

siglo
veintiuno
editores

siglo xxi editores, s.a. de c.v.
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores argentina, s.a.
TUCUMÁN 1621, 7 N, C1050AAG, BUENOS AIRES, ARGENTINA

portada de ivonne murillo
diseño de interiores: maría luisa martínez passarge
concepción gráfica: louise merzeau

primera edición en español, 2005
© siglo xxi editores, s.a. de c.v.
ISBN 968-23-2547-1

primera edición en francés, 2001
© éditions odile jacob, parís
título original: *dieu, un itinéraire*

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico / printed and made in mexico

Este viaje no habría sido posible sin el aliento de todos los que aceptaron responder incansablemente a mis preguntas incitándome a menudo a reformularlas. Permítaseme agradecer en primer lugar al padre Jean-Michel de Tarragon, superior del convento Saint-Étienne de Jerusalén y director de la Revue Biblique*, así como a los hermanos dominicos de Nablus Road; a Simon Claude Mimouni, director de estudios de la École Pratique, sección de las ciencias religiosas, y director de la* Revue des Études Juives*; y a Maurice Sachot, profesor en la Universidad Marc-Bloch de Estrasburgo y especialista en la Antigüedad tardía.*

El padre Olivier de la Brosse, superior del convento dominico de Saint-Honoré, así como en otro campo Anne-Hélène Hoog, del Museo de Arte y de Historia del Judaísmo, tuvieron también la gentileza de guiar mis pasos hacia valiosas fuentes de información.

Ojalá perdonen mis errores de interpretación y acepten la expresión de mi gratitud.

Portadilla: Frontispicio para la *Biblia de la Imprenta Real*, dibujado por Poussin y grabado por Mellan, 1642. Biblioteca Nacional de Francia, Estampes, ed. 32, p. 2.

Las citas del Antiguo y del Nuevo Testamento remiten a la *Traduction Œcuménique de la Bible* (TOB, nueva edición revisada, 1988). [Para la edición española estas citas han sido cotejadas con la Biblia de Jerusalén, nueva edición, totalmente revisada y aumentada, México, Porrúa, 1993.] Las referencias siguen la disposición en capítulos y versículos según las abreviaturas y las siglas tradicionales, cuya tabla general vemos a continuación.

Ab	Abdías
Ag	Ageo
Am	Amós
Ap	Apocalipsis
1 Co	1 Corintios
2 Co	2 Corintios
Col	Colosenses
1 Cr	1 Crónicas
2 Cro	2 Crónicas
Ct	Cantar de los Cantares
Dn	Daniel
Dt	Deuteronomio
Ef	Epístola a los Efesios
Esd	Esdras
Est	Ester
Éx	Éxodo
Ez	Ezequiel
Flm	Epístola a Filemón
Flp	Epístola a los Filipenses
Ga	Epístola a los Gálatas
Gn	Génesis
Ha	Habacuc
Hb	Epístola a los Hebreos
Hch	Hechos de los Apóstoles
Is	Isaías
Jb	Job
Jc	Jueces
Jl	Joel
Jn	Evangelio según Juan
1 Jn	1ª epístola de Juan
2 Jn	2ª epístola de Juan
Jon	Jonás
Jos	Josué
Jr	Jeremías
Judas	Epístola de Judas
Lc	Evangelio según Lucas
Lm	Lamentaciones
Lv	Levítico
Mc	Evangelio según Marcos
Mi	Miqueas
Ml	Malaquías
Mt	Evangelio según Mateo
Na	Nahúm
Ne	Nehemías
Nm	Números
Os	Oseas
1 P	1ª epístola de Pedro
2 P	2ª epístola de Pedro
Pr	Proverbios
Qo	Eclesiastés (Qohélet)
1 R	Libro primero de los Reyes
2 R	Libro segundo de los Reyes
Rm	Epístola a los Romanos
Rt	Rut
Sal	Salmos
1 S	Libro primero de Samuel
2 S	Libro segundo de Samuel
So	Sofonías
St	Epístola de Santiago
1 Tm	1ª epístola a Timoteo
2 Tm	2ª epístola a Timoteo
1 Ts	1ª epístola a los Tesalonicenses
2 Ts	2ª epístola a los Tesalonicenses
Tt	Tito
Za	Zacarías

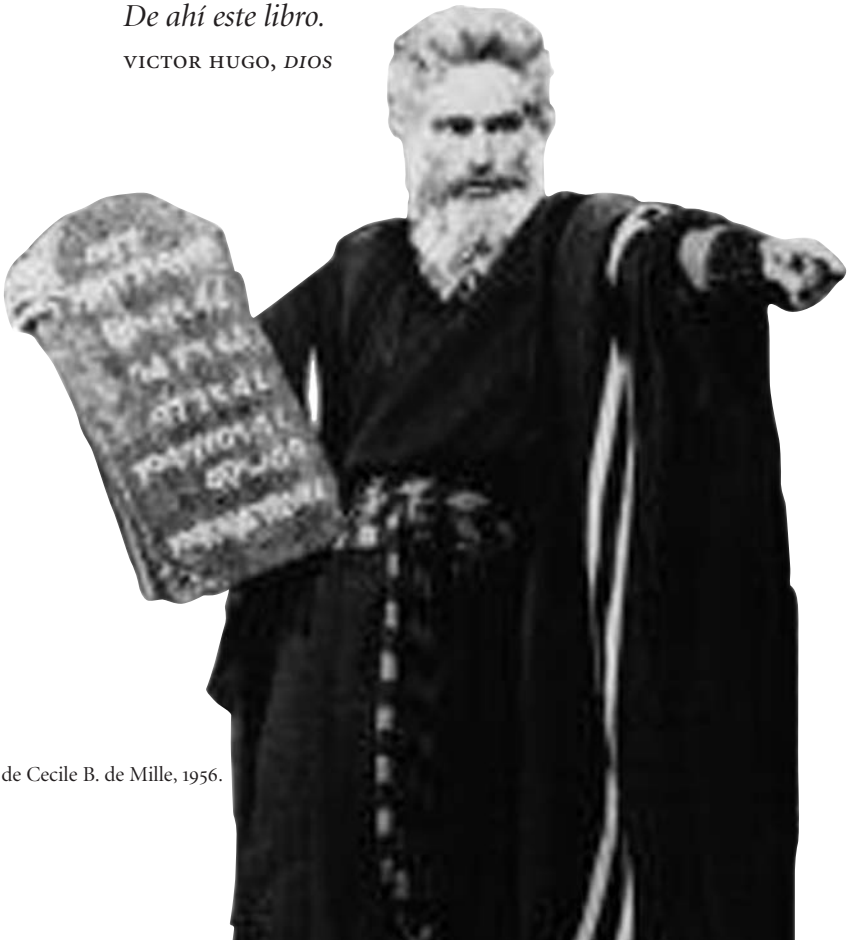
Así, por ejemplo, Gn 33, 2-4 quiere decir Génesis, capítulo 33, del segundo al cuarto versículo.

CAPÍTULO I

Modo de empleo

Meditar
ante este
temible signo
de interrogación
es a nuestro juicio
el deber de todo espíritu.
De ahí este libro.

VICTOR HUGO, *DIOS*



Los diez mandamientos, de Cecile B. de Mille, 1956.

Desde hace un cuarto de siglo las ciencias de la religión han tomado una ventaja amenazante sobre la conciencia religiosa, comprendida la que los agnósticos se forjan del acervo legendario común. Las dataciones, los lugares consagrados, los superhombres de la saga bíblica, tal como nos han sido transmitidos por nuestros abuelos, por el catecismo, el *best-seller* o la tradición, no circulan ya entre la mayoría de los universitarios. Abraham, "el padre de todos nosotros", 1750 antes de Cristo; Moisés, 1250 antes de Cristo; la salida de Egipto, el Monte Sinaí, Josué y Jericó, David y el templo de Salomón, el Nuevo Testamento opuesto al Antiguo: tales son los estereotipos y las creencias reflejas que los mejor instruidos de los creyentes mismos desmontan serenamente.[1] El abismo que se ha abierto entre la imagen que recibimos de nuestros orígenes y el conocimiento que nos entregan hoy la arqueología, la epigrafía y la exégesis, no opone a la fe de un lado y a la ciencia del otro. Dentro del ámbito francófono, los pioneros de la indagación paciente y del saber positivo se encuentran, en gran parte, en los conventos y las congregaciones, entre los pastores o los monjes, mientras que prevalece en los medios laicos o ateos una inercia al pasado (y los medios que se consideran cultivados no son los menos crédulos). La precisión respecto de los hechos

[1] Se hace aquí referencia al viraje (algunos lo llaman cisma) suscitado en particular por dos investigadores anglosajones: el estadunidense Thomas L. Thompson (*The Historicity of the Patriarchal Narratives. The Quest for the Historical Abraham*, Berlín, 1974) y el canadiense John van Seters (*Abraham in History and Traditions*, New Haven-Londres, 1975).

Tinaja de barro cocido que contuvo manuscritos y fragmentos del Rollo de Isaías encontrados en Qumrán. Museo de Israel, Jerusalén.

y el rigor intelectual pueden elegir domiciliarse entre dominicos y jesuitas, judaizantes e islamólogos de la Antigüedad. Pensamos, por ejemplo, en la Escuela Bíblica y Arqueológica Francesa establecida en el convento dominico de Saint-Étienne de Jerusalén, y en los trabajos de la *Revue Biblique*, publicada bajo su cuidado desde hace 108 años. Absurdo paradójico al que conduce una laicidad mal comprendida, en última instancia suicida, que proscribe de la escuela pública la historia de las religiones. ¿Se quiere, con el iletrismo creciente, hacer mañana de los monasterios el último reducto de la Ilustración? *(a)* [Véanse, cuando aparecen estas referencias indicadas con letras, las "Notas complementarias" al final del libro.]

Si nos dirigimos aquí al simple curioso no es, ni con mucho, con la ambición de colmar ese vacío. Para ser divulgador hay que ser sabio. Y haber digerido los innumerables análisis especializados cuya síntesis es el único recurso que permitiría desbaratar la habitual correlación entre lo pretencioso de un título y la indigencia de los desarrollos. Si bien nuestra atención hacia las cuestiones religiosas se remonta a más de veinte años atrás, no tenemos para

hacerlo ni la intención ni la competencia requeridas (leo griego y latín, pero no el hebreo ni el árabe, y tampoco los jeroglíficos ni la escritura cuneiforme). Me bastaría con sacudir el yugo de las docilidades pasando de la idea recibida a percepciones más reflexivas. *(b)*

Y ello a partir de un primer motivo de asombro: nuestro Padre Celestial representa, sobre la superficie del globo y en la espesura de las edades, un Ser extraño que desentona. Creer es sin duda natural en el único animal que sabe que va a morir. Pero es tan poco natural "creer en Dios" que muchas civilizaciones de que guardamos memoria, y de las más refinadas, han podido vivir y morir de una buena muerte sin tener la menor idea de un Creador todopoderoso y lo bastante indulgente como para venir a cuchichearnos al oído. Sólo las religiones proféticas referidas a un fundador putativo, como Moisés, Zaratustra, Mani o Mahoma, han concebido tal extravagancia. Su banalización epidémica escamotea a nuestros ojos los menudos azares desencadenantes: esas "pequeñas verdades sin apariencia" que Nietzsche, en *Humano, demasiado humano*, opone a los "grandes errores bienhechores". Y hacia ellas querríamos remontarnos para captar lo que una adquisición tan insólita tuvo de aventurado y fecundo a la vez. No para poner a Dios en discusión por enésima vez sino para comprender cómo el único carnívoro en practicar el ayuno voluntario ha fabricado su humanidad.

¿Nuestro "gran quizá" es una evidencia o un gran cuento? Que se nos excuse por no *saber* nada de ello. Registrar sus pasajes y sus bruscos cambios basta para nuestro propósito. Que Él se apareció antiguamente a ciertos errantes llamados profetas es un hecho sustentable mediante documentos. Que pueblos desconfiados y guerreros les hayan seguido los pasos, por su propio interés, es un segundo hecho. Que esa turbina interior hizo galopar al bípedo creyente de Jerusalén a Bizancio pasando por Roma, de La Meca a Córdoba y de Europa a América para destruir y reconstruir, para inmolarse y masacrar en toda suerte de incursiones, conquistas, colonizaciones y guerras santas, es un tercer hecho. Y así sucesivamente. Dejemos a personas más inspiradas que nosotros la tarea de decidir quién es el generador del otro, si Dios o el kamikaze. Los efectos son verificables, la Causa Última, infalsificable. Nos atendremos al plano de lo manifiesto para identificar por qué vías el fuego de Dios ha podido transmitirse

del desierto a la ciudad. Investigación por fuerza aventurada pero en perspectiva tediosa, a ras de vestigios, señales y archivos. No me sumergiré en la noche de los tiempos para volver con cosas ocultas desde la fundación del mundo, con algo nunca dicho que dormía en los entresijos de las Escrituras y cuya exhumación nos entregaría la palabra final acerca del futuro. Me apegaré humildemente a la flora y a la fauna, a los contornos y a los materiales; a las labores de irrigación y de almacenaje. Interrogar al Invisible a simple vista, sobre su recorrido más que sobre su discurso, es tomar lo comprobable como hilo conductor tratando de evitar el delirio de la interpretación. Procurando no tergiversar a este Invisible para no hacer que diga lo que nosotros sabríamos ya por otra parte. Sin querer rivalizar con los ventrílocuos de la fórmula nueva que —con desprecio hacia toda consideración de la realidad de los hechos, las fechas y los lugares— hacen endosar generosamente a la historia santa su gran o pequeño secreto (la Energía Vital, el asesinato del Padre, la violencia sacrificial, etc.). Y recordando la expresión del cineasta Robert Bresson: "Lo sobrenatural es naturalmente preciso." Si tenemos alguna ambición es la de responder lo más sobriamente posible a una pregunta infantil, a menudo dejada de lado por trivial: ¿cómo es posible que este Ausente nacido en el desierto hace tres mil años siga entre nosotros? ¿Y que cientos de millones de seres humanos (que no se desplazan ya a lomo de asno o de camello sino en tren y en avión) continúen yendo a su encuentro en el peregrinaje, el sacrificio o la fiesta, a la mezquita, la iglesia o la sinagoga?

Porque Él no ha estado siempre ahí, por encima de nuestras cabezas o en el fondo de nuestro corazón. Hubo un tiempo, muy prolongado, en que Él no salía de Su casa: y otro, muy reciente, en que su ausencia fue constatada o supuesta. La denominación de origen permanece, pero el Ser así llamado no tiene el mismo modo de existencia en el año –500, +400 y +2001, ya sea que estemos en Hebrón, Bizancio o Boston.

יהוה ΘΕΟΣ DEVS DIEU DIOS GOD

¿El mismo nombre, la misma persona? Al separarlo de los procedimientos y de las instituciones que lo producen y lo reproducen, se ha *ontologizado* lo sacro (Mircea Eliade) para no tener que *historizarlo*. Por la dicha de cobijarse bajo

una totalidad cerrada, dada de una vez y para siempre en la forma tranquilizadora de lo idéntico. Para evitarse el hacer descender a nuestro *Deus ex machina* a la sala de máquinas para subsanar los quiebres y los zigzags del gran camino. El Dios de los Ejércitos de Israel no es el Dios de amor e intimidad del cristiano, que tampoco es la Energía Cósmica impersonal del New Age. Si la frase "Yo soy El que soy" hubiera sido su *última* palabra, Yahvé habría permanecido inmutable en lo absolutamente simple. Pero la prolongada duración revela hasta qué punto el Único no es el Simple. Nos dedicaremos aquí al curso de sus complicaciones. Para despejar las peripecias de un nacimiento, las bifurcaciones de un itinerario y los costos de la supervivencia. Y esto sólo en Occidente, área de civilización limitada, delimitada: la nuestra. Este recorte, o esta confesión de incompetencia, lo sabemos arbitrario e incluso un poco escandaloso, puesto que deja de lado al Islam (que fue más de una vez "occidental", instalándose en Sevilla y llegando hasta los muros de Viena). En la cristiandad misma la oposición Occidente/Oriente no tuvo sentido sino a partir del segundo milenio con el cisma del *filioque*.[2] Nuestro Único nos viene de Oriente, al igual que Europa, hija de Agenor, rey de Fenicia, de donde Zeus la raptó metamorfoseado en toro para llevarla a Grecia. Pero del Oriente árabo-islámico (sobre el cual nuestros conocimientos son de segunda mano) no trataremos sino lateralmente, al menos en el presente volumen. Es evidente, pues, la exigüidad del campo aquí atravesado.

Debo decir de una vez lo que no tiene que buscarse en este libro: nada que se parezca a "Ciencia y Fe, convergencia o antagonismo", y menos aún a "Ética y Decálogo, los límites de la permisividad". No nos preguntaremos si el universo es testimonio o no de una finalidad; si hay lugar, junto al enfoque científico fundado en la observación y el razonamiento, y después en los quanta y en Gödel, para otro orden de realidad accesible mediante la conciencia o la intuición; si la lógica del *cómo*, la de la ciencia, hace justamente a su lado una lógica del *porqué*, la de las religiones; si lo que sabemos hoy del universo nos autoriza o no a suponer un Proyecto Inteligente; si la invención (o el descubrimiento)

[2] En 1054 la Iglesia oriental griega se separa de la Iglesia latina al rechazar la afirmación de que el Espíritu Santo procede del Padre "y del Hijo".

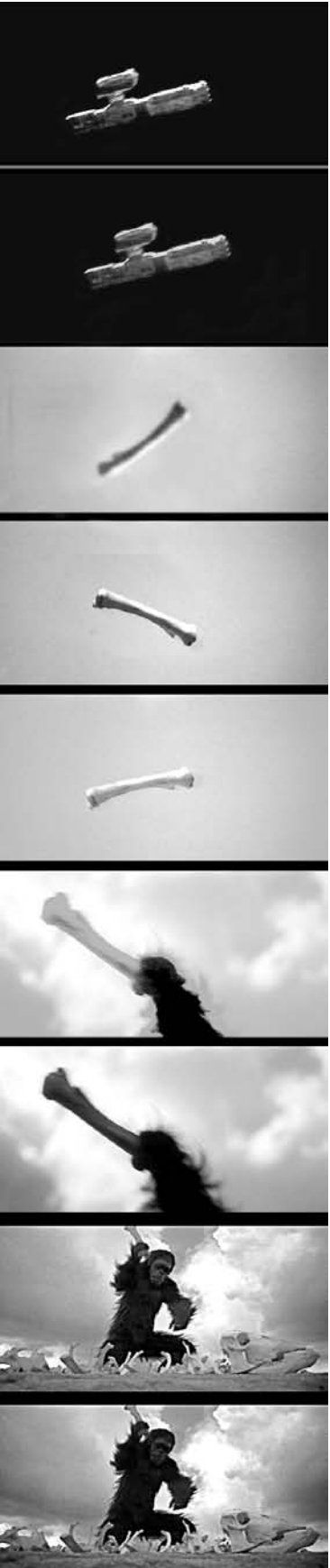
de un Dios único procede de una lamentable metida de pata o de un rasgo de genio; si de la invención (o el descubrimiento) del Bien y del Mal han resultado más bienes o males que a la inversa: todas éstas son preguntas honorables y cautivantes y apelo al derecho de no opinar acerca de ellas (o de opinar lo menos posible, puesto que nadie es perfecto).

Del monoteísmo todo se ha dicho, y de su contrario. Que es un humanismo y un signo de barbarie. Que es una liberación y un flagelo. La curación de nuestro malestar y la neurosis de sustitución. Se ha producido sobre este asunto una especie de alternancia, un dúo de ópera. No nos inmiscuiremos en este secular enfrentamiento. Ni para estigmatizar, con el hijo de Zaratustra y de la bacante, el conformismo social, la aversión hacia el cuerpo, la misoginia, el mortífero maniqueísmo de las sociedades que han tenido la fastidiosa idea de envenenarse la vida con un Macho único por dominante; ni tampoco para ponderar, con el hijo de Levinas y de Hannah Arendt, lo universal ético, el surgimiento de la idea de la Ley por encima de la Naturaleza, la oxigenante separación de lo temporal y de lo espiritual, que nos preserva de divinizar a nuestros Césares y de inclinarnos ante el hecho consumado. Diálogo de sordos entre el neopagano y el neobíblico. Observemos que la tesis y la antítesis pueden ser verdaderas conjuntamente: la farmacia divina, como todas las otras, tiene su ambivalencia. *Pharmakos*, como se sabe, es a la vez elíxir y veneno. Inútil romper lanzas de nuevo sobre un tema conocido.

Estos materiales no servirán tampoco como suplemento para la sociología de las religiones, por lo demás tan instructiva. Esta disciplina (desde Max Weber) ha conquistado inmensos méritos, pero amistosamente separada de la cuestión teológica misma, prudentemente eludida. "Nuestra profundización va hasta el umbral de los misterios", decía Gabriel Le Bras, el fundador en Francia de la sociología de las religiones, que rehusaba naturalmente que su "ciencia se inmiscuya en lo sobrenatural". Nos abochornaría ofender la acción de la gracia con observaciones a las que se tacharía, estamos seguros, de "positivistas", pero es justamente esta división del trabajo la que censuraremos aquí. No hay por una parte "una historia religiosa atormentada" y por la otra un gran secreto inmóvil e incapaz de transformación. Un Absoluto semejante a un objeto encontrado, definitivamente indefinible, ante el cual vendrían a desfilar,

como prismas o vidrios coloreados, diferentes "medios de recepción", "formas de sociabilidad" y "modos de adhesión". No existen por un lado, en "el terreno de la verdad y de la autoridad", el Instituyente intocable, y por el otro, materia de encuestas gráficas y estadísticas, puesto que son merecedoras de un examen crítico, las instituciones y prácticas religiosas. No hay un Invariante ideal o real hacia el cual el modo de aproximación serían los círculos de la fe, exteriorizados en fuentes de influencias, maneras de decir, estilos de presencia. Buscar aclimatar lo Absoluto a una modernidad que sueña con desligarse de Él es una cosa. Es sin duda bueno para sus encargados de misión saber a qué público se dirigen y mediante qué lenguaje mejor adaptado a sus condiciones de vida lo pueden persuadir. "Inculturar el mensaje a un mundo diferente" —aconsejan los expertos en pastoral— para *hablar de Dios de manera diferente*. Tratar de pensar un Dios capaz de metástasis, imprevisible y siempre *diferente* de Sí mismo, pero del que continuamos, por pereza, hablando con *el mismo lenguaje*, corresponde a un registro muy distinto.

En el fondo, lejos de pretender desconcertar, se tratará aquí lisa y llanamente de tomar al Señor al pie de la letra. A Moisés, que le demanda: "¡Hazme pues ver tu gloria!", Él responde: "No, no te mostraré más que mis huellas. Tú no puedes ver mi Rostro puesto que el hombre no podría verme y vivir" (Éx 33, 20). Hay además que limitarse a mirar de cerca la espalda de Dios, ir sobre sus talones, siguiendo sus huellas, como un simple investigador. Sin buscar hacer el papel de abogado o de fiscal. Y menos aún el de juez de instrucción. Nos conformaremos con consignar las notas, con fotografiar las marcas. Ni a favor ni en contra —un Dios más que otro, o ninguno. Esta persecución indirecta, esta genealogía de las exterioridades divinas, se habría podido denominar *tecnohistoria* si tecno, término rebasado por el uso, designara otra cosa, abarcara algo más amplio que lo mecánico. Lo que haremos en realidad será tratar sobre las *mediaciones de Dios* en sentido pleno, que sobrepasa, y de lejos, las diversas maneras que tuvo de mediatizarse. Más allá de los modos de acceso y de difusión entran aquí en juego los agrupamientos de los creyentes, puesto que las inscripciones rigen a las organizaciones que, en contrapartida, les dan vida. Las ciencias documentales llamadas de la información no podrían por consiguiente bastar para el estudio del Eterno como fenómeno de transmisión, ciertamente sujeto a



una historia material de los signos y de los soportes, y remodelado por esas materialidades sucesivas, pero siempre a través de pueblos, de Iglesias y de comunidades. Por eso preferimos el neologismo de *mediología*. Este modo original de investigación no concierne a un dominio de la realidad, los medios de difusión, sino a un dominio de relaciones. Ayuda a despejar y caracterizar las correlaciones entre nuestras "funciones sociales superiores" (religión, arte, ideología, política) y nuestros procedimientos de memorización, desplazamiento y organización. Digamos: entre lo más elevado y lo más trivial.

Aproximar tecnología y teología parecerá chusco o penoso, a tal grado chocan estos términos en nuestro viejo lenguaje. Como lo mecánico y lo místico, lo accesorio y lo esencial. ¿El primer término se refiere a la materia y el segundo al espíritu? Distribución simplista. Hay tecnologías intelectuales, y los procedimientos de notación lo son. En cuanto a la teología, exige un oficio argumentativo, el dominio de los mecanismos del discurso (como para santo Tomás la retórica y la lógica de Aristóteles). Resumamos el sentido que es sabio dar a este término: tecno es lo opuesto a "natural" o a "innato". Se llamará técnica a toda conducta o *performance* que no esté incluida en nuestro programa genético. La lengua natural, como se dice con razón, no es en sí una técnica, puesto que todo niño normalmente constituido tiene habilidad de palabra, que se actualiza con la edad, sin aprendizaje especializado. Nacemos todos con una lengua y una laringe, pero la arcilla y la escritura cuneiforme, la pluma y el papel son un "agregado". La prueba de que ese agregado es

2001: Odisea del espacio, película de Stanley Kubrick, 1968, MGM, producción de Stanley Kubrick.

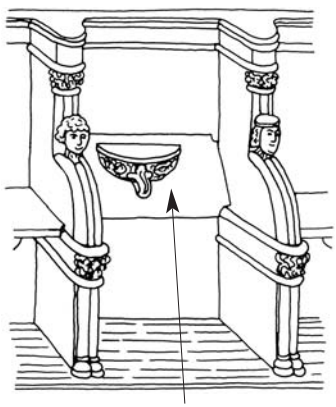
facultativo es que existen "sociedades sin escritura", mientras que ningún etnógrafo, en el fondo de la Amazonia o de Nueva Guinea, ha encontrado sociedades mudas. Que la escritura es una técnica, los sumerios, sus inventores, ya lo habían comprendido: "Si la lengua oral es un don de los dioses —decían ellos—, la escritura es una creación humana."

Consideramos con muchos otros, especialmente aquellos que han sido instruidos por el prehistoriador Leroi-Gourhan, que el don de la prótesis hace lo humano del hombre, quien se humaniza exteriorizando sus facultades en un proceso de objetivación sin fin (sin detención ni meta). El sujeto se constituye como humano con y en el objeto. La invención técnica, que pone a lo otro en lo mismo, permite la sucesión *acumulativa* que se nombra "cultura". Ésta no para de suscitar mundos nuevos, y como lo sugiere Stanley Kubrick mediante un sobrecogedor recurso visual, la apertura de *2001: Odisea del espacio*, existe una continuidad entre el garrote-fémur lanzado al aire por un gran mono paleántropo y una nave espacial que parte. Dios apareció a medio camino de esta trayectoria ascendente, e interrogar la sublime innovación es primeramente resituarla. Desplegando las edades que comprime. Deshaciendo los pliegues de un monosílabo átono para devolverle volumen y profundidad.

La técnica ha inventado al ser humano en la misma medida en que, a la inversa, ha sido inventada por él, y el Creador mismo no podría mantenerse al margen de este juego. De idéntico modo que nosotros cambiamos de comportamiento cada vez que cambiamos de medio social y técnico, Dios ha cambiado de espíritu al cambiar de armazón o aparato. Es la incidencia decisiva de pequeños accesorios y dispositivos, aparentemente indignos de Su gloria, lo que querríamos sacar a la luz. Y que no se diga que esta hipótesis es "desmistificante". Tal vez no haga sino volver a poner a la Providencia en su lugar. Tomen un catalejo y asómense a la ventana. Es por el extremo pequeño por donde descubrirán el paisaje. Por el grande, el oficial, el más visible, no verán más que su propio rostro reflejado: información nula.

Hablar de cuadrúpedos, barro cocido, rueda y rutas, alfabetos, pixeles y bites parecerá ofensivo, y que siembra bajezas. Equivocadamente, creemos. Consideramos contraproducente la división recibida como herencia entre lo alto y lo bajo, tesoros e impedimenta. Nos parece por ejemplo que nuestras Bellas Artes

se empobrecen al darle la espalda a las Artes y Oficios. ¿Por un lado el santuario, por el otro el ecomuseo? Este enervamiento por enucleación mutua remplaza al arte por la imitación y al instrumento por el artilugio. Así, del comentario de las Escrituras sin arqueología ni etnografía se ven emerger religiones fantasma, desafectadas como basílicas virtuales a las cuales se hubiera sustraído los objetos de culto que conforman lo cotidiano de la liturgia: cáliz, patena y copón, hostia, vino y óleo, sin hablar ya de los muebles eucarísticos y de la mesa del altar. Nacen de ahí lugares de fe sin fe, ineptos para la consagración y sólo buenos para el turismo. ¿Por qué separar así "carretillas y zuecos" de los misterios y dogmas, el trigo y la uva de la Eucaristía? Las místicas se descifran en dispositivos materiales, así como la Trinidad se descubre en el vitral y la Jerusalén celeste en el plano de la basílica. La metafísica se perjudica a la larga al despreciar su propia física. Por repetir demasiado que la ciencia se ocupa del *cómo* y la religión del *porqué*, el *cómo* del *porqué* se sumerge de nuevo en la oscuridad. El desembarco del mobiliario en la teología, al que se querría proceder aquí, no podría por lo demás sorprender a los fieles de una Iglesia nacida poniendo la mesa para una comida en común. Y donde el término mismo de *ekklesia* abarca el edificio construido y el cuerpo místico. Recordemos los dos sentidos de *misericordia*: la compasión de Dios hacia el pecador y el pingante de madera de la silla de coro donde el oficiante puede reposar sus nalgas. Los cuerpos piensan, las cosas también. Reunamos a Dios con su sitio; enlacemos la cúpula con los sótanos. El púlpito es el centro del templo protestante porque es la iglesia de la palabra. El altar es el centro de la capilla católica porque es la iglesia de los sacramentos. "*Ecclesia materialis significat ecclesiam spiritualem.*"


Misericordia

"Objetos inanimados, ¿tenéis entonces un alma / que se une a nuestra alma y la fuerza a amar?" Tratemos de sacudir el falso pudor del *espiritualismo primario* (que se opone al *primitivo*, el cual no tenía nada de espectral ni de etéreo),

impreso en nuestros hábitos mentales por el léxico binario heredado del dualismo helénico (el ser y el accidente, la forma y la materia, el alma y el cuerpo, etc.). Los semitas se inclinan por la unidad psicosomática del ser humano. Prefirámoslos a los griegos. Cuidando de unir el objeto al sujeto, lo práctico a lo simbólico y lo útil a lo adorable. No hay en estos presuntos pares un juego de suma cero, donde todo lo que se diera a la exterioridad debiera sustraerse a la interioridad. Estos dos términos sólo existen en la relación que los une. Hagamos un poco de etimología. Del latín *anima* salieron de un solo soplo *alma* y *animal*. Y *espiritual* viene de *spirare*, respirar, hacer funcionar la boca y los pulmones. El Espíritu insufla en nuestras fosas nasales un aliento de vida y deshagámonos de un *Diccionario de espiritualidad* donde no figure ningún artículo zoológico. Como si el cordero, el asno y el camello no contaran para nada en la génesis del Dios bíblico. Como si Cristo en su majestad, en el tímpano de las catedrales, no estuviera escoltado por un bípedo y tres animales, sus evangelistas. Alegorías medievales pero promisorias. Deseamos el advenimiento de indagaciones sobre la función del plato de lentejas, de la torta, del báculo, del cántaro, de las sandalias y del dolor de espalda en el descubrimiento del Altísimo.

Sin Él, en todo caso, la faz de la Tierra no sería lo que es. No existirían ni Israel, ni la cristiandad, ni el Islam. Y el Occidente entero no prestaría una atención anhelante a un conflicto que sólo concierne, en suma, a cincuenta mil kilómetros cuadrados y a algunos millones de personas. Los hiperefectos exigen una hipercausa. Tal es nuestro primer reflejo. El de la escolástica. Dios es causa del mundo y toda causa contiene eminentemente las perfecciones que posee su efecto. Hemos aprendido desde Darwin que lo más puede salir de lo menos y desde Henri Poincaré que "puede ocurrir que pequeñas diferencias en las condiciones iniciales engendren otras muy grandes en los fenómenos finales". Habida cuenta de los efectos, las condiciones iniciales a menudo pueden parecer irrisorias e indignas de atención. ¿Un tornado sobre Texas? Un

Cristo en Majestad y Tetramorfo: león (Marcos), toro (Lucas), ángel (Mateo) y águila (Juan).

batir de alas de mariposa sobre la Amazonia. ¿En serio? Sí, nos dice el meteorólogo. Un vestigio de magia en nosotros es lo que nos hace suponer que el origen de una cosa es al menos igual en volumen y en dignidad que la cosa. La nariz de Cleopatra, objetaba ya Pascal a nuestro espíritu de gravedad. Hay extrañas cosas sin importancia que cambian todo, de manera imprevisible. El estudio de las pequeñas naderías de Dios no es a nuestro juicio un modo de disminuirlo sino una manera de redesplegar de una forma novedosa la cuestión espiritual. Renunciando a una visión simplista de las causalidades.

"¿De una forma novedosa?" Retirando los reflectores del proscenio hacia los bastidores y la tramoya de la producción divina, remontándonos de la Ley a las Tablas del mismo nombre, como el idiota al que el Sabio chino muestra la Luna y aquél mira su dedo. Escrutando lo terrenal del Cielo. Y desplazándonos de la obra a la operación, o de la desembocadura al nacimiento, para poner el acento no ya en lo que está escrito y conviene leer, sino sobre cómo se ha escrito, con qué y sobre qué, para qué uso y dentro de qué estrategia. Esta toma de partido por las cosas, en ruptura con la opinión cultural de las últimas décadas, requiere una suerte de ascesis o suspensión de los hábitos: renunciar a la nobleza hermenéutica, la del filósofo que se dedica a la interpretación del mundo como lenguaje. Pero el orden del sentido desborda el del discurso, y la palabra no agota el acontecimiento. Nuestro propósito no es hacer trabajar un texto sagrado sobre sí mismo sino saber cómo fue posible que se produjeran lo sacro, el texto y las permanencias de lectura. No se trata de desplegar el sentido implícito de las Escrituras canónicas sino de saber por qué fue necesario un Canon y qué lógica opera en el acto de separar, entre documentos de igual consistencia, textos denominados canónicos, buenos para la lectura litúrgica puesto que confieren autoridad, de sus equivalentes denominados apócrifos, presuntamente abusivos y heréticos.[3] Para tomar un ejemplo altamente respetable, nuestra perspectiva está muy alejada de la de un Paul Ricœur y sus bellas meditaciones "entre filosofía y teología". No sugerimos aquí ninguna contradicción sino, esperémoslo, un complemento de información.

[3] Véase Simon C. Mimouni, *Le judéo-christianisme ancien. Essais historiques*, París, Cerf, 1998.

El sueño hubiera sido pasar un espejo a lo largo del camino que va de las fuentes a las embocaduras, de Mesopotamia a la "aldea global". Para observar las huellas dejadas detrás de sí por el Gran Caminante. En longitud: desde los pantanos de Sumeria hasta las costas del Pacífico; y a lo largo de los siglos: de la lámpara de aceite a nuestros espectáculos de "luz y sonido". Si fuera posible filmar al Invisible nos daríamos cuenta de que Él no llega hasta nosotros en el estado en que partió. Su transporte lo ha transformado. Los barqueros cobran su diezmo por las cosas que nos hacen pasar, que no existirían sin ellos. ¿Dónde se ha visto una idea automotriz, que se mueva por sí misma en el espacio y en el tiempo? Nada aquí abajo se transmite por sí mismo, por autopropulsión, sin gasto ni daño. Las matemáticas se transportan mediante la escuela y profesores calificados; la música mediante conservatorios e intérpretes; la pintura mediante el Museo y los críticos de arte. Dios, mediante los libros santos y las comunidades de oración. Sin duda, tampoco aquí se pueden esclarecer la genealogía y las dificultades actuales del Eterno sin renunciar a las definiciones escolásticas de Dios como causa de sí mismo, *ipsum esse subsistens* —puro acto de existir. Los filósofos lo han definido como el Ser "absoluto, necesario, incausado, simple, infinito, inmutable, único" —el Padre sin padre, hijo de nadie. Y siguiendo sus pasos como un monocasco montado sobre un colchón de aire, el Espíritu Santo. "El Espíritu Santo *se* expande a través del mundo." ¿Cómo? "Una Palabra *se* hace escuchar." El pronominal activo tiene que ver con un pensamiento mágico (del rechazo de esta posibilidad proviene la mediología). Se preguntará en contrapartida: ¿y de quién es esa palabra y con qué acústica? ¿Por qué caminos? ¿En qué traducción? ¿Con qué portavoces? ¿Según qué ceremoniales y venidos de dónde? Porque el Creador, según lo que surge de una indagación sin prejuicios, procede por un montaje entre lo inerte y lo animado. Necesita de lo material y de lo personal. Para que un Ser trascendente sobreviva a su acto de nacimiento tiene necesidad de *órganos* y de *instrumentos*. Un *organismo espiritual* (familia, nación, iglesia, secta, etc.) y un *aparato nemotécnico* (rollos, libros, efigies, figuras, etc.). Reunirlos es lo único que asegura un *viático* (de *via*, el camino, la ruta). Puesto que nada atraviesa los siglos, así sea el tiempo fuera de la cronología del Eterno, sin un neceser para viajar. ¿Cómo ochenta generaciones de judíos pudieron subordinarse a un Yahvé de observancias estrictas? ¿Cómo el pueblo cristiano se sometió a su incomprensible

Dios trinitario? ¿Y el islam a su inimaginable Alá? Enigma de todo lo que persiste y signa, de todo lo que no muere con los mortales. La búsqueda de un comienzo de esclarecimiento condujo a explorar los *basamentos de la perseverancia*, su imbricación *sui generis* de señales y de rituales. Religiones y doctrinas se hacen pintar su retrato en la historia noble de las ideas. Pero ellas caminan sobre sus dos piernas. Si una llega a flaquear, los conservadores del Patrimonio están allí al acecho, al borde de la ruta, con sus camillas. Basta muy poco para ponerlas en una vitrina.

"Hagan esto en mi memoria." El acto de retener, de repetir lo abolido está en el corazón del culto. ¿Pero cómo se transforma el pasado en presente? Haciendo primeramente que un *ser* venerado, considerado santo o héroe, antepasado o próximo, sea sustituido por una *cosa* sólida y visible, memorial escrito o construido, digamos una *materia organizada* o MO (estela, lápida, cruz o montículo). Pero si la reliquia se contenta con ser lo que es materialmente, un volumen inerte entre otros, sin dar lugar a ceremonias, peregrinajes y visitas, con flores o con banderas, su coeficiente religioso (de reunificación y de concentración) será igual a cero. Ahora bien, los homenajes de tiempo en tiempo renovados, *pedibus cum jambis*, suponen un calendario o un cómputo, de las observancias o de las obligaciones, digamos una administración un poco autoritaria de los hábitos. La cual exige, a su vez, una *organización materializada* u OM —Familia, Colegio, Fraternidad, Partido, Iglesia o Estado. La reunión de los dos factores, memoria externa y memoria interna, ni es automática ni está garantizada. Un ejemplo muy banal lo muestra. Al Muro de los Federados del cementerio de Père-Lachaise, en París, se ligaba entre 1900 y 1950 una sacralidad social que se disipó en el año 2000. El Muro está físicamente intacto, con sus placas y sus lápidas. Faltan tribunos y coronas. Porque entretanto desapareció el Movimiento Obrero, motor de la transmisión del mito de los comuneros y de una cierta visión del porvenir. Ya no hay liturgia el primero de mayo, ya no hay deseo, ya no hay grandeza. Cuando las "piedras vivientes", creyentes o militantes, se desmoronan o se pulverizan, las piedras a secas retroceden de reliquia a relicario. Los museos se llenaron en la medida en que las iglesias se vaciaron. Y una iglesia también puede convertirse en museo. ¿Cuántas abadías se convirtieron en salas de concierto o de exposición?

Louise Merzeau, *Le mur des Fédérés au cimetière du Père-Lachaise*, París, 2001.

No pretendemos evidentemente *agotar* todos los sentidos de la idea divina sino sólo *describir* sus metamorfosis sacando de la sombra o del menosprecio sus intríngulis y sus apariencias. Y quizás un día esta larga hilera de vicisitudes llegará a ordenarse en una batería de preguntas dirigidas a sus impedimentos: ¿quién transmite lo divino, a quién, dónde, cómo y bajo qué aspecto? ¿Quién ha recibido la Palabra a su cargo? ¿Un pueblo, un clero, la familia, una comunidad multinacional? ¿Dónda va a buscar ella sus interlocutores y qué les pide que hagan? ¿Valorizando o prohibiendo qué modo de expresión —imágenes o sólo texto? ¿En qué especie de espacio y con qué profundidad de tiempo? Las tradiciones judías, católicas, protestantes, islámicas, no aportan la misma respuesta a esas preguntas.

Olvidemos siglos y esquemas y dirijamos nuestra atención hacia la historia y la geografía. Pero antes de sorprender al Eterno *in statu nascendi*, estimulado por su medio y liberado por su médium, comencemos por ver en qué lugar Él vino a incorporarse al interminable cortejo de las creencias humanas.

LIBRO UNO

Coronación

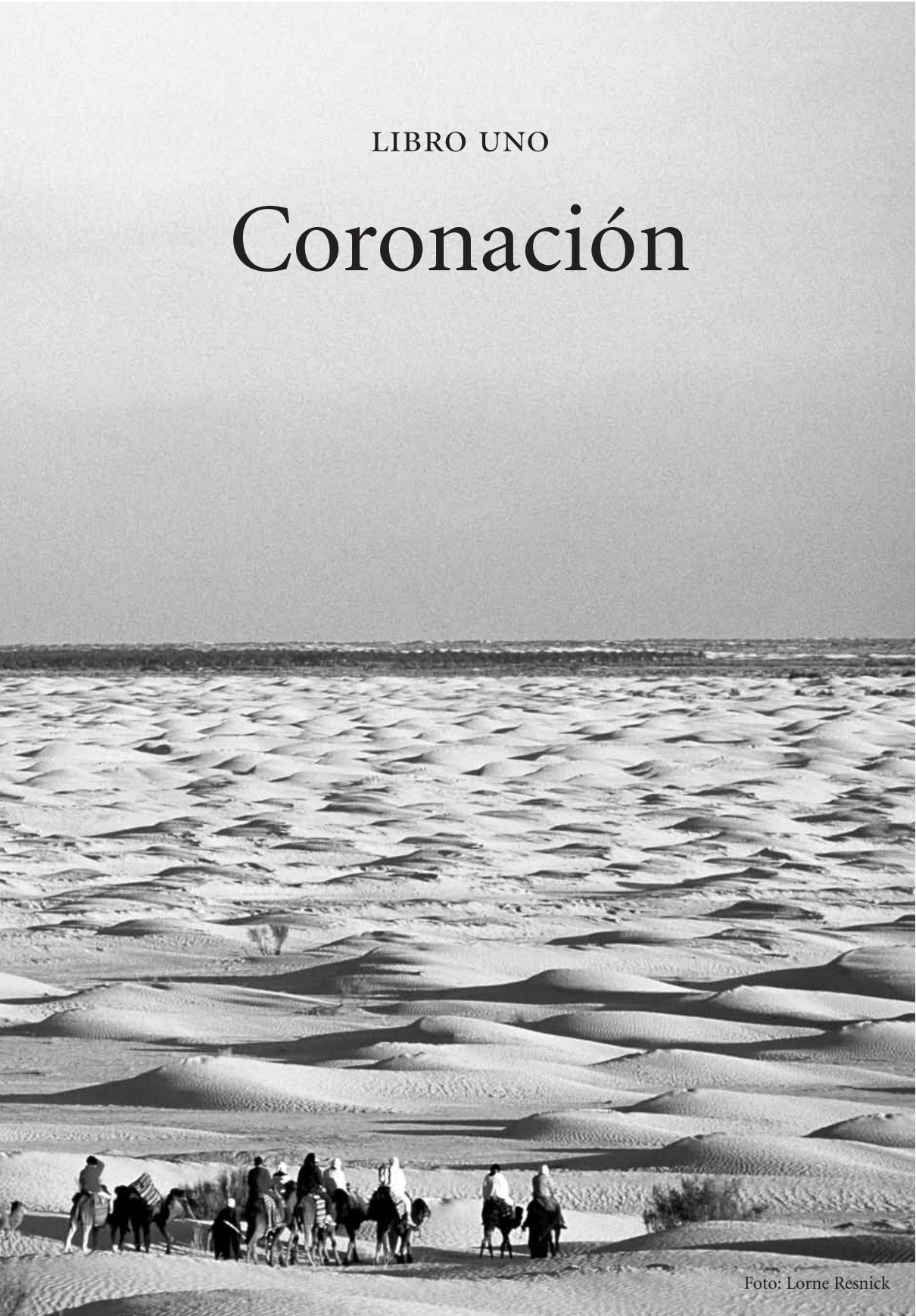


Foto: Lorne Resnick

CAPÍTULO II

Un término llamado origen

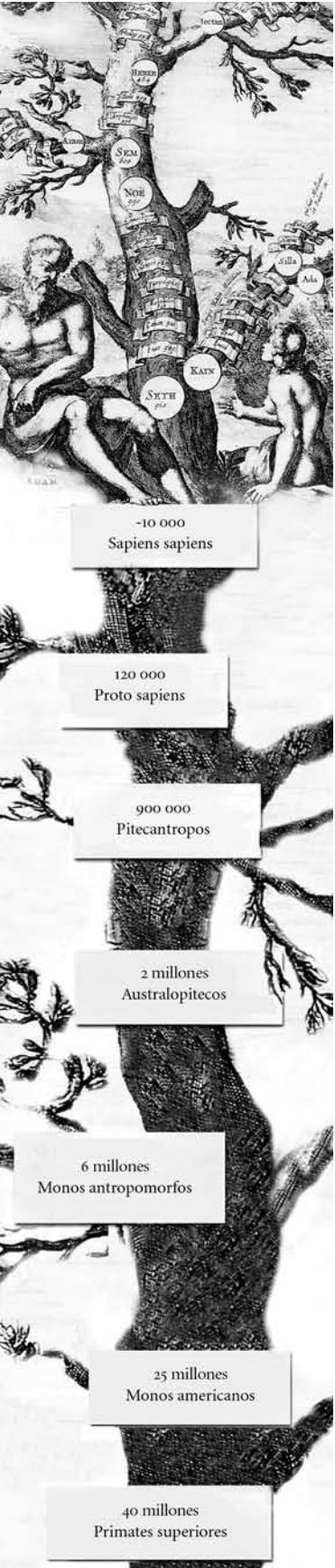
Veritas filia temporis.
BERNARD DE CHARTRES

En la evolución de la especie y de las creencias, nuestro Dios único es alguien que llega tarde. ¿Cómo explicar que el Creador esté a tal punto retrasado respecto de su Creación? ¿Cómo explicar que el Génesis, el Libro de los Comienzos, haya sido agregado hacia el final del patchwork *sagrado? Ello se debe a que el monoteísmo, politeísmo lentamente decantado, es un resultado y no un dato de partida. Mediodependiente, el Eterno no podía ir más rápido que la historia de nuestros medios de consignación y de locomoción —y la música de las civilizaciones comienza con un ritmo lento. Dios ha debido antedatar su acta de nacimiento para recuperar el tiempo perdido. Nosotros hemos retroproyectado su pura esencia, codificada más tarde de lo que se cree, hacia el comienzo de la historia. No hay en ello nada que no sea normal. En todo proceso lo que nosotros bautizamos como "origen" es comúnmente su punto de desenlace.*

¿Un Padre Eterno más joven que su progenie? Las cronologías comparadas dan testimonio de este hecho insólito. Nosotros, sus hijos, somos veteranos en comparación con nuestro Creador, augusto pero lento y reacio. Él tiene como máximo alrededor de seis mil años; el *sapiens sapiens*, entre cincuenta mil y cien mil años. Las dos trayectorias milenarias se ignoran cortésmente, lo que evita el embarazo de las confrontaciones. Que el Eterno haya intervenido *in extremis* en la aventura de la especie, al caer el telón, y no en un lugar cualquiera (entre los dos cuernos de un Creciente fértil y cálido, poco después de la domesticación de los cuadrúpedos), no suscita ya, con la ayuda de la costumbre, preguntas que se han dejado de lado. "¿Por qué tan tarde después del pecado, por qué el Hijo de Dios en Belén y no en otra parte?", se han preguntado en otros tiempos, a propósito del Redentor, algunos cristianos curiosos. El teólogo les bajó los humos: "La libre elección de Dios vuelve perfectamente convenientes las menores particularidades del nacimiento del Salvador."[1] La Revelación es por su iniciativa; sólo Él decide y dispone. Amén. Pero esta petición de principio hace del problema la solución.

Nosotros datamos hoy en 3.6 millones de años la separación de una rama "australopiteca" del tronco de los simios, y en 1.7 millones de años el ramal *Homo erectus*. La función simbólica, atestiguada por la figura pintada y la

[1] *Dictionnaire de théologie catholique*, VII, 2, p. 1472.



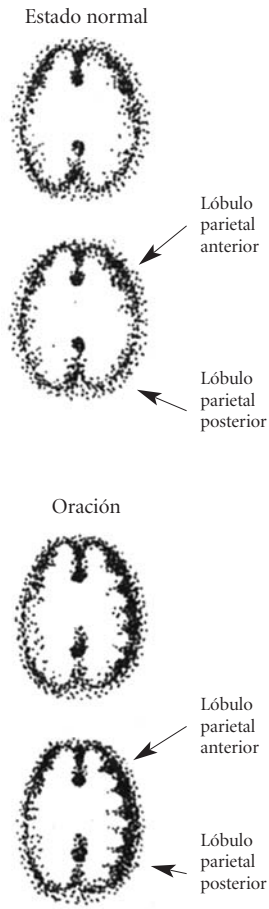
sepultura, aparece en el paleolítico medio (entre -100 000 y -35 000 años). Y el monoteísmo, ciertamente, no antes de mediados de la Edad de Bronce (de -2000 a -1550). En nuestro Libro Sagrado (la rapsodia de interpolaciones que los traductores de Alejandría, conocidos como los Setenta porque ése habría sido su número, llamaron "los libros", en griego *biblion*) los años se cuentan por cientos. Las escalas de tiempo desde el origen hasta el desenlace, como se ve, se encuentran hasta tal punto desfasadas que la suma de una agenda sobre la otra supera la imaginación, para nuestra mayor comodidad. Beneficio psicosocial de la compartimentación de las Facultades, de las disciplinas y de las historias, santa y profana: evitarse el malestar de ver al año cero de la salvación coincidir poco más o menos con el año cien mil del pecador. El retraso en la Revelación preocupa tan poco, que el *dónde* y el *cuándo* de Dios no interesa a los investigadores, seguros de ser positivos y científicos porque tienen bata blanca, un laboratorio y un cableado *high-tech*.

Los tardíos media de Dios

¿Tomar al Cielo por testigo? Desconfiemos. El reflejo no es ya remunerador. El Altísimo acaba de cambiar de dirección. Sin duda sigue siendo luz, fuego, llama (Dios tiene la misma raíz que *dies*, día, en latín), pero es en nuestro cráneo donde se enciende. La cámara SPEC (*single photo emission computed tomography*) acaba de tomar "una fotografía de Dios" (*sic*). Inyectando un trazador radiactivo en los flujos sanguíneos del

El árbol genealógico de Abraham (grabado extraído de *L'arche de Noé*, de Athanas Kircher, 1675) tiene sus raíces en el árbol genealógico del ser humano, en vías de expansión.

cerebro de budistas tibetanos en meditación y de monjas franciscanas en oración, dos neurofisiólogos estadunidenses, Andrew Newberg y Eugen d'Aquili, pudieron localizar finalmente al Inasequible: nuestros lóbulos parietales superiores e inferiores, lados izquierdo y derecho. Las bases neuronales del delirio místico así identificadas, en condiciones normales, en sujetos que no sufren de epilepsia ni de tuberculoma intracraneano, de este hecho se desprendería, dicen nuestros cognitivistas, que "el cerebro humano fue genéticamente concebido para alentar las creencias religiosas". Los inventores de la neuroteología resumen sus descubrimientos relativos a la "neurología de la trascendencia" en un título tranquilizador: *Por qué Dios no desaparecerá. Introducción a la biología de la creencia*.[2]



Actividad del cerebro: las zonas sombreadas oscuras marcan una actividad más intensa.

Más allá del respeto debido a los progresos del saber, no vemos por qué Aquel que ha causado, desde allá arriba, tantas perturbaciones acá abajo (alteraciones al orden público, al ejercicio de la inteligencia y al instinto de conservación de los individuos) no las produciría en nuestro encéfalo. Es lo menos que podía esperarse. Esta revelación —¿Dios? Un flash electroquímico—, lejos de cerrar el debate, lo reactiva extraordinariamente. Una vez circunscrito el *dónde*, a saber los lóbulos parietales a cargo de las relaciones de causalidad, el *cuándo* no hace sino volverse más misterioso. ¿Las neuronas, no las nubes? La atmósfera tiene miles de millones de años; nuestro aparato cerebral, millones; el Eterno, miles. Habiéndose estabilizado las conexiones neuronales del creyente hace un centenar de miles de años, fecha de la invención de los primeros ritos funerarios, nos preguntamos qué pudo desactivar los "genes de

[2] Eugen d'Aquili y Andrew Newberg, *Why God won't go away*, Nueva York, Ballantine Books, 2001.

Dios", o el imperativo biológico de encontrar un sentido superior a las cosas, durante nuestra larga noche animista o idólatra.

Demos un giro menos ingenuo a la objeción. Que el ser humano, endomorfinas o no, tenga una competencia genérica y genética para lo sobrenatural, como la tiene para emitir los sonidos articulados, es una hipótesis más que plausible. Hay grupos humanos más o menos taciturnos, más o menos "materialistas", pero ningún etnólogo ha encontrado todavía una sociedad humana áfona, o que abandone a sus muertos a ras de tierra, a la animal dispersión de las osamentas (el estado de agnosticismo completo, como el del sordomudo, puede ser considerado un caso límite o una anomalía individual, sin valor probatorio). Resta saber por qué, para decirlo rápidamente, el hombre de Neandertal coloca a sus difuntos en una fosa, en posición fetal; por qué el de las Célebes los pone de pie en el balcón, en lo alto de un acantilado con nichos; y por qué nosotros los ponemos sobre el dorso, en un féretro, sin un tentempié; por qué una etnia habla una lengua aglutinante y otra vecina una lengua aislante; por qué la corteza cerebral de un romano se conectaba con el divino Epicuro y la de Blandine la lyonesa con nuestro Salvador, mientras que la neurona india prefiere a Ganesha el Elefante y la neurona japonesa a ese Maitrega de barriga rechoncha que reina en el Cielo de los satisfechos. La arquitectura cerebral no da más cuenta de estos distingos, que tienen consecuencias, que de nuestro cableado nervioso de nuestras diversas gramáticas. Reingresar a lo concreto significa articular lo invariante y las variaciones, los datos neuroquímicos del animal religioso (judíos y musulmanes, chinos y turcos, dotados de las mismas dendritas y de los mismos neurotransmisores) y las fracturas de los Anales, las estrías del Atlas de las espiritualidades.

Escena de culto a los muertos, pintura rupestre de Zisab Gorge, Namibia. Fuente: E. Anati.

La modelización de las desviaciones que descuida el biologismo dominante es el Grial de los antropólogos. Ellos se esfuerzan a la vez por distinguir y coordinar lo innato y lo adquirido, lo que permanece y lo que cambia, el boceto del genoma y el diseño de los siglos. Ese compás ideal, uno de cuyos brazos apuntaría a un invariante fisiológico (la familia homínida de los mamíferos primates) y el otro a una variación histórica, y que nos permitiría medir la *variable sociotécnic*a, guiándonos por los instrumentos de que se dota progresivamente la especie humana, no está aún a nuestra disposición (no obstante que se conozca). Al no ser algo esperable en el corto plazo el trabajo en equipo del especialista en bioquímica y del historiador de las mentalidades (los dos brazos del compás), es forzoso hacer trabajar su entendimiento con los medios del borde para comprender por qué tanta distracción o tantas tergiversaciones de parte del Creador, si se es creyente, o en nuestros neurotransmisores, si no se lo es. Este Todopoderoso, se nos asegura, no *desaparecerá*, y ojalá nos haga un gran bien, ¿pero por qué *apareció* tan tarde?

Abramos la Biblia. Una semana para crear los cielos y la tierra profiriendo algunas palabras claves —luz, agua, hierba, estrella, animales, hombre—, y en seguida millones de semanas con la boca cosida, sin darse a conocer. Sin revelar su proeza —o su fechoría. Elohim se tomó su tiempo. Al demiurgo de un planeta con una antigüedad de cuatro mil millones de años sólo le fue posible revelar que es el autor de sus días a su criatura preferida, el predador oportunista y omnívoro de las sabanas que tiene más de un millón de años de existencia (si nos remitimos a los primeros instrumentos de piedra), hace apenas seis mil años (según la era hebraica 5 762), lo que no es prueba de un apresuramiento particular. ¿Descaro? ¿Disgusto? ¿O búsqueda del golpe teatral, como *Deus ex machina* avisado (el que cae desde el telar en el acto V, escena VI)? Que Dios no haya juzgado al *Homo habilis* y al *Homo erectus* dignos de recibir la información se puede comprender. Su caja creaneana era modesta (600 centímetros cúbicos). ¿Pero el neandertaliano que ocupa Asia y Europa entre -100 000 y -35 000, que tiene el mismo cerebro que nosotros, habla, entierra a sus muertos y cree en el más allá? ¿Pueden menospreciarse signos de madurez, de disponibilidad, tan considerables como el control del fuego (-500 000 años), la invención de la cerámica (-6 000) y el calendario (-3 000)? ¿Por qué haber esperado a Abraham para reingresar con nombre propio en la intriga mediante un contrato familiar

—"Estableceré mi alianza entre tú y yo, y tu raza después de ti, de generación en generación"? Contrato renovado más tarde con Moisés, con el nombre de Yahvé y sobre una base propiamente nacional. Tal sería el Advenimiento del que voces autorizadas nos dicen que separa en dos el curso de las edades. ¿En qué época se produjo la cesura? Las dataciones tradicionales (hasta ayer) hacían remontar la salida de Egipto, de la cual la administración faraónica no hace ninguna mención (tampoco la burocracia romana conservó rastros de Jesús), al siglo XIII antes de nuestra era (la época de los Ramésidas, incluido el mismo Ramsés II). A escala del proceso de hominización, el Antiguo Testamento relata noticias perturbadoras pero de último minuto. Moisés, eso pasó esta mañana. ¿La cesura del poema? Su caída.

Detalle del *Ciclo del Apocalipsis*, icono de fines del siglo XVI, Museo Bizantino y Cristiano, Atenas.

¿Por qué el reloj del gran relojero va tan atarsado respecto del reloj de la especie, cuando lo contrario hubiera sido más explicable? ¿Por qué el *sapiens sapiens* pudo edificar sociedades viables durante decenas de miles de años, en múltiples puntos del planeta, sin referirse a un Principio Único, a un Infinitamente Separado? Puesto que insistimos sobre esta pregunta, respondámosla aquí brutalmente y de entrada, al comienzo del juego (ya habrá tiempo de afinar). ¿La Alianza? Una carta gráfica, acordada entre *trashumantes* (en un medio semidesértico) y un *escritor* altamente situado (Dios, con su dedo). No hay pastores sin ganado, no hay cría de ganado sin domesticación animal. El cordero (en Iraq, hacia el -9 000), y la cabra poco más tarde, fueron las primeras especies domesticadas (después del perro, por supuesto). Vinieron enseguida el buey, el caballo y el asno (entre -6 000 y -3 000). Los herbívoros viven agrupados —lo que facilita la acción de los ojeadores, de los pastores y de los perros— pero no pasan por sí mismos del estado salvaje al de animales de

pastoreo. Este *timing* tiene que ver con una historia de lo agroalimentario. En cuanto a la itinerancia, tiene que ver con el pariente pobre de la Historia, que es la historia de los transportes, cuyos virajes coinciden poco más o menos con los de la historia de las comunicaciones (la primera silueta de carro conocida, con ruedas ahuecadas, figura sobre una tablilla de Uruk, ciudad iraquí de donde provienen las primeras tablillas de escritura). El carruaje con ruedas aparece sobre los bordes del Nilo y del Éufrates hacia fines del cuarto milenio. El doble pasaje del signo pictográfico al signo fonético y del simple trineo de ramas al carro tirado por bueyes o asnos (por caballos a partir del -2 000) tiene que ver directamente con nuestro asunto. Recordemos que un Invisible Trascendente, por definición, no se esculpe ni se dibuja, y que es la migración en caravana lo que confiere a un Santo Nombre portátil su pleno valor de uso (los sedentarizados de larga data pueden prescindir de él). Mientras el equipamiento del "bípedo sin plumas" (mamífero poco mimado por la naturaleza y biológicamente prematuro en su nacimiento) no había alcanzado su régimen de crucero, sin llegar por consiguiente a un umbral de domesticación mínima del espacio y del tiempo, la idea de un Dios abstracto, verdadero o falso, no era enunciable. *Non pertinente*. Un cazador-recolector no habría podido concebirla puesto que podía sobrevivir sin ella.

Anticipémonos: Dios es impensable sin la escritura esencialmente y sin la rueda accesoriamente, que reducen en varios puntos la dependencia del ser humano respecto del espacio natural (la rueda) y del tiempo natural (la escritura). Tardío es el Único porque tardías fueron esas prótesis que remiten a ciertas maneras de circular y de memorizar, dependientes de ecosistemas muy particulares. El Todopoderoso no encontró un buen día, sobre una cumbre del Sinaí, la ocasión de revelarse finalmente como tal. Es un cierto uso político dado a las innovaciones técnicas lo que confirió consistencia y necesidad al monoteísmo. Las panoplias del primate inventivo tienen su *tempo* propio (ultrarrápido desde la revolución industrial pero aún bastante lento recién pasada la revolución neolítica). El hombre desciende del mono pero Dios del signo,* y los signos tienen una historia larga. La tecnogénesis de la trascendencia es un

* Juego de palabras fonético: *L'homme descend du singe mais Dieu du signe*. [T.]

Abecedario cuneiforme de Ugarit, Siria, siglo XIV a.C. Museo Nacional de Damasco.

Escena de la vida en el campo, bajorrelieve asirio proveniente del Palacio de Asurbanipal en Nínive, siglo VII a.C. Museo del Louvre, París.

momento que hay que restituir en la tecnogénesis del ser humano, proceso siempre en curso ante nuestros ojos y cuyo comienzo se remonta a las primeras bifaces o guijarros tallados, es decir, al achelense antiguo, en África, hace 1.4 millones de años (700 000 años en Francia). Ese momento, que se puede considerar milagroso, es el de un tecnopirateo sorprendente, que ha enlazado nomadismo pastoral con escritura alfabética. No estaba biológicamente determinado porque la naturaleza no obliga a ningún prospecto de hombre a pasar por ese estadio. Un grupo humano estructurado es viable sin cría de ganado ni alfabeto. Y de hecho la humanidad ha vivido, soñado e inventado sin ellos durante el periodo más prolongado de su existencia. Adán, que hablaba y caminaba, no sabía ni contar ni escribir, ni montar un asno.

La indispensable ilusión del Origen

Tratándose del Dios judeocristiano, nos resulta difícil deshacernos de hábitos de pensamiento imperial, en el que cierto tecnocentrismo tranquilo recubre la presunción etnocéntrica. Ese Dios central y culminante se presenta a nuestro espíritu como el punto de origen de un impulso irreversible propio de la humanidad civilizada, una vez franqueado el umbral de las religiones "primitivas". O incluso, como un fondo mental, un segundo plano compartido, subyacente al abanico de las divinidades regionales y locales. Así, podemos leer en el *Dictionnaire de théologie catholique*: "La revelación bíblica indica a los creyentes que en el origen existió no el animismo sino una religión pura y monoteísta. Los politeístas antiguos y modernos no son más que una degradación de ella."

A esta convicción de anterioridad cronológica contribuye en no poca medida el inmemorial hechizo de la Fuente. El Ser perfecto predispone a ello por naturaleza. "La concepción de que en el comienzo de todas las cosas se encuentra lo que hay de más precioso y de más esencial." Nietszche la caracterizaba como "rebrote metafísico". ¿Cómo conjurar la quimera del Origen a la cumbre de la metafísica, en la figura de un Dios que no es nada menos que el Origen hecho Ser? ¿Cómo escapar a la idea de que en su cuna se encuentra su esencia más pura? ¿El remontarse a las fuentes, la búsqueda del surgimiento primordial, no es acaso en todos los ámbitos la esperanza de un momento bendito, el de los reencuentros consigo mismo, que nos permitiría captar de un vistazo la identidad absolutamente fresca, el secreto apenas nacido de aquello en lo que nos convertimos después y que perdimos en el camino? ¿No está ahí el encanto obsesivo del Génesis y de la Creación? El creacionismo no es ya aceptado en las ciencias naturales (aunque un estadunidense de cada dos continúe adhiriéndose a él y el presidente de Estados Unidos quiera reimplantarlo en la enseñanza pública para contrabalancear entre sus compatriotas los efectos perniciosos del darwinismo). Pero nos cuesta admitir que el Creador *ex nihilo* del mundo no haya sido creado *ex nihilo*. Aquel por quien el tiempo adviene no podría ser sino intemporal, aquel que ha descomprimido el espacio no podría tomar su lugar. Admitir que el Padre Celestial no ha salido todo armado de una nube es pensar en un Altísimo que no sería de alta cuna y que puede haber en su aparición algo de adventicio, de discordante y de accidental. ¡Un Dios Único de baja extracción! ¡Cuya mayúscula se teje de historias minúsculas! Para escapar al Origen, mito teleológico donde el fin rige al comienzo, y a fin de recusar el juego consolador de los reconocimientos, Foucault aconsejaba utilizar la palabra *provenence* (*Herkunft* en lugar de *Ursprung* [fuente]).* Este término incita a "reencontrar bajo el aspecto único de un carácter o de un concepto la proliferación de los acontecimientos a través de los cuales (gracias a los cuales, contra los cuales) se formaron. Seguir la filiación compleja de la procedencia es, por el contrario, mantener lo que ha pasado en la dispersión que le es propia; es identificar los accidentes, las ínfimas desviaciones [...]; es

* En español *provenance* se traduce como "procedencia". [T.]

descubrir que en la raíz de lo que conocemos y de lo que somos no están la verdad y el ser sino la exterioridad del accidente".[3] Las "procedencias de Dios". La expresión suena menos bien que "los orígenes" —donde el plural suaviza la prioridad ontológica del devenir pero suprime aún el azar singular del acontecimiento. Los geógrafos han debido un día resignarse al hecho de que el Nilo y el Loira, ríos majestuosos como el que más, no tienen una sino *varias* fuentes, por lo demás erráticas y de pobre aspecto. Los teógrafos bien podrían ser llevados a hacer lo mismo: renunciar al Origen como gran secreto perdido. No se nace Dios, solemnemente; se deviene tal, mediante la astucia y la tenacidad.

Si bien es cierto —y, creemos nosotros, explicable— que "el tercer chimpancé" es y será un mamífero religioso (cualidad que no se le reconoce verdaderamente al chimpancé pigmeo y al chimpancé común), no podríamos identificar el sentimiento difuso y por todas partes atestiguado de lo sacro, de lo santo, o de lo "numinoso" con la creencia en el "Dios de los padres". El monoteísmo no tiene nada de un principio fundador o genérico llamado desde el origen a cubrir toda la Tierra. Como si Dios fuera lo que merecemos, como una idea que duerme oculta en el fondo de nuestro capital genético y que despertaría de pronto a la humanidad al salir de la cuna (o bien en su adolescencia, después de una infancia juguetona). Podemos dirigirnos de viva voz a un cadáver, dialogar con él mediante la plegaria o la ofrenda, depositar alimentos en su tumba, sin suponer a un Omnipotente velando con amor sobre toda la humanidad. Eso se hizo ya mucho antes de nuestro Buen Dios, de nuestro Dios Santo, y podrá seguir haciéndose mucho tiempo después. El reflejo consistente en investir a la muerte de un mensaje de vida, para curar el traumatismo de un deceso, no implica ninguna teología particular. No hay correlación entre Dios y

El brujo de la gruta de los Tres Hermanos.

[3] "Nietzsche, la généalogie de l'histoire", en *Hommage à Jean Hyppolite*, París, PUF, 1971, p. 153.

el más allá. El Eterno no garantiza a sus adeptos una sobrevida individual —de la que sus fieles pueden prescindir. Y los paraísos no son inherentes a su concepto. Sostener que "el primer personaje que interviene en la espiritualidad es Dios" es olvidar nada menos que al Sol, a los ancestros, a los espíritus y al Gran Pan, es decir, las nueve décimas partes del trayecto. Es olvidar el licornio de Lascaux o el hechicero semianimal y semihumano de la gruta de los Tres Hermanos. Es burlarse del porvenir, de la prehistoria y de las sociedades sin escritura. ¿Hace falta recordar que del magdaleniense al romano, o de Lascaux a la Roma de san Pedro, hay más de 15 000 años, siendo que sólo 2 500 nos separan del retorno a Babilonia? El tiempo que va de los cultos espirituales de la fecundidad al culto espiritual del *imperator* es al menos diez veces más prolongado que el que va del señor de los rayos y truenos, ese Yahvé todavía próximo al Júpiter indoeuropeo, al *Bel Indifférent* de Voltaire, hasta el Gran Arquitecto de los francmasones, al que es perfectamente inútil dirigir ruegos o sacrificar un cordero (*de minimis non curat praetor*).

William Blake, *God as an architecte*, ilustración para *The ancient days*, 1794, Manchester Whiteworth Art Gallery.

¿Entonces el monoteísmo es un resbalón a los límites, un despiste provincial? Visto desde la India o desde China, en el espesor de los milenios, la ocurrencia dejaría de serlo. Visto desde Euroamérica, el Dios propio de la "República occidental", que impuso de grado o por fuerza a la América indígena y al África negra, nos parece *primus inter pares*, dotado de un derecho de primogenitura sobre los "ídolos" de la periferia. Primacía de un origen, o bien de un fin, según que se teleguíe la historia por su antes o por su después, pero que hace caso omiso de las contingencias del medio. Y así como el historiador en el ambiente cristiano está tentado de erigir al cristianismo constituido en metro patrón al cual referir cultos supuestamente inferiores (que pueden ignorar hasta el término de religión), nosotros

hacemos de nuestra jerarquía occidental la unidad legal de las otras, sobre una especie de escala a la vez de valores y de desarrollo. Es porque nos es grato plegar el baratillo de las deidades planetarias a un esquema finalizado de la evolución. Y así como el lento perfeccionamiento *ad majorem gloriam hominis* del reino animal desemboca en el *Homo sapiens*, nosotros vemos a las dinastías divinas ascender hacia un encuentro supremo *ad majorem gloriam Dei*. Antes del *Ens perfectissimum* no hubo, supuestamente, más que un laberinto inextricable de extravagancias más o menos abominables, reduciéndose, decantándose con el tiempo, mejorando cada generación de dioses a la precedente según la selección del más apto, que elimina a los más débiles en cada nivel de la escala, hasta la obra maestra final: Nuestro Padre Eterno. Ese teleguiado desde el fin hace poco caso de la variedad de los medios geográficos (que vuelve desfavorables en la tundra o el bosque tropical las cualidades favorables de un Dios seleccionado por el desierto).

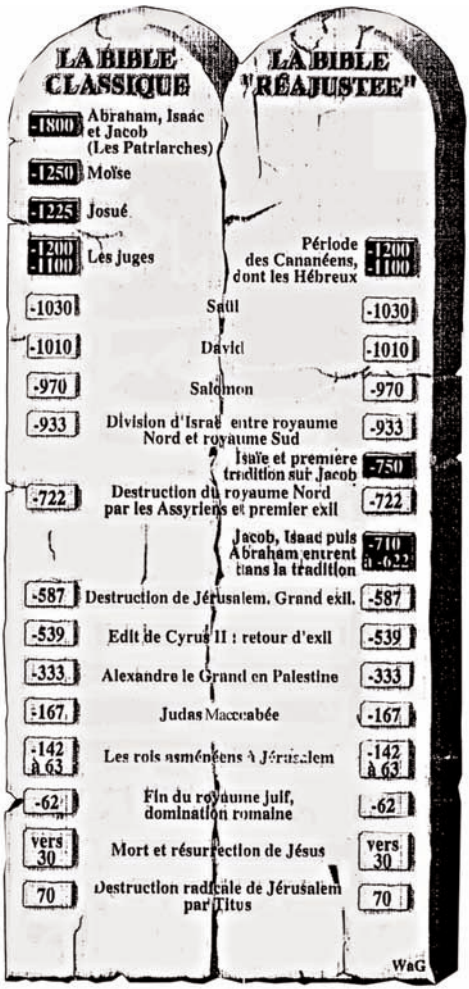
Una historia modesta, por consiguiente, para un Dios inmodesto, del que hay que recordar, a la vista de sus orígenes tanto como de las estadísticas, que no es el denominador común más pequeño de los panteones vigentes, ni la clave, o la coda, de la sinfonía de las creencias humanas. Aún hoy la mayoría de la especie humana vive bajo la influencia de religiones no teológicas, como el confucianismo, y en el corazón histórico de la cristiandad las nuevas espiritualidades, incluso los propios cleros, se descartan como quien no quiere la cosa de la experiencia teológica. Por lo demás, si hubiera tenido que recompensar los "progresos del espíritu humano", nuestro Dios personal y que habla en secreto a nuestra alma nos habría llegado de Grecia, la India o China, civilizaciones mucho más "avanzadas", provistas de ciencias, astronomía y geometría, de arte y de urbanismo, todo lo cual ignoraba y con razón una árida y somera cultura del desierto. La modernidad tardía en que nos bañamos testimonia hasta el hartazgo la vanidad de los esquemas lineales heredados del siglo XIX que hacen sucederse, mediante una transferencia sacra del progresismo laico, tanto los modos de producción económica como los estadios del animismo, del totemismo, del politeísmo y finalmente del monoteísmo. Los hechos son más obstinados que nuestro evolucionismo espontáneo. El Japón posmoderno sigue siendo extensamente animista, incluso algo chamán (con el sintoísmo). El budismo, religión sin Dios aunque fecunda en deidades (y dirigida al Despertar, estado próximo

a lo divino), gana en el Occidente postindustrial el lugar vacante. Y en las élites sincréticas de un rompecabezas social desregulado, ¿quién sabe si Buda no sucederá un día a Jesús, su hermano cinco siglos menor? Nada está nunca adquirido para Dios, "ni su fuerza, ni su debilidad, ni su corazón, y cuando cree abrir sus brazos, su sombra es la de una Cruz…".

Del anacronismo como medio de conquista

Cambiemos de escala y vayamos ahora al pequeño espacio de tiempo considerado monoteísta, dentro de cuyos lindes se elabora "la primera y más antigua recopilación de testimonios concernientes a la Palabra de Dios".[4] "La ley y los Profetas", como se llamaban en tiempos de Jesús las Sagradas Escrituras. En los reajustes en curso de las fechas que son faros de la humanidad, Dios y "el arte" sufren una suerte inversa: el segundo no cesa de envejecer, el primero, de rejuvenecer. Lascaux, hacia 1950, encarnaba el comienzo del arte mundial, fijado al magdaleniense antiguo, hacia 1500 a.C., que tenía por hogar a Europa. Nuestros últimos descubrimientos indican que "el arte" (grabados rupestres y plaquetas pintadas) apareció primero en África y que en Europa misma es forzoso retroceder 15 000 años (las manos en negativo de Cosquer tienen unos 27 740 años, y los mamuts de Chauvet, 31 000). Como lo muestra el esquema aquí presentado, la cronología de la Biblia, en el mismo lapso, siguió el camino inverso, río abajo. A la luz de los documentos disponibles, la era de los Patriarcas ("Abraham, Isaac y Jacob") ha perdido su antigüedad y es ya algo admitido que la figura de Abraham tomó forma, si acaso, un milenio después de su supuesto periodo de existencia. Otra revisión inesperada concierne a la genealogía. Al apercibirnos de que ni Abraham ni Isaac son mencionados por los textos más antiguos, que no hablan más que de Jacob, mientras que aquéllos aparecen en capas redaccionales tardías, posdeuteronómicas, dos siglos más tarde, se abre paso entre eminentes biblistas la idea de que el orden en el que citamos a los tres invierte el orden cronológico.

[4] Introducción a la *Traduction œcuménique de la Bible* (edición de 1988), p. 11.



La Biblia reajustada. Ilustración extraída de una entrevista de François Hauter con Jean-Michel de Tarragon, director de la *Revue Biblique*, publicada en *Le Figaro* el 22 de marzo de 1997.

Fuera de la estela de victoria del faraón Meneftá (siglo XIII a. C.), primera indicación, muy vaga por lo demás, de lo que se convertirá en el pueblo hebreo, mencionado al pasar en una larga enumeración de poblaciones vencidas ("Israel está destruida, y su simiente también"), y a despecho de una asimilación muy tardía (no inexacta pero difusa) entre "apiru" y "hebreo", sobre un disco con escritura cuneiforme que fue descubierto en Tell el-Amarna, no se dispone de información extrabíblica sobre el mundo de la Biblia previo al siglo VIII. Para todo este periodo los signos, los objetos y las piedras permanecen estrictamente mudos. No hay hasta allí coincidencias entre los anales babilonios, asirios y egipcios, por una parte, y por otra las indicaciones del monumento literario. Después, sí. Sobre la dinastía de David (fin del siglo XI a.C.) disponemos de una inscripción difícil de leer (la estela de Dan). La de Siloé (finales del siglo VIII a.C.) confirma lo que se nos informa de Ezequías, rey de Judá (716-687). Es hacia el siglo VIII, en efecto, cuando coinciden la literatura y la arqueología con los *ostraca*[5] de Lakish y los anales asirios de Senaquerib que mencionan el sitio de Jerusalén bajo Ezequías, en 701 ("se lo ha encerrado en Ursalimu, su ciudad real, como

[5] Fragmentos de alfarería.

un pájaro en jaula"). En cuanto a Jericó, no se ve cómo habría podido ser conquistada por Josué en el siglo XIII, puesto que su destrucción se remonta a alrededor de 1550. Jericó existió, con seguridad, ¿pero Josué? Una figura emblemática, han concluido numerosos especialistas.

En cuanto a Moisés, el emotivo cara a cara Charlton Heston/Yul Brinner crea una bella imaginería que hace sonreír a los egiptólogos. No se ve cómo un pequeño jefe de tribu inmigrado sería recibido en el santo de los santos del más grande Imperio (comparable al de Estados Unidos de la actualidad, en términos de poder y de influencia) por el amo del mundo. ¿Cómo suponer, por lo demás, en una sociedad tan burocratizada, donde el menor acontecimiento es objeto de una anotación, que un ejército entero, encabezado por el dios viviente, Ramsés II, haya desaparecido con cuerpos y bienes en el Mar Rojo sin que jamás ningún documento, imagen o escrito haya dado cuenta de ello? ¿La mayor catástrofe nacional de tres mil años de historia consignada no dejó ninguna huella? Moisés, o Mosis, es la desinencia de un patronímico egipcio (como Amosis), y la civilización, la atmósfera, la fraseología egipcias incuestionablemente colorearon la redacción de los primeros capítulos del Éxodo (tal como la cultura popular estadunidense presta su aura y sus expresiones a los inventos, las costumbres, los nombres de su periferia), pero hoy parece imposible fechar el episodio del periodo ramésida (1308-1087) del mismo modo que se hacía hasta ayer. En cambio, sería posible que un hijo de Israel instalado en el Delta haya encontrado su inspiración, muchos siglos más tarde, en una historieta ceremoniosa y pública: la batalla de Qadesh, que opuso a Ramsés II con los hititas y en el curso de la cual una parte de los carros hititas se habrían hundido en una ciénaga. Batalla famosa (de resultado incierto: cada campo se proclamó victorioso) que figura en bajorrelieve, a la vista de todos, sobre los pilones monumentales del Museo de Ramsés en Tebas. ¿Transposición de un marco narrativo y figurativo popular con permutación de los protagonistas? Es la tesis convincente, por su lujo de detalles, de B. Couroyer. El (o los) redactor(es)

> ha pues instalado a su pueblo en un marco que conoce bien. Para el pasado se hizo eco de la tradición según la cual Jacob y los suyos se habían visto obligados por el hambre a expatriarse con la finalidad de establecerse en una región más fértil, la parte nororiental del Delta. "Los israelitas fueron fecundos y se multiplicaron: llegaron a ser muy numerosos y fuertes y llenaron el país" (Éx 1, 7).

> Este crecimiento alertó a las autoridades, quienes decretaron medidas destinadas a reducir la proliferación de esos extranjeros. Entonces habrían comenzado las vejaciones hasta asemejarse a una esclavitud, condición que no parece sin embargo haber sido impuesta a los israelitas. Sin duda algunos eran, como los campesinos egipcios, requisados de vez en cuando, y quizá más a menudo que ellos, para algunas faenas relativamente extensas y penosas, pero que no representaban una real esclavitud. Estas faenas eran por lo demás el tormento del propio campesino egipcio. […] Se comprende que esta situación haya terminado por cansar a los israelitas y que ellos hayan clamado a Dios para que los hiciera salir de ese país donde sus ancestros habían, en otros tiempos, encontrado refugio. […] ¿Cómo hacerlos salir? […] Era necesaria una expedición militar con las tropas del Faraón: la infantería, por supuesto, pero también su ejército más rápido: los carros de guerra con el soberano a la cabeza. Precisamente la expedición del año V de Ramsés II comprendió semejante movilización, visible en los bajorrelieves. Aquel que relató esta parte del Éxodo adaptó seguramente a las necesidades de su relato lo que pudo ver de la batalla de Qadesh. Su tarea no fue narrar un combate sino una persecución que fracasaría por la intervención de Dios y de su enviado. Así como el faraón había sido castigado por retener a los israelitas debía serlo por perseguirlos para devolverlos a Egipto. Ahora bien, en cualquier punto que se franquease, la frontera de Egipto estaba entonces constituida por una vía de agua. Ésta se tragaría la impedimenta tal como el Orontes lo hizo con los carros coligados que se aproximaban a la fortaleza hitita.[6]

En resumen: algo así como una partida colectiva tuvo lugar (no 603 550 personas, como se dice en Nm 1, 46, sino más bien algunos centenares). *In illo tempore* (puesto que la hipótesis deja la datación abierta… hasta Cleopatra). Esta migración fue magnificada y legitimada al ponerla en un relato que la vertió en un marco narrativo acreditado, mejor aún, etiquetado en una imagen visual de referencia por la hiperpotencia dominante.

La biblioteca descabalada que llamamos *Biblia* como consecuencia de un error de traducción (*los libros*, *biblia* en griego, pasa al latín como un sustantivo femenino y singular), tal como fue puesta en un corpus por los doctores de la Ley reunidos en Jamnia, Palestina, hacia el año 90 de nuestra era, se divide en tres conjuntos: Ley, Profetas y Escritos. La Ley o Torá agrupa los cinco libros del

[6] "L'Exode et la bataille de Qadesh", *Revue Biblique*, núm. 97, 1990, pp. 321-358.

Pentateuco (término griego que significa los cinco estuches, en referencia a los que encerraban los rollos correspondientes), a saber: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Profetas agrupa a los profetas anteriores (Josué, Jueces, Samuel y Reyes) y los posteriores (Isaías, Jeremías, Ezequiel y los doce "pequeños" profetas, así llamados porque sus libros son breves). Los Escritos agrupan los Salmos, poemas cantados —alabanzas, plegarias e instrucciones— y textos incorporados tardíamente, como el Libro de Job, el Cantar de los Cantares y las Crónicas.[7] El desarrollo de los decires se da (más o menos) con el curso de las cosas. El comienzo del Libro trata del comienzo del mundo (el Génesis). Siguen el encuentro con el Dios Único (el Éxodo), y después las tribulaciones del pueblo elegido, angustias y glorias. El libro más editado, leído y glosado del mundo, nuestro MetaLibro, extrae su *aura* de ser a la vez fuente de información y fuente de fe, anales de un pueblo y Palabra de Dios. Tiene doble valor: horizontal (la crónica de una historia localizada) y vertical (la revelación de un Designio sobrenatural). *Recto*, la puesta en relato épico de un recorrido nacional, que construye una saga pintoresca; *verso*, la puesta en lo universal de acontecimientos particulares, que se han convertido en la plegaria de todos. Dos historias por el precio de una, la profana y

Ramesseum en Tebas: relieve que representa la batalla de Qadesh.

[7] El canon, tanto hebraico como protestante, excluye los Escritos deuterocanónicos admitidos por los católicos, tales como Judith, Macabeos, Libro de la Sabiduría, Baruc, la Carta de Jeremías, etcétera.

la sagrada apuntalándose mutuamente. Ahora bien, cuanto más han sido exploradas las piezas del expediente, en mayor medida lo teológico ha tenido que despegarse de lo histórico. Más nos hace admirar la virtud creadora de lo fantástico y la eficacia de los símbolos. La Biblia no es "falsa" (más que en cuanto a nuestras ilusiones historicistas). Es funcional.

La memoria por encima de la historia

El hecho de que Isaías no haya jamás leído el Génesis y de que David ignorara el sabbat no nos viene de manera espontánea a la mente. Es sin embargo lo que se deriva del desfase entre el desarrollo de la historia y su puesta en forma final. Los Profetas han sido "enganchados" antes de la Ley ("Nada se escribió en verdad previamente al siglo VIII a.C.", dice Jean-Michel de Tarragon). El primer toque de clarín monoteísta data del retorno del Exilio a Babilonia (522 a.C., después del edicto liberador de Ciro). Se distinguen algunas huellas después de la ocupación del reino del norte, Samaria (721 a.C.), con Isaías en el papel de anunciador del desastre. La afirmación resuena como un desafío de los exiliados, una pequeña minoría de hombres influyentes, oficiales, escribas y herreros, a los autóctonos de Judá, dejados en el atraso y sospechosos de tibieza y compromiso. Para Esdras, los que quedaron en el país son adversarios a los que hay que convencer, casi extranjeros a los que conviene infligir un sano castigo, el de tener que rendirse a la voluntad de un Dios enérgico

Rodaje de *Los diez mandamientos*, de Cecil B. de Mille, 1956.

aunque confiable. Mediante una reeducación simbólica. Así como el reino de Francia en formación se dio, bajo los Capeto, héroes fundadores, haciendo de un militarote, Clovis, un santo y de un iletrado, Carlomagno, una luminaria, del mismo modo el pequeño reino del sur, en torno de Jerusalén, aislado y rodeado, había ya comenzado a constituirse en una galería de ancestros a la altura de sus angustias y de sus peligros. La destrucción del Templo por Nabucodonosor y el exilio en Babilonia, que confirman todos los temores anteriores, reactivan la invención *ex post ante* de un pasado "reparador", de la dimensión de los desastres presentes y capaz de darles sentido. El Éxodo sería entonces la proyección de un retorno al país ardientemente deseado y muy merecido. Asimismo, la imagen de las Tablas de la Ley, soporte y contenido, proviene probablemente de Babilonia, donde la legislación estaba muy avanzada (Código de Hammurabi). No hay nada de sorprendente en que un asiriólogo (el padre Marcel Sigrist) haya podido reconocer en el dispositivo de la columna conducida por Moisés, con una bandera a la cabeza (el *degel*), el dispositivo mismo del ejército persa. Claramente Yahvé, amo del pueblo y del cosmos, como el Diluvio y la Torre de Babel (de Babilonia), son elaboraciones retocadas en el curso de los cuatro siglos que van del "periodo persa" a la rebelión de los Macabeos (-167). Cuando Esdras es autorizado, incluso incitado, por Ciro y su administración —que impulsaba a los pueblos sometidos a autogestionar sus asuntos dándose un cuerpo de leyes internas debidamente consignado— a reimplantar el orden en Jerusalén (que venció a Nehemías), el judaísmo tomó forma verdaderamente. Los exégetas no vacilan en decir que el Antiguo Testamento sería de la época helenística (a partir de Alejandro, alrededor del 330), al revelar algunos pasajes una influencia griega. "En el Génesis el relato de los orígenes evoca el comienzo de las *Metamorfosis* de Ovidio", observa por ejemplo Étienne Nodet.[8]

Se ha comprendido que la exaltante figura de un hebreo monoteísta desde Abraham o incluso desde Moisés, solo contra todos, proviene de una imagen piadosa. El Israel de los Reyes (y el de los Jueces) era monolátrico, si no francamente politeísta (aliado con Baal, Astarté, Hadad, el dios de la tormenta, o Yarak, el dios luna). *Monólatra* es quien elige un dios de su predilección aun

[8] Étienne Nodet, *Essai sur les origines du judaïsme*, París, Cerf, 1992, p. 288.

Estela del código de leyes del rey Hammurabi, de Babilonia, hacia 1760 a.C. Museo del Louvre, París.

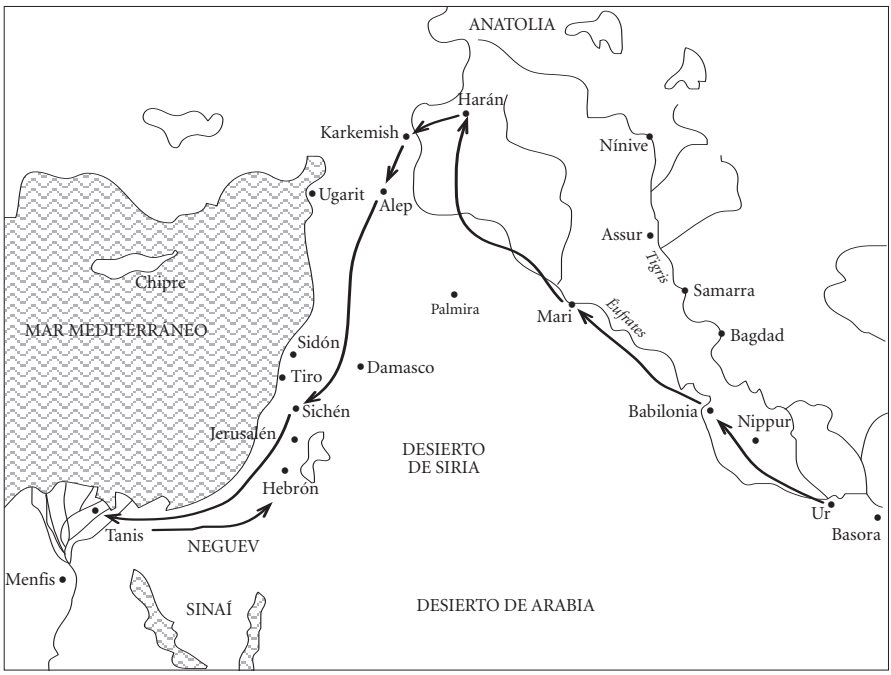
admitiendo la existencia de competidores. Cosa que reconoce el primer mandamiento, puesto que prohíbe el culto al pueblo judío: "No tendrás otros dioses frente a mí… No te prosternarás ante ellos y no los servirás." Yahvé se revela a Moisés como un Dios celoso, lo que no ocurriría si fuese el único amo a bordo. ¿Único *para quién*? Todo está ahí. Único para Israel es una cosa, que se llama "henoteísmo" (cuando un pueblo elige un dios para él solo con preferencia a los otros). Único *en sí* y Único en absoluto es otra. A este respecto, el primer profeta indudablemente monoteísta es el Déutero-Isaías, contemporáneo de Ciro y de Pericles, en el siglo VI a.C. Es con él con quien la afirmación de sí deviene, en Jehová, negación de los demás. "No hay otro dios, fuera de mí; Dios justo y salvador, no hay otro fuera de mí" (Is 45, 21). La equivocación, a nuestro juicio, proviene de que nosotros situamos el Génesis y el Éxodo antes del Deuteronomio porque confiamos en el índice. El punto de llegada de una larga marcha, acribillada de intermitencias, se hipostasia entonces, en las mentes, como el punto de partida simple y luminoso: Moisés en el Sinaí.

El monoteísmo se antedató espontáneamente puesto que tal era el mandato genealógico. Lucha por la primacía y lucha por la anterioridad forman una sola lucha. El linaje vale como un título en un mundo donde nada puede ser a la vez reciente y venerable. La cronología es el argumento de autoridad por excelencia, el medio más eficaz de someter a los recién llegados o a los ancianos, a los que se considera como tales por las necesidades de la causa. Antedatamos para ser los más fuertes y el más fuerte es aquel que puede mostrar a los vecinos (y a sí mismo) que estaba ahí antes que los demás, en el hueco de lo Primordial, lo más cerca posible del Origen. Es así como, hombre o dios, se producen bajo presión, con los medios disponibles, los certificados requeridos de preexistencia. Nos sorprendimos bastante al saber por los especialistas de la exégesis histórico-crítica que Abraham fue un pequeño héroe meridional elevado en grado y en antigüedad por inteligentes redactores. O

también que las dos Tablas de la Ley fueron "forjadas" después del Exilio, en el lugar y en sustitución de las dos estatuillas de El y su mujer, Aquera, colocadas una al lado de la otra en el arca primitiva. Pero ésta es una constante de la historia de las naciones como de las ciencias ("los precursores son los que vienen después", decía Canguilhem). El objeto de una transmisión —aquí la Alianza establecida desde la salida de Egipto entre un Dios Único y un pueblo único— no preexiste al proceso de su transmisión. Es su recorrido lo que hace de un discurso lo que es. Se sublima a un pequeño jefe de clan local (Josué o Abraham), se agregan uno o dos ceros a una magra tropa (tres mil habitantes de Judea, al decir de Jr 52, 28, habían sido deportados a Babilonia en 597, y menos de mil en 587), se magnifica a un reyezuelo (Salomón), se minimiza una crisis (la separación entre norte y sur), se promueve lo periférico a central o a la inversa, según los imperativos del momento. La tradición inventa, con toda buena fe, aquello de lo que se dice portadora, y más aún: autentifica su decir borrándose como dicción (siempre el médium se borra, y sólo con esta condición obtiene resultados). La metamorfosis (o la reformulación de datos reales más o menos mediocres) cumple una *función vital* para la comunidad que es a la vez su materia y su motor, la enunciadora y el enunciado. La reescritura del pasado es dinámica, dirigida hacia el futuro. Su papel es dar sentido al presente ofreciendo un punto de mira envidiable a una comunidad que tenía motivos para dudar de su porvenir. Por eso cada episodio de las Escrituras (cuya redacción se extiende a lo largo de siete u ocho siglos) habla el lenguaje del siglo en que es escrito y no el del momento en que se supone que se desarrolla. En todas las narraciones con vocación performativa (que incluyen leyendas nacionales, clánicas y familiares), la manera en que son contadas dice más sobre las categorías mentales y la situación histórica de los narradores que sobre las de sus protagonistas. Este modo de lectura representa por lo demás un procedimiento plausible de datación. ¿En qué época y para quién la historia de Adán y Eva, expulsados del paraíso por haber desobedecido al Todopoderoso, puede ser más elocuente? Para los exiliados de Babilonia expulsados de Jerusalén después de 587 por haber desobedecido a sus jefes naturales, los Profetas (que hablan de modo altanero con los Reyes). ¿En qué época puede tener sentido el extraño periplo de Abraham, que parte del este, llega al oeste por el norte, baja a Egipto y vuelve finalmente sobre sus pasos a Canaán? Cuando hay que

reunificar a las comunidades judías de Egipto con las que se quedaron en Mesopotamia en torno a una tierra central y santa, después del retorno autorizado por Ciro (538).

Transmitir no es sacar, a petición, de un cajón de escritorio, llamado patrimonio o memoria colectiva, tal o cual documento que se encuentra ya ahí, como un grimorio depositado en ese lugar por la resaca de los siglos. Es deslizar a la vez algo nuevo y mezclarlo con lo antiguo, para darle pátina a lo inventado y atractivo a lo heredado. Alteración funcional de las pistas. La falsificación literaria no procede de una voluntad de engañar, ni del mero talento para fabular, sino de un instinto de conservación: para no caer en la desesperanza o en el sinsentido, la imaginación del grupo debe reelaborar su realidad. Mentirse para no morir es mejor que lo contrario. En la medida en que "un pueblo sin leyendas está condenado a morir de frío", la construcción retroactiva de los orígenes forma parte de los trabajos caloríficos indispensables para



Itinerario de Abraham desde Ur a Hebrón.

el mantenimiento de un grupo humano. Lo que hace su cohesión es compartir mentalmente un origen y un destino. La Biblia ha cumplido magníficamente su papel de matriz comunitaria *fabricando un origen para inventarse un destino*. Evitar la desbandada exige que el presente "sostenga" al pasado, *collage* que neutraliza la dispersión. En tal sentido, el origen es una cosa demasiado importante para ser dejado a los escribas o a los historiógrafos. Es un bien de memoria, que ha de administrarse en consejo de familia. Cohesión interna y capacidad de iniciativa: lo que está en juego en la matriz origen/destino tiene que ver en demasía con la integridad vital como para que la búsqueda de documentos pueda mezclarse con ella. Tal búsqueda tiene tanto menos que hacer cuanto que sería contradictoria con la idea misma de origen que se pueda considerar crónica, en tiempo real, en un momento en que nadie podría decir de qué hay origen. El momento crucial está siempre "en blanco". Viene de allí el hecho de que una transmisión está lograda cuando la fabricación ya no se ve. En este sentido, el Antiguo Testamento es una obra maestra. La invención de la historia, atribuida a los griegos y a Herodoto, no hace justicia al Israel antiguo, que confundiendo las fronteras de lo vivido y de lo soñado ha terminado por forjar un solo pueblo a partir de tribus dispersas. No es anormal que el examen científico de lo maravilloso sea vivido por sus adeptos como atentatorio ("se nos despoja de nuestro pasado"). Tan grande es nuestra necesidad de una plomada que los mismos que veneran a Moisés por habernos liberado de tabúes y del Becerro de Oro hacen de él un ídolo, un tabú sobre el que está prohibido poner la mano. El reflejo es humano. Lucrecio el materialista felicita a Epicuro por habernos emancipado del temor a los dioses y en el proceso erige un altar al divino Epicuro. El estado de nuestra incoherencia es casi tan bueno como el de nuestra paranoia.

Tenacidad de los estereotipos

Haciendo jugar a las articulaciones del pensamiento, a costa de algunos pequeños dolores del amor propio, resulta posible desembarazarse de sus calambres o de sus falsos pliegues, que afectan con frecuencia a la historia tradicional de las religiones (cuya versión popular rebasa en este punto a la

Los diez mandamientos, de Cecil B. de Mille, 1923.

versión ortodoxa). Y en particular es el caso de la manera en que se enseña la epopeya monoteísta: el mito del fundador (aquí, Moisés); la figura del Advenimiento, la Revelación o deslumbramiento, cristalizada en los "aquel día" (salida de Egipto, zarza ardiente, Sinaí); y el sobrentendido, que se deriva de ello, de una ruptura radical con el pasado (aquí, politeísta).

Moisés no "fundó la religión judía", como tampoco Jesús "fundó la Iglesia cristiana". La expresión "fundador de la religión del judaísmo", que Freud retoma por su cuenta en lo que él calificaba confidencialmente, y a propósito, como "novela histórica" (en su correspondencia con Arnold Zweig), parece triplemente aberrante. La idea y la palabra *religión* son importadas, puesto que son de fuente muy posterior, latina y romana. En un mundo donde todo es religión, incluidas la economía y las finanzas, no existe un dominio religioso aparte. Adorar a Yahvé no depende de un credo o doctrina sino de un modo de existencia, de cocinar, lavarse, educar a los niños, orinar, etc. *Judaísmo* es también una retroproyección. El término, fugazmente, sólo aparece en el siglo II a.C., al mismo tiempo que *helenismo* (el "judaísmo" es de origen griego). Finalmente lo *uno* (religión) tiene algo de autosuficiente y de exclusivo, como si el partidario de Yahvé pensara en negar los dioses de sus vecinos —reivindicación que, en la cronología tradicional, ocurre mil años después de Moisés.

Sin el primero de los Profetas, se lee sin embargo aquí y allá, sin el Legislador y el Liberador, el Pentateuco no existiría. Es incluso, excluido el Génesis, su autobiografía (el autor cuenta *in fine* su propia muerte). Sin él no habría Decálogo, ni santuario móvil, ni clero de Judea (de lo que Moisés inviste a su hermano Aarón, por órdenes de Dios). Los discursos de celebración que nos lo aseguran son posteriores en más de medio milenio a este hombre fabuloso, de ascendencia desconocida y no enterrado en ninguna parte. Datan de una época en que, destruido el Templo, el rey ciego y prisionero, el país ocupado, la inteli-

guentsia de los sacerdotes en exilio tenía las mejores razones para atribuirse un superhombre compensador como paterfamilia. En un pueblo de pastores, los pastores son reyes; pero no existe, hay que decirlo, ninguna huella histórica de un príncipe pastor de tal envergadura, figura surgida de una amalgama de leyendas antiguas (que datan probablemente del tiempo de la hegemonía asiria sobre Siria-Palestina, puesto que el nacimiento y la infancia de Moisés calcan los de Sargón, el legendario fundador del imperio asirio). Moisés, un convenio cultural, sin duda tan maravilloso como Jonás (¿y por qué admitir que uno es ficción y el otro no?), es, al igual que Abraham, un personaje de síntesis. Y como consecuencia de ello, no exento de contradicciones (aquel que ordena "no matarás" en su juventud cometió un asesinato en la persona de un egipcio). Estas "figuras" aparecen como transacciones políticas elevadas a la dignidad heroica con el fin verosímil de conciliar y federar esferas de influencia o territorios hostiles o malquistados (los reinos enemigos del norte y del sur). Abraham sería así una figura local de Hebrón promovida a héroe epónimo después de la anexión de la ciudad a la Edom, como prenda de buena voluntad ofrecida por los habitantes del Sur a los de Jerusalén. El que se diga que Abraham tiene su tumba en Hebrón, en el panteón de los patriarcas, constituye un argumento en tal sentido.

No son Abraham y Moisés los que inventaron el judaísmo sino a la inversa (así como ocurre con Jesucristo y el cristianismo). Los profetas Ezequiel, Oseas y Zacarías no mencionan al superhombre del Sinaí, cuyo papel se exalta con el tiempo transcurrido (la Mishná, el comentario oral de la Ley y el Talmud hablan de él a comienzos de nuestra era). David y Salomón, que no son hijos ingratos, ya no hacen alusión a Abraham. Estos personajes, para nosotros fundamentales, están ausentes de toda la época histórica. Los habitantes de Judea no hacían peregrinajes al monte Sinaí, cuya reputación no desborda los límites del Éxodo. El monasterio bizantino de Santa Catalina no eligió establecerse ahí hasta el siglo VI d.C., para un culto mariano (debiendo su localización más a la existencia verificable de un manantial al pie del Gebel Mousa que a una presencia divina atestiguada en la cumbre). Como nos dijo un monje: "Incluso con Dios en lo alto, si no hay agua abajo, no hay monasterio." En el modo de pensamiento teológico todo debe estar, sin embargo, dado desde el comienzo: el agua y Dios. Y así como las Escrituras transmutan los ideales en acontecimientos, y una teo-

logía en cronología, ellas convierten tipos colectivos en personajes individuales, individuos con patronímico (la Antigüedad no tolera el anonimato). Es algo que compete a la parábola: concretar lo abstracto, personalizar al grupo. La época exigía que toda técnica tuviera un inventor (Tot o Dédalo) y toda ciudad un fundador. Pero, como la escritura y la metalurgia, el monoteísmo ha sido, en los hechos, un trabajo de equipo (más próximo a las artes marciales que a la filosofía).

Y de *larga duración*. El "aquel día el Eterno hizo salir a los hijos de Israel del país de Egipto" es una contractura retórica. La tempestad monoteísta, marcada por rayos y truenos, parece haber sido una muy lenta asunción de una trama donde alternan penetraciones y recaídas, algo que revela a su manera la duración dilatada y reiterativa del relato fundador. No hay un día J que habría hecho pasar de un salto de la barbarie —cuando dioses con rostro de animal exigen su ración cotidiana de carne humana— al culto aseadito y casi filológico de una Palabra establecida por escrito. En el medio cananeo, que precede y domina, lo divino es trivial, usual y multiforme, y el ateísmo propiamente impensable (el "impío" es el blasfemo, no el sin-Dios). En ese rompecabezas de miniprincipados, cada reino se talla un dios-escudo, de cuyas cualidades guerreras o políticas se apropia la población simbólicamente, en un clásico intercambio de bienes y servicios (pago de impuesto al templo y liturgias apropiadas). Este nombre de dios, puesto como raíz común a los patronímicos de la *gens*, es una carta de identidad nacional. Es lo que era y sigue siendo en parte el yahveísmo, culto local entre otros diez. El Israel monárquico tenía su dios étnico, como los moabitas tenían a Qhemosh y los edomitas a Quaus. Estos dioses y estos hombres son contiguos; reinos y panteones se rozan en un pañuelo. Siete naciones se reparten Palestina, en el sentido más amplio del término, bajo la dominación asiria: fenicios, samaritanos, filisteos, amonitas, moabitas, edomitas y finalmente judíos. Cada uno tiene su pareja de divinidades: macho y hembra. Hay entre estas potencias rivalidades, anexiones, fusiones, alianzas dinásticas, como entre los pueblos mismos. Yahvé es el que cobra en este juego político; instrumenta la constitución de un conjunto unificado, llevado a tambor batiente a merced de las relaciones de fuerza por todos los medios conocidos: conquista militar, ósmosis cultural o matrimonio entre casas reales (David desposa a una jebusita del terruño, Betsabé).

Después de 722, el repliegue sobre Jerusalén de los sobrevivientes de la caída de Israel, el reino del Norte (que agrupaba a diez de las doce tribus), precipita la unificación de los dos troncos mediante la fusión de las escuelas elohístas del norte con las yahveístas del sur. Y es hacia ese momento cuando se mezclan y recomponen los fragmentos y los estratos de escritura, ensamblando las tradiciones atribuidas a Moisés (Sur) y a David (Norte). Este pacto de entendimiento engendra la figura de una *Superpotencia confederativa*, que sublima y autoriza lo que se llamaría en el presente una lucha de independencia nacional, facilitando a la vez la integración de los recién llegados y la demarcación respecto de los alógenos vecinos. En resumen, la unicidad divina sería el resultado de varios siglos de aproximaciones estratégicas, llevadas con rodeos y solapadamente (con inteligencia). Freud veía en las construcciones de realidad sensible propias de las religiones "una psicología proyectada sobre el mundo exterior". Podríamos completar, suponiendo que la vida pública se haga con la psicología personal, mediante esta otra fórmula: "una política desde abajo proyectada sobre el mundo de lo alto". Lo que no tiene nada de sorprendente, tratándose de un organizador colectivo fuera de concurso como Dios.

Este último no hizo la revolución, ni hizo tabla rasa del pasado. El subversivo es más bien un restaurador que recicla los desechos y tapa las fisuras. No hay una línea de fuego. El politeísmo, en su enfoque polimorfo de lo divino, es más monoteísta que lo que se cree, y el monoteísmo es siempre más politeísta que lo que se quiere hacer creer (lo Uno se busca en lo múltiple y lo múltiple subsiste en lo Uno). El lento surgimiento ha procedido por desajustes sucesivos, a partir de una religiosidad encajada donde cada cultura viene a extraer y desarrollar el mejor elemento (aquel que le conviene más). El *Elohim*[9] de Jerusalén prolonga y sublima al *El* cananeo (con la misma raíz), que el de Ugarit ejemplifica. Así, nosotros llamamos monoteísmo a una monolatría transformada (en el sentido del ensayo convertido en rugby). "Los hebreos —afirma Jean-Michel de Tarragon basándose en documentos— son cananeos convertidos que continúan venerando a sus divinidades ancestrales al tiempo que han comenzado a adherirse a un culto nuevo llegado del Sur, el yahveísmo." Y

[9] El nombre más frecuente de Dios en la Biblia. Plural de *Eloah*, funciona como singular.

agrega con la onomástica en su apoyo: "Al dirigirse la evolución hacia la absorción de las características de las divinidades locales por el dios nacional de los hebreos, este último termina por tomar los nombres o epítetos de algunas de tales divinidades. Así ocurre con Elohim, formado sobre el nombre común El, designación del dios supremo de los cananeos de la zona que será la de Israel y la de Judá."[10] Nuestro Exclusivo ha comenzado su carrera como guía o presidente de sesión, como un vulgar Marduk o Amón Ra, como todos los "Yo, el Supremo" de los alrededores. Durante un tiempo prolongado estuvo casado; su pareja, su esposa, se llamaba Aquerah (se han encontrado figurillas de diosas desnudas en los escombros de Jerusalén del siglo VI a.C.). Tenía su santuario central, pero no único (hay templos en Tell es-Seb, en la isla Elefantina de Egipto, en Arad); sus estelas y su serpiente de bronce, sus sacrificios, sus sebos quemados y sus inciensos. Se lo vestía, se lo levantaba por la mañana y se lo acostaba al anochecer, se le daba de comer —como a los demás. Jeremías, como se ve, tenía motivos para fustigar al reino de los ídolos, al que trata de poner fin el Deuteronomio (entre 550 y 520 a.C.), proscribiendo, por ejemplo, la erección de los *asherims* (estacas talladas que representan una diosa), esos símbolos cananeos de la fecundidad vital.

Continuidad por consiguiente del *Il-aba* acadio, el dios-padre venerado por Sargón, en el *Il-ib* cananeo, y después en el "Padre nuestro que estás en los Cielos". Continuidad del himno ugarítico en el salmo judaico, del Cantar de los Cantares en el canto de amor egipcio y del salmo en el Evangelio. Continuidad del agua bautismal en el Mar Rojo, y del Antiguo en el Nuevo Testamento (la separación entre ellos es una decisión cristiana tardía). Los rituales dicen más de él que los dogmas sobre las permanencias subterráneas, y los gestos de los fieles, sin que se note, rinden homenaje a una filiación mágico-religiosa que hace ruborizar a nuestros doctores. Un matadero primitivo lindaba con el templo de Salomón, para la matanza de machos cabríos, bueyes, carneros, antes de la exhibición "bárbara" del hígado y del pulmón. Yahvé no es ya un dios con cabeza de animal, pero siguió exigiendo durante siglos sus porciones de carne y su medida de sangre fresca, como sus ancestros. El judaísmo antiguo no

[10] "Le panthéon, les cultes cananéens et la Bible", en *Le Monde de la Bible*, núm. 110, abril de 1998.

Estatua del dios El, hacia el siglo XII a.C. Museo de Lattaquié.

estaba en absoluto separado del sistema de las ofrendas agrícolas y animales que rigen en todas partes los intercambios entre tierra y cielo, un sistema calcado sobre la entrega al soberano del tributo en especie. Los rituales semíticos se empalmaron así sobre los cananeos que a su vez se encadenaron con los asirios (a la manera de los respectivos sistemas de escritura, que se "montan", por así decir, los unos sobre los otros).

Ahí donde los biógrafos de Dios descubren una película, los hagiógrafos recortan fotos. El historiador hace retornar a la superficie los fundidos encadenados que desconciertan y desvían el cincel del teólogo. Hablamos del mundo "judeocristiano" ahí donde una mirada en perspectiva y en profundidad sacaría a la luz un asirio-cananeo-judeo-cristianismo arrastrado hasta nosotros por el rebote bíblico. Desde el momento en que se toma un poco de distancia respecto de esta creación continua, los relieves completamente literarios de lo ocurrido más recientemente tienden a difuminarse. Cada confesión aparece como una denegación de parentesco, o como el anuncio de una exclusividad que su génesis desmiente. Ella tiene por lo tanto muchísimo interés en dotarse de una zona de soberanía ostentatoria y bien señalizada. Aquí, los santificados; allá, los impíos. Acá, los judíos; acullá, los samaritanos. El mapa de las eras y de las áreas, una vez que las obediencias se forjaron a golpes de espada su propio feudo contra, absolutamente contra, los demás, nos protege de la visión deprimente porque disimula los lagos con bordes difusos, los préstamos, los deslizamientos y los nuevos empleos que vierten de vez en cuando lo divino nuevo en los viejos odres. Y la repartición relámpago de los dominios nos ayuda a ocultar los segundos planos bastante monocromos de lo que cada uno considera los colores de su alma. La distribución de las banderas espirituales no es solamente un asunto de amor propio. Es muy posible, como veremos más adelante, que el deslinde de los territorios de vida, por brutal y obsceno que nos parezca, tenga algo de esencial que decirnos sobre nuestros impulsos desesperadamente animales hacia la divinidad. *(c)*

CAPÍTULO III

En lo más alto de la duna

En el desierto abrid camino a Yahvé.
IS 40, 3

Entre los mortales y el Eterno hay un espacio físico mediador: el desierto, marco tradicional de las teofanías. Se trate de Moisés, Jesús o Mahoma, ya sea con el Éxodo, la Tentación o la Huida, nuestros profetas fueron todos "peregrinos de las arenas". La aridez nos curó de los ídolos. El "verdadero Dios" se opone a los falsos como lo desolado a lo superpoblado, como lo mineral a la vegetación. Renan concluyó un poco apresuradamente: "El desierto es monoteísta." Sólo lo es verdaderamente si el beduino sabe leer. No otorguemos a la incubadora geográfica las virtudes de la sementera literal. Existe una ecología de lo divino, incuestionablemente, pero el desierto no es más que un lugar de paso, y lo que permite atravesarlo es el dominio de los signos. Porque el acceso a la trascendencia no está en la inmensidad de las cosas sino en su miniaturización.

Dios hace comenzar la historia de los hombres en un espacio verde y la termina en una ciudad santa, Jerusalén. Entre ambos extremos puso el desierto para que no perdiéramos su huella. Abraham deja la ciudad, Ur, metrópoli industriosa, tal como Moisés deja los palacios por los vivaques. Una y otra vez Él pone a prueba a sus elegidos antes de revelárseles. "Te conduciré al desierto y hablaré a tu corazón" (Os 2, 16). Este hablar al oído no es propio de la gente de bien. El Eterno hace irrupción en los eriales con caravaneras, franjas "antisociales", arrabales donde las instituciones capitulan, donde el impuesto no se recauda. Donde vagabundean saqueadores y ladrones de rebaños, marginales y asaltantes de carruajes. Este Dios abrupto y fronterizo repugna a elegantes y a melindrosos. No tiene las maneras ondulantes de las cortes ni del bazar. El desierto dice su verdad al hombre; no es hipócrita como la ciudad. De ahí su predilección por esas zonas grises donde se codean citadinos y nómadas, esa "tierra de nadie" entre las arenas y las planicies fértiles, regiones semidesérticas donde pasta el ganado menor, borregos y cabras. La miseria dorada de nuestra complacencia bien querría olvidar esta indigencia fundacional.

Louise Merzeau. Campamento beduino, Yemen, 2001.

Los servidores del culto han elegido domicilio junto a Caín, cuyo nombre aparece con la primera ciudad. Él, el Eterno, merodea en las dunas, junto a Abel, con la gente de baja condición. El primero en invocar el nombre de Yahvé fue Enoch, hijo de Set, el rival de ese Caín constructor de ciudades, demasiado urbanizado para ser puro. Revancha de Dios, revancha de los débiles sobre los fuertes. El Allah akbar es hoy la choza árabe convertida en rascacielos; y los detentadores de derechos de pastoreo se han transformado en los detentadores de *stock-options*.

La cantinela del desierto

Ya sea que hable hebreo, arameo o árabe, Él pone su mirada en los portadores de sandalias —discretos, enjutos. Se fía de los metecos de las márgenes y no de los panzudos y de los establecidos. Abraham borriquero y Mahoma camellero, sobrino y yerno de caravaneros. Caminantes y migrantes por oficio uno y otro. Emancipados, como todos los poseedores de rebaños, libres de errar a su gusto. Prestando sin duda al suelo una virtud de elevación que sólo pertenece a los pies, Renan extrajo de allí la idea, expresada en su *Histoire du peuple d'Israël* (1887), de que "el desierto es monoteísta; sublime en su inmensa uniformidad, revela ante todo al hombre la idea del infinito, pero no el sentimiento de esa vida incesantemente creadora que una naturaleza más fecunda inspiró en otras razas. He allí por qué Arabia siempre ha sido el baluarte del monoteísmo más exaltado". Ningún automatismo, por supuesto, y el desierto del Espíritu resulta tanto figura de estilo como realidad física. Pero es en la estepa desecada, tapizada de extrañas rocas, entre acantilados de granito rojo, en la cumbre abrupta de un *djebel* surcado por quebradas y desfiladeros —la montaña "hierofántica" que eleva al cuadrado la virtud ascensional del desierto—, donde se supone que las Tablas de la Ley fueron otorgadas a Moisés. En el corazón del Sinaí, "vestíbulo del desierto", pequeña Arabia en el flanco de África. Localización sin duda *a posteriori* pero reveladora. Periodo de prácticas de abnegación y de puesta a prueba, el Desierto sirve de cantinela a la disidencia, a la *deserción* monoteísta. Mal de Dios, mal del desierto. El llamado de la pureza —inseparable del odio a las impuras metrópolis de Ezequiel y Jeremías por

Babilonia y Tiro. Cuarenta años para los hebreos después de su salida de Egipto. Cuarenta días de ayuno para Jesús en lucha contra Satán (Moisés también había pasado cuarenta días y cuarenta noches, a solas con Dios, en la cumbre del Sinaí). La huida de Mahoma a Medina. Se dice que también el egipcio Ajenatón (el faraón en el que Freud veía el prototipo de "Moisés el Egipcio") abandonó Tebas, su metrópoli al borde del agua, y se encaminó hacia el alto Nilo, hacia la planicie desolada de Tell el-Amarna. Atón es áfono, sordo como el Sol, y monolatría no es monoteísmo. Pero se puede ver ahí un primer indicio de la teoría negativa del Dios Único. La nada abre a la totalidad. La ciudad encierra al hombre sobre sí mismo; el desierto lo abre al Otro. El politeísta prefiere lo vegetal, guirnaldas y pequeños valles, mientras que su contendedor prefiere lo mineral, los desfiladeros abruptos, los acantilados de roca calcárea bordeados de fantasmagorías geológicas. La montaña, que es el desierto en altura de la gente del llano, ofrece una variante de esta inmemorial afinidad, acompañada a su manera por más clementes climas (los sociólogos lo han medido: entre nosotros, en los Alpes, la práctica religiosa crece en función de la altitud). Nuestros cartujos tienen su "desierto" en los contrafuertes alpinos. Y es que en un país templado uno puede poner su Sinaí en la nieve, con tal de estar aislado, combinando lo estéril y lo escarpado (es el caso del Mousa o monte Moisés, con 2 300 metros del altura, al que hay que ascender por una escalera tallada en la roca).

Se desciende a la ciudad, pero se asciende al desierto. Teología ascendente, que va de la Historia al Espíritu. *¡Arde, arde Babilonia!* El monoteísmo no es monolítico y hay de desiertos a desiertos

Ajenatón honrando al disco solar, bajorrelieve, hacia 1355 a.C. Museo de El Cairo.

(el hebreo tiene cinco palabras para distinguirlos). Hielo, sal, estepa, arena, *erg* (región cubierta de dunas)… Sigue siendo ese *midbar* ("desierto", en hebreo) común, ese arquetipo compartido, "la lección del Desierto", que ordena quemar las naves dando la espalda a las idolatrías. Polvo eres y en polvo te convertirás. Serás inhumado en la misma tierra, y sobre tu losa fúnebre, en fidelidad a los Libros, iremos a depositar no flores de vida sino piedrecillas. Los cementerios judíos continúan rindiendo homenaje a ese pasado, con sus cantos rodados y sus guijarros piadosamente posados sobre la plancha de las lápidas. El Profeta es una *vox clamans in deserto* y que conmina a los reunificados de los bajos fondos a afrontar el riesgo supremo (*anacoresis*, al igual que *anábasis,* es pasar de un nivel inferior al superior). Al "hombre interior" a levantarse contra su *alter ego*, el hombre social, puro mineral corrompido. Constancia de los prestigios del Aislamiento. Carmelitas y franciscanos llaman "desierto" al lugar de su retiro contemplativo y los protestantes de Francia tienen su museo del desierto. Cada año realizan, el primer domingo de septiembre, en el corazón de las Cevenas, "la asamblea del desierto".

Asamblea de protestantes en el desierto, grabado del siglo XVII. Biblioteca Nacional de Francia.

Es el Gran Trek de los afrikaners en 1835, cuando se exilian de la costa hacia el alto Veld, siguiendo al jefe carismático (Piet Retief), con sus carros (los *laagers*), su ganado y su Biblia. Es el éxodo de los mormones en 1847, siguiendo a Joseph Smith a lo largo del *Mormon trail* hacia el desierto de Utah, donde fundarán, lejos de los gentiles, Salt Lake City. Agotadores ascensos al Reino, a través de lo desconocido, donde los alucinados con el Gran Retorno enfrentan a las langostas y las azagayas, las epidemias, la sed y la desesperación —que dan forma a tantas ordalías colectivas, la prueba por el sufrimiento. No hay ningún "despertar", ninguna refundación monoteísta que no haya buscado "la palma del desierto" (el símbolo cristiano que corona los tres clavos de la Cruz y un perfil de camello). Cada "revivalismo" retoma el bastón del peregrino hacia el

hinterland, para los reencuentros con lo árido. Lo que permite, de paso, transformar una persecución en secesión, o un revés político en victoria moral. ¿Es Dios la vitamina del sacrificado, la coartada celeste de la bravura terrestre, que lanza las llaves del Reino del otro lado de la montaña para obligar a las gentes de aquí a pasar la brecha e ir a ver en otra parte, cueste lo que cueste? Tal sería el ardid del Único. Lo importante es la ruptura con Sodoma y Gomorra, dar la espalda a los compromisos, a las estridencias urbanas, donde la ausencia ya no se escucha, donde el caos de las imágenes y de los sonidos ahoga la voz de lo esencial.

Búsqueda de soledades… Yahvé educó a Israel en el silencio del desierto y el Cristo recondujo hacia él a los guerrilleros de Dios, esos "atletas de la fe", deporte extremo, que fueron Padres del desierto y anacoretas. San Antonio, el padre de los eremitas, y san Pacomio, el autor de la primera regla de los *cenobitas* (los monjes que viven juntos), arribaron al Alto Egipto —el primero para un aislamiento hasta las últimas consecuencias, y el segundo para dirigir una comunidad. En los primeros siglos se iba al desierto como se asume la guerrilla, para escapar al preceptor o al juez; y no había nunca distancia entre el insumiso y el santo, o entre el salteador y el monje (el "anacoreta", se decía de quienes emprendían las dos aventuras). El hombre nuevo de que hablaba san Pablo asumió en el siglo IV de nuestra era la figura emblemática de esa divinidad fuera de la ley. Es en las soledades donde se va a esperar la segunda llegada de Cristo, el Reino de los Cielos anunciado por los profetas y donde entrarán en primer lugar aquellos que han renunciado al reino de la impostura (las vírgenes, los pobres, los penitentes). Los que se adelantan a la historia mediante la ascesis y la plegaria. Porque el bienaventurado se deifica, o al menos se angeliza, al consumirse por el hambre y la sed, volviéndose esquelético y diáfano, atravesado por la gracia como un vidrio. *Pneumatophoro*, dicen los griegos: portador del y portado por el espíritu, el soplo divino. Se convierte en una sombra para sustraerse mejor de nuestro teatro de sombras, se anticipa al sepulcro deviniendo sepulcral antes de tiempo. El anacoreta quiere morir para el mundo, pero para un mundo que va a morir ese anochecer. Porque el día del Señor viene como un ladrón en la noche, por consiguiente no durmamos como los demás (Pablo, 1 Ts 5, 2). Él descenderá del Cielo, precedido por el Arcángel

y la Trompeta de Dios. Y seremos llevados a las Nubes… Así, pues, es razonable volverse loco. Ganar tiempo mortificándose en las grutas y en las lauras, prepararse para el más allá mediante el ayuno, la plegaria o la mortificación. Para anticipar la ciudad celeste en una comunidad que no obedece *ya* más que a un Dios, el monasterio. Así, nuestras órdenes cluniacense, cisterciense, cartujana, benedictina y otras tomaron como modelo a los Solitarios de Oriente, que a su vez, inconscientemente sin duda, seguían las huellas de los esenios de Qumrán. Nuestros conventos: desiertos en el fondo de los valles, Sinaís en miniatura, reagrupados al pie de la "casa alta". Conservamos todavía en nosotros una ligera esperanza de retorno a lo seco, a los refugios en sitios extremos: cumbres, grutas, islas —Capadocia, Lerins, el monte Athos, Santa Catalina o Montecassino. Y en esos sitios despejados, una vez franqueados los altos muros del convento, el turista de Dios, el transeúnte distraído o el agnóstico entran en un presente sin porvenir ni pasado, en un fuera del tiempo, suspendido sobre las horas canónicas, ritmado por los oficios religiosos, un tiempo inmóvil donde lo muerto no se opone ya a lo vivo, y donde el hombre apresurado de hoy se vuelve contemporáneo de los primeros cenobitas.

El ecosistema divino

A cada nicho su Dios. El judeocristiano no es un montaraz. La espesura incita a los terrores sagrados (porque está fuera de los límites), pero es una maravilla telúrica y pagana, la de los cuentos, los hechizos y los filtros. En ella pululan los misterios, pero un poco en demasía como para suscitar la decisiva decantación. La espesura es wagneriana y embrujante, empañada de leyendas, pero lo espeso ahoga lo místico bajo el mito. Las criaturas fantásticas de los sotobosquess cavernosos no han roto con el bestiario y la flora. Naturaleza sublimada en Oro del Rhin, pero naturaleza al fin. Mágica más que religiosa. Romanticismo del sotobosque, casi neolítico. El bosque ciertamente hizo las veces de desierto, como metáfora, a numerosas ermitas del Occidente medieval que tallaron ahí sus claros, que construyeron sus santuarios en el aislamiento (Sainte-Foy de Conques nació así, en el corazón de un bosque de bandidos). Volvemos aquí a una suerte de salvajismo espiritual dirigido contra la institución.

Desierto de Judea en los alrededores de Saba. Foto aérea tomada por el ejército alemán en 1918.

Pero si se mira un mapa histórico se ve que el Gran Otro no se presentó en persona más que en los reinos de la Ausencia, que no conforman un medio uniforme sino abstracto. Le repugnan las planicies bajas, las inmediaciones cenagosas de los ríos, los estuarios, los fondos de los valles. Se anuncia en desplome, lejos de las sofocaciones y de los deltas (río arriba y no río abajo). Ama las landas vírgenes, las islas perdidas, las dimensiones desmesuradas. Los lugares donde nada separa cielo y tierra. Donde el hombre, exiliado de sus mundos familiares, se descubre desnudo, casi superfluo, insignificante. Existe un paisaje electivo del monoteísmo, que rechaza lo pintoresco y los exotismos. Ese entorno mineral y lunar (la Arabia Pétrea no es el Sahara), esta geología de antes del Diluvio, es más que un suelo. Es el primer héroe de la novela monoteísta.

Despojamiento/rebasamiento. Monocromía/monoteísmo. Como una rima, un eco visual del ojo en el espíritu. Una resonancia entre dos inconmensurables, lo visto y lo concebido. Como una armonía rosa y oro entre el horizonte y la oración, vértigo horizontal y abismo de lo alto. Sobre esta corteza cruda "los cielos nos cuentan la gloria de Dios", tal como la fatuidad de las vanaglorias humanas, la comedia de los potentados, todo imperio perecerá… Negatividad hecha sensación. Decorado sin adornos ni alardes, que hace sentir al caminante su insuficiencia de ser y la infranqueable distancia entre su nada y el todo; nada de hojas ni de capiteles; nada que parezca bonito. Los dioses antiguos eran estetas un poco haraganes. Tenían la costumbre de aferrarse a una fuente, a un bosquecillo, a un árbol. Un Dios del desierto no puede aferrarse a nada, salvo al viento. ¿Qué es lo que mejor puede hacer olvidar los pequeños deslindes de los dioses del antiguo régimen (entre los paganos de la Antigüedad, el linde mismo era sublimado en el dios Término) si no esos grandes espacios que se prestan poco a la partición? Nada que ver con la tranquilidad campestre de lo romano. El desierto de los creyentes no tiene nada de virgiliano. Es riesgo, inseguridad y pobreza.

Que Dios se complazca con las naturalezas hostiles, con las temperaturas extremas, con los pedregales, es el testimonio de un pasaje en los límites. ¿No hay en lo infinito algo de "inhumano"? Pero más allá de la infinitud de los granos de arena, ¿no existe una relación más íntima entre este entorno ingrato y la noción de un Jefe absoluto: la del "*challenge and response* [desafío y respuesta]" de Toynbee? La vida en el desierto es un desafío para el ser humano porque es más aleatoria, más precaria que en otras partes. Hay golpes de suerte, cambios bruscos de clima, querellas entre clanes, salteadores tras la duna. Acechan las canastas, el agua de los peñones. La economía pastoril, contrariamente a la agrícola, aleja a las tribus y a las familias unas de otras, puesto que cada una tiene necesidad de espacio para lograr su subsistencia. Dios es nuestro primer ansiolítico, y la aspiración a la ayuda mutua y a la reunificación ("sinagoga", *Beit Hak-nesset*, significa "casa de la asamblea") se deja sentir allí donde la ansiedad es más grande, donde las fuerzas centrífugas son más amenazantes —jefes de tienda susceptibles y siempre descontentos, facciones insumisas y subfacciones recelosas. Las tiranteces anarquizantes que agitan a las sociedades del desierto propensas a los sentimientos violentos apelan, como reacción, al Gran Federador capaz de recoser un tejido humano más expuesto que en otros sitios a las rasgaduras, incluso a la dislocación tribal. Un observador sagaz de las microsociedades de la Arabia anterior al petróleo, a comienzos del siglo XX, subrayó que la islamización de los beduinos, "los más miserables y los más orgullosos de los hombres", interviene en el momento en que se relajan los lazos de la tribu. "Las fuerzas religiosas hacen su aparición en un mundo en descomposición. Actúan por sustitución."[1] Es el inmemorial *doy para que me des* de las relaciones patronales ("yo Te soy fiel y a cambio Tú me proteges"). El Dios-Uno sería entonces el último recurso contra una disgregación interna. Y su unicidad proclamada una manera de proclamarse como único e inasimilable por las potencias en juego. Nuestros Dioses no son compatibles; no intenten anexarnos.

[1] Robert Montagne, *La civilisation du désert. Nomades d'Orient et d'Afrique*, París, Hachette, 1947, p. 204.

En realidad, en el Primer Testamento, el desierto es magnetismo tanto como rechazo. Está cargado de ambivalencia: es el castigo de Adán y la salvación de Moisés, lugar de prueba y espacio de las tentaciones, próximo al *scheol*, la morada sombría de los muertos. Nunca indiferente: hace revivir o bien morir. Es el caos previo al acto creador, previo a las lluvias del tercer día, previo al jardín bien regado del Edén. Es también el polvo al que volverá el hombre *in fine*. Merodean en él demonios, chacales y serpientes… Jesús deberá una vez más acudir a él para la última purificación, para la lucha terminal contra el Enemigo. La gente del desierto está fascinada en su inconsciente por los ritos del agua —bautismo, aspersión, bendición. El paraíso del beduino es un oasis, un jardín umbroso y de agua fresca, donde se puede comer y beber hasta la saciedad. Uno quedará purificado por la fuente lustral y fortalecido en la fe por la arena. Sin duda el Occidente nórdico podrá remplazar al desierto de san Antonio por el océano de san Brendan, errante de isla en isla por el mar de Irlanda. Pero hay quizás en este amor-odio una secuela de las fobias propias de la cuna mesopotámica. Las ciudades-Estado situadas entre los dos ríos (el Éufrates y el Tigris) fueron edificadas contra el desierto, contra sus golpes de mano y sus pillajes. En la época de Gilgamesh, Enkidu, el hombre del desierto, simboliza lo salvaje. La repugnancia a lo árido se explica en los imperios centralizados, erizados de muros y de diques, validos de sus trabajos de irrigación y de la cuidadosa domesticación de los desbordes fluviales. Esta vieja desconfianza ha influido sobre sus rehenes. Adán es un agricultor. "*Elohim* tomó al hombre y lo dejó en el jardín del Edén para que lo labrase y cuidase" (Gn 2, 15). Queda a su cargo vencer la reticencia del suelo, hacer retroceder las zarzas y los espinos, que volverán con fuerza después de la caída. Maldición: "Aunque labres el suelo, no te dará más su fruto. Vagabundo y errante serás en la tierra" (Gn 4, 12). Sea. Pero Adán tendrá dos hijos de Eva. Caín, el mayor, será cultivador (tal es la precedencia asiria de las legitimidades). Abel, el menor, será pastor. Jerarquía tradicional. La innovación es que Yahvé, anticonformista, pondrá finalmente sus ojos sobre el segundón, no sobre el agricultor. "Pasó algún tiempo, y Caín hizo a Yahvé una oblación de los frutos del suelo. También Abel hizo una oblación de los primogénitos de su rebaño, y de la grasa de los mismos. Yahvé miró propicio a Abel y su oblación, mas no miró propicio a Caín y su oblación" (Gn 4, 3-5). Entre granjeros y *cow-boys* Yahvé eligió. ¿Un guiño para señalar que la sal-

vación vendrá por el nómada, el Mesías *borderline*, perturbado-perturbador (lo contrario de "trabajo-familia-patria")? Los descendientes de Caín (palabra que en hebreo quiere decir herrero, oficio maldito) tendrán siempre interés en librarse del cerco para escapar a la maldición. El granjero tiene bienes que proteger y por consiguiente armas, de bronce o de hierro. Y del cercado nacerán violencia y avaricia. Detrás de los frutos del suelo despuntan pronto el mal sebo de las ciudades, la goma de la codicia, la cola doméstica de la cual el hombre de Dios debe arrancarse para ir hacia la música (el arpa de David, la lira de Orfeo). Tal como se huye de la mesa de los obesos para una cura de adelgazamiento, del tipo Larga Marcha. Porque la liberación, al comienzo, no es dada por el humus sino por la trashumancia. El sueño motor no está en un sitio sino en el desprenderse de todo sitio. Cada vez que el hebreo "afloja el esfuerzo" en una ciudad, su Dios deberá reenviarlo al lugar de la prueba. El pueblo del Espíritu no podría ser estacionario.

El modelo pastoril

En la cronología hebraica las plagas del desierto constituyen periodos bastante breves. Es en Éxodo y Números donde son evocadas, antes de la entrada a Canaán. Pero estos episodios no fueron magnificados por azar. El paso por el desierto responde a una realidad vivida pero simboliza sobre todo el acceso a la trascendencia mediante la ruptura con la ciudad, que encierra al hombre sobre sí mismo, como lo hace la mujer. El desierto (*midbar*, en hebreo) es del género masculino, y la ciudad, en las lenguas semitas, del género femenino. La Ciudad es mujer y Babilonia la prostituta, "ebria de sangre de los santos", "la madre de los desenfrenos y de las abominaciones de la tierra", "la gran ciudad, vestida de lino, púrpura y escarlata, resplandeciente de oro, pie-

La gran prostituta de Babilonia, grabado de Hans Burgkmair el Viejo que ilustra el Apocalipsis del Nuevo Testamento. Augsburgo, 1523.

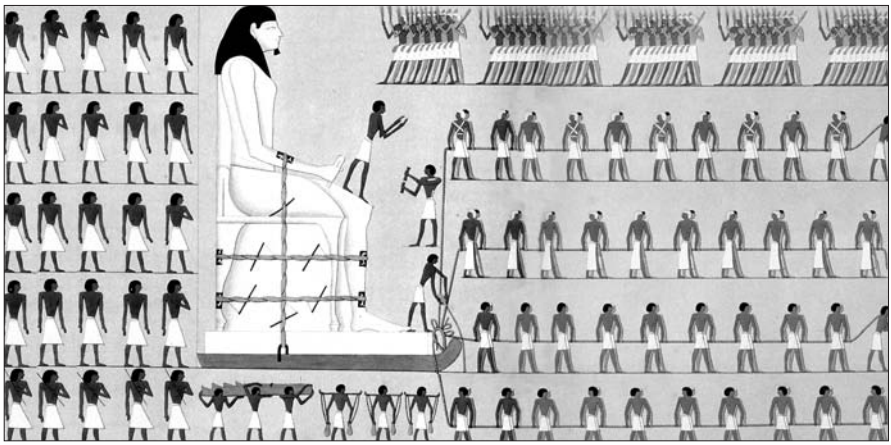
dras preciosas y perlas" (Ap 18, 16). Nada de engatusadoras en las arenas, ni de monerías. Ahí se está a cubierto de las seducciones, entregado a la sola gloria del Dios Inmortal. Como por una inversión del negro al blanco, el Profeta exalta la ascesis desconfiando de la leche y de la miel, de ese Canaán hacia el cual se acerca. No sin premonición, puesto que los altos demasiado largos echan a perder esa fe. Cuando el itinerante se lo toma con calma y comodidad, su elección deja de funcionar.

Yahvé eligió a Abel porque son de la misma raza, pastores uno y otro. Las zonas de tránsito tienen a sus ojos prioridad sobre las tierras de cultivo. Cada pueblo crea dioses a su imagen. Un pueblo de buenos conversadores se da un Olimpo elocuente y discutidor. Un pueblo de pastores se da como instrumento de cohesión y de independencia a un gran pastor celestial, relevado abajo por pastores de carne y hueso, profetas o monarcas, Moisés y David. La metáfora pastoril de los poderes supremos era corriente en las sociedades antiguas de la región, Egipto y Asiria. El pueblo hebreo parece haber hecho sistema de la metáfora, que es adecuada para pastores de pequeños rebaños. Dios es el pastor de su pueblo. Tiene por misión reunirlos, impedir la dispersión del rebaño. Ha prometido forraje a sus ovejas (la Tierra Santa) pero el redil viene después del rebaño, al que debe primero guiar y salvar, velando por su alimentación y su seguridad, con una compasión puntillosa. Yahvé es al hombre lo que el hombre a sus animales, en una relación de condescendiente dominación. Él tiene toda la autoridad pero no debe abusar de ella. Los bueyes y los asnos deben beneficiarse de una jornada de descanso a la semana, no se puede sacrificar a una cabra el mismo día que a su cría, y hay que ayudar a levantarse a un animal caído bajo el peso de su carga. Al hebreo no le gusta la caza y no toleraría por cierto, como sí lo hacen los católicos, las corridas de toros. Dios eligió a Moisés en un acto de bondad, cuando lo vio llevar sobre su lomo a un pequeño cordero despistado, debilitado por la sed. "Como mostraste compasión por un miembro de tu rebaño, conducirás mi rebaño, Israel."

El abandono de la caza-recolección por la ganadería "data" la Revelación inscribiéndola en las culturas materiales, en algún lugar entre la invención de la cerámica y la del yugo para uncir animales de tiro. La domesticación del espacio comenzó con la de las especies animales. El perro fue el primero (lo encontramos en las sepulturas), en el Paleolítico superior, entre -70 000 y -40 000. Esto

facilitó la caza y por consiguiente la supervivencia. El Neolítico, hacia -12 000, domesticó el onagro salvaje, los cápridos y los bóvidos, al mismo tiempo que hizo crecer los primeros árboles frutales. Y es con la domesticación del camello de una joroba en la estepa árabe, a fines del segundo milenio a.C., seguida de las aclimataciones del caballo, con las que el nomadismo pastoril pudo extender su dominio a toda Arabia y África del norte. Antes de la Edad de Bronce un Dios que cambiaba constantemente de lugar y que era a la vez trascendente no resultaba posible, a falta de rebaños y de monturas. Asimismo, el pastorado monoteísta no podía aparecer en cualquier lugar de la corteza terrestre sino sólo ahí donde la vegetación no era ni demasiado abundante ni demasiado escasa.

El Padre, lo hemos visto, es a la vez desierto y réplica al desierto, su hijo más rebelde. Él representa la solución óptima para zonas de desafío intermedio. Ni demasiado, ni demasiado poco. Cuando el desafío del medio físico es demasiado fuerte, digamos: el Sahara o Groenlandia, donde la naturaleza no ofrece nada o casi nada, la respuesta es imposible o pobre. Cuando el desafío es demasiado débil, Oceanía por ejemplo, donde la naturaleza ofrece todo, el resorte reactivo falta. La regla de la mediana dificultad vale también para las comunicaciones. Demasiada distancia que recorrer desalienta la movilidad. Una escasa, lo mismo. Es por eso por lo que el demasiado fácil valle del Nilo, ese oasis-pasadizo de dos mil kilómetros de longitud, no resultaba adecuado. Demasiado cómodo



Transportación de un coloso sobre una plataforma, dibujo según un bajorrelieve de la tumba de Beni Hassan, Egipto.

de recorrer por la vía fluvial. El Nilo es navegable después de la primera catarata y lo es igualmente río arriba o río abajo gracias a un viento del norte muy particular. El transporte por agua, marítimo o fluvial, es más rápido y menos caro que el transporte terrestre. Por eso los egipcios inventaron en materia de embarcaciones fluviales y no de locomoción terrestre. Los "constructores de pirámides" remolcaban bloques de granito, de cuarcita o de gres, de casi cien toneladas. Los llevaban hasta el Nilo en plataformas deslizantes al modo de un trineo (incluso tras la aparición de la rueda); desde ahí las chalanas los conducían hacia las canteras, trasladándolos al pie de obra sobre rodillos de madera. El limo bien rociado permitía hacer deslizar esos bloques con cordajes tirados por cientos de hombres. Este formidable ingenio desdeñaba al parecer la tracción animal. La rueda no es de origen egipcio. Llega de la estepa. Son los hicsos, de lengua semítica, los bárbaros, llegados del norte por la estepa eurasiática, los que introdujeron el caballo y, hacia el siglo XVIII a.C., el carro tirado por caballos uncidos al timón por medio de un yugo. Los egipcios poseían suficiente maestría técnica para inventar el carro, pero no tenían una necesidad imperiosa de él, ya que las embarcaciones les bastaban. La utilización del caballo y del carro no es indispensable más que sobre un suelo duro y plano. Los carros de los faraones son el resultado de una confiscación de tecnología extranjera, adaptada por el importador para dominar sus lindes desérticos y pasar a la contraofensiva (razzias y contrarrazzias). Los antiguos hebreos, en cambio, se vieron obligados a la invención de una itinerancia terrestre debidamente equipada cuando debieron dejar el Delta para atravesar un desierto intermedio entre el Mar Rojo y el Mediterráneo, desierto que no es fácil sin ser impracticable, ni demasiado exiguo ni demasiado vasto. El desafío a bastante altura. Roland de Vaux hablaba a este respecto de "beduinismo atenuado". Los verdaderos beduinos son los nómadas del desierto arábigo. El seminómada, en la periferia, es un ovejero, no un camellero.

Un Dios pastoril es en todo caso un Dios-movimiento, para quien el desplazamiento es más que un intervalo. El tiempo-distancia tiene una sustancia. Un santo personaje es un ambulante por destino: Jesús, la Vida y la *Vía*; su adepto, "un extranjero suspirando en su marcha" (san Agustín), y Dios, "un camino que vivir", interminable. "Dios es mi horizonte —dice el cristiano—, nunca mi presa." *Homo viator* y judío errante dicen que el pasaje tiene aún

más genio que el lugar. Esto produce un pasante que no termina nunca de pasar, como Abraham o Moisés. Y con razón, puesto que si un pastor se queda en un lugar acaba con la hierba; su rebaño debe desplazarse para no esterilizar a la naturaleza y la sequía empuja más aún a la migración. Conducir el ganado sobre largos recorridos requiere animales de carga y de tiro. Es decir que el Superpastor Dios debe disponer de piernas y patas en gran número. Tanto para la subsistencia como para la guerra. La sandalia apunta en su impulso hacia la bota del conquistador, porque cuando se tienen los medios de la movilidad se poseen los de la expansión. Expansionismo rima con monoteísmo, entendido como prosecución del nomadismo pastoril por medios ofensivos. El mapa de las conquistas históricas en el primer milenio señala la expansión anónima y constante de los caballeros nómadas al llano país de los labriegos. ¿Acaso el destino del islam en sus comienzos no estuvo ligado al desplazamiento de los mercaderes? Todos los avances monoteístas estuvieron en correspondencia, cronológicamente, con las mudanzas de poblaciones en el Creciente Fértil. Invasiones de bárbaros, desplazamientos de tribus, deportaciones. Pese a su hieratismo, o a causa de él, la cultura egipcia, producto de un imperio demasiado estable (35 siglos sin solución de continuidad), con defensas demasiado sólidas, donde el arquitecto Imhotep era adorado, no resultaba propicia, sobre su suelo, para las líneas de fuga de la desesperación o de la nostalgia. Anaxágoras decía: "El hombre piensa porque tiene una mano." Agreguemos: y cree porque tiene dos pies. Creer es ir. Si nuestras ciencias son hijas de la posición sedente, nuestros místicos se engendran en la marcha. Nuestras guerras también.

Distinciones animales

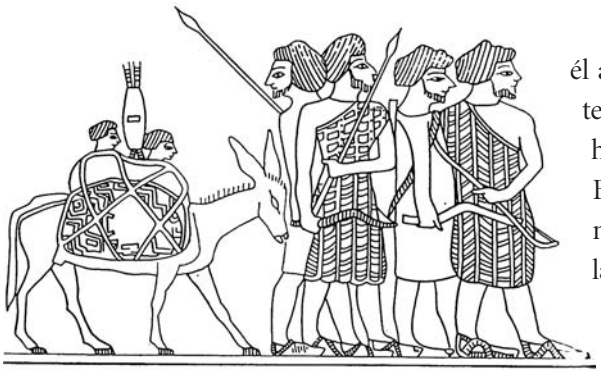
Hay zuecos y pezuñas.* Están los nobles y los viles, los puros y los impuros, los veloces y los lentos. Existe una jerarquía vehicular propia de las sociedades pastoriles donde la escala de las movilidades animales dicta la escala de las dignidades sociales y de los orgullos individuales. Es, por lo demás,

* *Il y a sabot et sabot*, donde "sabot" significa y alude a la vez a zuecos y pezuñas. [T.]

según el modo de locomoción —caminar, volar, arrastrarse o nadar— como los antiguos hebreos clasificaban a los animales en cuatro grandes categorías: cuadrúpedos, pájaros, reptiles y peces. Entre los primeros, los animales de transporte son socialmente mejor considerados que los animales de tiro, puesto que garantizan la independencia y la libertad de movimiento. En lo alto de la pirámide beduina están los grandes camelleros, porque son los que tienen mayor movilidad (el camello puede pasar tres días sin beber). A continuación vienen los criadores de carneros (que, más demandantes de agua, frenan el movimiento). Los carneros territorializan. Abajo están los bóvidos, que exigen quedarse cerca de las ciudades y de los ríos, y hacen del criador casi un agricultor (es deshonroso trabajar la tierra). Por encima del camello, que tiene derecho a un árbol genealógico, en su doble calidad de buque transbordador (hasta tres quintales de carga útil) y de nave corsaria, están el jinete y su caballo, la montura de príncipes, insignia de fuerza y de riqueza. Pero no existe el caballo en el Génesis (sólo aparece después del Éxodo). El semental, el corcel, la yegua, fueron para los hebreos un signo de dominación extranjera o de lujo importado, lo que efectivamente fue en épocas remotas.

Charles Lameire, *El cordero entre el alfa y el omega*, 1873. Cúpula de la Iglesia de San Francisco Javier en París.

El camello tampoco recibe los honores del Antiguo Testamento, no obstante ser más animalista que el Nuevo Testamento (603 menciones contra 29). Clasificado como animal impuro, no es citado más que una sola vez por el Pentateuco (con alusiones esporádicas, probablemente anacrónicas, en el Génesis), es decir, no más que el gato sagrado egipcio, que merodea en los templos de los falsos dioses. La razón es simple: los israelitas no tenían más que asnos a su disposición, lo que les daba un radio de acción bastante limitado, impidiéndoles alejarse demasiado, en el Neguev, de los oasis ya señalados (enlistados en Nm 33). El asno o el onagro domesticado —équido salvaje e incómodo— vincula al mundo bíblico con la antigua Sumeria (que no poseía camellos ni caballos). "Abraham se levantó muy de mañana, enalbardó su asno y llevó con



Una de las primeras representaciones de un asno (Egipto, tumba de Beni Hassan, XIIa. dinastía).

él a su hijo Isaac…" El patriarca es terco como una mula. Yahvé llega hasta a dar la palabra a la burra de Balaam para que reconozca finalmente al ángel de Yahvé, de pie delante de sus ojos, sobre un camino encajonado entre las viñas. La burra veía sobre el camino al enviado de Dios que el mago Balaam no veía. Y éste la golpeaba con un palo sin saber de qué se trataba (Nm 22, 25-35). Más que el cordero, más que el dromedario de los reyes magos del Nuevo Testamento, el animal simbólico de la odisea judía es sin duda la primera bestia de carga y de tiro conocida. Aparece en los bajorrelieves mesopotámicos y desde las primeras dinastías egipcias (en la misma época, se dice, que el reno en las tundras subpolares). El asno es la montura preferida de nuestro Dios y su animal de confianza. Escalan juntos la montaña sagrada y se detienen juntos ante el gran bosque animista. En todo caso, no tienen cabida (ni Dios, ni el asno) en una economía campesina de tipo hortense, o jardinero, estilo chino o a japonés. El borriquillo del beduino seguirá siendo el amigo de los pobres, de los niños y de los infortunados. Llevará a María y salvará a Jesús en la huida a Egipto. Él le dio su pesebre como cuna en el establo, como se ve en nuestro "nacimiento" de Navidad. Jesús no podía hacer su entrada en Jerusalén a caballo, símbolo de guerra y de victoria, que expresa orgullo y soberbia. Va montado sobre un borriquillo, suave y humilde obstinación. No aplasten nunca al más débil; es un sacrilegio.* No es casual que Victor Hugo, con su genio mediológico, haya exaltado mejor que nadie el papel evangélico del borrico como mandatario celeste. Tituló *L'âne* su alegato a favor de Dios, reconvención a los científicos ateos (escrita en 1856 y publicada en 1886). Su título original era *L'épopée de l'âne*. "Y me dije: asno, es preciso que

* En francés es una frase hecha alusiva al tema del asno: *Ne criez jamais haro sur le baudet, c'èst un sacrilège*; literalmente: "No griten nunca de indignación sobre el borrico." [T.]

Jinete beduino, 1918.

persistas." La *Prière pour aller au paradis avec les ânes*, de Francis Jammes, no es un capricho infantil; es un signo de sabiduría y un homenaje de la Nueva Alianza a la Antigua. Entre los padres carmelitas, el ermitaño que vive libre en el desierto se gana el título de asno. Ha conquistado su dignidad.

Hay una zoología mística. En Occidente o en Oriente cada mesianismo tiene su mascota, que es también su modo de transporte terrestre preferido. Sin duda el Mesías es multimodal (como se dice hoy cuando se combinan ferrocarril, carretera y vías fluviales). "Cristo es carnero, cordero, toro, chivo", dice san Agustín (*Sermón XIX*). Pero al ser sacrificado como un cordero y reapareciendo como cordero celeste, Jesús seguirá siendo siempre "el *agnus dei* que suprime el pecado del mundo". Unidos por la silla de montar y por la albarda, los tres monoteísmos se distinguen por y como el burro, el cordero y el caballo. Abraham, Jesús y Mahoma. Cada uno tiene su vehículo de honor, que sirve de alegoría. El asno se obstina: la memoria judía. El cordero enternece: el amor cristiano. El caballo conquista: la guerra santa. La expansión musulmana, antes de la época moderna, se detiene allí donde el caballo ya no puede ir. En África, en el siglo XI, descendió hasta los límites del sur del Sahel, pero no pudo penetrar en los bosques tropicales, ahí donde el équido debe desandar el camino.

Una patología del desierto: la teocracia

La selva negra es el lugar clásicamente asignado a la barbarie y a lo terrorífico —tal como era vista Germania por Roma. El desierto tiene una ferocidad *sui generis*, menos visible, más interior. Es intransigente como la Verdad, cuyo amor inmoderado lleva, entre los dubitativos, el nombre de fanatismo. La verdad es una, dice el adagio, y el error múltiple. No es sorprendente, en el espíritu de los purificados, que el desierto predique la verdad y la ciudad el error. La tolerancia, decía Locke, es la principal virtud cristiana; no sin optimismo

Budas gigantes destruidos por los talibanes en Afganistán.

pero con algún motivo, puesto que el cristianismo es un monoteísmo difractado, flexibilizado por las ciudades. Su urbanidad se indica entre otras cosas en la variedad de sus fuentes autorizadas, lo que refleja la pluralidad de sus primeras implantaciones. Incluso cuando la Iglesia hubo separado el buen grano de la cizaña para obtener un Canon único —selección comenzada a fines del segundo siglo y que no llegó verdaderamente a su fin más que hasta el siglo XVI, en el Concilio de Trento—, quedaron aún, de esta enorme sustracción, cuatro Buenas Nuevas. Cuatro Jesús: según san Lucas, san Marcos, san Mateo y san Juan. El Jesús de Mateo es un judío instruido y puntilloso acerca de la genealogía. El de Marcos, el más antiguo, es un hombre simple y popular, próximo a los niños. El de Lucas es un elegante y un refinado, y el de Juan, un gran iluminado, que jamás fue niño. A cada quien su Cristo. Sin contar los Evangelios llamados "apócrifos" u ocultos, en realidad excluidos, no reconocidos por los cristianos ortodoxos (como ciertos manuscritos gnósticos de Nag Hammadi descubiertos en 1945). Los juegos de lo Uno con lo múltiple no tienen curso en las ciudades. Escudadas en sus "fortalezas de devotos", las sectas pueden entregarse, con toda impunidad y sin fricciones inútiles, al "ardiente amor a Dios". ¿Acaso los esenios, comunidad de ascetas iconoclastas y misóginos, no dejaron Jerusalén y sus corrupciones sacerdotales para acuartelarse en la caliza y el salitre? Cuando el Uno no tiene ya vecinos a la vista se manifiesta en Todo. De donde se sigue la ley mórbida del Mismo, que hace del otro un enemigo y de un Buda de piedra un sacrilegio. Destrucción con explosivos, expulsión de los impíos, y todos de rodillas. Del desierto, el mejor enemigo del pluralismo, digamos que es un hervidero espiritual y un represor cultural.

El valle mediterráneo está dividido. Es propicio a los cultos vernáculos, con una cierta falta de curiosidad por el más allá. Los griegos y los romanos ignoraban el infinito. No son "fáusticos" ni suben a la cumbre de las montañas. Los

horizontes están cerrados. Aman los límites bien definidos (Hermes es también el dios de las clausuras). La marquetería divina está ya en el paisaje, y su mitología hecha de piezas y fragmentos no estaba ahí para unificar sino al contrario, para demarcar y hacer respetar las diferencias de los lugares. *(d)* Con su mosaico de vergeles y bosquecillos, su istmo, sus cabos y sus islas al viento, la Grecia agreste abigarró a sus deidades, contrabalanceó a una divinidad con otra, escapando incluso, según Dumézil, al molde indoeuropeo de las tres funciones (recolectar, hacer la guerra, orar). Su Zeus es proteiforme y sus numerosos colegas deben más a la ficción que a la ideología. Eminentemente sociables, emparentados unos con otros, se define cada uno por esta relación misma. En el Panteón, sistema de complicidades rezongonas y de celosas supervisiones, Hestia se opone a Afrodita, y Zeus mismo choca con el Destino, más alto que él. El Olimpo practica una separación de poderes a la Montesquieu, con dramáticos pero no trágicos piques. Este areópago parece marcado por un escepticismo liberal de buena ley (los dioses de Homero incluso se mueren de risa al enterarse de que sólo uno de ellos era verdadero). Arriba se codean sin excluirse; abajo se juega, se apuesta y se responde a la apuesta sin fastidiarse demasiado. El seno de Abraham es menos acogedor y más arisco. El paréntesis andaluz de dos o tres siglos en que cohabitaron, bajo la dinastía de los Omeyas de Córdoba, los cristianos mozárabes, los judíos y los musulmanes (siglos X a XIII), confirma la regla: junto a "las gentes del Libro" ese estado de gracia es la excepción.

Devastación de una iglesia por los iconoclastas protestantes durante las guerras de religión en 1561. Grabado de Soligny, según Émile Bayard.

Petrus Paulus Rubens, *El triunfo de la Eucaristía sobre la idolatría (El vellocino de oro)*, hacia 1625. Museo del Prado, Madrid.

Existe una mentalidad política propia del desierto, que es precisamente la negación de la política, la ignorancia del estado y el rechazo de la ley civil. Una curiosa mezcla de individualismo rebelde, de rechazo a toda autoridad constituida, con una solidaridad tribal muy fuerte. El nómada tiene el sentido de la propiedad pero no de la frontera. Ésta es elástica, al capricho de las fuerzas en presencia. Dios debe poder golpear en todas partes. Una soberanía sin fronteras, supereminente y supranacional, deja a los humanos sin recursos ni refugio. Lo que lleva a la crueldad no menos que a la hospitalidad, al homicidio no menos que al sacrificio (el anverso y el reverso). El Celoso del desierto considera un crimen renegar de él, y la ley islámica castiga con la muerte la apostasía y la blasfemia. "Si Dios no existe, todo está permitido", temía Dostoievski, que veía en su fin el libramiento casi oficial de un permiso para matar generalizado. Como si hubiese sido Él mismo una prenda de dulzura, de respeto de la vida. Estados Unidos piadoso, el país de Occidente donde Dios está más presente, sobre los frontispicios y en los corazones, es también el último que sigue aplicando la pena de muerte. *(e)* ¿Es necesario recordar de qué carnicerías puede ser instigador, Aquel que no soporta ser comparado con otros? A la vista del Becerro de Oro, Yahvé exige de los suyos "matar ya sea a su hermano, a su amigo, a su vecino" (Éx 32, 28). Tres mil cadáveres. Modesta entrada en materia. Una sola superpotencia, en la Tierra o en el Cielo, no es menos criminógena y temible que doce medianas o cien pequeñas.

Absolutismo contra fetichismo. Vándalos contra idólatras. La corrección de un mal no hace sólo el bien. De allí esa trama repetitiva y ecuménica: la gente urbana ruega a estatuas; llegan los hombres del desierto, que las hacen pedazos —ya se trate de Moisés, Calvino y sus sectarios, que decapitan con hachas a vírgenes y santos de piedra, o el último hasta la fecha de los talibanes, todos ellos destructores de ídolos en nombre de las Sagradas Escrituras.

Los bufones de Dios, de todas las nacionalidades y obediencias, continúan eligiendo domicilio en las tierras secas de Irán y Afganistán, de Arizona, del *sertão* brasileño. El espacio negativo del aislamiento atestigua el esfuerzo de purificación interior. El desierto sigue siendo un lugar ideal de elección, de simplicidad y de ascesis. El peligro del pedregal, sin embargo, es menos la rumia alucinatoria

de la unicidad que la seguridad de la inmediatez. La relación directa con el Todopoderoso, sin mediaciones interpuestas. Sin claroscuros, nubes ni estaciones. La variedad de las tradiciones locales da al Absoluto varias entradas y bordes difusos. Lo que no hace el Libro que dice todo sobre todo (la Biblia o el Corán). El Profeta es un beduino directamente llegado a la ciudad caravanera, la Meca, sin haber pasado por el cultivo del campo "ingrato y envilecedor", policultura relativista que da margen al error. Verdad más acá de la clausura; error más allá.

Pero lo que anuda en profundidad el desamparo del desierto con la intolerancia es quizá un lancinante sentimiento de inseguridad. No es inherente al monoteísmo. El hinduismo, politeísmo superlativo, no está menos sujeto a él cuando se ve invadido, arrollado por el islam; y por el propio budismo, como se ha visto ayer en Ceilán con sus bonzos en armas. Toda creencia colectiva tenderá al fanatismo en el momento en que se vea ante el desafío de desaparecer, minoritaria o sitiada. La intolerancia, como la artimaña, es el arma del débil contra el fuerte, de lo periférico contra lo central. Y la indiferencia cortés hacia lo ajeno es la marca más segura de una posición de hegemonía. Es fácil respetar a aquellos de quienes no se tiene nada que temer. El Occidente de hoy predica *urbi et orbi* la tolerancia tanto mejor cuanto que no está amenazado en sus fuerzas vivas, por el momento. Porque la tolerancia, el bien supremo, es ante todo un lujo que depende de las relaciones de fuerza. Al-Ándalus (711-1492) dominaba su perímetro. El islam de Granada podía sonreírles a todos. El de Kabul es odioso. Cuando la cristiandad misma se sintió insegura erigió la Inquisición "en defensa de la fe", inventó las Cruzadas y los pogromos. Ninguna religión, ninguna civilización está vacunada contra el odio de otra y la que predica en el presente la concordia blandía ayer sus rayos. Permítaseme rectificar a Claudel: la intolerancia no tiene casas sino tiendas de campaña. Las construcciones duras son para después. Cuando la tela se transforme en ladrillo. Y cuando el camello deje paso al Cadillac (y el asfalto de Judea al petróleo de Arabia).

Cadillac en el desierto.

Los desniveles fatigan, en efecto. Por eso el ciudadano no debe exagerar los peligros del desierto. La última palabra, entre los beduinos, no la tiene el camellero ni el caballero. Más bien corresponde al tendajón que da a la calle, o a la "comunidad internacional". ¿Cómo resistir al brillo de las cascadas y de las extensiones de vegetación? Llega el día en que el famélico atraviesa el vado y se integra el Imperio. Donde resuena el canto del gallo del otro lado del campamento; donde los postes de las tiendas son sustituidos por vigas; donde el muro de ladrillo remplaza a la valla de caña en la entrada, para protegerse del frío. Victoria del gallo sobre el halcón. El ganadero se instala. La secta deviene iglesia. Caín abre su boutique. Dios llega a la ciudad. El obispo triunfa sobre el *gyrovague*,[2] y el superior sobre el anacoreta. Después del bufón de Dios, el monasterio —institución paradójica puesto que su nombre deriva de "monje", *monos*, hombre solo. Como si el solitario, esté donde esté, debiera engendrar de buen o mal grado una comunidad. Como si cada ascenso al silencio estuviera preñado de una campana. Al final del desierto una ciudad nueva. *Desertum civitas* es el oxímoron inventado por san Jerónimo en su *Vida de Antonio*, para resumir esta paradoja: la afluencia de los solitarios en un mismo refugio. Quien dejó la ciudad hará tarde o temprano otra.

El establecimiento acá abajo no funciona sin algún renunciamiento. De modo que podemos preguntarnos si el monoteísmo *stricto sensu* no es una apuesta imposible, por el solo hecho de que nadie deambula indefinidamente en las soledades. No se puede caminar toda la vida en la luz; lo ilimitado tiene límites. O más bien podemos preguntarnos si el monoteísmo es viable con el tiempo, si un día de éstos no debe integrar en mayor o menor medida a su enemigo politeísta —desde el *más* católico hasta el *menos* wahabita. Si la ida y vuelta, o la cohabitación entre estepa y valle, no conforman un sistema coherente pese a las dificultades; la subsistencia obliga. Porque la ciudad sigue siendo el pivote de los criadores, que deben hacer pasar por ella a las bestias, los hombres y los bienes. Soñar es imaginar un desierto en estado puro, un pastorado viable y autosuficiente, sin una vida agrícola y urbana que le sirva a la vez de desembocadura y de contención. A lomo de camello o a caballo, los nómadas tienen

[2] Giróvago: monje errante.

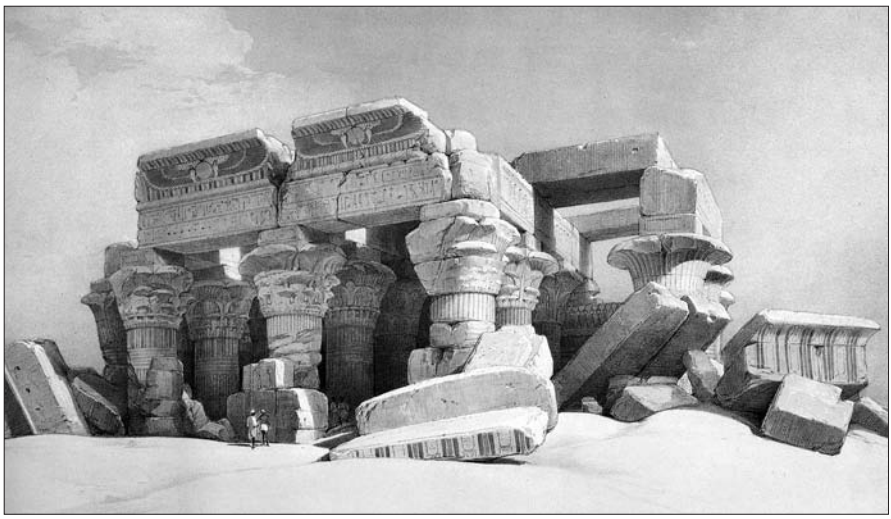
siempre necesidad de comprar y de vender. Tienen necesidad de puntos de agua, de relevos, de mercados y de fiestas fijas —y de lugares santos. Abel parásito de Caín, que a fin de cuentas puede vivir sin parásito. El dilema final del pastor: desaparecer o rendirse, es decir, aceptar la frontera.

El desierto sería entonces una promesa de absoluto insostenible. Por lo demás, no hay desierto verdadero (cuando la biomasa es igual a cero), sólo hay desiertos relativos, recubiertos de una capa de materia viviente más o menos espesa. Asimismo, el monoteísmo puro y duro no será nunca más que la idea reguladora del Único, a la cual Él tiende idealmente, al no poder mineralizarse hasta el fin. Como el anacoreta de los primeros siglos, todo entero tendido hacia un Apocalipsis que no vendrá jamás. Esperando a Godot es preciso vivir bien y establecer compromisos con las flores.

La selección natural de las memorias

Con "el fin de los nómadas", el pedregal se humilla ante el humus, pero al menos lo que ha engendrado lo guarda. La arena, como el hielo, sostiene mejor nuestra agenda que los barros y las espumas. La arena almacena los archivos de la humanidad. Es rechazada por los constructores de iglesias y de templos puesto que la traducción política de la fe se ejerce en y por la ciudad: después de los profetas, los reyes. ¿El desierto sucumbe? Los arqueólogos serán sus vengadores. Tiene sus espectros: nuestro Dios lo es de muchos. Egipto, Siria, el norte de Irak: es nuestra cronoteca, el reservorio patrimonial donde Occidente viene a abrevar en sus yacimientos de memoria, desde el sarcófago hasta el Libro de los Muertos, desde la Esfinge hasta el Reglamento de la Guerra de Qumrán. Tal es la dependencia del símbolo respecto del soporte, y del soporte respecto del clima. En el laboratorio físico-químico del "desarrollo durable", ¿qué mejor "preparador de experiencia"? ¿Cómo hacer cultura sin transmitir? ¿Y qué es transmitir si no extraer un *stock* de un flujo, un residuo perenne de un material biodegradable, un cuerpo duro de un cuerpo blando? ¿Qué es si no extraer de una bolsa de vísceras hediondas un sólido fuselado e impermeabilizado al asfalto? Tal como el casquete glaciar del polo mantiene el registro de 400 000 años de cambios climáticos, tal como el glaciar alpino puede devolver

un cuerpo intacto después de 10 000 años, la arena caliente embalsama lo que traga. Hace naturalmente lo que los egipcios hacían mediante la técnica: separar la carne de los huesos, deshidratar lo putrescible (quitando el cerebro y las entrañas y desecando el resto con carbonato de sodio) y envolverlo (con una banda de lino de un kilómetro). Purifica endureciendo. En términos generales, el viento de los siglos —y entendemos por ello los insectos, los hongos y los microbios— borra a las culturas sin monumentos. La desecación conserva. Se seca por ejemplo la arcilla al sol o se cuece en el horno para hacer tablillas o discos donde se incrustan los caracteres cuneiformes. Los egipcios, más mimados por la naturaleza, recolectaron el papiro que crece en los pantanos y que, como el papel de trapo más tarde, necesita agua, mucha agua. Los molinos de papel se instalaron en Europa al borde de los ríos y Dios se servirá enseguida magníficamente, a fines de la Edad Media, de este soporte irrigado pero que es en su origen un producto deshidratado. Irá lejos, por llanuras, praderas y florestas, llevado por la caña de papiro y, mucho más tarde, por el papel que trajeron de China a Europa los árabes. Sí, el Dios del desierto resiste muy bien el monzón —y el primer país musulmán del mundo, Indonesia, bate todos los récords de lluvia. ¿Pero el Único habría podido resistir los ultrajes y las tormentas sin una liofilización previa mediante la escritura?



David Roberts, *Ruinas del templo de Kom Ombo*, 1838.

Observemos la incidencia de los sustratos y climas sobre el historial oficial. Para la inscripción en el "patrimonio de la humanidad" hay soportes que evitar. Del mundo paleocristiano, etíope o bizantino, por ejemplo, conocemos mucho mejor las monedas, los sarcófagos y los mosaicos que las pinturas murales, que están deterioradas. Veamos la Antigüedad oriental. Los mesopotámicos hacían contrapeso, en potencia, a los egipcios, y aun ignorándose tenían casi el mismo peso. El tiempo y la humedad lo decidieron de otro modo. Como el ladrillo crudo es más perecedero que la diorita, el alabastro o el granito moteado. Las invenciones sumerias parecen anteriores, especialmente en lo relativo a los sistemas de escritura, pero los egipcios los superaron en el curso del tiempo. Nuestros filósofos evocan al dios egipcio inventor de la escritura, el famoso Tot de cabeza de ibis o de mono, pero el dios Nabu, su homólogo mesopotámico, no está inscrito en el registro de las citas y disertaciones. Subsistencia de los espíritus y resistencia de los materiales. Sumeria, un pantano bien acondicionado, sobre la cuenca inferior del Tigris y del Éufrates. "El hombre es un Dios caído que se acuerda…" mucho más de sus grutas y de sus dunas que de sus ciénagas. Egipto da mucho más que *ver*, con sus columnatas, sus cartones, sus paneles multicolores. Mesopotamia, más gris, da sobre todo que *leer*, con sus millones de tablillas. Desventaja de lo cuneiforme frente a la historieta, del sabio frente a lo fantasioso (que difícilmente resiste ante cualquier fabulación vagamente faraónica). La egiptomanía no encontró su correlato en una asiriomanía, y desde Vivant Denon hasta Howard Carter, el descubridor de Tutankamón, pasando por Champollion y Mariette, los egiptólogos no cesan de alimentar a las revistas, mientras que nuestros asiriólogos siguen asignados a la austera Academia de las inscripciones y las bellas letras. Estuvo por supuesto *Intolerancia* de Griffith y su Babilonia de cartón pintado. Pero *Los cigarros del faraón, Misterios de la Gran Pirámide*, *Cleopatra, sierva de Eros* y otros filmes de Cecil B. de Mille o de King Vidor han quedado como dueños del terreno.

Entre otras explicaciones no olvidemos ésta: los ribereños del Éufrates construían con ladrillos, y los del Nilo con piedra. Ya desde ese tiempo los zigurats (nuestra Torre de Babel) se desmoronaban bajo las alternancias de la lluvia y del Sol, y era necesario que un poder político las reconstruyera periódicamente. Las pirámides pueden mantenerse en pie, con o sin faraón; y su perfil

destaca siempre mejor en los carteles de las agencias de viajes, mientras nuestra "movilismo" tenga necesidad de formas testigo extrañas y que no se muevan. Los fondos documentales de las arenas se agotan en el horizonte de nuestras aglomeraciones, a medida que camelleros y caravaneros se desvanecen de la vista y el atractivo de lo inalterado crece mientras nuestros propios archivos se volatilizan. Archivistas e investigadores privilegian al Alto Egipto, donde los vestigios han resistido mejor que en el Delta, patrimonialmente desfavorecido por el exceso de aluviones. Revancha póstuma de la sequía sobre la humedad. Las palmeras hacen la vida más bella; las espinas la hacen más larga.

Las floraciones de signos y de formas que alegran la corteza terrestre, de este a oeste, pueden ser vistas bajo el ángulo del "transmitir", como otras tantas ofertas de sentido, de placer y de sueños sometidas a los tribunales de la posteridad. Ésta no recuerda al que dice mejor sino al más resistente. Esta resistencia depende más que lo que se cree de la resistencia de los materiales. Los conquistadores que incendiaban las ciudades de Asiria les rendían sin saberlo un gran servicio, porque el fuego coció y endureció las tablillas de arcilla, convertidas en materiales de reuso para la reconstrucción de nuevos templos y palacios, con gran felicidad de los arqueólogos, quienes, de ese modo, están mejor documentados sobre los periodos de guerra entre los dos ríos que sobre los periodos de paz, en que los escribas ponían poco a poco sus tablillas en los archivos, donde se descompusieron lentamente. Pero el fuego y el pillaje fueron fatales para los papiros, que aligeraron los archivos fragilizándolos. Y además, al final, con esta otra paradoja: el historiador de hoy está mejor documentado sobre la Babilonia del siglo XX antes de Cristo que sobre la del siglo III después de Cristo, cuando el papiro había ya remplazado a la arcilla como soporte de las inscripciones.

En este darwinismo de la memoria, el clima árido confiere preciosas ventajas comparativas a los elegidos por la posteridad (la cual puede en todo momento destituir a un laureado que deje de agradarlo). Pensemos en las otras avanzadas espirituales, en otras latitudes, que a falta de algo mejor tuvieron que confiar en los *oles* —las hojas de palmeras desecadas y apomazadas que recogieron, en el sur de la India, las escrituras védicas y luego las búdicas. Es un material excesivamente sensible a la humedad y a los insectos. La India del norte y Rusia, países de bosques, utilizaron la corteza del abedul, que no resultó mejor. Pocos documentos nos han llegado intactos.

El hinduismo proscribió, para sus textos sagrados, todo soporte de origen animal. Rechazo que lo honra pero que fue en última instancia contraproducente. Los hindúes, que respetaban demasiado a sus animales domésticos para comer su carne y después desecar su piel al sol (de donde vienen la vitela y los hermosos pergaminos) asumieron serios riesgos para el porvenir. Si la Europa medieval hubiera sido vegetariana, el pensamiento de la Antigüedad se nos habría escapado en gran medida y no habría habido humanidades, ni siquiera humanismo. Porque en nuestros dominios, donde no se escondían dentro de vasijas en el fondo de las grutas, como los rollos del Mar Muerto o los códigos de Nag Hammadi, el papiro no es el soporte idóneo, a causa de la humedad. Se deshilacha (aunque menos que el cuero). Los textos grecorromanos que han llegado hasta nosotros son los que pudieron ser trasladados a tiempo de papiros a pergaminos (la piel de becerro o de borrego es cara pero es un material fiable, que "dura" más que el vegetal).

Los trópicos, cuyos museos son tan precarios —pensemos en nuestras Antillas—, tienen dificultades con los graneros, y no sólo porque sean por temperamento más cigarra que hormiga. Molestia higrométrica agravada por los ciclones, que hacen tabla rasa de los vestigios, ya sean de madera o de adobe, estación tras estación. Y lo que vale para los sustratos vale también para los textos. Milagro de la desecación. Del estilo seco Valéry observaba que "atraviesa el tiempo como una momia incorruptible". Las prosas lacrimógenas o desleídas terminan por enmohecerse en el espacio de una generación, pero no se sabe más que después. Como, en las ciudades balnearias, las fachadas que dan al mar, que se resquebrajan y se desmoronan mientras sus émulos en las zonas altas están todavía en buen estado. Recordemos el consejo dado a Prometeo: evitar los climas tropicales; mucho mantenimiento y poca conservación.

Todas las colectividades humanas poseen *su* memoria; algunas extraen de ella una historia: muy pocas consiguen, interesando a sus vecinas, hacer la Historia. Para salirse del redil "dejar una huella" no resulta suficiente. Hacer una incisión en un soporte sí. Se comienza por allí. El depósito de archivos. Pero para hacer de un depósito un trampolín es necesario reactivarlo de generación en generación por medio de una enseñanza y de rituales, astucias indispensables a fin de hacerlo remontar la pendiente de la nada. Es el empalme de un alma colectiva (expresión de un cuerpo transindividual) a un patrimonio de rastros que

permita añadir un reconocimiento (social) a la persistencia (física) de un pasado por la vía de una *tradición*. Dar vida a un cúmulo de letras, de marcas o de volúmenes exige la invención de una *ortopraxis*, sistema de liturgias familiares y comunitarias capaces de abrir hacia el futuro un legado de símbolos, que un desciframiento erudito, solitario y cerebral reduciría pronto al silencio del vestigio. Los amaritas, los jebusitas (habitantes de la antigua Jerusalén), los amacelitas tuvieron una historia, pero no hicieron acto de memoria. No imprimieron su marca sobre nuestro presente. Lo que tal vez dejaron para descifrar o vocalizar no ha sido remodelado, retocado por sus herederos, putativos o no. No son ya más que golfos de sombra, o terrenos excavados. Pero nosotros guardamos la Biblia sobre la mesa de noche, legajo manejable y perenne. De toda esta protohistoria regional, tenebrosa y confusa, de donde provienen tantos prototipos y arquetipos, no ha emergido más que una versión: el Antiguo Testamento. Un único marco de interpretación. La fuente que oficia de referencia para cualquier occidental. Es posible imaginarse cómo habría reaccionado a su lectura un sobreviviente de las etnias vecinas subyugadas o finalmente fagocitadas por los "hijos de Abraham". Esos infortunados pueblos primitivos nos presentarían con toda seguridad una muy distinta perspectiva acerca del primer milenio antes de Cristo. Pero quien no tiene leyendas a disposición no tiene tampoco una actitud de reserva, de modo que, hasta el fin de los tiempos, Occidente tendrá para Goliath los ojos de David.

CAPÍTULO IV

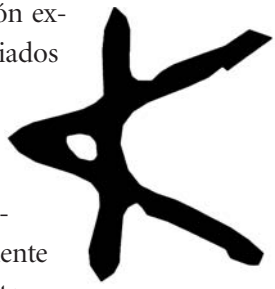
El despegue alfabético

La civilización, o al menos la historia
de la humanidad, reposa sobre el papiro.

PLINIO EL VIEJO, HACIA EL AÑO 70

No se conoce ninguna sociedad puramente oral que tenga una noción del Eterno. Entre mito y poesía, esos hermanos enemigos, el Dios de las Revelaciones brotó en Palabra, pero ésta no toma fuerza de Ley en el curso del tiempo sino por la Letra. La escritura es la manufactura del Dios único. Quien no se exilie de lo visible ni encontrará lo Invisible. Y la escritura en su estadio superior, el alfabeto, entraña para nosotros esta virtud teologal: hace despegar al espíritu del mundo de las sensaciones y sustrae al Absoluto de sus circunstancias. Y cuando la letra se deposita sobre papiros lo hace circular de arriba abajo en la tribu. Esta perversión de un medio de registro contable en palanca de trascendencia comprometería al Dios salmodiado en los caminos peligrosos de lo escrito, donde lo esperaban en emboscada la formalización y la argumentación, los pródromos de la Razón crítica.

El Exilio de Babilonia fue pues, para el amo universal, una buena salida. Los nombres de Ezequiel y del segundo Isaías signaron el llamado a la unidad procedente de y suscitado por la dispersión física. Con el santuario en ruinas era necesario encontrar un sustituto viable a los ritos tradicionales, que se habían vuelto impracticables. La elevación de lo material a simbólico no salió de una decisión deliberada sino de un hecho consumado. Fue impuesta por esa brutal *sustracción de materia* que fue el desmantelamiento de los usos corrientes tras la invasión extranjera. *Volens nolens*, esta depuración obligó a los exiliados y deportados a inventar un altar desmaterializado y no localizable. Cosa que logró la inteliguentsia judía en Babilonia, considerando que el grueso de la población que se quedó en la ciudad y continuó fermentando en oscuros compromisos con el pluralismo ambiente (mayoría que pensará que tendrá que reeducar o desintoxicar en el momento del retorno). La Torá será el templo sin el Templo: lo que queda cuando no se quiere olvidar nada y todo ha sido echado por tierra.



Alef, la primera letra del alfabeto fenicio.

Todavía faltaba que la flor de la comunidad disuelta, que llevaba el alma en la suela de sus sandalias, dispusiera de los medios efectivos para la desmaterialización. Es allí donde interviene, crucial, el factor técnico: escritura y soporte. La catástrofe es la madre del monoteísmo y el alfabeto su padre.

Las palabras son discretas

En la historia de las civilizaciones es un viraje decisivo: lo sagrado sin el espectáculo. Circulen, no hay nada que *ver*. El pueblo hebreo es antiguo y oriental. Sin embargo, en la sección de Antigüedades orientales del Louvre, situada en la planta baja, es como si los reinos de Judá y de Israel no hubieran existido. El visitante recorre las salas de Mesopotamia, Irán, Levante: nada que recuerde a Saúl o Jeremías. Sorpresa. ¿No se dice acaso que Occidente tiene tres fuentes: Jerusalén, Atenas y Roma? De las dos últimas tenemos una plétora de testimonios plásticos. La primera es más parca: ni estatuaria ni políptica. La inexistencia de una "sala judía" en el más bello museo del mundo plantea un problema. Se puede ver en ello un homenaje. La forma museo no es, para la transmisión judaica, un medio pertinente.[1] Israel, como todo gran país, tiene su museo de arte y de arqueología desde 1965. Se encuentran allí objetos rituales propios de los cultos politeístas de la antigua Palestina (hoces, recipientes esculpidos, Venus, sarcófagos, estatuillas de Astarté, etc.). El monoteísmo tiene su museo pero a un costado. Es The Shrine of the Book, el Santuario del Libro, cuya cúpula dibuja un cuello de vasija de un blanco deslumbrante. Allí se exponen, en el sótano, los rollos del Mar Muerto, manuscritos de libros bíblicos y de apócrifos desplegados sobre cobre, cuero y papiro, y nada más. Hileras de caracteres azules y negros en paleohebreo, arameo y griego. La judeidad, donde la búsqueda de sentido absorbe a la de la belleza, y que no brilla, como el mundo pagano, por sus arquitectos y sus escultores, se transmite mediante recitaciones, gestos y rituales, no por la plástica ni por la iconografía. Esa discreción deliberada acrecienta las posibilidades de longevidad: es

Interior del Santuario del Libro en Jerusalén. Foto: David Harris.

[1] Véase Laurence Sigal, *Discours à la Fondation du judaïsme français*, 27 de junio de 2000.

imposible aquí desembarazarse del "deber de memoria" mediante una mezcolanza expiatoria o algún mausoleo a la identidad, encargados de apaciguar la mala conciencia de los amnésicos. No es que un patrimonio literal sea inmaterial. El Único vino finalmente a continuación de sus competidores, Marduk y Amón Ra. Éstos quedaron petrificados en nuestros museos de arte, mientras que Él continúa poniendo en movimiento, en las calles, a millones de creyentes. No caigamos al explicar este "milagro" en el *espiritualismo primario* evocando quién sabe qué triunfo del espíritu sobre las cosas. Se vence a la materia con la materia, como al mal mediante el mal. El rechazo de las formas y de los volúmenes habría sido fatal si la memoria interior no hubiese podido exteriorizarse en caracteres, materializarse en ostracones y rollos (los antídotos del bronce y de la madera), volverse *huella*. Apomazar, raspar, inscribir es también manufacturar, con las diversas técnicas gremiales correspondientes. Un trabajo que exige, según la época, diferentes instrumentos (punzón, buril, cálamo, pincel, pluma de ganso, pluma metálica, etc.) y materias primas (cobre, plata, papiro, pergamino, papel, etc.). El estar allí de Dios, a saber, las Escrituras, no existiría como un sensible no sensible, "como un ser privado de corporeidad y sin embargo objetivo" (Hegel), sin la operación consistente en poner el adentro en el afuera y en espacializar las emisiones vocales para conferirles la intemporalidad. Sin ese artesanado y esos materiales, las Tablas de la Ley, quebradas por el transportador (que tenía iras desconsideradas), no habrían podido encontrar facsímile, y el recuerdo del iconoclasta Moisés se habría perdido en las arenas, sin biografía ni destino.

Veamos un ejemplo de lo que separa a oralidad y escritura. En el Creciente Fértil, en el curso de estos dos milenios antes de Cristo, las transferencias de población eran moneda corriente; las invasiones y los cambios de dinastía acompasaban la "limpieza étnica". Arrinconados entre dos colosos, los pequeños pueblos intermedios sufrieron varias deportaciones. El pueblo hebreo es el único de ellos que, por transmutación gráfica, trascendió su desgracia en Valor. Si es posible comparar lo incomparable: los gitanos, de cultura cristiana pero oral, sin museo ni *thesaurus*, sin capitalización escritural, padecieron el genocidio nazi pero no lo documentaron ni interpretaron. De esta catástrofe humana y nacional no extrajeron un sentido casi sobrenatural y en todo caso refundador, es decir, nada comparable a la Shoah.

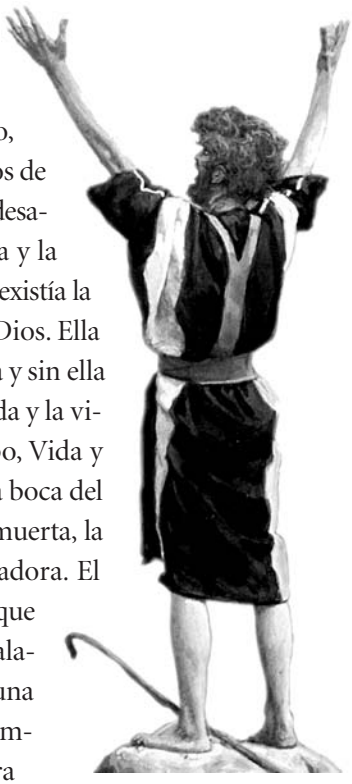
El mundo semítico hizo en suma dos donaciones fundamentales a la humanidad: Dios y el alfabeto. Que sigue siendo, sea cual fuere su lengua de traducción, el alef-bet, la a y la b del abecedario hebreo. Los latinos nos hemos beneficiado de él por intermedio de Fenicia, que lo transfirió al mundo griego hacia el año 1000 antes de Cristo. Las dos innovaciones están vinculadas por un lazo íntimo y necesario. El hecho de que los más antiguos escritos bíblicos daten de una fecha posterior a la invención del alfabeto —ese sistema de notación que hace desaparecer todos los signos que no corresponden a sonidos elementales de la lengua hablada— testimonia perfectamente que sin alfabeto, bomba metafísica de efectos diferidos, no hay Dios. Crecieron juntos. Sin ocupar mucho lugar al comienzo. Yahvé fue durante largo tiempo un dios local entre otros, "que tenía crédito en las montañas y absolutamente ninguno en los valles" (Voltaire), y la escritura, en la sociedad mesopotámica, era una actividad mercantil entre otras. Fue necesario que transcurriera más de un milenio para que Dios y la escritura ascendieran los escalones de la jerarquía. Decantaciones, no fulgores. Pero ningún genio descubrió la escritura como otros descubrieron América una linda mañana del cuarto milenio antes de Cristo en la ciudad sumeria de Uruk, hoy Warka, en el sur de Irak. Éste fue un camino que se fue abriendo con túneles y resurgencias. Lo que Sumeria sembró floreció mil años más tarde en Biblos y fructificó después en Hebrón. Medio y mensaje, a todo lo largo, se ampararon uno a otro. Se refinaron conjuntamente al mismo paso. Nadie, en rigor, es propietario de Dios, ni tampoco del alfabeto. No hay patente ni inventor. Las engañosas facilidades de la rúbrica y del flash cederían aquí el lugar al trabajo del signo y a la paciencia

Los soportes de lo escrito, de arriba a abajo: arcilla, papiro, cera, pergamino, papeles, silicio.

de las cosas. A Jesús el Hijo se le atribuyó a destiempo una fecha de nacimiento, ¿pero en qué fecha de qué calendario se puede calzar el aniversario del Padre y de la escritura cuneiforme?

Decir y leer

Objeción, Su Señoría. El Profeta es un pregonero, no un amanuense. El pregonero de Dios no dice: "Lee, Israel", sino: "Escucha, Israel." ¿Y cuándo, acaso, el Libro habla del Libro? Pondera los prestigios de la Voz, cuyo flujo continuo se imita, se desdobla en el desarrollo del rollo en torno de su "ombligo". La palabra y la creación forman un solo acto divino. "En el principio existía la palabra y la palabra estaba con Dios y la palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres" (Jn 1, 1). Palabra, Verbo, Vida y *logos* en desplome dominante forman un bloque. "La boca del Señor ha hablado" (Is 40, 5). La palabra escrita está muerta, la voz está viva. Ella es el hálito mismo de la Vida creadora. El oído se empalma directamente a la Boca de Sombra que profiere sin mostrarse. ¿No se dice acaso todavía: "palabra del Evangelio"? Jesús nunca escribió nada (salvo una vez, en la arena, como un tuareg). Sócrates y Buda tampoco. ¿Qué es Dios, después de todo, "esa gran palabra tenebrosa toda inflada de claridad", decía Hugo ("el vertedero de todos los conceptos mal definidos", agregó Gide)? Un diptongo. Un fonema. ¿Y las Escrituras, en el mascullar sin fin de las invocaciones, una especie de hechizo auditivo?



James Tissot, *La voix dans le désert*, ilustración para *La vie du Christ*, hacia 1886-1896 (gouache sobre papel). Brooklyn Museum of Art, Nueva York.

Sólo una palabra viviente puede restituir el toque misterioso que la frialdad de lo escrito, demasiado conceptual, oculta o debilita. Ella atraviesa la idea para apoderarse de las cosas mismas. O, en palabras de Yves Bonnefoy, atravesar la

Escritura tuareg en la arena.
Foto: J. Drouin.

rosa botánica hasta alcanzar justo esta rosa que está bajo mi ventana demanda hálito y cuerdas vocales. Del mismo modo que un texto puesto en una boca y en un espacio se ve de pronto dotado de un *cuerpo* que escapa a su lector y que escamotea a sus ojos el corpus literario. Los mitos son almacenados por lo escrito pero nos entran por el oído, en la evocación trémula o furiosa de un proferidor, de un aedo a medias letrado pero provisto de una lira o de una pandereta. Lo divino se ha recitado en cadencia, de pie, balanceando el busto, marcando el compás con el pie, meneando el bastón como si fuera la batuta del director de orquesta. Refrán, proverbio o versículo, "el escrito escandido —dice Julien Gracq— prescinde de la verificación". La guerra de Troya también llegó hasta nosotros traída por unos "cantores reproductores" llamados *rapsodas*. Pero que nuestro Dios verbomotor nos haya llegado por la garganta, siguiendo el *beat* [latido] de las pulsaciones sanguíneas, no impide que nuestra confesión monoteísta sea esencialmente *grafomotora*. La anterioridad del sonido no excluye la primacía del signo.

Hace tres mil años que lo escrito corre tras los carismas del canto sin alcanzarlos. El estremecimiento capital le está vedado. Es el fuelle pulmonar, son las cuerdas vocales lo que nos hace tocar las fuentes cálidas de nuestras creencias. Cálidas como ese "aliento de vida" insuflado en las fosas nasales de Adán para hacer surgir un "alma viviente" (entendamos: un animal vivo). Sí, nada separa al *nabi*, el Profeta, de un músico inspirado. Mahoma, se dice, era analfabeto cuando "un libro descendió en su corazón". No leyó ni escribió. *Recitó*, transmitió bajo dictado las palabras recibidas de Gabriel en los trances auditivos. Hizo repercutir una voz, tonante o murmurante, en nuestra dirección. Pero es la retención escritural de esos murmullos lo que permite, a partir de las huellas mnemónicas de una psiquis individual, delinear los rasgos de una personalidad colectiva. Salida de Egipto, Crucifixión de Jesús, Huida a Medina —todos estos no-acontecimientos de los cuales sus contemporáneos no supieron nunca nada— fueron transmutados en acontecimientos cenitales por el efecto

apabullante de una redacción rítmica —"¡elevar finalmente una página a la potencia del cielo estrellado!" (Mallarmé).

La esfera del espíritu que Teilhard de Chardin llamó "noosfera" no es un baño de vapor. Parece blanda y difusa pero tiene una osamenta: nuestro modo absolutamente material de fabricar y hacer circular signos. Más allá de elementos físicos o mecánicos, este *sistema* incluye el entorno institucional, económico, educativo, jurídico, sin el cual nuestros dispositivos no podrían funcionar (toda máquina funciona en y por su medio, con el cual forma un sistema). Ésta es nuestra "mediosfera". Las grandes religiones reveladas, que datan de antes del advenimiento de los procedimientos demostrativos, se remontan a la mediosfera, históricamente abierta por el manuscrito y cerrada por la tipografía, que nosotros llamamos "logosfera". Prolongado espacio de tiempo en que un escrito raro y sacralizado —Biblia, Evangelio o Corán, donde el mundo se resume— sirve de marca, de faro, a un océano de recitaciones. Imposible hacer jugar aquí el ritornelo "oral/escrito". La palabra escrita se presenta entonces como correlato, facilitación, eslabón de una cadena descendente del cielo a la tierra. A nuestra escritura, por lo demás, el hebreo la llama *mikra*, que significa "lectura". "Alabemos la Palabra de Dios", dice por su parte el sacerdote católico después del sermón, blandiendo el Libro Santo. No dice "alabemos el texto de Dios". En la logosfera *decir* y *leer* son casi sinónimos. Los occidentales aprendieron todos, a partir del siglo XVIII, a leer en silencio, pero a los autores de la Antigüedad les leía las obras un esclavo, así como dictaban generalmente sus textos literarios. Se los tomaban en taquigrafía. No condescendían más que a firmar sus cartas (la escritura literaria autógrafa comienza en Bizancio y entre nosotros en los siglos XI y XII).

Dios insuflando la energía al mundo nuevamente creado. Charles de Bouelles, *Que hoc volumine continentur*, Amiens, 1510, Biblioteca Nacional de Francia.

Nuestros cantores reflejan todavía esa época remota en la sinagoga o en la iglesia con su voz de tenor, de amplia tesitura. ¿El autor de Macabeos termina el último de los *Libros históricos* formulando votos para que "la disposición grata del relato *encanta los oídos* de los que *dan en leer* la obra"? ¿Entonces la Biblia era una obra fabulosa donde se abrían todos los corazones? A nosotros nos corresponde resucitar, entre los versículos de los Salmos, los mugidos de los cornos, los hurras de los panderos y de los sistros. ¿Pero sin los trazos sobre el papel quién pensaría hoy en despertar lo audiovisual y los ritmos perdidos de nuestras acciones de gracia?

"La verdadera historia objetiva de un pueblo —observa Hegel— comienza cuando se convierte en una historia escrita." Sostenía, no sin motivo, que el Estado, la historia y la escritura aparecen conjuntamente (y nada nos dice que no desaparecerán un día al mismo tiempo). Al hacer comenzar la historia del Eterno en el momento en que se objetiva en un escrito, ¿no estaríamos en vías de trasplantar el tiempo de la iluminación sobre aquel, muy posterior, en que se archivó? ¿No estaríamos reabsorbiendo así la historia-vida, la *history*, en la historia-relato, la *story*? ¿No hay humanidad antes del jeroglífico? La visión de Hegel se ha vuelto un poco corta. ¿Quién puede negar que había leyendas vivientes antes de nuestros relatos mitológicos? Abraham, si existió, conforme a su mito, habría vivido entre los siglos XVIII y XVI a.C., en medio de mesopotámicos singularmente escribidores (como lo muestra el medio millón de plaquetas y de guijarros grabados revelados por las excavaciones). Pero el Génesis no indica que él hubiera debido saber leer y escribir. Cuando adquiere un terreno a los hititas para enterrar a Sara, en Makpela, frente a Membré, el contrato es oral. No hay un solo papel firmado, al parecer. ¿Una superabundancia de suculentos "se dice" deberá superar la trampa, a falta de documentos?

Tradiciones populares/orales han precedido sin duda a la redacción escrita/erudita. Fragmentos recitados de viva voz, provenientes de escuelas diferentes, han sido consignados y después reactualizados al ritmo de las urgencias mediante la inserción de complementos. Un esquema clásico pero cuestionado menciona cuatro fuentes principales. La más antigua, la yahveísta, data del siglo X a.C., en tiempos de Salomón, en Judá (la fuente J). La elohimista, procedente de Israel del Norte, del siglo VIII a.C. (la fuente E). La deuteronómica fue recogida después

Moisés. Detalle de una pintura de Guisto di Gand. Pallazzo Ducale, Urbino.

de la caída de Samaria (la fuente D). Y está por último la postexílica o sacerdotal (la fuente P). Sea. Sigue siendo cierto que el resultado de estas mezcolanzas y costuras asocia lo revelado a lo escritural. El manuscrito *digito Dei* de la Ley constituye la clave del asunto. La Biblia, se nos dirá, describe la infancia del judaísmo que mejor conviene a su forma adulta (tal como los Evangelios para los cristianos). Pero que la Revelación sea inseparable del primer episodio verbográfico de la Biblia no es una anécdota. Dramatiza con imágenes la inherencia de la Letra a la idea de Dios. Por otra parte, la escritura hace su signatura propia y Moisés blande como trofeo la firma autógrafa del Eterno (que utilizó su índice como un estilete). Éx 32, 16: "Las tablas eran obra de Dios, y la escritura, grabada sobre las mismas, eran escritura de Dios." Nuestra religión madre, como se ve, no comparte el desprecio bien conocido de los lingüistas y de los filósofos por la escritura como simple derivado gráfico de la lengua. Condillac estimaba que "no tendrá nunca el menor efecto sobre la estructura y el contenido de las ideas que ella deberá vehicular". Rousseau decía que "no sirve más que de suplemento de la palabra". Y según Ferdinand de Saussure: "Lengua y escritura son dos sistemas de signos distintos; la única razón de ser del segundo es la de representar al primero." Hoy, todavía "las lenguas del paraíso" o la cuestión de saber qué lengua hablaba Adán (y si el hebreo fue o no la lengua primordial de la humanidad) movilizan más la fantasía y las indagaciones de los semiólogos que la cuestión no menos espinosa del surgimiento de las expresiones gráficas. Dios, al parecer, era menos idealista que la Universidad. Sabía bien que con la inscripción se jugaba el todo por el todo, que es nuestra memoria. Crear el mundo por la palabra, pasa. Pero si nadie conserva rastros de ello, ¿para qué? Para conservar vivo algo o a alguien, aquí abajo, es una buena estrategia fijarlo como si estuviera muerto. La letra mata, quizá, pero hace durar y revivir. Cristo muerto y resucitado "según las Escrituras". Siempre.

La larga marcha de los signos

¿De dónde viene la Letra, el signo gráfico que representa un fonema acústico?

Arduo y sinuoso fue el camino seguido por lo que nosotros llamamos sumariamente escritura, término demasiado vago para, en el presente estadio, esclarecernos. Recordemos sus principales etapas, esquematizadas en extremo. Primera etapa: la *pictografía*, cuando los signos son casi imágenes, siluetas que evocan o sugieren la apariencia sensible de las cosas. Es una estenografía figurativa. La segunda: la *ideografía*, que es una forma derivada, y estilizada, del pesado pictograma. La tercera, decisiva: el *fonetismo*, donde el signo no señala ya cosas sino palabras (la escritura cuneiforme ha roto ya con todo mimetismo visual). En la realidad, los dos últimos procedimientos, el ideograma y el fonograma, se combinaron en una bastante prolongada fase de transición que ilustra bien el jeroglífico egipcio, jeroglífico ya recapitulativo pero todavía híbrido, que mezcla la memoria visual y la memoria fonética. Es el *acoplamiento de un trazo y de un habla*, de una notación gráfica y de una forma fónica, que corona ese lento movimiento de simbolización que desemboca en la escritura propiamente dicha. Los especialistas discuten, hacia el origen, la cuestión de las fronteras o de los umbrales desencadenantes entre estos diversos estadios; si conviene situar entre el pictograma y el ideograma o entre el ideograma y el fonograma la línea decisiva que separaría una proliferación incontrolada de rasgos imprevisibles de un código organizado (entendiendo por *código* un repertorio estabilizado de marcas discretas, aislables y reutilizables). ¿La pictografía es la infancia o la prehistoria de la cultura escrita? Nos sumaremos aquí a las hipótesis de Jean-Jacques Glassner, que muestra que los sumerios habían ya accedido al pensamiento abstracto con la escritura cuneiforme.[2] Lo que resulta indiscutible es la dirección del movimiento de conjunto, que va en el sentido de una compresión creciente por medio de una economía de marcas (más contenido para menos continente).

[2] Jean-Jacques Glassner, *Écrire à Sumer. L'invention du cunéiforme*, París, Seuil, 2000.

4 3 2 1

Friso proveniente de la *mastaba* de Mereruka en Saqqara, y su traducción, de derecha a izquierda:

El primer sistema de notación conocido, el *cuneiforme*, que precede ligeramente al jeroglífico egipcio y al ideograma chino, apareció en la Baja Mesopotamia hacia fines del cuarto milenio a.C., poco después de la formación de las primeras ciudades-Estado. Se llama cuneiforme a una escritura en forma de cuña o clavo, forma angulosa proveniente de la impresión efectuada en directo por medio de un cálamo biselado sobre la arcilla cruda. La civilización sumero-acadia se expandió hacia la desembocadura de los deltas donde nacen las civilizaciones, una región cenagosa y arcillosa, sin bosques ni metales, pero potencialmente rica por la proximidad de grandes ríos, el Tigris y el Éufrates, que permitían la irrigación artificial. El suelo era aluvial, favorable para la cría del pequeño ganado y para los cultivos cerealeros. El abandono de la cultura de supervivencia obedeció en todas partes a una secuencia conocida, a un circuito de retroacción positiva: acumulación de excedentes agrícolas, aumento de la densidad poblacional, formación de un centro de poder regulador, distribución jerarquizada de los excedentes. Y por lo tanto necesidad de instrumentos para la contabilidad. Necesidad de clasificar, de ordenar, de guardar, de dividir en zonas, de etiquetar, de prever. De observar y registrar las crecientes del río, los eclipses, el ciclo de los astros. El origen utilitario, económico, de la escritura, que sirvió primeramente para confeccionar catálogos, listas, tablas, almanaques, etc., no es en absoluto contradictorio con sus usos religiosos, ya que los templos servían como bancos y centros de administración de la vida económica (las famosas tablillas de Uruk fueron encontradas en un santuario).

El ser humano no va de lo simple a lo complejo sino a la inversa. Este deslastre lleva el nombre de "progreso técnico",

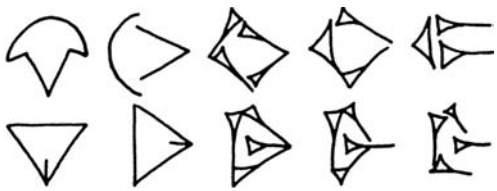
1. Signos alfabéticos J y W: *JeW*, partícula con valor indicativo.

2. Ideograma que representa tres granos de cereales (significa "cebada").

3. Signos con valor alfabético P y N: *pen*, adjetivo demostrativo.

4. Fonograma que escribe la serie de consonantes N + F + R: *nefer*, "ser hermoso".

el cual parece impulsado por la ley del menor esfuerzo (hacer menos y tener más). En materia de notación ocurrió como en las demás áreas: el hombre comenzó por el sistema pictográfico o ideográfico y después siguió el silábico; es decir, empezó desde lo más complicado antes de llegar al alfabeto. La descomposición de una lengua en sus sonidos más simples, seguida de (o precedida por) la invención de un sistema de marcas discretas y en pequeño número, que representan visualmente esos sonidos o fonemas, demandó más de un milenio. Desde los confines egipcios hasta la Siria del norte hubo múltiples escrituras alfabéticas. Sin contar las tentativas previas que fueron las escrituras protosemíticas, difíciles de descifrar. La medida de economía más promisoria (30 signos) era la que utilizaba la escritura cuneiforme —y es ilustrada por Ugarit, hoy Robert Ras Shamra, en Siria, hacia 1400 a.C., antes de desaparecer de modo repentino, en 1185 a.C., con la invasión de los "pueblos del mar". A este sistema recurrieron después las lenguas semíticas —y no sólo ellas, puesto que el hitita, lengua indoeuropea, se escribía también en el sistema cuneiforme. Hay allí una aptitud para el cruzamiento de la que carece la lengua hablada. Porque una escritura puede aplicarse a la notación de una lengua diferente de aquella para la que fue compuesta: el fenicio, el griego, el latín, el turco o el vietnamita. Un Dios literalizado deviene *traducible y exportable*. En estado de viajero. Y universal en potencia.



Evolución de los signos cuneiformes "buey" y "mujer": del pictograma al signo abstracto en forma de clavo.

En el curso de estas intervenciones, cada código se vuelve la materia de uno siguiente aún más formal. Para mejor sacar a luz *lo que es* se libera cada vez más de *lo que parece*; y lo englobante de un periodo es lo englobado en el siguiente. Segmentación arbitraria de la cadena hablada, la escritura alfabética se aleja mucho más de la palabra viviente que el ideograma o el pictograma —que siguen siendo en lo esencial escrituras de cosas y no de sonidos. Ahora bien, es por el grado de separación entre la cosa y su notación con el que se mide la productividad de un código. Cuanto más abstracto más simple, y cuanto más simple más englobante (nada

Evolución del signo M, "la lechuza", del jeroglífico a la demótica.

resiste al código digital). Hay como un giro completo donde el inscribiente gana, en cada paso, aquello a lo que renuncia. El diablo es, por etimología, lo que separa (*dia-ballein*), y el símbolo lo que reúne a las cosas y a las gentes (*sym-ballein*). El hombre progresa en la simbolización de las cosas ponderando cada vez más en lo diabólico (o diacrítico). Y terminó por encontrar a Dios haciendo de diablo, llegó al infinito por las vías de la separación/decantación. El acadio, lengua de Imperio pero profusa y cargada, es derrotada por el arameo de los pequeños reinos sirios, porque tiene menos signos. La escritura de Uruk IV tenía 640 signos diferentes. No resistieron ante las 22 letras del fenicio. Como tampoco resiste el alfabeto derivado del fenicio ante el código binario de hoy. Quien reduce gana. Progresar es siempre abreviar. Si se toma el ejemplo egipcio, el *jeroglífico* grabado sobre la piedra cede su lugar, en Egipto, a la escritura *hierática*, ya más económica y cursiva, la cual se borrará a su turno ante la *demótica*, en tinta sobre papiro y más simple aún (hacia el siglo VII antes de Cristo).

La génesis de lo fiduciario corrió paralelamente con la de la escritura y se ha visto el mismo aligeramiento productivo en la evolución de la moneda. Las primeras piezas sumerias impresas en arcilla regulan intercambios económicos: recuentos de cabras y carneros, contratos de ventas de casas, entregas de frutas, presupuestos de construcción. En el prolongado trayecto desde el trueque hasta la moneda electrónica se paga primeramente con ganado (la raíz *pecus* de la palabra *pecuniario*), después en táleros, lingotes o piezas metálicas, más tarde en papel moneda, en cheques, en tarjeta de crédito y finalmente con cifras tecleadas sobre una pantalla. Se remplazó lo pesado indiviso por lo manejable divisible. Lo tangible por lo inteligible. Lo voluminoso por lo cortado en lonchas.

Una máquina mística

Un alfabeto es un instrumento para descomponer lo continuo, la voz humana, o para volver discretos los flujos sonoros. Como Dios mismo, se dirige al *máximo* de sentido mediante un *mínimo* de signos. Pero estos términos son cuantitativos mientras que se trata, en el fondo, con el pasaje de la transposición visual a la transcripción codificada, no de una limpieza sino de un desenganche. Es un des-ligamiento radical. Un grafema es un *desencantador cósmico*. Un Dios personal, que es una noción y no un dato, requiere un espacio nocional, liberado de las inercias naturales mediante signos *no motivados*. Dios alcanza entonces su velocidad de liberación respecto de las similitudes, sugestiones y correspondencias. El diagrama "YHWH" cercena el cordón que lo liga a las Potencias de cabeza laureada, tridente y rayo en mano, fauces de dragón y patas de león. Lo arbitrario de un sistema de descartes "gratuito" corta las rutas de la analogía entre lo inteligible y lo sensible, entre las palabras y los astros, entre la voz y la tormenta. La historia de nuestro Dios comienza donde termina la historieta, cuando el *graphein* se bifurca: una rama imagen, otra símbolo. Antes se estaba en la gestación. Ahora es el parto.

De arriba a abajo: jeroglífico cabeza de buey; primera letra del alfabeto fenicio; alef hebrea.

A despecho de sus valores fonéticos, el jeroglífico permanece atado a los viejos hechizos de la imagen, y la demótica, incluso bajo su forma popular en cursiva, no rompe totalmente con la representación. Sólo un grafismo puramente convencional puede acallar el rumor del mundo. En nuestro alfabeto, la letra A no es ya una cabeza de buey invertida, con sus dos cuernos hacia arriba, sino que es lo que precede a la B, y punto final. Diacrítica, su forma no cuenta ya sino su lugar. La escritura egipcia es todavía una red mágica lanzada sobre los seres y sobre las cosas. Sueña con captura a distancia, con amuletos y espejos. El jeroglífico es al signo del alfabeto lo que la magia es a la religión, el hechizo a la plegaria, o la adivinación a la profecía. ¿Tot, el babuino o mono inventor de la escritura egipcia, no es primerísimamente el dios de los magos y de los curanderos? Pese a los favores retrospectivos de los que rodeamos al dios Atón, el dios Sol del faraón

Estatuilla en pizarra que representa a Nebmertuf y el mono sagrado de Tot, dios de la escritura y patrono de los escribas. Museo del Louvre, París.

Ajenatón, nos preguntamos cómo un Dios no figurativo, desligado del cosmos, habría podido salir de un sistema de escritura que no cortó totalmente con la astrología.

Sin duda, un Dios que sabe hacerse comprender por los hombres, que dice la Ley y establece un contrato no puede ser un marciano. Además, Yahvé, al final de su recorrido, ha perdido su cuerpo de animal, mientras que Baal, ese otro "Señor de los Cielos", sigue asociado al toro, y El al león. El gran disociado habita "en el fondo del azur inmóvil y durmiente" aunque pueda "descender" aquí o allá, de preferencia sobre un pico (punto de unión cómodo entre tierra y cielo). No está ya pegado al mundo tal cual es. Los inmortales grecorromanos, que son hombres más hombres que nosotros, todavía lo estaban. Todos los placeres de nuestra condición sin la gripe ni la finitud. Esos inmortales eminentemente sociables beben y comen, montan a caballo, tienden emboscadas y copulan. Poseen todos un sexo —*theoi* y *theai*. No nos dictan la moral, y con razón, porque son tan inmorales como nosotros. Entre el *hombre mejor* que es el ancestro, o el genio, o el héroe del lugar, y el *hombre menor* que es el Dios de todas partes y de ninguna, hay la distancia que separa al signo alfabético del simulacro imitativo. Sólo una *máquina de desfigurar* como el abecedario puede engendrar completamente Otra-Cosa. Y sólo un Dios "alfabetizado" puede despegar de sus bases y franquear los muros con un salto-al-carnero,* tal como el fenicio mismo, hombre ágil, de comercio y de navegación, que llevaba su escritura lineal (en que la línea recta o curva remplazaba al ángulo) junto con sus mercancías. En el sur, en el Sinaí, encontró el jeroglífico, lo que dio por cruzamiento la escritura *protosinaica*, que ocupa un lugar intermedio entre el egipcio y el libanés pero parece no haber tenido descendencia. En el este y en el norte halló la escritura cuneiforme mesopotámica, otro cruzamiento de donde salió la escritura

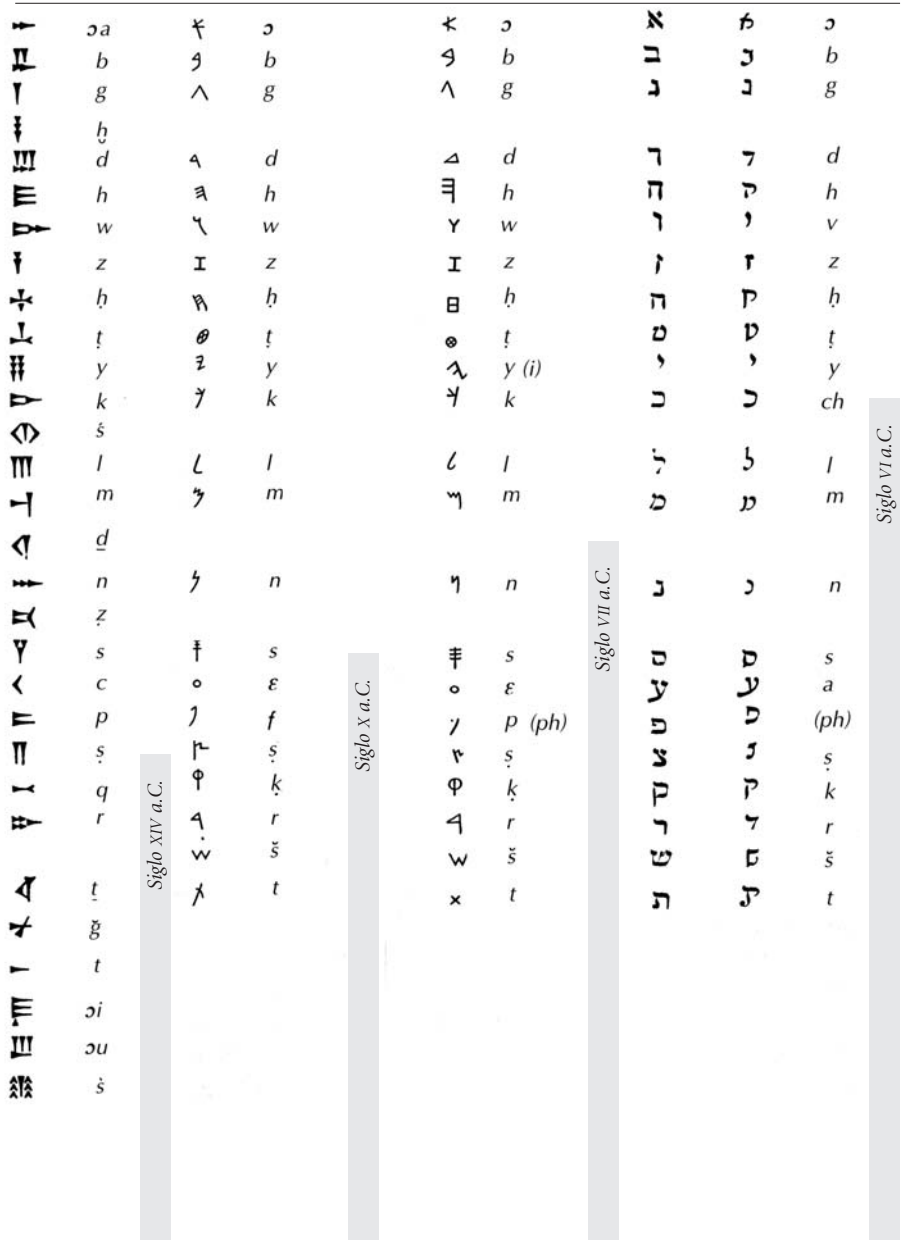
* *Saute-mouton*, juego donde los participantes saltan alternadamente uno por encima de otro, el "carnero", que se mantiene agachado. [T.]

ugarítica, cuneiforme refinada que sí tuvo descendencia: la fenicia, que sirvió para la notación, entre otras lenguas, del paleohebreo (el hebreo nuevo, de letras cuadradas, aparecerá sólo durante el siglo II en la escritura lapidaria). No hay más hiato entre el El cananeo y el *Elohim* bíblico que entre la consonante ugarítica y la consonante fenicio-hebraica. La solución de continuidad, la variable expansional, es el pasaje del terroso mesopotámico al fibroso fenicio, así como la sistematización del rollo. Cambiando de cuerpo se cambia de espíritu.

Nuestro alfabeto se ha vuelto *adaptable al medio*. Tal como el escrito se evadió del Libro, la letra en el presente se emancipa del soporte. Salta del papel al disco de computadora, al muro y a la pantalla. No ocurría así antes, cuando la materia dictaba la grafía por medio del instrumento. Una materia que sirve para grabar como la arcilla o el mármol no permite el pincel ni lo anodino. El bambú excluye al cincel o al punzón. La cera (con que serán hechas las tablillas romanas, de donde viene el *códice*, padre del libro) requiere el estilete de marfil, de hueso o de metal, pero excluye el cálamo o la pluma de ganso (adecuada al pergamino). A cada sustrato su género de verdad: no se escribe un diario íntimo sobre una corteza de abedul o una placa de mármol. La hilera de rastros muestra que un cambio de material se refleja en un cambio de notación. Nuestras escrituras sucesivas resultan de un diálogo evolutivo entre las estructuras formales y el material. En la escritura cuneiforme el símbolo dialoga con la tierra, origen de la vida. Caña tallada en bisel para imprimir "cuñas" en la tablilla de arcilla fresca que el escriba mantiene caliente en su mano plegada (de ahí la forma bastante pequeña de las tablillas, arqueadas en el reverso pero chatas al frente, donde se tallan los signos). Es un material abundante, barato, que se conserva húmedo en vasijas y que permite borrar para reescribir inmediatamente. Pero una vez seco se vuelve quebradizo y estorboso. En cuanto a la estela, que recoge las cartas y los archivos oficiales o las fórmulas votivas, exige el cincel, y por lo tanto el ángulo recto, rígido y solemne. Al trocar el cálamo por el cincel y una materia blanda por una dura los grafismos se alargan o se contraen (alfabeto largo y alfabeto corto).[3]

[3] Émile Puech, "Origine de l'alphabet", *Revue Biblique*, abril de 1986.

Las revoluciones del alfabeto



Nombre propio de Jesús en arameo. Sarcófago del primer siglo.

Los hebreos dieron un salto en falso por encima de las precedencias protocolares. La regla era: cuanto más pesado el soporte más grave el mensaje. Los dioses mesopotámicos dictaban sobre la piedra importada a grandes costos de los países montañosos; los reyes sobre la arcilla. Los emperadores romanos promulgaban con el cincel sobre el mármol o el bronce. La nobleza de los materiales ("grabados en el mármol") va en general a la par con la majestad de los actos. Porque una materia es ya un signo en sí misma, índice de una intención, o marca de una preeminencia. La escritura usada en el periodo del Primer Templo (de 850 a 586 a.C.) aparece sobre diversos materiales: piedra, vasijas y monedas. Con sus caracteres de largas barras descendentes, convertidos con el tiempo en símbolo de resistencia y de renacimiento nacionales, se escriben las cuatro letras del nombre divino, incluso en el periodo del Segundo Templo, una vez que el arameo cursivo, lengua oficial del imperio persa, hubo remplazado a la antigua grafía. El arameo era entonces una lengua vehicular en el Medio Oriente, utilizada por las cancillerías egipcias y asirias (y será tambien la de Cristo). Este alfabeto consonántico, proveniente a su vez del fenicio, sirvió a los hebreos para transmitir los textos sagrados (no sólo para hacer su correspondencia, sus cuentas y sus contratos). Pero poner el tetragrama en caracteres sagrados sobre un soporte tan poco prestigioso como el papiro, como el rollo del Levítico descubierto en Qumrán (100 a.C.), testimonia un espíritu amplio, o práctico. Los manuscritos de Qumrán, es cierto, sugieren una cierta jerarquización de los soportes (la hoja de plata, más que el papiro, hacen presentir importantes revelaciones sobre el emplazamiento del tesoro). Era habitual. Homero, entre los romanos, era un pergamino. Pero una simple hoja de papiro no era juzgada indigna, ni siquiera por los sectarios, de recibir la Palabra de Dios. Toda lengua establece un intercambio con sus vecinas y el hebreo bíblico (que se debe distinguir del hebreo míshnico del Talmud) acusa quizá una lejana deuda con Egipto, que tenía a Fenicia bajo su influencia. Por su grafía sin embargo se vincula, vía el arameo, a Sumeria. Lo que debe a Egipto, donde la planta de papiro resultaba abundante, es en lo esencial el soporte, de traslado fácil, contrariamente a las tablillas. Cortado en finas láminas, batido con mazo,

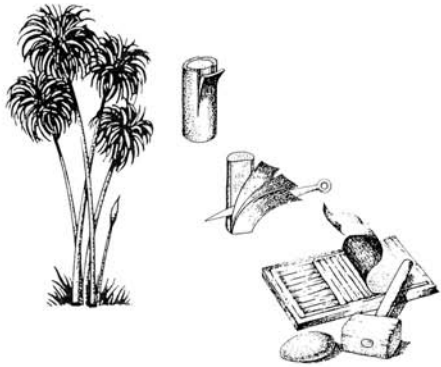
pegado por su propia savia, alisado con piedra pómez y cortado en rectángulos, el papiro permite escribir con tinta, siguiendo un ductus aligerado, con curvas y rectas. Permite asimismo formar rollos con las hojas unidas por sus bordes. Aunque degradable por la humedad e impropio para el plegado (que será la virtud del pergamino), en un clima seco el archivo de papiro realizó con éxito sus viajes en el espacio (hasta Dura-Europos en Siria) y en el tiempo (los textos funerarios egipcios), mucho mejor que las tablillas de madera o de cera. El papiro reinó casi cuatro mil años, desde el Imperio medio egipcio hasta la Edad Media europea (el último documento fue una bula pontificia del siglo XI), pasando por el Imperio romano (después de la anexión de Egipto) y por el islam. Pero es en la cultura hebraica donde el rollo de papiro cobra todo su valor simbólico. Puede desenrollarse al infinito, en movimiento continuo, símbolo de inacabamiento pero también de perpetua repetición (mientras que el *códice* romano, por su misma forma, rígida y cuadrada, valoriza el límite y la clausura). El Imperio lacónico del *limes*, que resume su pensamiento en máximas y apotegmas, gusta de los ángulos rectos. El pueblo del desierto que diserta desenrolla su tierra y su texto hasta perderlos de vista, hasta nunca acabar. Occidente tiene sus rectas, Oriente sus volutas…

Consecuencias de una tecnopiratería

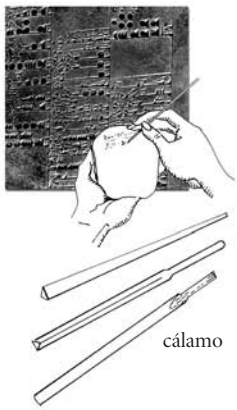
Para la promoción recapituladora Egipto y Mesopotamia pueden ser saludados como *los países del umbral*. Ellos no lo franquearon. Los hebreos dieron el paso. Ahí está sin duda el milagro judío, tal como se habla del milagro griego: en la unión del buen código y del buen sustrato, operado a medio camino, en la zona tapón de Palestina. Región culturalmente retardataria, en un sentido, y que adquirió la escritura después de los Grandes limítrofes, pero zona de intercambios y de comercio, donde no se vive replegado sobre sí mismo, donde hay cruzamientos posibles. Voltaire pensaba que la idea de un Ser Supremo no podía nacer más que en el seno de vastos imperios. Es demasiado mecánico. El intersticio resultó más productivo por propicio a la "fertilización cruzada", capaz de tomar lo mejor de cada rival o componente: el soporte en el sur, la notación en el este. *Religión cerrada pero cultura abierta*, Egipto

El espíritu de los materiales

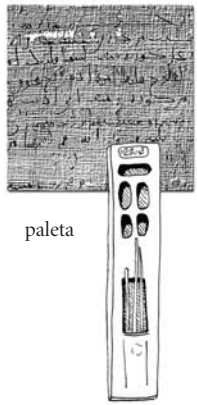
Materia prima



Soportes e instrumentos



cálamo



paleta

Egipto, 2500 a.C.

Forma del libro

tablilla

Sumeria, 3500 a.C.

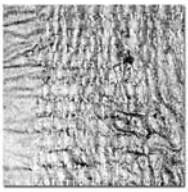
rollo (volumen…)

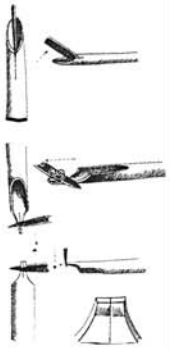
arcilla…

papiro…

El espíritu de los materiales

Europa, siglo I

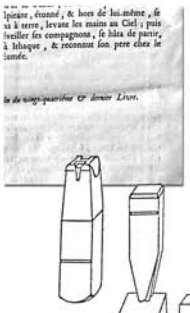


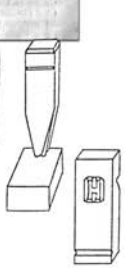


pluma

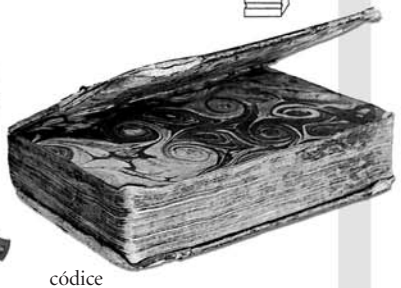
pergamino…

China, siglo III a.C.; mundo árabe, siglo VIII; Europa, siglo XIII





matriz y punzón



códice

papel…

Recolección de papiros.

exportó su papiro, no sus jeroglíficos (que no se difundieron fuera de sus fronteras). Y el bebé Moisés, o Mosis, fue salvado de las aguas del Nilo por una canasta de papiro. *Cultura aislada pero religión abierta*, Mesopotamia hizo a la inversa. Difundió su cuneiforme, no su soporte. Al utilizar su posición intermedia para producir el cortocircuito de una por la otra, el pueblo hebreo ensambló genialmente las dos mitades del símbolo. La influencia egipcia le permitió superar la arcilla, factor de bloqueo metafísico. Y la influencia mesopotámica le permitió superar la facilidad figurativa.

Donde se verifica la fecundidad de las culturas dobles, de la que el mítico Abraham ofrecía ya un buen ejemplo literario. Su nombre en hebreo designa a aquel que atraviesa, el transeúnte esencial (el *Uri*). Supuestamente procedía del "país entre los dos ríos", frecuentó los santuarios, los jardines y las estatuas. Su padre, fabricante de ídolos. Su mujer Sara y sus servidores, gente del terruño. Un mestizo, en suma, como su heredero Moisés, y como lo será Theodor Herzl, el profético autor de *El Estado de los judíos* (Viena, 1896), judío austriaco nacido en Hungría y que pasó por París. Personajes creativos puesto que desdoblados. Mitad stock, mitad flujo. Sedentarios y nómadas, llanura y desierto. El Uno en el Otro. Es el rasgo que fue justamente subrayado por Freud en su *Moisés, un egipcio*. Delirio histórico, por cierto, especulación fraguada y que concluye, como es de rigor, con el asesinato de Moisés por los suyos conforme a la sana doctrina (el homicidio primordial del padre de la horda). Pero el doctor vienés señaló lo esencial al hacer de Moisés el extranjero de adentro. Incluso si tuvo a su madre, Josabed, como nodriza, es un hijo adoptivo llevado a la corte por la hija del faraón como un príncipe egipcio. La bastardía cultural es la prueba más segura de la innovación intelectual.

Ésta consistió en hacer deslizar la escritura de un dominio de competencia a otro. Perturbador contraste, en efecto. Ocho de cada diez tablillas mesopotámicas hablan de economía, la mitología es un pariente pobre. Los primeros signos tallados fueron marcas numéricas; los cilindros-sellos y bolsas-sobres de arcilla son en su mayoría documentos contables. La escritura era asunto de mercaderes y

Difusión de la escritura cuneiforme desde el tercer hasta el primer milenio antes de Cristo (según *L'aventure des écritures*, Biblioteca Nacional de Francia, 1997).

contables. Ahora bien, las escrituras hebraicas conservadas invierten las proporciones. Sin duda los persas se reservaban la contabilidad y los impuestos, dejando la poesía a los pueblos satelizados. En cuanto al templo de antes del Exilio, ardió junto con sus archivos. El templo era el banco nacional y el primer propietario de tierras, junto con el Rey. ¿Será por eso que tenemos tantos mitos y genealogías y tan pocos contratos? Como si la preocupación primordial no fuera ya la satisfacción de las necesidades de la economía y de la administración. No podemos más que distinguir en esto una transferencia pirata de tecnología, utilizada con otros fines que aquellos para los cuales fue confeccionada. El monoteísmo es una magnífica cacería furtiva (en el sentido que Michel de Certeau da a la expresión en sus *Arts de faire*). O un caso singular de un fenómeno general al que le esperaba un mejor porvenir: el *desvío de la herramienta*. Nos recuerda que una herramienta no tiene una función preasignada. La "lógica del uso" puede desviar en cualquier momento su trayectoria, incluso hacerla virar en contra de sus promotores. Las repercusiones de esta manipulación, las fecundidades de este descomedimiento dan por lo demás a la historia de las técnicas, materiales e intelectuales (si es posible distinguir entre ambas), una impronta barroca

Calculi (piedras que llevan inscripciones geométricas y que servían para contar). Época neolítica, Susa. Museo del Louvre, París.

y poética que la aproxima, para nuestro mayor provecho y placer, a su polo opuesto: una antología de lo maravilloso. La primera máquina a vapor (Savery, 1698) no fue concebida para accionar un vehículo sino para sacar agua del fondo de un pozo. El teléfono celular no fue hecho para la mensajería rosa o erótica. Ni internet para vincular de soslayo a civiles revoltosos, sino para proteger las redes del Pentágono de las intercepciones enemigas. Para hacer mejor la guerra, no dinero ni ciencia. En el mundo griego el robo del fuego por Prometeo fue el punto de partida de la aventura humana. El héroe arrebató así a los dioses el secreto de las artes fundamentales, la cerámica y la metalurgia. El robo del signo por el "judío errante" podría hacerle de correlato en nuestra cultura. Ésta debe lo esencial al descaro del nómada pobre que osó arrancar al urbanizado rico lo que no estaba hecho para él. Más aún: lo que había sido inventado contra él.

En principio, un ganadero sin reses no tiene necesidad de un medio de contabilidad y de registro de actos jurídicos, como los que ligan en la ciudad a individuos sin lazos de familia. No tiene ni los medios materiales de la invención ni las condiciones políticas del uso. Cuando el lazo de parentesco hace las veces de lazo social, a la vez económico y político, como ocurre en la sociedad oral, poner en negro sobre blanco los intercambios y contratos no es una necesidad. A continuación está el medio: la escritura está en contubernio con la hidráulica. Surge en los deltas o a lo largo de los ríos (Nilo, Yang Tse-kiang, Éufrates). Allí donde la irrigación permite ir más allá de la supervivencia al día, a condición de prever las crecidas y de observar los astros. El nacimiento de la escritura, el aluvión de los imperios fuertes, con economía sólidamente estructurada, en el corazón de fértiles planicies, supone una materiología abundante y la hierba para el papiro, el agua para la arcilla, el fuego para la cocción. Los ambulantes del desierto no tienen esos recursos naturales. Por último y sobre todo, el

nómada escapa al dominio del poder central, punto de convergencia de las riquezas y que se sirve de la escritura para drenar mejor la plusvalía territorial. Tienen necesidad de la escritura aquellos que poseen reservas que compatibilizar, cargas de trabajo que distribuir para mantener los canales en buen estado, prisioneros y botines que repartir: es decir, los amos del excedente, que tienen control sobre las aguas y los graneros. Lévi-Strauss nos lo recuerda, en un contexto completamente distinto: "La escritura no nos parece asociada, de modo permanente, más que a sociedades que están fundadas sobre la explotación del hombre por el hombre." Su desarrollo supone y reactiva la acentuación de las divisiones internas en el grupo.

Una sociedad nómada las tiene en menor medida. Cuestión de posición, en primer lugar. Un hombre que escribe no es *viator*. Aquél está de pie, éste sentado. Observemos al *Escriba en cuclillas* en el mismo suelo. Roca caliza pintada, ojos de cuarzo. Obra maestra del antiguo Imperio egipcio que se contempla en el Louvre. El primer empleado escribiente del que se haya conservado un sosias vívido (hacia 2550 a.C.) en posición de sastre. El artesano burócrata, que tomaba notas al dictado, levanta la cabeza. Está en calma, protegido, a gusto. Es un hombre *en reposo* y gordo, sin prisa, que tiene una buena situación y que no teme al porvenir. La escritura no está hecha para las bandas errantes, para los inestables carentes de bienes. Es para la pequeña propiedad, de la labranza programada. Surco de líneas, *página* en minicampo (*pagina* viene de *pagus*), cálamo en reja de arado. Cultura: lo que queda de la agricultura cuando la cosecha está en el granero. Tecnología de imperio, lujo de ricos. Hecha para contabilizar las medidas del grano, las cabezas de ganado, y transmitir las órdenes del gran Rey.

Este *desvío* práctico fue acompañado de un *viraje* moral. Como la invención de la metalurgia, la de la escritura tuvo efectos agravantes sobre la división del trabajo, la desigualdad de los intercambios, el conflicto de las clases. Pero los adeptos al Único hicieron del mal un bien, convirtiendo a un instrumento discriminatorio de sujeción social (de los campesinos a los administradores) en instrumento de liberación nacional (de un pueblo frente a imperios). Lo que acrecentaba las separaciones de estatus permitió, con otro tratamiento, disminuirlas. Un factor de segregación en una sociedad opulenta acaba, después del desvío, como

factor de cohesión para una banda de "habiru", como se llamaba a las bandas turbulentas y de mala reputación procedentes del Medio Oriente. La historia de las mnemotecnias es una sucesión de subversiones políticas y sociales.

Detalle de *El escriba en cuclillas*, pintura en roca calcárea, Saqqara. Museo del Louvre, París.

Las tres aportaciones de lo escrito

Frente a su función cognitiva, como productora de conocimientos, por poner en cuadros o en listas cosas, personas y fechas, cosa que vuelve simultáneo lo sucesivo, existe una función mística de la escritura, productora de trascendencia. Y su forma más abstracta, el alfabeto, ha producido lo divino más abstracto. Los enemigos de Dios, que son en general aristócratas, empiristas y deportistas, apasionados de los ejercicios físicos y de la buena salud, en lugar de desperdiciar su tiempo en sermones antisermones, deberían incriminar no sólo a la ortografía, "antigualla represiva", sino a la grafía misma. Con unos buenos abogados podrían presentar una querella contra la invención del alfabeto por tres cargos principales: una democratización indebida, la opresión del instinto por el concepto y la neurosis obsesiva. No es en absoluto nuestra causa, pero resulta fácil imaginar el tenor de los debates.

En primer lugar, el abecedario vulgariza los misterios, reconciliando los polos hasta entonces opuestos de lo místico y lo accesible. Como máquina de desfigurar, destruye la vieja magia de las semejanzas. Como instrumento de reparto, fuerza a romper con la ontología del secreto y los cultos iniciáticos que descansan sobre la transmisión oral y opaca de fórmulas confidenciales. Los levitas

forman una tribu aparte asignada al servicio del culto, no una casta por encima de toda clase, enaltecida por sus arcanos. La simplificación alfabética pone los misterios al alcance y ubica a todos los observantes en pie de igualdad. Treinta o 22 signos, en lugar de 400 o 500, es algo que toda la tribu puede aprender y no sólo una élite, o un clero. Se calcula en uno por ciento de la población el número de los egipcios que sabían escribir en tiempos de los faraones. ¿Qué cambió el alfabeto en la economía de lo divino? Transforma una sacralidad esotérica en servicio público. Un "refugio" social umbroso en un culto a cielo abierto. La linearización y la estandarización de los caracteres dispensan al pueblo hebreo de tener que dividirse entre clérigos instruidos en los secretos y laicos de manos callosas; de allí viene el pueblo-sacerdote. Cada adulto varón puede descifrar el depósito ancestral con sólo haber aprendido a leer, y por lo tanto a orar. Es tanto como decir que un Dios literal (y no figurativo) acrecienta notablemente las oportunidades de la inteligencia colectiva. Quien ignore la Escritura no es un ignorante sino un impío. El resultado, después de los tiempos modernos: el pueblo más intelectualizado del planeta. Se puede ser buen cristiano y analfabeto (siempre que no se sea sordo ni ciego). Pero un judío analfabeto es un círculo cuadrado. Adorar, aquí, es estudiar, y estudiar es participar. En hebreo, "sabiduría de Israel" y "estudios judíos" son términos vecinos. El monoteísmo es por sí mismo educativo y está ligado a la escuela y a los aprendizajes ascéticos. Ejercita el espíritu y sus cualidades en detrimento quizá de la vista y del tacto, pero la vista es bastante perezosa y el tacto falla a menudo. Descifrar e interpretar, más que contemplar o adivinar, favorece la gimnasia neuronal porque cuesta más retener una secuencia de signos que el trazo de un perfil, una silueta de piedra o un tótem con plumas. Tal sería el primer círculo virtuoso de la sujeción simbólica.

En segundo lugar, el escrito hace advenir "el concepto que ya no cambia y que permanece eternamente idéntico a sí mismo" (Hegel). Permite pasar de lo circunstanciado a lo incondicionado y de lo particular a lo universal. "El soporte material de este concepto eterno —concatena Kojève— es no ya el Hombre histórico, ni siquiera el sabio, sino el libro que revela mediante el discurso (que materializa bajo la forma de palabras impresas) su propio contenido."[4] Sólo un

[4] Alexandre Kojève, *Introduction à la lecture de Hegel*, París, Gallimard ("Tel"), p. 413.

texto, paradójicamente, puede descontextualizar y, por ese mismo hecho, engendrar una creencia libre de su inscripción espaciotemporal. Mientras no hay sino intercambio verbal "en situación", entre convivientes, una entidad no tiene forma de aislarse de su medio de nacimiento ni de transmitirse sin alterarse. La transcripción, en cambio, suprime la palabra del hablante y la pone fuera de su influjo. Desenganchada de su emisor, puede volar con sus propias alas. Se autonomiza. Y se absolutiza. En la sociedad oral el contexto enclava. No hay Ley sino costumbres; no hay Absoluto sino relativo. Sobrevuelo imposible. Se es o no se es. Convertir a alguien en algo que no está ahí es impensable. Para compartir su "religión", el bororó, en caso de desearlo, no podría más que incitar a su vecino a ir a vivir con su tribu. En la oralidad primordial la vida es local, los habitantes locales se apegan a sus mitos, que no despegan del grupo. Entre el arquetipo intemporal y el instante vivido no hay lugar para el espacio de un devenir. Escapar a la doble sujeción del estar-allí colectivo en el espacio y en el tiempo supone *esencializar* las amarras que nos atan a él.

Es así como los hebreos sacaron el mejor partido posible del desafío del desierto, medio estimulante por lo hostil. Los problemas de intendencia, de abastecimiento y de transporte son más arduos en él que en cualquier otro lugar (y ello hasta el siglo XIX, incluida la colonización). Cuando el apremio logístico es máximo —y el movimiento una cuestión de vida o muerte— la inventiva locomotriz es óptima (*challenge and response*). En todo caso, elegir lo escrito más bien que la imagen era parar en seco el tradicional culto de los antepasados, una perpetua fábrica de efigies —retratos, bustos, estatuas o simulacros. *Imago*, en latín, designaba ante todo el vaciado en cera del rostro del abuelo, que el romano de alto linaje ponía sobre un estante o en un nicho de su atrio. El *jus imaginum* era el derecho reservado a los nobles de pasear en el foro o en la calle las reproducciones en efigie de sus ancestros. La imagen era el sustituto visible del muerto invisible. Es pues con lo religioso del antiguo régimen con lo que la depuración alfabética erigida en modelo obliga a romper. El ancestro no es ya una carga que llevar sino un simple arranque genealógico.

En tercer lugar, existe un parentesco estrecho entre escritura e idea fija. Sin querer confundir piedad con neurosis, es necesario reconocer que los temperamentos obsesivos tienen la manía del garrapateo. "Una tradición fundada sólo en el hecho de ser comunicada —dice Freud— no podría testimoniar el ca-

rácter compulsivo que corresponde a los fenómenos religiosos. Sería escuchada, juzgada y, llegado el caso, rechazada como cualquier otra noticia que llega de fuera."[5] *A fortiori*, una religión de la culpa y de la deuda tiene más necesidad que otras de *insistir*, y de inscribir en la psiquis una marca mnésica materializada, cantilena lancinante y atormentadora, ideal para el escrupuloso. El escrito fetichizado se aferra al fetichista como un espectro ambulante. Nutre las ideas fijas, las rumias y las letanías. Que la "escena originaria" pueda montarse no sólo en la magia rara de un ritual de expiación sino en el mascullar semiconsciente de un texto cotidiano acrecienta los derechos del pasado sobre el presente. El grafo graba al superyó en el yo piadoso y el grisgrís escrito es óptimo para machacar y remachar la observancia. El fundamentalismo puede verse a este respecto como una hipertrofia enfermiza de la huella escrita. El culto al libro vira hacia el sadomasoquismo cuando el bufón de Dios se pone a girar en el interior, como un derviche. Sin llegar a ese extremo, el estereotipo le cabe al "ortodoxo", al prisionero de la Escritura, al esclavo de la Memoria…

El gusano en la fruta

Las condiciones de nacimiento de Dios resultarán un día ser las de su muerte; pero serán necesarios 25 siglos para darse cuenta. ¿Por qué esa vuelta completa? Porque un Dios que se puede tomar al pie de la letra es un Dios al que se puede poner en debate y en contradicción consigo mismo. El paso del *mythos* oral a un *logos* escrito hace entrar a la divinidad en la lógica infernal de la argumentación, del principio de identidad y de no contradicción. Hechizante es un Dios recitado y martillado. Obsesionante un dios transcrito pero también visualmente examinable, es decir, un objeto de estudio y no ya un *asunto concluido*. La escritura hace pasar en última instancia de la ontología a la filosofía, y del salmo al *sed contra* escolástico. Un Dios leído y no canturreado se vuelve accesible y por lo tanto vulnerable a la simple razón. La sistematización

[5] Sigmund Freud, L'*homme Moïse et la religion monothéiste*, París, Gallimard, 1939, p. 137 [*Moisés y la religión monoteísta. Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, vol. 23, p. 98].

Tablilla de escolar, Baja Mesopotamia, fines del tercer milenio antes de Cristo. Museo del Louvre, París.

es el precio de la memorización, y lo que se gana en facilidad de transmisión se pierde en creatividad e invención. Los muchachitos de Sumeria, y sobre todo los de Jerusalén, más numerosos, deben ir donde el magíster para escribir y volver a escribir, al dictado, listas de cifras y de palabras. Y el buen alumno revisará lo que ha leído y tiene bajo los ojos —mientras que uno no vuelve sobre lo que ha escuchado. Lo auditivo es divertido y se pega. Pero la gramática no es tan buena chica como la cantilena.

Desde que Dios es captado por *la razón gráfica* (Jack Goody), lo emocional es expulsado de sus refugios íntimos y cae en la trampa de exponerse a la racionalización y al consiguiente formulismo. Así como la revolución de la escritura lleva en sus flancos una revolución epistemológica, una teo*grafía* está ya preñada de una teo*logía*, y por consiguiente de una *logomaquia*. Con la intrusión de la razón enumeradora y clasificadora en el campo de lo recibido y de lo salmodiado, el Dios comunitario de los cuentos, de las sagas y de los mitos se apropia no sólo del camino de la dogmática, de la censura y del derecho canónico medieval, sino del de la disputa y las guerras universitarias. Por medio del enfrentamiento de conceptos, interpretaciones y escuelas. Las categorías de lo verdadero y de lo falso no surgieron de la comunicación oral. Ahora bien, cuando las nociones (universales) de verdad y de error se encuentran con los universos (localizados) de la creencia tradicional, las religiones devienen violentas y mortíferas. Un Dios asentado por escrito está ya a la defensiva y es por lo tanto preventivamente belicoso.

A corto plazo, y mucho antes de que prospere la noción griega de teología, con las prácticas irrazonables a las que incita un Dios por demostrar (y no al que cantar, escandir o danzar), nuestro Dios Único no encontró sino ventajas, psicológicas y simbólicas, al pasar del antiguo sistema de boca a oreja al de mano-ojo. Para empezar ganó autoridad. Cuando predomina lo oral hasta en la lectura silenciosa, lo que se encuentra escrito asume el aspecto de lo *prescrito* y un valor legislativo. Un texto sagrado gana permaneciendo anónimo y no reflexionando sobre él como texto; los libros sagrados no hablan de los libros (o casi). Dios, única signatura aceptable, se expresa por la voz de sus profetas, após-

toles y evangelistas, los cuales no podrían reclamar en nuestros días ningún derecho de autor, debido a que no hicieron más que registrar y transcribir. Como la del hombre en la Revelación, la parte de los escritores en las Escrituras está borrada. Y es la condición para que ejerzan. "El Espíritu —dice Atenágoras— se sirve de los profetas como el flautista de su flauta." Los instrumentos compusieron la música divina, pero deben eclipsarse para poderlos escuchar como conviene: como una melodía sobrenatural e increada.

La idea de Dios en nuestras diversas teologías, negativa y dogmática, ha conservado los estigmas del carácter. ¿Dios oculto, *Deus absconditus*? Y con razón. Es siempre un individuo singular quien habla. Una voz es transparente y signada, en primera persona; el timbre y la entonación dicen todo: la edad, el sexo, el humor e incluso las segundas intenciones del hablante. No hay necesidad para revelarlas de un análisis grafológico. Es intuitivo. Un Dios que quiere ocultar su rostro se condena pues al graffito, *que es lo incógnito de la lengua*. Yahvé el evasivo se disimula en él como en una nube, o más bien como en el fogonazo del rayo del que uno se pregunta después dónde cayó. Moisés, por una gracia especial, Lo pudo ver de espaldas. "Porque mi rostro no se puede ver" (Éx 33, 23). De hecho: cada uno no podrá más que leerlo y pasar su vida preguntándose lo que realmente quiso decir. Ver a Dios de espaldas es verlo una vez que ha pasado, ya en otra parte, *post-festum* (cuando leas esto ya estaré lejos). Es la diferencia entre el escribiente y el interpelante. Se puede alcanzar a éste pero con aquél se llega siempre tarde, como los gendarmes al lugar de los hechos.

¿*Dios el incomprensible* —como lo llamaba Juan Crisóstomo, que denunciaba como sacrilegio toda tentación de dilucidarlo—, *Dios el impenetrable*? Un grafema es injustificado. Caprichoso. Más la imagen-huella es la imagen justificada de alguien o de algo, más lo arbitrario del signo (respecto de la marca o el icono) aumenta su ascendiente. No conocer a los autores de la Biblia —el Pentateuco se atribuye por convención a Moisés— acrecienta su sacralidad hasta el vértigo. Es el argumento de autoridad del "como está escrito", y no "como escribió fulano o mengano, en tal lugar y en tal momento". Me encuentro, lector, al pie de un acantilado de sentido, un abismo de signos que no me queda más remedio que tratar de escalar, intentando interpretaciones sutiles, pero hay una desproporción. No llegaré jamás hasta el fin del enigma, y cuando yo creyera haber desentrañado todos los sentidos se me escapará al menos uno. ¿*Dios*

inaccesible, inexorable, intransigente? Se puede replicar a quien nos interpele de viva voz, pero un documento cerrado y sellado nos cae encima como una piedra negra. ¿Quién pasa por encima de un testamento ológrafo (escrito de puño y letra del testador)? "Está escrito." Inflexible. Debe ejecutarse, o bien prevaricar una falta y condenarse. Toda palabra llama a otra mediante la cual responder, negociar, modificar. La palabra dicha es una mano tendida; la palabra escrita es un índice apuntado. Fatídico. Letras de fuego sobre el muro. *Mané Thecel Phares*.

Platón, en su célebre condenación de *Fedro*, insiste a porfía sobre los aspectos molestos de la cultura escrita (debilitamiento de la memoria individual, humillación de los ancianos, irresponsabilidad de los autores, profanación de los secretos, etc.), pero nadie pretenderá que sólo tiene cosas buenas. Y el rencor del deísta Rousseau contra lo escrito que altera la voz, desnaturaliza lo auténtico y termina por "someter la palabra de Dios a las reglas de la gramática" y de los sacerdotes, le hace eco a 25 siglos de distancia. La lenta decadencia del analfabetismo hizo pasar gradualmente lo divino del estado salvaje al estado doméstico. La fe interior es cosificada, el depósito se detiene y se congela en dogma. Las jerarquías del saber libresco petrifican la libre circulación de los afectos. En el inicio: el culto al Libro, la batalla entre doctores, la repetición escolástica. Pero no nos adelantemos en el orden del día.

Representación hebraica de Dios, moldura grabada de un Antiguo Testamento del siglo XVIII d.C.

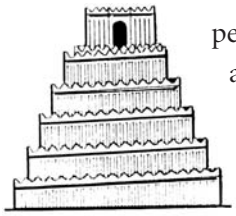
A este Invisible que no nos quita los ojos de encima la Biblia lo llama clemente y misericorde. El gran enfurecido se estima a sí mismo "lento en la cólera", pero se asemeja extrañamente a la alimaña que espía la falta para castigar, y hasta al psicorrígido con tendencias paranoicas. Es un hecho afortunado (para Él y para nosotros) que sus sectarios hayan atemperado lo que hay de inevitablemente sádico en un Dios emboscado bajo enigmas mediante cánticos y salmos… El solo signo, sin el sello, crea un déficit de placer que las fluencias del rito se dedican a reparar. Nuestras religiones del Libro se recuperan mediante lo gestual y mediante el canto. Y nuestras ceremonias son lo que una voz a una partitura, o la melodía al solfeo. Todo lo que frena y veja la desencarnación

literal se compensa en esas plenitudes corporales. Toca a las liturgias, las inflexiones vibrantes venir a desplegar, a redesplegar en el espacio acústico, las elipsis de la compresión gráfica. Que llegan a encajonar al Infinito en cuatro consonantes: el Tetragrama (YHWH), campeón de todas las categorías de lo *abstracto*.

Nada de clero, ni de dogma, ni de Inquisición en la sociedad oral. Producto derivado de la normalización gráfica, "la tiranía de la letra" engendra finalmente la de la interpretación, así como los monopolios clericales del comentario. Es "el precio del progreso" mediológico: como quien no quiere la cosa el vector sustituye con sus propios intereses el valor que se comprometió a servir. Es la habitual inversión del sentido por su vehículo. Cada generación tecnológica (la escritura, la imprenta, la electrónica, lo digital) se vuelve a encontrar en conflicto con esta subversión desde el interior, peor que el ataque frontal puesto que es inesperado y por detrás. De allí el juego compensatorio de los antídotos. El vástago cristiano vendrá a tiempo para reequilibrar la letra mediante el amor. Excrecencia judaica, esta planta de rocalla hará que las cosas se inclinen en sentido contrario al Verbo, del lado de la Carne. Haciendo verdear lo árido, feminizando la Ley. Vemos aquí una rectificación al pie de página, una instancia de recurso contra un Dios escrito convertido, entre los fariseos, en un escritorzuelo.

La deflagración entorno/medio

Resumamos la prolongada odisea oriental. Hasta la salida del torniquete. De -3000 a -400, en el espacio que separa a las bolas de arcilla o los guijarros entintados de los rollos de papiro, cuando bípedos parlantes establecidos sobre riberas felices dominan un sistema de notación, no tienen necesidad de migrar. Y cuando otros deben tomar sus cosas y largarse para salvar el pellejo o encontrar qué comer, ellos no tienen registros entre sus manos. Este torniquete cortaba la ruta a la trascendencia seca. Hasta el momento (que es todavía imposible fijar en una cronología y sobre un mapa) del *corto circuito entre migración y alfabeto*, que produce chispas. El entorno ingrato, trampolín del salto a lo mental puro. Para hacer surgir en los espíritus un Sujeto acósmico y soberano, sobre un plano muy distinto que el disco solar Atón, entidad aún cósmica

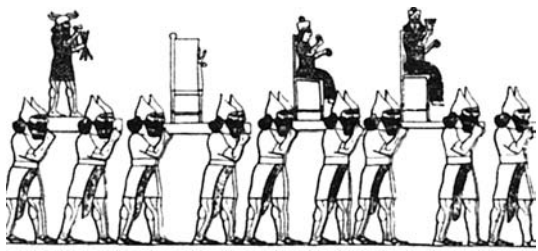


Arriba, zigurat de Khorsabad (siglo VIII a.C.); abajo, zigurat de Marduk, designado en la Biblia con el nombre de "Torre de Babel". Ésta poseía una base de 91 metros de lado y sus siete pisos se elevaban a 90 metros por encima de la ciudad.

pero no dotada de palabra, dios presimbólico, que ha dado la vida a los hombres pero permanece mudo y no se lanza luego a la pelea, fue necesario este minúsculo detonador: la notación consonántica del pensamiento (las lenguas semíticas no escriben las vocales). Es el contacto entre el desierto y el silabario lo que prendió la mecha del cohete monoteísta. Todavía recibimos beneficios de su capacidad de arrastre.

Santa Alianza. Coalición de factores. Encuentro de circunstancias. Olvidemos aquí el orden lineal de las causalidades mecánicas. El entorno, el desierto, sugiere pero no impone. El medio, la escritura, autoriza pero no rige. Los griegos utilizaron el medio, el alfabeto fenicio, y les bastó con un Panteón de dioses mirones. Los árabes de antes del islam frecuentaban el desierto y seguían siendo animistas. Es la aleación instrumento/sociedad lo que produce la ruptura, aleación cuyas condiciones no se daban ni a orillas del Nilo ni a orillas del Éufrates. Podemos preguntarnos por qué Mesopotamia, que tiene en el norte sus franjas desérticas y que inventó en el sur la escritura en sentido estricto, no fue la partera del monoteísmo. Contribuyó mucho, todos lo sabemos, con sus modelos narrativos, que trajeron los hebreos de su estadía allí. El viejo fondo sumerio está presente en toda la cosmogonía bíblica. El Noé del primer diluvio, por ejemplo, es una repetición del poema acadio llamado "del Supersabio" (compuesto alrededor de -1700). La historia de Moisés salvado de las aguas calca la leyenda del rey Sargón de Acad (-2200); Babel es una contracción de Babilonia, que significa justamente "la Puerta de Dios", y sus torres se corresponden. El zigurat no está tan lejos de nuestras agujas y campanarios… Pero está lejos del Rey de Reyes celestial al cual el zigurat ofrecía un desembarcadero en el mero centro de su ciudad, está lejos del Yahvé de omnipotencia que conocemos. Aun si el Altísimo aparece en los oráculos de Balaam, y no es un desconocido para los arameos, las civilizaciones de entre los dos ríos

siguieron siendo politeístas. Y su panteón centralizado fue un reflejo magnificado, humano demasiado humano, de su centralización política (Babilonia, hacia 1750 a.C., es la capital de un reino unificado). ¿Por qué el Único no franqueó entonces la "puerta" babilónica, a la cual quedó como enganchado? Arriesguemos una interpretación: exceso de prosperidad y de fertilidad. Demasiada agua, demasiado grano. Marismas, palmares, jardines, diques, puertos, silos, fortificaciones. Asur, Nínive y Babilonia, estas superpotencias fueron las víctimas espirituales de su éxito temporal. Ahora bien, Dios juega al que pierde gana. Fuertes por sus cosechas, graneros, canales, terrazas y santuarios, estas civilizaciones dominantes estaban demasiado seguras de sus reservas, demasiado concentradas en sus empresas, demasiado entorpecidas por su propia fuerza militar, como para desconfiar y deshacerse de las inercias sensibles, como para buscarse un sucedáneo, o más bien un concentrado de divinidad. Ningún desafío, ninguna respuesta. Ciertamente, sacaban a tomar el aire a sus dioses; de vez en cuando sacaban a pasear a sus estatuas en un carro o una embarcación (la barca solar egipcia) para recorrer el territorio, de santuario en santuario. Estos cultivadores y pescadores tenían los medios para abrirse paso —la rueda y los caracteres de la escritura—, pero no la necesidad vital. Los ladrilleros de Babilonia, los barqueros del Éufrates, no eran delicados con sus Amos de las Alturas. Protegido por sus murallas almenadas y sus poternas esmaltadas con toros y dragones, el mundo babilónico tiene cimientos densos y gredosos, a semejanza de sus soportes, a menudo incorporados a las murallas. Poca madera, pero ladrillos a voluntad. ¿Cómo superar la tentación de construir y las falsas seguridades de los bienes inmuebles? Leamos a Herodoto (que de Babilonia, donde murió Alejandro, no vio más que las ruinas): "De cada lado del río, los muros circundantes extienden sus brazos hasta el río… La ciudad misma está llena de casas de tres o cuatro pisos, las calles que la cruzan son rectas… Las poternas en número igual al de las vías; también de bronce y llegaban hasta el borde mismo del río…" *Ex Oriente lux*, sí, pero no



Deportación de las estatuas del culto de Gaza por el rey Senaquerib (704-681 a.C.); bajorrelieve asirio.

en línea recta. Desde fines del cuarto milenio, según los arqueólogos, la rueda y la escritura estaban disponibles. Quedaba por hacer de su reunión un sistema de vida y de pensamiento. Todavía hay que estar en situación de tener que salvar los muebles. Con la sensación de seguridad que les daban sus ríos-escudo, protegidos del desierto, enceguecidos por su propia hegemonía, recargados de centenares de templos, altares y capillas, ¿qué necesidad habrían tenido esas poblaciones innovadoras pero satisfechas de destrozar el confort adormecedor de la inmovilidad? No fueron agarradas por el cuello, intimadas a irse y obligadas a improvisar, para no perder todo, una caja pequeña para Dios. El baúl metálico de reflejos dorados que se lleva sobre los hombros con dos garrochas y que puede incluso ponerse sobre un carro arrastrado por bueyes. Este psicobjeto nómada, obra maestra desconocida del mobiliario moderno, será el improbable encuentro, en el activo de un Dios más esnob que sus predecesores, de lo hecho sobre medida y de la ropa de confección.

CAPÍTULO V

Portátil pero todavía casero

¡Jerusalén, si yo de ti me olvido,
que se seque mi diestra!
¡Mi lengua se me pegue al paladar
si de ti no me acuerdo,
si no alzo a Jerusalén
al colmo de mi gozo!

SAL 137, 5-6

Al descartar lo voluminoso, que obstaculiza el desplazamiento, el escrito monoteísta inventó este prodigio: un Dios portátil. Pero sus adoradores pronto van a estibar la Palabra Santa en una Tierra Santa. De la inscripción a la circunscripción: ¿acaso esta inversión no saca a la luz una invariante de las comunidades humanas, agnósticas o creyentes: la necesidad del cerco, con los consiguientes imperativos de separación? Tal sería el "síndrome de Jerusalén". La Ciudad Sagrada pone en pugna las dos tendencias compulsivas que trabajan al monoteísmo, una para el desarraigo, la otra para el asentamiento. El complejo de Moisés y el complejo de David. De este conflicto sin edad "la capital eterna de Israel" no tiene ciertamente el monopolio (como tampoco Edipo de Tebas tiene el del complejo que lleva su nombre). De te fabula narratur.

Centrífugo es el Eterno en su despuntar. Cada vez que aparece el Excéntrico es para susurrar a sus confidentes: "Ustedes creen que tienen todo en casa. Error. Su verdadera casa no está aquí. Yo los espero en otra parte." Abraham emblematiza este gesto de poner en camino como una nueva puesta en duda de sí mismo. A incitación del celestial xenófilo que elige regularmente por Mesías a gente rara. A aquel de quien su tribu o su familia desconfían ("nadie es Profeta en su tierra"), al advenedizo en conflicto con su entorno. Yahvé o el llamado de lo que está más allá y el desprecio por las proximidades. A distancia de sus adoradores, exige de ellos un teleculto, para doblegar el amor propio de los sedentarios y sacudir la rutina con el camino. Expresión típica de Profeta: "¡Ustedes, los sobrevivientes de la espada, en camino! No se detengan. Invoquen desde lejos al Señor…" La suma así hecha del desplazamiento con el enquistamiento da a los elegidos suelas de viento, valoriza cada vez circulaciones, mercaderes y tráficos. El islam, nos recuerda Braudel, "es por excelencia una civilización de movimiento, de tránsito". "Nada sería —añade— sin las rutas que atraviesan su cuerpo desértico, que lo animan, que le aportan la

Abraham recibe la orden de partir. Miniatura de la Biblia de Jean de Cis, hacia 1390. Biblioteca Nacional de Francia.

vida." Pero la ruta no vale nada sin la incitación a lanzarse a ella, sin un "vete de aquí, piérdete para encontrarme". ¿Cómo darnos más deseos de partir que mediante una Promesa? A Abraham: "Te he dado todo lo que va del Nilo al Éufrates." Después de la zanahoria, la patada en el trasero: "Anda en mi presencia y sé perfecto" (Gn 17, 1). El sentido no habitará ya lo que quedó atrás sino el porvenir, colectivo con Yahvé, personal con Jesús. En los dos casos, Aquel que nos hace marchar comienza por hacernos esperar. Advirtiéndonos que recordemos sus dichos por donde vayamos. Sin zanjar la cuestión del huevo y la gallina, si los medios de la movilidad precipitaron su advenimiento, o si su advenimiento precipitó su aparición, tomemos nota de que no hay peor enemigo de este Fuego fatuo que la mentalidad cerrada.

Lo que una innovación técnica se propone hacer (lo hemos visto con internet o el teléfono portátil) nos oculta lo que está permitido indirectamente hacer con ella, que no es visible a la primera. Así, nos jactamos de la escritura como algo que conserva la memoria sin ver que impulsa a la rueda. Pero las dos se engranan. Una vez fijados los mitos fundacionales, una creencia colectiva puede dejar de ser una asignación de residencia. El culto en el sitio propio no es obligatorio. Diáspora no es dilución. Y de hecho, después del fin de los Reinos, las diásporas judaicas en Mesopotamia, en Palestina, en Egipto, no interrumpieron la transmisión, sino más bien al contrario. En régimen de oralidad, las mitologías habían asociado con soportes fijos, estelas o estatuas, bosquejos de recitación cambiantes, cada una de cuyas versiones estaba grávida de una variante. Henos pues aquí, una vez decantado el Libro, con un canon *ne varietur*, duplicado por un soporte móvil, pequeño cilindro de piel grabada, transfigurable en "árbol de la vida" y "pilar del mundo". Lo que permite virtualizar el territorio —sin aminorar el sentimiento de pertenencia. El escrito rebaja el costo político-simbólico de la movilidad.

Rollo de Esther, imperio otomano, siglo XIX. Museo de Arte y de Historia del Judaísmo, París.

"Así de numerosas como son tus ciudades, ¡oh Judá!, son tus dioses." La imprecación de Jeremías habría podido dirigirse a la

Ciudad antigua en su totalidad, con sus divinidades *intramuros*, donde dios y lugar son intercambiables. Palas Atenea es de Atenas, pero el Dios de Abraham no se llama el Dios de Hebrón. Amón Ra el cósmico tiene su residencia en Heliópolis, cerca del extremo del Delta. Osiris, el dios de los impulsos vitales, se aloja en el Neguev, más al sur. Quien se consagre a uno u otro de estos personajes de movilidad reducida debe establecerse cerca de ellos. Claramente: acumular el canto rodado, tallar bloques de piedra, erigir un altar y cercarlo todo alrededor. Pero la ciudad psíquica es una Ciudad política, y a ese título perecedera. Las divinidades urbanas no sobrevivieron a la *polis*, pero nuestro Dios atópico no ardió con el templo de Salomón, por la simple razón de que Él no habitaba un santuario sino un rollo. Se encuentra ahí donde un judío ora y observa la Torá. Nabucodonosor, Antíoco, Tito pasan, el cuero queda. Algunas láminas de piel cosidas una con otra y enrolladas en torno de un palo. Permanencia, ubicuidad de un Dios *accesible* desde cualquier sitio donde se deslizara un *yad* a lo largo de las líneas, donde se desenrollara un *sofer* de derecha a izquierda, donde se murmurara el Nombre en la oscuridad. La palabra en vez de la piedra amplía el rango de la comunicación, dando a lo divino vernacular un *radio de acción* sin precedente.

El carromato de Dios

Un errante no puede materialmente ofrecer altar ni estatua a su Protector. Haciendo de la necesidad virtud y de la desgracia orgullo, el pastor inventivo decide que su garante celestial, contrariamente al *vulgum pecus* de las deidades circundantes, considere sacrílegos el altar y las estatuas. Del mismo modo que el artista "bohemio" de 1850 reconvertía en París su exclusión del campo académico en rechazo deliberado de los honores, el SDF* de las ciudades-Estado proclama que los dioses lares no son dignos de él. Nada de pedestales ni de figuras. Así sobrepone la censura social del entorno a la de la Ley suprema. Ese movimiento decisivo habría sido imposible sin el medio de propulsión gráfico.

* Sin domicilio fijo. [T.]

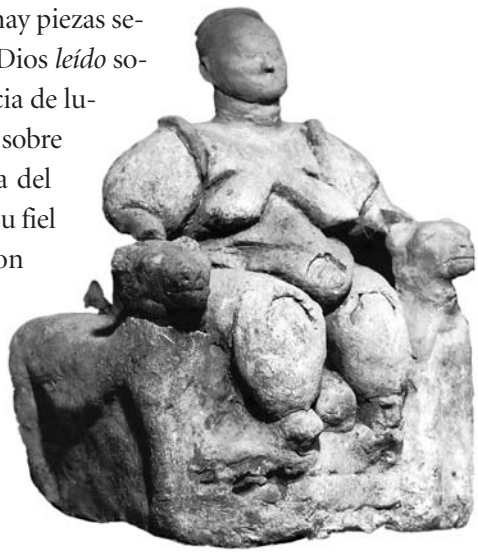
Detalle de un friso de Cafarnaum, mostrando el Arca de la Alianza durante sus peregrinaciones en el desierto.

¿Hay algo más sobrecogedor en el Santuario del Libro, en Jerusalén, donde se exponen los rollos de Qumrán, que esos minúsculos cuadrados de papiro, los *tefillin* de la época (siglo I a.C.), que se ven con lupa porque los caracteres tienen entre 0.5 y 0.7 milímetros de altura? ¿Qué puede haber más *divino*? La micrografía hebraica es exactamente lo opuesto del megalito neolítico. Como los *Urim* y *Tumim*, esas letras engastadas de piedras preciosas llevadas en el pectoral por los sacerdotes ambulantes, que desaparecieron en la época de David. Es lo contrario de las grandes estructuras de piedra que ofrecía a la vista la Europa céltica, sus menhires, sus dólmenes, sus túmulos desmesurados donde se apilaban cráneos sobremodelados y esqueletos con adornos. De los colosos de la isla de Pascua y de los grandes atavíos micénicos. El *tefillin*, el *Urim* y *Tumim*, el *mezuzah* (pequeño rollo de pergamino caligrafiado, fijado al montante de la puerta) son una burla a la pirámide del vecino egipcio, simbolismo primitivo y sobredimensionado. El rollo manuscrito no contiene ningún cuerpo; no sirve de emblema a una idea; es un desafío a la masividad. Ahora bien, Dios se encaramaba sobre un alfiler, no sobre la mastaba. El *meta* está del lado del *mini*. Tal sería la ironía del Infinito: Él prefiere las minúsculas. Nuestros antepasados galos o celtas honraban a sus ancestros reservándoles el uso de la piedra y destinando la madera o los vegetales para los vivos. Ellos les concedieron el material noble, las losas y los bloques de gran formato. Los megalitos de 36 toneladas nos tapan la vista al más allá; los encapsulados de Qumrán, de tres miligramos, nos la entreabren.

Mezuzah con su estuche. Museo de Arte y de Historia del Judaísmo, París.

Desprovistos de noticia escrita, nuestros mausoleos bretones permanecen mudos como ostras. Si salimos ahora de la noche de las formas para hojear una "historia del arte", repertorio todavía petrificado pero descifrable (mediante textos, mitos y leyendas), ¿qué tienen que decirnos el mármol de los frisos, el gres de los colosos, el bronce o el alabastro

calizo de las estatuarias, la diorita negra de las estelas de victoria? En primer lugar, esto: lo divino *pesa*. Tetonas, culonas, deformes o adorables, tanto las diosas madres como las esfinges egipcias o los toros androcéfalos de Khorsabad imponen su presencia y se ven de lejos. Extenso dominio sobre el suelo. Un padre es voluminoso pero es posible cargarlo sobre los hombros, como Eneas Anquises. ¿Mas echarse a la espalda a un Zeus criselefantino (de oro y de marfil) o a Palas Atenea? No hay piezas separadas ni plegadas. El primer triunfo del Dios *leído* sobre el dios *visto* es la dimensión, la ganancia de lugar. Jehová ofrecía esta ventaja comparativa sobre los otros modos de transporte: la historia del cosmos doblada en medio metro cúbico. Su fiel puede acampar y levantar campamento con ella ("Partieron de Rafidim y acamparon en el desierto…"). Este primer salto no tiene buen aspecto, y sin embargo… Un abismo separa a la pirámide, al zigurat, a la poterna magnificente, de la fina lámina vegetal alisada con piedra pómez. Es lo que separa a lo divino débil pero inmobiliario, impropio de las caravanas, de lo divino a la vez enriquecido y alivianado. Nuestro porvenir se jugó en este triple salto peligroso del *in situ* al *in petto* o de lo sublime construido a lo sublime anotado.



Diosa Madre, época neolítica, cuarto milenio, a.C., Anatolia. Vorderasiatisches Museum, Staatliche Museum, Berlín.

La puesta en circulación de un Dios minimalista y automóvil tiene que ver con un dispositivo original por su propia trivialidad: el Arca Sagrada, que tiene la capacidad de "seguir a los hebreos en el desierto", de vivaque en vivaque, hasta atravesar el Jordán, *in fine*. ¿Y que era qué, en realidad? No un trono, sino una simple caja de madera, con una tapa de oro, la *kapporet*, cubierta con dos angelitos esculpidos, los querubines. Un cofre en madera, un baúl de campamento que se podía llevar con dos o cuatro personas con unas garrochas horizontales. O sobre ruedas. El Arca hizo que la Palabra trepara a la carretilla, el equivalente prosaico de la carroza voladora donde Ezequiel ve la gloria del Señor (Ez 10, 18). Rachid, maestro talmúdico del siglo XI, decía de esos vehículos

"que no tenían armazón por debajo sino tablas de tanto en tanto, como los nuestros para transportar madera".[1] El descubrimiento de los frescos de Dura Europos confirmó después sus palabras, que por cierto eran rumores.

Este objeto nómada no se convertiría por capricho en un objeto de culto. Pequeña causa, gran efecto. El carromato de Dios ha variado en sus representaciones (los que lo pintaron no lo habían visto verdaderamente). No servía en principio más que para transportar rollos de cuero, material pastoral si lo hay, protegidos por un estuche, sustitutos de las tablillas originales. A la larga no se tiene ya ese cuidado. El soporte es tan natural para el mensaje que este último no requiere tal custodia. Noé embarca a toda la Creación sobre su arca pero olvida las semillas de los árboles con los cuales construyó su arca. Nosotros hacemos lo mismo con la Ley. Glosamos desde hace tres mil años el Decálogo olvidando este detalle: el hecho de que Moisés pudiera llevar a cuestas "las dos Tablas del testimonio, Tablas de piedra escritas por el dedo de Dios", al descender de nuevo al campo de base. Y quebrarlas *motu proprio* frente al becerro de oro construido por Aarón. Rehará un duplicado, se nos asegura, de su propia mano. Magnificadas por la leyenda, esas Tablas debían ser en realidad tablillas de arcilla bastante comunes, de tipo sumerio. Si hubieran sido semejantes a la estela de Hammurabi, la Ley de Babilonia, que pesa cuatro toneladas y mide 2.20 m de altura, Moisés habría escalado la montaña en vano. Habría tenido que dejar la Ley allá arriba.

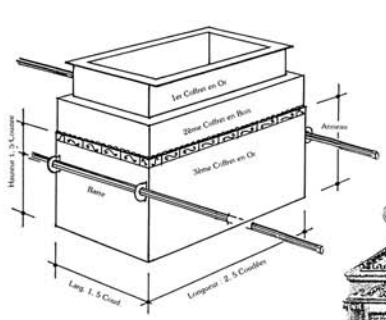
El cuidado del detalle aparece desde las primeras palabras del Todopoderoso en el Sinaí. No es un intelectual sino un ejecutivo. Nada que ver con esos grafómanos iluminados que nos ofrecen, cuando estamos de viaje lejos de nuestras bases, sus obras completas en doce libros en cuarto, encuadernados, sin importarles cómo vamos a poder llevar todos esos kilos de más. Yahvé pone la carta en un sobre. Piensa con criterio postal. Porque redactar no sirve de nada si uno no lo entrega al destinatario y en sus propias manos (lo más difícil). Demasiado hemos conocido esos contenidos sin continente, esos valores sin vectores. El Éxodo (segundo Libro del Pentateuco, que es su corazón) no deja a este respecto nada en las sombras. Se puede dividir en tres partes casi iguales. La pri-

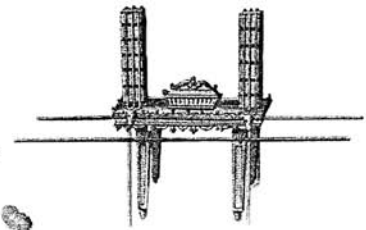
[1] "L'écriture et le livre d'aprés les écrits de Rachid", en *Le livre et l'historien*, París, Droz, 1997, p. 45.

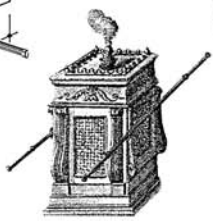
En busca del arca perdida, de Steven Spielberg, 1981.

mera cuenta cómo Yahvé se las arregló para hacer salir a los hebreos de Egipto e instalarse en el desierto, al pie del cañón (1-15); la segunda, lo que Yahvé tenía que decir a Moisés en lo alto del Sinaí, la lista de los mandamientos, prohibiciones y permisos, o las Tablas de la Ley (15-23); la tercera, qué hacer con esas Tablas de piedra, dónde meterlas y cómo transportarlas (24-40). Yahvé es un logístico cuidadoso, casi obsesivo (Dios es virgen). A sus ojos, el porte importa tanto como el bulto. Gracias a lo cual Moisés puede volver a descender entre los suyos debidamente equipado. Dador de órdenes, maestro de obras, Yahvé se dirigió a él como a un ebanista, un tejedor, o un carrocero, "metro" en mano (como lo hizo con Noé, antes del Diluvio). Le suministró un detallado plan de construcción del baúl (madera de acacia, longitud de dos codos y medio, altura y ancho de un codo y medio, anillos de oro aquí, barras allá, etc.); después, de su Tapa, llamada entre nosotros Propiciatorio, en hebreo *kapporet* (del acadio *kaparu*, recubrir); finalmente, de la Morada donde meter todo, a saber, diez paños de lino fino retorcido, de 28 codos de longitud, cuatro de ancho, etc. (Todo se menciona: cordones, broches, ganchos, motivos.) Y enseguida, un refuerzo aconsejado con tablas, más la disposición de puertas, cortinas, candelabros, horarios y puntos cardinales. A cada menudencia su lugar. Cincuenta páginas (en la edición de la Pléiade). Ningún folleto instructivo para el montaje en un kit

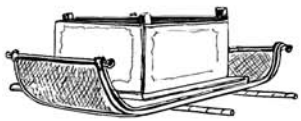
La obra maestra desconocida





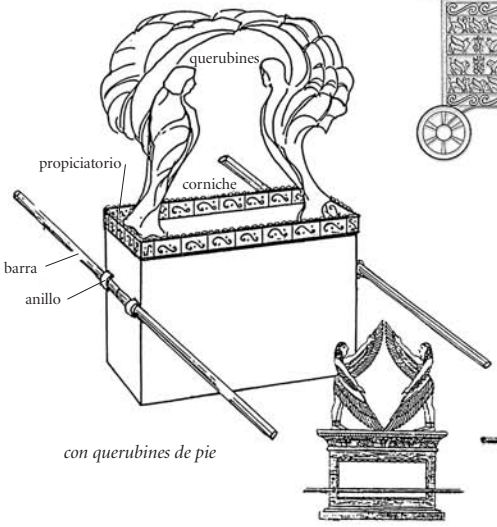


con angarillas

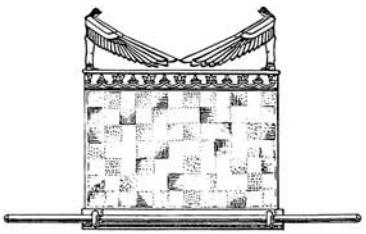


sobre trineo

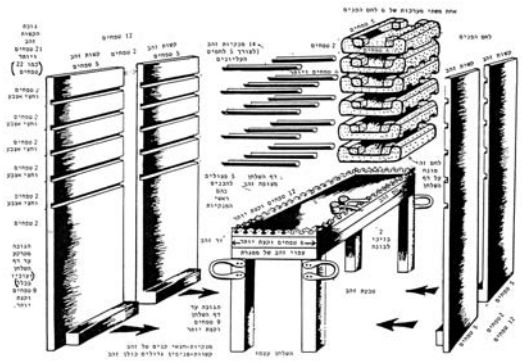
sobre ruedas



con querubines de pie



con querubines arrodillados



Plano detallado de la Mesa, Ex 25, 23-30.

para armar es tan minucioso (el más tonto puede hacerlo). Ya que lo ponderoso debe ayudar a la marcha. El artículo desmontable se transforma incluso, *in fine*, en guía de viaje, en fanal de cabecera, según que la Nube, Gloria de Yahvé, cubra la cúspide de la Tienda. Últimos versículos del Éxodo: "Cuando la Nube se elevaba de encima de la Morada, los israelitas levantaban el campamento. Pero si la Nube no se elevaba, ellos no levantaban el campamento, en espera del día en que se elevara. Porque durante el día la Nube de Yahvé estaba sobre la Morada y durante la noche había fuego a la vista de toda la casa de Israel. Así sucedía en todas sus marchas."

De golpe lo divino cambia de mano: de los arquitectos pasa a los archivistas. De monumento se convierte en documento. Lo Absoluto en recto verso es una dimensión ganada, dos en lugar de tres. Resultado: una sacralidad plana (milagrosa como un círculo cuadrado). Un metro 20 por 70 centímetros de alto es, más que hallazgo de maletero, un seguro de vida. Con el Polo Norte en el equipaje se puede errar sin desorientarse, exiliarse sin traicionar —a sus Padres y a los suyos. Uno puede ser deportado de sus lugares de memoria sin perderla. Para medir la innovación pensemos en la Antigüedad griega, ejemplo de una cultura urbana donde el ciudadano condenado al ostracismo, como Edipo, se volvía una no-persona. Dejar a sus dioses lares, altares y urnas funerarias era cortar el cordón umbilical y ver que le confiscan a uno el alma con la tarjeta de identificación. Con su parapeto manuscrito y dos garrochas al hombro el pueblo sacerdote lleva a sus Patriarcas a la espalda —sin romper su hilo de Ariadna. El exilio sigue siendo doloroso pero ya no desestructurante. He aquí el agua y el fuego reconciliados: *movilidad y lealtad, itinerancia y pertenencia*. Se puede incluso erigir al mueble en tótem protector: centro geométrico del campo militar, insignia de reunificación sobre el campo de batalla, paladión tranquilizador, trofeo eventual para el enemigo en caso de de-

Las doce tribus y el Arca de la Alianza en el desierto. Grabado del siglo XVI.

rrota. Con un Absoluto en la caja, con un Dios enjaulado, el sitio de donde uno viene cuenta menos que aquel al que uno va, a lo largo de una historia dotada de sentido y de dirección. ¿Acaso sin esa logística la llama monoteísta habría podido sobrevivir a tantas derrotas?

Se comprende que la prohibición de la representación ("No te harás escultura ni imagen alguna ni de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra") sea formulada en medio del Éxodo, en los lindes de un periplo de 40 años. Abstenerse de petrificar lo divino es, para un fiel en campo raso, sin albergue asegurado en cada jornada, con decenas de tribulaciones en perspectiva, un consejo práctico más que bienvenido. "Si no viajáis livianos os quedaréis." ¿Por qué los intereses del cuerpo perjudican a los del espíritu? Los ayunos y los tabúes alimentarios de los obsesionados con la pureza, que observan el *cachrout*,[2] excelentes para el estómago y el intestino en regiones cálidas, corresponden también a un higienismo bien comprendido (la ablación del prepucio previene a su vez las infecciones del órgano viril). La iconoclasia —¡maldito mazacote!— es de interés para el fugitivo, de quien un "la intendencia primero" acrecienta oportunidades de llegar a destino. La estatuaria, el icono, el retablo, el templo, el capitel habrían sido para él como cadenas en los pies. Pero no ocurre ya así cuando el itinerante deja de serlo, cuando hace un descanso en el oasis, en una aldea de pesadas efigies. Porque no hay ciudad sin templo y por consiguiente sin becerro de oro. ¿No es acaso significativo que la recaída idolátrica sorprenda al pueblo hebreo durante cada parada en un centro habitado, cuando el Eterno deja de ser "su roca",

[2] La alimentación legalmente consumible (o *kosher*).

puesto que encuentra madera para tallar o arcilla para modelar? Es el presentimiento de Moisés cuando llega al Jordán y el pueblo percibe sobre la otra ribera "una tierra buena, tierra de torrentes, de fuentes y hontanares que manan en los valles y en las montañas, tierra de trigo y de cebada, de viñas, higueras y granados" (Dt 8, 7). Él sabe que el agua fácil, el equivalente en el desierto del dinero fácil en la ciudad, va a poner a su Dios en peligro, y que con el estómago lleno va a desaparecer el vacío esencial en provecho de los simulacros. Escucha, Israel:

> Guárdate de olvidar a Yahvé tu Dios descuidando los mandamientos, normas y preceptos que yo te prescribo hoy; no sea que cuando comas y quedes harto, cuando construyas hermosas casas y vivas en ellas, cuando se multipliquen tus vacadas y tus ovejas, cuando tengas plata y oro en abundancia y se acrecienten todos tus bienes, tu corazón se engría y olvides a Yahvé tu Dios que te sacó del país de Egipto, de la casa de servidumbre; que te ha conducido a través de ese desierto grande y terrible entre serpientes abrasadoras y escorpiones: que en un lugar de sed, sin agua, hizo brotar para ti agua de la roca más dura; que te alimentó en el desierto con el maná, que no habían conocido tus padres, a fin de humillarte y ponerte a prueba para después hacerte feliz. No digas en tu corazón: "Mi propia fuerza y el poder de mi mano me han creado esta prosperidad."

Sea la advertencia premonitoria: "Pero si llegas a olvidarte de Yahvé tu Dios, si sigues a otros dioses, si les das culto y te postras ante ellos, yo certifico hoy contra vosotros que pereceréis" (Dt 8, 19). Moisés presintió el desgarrador destino de un pueblo para el que la inseguridad es sinónimo de fuerza de ánimo, y el establecimiento en un lugar fijo y fortificado de debilitamiento íntimo….

Elogio de la canasta

El monoteísmo sobresale en las artes y oficios de la compresión. Pierre Janet (*Les débuts de l'intelligence*, 1932) veía en el *manejo de la canasta* el origen de la inteligencia humana. Ciertamente que Noé, que almacenó justo a tiempo a la Creación entera en un vasto canastón sin asas, no lo habría contradicho. Es lo propio de la especie: los chimpancés reúnen frutos, uno por uno, pero sin recogerlos. Provisión/previsión. Los animistas, que rebuscan espíritus en

las cosas mismas, tampoco recogen a sus presas. Viven en el instante. Si no hay recipiente no hay porvenir. Quien recoge anticipa. Si no hay acumulación no hay civilización. Noé colecciona para preservar la obra pasada de Dios. ¿Qué es una canasta —o una caja flotante? Una cosa sorprendente. Un artefacto (origen de la cestería) que sirve 1] para concentrar lo disperso, haciendo uno de lo múltiple, 2] para transportar todo de un punto a otro. Este genio propiamente humano de la recolección en miniatura el Todopoderoso se lo insufló oportunamente a Noé. Y el pueblo hebreo lo puso al servicio de su Protector (y por esa vía al servicio de su propia seguridad), al inventar esas ingeniosas filacterias o amuletos, las *tefillin*, pequeñas cajas cuadrangulares de cuero que contienen pasajes bíblicos micrografiados en tinta negra, atadas con correas, que los hombres devotos llevan sobre la frente y en el brazo izquierdo (en su origen durante toda la jornada, ahora durante el oficio de la mañana). Toda religión tiene necesidad de receptáculos, considerando que le corresponde, por su función social, proceder a una distribución regular de canastas de alimentos para el cuerpo y el espíritu. Con esto es con lo que la religión federa, satisface la doble vocación de lo "religioso", que en latín se lee la indisoluble dualidad propia de la operación de reunificación. *Relegere* es recoger restos, reunir rastros, acumular. *Religare* es religar a los individuos unos con otros, trenzar el lazo. Secular o revelada, la religión es el arte de mantener juntos a los individuos enlazándolos a un fundamento común. No hay anudamiento del individuo con lo colectivo que no suponga un tejido de mitos y de acontecimientos. El manejo de la canasta satisface esas dos exigencias. La canasta salvaguarda y previene. Combina el escrúpulo (hacer que el pasado no pierda cuerpos y bienes) y la previsión (poner el legado recogido a disposición de una descendencia). Los hombres devotos son hombres de cesta porque la piedad consiste en conservar y divulgar. Pero para llevar, como

Canasta y objetos usuales encontrados en la Gruta de las Letras, desierto de Judea, 135 d.C. Museo de Israel, Jerusalén.

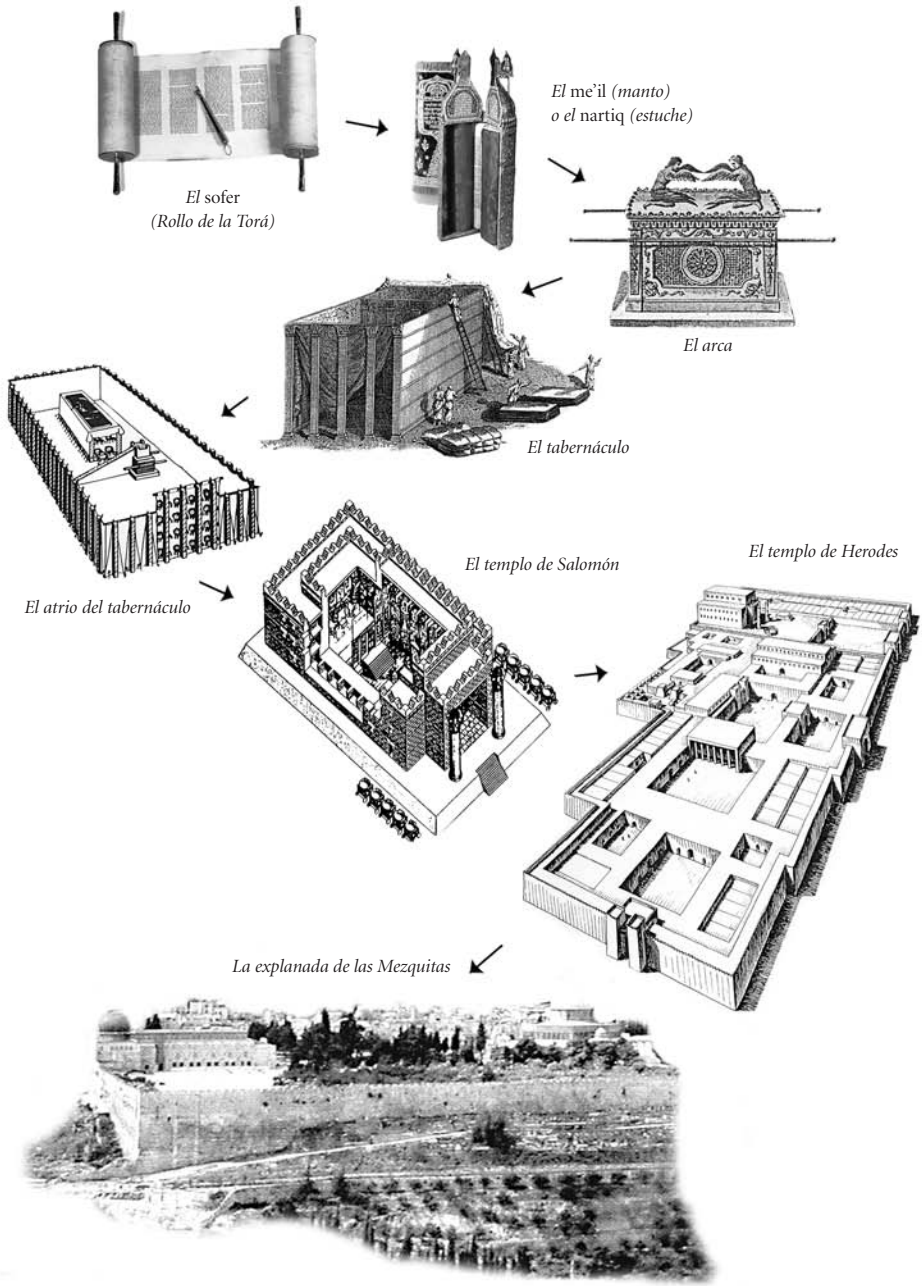
Tefillin.

vimos, primero hay que recoger, reducir, condensar, y la transcripción reduce fletes y gastos de porte al mínimo.

Ir a lo esencial y decir todo en pocas palabras seguirá siendo la táctica por excelencia del Dios de Occidente. Él corta lo superfluo. Es su marca de fábrica, que podrá incluso precipitar la aparición de las ciencias físico-matemáticas en el siglo XVII. En el gobierno de la naturaleza, por la vía de las leyes físicas y matemáticas, Dios puede hacerse amigo de los sabios y de los racionalistas, a los que facilita el trabajo consistente en alojar muchos fenómenos en unas pocas fórmulas de álgebra ultrabreves. Trabaja con economía y se atiene a lo estrictamente necesario (*ex paucis*, *tam multa*, dirá Leibniz). La parsimonia en las explicaciones, consistente en deducir varias aplicaciones concretas de un número muy reducido de principios abstractos, no poseía nada que chocara a un Ser tan ahorrativo de su presencia (hasta de su nombre, que no se debe pronunciar). Economía de medios, colmo del orgullo. Y un buen cálculo. Cuanto menos se gesticula mejor se transmite. Demasiado imbuido de sí mismo para condescender a la figuración, Dios renuncia a lo sensible para poseer lo sensible. El genio hebraico, al prohibirse los prestigios mundanos de la visibilidad, revirtió la privación en su provecho, practicando la *disminución aumentativa* (el símbolo dice más que la cosa): vaciar para consolidar. Yahvé gana en energía lo que pierde en masa. Renuncia a la consagración de cosas pesadas. Nada de estelas y poca epigrafía (donde el edificio hace de sustrato). *Ostraca*, pedazos de cerámica que son las tablillas de los pobres, para mementos o anotaciones. Pero sobre todo papiros, hojas volantes cosidas que se pueden esconder o guardar en el fondo de una vasija. Ventaja de un corpus a la vez móvil e inmutable; trasladarse sin dañar nada. Fecunda paradoja: un Dios amovible pero estabilizado, puntilloso y transportable (a cielo abierto o al fondo de una gruta). La sola escritura permitió al pueblo hebreo diseminarse sin dejar en ello su pellejo, su memoria y su fe.

Fragmentos de alfarería con inscripciones (*ostraca*) encontrados en Masada. Universidad de Jerusalén.

Sagrados encajonamientos



De lo centrífugo a lo centrípeto

Recordemos: el que va al desierto viene de otra parte y va a otra parte. Y se las arregla tanto mejor cuanto que el plegarse al modelo del Infinito disminuye su dependencia de los lugares. Pero la travesía misma no es infinita. Moisés partió de un delta poblado y expira a la edad de 120 años en las estepas de Moab, en la proximidad de Beth-Peor, del otro lado del río. Es Josué, dice la leyenda, quien tomará Jericó. Él mira la ciudad de lejos, más allá del Jordán. Moisés es el hombre del movimiento, no del establecimiento. Resiste a la instalación como a la tentación. Más vale no arribar; lo más importante es desprenderse. Llamemos a esto *el complejo de Moisés*. Resta comprender cómo se pasa de Moisés a David; de un no lugar ambulante, el Arca, a un sitio obsesionante, Jerusalén; de una mística de la itinerancia a una estrategia de ocupación; y por qué el hombre mesiánico no puede vivir nada más de tiempo —sin, a la larga, una residencia de referencia. La *Tierra* santa es un término ambiguo, que juega con el *terruño* de origen, el *terreno* agrícola y el *territorio* nacional. Sin duda porque tiene algo de los tres. ¿Pero por qué santificar una Tierra? Responder a esta pregunta obliga a abandonar el mundo de los utensilios. Más exactamente: a discernir en la maraña monoteísta lo que corresponde a lo técnico y a lo político.

Nos habíamos puesto en camino con el arca móvil y llegamos al Santo de los Santos inmutable —la tercera sala, la más retirada del Santuario, donde sólo penetra el gran sacerdote una vez al año para Yom Kippur. ¿Mediante qué encadenamiento un Dios técnicamente descentralizado por la Letra deviene hasta tal punto centralizador? Para empezar por la atracción que ejerce lo blando sobre lo duro y lo móvil sobre lo fijo para su preservación física. El centro ordenador de las tribus en formación de marcha al principio no era más que un tabernáculo, lisa y llanamente una tienda (*tabernaculum*, en latín). La "Tienda del Encuentro" que recubría al Arca de la Alianza (convertida, entre los cristianos, en el pequeño armario cerrado con llave y situado en medio de altar, que contiene el copón con las hostias consagradas). Después el refugio tuvo necesidad de un refugio. Tablones para proteger los paños y piedras talladas para proteger los tablones. En otras palabras, un templo. El punto cero. La caja de caudales. Como si un contenido epidémico, el signo sacro, transmitiera al continente

Los utensilios del Templo llevados en cortejo por los legionarios romanos. Detalle del bajorrelieve del Arco del Triunfo de Tito, conmemorativo de la toma de Jerusalén.

su *aura* propia, en una cascada de metonimias virulentas, pero al revés, el todo por la parte: el Arca por el rollo, el tabernáculo por el Arca, el templo de Salomón por el tabernáculo y Eretz Israel, la tierra de Israel, por el Segundo Templo (reconstruido fastuosamente por Herodes e incendiado por Tito en el año 70). Así el Documento, el antimonumento, se convierte en su opuesto, el hipermonumento. A la vez santuario y capital. Una vez puestas las palabras balizas se dibujan en su entorno halos en círculos concéntricos de santidad. El rollo sacraliza al Templo, que sacraliza a la Ciudad del Templo, la cual sacraliza a toda la tierra de Israel. La centralidad es una metástasis: del Templo a la ciudad, y pronto al país, promovido a centro del mundo. Tales serían las carambolas de la unicidad divina, cuya pequeña moneda es la expansión hacia los alrededores de las prohibiciones y de las reglas de la propiedad: no se debe dejar entrar a los perros en el recinto de la ciudad santa (tampoco a los leopardos, los zorros y las liebres, ni siquiera su piel, precisaba el rey grecosiriaco Antíoco III en una proclama) puesto que están proscritos en el recinto del Santuario. El rollo de Qumrán llamado del Templo añade que cualquiera que se haya acostado con su mujer o tenido una eyaculación se abstendrá de entrar en la ciudad del Templo durante tres días (lo mismo que si ha tocado un cadáver). A los ciegos les estará prohibido de por vida. Pero esto significa también, como observa un talmudista del siglo II (Abodah Zarah 4, 3-6), "que vivir en la tierra de Israel equivale a todas las *mitsvot*[3] de la Torá, y aquel que esté enterrado en Israel es como si estuviera enterrado en el altar del templo".[4] El contagio sólo tiene lados malos.

---

[3] De *mitsvah*, "el mandamiento que se debe observar".

[4] Cita tomada de una conferencia de Simon C. Mimouni en el coloquio sobre *Las ciudades santas. Jerusalén en las conciencias judías durante los siglos I y II de nuestra era*, Collège de France, mayo de 2001.

El ombligo en medio de las arenas produce un espacio contrastado, centro endurecido y bordes difusos. Irradia a partir de un intocable nuclear pero con límites elásticos. La gente del desierto ignora las fronteras naturales tanto como los repartos estaduales. Todavía en la actualidad el Estado de Israel, cual un pueblo en marcha, no se reconoce poseedor de una frontera definitiva (y lo cierto es que los límites de los antiguos reinos han variado en el curso de los siglos). Contrariamente al espacio romano, que se definía jurídicamente en y por *fines*, límites territoriales legalizados, donde la noción de *limes* es estructurante, donde el centro, Roma, se definía por su periferia, el espacio monoteísta es "un círculo de límites extensibles y contingentes, construido a partir de un punto necesario", Jerusalén, donde la periferia se definía en función del centro. Pero hay de centros a centros. Roma se mantiene en la sedentaridad, como centro de un espacio de civilización reconocible y cerrado (especialmente al estremecimiento del infinito), que apela naturalmente a una sistematización dogmática y geográfica. Desde Jerusalén, presa del "nomadismo", irradia un espacio variable y negociable a partir de un centro no negociable, anclaje abierto arriba hacia el infinito y abajo hacia lo indefinido.[5] Hubo una segunda Roma, Bizancio, e incluso una tercera, Moscú. No hay y no puede haber para un judío devoto una segunda Jerusalén terrestre. Los cristianos, observa Simon Mimouni, poco después habrían de espiritualizar la Ciudad de referencia —tanto más fácilmente cuanto que los romanos acababan de destruirla. Para ellos, y es ya lo que distinguía al espíritu del cristianismo, no era indispensable reconstruirla

Palestina en la época del Antiguo Testamento.

[5] Umberto Eco, "La ligne et le labyrinthe: les structures de la pensée latine", en *Civilisation latine. Des temps anciens au monde moderne*, Orban, 1986.

como aspiraban a hacerlo los fariseos. Pero tan profundo era el anclaje al suelo de lo profético que cuando Juan, en su Apocalipsis, ve descender a la nueva Jerusalén de los cielos, es aun para colocarse sobre el sitio de la antigua.

Fundada en la época cananeica, a comienzos de la Edad de Bronce (hacia -3000), "Rushalimum" aparece por primera vez en un texto egipcio de la XII dinastía, hacia -2000. El Pentateuco menciona la aldea de Salem, no lejos del monte Moriah, teatro supuesto del sacrificio legendario, asimilado al monte del Templo. David expulsó a los antiguos ocupantes, permitiendo así a su hijo Salomón levantar el Templo, o reasignar a su Dios el templo que ya se encontraba allí. ¿Con qué motivo? Para depositar el Arca de la Alianza. Las Tablas de la Ley desaparecieron en el saqueo, de modo que el segundo templo, reconstruido en el emplazamiento del primero, al perder su justificación original, reveló su vocación esencial: dar el norte. Vertebrar un espacio de pertenencia en torno a un punto de anclaje. Como no osaron rehacer un arca, rehicieron, en sustitución, la *kapporet*, cubierta transformada en pedestal y depositada en el Santo de los Santos como soporte para los ritos expiatorios del Kippur.[6] Allí donde los judíos se encontraran, en adelante, debían orar volviéndose hacia la Ciudad "elegida por Dios para que se honre su nombre", cuyo eje se superpone al Aron, el nicho tallado en el muro de la Sinagoga que da hacia la Ciudad, donde se encuentra la Torá. Un espacio religioso no es euclidiano sino "anisótropo", provisto de gradientes, desde las altas presiones centrales hasta las periferias. Esto no confiere las mismas propiedades afectivas a todas las zonas (los 860 metros cuadrados del Templo son más excitables y dolorosos que todo el territorio de Gaza). La polaridad cosmos/caos, hábitat/inhabitado, caracterizaba a la ecúmene pagana, que refunde al salvaje tras el *limes*. Pero la aptitud para el viaje vuelve a lo desolado menos repulsivo, y al poblado menos atractivo, puesto que en el desierto un Dios que hay que leer puede sentirse en su casa. No obstante, todo ocurre como si el recinto agrícola acosara al pastor cual una deuda. Como si el despegue monoteísta se contentara con un aterrizaje más severo que el politeísmo autóctono, que asume de entrada la sonrisa de las

[6] Véase Jean-Michel de Tarragon, "La Kapporet est-elle une fiction ou un élément du culte tardif?", *Revue Biblique*, 1981, pp. 5-12.

Rafael, *La visión de Ezequiel*, Galería Palatina, Florencia.

cosas y la magia de los lugares. Pesado será el precio geopolítico de la unicidad. Un Dios, un pueblo, una tierra. Un tabernáculo, Sión. El Único desecha el rizoma y quiere la raíz. A los ojos de Josué y de Esdras, pequeños santuarios dispersos como en Arad en el Neguev o en la isla Elefantina, cerca de Asuán, heredados tal vez del neolítico, desentonan y son un factor de desorden, y le hacen sombra a Dios. ¡Ay de los centros *bis* o *ter*! Desde Babilonia, donde se cansa de esperar, Ezequiel tiene la visión del templo futuro, y no quiere ver más que uno: luminoso, definitivo y ejemplar. ¡Vergüenza para los santuarios de Garizim, cerca de Naplusa, y Leontópolis, en Egipto. Tal pluralidad deberá sepultarse en el "Valle de la Multitud" de Gog y Magog. Se sabe, por Flavio Josefo, el precio que debieron pagar los samaritanos por haber querido hacer un dios aparte: la erradicación.

La paradoja monoteísta

Es siempre desconcertante ver religiones depuradas, educadas en lo abstracto, aferrarse con obstinación a un rectángulo de quince hectáreas paroxísticas. Viniendo del pueblo que mejor que ningún otro sustrajo el Espíritu de los pequeños chauvinismos de la tierra y de los muertos, la obsesión es inesperada. Y esto porque hace tres mil años David, fatigado de arrastrar su carro tirado por bueyes, abandonado en los lindes del país filisteo tras el desastre de Silo, después de pasar negligentemente de casa en casa, decidió un buen día detener su marcha hacia Jerusalén (2S 5), equidistante de las dos tribus del sur y de las otras diez del norte. Era necesario que llevara a pacer en alguna parte al pueblo que acababa de consagrarlo rey. Fue Sión, de donde expulsó sin miramientos a los jebuseos para instalarse en su fortaleza y "construir todo alrededor". Allí erigió su casa, ayudado por Hiram, rey de Tiro, "con madera de cedro, carpinteros y

talladores de piedra para los muros". Relajamiento. "Mira —dijo entonces al profeta Natán—, yo habito en una casa de cedro, mientras que el arca de Dios habita bajo pieles" (2S 7). El Señor se consideró entonces burlado y demandó a Natán que se le construyera también una morada de material. Porque "no he habitado en una casa desde el día en que hice subir a los israelitas de Egipto hasta el día de hoy, sino que he ido de un lado para otro en una tienda". David le construyó entonces a su turno un templo. Después guerreó, se anexó otras poblaciones, consolidó la plaza. Cuarenta años de vagabundeo para Moisés, 40 años de reino para David, el sedentario, de los cuales 33 en Jerusalén, la Ciudad del Templo. Posado el saco, uno ya no se mueve. El campo atrincherado. *Pro aris et focis*. Es decir, lo contrario del complejo de Moisés: lo importante es quedarse, hacerse fuerte. Llamemos a esto *el complejo de David*. Siempre se contrapuntean y se combaten. Hoy la traducción sería: el partido del movimiento y el partido del orden. (En el Israel de la actualidad: Yeshayahu Leibowitz, el Profeta, y Ariel Sharon, el Rey.)

El Muro de las Lamentaciones en Jerusalén, en 1870.

Así como la necesidad de materializar atrapa al más espiritualista por el rosario, el pectoral o el amuleto, la necesidad de circunscribir se impone al migrante o al expatriado desde el momento en que necesita abolir su presente para reencontrar el pasado, uniéndolos en un cantar de gesta. Los más desarraigados son los primeros en ponderar sobre las raíces (los inmigrantes de reciente data, sobre todo los estadunidenses, suministran el ejemplo más claro de los colonos fundamentalistas). Yahvé conocía el inconsciente colectivo de la humanidad al reducir la posesión *ad vitam æternam* (aunque condicionada al respeto del contrato) de una Tierra de miel y de leche. "Si observan Mis mandamientos, Yo los llevaré al lugar que elegí para que allí residiera Mi nombre." El pueblo centrífugo de la *sukah* —la choza temporal que se erige sobre una explanada o un jardín para los ocho días de la

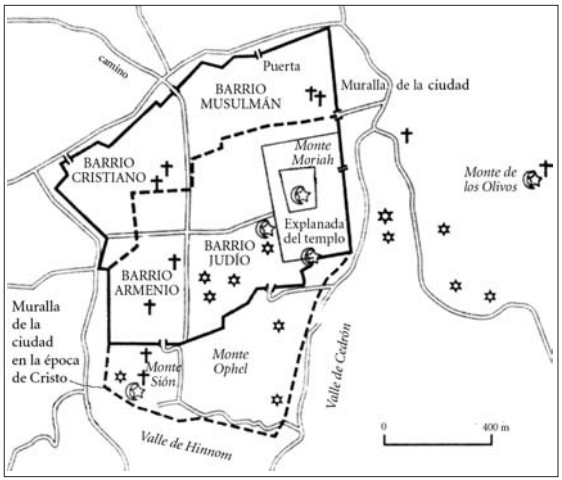
fiesta de las cabañas o *súkot*, que conmemora el deambular en el desierto— se dio un mesianismo curiosamente más centrípeto que el promedio. Cuando el adepto de san Pablo aguarda el Reino de Dios sobre toda la Tierra, el de Samuel lo espera estable y con pie firme sobre *Eretz Israel.* Artículo primero de la declaración de independencia proclamada en la Knesset: "La tierra de Israel es el lugar donde nació el pueblo judío. Es ahí donde se formó su identidad espiritual, religiosa y nacional. Es ahí donde realizó su independencia. Es ahí donde creó una cultura con una significación nacional y universal, y es ahí donde ofreció al mundo la Biblia eterna" (Tel Aviv, 14 de mayo de 1948).

Para un monoteísta *stricto sensu*, el que no tiene casa ni hogar, no debería haber en principio ciudades santas, ni piedras sagradas, ni sitios tabú. Ni colinas más inspiradas que otras. Puesto que el Espíritu sopla donde quiere. La santidad del corazón y la memoria de la palabra deberían dispensar de la tonta fijeza de las cosas inertes. Debería, pero no es así. La teoría no equivale al hecho. Y hay razón en protestar. ¿Para qué haber desalojado a Dios de la naturaleza mediante la escritura si es para que vuelva al gobierno de los hombres mediante las piedras? ¿Si nuevamente hay que matar y morir, como un pagano, para salvaguardar uno un sepulcro vacío, el otro una mezquita, aquel un muro, el *kotel*, llamado por los cristianos "de las Lamentaciones" —y qué hay más sorprendente, en efecto, que un muro en comparación con el Ilimitado? Herodes, cuyo templo-cuartel estaba apostado en el *limes* del Imperio, de cara a la amenaza persa (la gran aliada del Judío), no es precisamente un modelo de independencia. Pero, sobre todo, ¿el Infinito no llegó entre nosotros para romper la antigua ley de los catastros y de las murallas? ¿Y para liberarnos de las capturas mágicas de antaño? Entonces, ¿por qué besar el Muro, como lo hacen los ortodoxos de patillas rizadas y traje negro cada día de Dios?

Las supersticiones topográficas tienen sus razones que la razón monoteísta debería ignorar pero que se imponen a ella quiera que no. Tocamos aquí el enigma que ciertos rabinos (muy minoritarios) llaman incluso "escándalo".[7] Los protestantes —que renunciaron a los peregrinajes y a las reliquias— también tienen tendencia a cubrirse el rostro ante el retorno del geófago reprimido.

[7] Rabino David Meyer, "Ni Terre promise ni Terre sainte", *Le Monde*, 9 de enero de 2001.

Los reformadores europeos del siglo XVI se cuidaban como de la mala suerte de ir a liberar el Santo Sepulcro. Los lugares de lectura de los reformados no son *loca sancta*. Quien se alimenta de la Palabra tiene un poco menos de oportunidades que otros de fetichizar esta o aquella colina, vestigio o pedregal. El protestantismo sobrestima las palabras y subestima las piedras. Es su fuerza y su debilidad. Ello engendra más filólogos que arqueólogos. Más ensayos de hermenéutica que obras de excavación. La fetichización del signo (la *sola Scriptura*) es normal; esta confesión de intelectuales le debe su singularidad. Cada sistema de creencias santifica su lecho de nacimiento. Los evangelistas están demasiado apegados a las palabras [*mots*] para idolatrar los túmulos [*mottes*], como si la exégesis los dispensara del folclor. Además, si el reformado va a Jerusalén, cuyos recuerdos admira, es más como curioso de los "lugares de memoria" que con un alma de desollado vivo. Él no ha tomado parte en la Querella de los Lugares Santos. Ello no impide que luteranos, calvinistas y anglicanos tengan también en Jerusalén sus iglesias, *garden tombs*, institutos y puestos de avanzada.



Jerusalén, la ciudad vieja.

El síndrome de Jerusalén

Ocurre con los *lugares de verdad* como con los minutos del mismo nombre. Los primeros tienen sobre los segundos la ventaja o el inconveniente de permanecer en su sitio, si no es que en el mismo estado. Petrifican la contingencia. El rey David no dejó más que una dirección: la *Old City*. El sitio adonde todos los muertos, en el final de los tiempos, serán llamados a renacer, con la morada celestial a la vista, inolvidable, hormigueante de vida. Y la verdad que se revela en ese lugar pasional y apasionante —coronado por la Explanada del

Templo y de las Mezquitas— merece ser mirada de cerca, no aunque sino porque no es ni bella a la vista ni fácil de entender. ¡Y qué difícil de pensar (como todo rompecabezas que fuerce a pensar contra sí mismo)!

¿El monte donde Dios habita, sitio predestinado de la unidad y *summum* de la partición, donde 500 cámaras de video metidas bajo los techos mantienen en la mira a los hijos de Abraham? ¿Un mensaje de amor universal cuyos adeptos funcionan con el odio hacia el vecino y el primo? No es posible contentarse con moralizar. Allí donde se descubre a cielo abierto el rostro negro de un Dios de luz, más vale dejar de lado el color y el sermoneo para afrontar lo real —barreras metálicas, alambres de púas y terrazas fortificadas. Extraño: el deslinde del Infinito. La residencia del Ilimitado convertida en paraíso del *acordonamiento*, donde la lucha por ocupar cada pulgada de terreno es una lucha de cada minuto. Jerusalén: una ciudad donde no se habla con los demás, donde incluso no se ve de un barrio a otro; donde la preocupación por la separación entre los cuatro reductos en los que se reparte la ciudad (judío, cristiano, armenio y musulmán) es lo más obsesivo. Si el Eterno se mantuviera por encima de sus tribus, la armonía reinaría entre quienes le elevan plegarias en las iglesias, las mezquitas y el Muro de las Lamentaciones; y las devotas celebraciones de la fraternidad de Abraham no sonarían tan falsas. Todos los creyentes podrían orar en su lengua pero lado a lado y sin espiarse. Si el lugar fuera conforme a su concepto, no pertenecería a nadie en particular sino que flotaría como un manto de gracia por encima de los conflictos. Y prevalecería el estatus supranacional de *corpus separatum* que la Organización de las Naciones Unidas concibió para la Ciudad Santa en 1948 (resolución 181). El sitio del santuario, del que Elie Wiesel se permite observar que "transforma milagrosamente a todo hombre en peregrino", sería inapropiable, salvo para las Naciones Unidas.

Repartición de las zonas del Santo Sepulcro entre las comunidades cristianas.

No sería ni dividido de hecho ni divisible por derecho. En él se bañarían en una dulce luz de aurora todos los elegidos de la Revelación. Tal milagro sólo se produce en nuestros editoriales edificantes o en nuestras pastorales laicas.

Más allá de la paradoja habitual (la enunciación monoteísta que contradice su enunciado), lo que nos molesta en este recinto teocrático más próximo a un campo de batalla que a una cripta, donde cada orden religiosa defiende con uñas y dientes sus colores nacionales, es ver surgir lo impensado étnico de la adhesión religiosa así como los sótanos estratégicos de la teología. Es la irrisión de la doctrina por el estatuto. La historia del Único, en Jerusalén, hecha de inmovilidad, se ha convertido en cartografía y demografía.

Entre dos callejuelas del barrio cristiano se eleva sin ostentación particular el Santo Sepulcro, santuario sin gracia y complicado, construido en el lugar supuesto del Gólgota por Constantino, diez veces destruido y reconstruido desde entonces. Es una Microciudad Santa, un máximo de diferencias en un mínimo de espacio, un laberinto de envidias, un dédalo de abusos, usurpaciones y derechos adquiridos (derechos de presencia, de celebración, de procesión, etc., que la menor suspensión en su ejercicio puede invalidar). Cada metro cuadrado está sujeto a litigios. Con sus numerosas capillas, oratorios, absidiolas, escaleras, balcones y terrazas, el Santo Sepulcro neuróticamente territorializado se divide en partes comunes y partes privativas, asignadas a cada una de las comunidades cristianas encargadas de su mantenimiento: abisinios, armenios, coptos, griegos, latinos, sirios. Las prerrogativas de cada una son fijadas por el *statu quo* de 1852, siempre en vigor, del tiempo en que la Puerta Otomana arbitraba los conflictos entre las iglesias y las potencias europeas. El grosor y el tamaño de los cirios que se encienden depende de qué comunidad se trate. La división principal opone a los ortodoxos, instalados sin interrupción desde Bizancio (y para los cuales ese santuario es un poco su Jerusalén o su Roma), y los latinos, instalados desde 1853, representados esencialmente por los temibles franciscanos, sólidamente implantados en los lugares santos. En las refriegas entre hermanos y hermanas a golpes de báculo y de cruz sobre la *Via Dolorosa*, las riñas y las contrariedades que se infligen los colocatarios del Sepulcro, incesantemente ocupados en estorbarse y vigilarse los unos a los otros (los más pobres, que son también los antepasados del

cristianismo, los etíopes y los coptos, fueron relegados hacia los techos, hacia humildes piezas en torno a la cripta de santa Elena), en todas esas mezquindades, un teólogo puede optar por no ver más que un folclor para turistas y periodistas. Alzarse de hombros es un signo de negación. Para no tener que afrontar el síntoma de una comprometedora compulsión de repetición en el sentido que le da nuestra psicopatología ("proceso incoercible y de origen inconsciente por el cual el sujeto repite experiencias penosas anteriores sin acordarse del prototipo y, por el contrario, con la convicción viva de que la conducta es plena y únicamente motivada en lo actual"). ¿Lo arcaico no es acaso eso mismo que está destinado a retornar en el momento en que se mira hacia otra parte?

Más allá de su pintoresquismo, esta ciudad-trapecio con ocho puertas fortificadas, con su muralla de piedras salientes, debería inquietar a los posmodernos confundidos por el romanticismo del nómada. Los pastores también quieren volver a casa. No hay cinética sin estática. Sólo se emprende el camino para detenerse en alguna parte. Toda tierra prometida debe ser mantenida y el peregrino es un autóctono en sufrimiento (tal como el sano es un enfermo que se ignora). La arena de las controversias, nuestro corral teológico, revela la utopía de un Dios atópico. En buena doctrina, lo Infinito debería permanecer exterior a lo finito. Lo contrario se llama idolatría. ¿Pero qué enseña el diario del día si no que el vacío supremo tiene también necesidad, como cualquier Baal, Pargali o Mazda, de fronteras visibles y tangibles (enclaves, línea verde y *check-points*)?

Sol LeWitt, *Brick wall* (detalle), 1977.

Somos todos mamíferos

¿Por qué el confinamiento del Infinito? Quizá porque no basta creer en el Cielo para abandonar la vestimenta de mamífero terrestre. Animal religioso por cierto, pero el calificativo, en su gloria, eclipsa al sustantivo, que nos manda recuerdos con un maligno placer. La etología (ciencia de los comportamientos de las especies animales en su medio natural) nos enseña acerca de las conductas territoriales en los babuinos y las ballenas. ¿Por qué milagro estaríamos exentos? Sin embargo las revueltas de la animalidad (nacionalismo, chauvinismo, etnicismo) nos repugnan tanto que las consideramos patologías de los comportamientos reflejos, cuyo aspecto zoológicamente trivial le costaría admitir a nuestro orgullo. Hemos comenzado a penetrar los mecanismos biológicos que rigen en el individuo el mantenimiento y la defensa de la integridad de sí frente al no-sí (en los trasplantes de tejidos, por ejemplo, o ante ciertos virus y bacterias). No sabemos gran cosa todavía sobre los marcadores de las personalidades colectivas, antígenos del *nosotros*, respuestas inmunitarias ante el *no-nosotros*. Sólo entrevemos que tienen que ver con la territorialidad. Quizá porque la estabilidad del abra o del albergue nos protege de la evanescencia del tiempo, consolándonos de la noción de que vamos a morir. Las piedras calman la duda. Como un dique contra la entropía, contra nuestras propias tendencias a la amnesia, contra la erosión geológica de nuestras colinas-testigos. Una antigüedad reconocible a simple vista —la colina de Sión y el valle de Josafat, acerca de los cuales el Libro nos enseña que un día las naciones serán allí juzgadas— conjura nuestras angustias de pérdida. La Promesa es incierta pero su prenda se ve, se mide y se toca. Y garantiza la *continuidad* judía, pese a la diáspora y a la Shoah. El Monte de los Olivos y el Santo Sepulcro garantizan *de visu* a los cristianos la continuidad y la solidez de su fe (desde el siglo V), más allá de la fragmentación en comunidades rivales (latinos, coptos, armenios, sirios, griegos, abisinios…). Al-Queds y el domo de Rocher prueban para los musulmanes la continuidad y la unidad inmutable del islam, pese a las luchas fratricidas entre chiitas, sunnitas, ismaelitas, etc. Toda localización nos disminuye, sí, pero nos hace existir para los otros y para nosotros mismos. O más bien, la persistencia pura y simple de un sitio facilita las *pruebas de perseverancia* a las que obliga la espera de una

consumación, un Milenio o una Parusía,[8] siempre postergados para el día siguiente. Cuando lo esperado no llega, la línea fronteriza, demarcación sensible a la vista y al pie: nosotros aquí y ellos allá abajo, constituye un resarcimiento aceptable. Embellecida a distancia por la deportación a Babilonia, la Ciudad Madre resplandece como un sueño de lo inalterado que recarga las baterías. Esta conexión "entona", lo duro consuela a lo blando, y nuestra desorientación se engancha a esos puntos cardinales. "Aquí David se detuvo." "Allá, en esa gruta cerca de Hebrón, Abraham enterró a Sara"… Los tontos que pretenden invalidar una religión por sus anacronismos toman un bien por un mal. Es la función misma de los mitos reparar en nosotros los desgastes del tiempo. Si una religión no fuera anacrónica, perdería su más profunda razón de ser, que es la de curar nuestra finitud dando al ayer la dimensión de un siempre.

Dios quiere ante todo reunir. "Ensancha el espacio de tu tienda, las cortinas extiende" (Is 54, 2). Es necesario que en Jerusalén "el pueblo se reúna como un solo hombre […] Porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos" (Is 56, 7). Este voto piadoso es reconfortante pero hace caso omiso de los medios para alcanzar su fin. Es falso por omisión. No quiere ver, o más bien no quiere escribir, sino la mitad del programa, no su aplicación (que se ejerce sin decirse, en una mezcla de pudor y de hipocresía). Porque en la práctica *no se puede reunir sin dividir*. Galvanizar a unos sin dañar a otros. El Dios de Israel promete devastar a todas las naciones que no le obedezcan. Judá será restaurada contra todas ellas (Jr 24, 5-7). Si consagro, separo. Si separo, santuarizo. Un pueblo aparte quiere un espacio aparte. La religión religa, sí, es su definición, pero para hacerlo antagoniza. Y si no dividiera no religaría. Como escribió Odon Vallet,

> reunir a una multitud es captar un público, vaciar un santuario por otro, es terminar con un clero y sustituirlo por su rival. Todo nuevo fiel de una iglesia es infiel a otra. Todo militante de una causa se vuelve enemigo de la causa adversa. Las guerras de religión son las matanzas más sangrientas cuando amalgaman ideas y hombres para constituir bloques de fe. No se pueden romper más que

[8] Retorno glorioso de Cristo al final de los tiempos.

con el asesinato beatificado. "¡Feliz quien agarre y estrelle contra la roca a tus pequeños!" (Sal 137, 9).

¿Acaso lo universal no es coextensivo del universo? Para los miembros de una comunidad por filiación como la comunidad judía —más que en una comunidad por vocación como la cristiana—, la referencia al Santo Nombre, bendito sea, debería bastar. ¿Por qué no una dirección a lista de correos para Aquel que nos ve desde todas partes? ¿Cuando se está en la ubicuidad qué importancia tiene el domicilio? Desgraciadamente el *Homo religiosus* aparentemente no logra despegarse del *Homo politicus*, catastrado, reticulado y siempre en la brecha. El supuesto Uno para todos es siempre de algunos (como el sentido, que es siempre de alguna cosa). *Anyhow somehow*. De todos modos en cierto modo. Imposible escapar a este mosaico demasiado humano, de manera que de un Dios universal no se deduce nunca una religión universal —salvo en el cerebro de los iluminados. Las iglesias autocéfalas[9] de Oriente lo confirman: en Grecia, Serbia, Rusia, Rumania, etc., hay superposición entre identidad étnica e identidad religiosa. Defensivos o no, estos nacionalismos ortodoxos practican un juego franco. ¿Pero las confesiones de Occidente, más sutiles y discretas, no juegan el mismo juego? Nos preguntamos entonces si *religión* no es una palabra que promete más de lo que encierra. Si nuestros grandes operadores simbólicos de enlace no son intentos de devolver al bien un mal endémico, que alguien se propone aminorar mediante calificativos devaluatorios (idiosincrasia, folclor, color local). ¿Y si, en definitiva, el "genio del lugar" fuera el nombre poético de un *fatum* poco reluciente, y que representa la dificultad que tienen nuestras creencias (al contrario que nuestros saberes) de privarse de hábitat, de valer para todos? Entonces en materia de religiones universales, esas bellas mentiras, no habría (ni podría haber) sino culturas singulares más o menos expansivas o anexionistas. Entendamos por "culturas" redes de correspondencias

Graffiti sobre un muro de Jerusalén.

[9] Autocéfala: "que tiene su propia cabeza". Una iglesia autónoma elige a su patriarca.

entre mitos, lugares y etnias celosas. Estas redes, que se yuxtaponen o se embrollan sin verse, no son ni intercambiables ni superponibles (y son ellas las que son únicas, y no el Dios al que prestan su propia unicidad para justificar la suya). Debemos felicitarnos de que "la comunidad internacional" pueda proclamar un código moral de aplicación virtualmente universal (la Declaración Universal de los Derechos del Hombre), a condición de no olvidar que las normas del derecho son de poder unificador débil. Cuando el poder unificador es fuerte se puede hablar de un lazo propiamente religioso, pero en ese caso habrá puestos de aduana y líneas de frente, ideales (defensa de la ortodoxia) y físicas (defensa del territorio). El monoteísta, como los demás, cede a las manías de la exclusión, que por otra parte condena (el intolerante es siempre el otro). ¿Las geopolíticas de la fe no señalan acaso, *in fine*, la sumisión de la grey al pastoreo? Sin duda es bello que el ser de una cultura quiera persistir en su ser, los ojos fijos en su cuna (o en lo que ella ha decidido considerar tal), como un deudor que desea honrar su crédito y que no terminará nunca de saldar una deuda inextinguible a fuerza de peregrinajes, ofrendas y una sobrepuja de promesas comunitarias (y esto más ferozmente en la medida en que se considera uno mismo lejos del redil). Es hermoso que la Ciudad santa, 17 veces destruida, haya sido otras tantas veces reconstruida por sus hijos. Pero el Dios que se aloja allí parece bien sarcástico. Cuando Él entreabre un rincón del planeta al viento del ancho mundo se diría que es para, al día siguiente, cerrar mejor la puerta en las narices a todos los que no reivindiquen de su tierra natal.

Portal de acceso del sitio web B'Tselem (Centro Israelí de Información para los Derechos del Hombre en Israel).

Estas fijaciones al suelo, estas demandas de exclusividad, con todo lo que tienen de paranoicas y de persecutorias, habríamos deseado que testimoniaran una

pesadilla perimida, una fase de hominización relegada a la obsolescencia. Y que con el internet, el Airbus, el Dow Jones y los flujos migratorios la "globalización" borrara la mala costumbre de las neurosis de identidad y de los enlaces fundamentalistas. No parece que así sea. Basta errar en la *Old City* para comprender que el ciberespacio y las proezas de la inteligencia colectiva no afectan al instinto de demarcación. Antes bien lo despiertan, más crispado y chirriante que en el siglo XIX, el de los nacionalismos a la antigua. En "los territorios", por así decir, los internautas, hijos de Abraham o de Ibrahim, oran al mismo Dios, pero uno conmemora como una catástrofe (la Natka) lo que otro celebra como una bendición (un Estado). Verdad de este lado del Jordán, error más allá. Como si el Altísimo tuviese necesidad de aeropuerto. Como si sólo pudiese tener acceso al goce de sí mismo impidiendo el goce del otro. Y la demostración se realiza justo en el lugar donde se esperaba que todos los elegidos se reunieran durante la Parusía para celebrar en el amor la derrota del Anticristo… Qué lástima, decía Alphonse Allais, que no se hayan construido las ciudades en el campo. Y que no haya descendido ni un ápice la Jerusalén celestial…

Éxodo, de Otto Preminger, 1960: el acto reflejo de reagruparse después de la catástrofe.

¿Cómo sorprenderse entonces de que la unificación de los pueblos del Libro sea el horizonte que avance con el caminante ecuménico? ¿Y de que entre el judaísmo, el islam y la cristiandad estén tan lejos los actos de los "gestos de buena voluntad"? ¿O de que la Iglesia romana se abstenga todavía de ocupar su lugar con toda majestad en el Consejo Ecuménico de Iglesias, que agrupa en Ginebra a luteranos, anglicanos, reformados y ortodoxos? Las tecnologías capaces de superar las murallas parecen en todas partes estimular el ardor de antagonismos adormilados. ¿El Único hace esperar más que ningún otro la reconciliación de los corderos humanos bajo la misma batuta? Pero la distancia que separa a la Jerusalén celestial de la nuestra mide el hiato entre lo que queremos *pensar*, bajo la falsa luz de la doctrina, y lo que no podemos evitar

hacer, según nuestros afectos en claroscuro. Un complejo (de Edipo, de Moisés o de David) es "un conjunto organizado de representaciones y de recuerdos con fuerte valor afectivo, parcial o totalmente inconsciente". Nos repugna y nos mueve. No olvidemos pues recordar a los perversos polimorfos, nuestros pequeños querubines, que deben amar a su mamá y respetar a su papá. Pero tengamos presente que a las queridas cabezas rubias no les repugnaría, llegado el día, violar a mamá y cargarse a papá.

La realpolitik de Dios

Los elementos llamados irracionales de la conducta humana no podrían ser tenidos por inexplicables (salvo siendo irracionalista uno mismo). Un complejo privado, Freud *dixit*, se constituye a partir de las relaciones interpersonales de la historia infantil. Ésta determina la manera en que la persona encuentra su lugar en la familia y se lo apropia. A su vez, el gesto de implantación, que recupera el signo por el suelo, tiene que ver con un complejo político. Afecta a las colectividades y no a las personas. No es evidentemente propio de la cultura hebraica (tampoco el edipo tiene nacionalidad griega) pero encuentra, en una historia singularmente prolongada de desposesiones, guetos y persecusiones con qué alimentarse y valorizarse ampliamente. Un complejo de esta naturaleza se constituye en cada comunidad a partir de las relaciones intercolectivas de su protohistoria. Aunque accidentales al comienzo, ellas determinan su porvenir y especialmente el lugar imaginario que tal o cual comunidad se atribuye en su espacio de referencia. La Biblia está llena de estas "escenas originarias", escenarios semirreales y semifantásticos capaces de generar angustia (el fracaso de Moisés) tanto como alegría (el reino de David), sin que se pueda separar claramente, en esos episodios construidos para traumatizar o galvanizar, las partes de la fantasía y de lo registrado.

La solidificación del arca de madera en templo de piedra estaba sin duda inscrita en la formación del Señor de los Señores como adarga de identidad. Pero para tener una identidad más vale tener un territorio, y para tener un territorio propio más vale tratar al vecino como adversario. La bóveda estrellada no basta. Sólo el "primer motor" de Aristóteles puede seguir siendo un

universal abstracto, pero ese motor sólo impulsa cosas, no gentes. Un cristiano profesa que Dios no es comprensible sino por la mediación de la comunidad que se ha reconocido históricamente en él. ¿No se debería revertir la proposición? La comunidad judía se comprendía a sí misma por la mediación del Eterno bíblico, cuya inexpugnable trascendencia le permitió forjar en la inmanencia su personalidad colectiva. Por eso la necesidad de un Dios Uno se aviva en las desgracias. Es el último talismán de los momentos y lugares críticos —que se impone a las fronteras o detrás de las líneas, en los días siguientes a las catástrofes. Una amenaza de dispersión produce, por reflejo inmunitario, un reagrupamiento. De ahí el tono manifiestamente polémico de este Dios de autodefensa, en la medida en que no importa qué *nosotros* se postule en oposición a un *ellos*. Ser judío no es profesar una doctrina sino compartir una cultura. "Decirse judío —observa Blanchetière— no es confesar una fe personal sino declararse solidario de una comunidad." Y por consiguiente practicar los ritos, repetir los gestos capaces de deslindarnos del vecino mucho más que nuestros pensamientos íntimos o que nuestras creencias. "Más que las creencias, son los ritos los que tejen la red protectora de la identidad judía. Los ritos trazan una línea divisoria (entre judíos y gentiles). Establecen lazos entre todos los subgrupos. Y enlazando entre sí a las generaciones perpetúan la identidad del grupo."[10]

Inscripción griega que marca en el Templo el límite del atrio de los gentiles. Museo de Arqueología, Estambul.

Victor Hugo: "Toda historia de pájaro acaba en un gato." Un Dios levanta el vuelo y tenemos un ejército, un Estado o una Iglesia… ¿La victoria del signo sobre el suelo acabaría en su contrario? ¿Un Ser de fracturas encerrado en y por su parroquia? Los buenos espíritus (desearíamos serlo) que quisieran "hacer escapar a los Santos Lugares de las vicisitudes de lo político y de las

[10] Francis Schmidt, *La pensée du temple*, París, Seuil, 1994, pp. 14-15.

exclusiones recíprocas" olvidan un detalle: la exclusión recíproca es constitutiva de la santidad de los lugares. Así lo estipula la etimología de la palabra: es "santo" lo que ha sido puesto *aparte*, *separado* de lo profano y de lo impuro. ¿No habría acaso en la noción misma de sacralidad un fermento de *apartheid*? Los diplomáticos occidentales que trabajan en el estatuto de Jerusalén, y que deploran "que se asista por ambas partes (la judía y la musulmana) a una apropiación religiosa de las cuestiones políticas", proyectan la idea moderna de laicidad sobre culturas que tienen grandes dificultades para distinguir lo religioso de lo político en virtud de que *deben su existencia a la mezcla de los géneros*. En Tierra Santa la distinción de los planos parece tan necesaria como imposible. Dios, ese extremista nato, es el peor enemigo de los diplomáticos. Además de que sus decretos son irrevocables, el Absoluto no lleva a nadie a relativizar las cosas.

El joven recluta judío que ha prestado juramento a la bandera y se ha incorporado al Tsahal, el ejército de Israel, recibe su Biblia al mismo tiempo que su fusil. La Cruz en el ejército ruso. *Gott mit uns*. Durante la Guerra Fría, el senado estadunidense integró el *One nation under God* en el *Pledge of allegiance*, y el Banco Federal imprimió poco después en los dólares el *In God we trust*. El politeísmo afloja las filas, el monoteísmo las estrecha. Uno es materia de opciones; el otro una prueba obligatoria. El primero no favorece las místicas comunitarias pero es más cómodo para los individuos en su vida cotidiana, cuyas solidaridades cívicas atomiza. Un politeísta puede hacer jugar a su gusto un dios contra otro. A sus ojos, si ocurre una calamidad en la ciudad, la granizada o la peste, el dios que es responsable de ella no compromete a los otros. Si el politeísta mismo cae enfermo, lo cargará a su propia deuda por no haber hecho lo necesario hacia tal o cual protector. El monoteísmo, en cambio, saca partido de sus innegables ventajas como

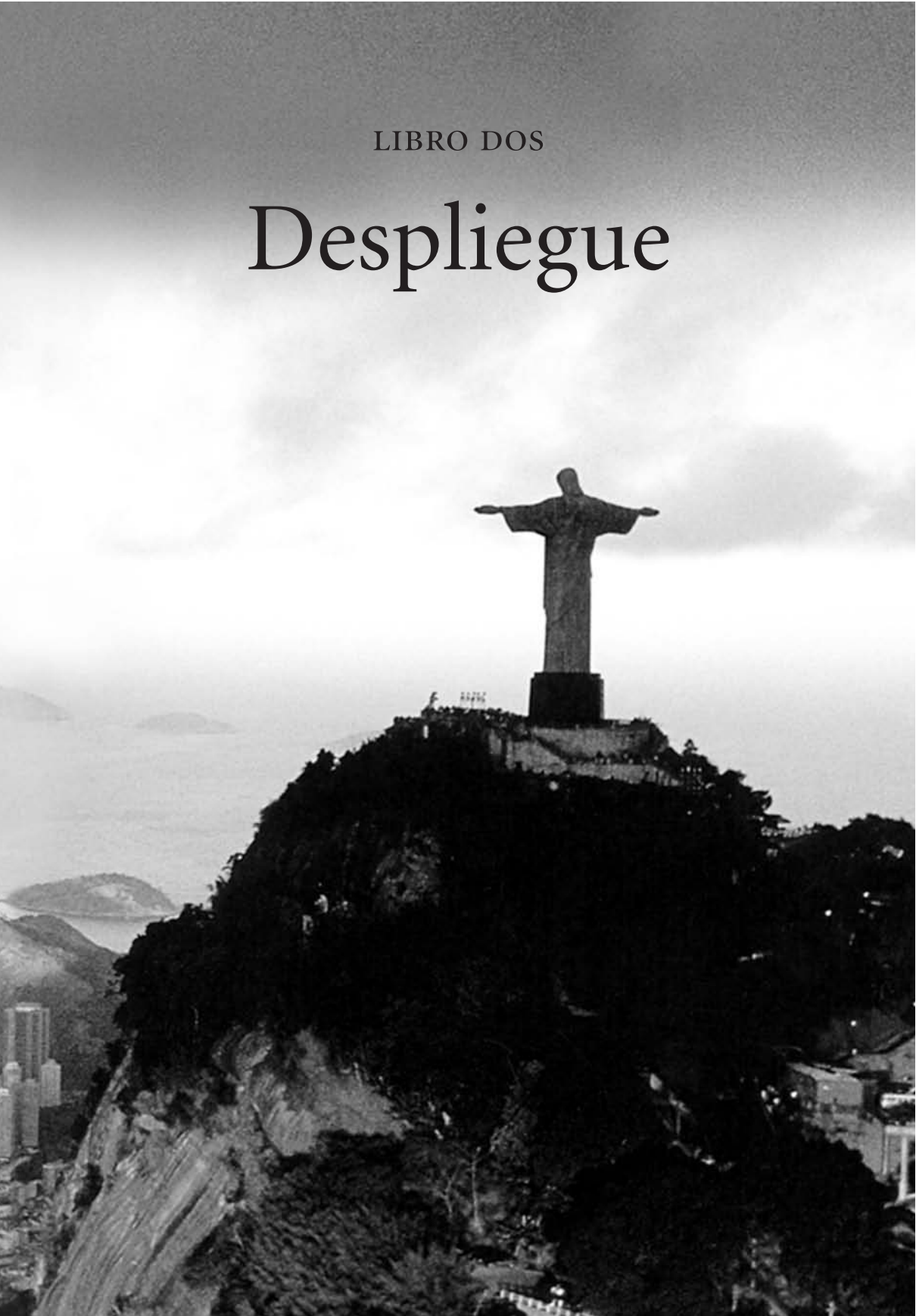
Billete de un dólar estadunidense.

federador político mediante muy fuertes perturbaciones de orden moral, puesto que el Mal está necesariamente a su cargo, sin coartada ni descarte posible. ¿Si el Dios Único permitió que Auschwitz fuera posible, qué pensar de su Justicia…? Pero no saltemos por encima de las edades. A corto plazo lo estratégico prevalece. También los estrategas del pueblo judío, y ante todo la inteliguentsia de los escribas a cargo de los destinos colectivos, se hicieron sus paladines. A estos soldados de la identidad los hizo aguerridos un medio externo hostil —Egipto, Babilonia o Palestina. Los peligros del exilio siempre produjeron los mejores patriotas (Bolívar y Miranda descubren que son venezolanos en París, y San Martín argentino, más tarde), puesto que cuanto más lejos se está de la Patria más se idealiza. Lo mejor, lo más puro del judaísmo, vino de las diásporas. Al borde de los ríos de Babilonia las élites no se conforman con llorar. A la espera de reencontrar el ombligo perdido inventaron nada menos que la sinagoga local (a falta de altar central), la circuncisión obligatoria y el shabbat semanal (y no ya mensual). Isaías, Amós y Oseas, los campeones del Dios Único, no por azar fueron los portaestandartes de la independencia. Sirvieron a su patria rehusándose a disociar lo temporal de lo espiritual. Suya es la gloria de haber podido "positivar" el desamparo (la caída de Samaria, la invasión asiria, la hegemonía egipcia) mediante una lectura escatológica de los desastres que revertía su sentido aparente. Efraím la prostituida, Samaria la impía fueron castigadas por idólatras. El enemigo es pues el brazo armado del Señor. Quien destruye a Israel es el servidor de Israel. En sus Oráculos contra las naciones, Ezequiel no esboza ninguno contra el rey de Babilonia. Él y su ejército "han trabajado para mí", le dice Yahvé en confidencia (Ez 29, 20). Asimismo dice que se ha "glorificado a costa del faraón" (Ex 14, 4-7). No es paradoja sino previsión. Dios se ha construido en contra. Es un cuclillo, si se quiere, porque hace su nido en casa del vecino, pero las Naciones Impías ayudan a *marcar la diferencia*. O a reencontrarla. Y esto quizá mediante la erudición, como con la *Wissenschaft des Judentums*, el movimiento intelectual de promoción de los estudios judíos dentro de un marco científico, aparecido en Alemania durante el siglo XIX. O tal vez mediante el modo de vida, proclamando un estilo, una indumentaria, marcas ostensivas de santidad, como los hasídim en Europa central. El sionismo contemporáneo se fortaleció profundamente en el regazo ruso, alemán y francés. Y el judío de Brooklyn

o de Sarcelles resulta hoy más judaizante que el sabra de Tel Aviv (de espíritu más estrecho, también, y más intratable). Lo mismo ocurre con el fundamentalista musulmán, más virulento en Londres que en Riyad y en Nueva Jersey que en Túnez. Si bien es cierto que uno se hace un yo arrancándoselo al Otro —para el caso al faraón egipcio, al soberano seléucida, al déspota asirio—, no es menos cierto que el Eterno no se equivocó al felicitar *in petto* a sus enemigos y de paso hacer de Ciro el Persa un ungido del Señor, casi un David *bis*. La realpolitik es a menudo una política de lo peor. Babilonia hizo a Sión por rechazo —¿y sin el nazismo habría vuelto a nacer Israel? Vaciando los ojos de su rey Sedecias, el innoble Nabucodonosor abriría los de sus súbditos, los escapados de la Ciudad incendiada. Verdi, finalmente, habría podido revisar su libreto y terminar su canto de los esclavos con un "¡gracias, Nabuco!" Gracias al agente provocador de Dios. Desagradable pero político. Político, por ende desagradable.

LIBRO DOS

Despliegue



CAPÍTULO VI

Uno para todos

Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes.
MT 28, 19

Hacia el primer siglo de nuestra era, Yahvé tuvo un Hijo y fue un escándalo. La extraña noticia fue propagada por los discípulos de un taumaturgo carismático, predicador en situación delicada con las autoridades nacionales y muerto ignominiosamente. A este Jesús, profeta de perfil incierto, los evangelistas lo llamaron Cristo. Bautismo póstumo, o kerigma generador de un Pater Noster anticonformista, psicólogo y sin fronteras, difundible en todas las direcciones. Traducido en un lenguaje accesible, al que se unió un soporte plebeyo, el códice, el llamado a unirse al nuevo Mesías fue propalado por misioneros itinerantes a través del Imperio Romano desde antes de la llegada al trono de Constantino. "Propagación admirable", y de hecho asombrosa, que será percibida por sus adeptos como la prueba irresistible de una voluntad divina. Dios Padre desplazaría así al Dios de los padres.

"¿Cómo el mismo puede devenir el otro?" Misterio de las transformaciones que llamamos Creaciones o Revelaciones. Con la Cruz saliendo de la estrella de David, el segundo nacimiento de Dios plantea la misma pregunta al mediólogo que la formación de una estrella al astrofísico o la aparición de una nueva escritura al paleógrafo. Traduzcamos a nuestra lengua: ¿por qué mediaciones prácticas una secta judía, una entre tantas otras, pudo dejar la órbita del judaísmo para formar su propia galaxia? O ¿cómo pudo "una superstición nueva y peligrosa" (*dixit* Suetonio) convertirse al cabo de un breve lapso en "la verdadera religión romana" (*dixit* Tertuliano un siglo más tarde)?

El *ascenso a régimen* de lo nuevo demandó más de tres siglos. La secesión fue sufrida tanto como deseada, vivida como un recurso para salir del paso, no sin hesitación ni remordimientos. Un conocedor del judeocristianismo como Simon Mimouni data en alrededor de 150 años después de Cristo la separación sin retorno de la casa madre. ¿El concilio de Jerusalén del año 49, donde los ancianos llaman a judíos y gentiles a sentarse en torno a la misma mesa, con dispensa de la circuncisión? Los judíos, observa, admitían que los paganos convertidos no fueran circuncisos, al menos en la primera generación. ¿Las polémicas antijudías de san Pablo? Una continuación de las polémicas interjudías tradicionales.

Y es que el judaísmo se mantenía plural en el primer siglo, como lo fue el cristianismo naciente. Y varias veces al borde de la guerra civil. Las autoridades romanas, dice el historiador, no distinguían verdaderamente entre judíos y

cristianos hasta el año 135.[1] El protocristianismo, concluye, compete a los estudios judíos antiguos. Es decir, que los rasgos distintivos que van a ocuparnos aquí (el culto mariano, la institución clerical, el remplazo del rollo por el códice, etc.) —innovaciones en su momento escandalosas o incongruentes— son rasgos de madurez, no de adolescencia. Nuestro Dios ascendente —iconógrafo, multinacional y magisterial— no se estabiliza antes del quinto siglo.

Jesús eclipsado por Cristo

Volvamos al primero. ¿En qué consistía la novedad de este famoso kerigma? La palabra viene del verbo griego *keryssein*, que significa proclamar, anunciar, elevar la voz. Como lo hace un subastador, o un pregonero (el *keryx*) para reclamar la atención del público cuando hay una buena nueva que anunciar ("evangelio", en griego). ¿Y qué dice ese clamor desviante y detonante? Simplemente esto: Jesús es Cristo, "muerto por nuestros pecados y siempre vivo". Jesús es un nombre hebreo (*Yeshua*); Cristo, una palabra griega (*Christos*, que significa ungido, consagrado, y que traducida al hebreo es *Mashiah*, de donde viene nuestro *mesías*). Será considerado cristiano aquel que designe a Jesús como el Mesías, que lo tenga por *Cristo*. El corazón de esta herejía reside en la equivalencia postulada entre un individuo y una categoría. No se es hoy cristiano para venerar al "Sócrates de Galilea", como lo llamaba Voltaire, el "dulce soñador" caro a Renan, uno de los grandes sabios de la humanidad junto con Zoroastro, Pitágoras o Tales. Ni para esperar la llegada de un Salvador, esperanza que todos los judíos comparten. Uno se vuelve cristiano por un *nexo*, para nosotros un *ritornelo*

Descenso de la cruz, escultura del siglo XIII, Catedral de Tívoli.

[1] Simon C. Mimouni, *Le judéo-christianisme ancien. Essais historiques*, París, Cerf, 1998, p. 483.

(Jesucristo Nuestro Señor), en realidad infinitamente litigioso. Este frágil nexo, que soporta por sí solo a la cristiandad, como una pirámide puesta sobre su punta, ha sido objeto de cuidados tan confusos como puntillosos, y la cristología ha desgarrado a las naciones durante los seis o siete siglos teológicamente inciertos en que decidir acerca del dogma era decidir acerca del mundo. Si han sido necesarios tantos doctores y mártires para volver plausible la asociación de los dos términos es porque la cosa, para un judío, no caía por su propio peso. De lo contrario no habría habido nunca un caso Jesús. Ni proceso ni ejecución. Ni cristianismo.

Si Cristo se impone cuando Jesús se eclipsa, mediando una relectura en común de las Escrituras destinada a mostrar que todo, finalmente, ocurrió como algo previsto, el tiempo fuerte del cristianismo no es "la vida de Jesús". Es el del "retorno sobre ella" después de su muerte. La percepción mesiánica del personaje fue asunto de bibliografía, no de biografía. Los Evangelios hablan muy poco del hombre Jesús. O sólo hablan de él mediante su sublimación como Resucitado. La bella figura se deduce de la Buena Nueva, no a la inversa. Y su personalidad, a nuestro ver excepcional, era verosímilmente menos insólita en un mundo tan traumatizado, en pleno desconcierto, donde abundaban los mesías, profetas y consoladores de todos los pelajes. Si lo extraordinario se hubiera impuesto por sí mismo, simples procesos verbales habrían bastado. Desencadenante resultó el momento en que fue movilizada por los evangelistas toda la memoria bíblica, en que testimonios de testimonios se pusieron a circular en las comunidades judías del Imperio y las habladurías se hicieron rumor. Cuando, sobre todo, fueron homologados, investidos de una autoridad pública y legítima por un Canon, como el llamado de Muratori (nombre de su descubridor, en 1740) y que se hace remontar a fines del siglo II (y habrá otros). Cuando los 27 libros del Nuevo Testamento fueron disociados de los apócrifos (como el Evangelio según Tomás y numerosos Apocalipsis y Epístolas) y juzgados buenos para el servicio litúrgico. Los tiempos apostólicos y patrísticos rigen, en este sentido, a los tiempos evangélicos, aunque tendamos a no ver en ellos más que un complemento subalterno, como si la historia profana que sucedió a la historia santa sólo les concerniera de lejos. Cedemos a la ilusión narrativa que proyecta lo diferido en directo y olvida que sin ese segundo peldaño de la leyenda

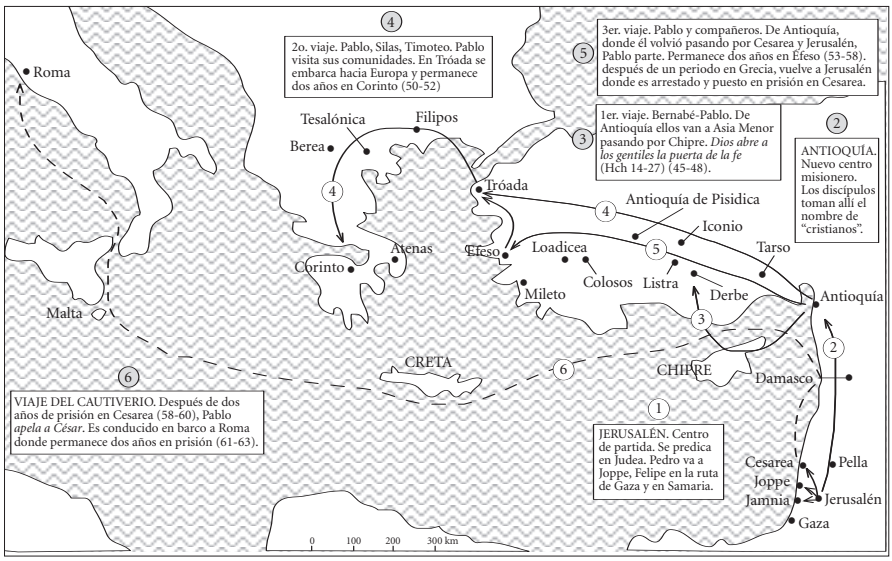
Fra Angélico, *Cristo ultrajado*, hacia 1440. Convento de San Marcos, Florencia.

el acontecimiento primero no existiría. "Crucificado" se escribiría sin mayúscula ni artículo definido. Y Joshua hubiera ido a dar a la fosa común donde se pudrieron decenas de miles de anónimos esclavos y resistentes supliciados conforme a los usos de una época de patíbulos pletóricos. El trabajo intelectual del lunes volvió santo al Viernes. La Cruz como signo de reconocimiento (adoptado en el siglo IV), después la imagen esculpida de Cristo en la cruz, el crucifijo (aparecido en la Edad Media), designan a nuestro ver a la Crucifixión como punto de mira. Pero la corona de espinas, la lanza, el martillo, la tenaza, la esponja, la inscripción INRI, toda la parafernalia de la escena originaria fueron registrados por la tradición. No antes de la segunda o tercera generación. Ninguno de sus discípulos escribió sobre Jesús mientras vivía. Aparte de Mateo, los apóstoles no hicieron gran cosa por su Maestro. Eran demasiado cercanos, sin duda. No se discierne nunca el genio de los contemporáneos y menos aún de los que están próximos, al igual que no se ve morir al vecino de al lado.

Prodigiosa sobreelaboración: convertir en apoteosis un fiasco, en título de gloria un suplicio infamante y en prueba de excelencia una contraprueba calamitosa (¿quién es pues ese Dios que permite que le escupan?). El sujeto, nos atrevemos a decirlo, había facilitado su salvamento póstumo conservando cierta vaguedad sobre su persona y su misión: ¿doctor, maestro, santo, servidor, Salvador, rey, hijo del hombre, hijo de Dios? No hay una respuesta clara. "Y vosotros, ¿quién decís que soy?" (Mt 16, 15). A los discípulos compete llenar los vacíos. Titulación abierta, según deseos y afinidades. Siglos de controversias y la cristología misma, la disciplina que formaliza la naturaleza ontológicamente flotante de Jesús (hombre de Dios elegido por Él, no; hombre divino, no; hijo de Dios…), surgirían de este *curriculum vitae* deficiente. De este "no pudo presentar sus documentos de identidad en el tiempo requerido". Los

evangelistas y después los Padres de la Iglesia lo hicieron en su lugar. Sin ellos el galileo se habría sin duda sumergido en la niebla de los cultos de misterios procedentes de Oriente. Y nosotros discutiríamos con gravedad, en el año 2001, sobre la naturaleza, doble, simple o triple, de Isis, de Mitra o de Serapis.

Un dios en funciones produce fiebre, y cuando el cardiograma de las poblaciones queda plano se extiende el acta de defunción. Aquellos a quienes se pasea precipitadamente en su mortaja púrpura —Mazda, Apolo, Augusto, Mao o Lenin— son entonces depositados en los archivos o en los sarcófagos. Memorias muertas. Peregrinajes culturales. Visitas a los mausoleos. Que Jesús haya hecho latir a miles de millones de corazones en miles de lugares a lo largo de dos decenas de siglos no puede dejar frío al historiador más frío. Peguntémonos más bien lo que debe tal vitalidad a este curioso detalle: la emoción cristiana no la suscitó personalmente Jesús, figura patética si las hay. El hombre-dios que vivió y murió casi incógnito, en la indiferencia más que bajo la censura, no fue contemporáneo de (ni siquiera está muy presente en) la tempestad afectiva asociada a su nombre. Se creería que el infortunio de Jesús fue la oportunidad de Cristo. Bien se sabe que el *quid pro quo* es la norma de toda



Carta de los viajes de Pablo. Fuente: *Dictionnaire culturel de la Bible*.

celebridad individual (de las merecidas tanto como de las usurpadas). La reputación de los humanos, y la de sus ideas más aún, al ser una sucesión de malentendidos, presentan como único punto interesante el de saber si son o no productivas. Con los discípulos de Jesús, la productividad simbólica alcanza un *summum* insuperado desde entonces. La fecundidad de este *desenganche* de la palabra respecto del hecho se indica en la aventura de Pablo. El más eficaz de los transfiguradores, el que convirtió a la Crucifixión en algo legible e inteligible en las categorías mentales del medio, la Diáspora judía del Imperio romano, que llevó su testimonio alrededor del Mediterráneo, no fue testigo de absolutamente nada. Es Pablo el políglota (griego, arameo, hebreo, latín), el fariseo superdotado, el conceptualizador, "que hizo todo por Jesús", no pese sino a causa de que no lo conoció. No es ver y entender, sino hacer ver y escuchar lo que abre la diferencia. Prueba que en materia de transmisión (en el tiempo) y contrariamente a la comunicación (en el espacio), lo directo no es recomendable. Es el "reestreno" lo que decide. Aquí el "tiempo real" se quedó seco.

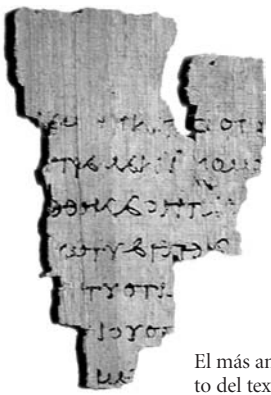
¿Hay mucho trecho entre la *histéresis* (el retraso del encendido) y la histeria? Histeria de conversión, dice el freudiano. *Nachträglich*. La eficacia simbólica está en su mejor momento *a posteriori*. La tradición nos irrita como la influencia abusiva del pasado sobre el presente. Todas esas manos de muertos agarradas a los vivos… Marx retomó ese lugar común en una frase a menudo citada: "La tradición de todas las generaciones muertas gravita con un peso muy grande sobre el cerebro de los vivos." Se quejaba de ello, aunque haya debido su propia irradiación a la capacidad que tienen nuestros desaparecidos de desmultiplicarse y de sobremultiplicarse en espectros errantes (y el de Marx, que pesó grandemente sobre el cerebro de marxistas y antimarxistas, aún no termina de hacer de las suyas). "Así —añadía—, Lutero se puso la máscara del apóstol Pablo." Falta aquí lo esencial, que es la ida y vuelta de las cirugías plásticas, en que tampoco los vivos cesan de tallar una y otra vez el rostro de los muertos. Lutero reesculpe la silueta de Pablo antes de hacerse una máscara de él. Como Pablo de Tarso remodeló a Jesús a su uso y semejanza. Y cuando nosotros miramos hoy el rostro del Salvador ¿quién sabe si no divisamos al docto fariseo convertido en cristiano?

"El hombre de los lobos no comprendió el coito sino en la época del sueño, a los cuatro años, y no en la época en que lo observó, y el sueño confiere a la observación del coito una eficacia a destiempo." Tal como los recuerdos, para tener sentido, deben decirse, y reorganizarse al decirse, las huellas mnésicas que Jesús dejó tras de sí no podían transmitirse sin ser representadas de nuevo, reinsertadas en el psicodrama colectivo y esculpidas en confirmaciones. Todo aquí fue asunto de inteligencia. El acontecimiento Cristo se jugó en las cabezas, "en el espíritu". Se retoman los mismos materiales —Isaías, Malaquías, Oseas, la Pascua— pero se "montan" como otros tantos anuncios o preparativos de una consumación que acaba de tener lugar a espaldas de sus primeros beneficiarios. La Resurrección fue sin duda una reparación psíquica e intelectual, un *golpe teatral interpretativo* que "avaló" un cataclismo emotivo incomprensible reintegrándolo al sistema de ecos de las Escrituras mediante la categoría matricial de Mesías, familiar a todos. La acusación de blasfemia formulada por los grandes sacerdotes se convierte así en desenlace proclamado, el que Israel esperaba desde siempre. Lo herético fuera de la ley se reconvirtió en refundador de la Ley. Y esta voltereta se efectúa al calor de la urgencia, en la febrilidad pánica de los "últimos días", como ocurre en tiempos de catástrofes (los macabeos, Masada, Tito, la ocupación romana). Si la noche es larga es porque el Día J está ahí. "El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está muy próximo: convertíos y creed en la Buena Nueva" (Mc 1, 14-15). Discípulos y primeros testigos, transidos por la inminencia del fin del mundo, habrían entonces huido hacia un pasado imaginario porque fue reordenado, refraseado, los traumatismos sin rodeos que la realidad acababa de infligir a sus esperanzas. Los Evangelios, las Epístolas y los Hechos no son sus sueños. Pero está permitido leer en ellos *abreacciones*, descargas de escritura emocionales mediante las cuales se liberaban del recuerdo de acontecimientos insoportables (la desbandada, el rechazo, la acusación de charlatanismo). "Positivaron" el fracaso inmediato de una toma de palabra excesivamente desfasada mediante una reinscripción tradicionalista de lo marginal incomprendido, después relegitimado por los archivos nacionales. Así neutralizaban el efecto devastador sobre los espíritus del primer círculo. Hay siempre un intervalo más o menos largo entre el trauma y la abreacción (es en y por el lenguaje como se efectúa este género de curas). Aquí los plazos fueron más breves, con mucho, que para la odisea judía. El relato no

signado se hizo testimonio en primera persona. Se pasó de algunos siglos a algunas décadas de separación. Los tres Evangelios sinópticos han sido establecidos entre 40 y 70 años después de la muerte de Jesús, en el año 30. Los escritos paulinos, los primeros, van del año 50 al 63. No disponemos de ningún autógrafo, por supuesto, sino sólo de copias de los originales. El más antiguo de los manuscritos conocido es el fragmento desgarrado de un papiro (restos de versículos del Evangelio según san Juan), hacia los años 120 o 130. Pero la distancia entre el autógrafo y la copia es mucho menor que en el Antiguo Testamento. Recordemos que cuatro siglos separan a Virgilio de los más antiguos manuscritos conocidos de su obra, trece en el caso de Platón y diecinueve en el de Eurípides. Ventaja del escrúpulo religioso, que presta gran cuidado a reunir sus huellas (*relegere*), sobre las culturas académicas, más indolentes.

El efecto tradición

Quien recorre los Hechos de los Apóstoles, el más antiguo documento sobre los orígenes del movimiento cristiano, verosímilmente redactado o recogido por Lucas —médico de profesión nacido en Antioquía y compañero de Pablo— tiene la sensación de tomar un camino real. Sigue una línea recta sin atolladeros ni bifurcaciones, que comienza con los adioses de Jesús al final de su vida (reducida ésta a lo más breve, como una corta jornada de enseñanza) y acaba con el arribo de Pablo a Roma, papa *in partibus*. La pequeña familia de los comienzos se amplía bajo nuestros ojos hasta ser el pueblo de Dios, como brota y crece un grano hincado en buena tierra. "¿Con qué compararemos el Reino de Dios? Es como un grano de mostaza que, cuando se siembra en la tierra, es más pequeña que cualquier semilla que se siembra en la tierra; pero una vez sembrada, crece y se hace mayor que todas las hortalizas y echa ramas tan grandes que las aves del cielo anidan



El más antiguo manuscrito de los Evangelios (primera mitad del siglo II): fragmento del texto de Juan donde se relata la Pasión. John Rylands Library, Manchester.

a su sombra" (Mc 4, 30-32). Como crece un niño, despreocupado y seguro de sí a través de las pruebas. El Mesías se expande en su Mensaje, revive en sus discípulos.[2] Tal es el milagro *refundador* de una transmisión bien conducida: simplificar lo complejo y suprimir las vacilaciones. La imagen de la Cruz abriéndose camino, recta como un árbol, borra las desgarraduras entre comunidades, entre "helenistas" y "judaizantes", entre Pedro y Pablo, entre los de Antioquía y los de Jerusalén. Hacer que el Símbolo de los Apóstoles les caiga en la boca de modo sincrónico, los Doce al mismo tiempo, paloma o alondra asada, un buen día de verano, evita tener que interrogarse sobre los zigzagueos polémicos, o sobre los arbitrajes previos a la profesión de fe en adelante aceptada. La cooperación es a ese precio. Reunir las disidencias, curar las heridas, disminuir los riesgos, pulir los dientes de la sierra. Paso libre al triunfal sonreír de una Providencia muy política que sabe mejor que nosotros lo que tenía que hacer para llegar a la salida más directa: el reconocimiento por las diversas comunidades judías de la Diáspora de que la Torá fue a la vez abolida y cumplida en la persona del Mesías.

Pacino de Bonaguida, *El árbol de la cruz*, siglo XIV. Accademia, Florencia.

"La Buena Palabra se ha esparcido", decimos. Y nos imaginamos la suave difusión de un punto de luz que apareció en Judea y se extendió en las cercanías. Fantaseamos una verdad de lo singular, concentrada sobre sí misma, que se habría diseminado enseguida en cristianismos locales, más o menos heterodoxos, fragmentos desmembrados de una totalidad perdida. Habría pues un punto cero en el espacio y en el tiempo —digamos: Jerusalén, el domingo 9 de abril del año 30 por la mañana, la Pascua de Resurrección— a partir del cual se habrían desplegado, como los rayos de un foco, varios ramales de interpretaciones divergentes: arianismo, nestorianismo, monofisismo, etc., a las

[2] Véase al respecto, de Simon C. Mimouni, "Les réprésentations historiographiques du christianisme au 1er siècle", en *Théologie Historique*, vol. 114, *L'historiographie de l'Église des premiers siècles*, Beauchesne, 2001.

que se llamará después herejías, o apartamientos de la norma (de un bloque de fe monolítico). Todo indica que fue a la inversa. El fenómeno cristiano, visto en el tiempo, presenta una base circular, archipiélago de sectas y movimientos contradictorios, que se cierra en punta con el correr de los siglos bajo la mano de hierro de los emperadores y de los Padres de la Iglesia, concilio tras concilio. La pluralidad de las comunidades precedió a la unidad de la Iglesia del mismo modo que las herejías precedieron y permitieron la fijación del dogma. El cayado se volvió recto (*orto*-doxo) mediante un vaivén de torsiones en sentido contrario, a través de una incesante pulseada entre fracciones secesionistas (Alejandría, Antioquía, Cartago, etc.).[3] Es necesario abandonar como un señuelo la aparente evidencia de que "en el origen del cristianismo está Cristo". Ella viste a un credo comprobándolo pero invirtiendo los factores, ya que si no hubiera habido la desinencia *ismo* la raíz no existiría. *El después produjo el antes*. De la misma manera que la destrucción de Jerusalén suscitó a Moisés y Abraham para levantar la moral de los desmoralizados de la Diáspora, con éxito, como lo muestra la excepcional resistencia de la judeidad a las influencias helenísticas y romanas. Decir que "es el movimiento cristiano el que inventó a Cristo y no a la inversa" parecería un coqueteo o una paradoja, pero la sensatez no es nunca más que una *relación de fuerzas cultural sublimada en banalidad consensual*. Los que imponen a los demás su marco de pensamiento tienen la facultad de *reescribir el antes en función del después*. Es la regla del juego transmisivo. Opera mediante insensibles reencuadramientos, retoques, desplazamientos. Y también mediante golpes maestros —traducciones descaradas o profecías autorrealizadoras. Estos dopajes se encuentran cada vez que una idea-fuerza se posesiona de una multitud. Maurice Sachot ha subrayado por ejemplo el enroque genial del cartaginés Tertuliano (el primer teólogo de lengua latina). A fines del siglo II invierte el tablero, como si nada, haciendo permutar las casillas de las palabras claves *religio* y *superstitio*.[4] Magistral. Bautizar "religio" a la disidencia cristiana venía nada menos que a suplantar la oficialidad imperial, siendo

[3] Una buena descripción de este proceso histórico-teológico es la dada por Manuel de Dieguez en *Et l'homme créa son dieu*, Fayard, 1984.

[4] Maurice Sachot, "Histoire d'un retournement et d'une subversion", *Revue d'Histoire des Religions*, núm. 208, 1991.

que la *religio* en el mundo romano no estaba separada del poder del Estado. Y al mismo tiempo venía a deslegitimar el *statu quo*, ya que, al estar fundado en una seudo-*religio*, el culto imperial no era en el fondo más que una superstición más. Vertiginosa inversión de los signos de legitimidad por la cual una secta facciosa y totalmente marginal presentaba nada menos que su candidatura a la dirección del Centro mundial. Es lo que se llama "un gesto osado".

El hecho y la fe: a cada uno su ley

Verificar la teología mediante la historia es una preocupación refleja cuando se teme que una solución de continuidad entre ambas ponga a la primera en peligro. Está permitido pensar por el contrario que la distinción entre los dos órdenes devuelve a cada uno de ellos su vigorosa y sustancial autonomía. Confrontar la epigrafía y la arqueología con la catequesis y el dogma es un ejercicio tan decepcionante como vano. La Biblia tiene su diccionario de concordancias internas, pero las investigaciones de concordancias internas/externas entre las "verdades de fe" y los datos documentales, que quieren poner un hecho verificable frente a tal o cual versículo de las Escrituras, se malogran. Sobre el nacimiento y la adolescencia del Cristo teológico podemos reconstituir un camino, marcar etapas. El proceso más célebre, simbólicamente, de la historia de la humanidad no está aún cerrado, y la Pasión de Cristo, a despecho o a causa de sus relatos, sigue siendo materia controvertida. Encontraremos un día fuentes más imparciales y directas que los Sinópticos (si se llegara a descubrir, por ejemplo, la tumba de Herodes el Grande o la de Agripa, con los archivos dinásticos, o los registros del amanuense del Sanedrín), de las que se puede dudar que zanjen en absoluto las cuestiones planteadas. Una adición de *indicios* no podría hacer o deshacer un *símbolo*, al no ser esas dos categorías de signos de la misma naturaleza. ¿Por qué contrariarse a causa de que la indagación y la exégesis, la arqueología y la teología no tengan nada o casi nada que enseñarse (nada que sea capaz de inquietarlas mutuamente)? En el casco insumergible de los navíos de fe, la información y la interpretación son casi compartimentos estancos. Lo que mantiene desde hace dos siglos un diálogo de sordos que tiene la ventaja de cautivar a griegos y troyanos sin inquietar ni

la confianza de unos ni la desconfianza de los otros. El agnóstico y el convencido, desde Renan, si no desde Voltaire, se distinguen por el juego de cintura con que se esquivan. El segundo para validar las fuentes, rectificar esta datación, excusar aquella contradicción entre los Evangelios, en suma, para autenticar "el mensaje de fuego y de amor"; el primero para establecer la falsedad de las hipótesis antedichas, mostrar que los milagros son imposibles, las fechas están mutiladas y las indicaciones de lugares incoherentes, en suma, para denunciar la impostura. Tanto al incrédulo (al que ninguna relación o testimonio podría hacer vacilar) como al apologeta (que se remite al Magisterio para separar el trigo de la cizaña) les tiene sin cuidado. Y hacen bien.

La cuestión de la fe se juega en las desembocaduras, no en las fuentes. Y el principio lógico de no contradicción nada podría resolver desde el momento en que existen no varias verdades sino varios "reales" (siendo la realidad virtual sólo la última en aparecer, sin anular a las precedentes pero dándonos un real más). Lo real de la creencia tiene su propio realismo, como la positividad crítica tiene el suyo. Cada uno camina a su modo. Un cristiano no tiene ninguna razón para sentirse molesto por leer en san Marcos, a algunas páginas de distancia, una cosa y su contraria. Subrayar el hecho de que los Sinópticos no están de acuerdo sobre el número de los Apóstoles, tan pronto 14 como 12, no cambia nada el hecho, altamente simbólico, y en armonía con las 12 tribus de Israel, de que por tradición los Apóstoles son 12, y esto, para siempre.

La Resurrección es la vida que sale de la muerte. Vencida la entropía. La pendiente al revés. Una promesa tan fortaleciente y alentadora, biológicamente irresistible, desalienta la salva de pruebas materiales. ¿Sobre qué balance objetivo, sobre qué piedra de Roseta nos fundaríamos, a fin de cuentas, para distinguir aquí lo verdadero de lo falso? ¿Nuestras fuentes históricas? Son ya en sí interpretaciones. Y nuestros comentarios, interpretaciones al cuadrado. No conocemos al Jesús de sus diez mil biografías más que a través de las atestaciones de quienes lo consideraron el Mesías, con todo su corazón y con toda su alma, y que se decían en primer lugar a sí mismos al decir Jesús "Cristo". Tales "testimonios de fe" prueban ante todo la fe de sus autores, y buscar con qué establecer el expediente de "lo que realmente pasó" conduce a un punto muerto. Los evangelistas son demasiado adictos a la causa, demasiado parte comprometida en el proceso de divinización de su maestro, para ser escuchados

como testigos en el sentido judicial del término. Lucas no vio nada, pero sabe por Pablo, que a su vez sabe de oídas. Marcos sabe por Pedro, que estaba ahí, ¿pero entonces, dónde ocurrió? Mateo copia al griego, al parecer, sus antiguas notas en arameo. Juan ha entrado ya a una edad avanzada cuando toma su cálamo. Todos ellos escriben para edificarnos, no —o no solamente— para instruirnos. *Para hacernos creer* en ciertos signos, más probantes que otros —como apologistas cabales, y no como falsos testigos. "Jesús realizó en presencia de los discípulos otras muchas señales que no están escritas en este libro. Éstas han sido escritas *para que creáis* que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre" (Jn 20, 30). "Os he transmitido lo que yo mismo he recibido" (Pablo, a los corintios). Nada de trampas. Cada uno se reanima con el otro. Es la acción de la autosugestión (se hacen ilusiones juntos, estimulándose a ello entre sí). En cuanto a las miradas exteriores, esencialmente romanas, sufren del defecto inverso: un prejuicio de hostilidad, con la incomprensión tonta del conservador (salvemos el *statu quo*). En el paso del primero al segundo siglo son desdeñosas y vagas. Dos líneas de Suetonio, diez de Tácito, una página de Plinio, su carta a Trajano, más circunspecta.[5] Henos aquí ya en la rueda. En los pequeños círculos de convencidos, sobre el terreno, demasiada empatía. Del lado de la burocracia imperial, demasiada antipatía. Es un asunto de menesterosos, gruñones por añadidura. La inteliguentsia romana no se ocupa de los pobres (los cuales tienen el deber de ocuparse de ella). En suma, las piezas del "expediente" nos hacen saltar de un exceso a una falta de connivencia. Entre el palurdo iluminado de los suburbios y el *énarque** despreciativo de las prefecturas, no hay nada o casi nada. Flavio Josefo, con sus *Antigüedades judaicas*, representa un intervalo más confiable, pero sus alusiones a Jesús se consideran interpolaciones dudosas. Una vez no es costumbre; el justo medio está ausente. No hay "libro blanco" posible.

Los Evangelios no ocultan que son memoriales personalizados o adoctrinamientos, no reportajes. *Incipit* de Lucas:

---

[5] Hacemos referencia a Tácito, *Anales*, 15, 44, 3; Suetonio, *Vida de Claudio*, 25, 4; y Plinio el Joven a Trajano, *Cartas*, 10, 96.

* Ex alumno de l'École Nationale d'Administration, ENA, o "enarca". [T.]

> Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la palabra, he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribírtelo por su orden, ilustre Teófilo, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido.

Esa enseñanza es un gran relato compuesto por cien pequeños relatos, repeticiones de repeticiones, metaleyenda. La confidencia inflacionista susurrada al oído anudó eslabón por eslabón una larga cadena de "se dice" —transmisión exitosa. Cuando se sabe que "transmitir no es sólo comunicar y reproducir sino inventar y producir", el *ex post ante* no tiene nada que no sea natural. ¿Qué manuscrito puede atravesar siglos de anotaciones y de interpretaciones sin convertirse en palimpsesto. ¿Sin rodar y crecer, bola de nieve, bola de fuego, moldeada por los círculos que una y otra vez la absorbieron y que ella absorbió? El autor de *L'invention du Christ, Genèse d'une religion* resumió el recorrido en tres momentos principales, uno por cada siglo. El medio judío, en el primer siglo, construyó la figura del Mesías en arameo, con tanto más fervor cuanto que la destrucción del Templo en el año 70 le quitó su anclaje territorial (no dejándole sino el entintado talmúdico del papiro).* Después de lo cual el medio helénico (es decir, sobre todo los judíos helenizados de Antioquía y de Alejandría) hizo de la figura de Cristo, en el siglo siguiente, el maestro de una escuela filosófica en condiciones de rivalizar con las demás, una doctrina de verdad, sobre el modelo de la *scholè* (de este periodo data la palabra *cristianismo*, como platonismo o estoicismo). Enseguida, tercer reciclaje, el medio romano hizo de esta sabiduría que habría que enseñar una religión que había que instituir, sobre el modelo jurídico político de la *civitas*. *Jerusalén*: este Jesús es verdaderamente el Cristo. *Atenas*: este Cristo es un maestro de la verdad. *Roma*: este director de escuela es nuestro Dominus, el Emperador del Cielo y de la Tierra. La salida de cada secuencia transformadora sirvió de preámbulo a la siguiente.

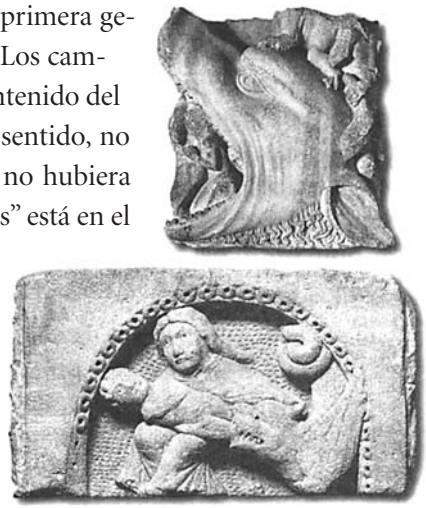
---

* En la oración anterior se pierde el intraducible juego de palabras fonético entre dos términos que suenan igual: *ancrage* —"anclaje"— y *encrage* —entintado. [T.]

El credo se recibe como evidencia *primera*. Una fulgurancia a veces, en esos miniacontecimientos interpretativos que son las conversiones personales, relámpagos del alma. El nuevo converso clama su fe en Cristo, pero la exclamación repite las de miles de otros. "La Verdad ha llegado." ¿Un nuevo Dios nos llama? A menos que no responda a la convocatoria. El pequeño Jesús fue hecho "divino niño" a título póstumo. Y fue provisto de un acta de nacimiento en buena y debida forma después de cinco siglos de estudio de los textos y de disputas doctorales. Cuando Denys le Petit, teólogo de origen bizantino muerto en el año 530, fijó el nacimiento del Niño Dios en el año 752 del calendario romano. El día de Navidad, puesto que era el solsticio de invierno, fecha consensual. Lucas y Mateo habían ya fijado el lugar, Belén, de donde el Mesías no podía sino ser originario porque era la ciudad de David, *según las Escrituras*.

Devolver al Apóstol lo que es del Apóstol

¿La Iglesia no se habrá hecho daño queriendo hacer el bien —con un espíritu de sumisión digno de los mejores jesuitas? ¿Los éxitos que atribuye a la Providencia son méritos que le corresponden o que declina por humildad? Los apóstoles discípulos de la primera generación eran una treintena de personas. Los campeones históricos del dar a conocer. El contenido del Nuevo Testamento, si las palabras tienen sentido, no puede ser calificado de genial. Nada que no hubiera dicho el Antiguo. "Amarás a Yahvé, tu Dios" está en el Deuteronomio (6, 4-5). "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" está en el Levítico (19, 15-20). "El Hijo del Hombre", como Jesús se llama, está en el Libro de Daniel (7, 13), para describir a un Salvador llegado del Cielo. El dragón del Apocalipsis es el Leviatán de siete cabezas del mito cananeo. ¿Las Bienaventuranzas? Un clásico de los textos de Sabiduría o



Arriba, el Leviatán; abajo, el dragón del Apocalipsis. Altorrelieves, siglos XIII y XII. Museo de Berry, Bourges, y Museo del Louvre, París.

Sapienciales. ¿El Mesías? Un concepto judío (¡que se vuelve a encontrar hasta en Irán!). La Encarnación también. El texto cristiano no es una mezcolanza sino una cámara de ecos donde se distingue un cambio de acento en el seno de la herencia judaica, acerca de la cual suministra un *compendium* radicalizado y simplificado. La innovación que, pese a las apariencias, no es sólo de forma, reside en la mundialización del proyecto, con apertura del mensaje a la gentilidad: más que un plus es una mutación de fondo.

Olvidemos el prejuicio. La vulgarización es, de todo lo que hacemos, lo menos vulgar. Para una doctrina, sea cual fuere, y *a fortiori* de salvación, es la prueba de fuego, el *via crucis*. Los esenios o los gnósticos se habrían sin duda estremecido de horror ante la idea de exponerse al *vulgum*, a través de una *Vulgata* o "versión de divulgación". La palabra designa propiamente la traducción al latín de la Biblia por san Jerónimo (342-420), en la cual trabajó 22 años, y la cristiandad salió de esta rebajante abnegación. Cualquier elucubrador puede fabricar en su rincón un pequeño sistema de interpretación del mundo verdaderamente colorido y alambicado. Jugo de cráneo.* Una pequeña rueda en la cabeza. Hacerla rodar en la cabeza de los demás es el asunto realmente difícil. La más grande de las artes. La medalla de oro. Difundir, propagar, hacer compartir. *De propaganda fide*. Al artículo "Propagation" el *Dictionnaire de théologie catholique* dedica diez páginas apretadas. El *Dictionnaire encyclopédique du judaïsme* ninguna. Señal minúscula de una diferencia de esencia, y de generación.

Ad augusta per angusta ["A lo augusto por lo angosto"], hacia las realidades augustas por puertas estrechas: la divisa inventada por Victor Hugo para la Compañía de Jesús podría servir de moraleja a la historia del despliegue cristiano. Una lección de estrategia. O cómo generar fuerza de las propias debilidades.

La *doctrina* en primer lugar. Todas las tradiciones de los Israeles concurrentes trabajan en sentido contrario al movimiento que se busca. Y lo desgarran como partieron ya el rostro de Jesús, que tiene más de uno, visto de cerca. Hay en Marcos un fariseo que "tan pronto llega el Shabbat va a enseñar a la sinagoga";

* *Crâne* significa "cráneo" y "petulante". [T.]

hay en Juan un zelote que echa a los mercaderes del templo; hay un esenio en Mateo que lanza su discurso sobre la montaña; sin olvidar al bautista que se hace iniciar en el agua viva por Juan Bautista, justo antes del fin del mundo. Y todo ello hace un excelente Mesías que van a poder compartir los adeptos de esferas de influencia opuestas, en el seno de la Diáspora, interpretándolo cada uno a su manera. Este perfil caleidoscópico habría podido enturbiar la recepción mediante sus imbricaciones y mezclas. Pero el movimiento extrajo de sus incoherencias un poder multiplicador, haciendo de cada versión del Cristo el gancho de amarre a una esfera diferente. Se iniciaba así, *in nuce*, una excepcional capacidad de inculturación hacia todas las antípodas. La universalidad del Dios transétnico procede en un comienzo mediante una adición de particularismos, sin exclusividad sectaria. Un rico y un pobre, un resistente en Roma y un colaboracionista, un helenizante y un judaizante, pueden encontrar en él la horma de sus zapatos. Y beneficios a su gusto. Los duros y los flexibles; los mojigatos y los casados, los francotiradores y los biempensantes. A toda fórmula de exclusión o de recomendación —"No toquéis cosa impura y yo os acogeré" (2 Co 6, 17)— se puede oponer otra de sentido contrario —"tened todos en gran honor el matrimonio" (Hb 13, 4). Si no quiero que mi hermana, una joven viuda, se vuelva a casar, le daría a leer a san Pablo (1 Co, 7), pero si su nuevo matrimonio me conviene le daría también a leer a san Pablo (*ibidem*). De la nueva verdad cada uno tiene su parte y todos la tienen entera. Admirable, el programa de Pablo: "ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Ga 3, 28). Por pragmatismo, la abolición de las discriminaciones en Cristo, antes de la unificación autoritaria de las prácticas y de los dogmas por el Imperio cristiano (siglo IV), comenzó con la buena acogida a todos, sin *a priori* ni interdicciones.

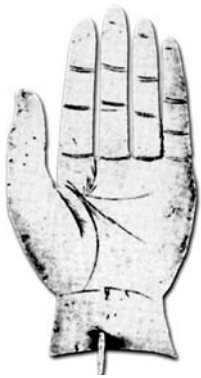
La enseñanza, a continuación. Del mismo modo que el caleidoscopio de las figuras del Señor, reconvertido en espíritu de apertura, permitió responder a aspiraciones imaginarias contradictorias, la modestia filosófica de semejante mensaje se convirtió en "simplicidad evangélica". El talento, en este terreno, fue *osar simplificar*. E incluso hacer expedito, a fin de expedir mejor (quien divulga decanta). Contrariamente a los fariseos, el Jesús de los Evangelios no argumenta y se cuida de deducir o conceptualizar. No es un escriba. Da una

En una parábola, Jesús da como ejemplo la humilde plegaria de un publicano (izquierda), en oposición a la suficiencia de un fariseo (derecha). Evangelio bizantino del siglo XII. Biblioteca Nacional, Atenas.

enseñanza de calle a las bases, oralmente y sin melindres. Habla con parábolas o proverbios, de la vida de todos los días. ¡Cuántos sarcasmos suscitaría este candor, y qué de escarnios "pamplinas" tales como la Resurrección de los cuerpos, entre los viejos letrados de la Antigüedad tardía (Porfirio, Celso), habituados a una mayor consistencia! No hay física. No hay lógica. No hay cosmología. En comparación con las demás doctrinas de sabiduría existentes entonces en el mercado, estamos ante un producto débil, próximo a lo "nulo". De allí los esfuerzos de Pablo y de los apologistas, desde el siglo II, por volver a introducir lo discursivo y lo letrado —y no quedar mal ante sus pares. La teología dogmática funcionará muy bien, pero la formulación inicial, obra maestra de la ingenuidad, poseerá por largo tiempo para los dialécticos del ágora el prestigio que tendría hoy una historieta ante un jurado de tesis (a la antigua). Los atenienses expertos arengados por Pablo en el Areópago le pidieron cortésmente, al final, que siguiera su camino: "Te escucharemos hablar de esto en otra ocasión." Ni siquiera Lucas en Hechos, pese a ser un incondicional de Pablo, puede ocultar este fiasco. Esta "debilidad teórica" le dio su fuerza propulsora delante del gran público. El que compra biografías, no tratados, testimonios, no ensayos; y que prefiere la "verdadera historia de" a los "discursos sobre el origen de". O los buenos sentimientos (amor, caridad, esperanza) a los buenos razonamientos. El evangelizador (un poco como, en la actualidad, el hombre mediático del día en la radio, la tele y las entrevistas) hace jugar lo de abajo contra lo de arriba, la calle contra las academias, lo marginal —inmigrados, artesanos, mujeres— contra el Centro. Y sustituye al Espíritu Santo mediante el espíritu infantil. ¿El pequeño Jesús frente a los doctores de la Ley? La "preventa". Es así como esta loca razón se apoderó de un Imperio consumido por un exceso de racionalidad, donde lo especulativo y lo escolar aislaban a las élites intelectuales del corazón de la población. Si quieren cautivar, no escriban un libro de filosofía: cuenten una bella historia.

Mega biblion, mega kakon, un gran libro es un gran mal. El opúsculo cristiano condensa la vida y la muerte en cien páginas (la semilla contiene al árbol entero). Telegrafía evangélica. Serie de recitativos cortos y densos, fáciles de memorizar. La resonancia de lo poco. Lengua a la vez corriente e impactante. "Levántate." "Si la semilla no muere." "Que vuestro sí sea sí." Estos dichos conforman una epidemia, y tal es el fin. Facilitación acústica de la memoria (la audición era el sentido principal, antes que la liturgia se visualizara, hacia el siglo XII, después de la muerte de san Bernardo). La parábola también es mnemotécnica. "Hacer imagen" aporta un plus de sentido en un mínimo de palabras. El buen samaritano, tirar la casa por la ventana, echar margaritas a los puercos, el obrero de la undécima hora, las vírgenes imprudentes y las vírgenes sabias: todo esto circula y crece como la buena historia que corre de boca en boca porque se retiene fácilmente y valoriza a su narrador. *Less is more*. El epítome contrastaba con la profusa pesadez de las tradiciones. "Estos mandamientos los enseñarás a tus hijos y a los hijos de tus hijos." 248 mandamientos y 365 prohibiciones, versión judía, se transmiten menos fácilmente que siete pecados capitales y tres virtudes teologales.

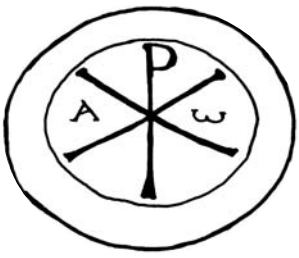
Lo breve es raramente tierno. La elipse evangélica contrasta tanto con la pose del lapidario romano como con el laconismo vanidoso de la *sententia* latina y con el aforismo cincelado y encorsetado. El estilo cristiano ablandó esta punta seca. Mediante un intimismo cursivo y bonachón; nada que ver con el Catón erguido, con el César estudiado. Aquí lo parsimonioso permanece fluido y de buen humor. ¿La pasión del contacto y del impacto explica el instinto comunicativo de lo abreviado, extensible al tratamiento de las reliquias (*la pars pro toto*: el pequeño dedo del santo por el cuerpo entero)? Traducir, para un doctor, es diluir; para un apóstol, contraer. El prosélito que debe circular y reclutar más allá del círculo de los iniciados está profesionalmente entrenado para hacer menos con más. Transmutación litúrgica de la galleta en *hostia*, de la tienda en *tabernáculo*, del miembro entero en *exvoto*, del panel pintado en *tríptico portátil*, de la cruz en *crucifijo*, de la corona del cuello en *rosario* (pequeño sumario), de la profesión en *símbolo de fe* (la formulación breve del credo común al conjunto de los cristianos), del camino de Jerusalén en *laberinto*, del nombre completo en *monograma* (el crismón, X y P superpuestas) o en I.H.S. (*Iesus Hominum Salvator*, Jesús Salvador de los Hombres). Del título integral en



Los exvotos representan la escena o el objeto ligados al voto que ilustran, como aquí, una mano que evoca una curación. Exvoto del siglo XVII, iglesia de Plougoulm.

jeroglífico (*ichtus*, el pescado, acrónimo de Jesucristo Hijo de Dios Salvador), del gran libro de plegarias en *breviario*, del misal (que a su vez había remplazado en el siglo XIII al sacramentario medieval) en *devocionario* (él mismo una vez más abreviado). El transmisor va siempre a lo más manejable. *Vademécum*, memento, índex, *syllabus*. Señalamiento y Catalogación. La desmesura de las catedrales y de San Pedro de Roma no debería ocultar a nuestros ojos y nuestros oídos la más profunda disposición a transformar en cada dominio un magisterio (de *magis*, más) en ministerio (de *minus*, menos).

Por lo cual esta "baratura" del "todo por un óbolo" fue un *modern style* anticipado. Poético y práctico, y lo uno en virtud de lo otro. *Zone* de Apollinaire. "La religión única sigue siendo completamente nueva la religión / sigue siendo simple como los hangares de Port-Aviation / Sólo en Europa no eres antiguo oh cristianismo / El europeo más moderno sois vos, papa Pío X." Los cristianos han inventado o entronizado el prospecto, el anuncio, el marbete, el *best-of*, el *abstract*, el jingle. Y sobre todo el logo, formidable vector de identificación y de transmisión comunitaria colocable sobre toda suerte de soportes y del cual el pescado en los muros de las catacumbas sigue siendo el emblema perfecto. En materia de puesta en imágenes, en escena y en intriga, la fe en el nuevo Salvador del mundo (un hombre y no ya una na-



Crismón: signo constituido con las primeras letras de la palabra Cristo en griego (X [ji] y P[ro]), rodeadas de la primera y última letras del alfabeto, A (alfa) y ω (omega), que significan que el Cristo está en el comienzo y en el fin de todo.

El pez
Cada letra de la palabra *ichtus* ("pescado" en griego) es la primera de los términos que designan el *kerigma* cristiano (la profesión de fe en Jesucristo):

I	X	θ	Υ	Σ
I	ji	Th	Y	S
Iesus	Christos	Theo	Yios	Soter
Jesús	Cristo	de Dios	el Hijo	Salvador

ción) no hubiera tenido nada que aprender de nuestros asesores en comunicación. Lo que éstos hacen para limpiar imágenes o para favorecer a presidentes, mediando las finanzas, la fe lo hace por un Ausente y de modo voluntario. La frescura embriagadora de estos salvoconductos tropieza con el gusto muy clásico de las formas breves y ágiles, las más impactantes. Son "sumarios", "enganches", tal como el Nuevo Testamento es un *abstract* del Antiguo, vector de una divinidad *light*, deslastrada de sus rituales legalistas, aligerada para ir más lejos (la botella echada al mar optimiza sus oportunidades si es un frasco y no un botellón). Cristiano es siempre obra de un experto en balística. Perfilar el mensaje, aerodinamizarlo para atravesar mejor la inercia del medio y el ruido ambiental. La abreviación del fondo por la forma permite tanto el desenlace cisterciense como la irradiación misionera. Siempre a la cabeza para simplificar y por consiguiente para electrizar —Radio Vaticano, cadena KTO. Para concretizar lo abstracto y sacudir a los espíritus. "Bien mirado, yo soy el Camino" es la fatuidad de un carismático que se cabe esperar de un exorcista exaltado… Volverla viable y practicable para cada hijo de vecino es más inesperado, y mucho más convincente.

Los hombres-cartas

Recuperado el galileo para la buena causa por los suyos, judíos piadosos y leales, ¿cómo ganar al mundo antiguo para este nuevo Dios, que ya no es temor y estremecimiento, sino sonrisa y alusión? El primer pasaje, de Jesús a "Cristo", se ha desarrollado en un mano a mano con el Antiguo Testamento mediante una serie de juegos de Escrituras. El segundo, de Jesucristo al Imperio cristiano, exigió por añadidura un buen juego de piernas. Habiendo fracasado la Misión del Maestro en tiempo real, hacían falta hombres adictos para retomarla en diferido. El Espíritu Nuevo, nacido de un trabajo sobre la Letra, daba nuevas cartas* que enviar y miles de kilómetros que recorrer.

* Juego de palabras entre los dos significados de *lettre*: letra y carta.

Santiago el Mayor, representado como "Caminante de Dios", grabado del siglo XIX. Biblioteca Nacional de Francia.

El Apóstol fue a la vez la letra/carta y el camino. En sentido estricto. En griego, la lengua hablada por Pablo y las comunidades judías helenófonas de todo el Mediterráneo, *apóstoles* y *epístola* tienen la misma raíz. El apóstol es bueno para la epístola, es ya en sí mismo una epístola de carne y hueso. Es una carta del Cristo "escrita no con tinta sino con el espíritu del Dios viviente". La misiva del Mesías dirigida al futuro, en cierto modo tatuada sobre el cuerpo de su escolta. Al lavar los pies de sus discípulos antes de morir, el Hijo preparaba su mensaje con humildad y previsión, con un sentido del detalle digno de su Padre cuando dictaba el montaje del Arca Santa. En ese tiempo, recordémoslo, el mensaje circulaba al paso del mensajero (a caballo, en barco, generalmente a pie) y quien quisiera ir lejos debía tener cuidado con su montura. Al encontrarse dispersas las comunidades hebraicas o judeocristianas hacía falta ir sobre el lugar, utilizar enviados de confianza o el correo imperial. Lo más seguro era establecer el vínculo por sí mismos. Esto fue lo que hicieron nuestras cartas volantes antes de poner por escrito esta memoria ya colegial, pronto colectiva. Como su maestro siempre en movimiento, nuestros viajeros hablaban mientras marchaban, deteniéndose bajo un árbol, o bajo el alero de una casa. Como Jesús mismo. La Palabra y la itinerancia reunidas en un mismo paso, aquéllos van a fundar o refundar sus comunidades. Pablo reivindica las de Galacia, Filipos, Tesalónica y Corinto. Seguir los cuatro viajes de Pablo en el espacio mediterráneo (entre el año 43 y su muerte) da todavía tela de dónde cortar a nuestros especialistas en giras. Las rutas del Imperio habrán servido de mucho. Uno para todos y todos para Uno, cuando se tiene por patria no la ciudad de nacimiento ni un pueblo particular sino el conjunto del mundo civilizado, esto produce muchos callos en los pies.

Van de a dos, como nuestras monjas y nuestros gendarmes; y cuando se separan continúan la ruta, cada uno con su diácono. Hacia los cuatro puntos cardinales de la ecúmene: hacia Nínive, hacia India y hacia el Oriente (Tomás y Bar-

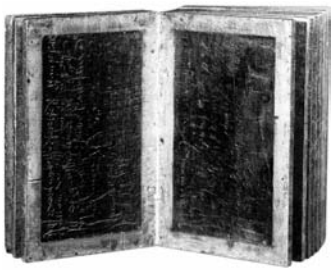
tolomé). Hacia Anatolia (Andrés y Felipe). Hacia Babilonia (Judas y Simón). Hacia Antioquía (Mateo). Hacia las ciudades jónicas, en Éfeso (Juan, el hermano de Santiago). La fe ayuda a formar la cadena y la cadena forma la fe (debiendo el destinatario de la carta reexpedirla espontáneamente). Los misioneros se enlazan oralmente con Jesús como éste lo había hecho con la Torá. "No es sólo por las ciudades y las villas sino también por las aldeas y los campos como se ha expandido el contagio de esta superstición", confirmará Plinio en el año 112. Pero hasta el siglo II en materia religiosa el Imperio es tolerante, aun cuando haya inquietud en las provincias, incontrolables e inquietantes vaivenes. La primera gran peresecución de subversivos tendrá lugar mucho más tarde, en el año 250, durante el imperio de Decio.

Los desplazamientos están bastante bien documentados, especialmente en los Hechos de los Apóstoles (Lucas mismo era un gran viajero). Siguen las vías utilizadas por las legiones y los mercaderes, que vinculan los numerosos enclaves judíos entre sí. La empresa apostólica puede verse como una oficina de centralización y reexpedición de correspondencia destinada a hacer que se reconozca, tanto entre los viejos creyentes como entre los "temerosos de Dios", esos paganos simpatizantes de la causa judía, la mesianidad de Jesús. En una época en que los signos se separan difícilmente de los cuerpos (el desalineamiento de las dos velocidades data apenas del telégrafo óptico) la expedición es personal. El *apostolos*, el enviado de Dios, es también el *apostoleus*, aquel a quien una comunidad envía lejos, como jefe de una expedición naval o como intendente marítimo encargado del equipamiento de los navíos. Hay en esta palabra una curiosa mezcla de almirante de la flota y de comisionado expedicionario. Se hace a la mar lo mismo que al camino, para remolcar a su Iglesia, "la barca de san Pedro". "Bernabé tomó a Marcos y se embarcó para Chipre." El naufragio de Pablo y de su centurión en un bajío maltés mientras navegaban rumbo a Italia se describe con toda precisión al final de los Hechos.

El códice angélico

Flexibilidad de las relaciones con los auditorios, ligereza del soporte de propagación. La *high-tech* de la época o el *codex*, el ancestro de los paralele-

pípedos rectángulos que llamamos *libros*, se utilizó de inmediato y con gran provecho. Por esa puerta de servicio, entre los siglos II y IV, hizo su entrada en sociedad la verdad cristiana. Sobre patas de paloma, como conviene, y sobre los hombros de los importantes. A este Dios *heimatlos* [sin hogar], en efecto, ninguna autoridad intelectual de la romanidad lo vio venir, y de golpe ahí estaba. Demasiado tarde para hacerlo volver a su aduar de origen.



Cuentas sobre tablillas de cera. Biblioteca Nacional de Francia.

¿Por dónde se había colado? Por las homilías, las arengas en la tribuna, las visitas a domicilio. Y a partir del siglo II mediante escritos. Había desde hacía mucho tiempo en el Imperio tablillas de madera rectangulares ahuecadas por una cara, bañadas en cera, donde se realizaban anotaciones con un estilete (y que se borraban con una simple espátula). Estas tablillas podían ser unidas por cordones o tiras de cuero pasadas por agujeros realizados en los bordes. Se obtenían así *polípticos*. Esto servía para pequeñas cosas: borradores, toma de notas, textos breves (el poeta Marcial inscribía en ellos sus epigramas). Las copias de lujo seguían haciéndose en rollos, como en el mundo griego. La genealogía de la Buena Nueva se remonta a este accesorio. De él viene nuestro antiguo culto por el Libro. De ese rectángulo, nuestra página, cuya noción era hasta enconces desconocida. De ese marco de madera, nuestro lomo. De sus cordoncillos, nuestra encuadernación. Los paleógrafos han compuesto estadísticas de donde resulta que en el siglo III "los manuscritos de autores cristianos comprenden cuatro veces más códices que rollos, mientras que los de autores latinos comprenden quince veces más rollos que códices".[6] Las copias de los Setenta, conforme al uso de los cristianos, tienen forma de códice cuando el judaísmo se afirma con *volumen maintenue*.* Yahvé continúa desenrollándose sobre cinta vegetal con la mano derecha y rebobinándose con la mano izquierda (movimiento lineal y lectura continua). Los manuscri-

[6] Yvonne Johannot, *Tourner la page. Livre, rites et symboles*, París, Jérôme Millon, 1998, p. 29.

* Con "fuerza sostenida", y también literalmente, con "volumen mantenido", juego de palabras alusivo al rollo o volumen antiguo. [T.]

tos gnósticos de Nag Hammadi, escritos en copto y datables entre los siglos II y IV, que se descubrieron en el Alto Egipto en 1945, son códices completamente encuadernados como nuestros libros actuales, mientras que los manuscritos esenios de Qumran, descubiertos dos años más tarde pero datados en los primeros siglos antes y después de Cristo, se presentan en rollos. Cada confesión tiene sus preferencias materio-simbólicas. La Iglesia sigue fiel a la hoja plegada, cuadernos cosidos unidos, y la Sinagoga al antediluviano rollo. Un rollo que nos viene del Egipto de los faraones y desaparece de nuestras bibliotecas en los alrededores del siglo IV (hasta su renacimiento en el rollo del fax).

Manuscritos de Nag Hammadi: estuches de cuero e interior de la encuadernación del códice VII con fragmentos de papiro.

Durante el imperio de Constantino y luego de Teodosio, los primeros emperadores cristianos, se generalizó el uso del códice, de más fácil acceso. A la vista del sincronismo del *take-off* de la fe y del abandono del *rotulus* (del que el "rol" teatral es un heredero), los paladines de la Providencia tendrían algún motivo para reubicar a Dios en un buen lugar: si se hubiera descubierto el principio del libro después de la pantalla del ordenador se habría anunciado como un milagro, técnico en todo caso… Los efectos del medio son tan constantemente ajenos a las intenciones de sus inventores que es posible ver detrás una mano invisible. ¿Acaso no veía el prehistoriador Leroi-Gourhan, materialista y creyente, una tendencia casi biológica en operación en los linajes de artefactos que lleva hacia la perfección? Tal como no hay, a gran escala, regresión de lo viviente (las combinaciones genéticas van de lo simple a lo complejo), no se discierne regresión de larga duración en la historia de nuestros objetos. Las culturas se los intercambian pero siempre en el sentido del porvenir. Un grupo puede adoptar de otro una lengua menos simple, una religión menos refinada, pero no se sabe que haya cambiado el arado por el azadón. O un televisor de color por uno en blanco y negro. O el libro de pergamino por el rollo de papiro (aunque en nuestras pantallas pasen nuevamente las líneas como rollos verticales).

La hoja de papiro no es plegable (es demasiado quebradiza). No se puede escribir más que de un solo lado. El lector debe sostenerla con las dos manos. Es de manejo delicado (cuando se desenrolla de un lado hay que enrollar en el otro). No se ve sino una pequeña parte del texto cada vez. Un rollo no se hojea —lo que tiene sus ventajas: el códice obliga a dar vuelta a las páginas con la mano, mientras que se puede pasear el *yad* a distancia sobre un volumen (la varilla termina en una pequeña mano con el índice apuntando). Ello evita profanar la Torá tocándola con una mano impura. Pero el rollo no tiene índice ni sumario. Pasar las hojas con el dedo; *localizar*, mediante la paginación y las tablas; *numerar* las páginas; *anotar*, escribir uno mismo en el margen: estos gestos para nosotros inmemoriales poseen una historia. Pero sobre todo la forma antigua no permitía las mismas economías de materia prima. Veintiocho metros de rollo (la superficie de transcripción de Números y del Deuteronomio) equivale a sólo 216 páginas en códice. O sea que toda la Biblia cabe en 1 500 páginas. La ausencia de puntuación y de separación de las palabras facilitaba, es cierto, el proceso de reducción tan caro a Mnemosina. En este punto, Dios no es sólo transportable sino también manejable. El dispositivo rollo-Arca había permitido a un pueblo de élite circular en su región con su Dios nacional. El dispositivo Libro-plegaria permitirá a una élite hacer circular a un Dios multinacional por los continentes. Es la misma *movilización*, un paso adelante y declinable por formatos. El *in-quarto* (la hoja plegada en cuatro) permite al oficiante cantar delante de su fascistol, *coram populo*, voz y gestos sostenidos por la lectura. Después el *in-octavo* (la hoja plegada en ocho), que será más tarde el formato humanista, sin hablar de las hojas dobladas en 12 y en 16, favorecerá la familiaridad hasta fabricar un Dios de bolsillo, mini-Biblia ocultable entre las ropas o en el moño.

Rollo de la Torá (*sofer*) con su "mano de lectura" o *yad*. Museo de Arte y de Historia del Judaísmo, París.

Armonía entre el fin y los medios. Un Dios pobre en espíritu se dirige a los pobres en dinero y les llega por lo más económico. Tiene el espíritu de la infancia y se sirve de un juguete. Está próximo a los gineceos y a la ginofilia, y adopta el carnet de notas de la romanidad, que servía a las mujeres para escribir, con

un estilete de hueso o de marfil, en letras minúsculas, lo que había que comprar y las cuentas de la semana. La Roma pagana empleaba el rollo para la vida pública y para los pormenores y detalles íntimos esas pequeñas tablillas de cera borrables (como nuestras pizarras mágicas), de bordes salientes pero no más grandes que la mano. ¿No es una dialéctica grandiosa? No tengan cuidado; se toma la escalera de servicio. Yahvé era un *Él* dirigiéndose a un *nosotros*. Su sucesor (y competidor) es un *Yo* en diálogo con un *yo*. Respondo en persona a una voz personal. Él me tutea, yo lo trato de usted, pero en este diálogo mano a mano no es ya la supervivencia de un pueblo sino *mi* vida la que está, en adelante, en tela de juicio. De allí la necesidad de conversaciones aparte, de pequeñas conversaciones íntimas, que no permite el demasiado magnificente *sofer*. La voz interior ha encontrado su canal. Y cuando las palabras del texto sean separadas por los monjes irlandeses, a partir del siglo VII (hasta ese momento prevalece la *scriptura continua* que obliga a leer en voz alta), y la lectura murmurante, y finalmente silenciosa, será posible. Dios, dice san Pablo (1 Co 1, 21), ha querido salvar a los hombres por el *kerygma* y no por la didáctica (*didaché*), que es instrucción argumentada. Inútil rivalizar con esos pozos de ciencia. Yo, con vuestros apuntes, haré mi basílica.

Los profetas (arriba) y los apóstoles (abajo) sobre los pilares del portal de la catedral de Santiago de Compostela.

¿La nueva Ley triunfa sobre la antigua? Es lo que se exhibió en bajorrelieve en el tímpano de las catedrales, como en el *Portal de gloria* de la catedral de Santiago de Compostela. Se enfrentan, en torno del Cristo en majestad, columna central de verdad, los profetas a la izquierda ciñendo su *volumen*, y los apóstoles a la derecha con sus *in-quarto* en la mano. Como sucede en cien maderas grabadas medievales, retablos o cuadros, donde el Apóstol, el Santo, el Padre de la Iglesia, al pie de la Cruz, sostiene el Libro sobre su pecho, símbolo que dispensa de todo discurso (las primeras representaciones del códice datan de los siglos V y VI), ante la Virgen con las manos vacías. Ese rectángulo da seguridad, el *vo-*

Evangeliario bizantino del siglo X, donde se ve a san Lucas escribiendo sobre un códice junto a un volumen desenrollado.

lumen desconcierta. Él dará testimonio a los ojos del cristiano medieval de un espíritu sinuoso, insinuante e inaprensible, que serpentea y vigila como un zorro (*volpes*). Lo ondulado cede a lo anguloso, la derecha triunfa decidida sobre las turbias circunvoluciones del rollo. Ahora el itinerante puede atarse el Evangelio a la cintura o a la muñeca. Su sola visión es reconfortante para el peregrino perdido, "el extranjero suspirante en su marcha". Su propia Jerusalén.

No olvidemos el material, la carne de este ángel portador y transmisor del Espíritu Santo. La aparición del códice siguió de cerca a la del pergamino, esa "piel de Pérgamo" que se cree que fue inventada en el siglo II antes de Cristo para afrontar la penuria de papiros en esta ciudad cuya biblioteca quería competir con la de Alejandría. Se han encontrado *códices* de papiro (Nag Hammadi, por ejemplo) y *volúmenes* en pergamino, pero con el tiempo se fusionaron. Esa dermis animal (carnero, cabra o becerro) es un soporte a la vez más sólido y más flexible. Aunque grueso, puede ser afinado de los dos lados, el lado "flor" y el lado "carne", y su superficie bien lisa, propicia a la pluma, se borra fácilmente con un raspador (origen de nuestros palimpsestos). Un inconveniente: esta materia prima es cara. Una razón más que hará escaso al libro en la Edad Media.

La prueba del audimat*

Bajo la perspectiva de la "psicología de masas", en términos de eficacia, la Iglesia ha tenido razón en disminuir su papel atribuyendo a la intervención de Dios, más que a su propio genio, lo que en su léxico se denomina la

* Aparato que permite medir la audiencia de las cadenas de televisión. Por extensión, la audiencia medida. [T.]

"propagación admirable". La asignación divina borra las circunstancias favorables, el agotamiento espiritual de un imperio en vías de dislocación, la devoción y el talento de sus propagandistas. La apologética cristiana se complace en subrayar "la absoluta desproporción" entre la insuficiencia de medios de los que disponía y los obstáculos que encontró, de donde se concluye el carácter sobrenatural y predestinado de su expansión. Fueron tales los frutos del apostolado misionero que sobrepasan la fuerza de los seres humanos. "Una propagación tan admirable constituye un verdadero milagro de orden moral, marcando una intervención positiva de Dios en favor del catolicismo."[7] La recepción en todas direcciones de una creencia representa la prueba de su credibilidad, un argumento ya presente en Ireneo y en Orígenes, y del que Agustín se sirvió. ¿Cómo se pudo llegar a eso, el Imperio oficialmente convertido, atrapado "con las solas redes de la fe" lanzadas por un número ínfimo de hombres desconocidos, débiles e inhábiles? "¿El Crucificado habría sido capaz de tal obra si no fuera Dios hecho hombre?" (*La fe en las cosas que no se ven*). El *consensus omnium* es el argumento del prestigio, no de la verdad. La eterna bandera del hecho consumado. "Lo que es creído siempre y por todos tiene todas las posibilidades de ser falso", observará un día Valéry. He aquí un pensamiento de solitario, no de militante. Hacer descansar la validez de una adhesión en el número de los adherentes es la lógica del político, de la publicidad y de la popularidad. Se nos impone ahora como un hábito, más aún, como una evidencia, como el punto final de nuestros debates públicos (intelectuales y coyunturales). San Agustín, más escrupuloso que nosotros, no se satisface a la ligera con el sondeo, el argumento de autoridad de las democracias, cuyo carácter le parece intrínsecamente chocante. Es la naturaleza pecaminosa del hombre, dice, la responsable del oscurecimiento de su espíritu, que le cierra las vías de la simple razón obligándolo a recurrir a la autoridad. Ésta constituye la irradiación de la verdad para quien no tiene naturalmente acceso a ella. Sólo Dios puede prescindir de la autoridad porque es razón pura. Nosotros tenemos necesidad de garantías exteriores, como las que nos ofrecen la Iglesia y la adhesión de las multitudes. *Crede ut intellegas*. Cree, pobre pecador, a fin de comprender, puesto que eres demasiado débil para comprender por ti mismo, sin ayuda externa…

---

[7] *Dictionnaire de théologie catholique*, XII, 1, p. 694.

El argumento apologético del *quod semper et ab omnibus* —lo que es creído siempre y por todos no puede sino ser verdad— es de doble filo, puesto que con ese rasero Alá es más "verdadero" que nuestro Dios y Mahoma más creíble que Jesús. Epidemia por epidemia, la propagación del Islam habría sido más admirable todavía, tanto por el perímetro como por la velocidad. Sólo cien años después de la muerte del Profeta (632), su doctrina cubre el espacio que va desde el río Indo hasta España (pasando por Poitiers). En la huella de Omar, la dinastía de los omeyas la transportó del este al oeste. Y transcurre tres veces menos tiempo entre la muerte de Mahoma y el comienzo declarado de la hégira que entre la muerte de Jesús y el comienzo de la era cristiana. El transporte de Cristo se hizo a la velocidad del barco y del caminante, y no a la del caballo árabe. Fue más lenta pero también, quizá por eso mismo, más pacífica. Las últimas persecuciones imperiales, a comienzos del siglo IV, nada pueden contra una fe ya instalada en Asia Menor, Tracia, Tesalia, España, Germania, Galia, Armenia. Mitra está derrotada, aislada en los campos y en su virilidad. Jesucristo gana hasta en la Corte mediante las mujeres, la de Diocleciano y la de Cómodo. Se ha infiltrado incluso en las legiones, pese a la incompatibilidad de principio entre la condición militar y la condición cristiana. Hay 1 800 obispos en Occidente y en Oriente durante la época de Constantino. El cuadriculado evangelizador no tuvo necesidad de un Estado para hacer sentir su dominio. Y es que la Palabra se adosaba ya a una Potencia: la Iglesia.

Aligeramiento del *vademécum*, reforzamiento de la organización. Menos material escrito y más personal administrativo. Tal sería la diferencia específica de este *Deus* abierto respecto de un *Elohim* enfadado. En lengua mediológica: el códice en lugar del rollo es una M.O. (materia organizada) reducida; y el nuevo Israel en lugar del antiguo es una O.M. (organización materializada) consolidada . Conjetura a verificar: tal vez los dos motores —el técnico y el viviente— de una transmisión de larga durabilidad están en una relación inversa y constante (cuando uno decrece el otro aumenta). Queda una certidumbre: el éxito cristiano se debe atribuir aún más a sus cuadros que a sus instrumentos.

CAPÍTULO VII

El cuerpo mediador

Fuera de la Iglesia no hay salvación.
SAN CIPRIANO

La propagación no habría sido posible en el largo plazo sin la ayuda de la Jerarquía. Papista o, más tarde, presbítero-sinodal, es la malquerida del Movimiento Cristiano, que la acusa periódicamente, no sin motivo, de ser infiel a los valores evangélicos. Pero oponer la Palabra a la Institución como lo bueno a lo malo es olvidar que el mensaje mismo (el Evangelio) no existiría sin el vehículo (la Iglesia) que lo conformó y transportó hasta nosotros. ¿Cómo se podía dar una patria sustitutiva a los adeptos de un dios apátrida y anarquizante sin integrarlos a un organismo ciertamente espiritual pero vertebrado? La energía de la cristiandad debería desde luego buscarse menos en sus valores, tomados en lo esencial de las tradiciones antiguas, que en ese vector sin precedente, la institución arquetipo de Occidente: la Iglesia Católica Apostólica Romana. "Monumento en peligro", pero a cuyo abrigo un Dios desarraigado pudo implantarse y crecer durante siglos.

Jesús: Dios llega. Es para este anochecer. No pierdan más tiempo.

Los apóstoles: el Cristo vuelve. Es para mañana por la mañana. Apresúrense.

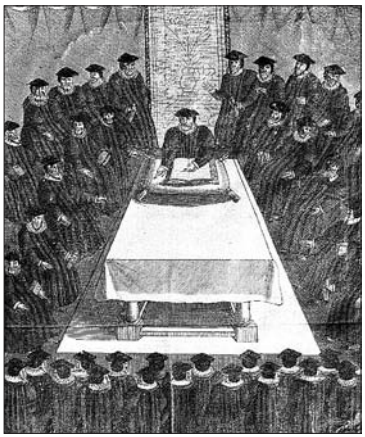
Ninguna buena alma se atrevió a afrontar el buen pronóstico: nada de Dios ni de Cristo en el horizonte. Ni para este anochecer ni para mañana. Conténtense con su Iglesia. Y acepten ese semibién con paciencia.

El atolladero es perdonable. Más vale aportar a los hombres las buenas nuevas que las malas, si se quiere encontrar una buena acogida entre ellos. El efecto del anuncio elevó el entusiasmo y tenía con qué. A la vista de los hechos no ocurridos después, la Buena Nueva puede desafortunadamente alinearse en la categoría superabundante de las "informaciones plausibles pero hasta la fecha no confirmadas".

¿Más vale pájaro en mano?

Hay dos Iglesias, la visible y la invisible. Como el Cristo del que es esposa, la Iglesia tiene una doble naturaleza: humana y divina. Los fieles *saben* que la Iglesia eterna e invisible es el cuerpo místico del Cristo. Pero no *ven* más que la real, el pueblo de Dios en carne y hueso, encargado no de encarnar sino de *preparar* el retorno del Cristo y el Juicio Final. Esperan la *societas perfecta*, pero viven una componenda desigual que fomenta a los tumbos el acceso

a la comunidad perfecta de los últimos tiempos. El profeta del antiguo régimen recordaba que había que *esperar* el reino de Dios. Su sucesor dio un paso más: lo *anunció*. Pero el cristiano puede compararse con un espectador de cine que pagó su entrada y espera siempre el comienzo de la película. Desde hace 20 siglos la historia le pasa los anuncios del film y él no protesta. La fe es una decepción superada y la Iglesia una administración razonada del chasco.



Asamblea protestante en el siglo XVI. Grabado. Biblioteca Nacional de Francia.

A la larga nos resignamos (nos habituamos al arte minimalista). Pero los alucinados del Milenio y de la Parusía, los lectores de Isaías y los de san Juan siguen poniendo mala cara por tomar los preparativos de la fiesta por la fiesta. Los impacientes que acechan la trompeta del Último Día o el arribo del Anticristo toman su impaciencia por un argumento anticlerical. Pero la Iglesia visible está allí para volver aceptable la decepcionante lentitud de las cosas. En el siglo XVI otros hombres apresurados quisieron poner fin a la *difer-ancia*, a los oros enmohecidos y los púrpuras descompuestos, al perpetuo reporte de vencimientos, para retornar a lo vivo de las cosas, al Mensaje perdido, a un Jesús cándido y todavía no extraviado ni estropeado por una Iglesia-pantalla. Preconizaron el sacerdocio universal (el sacerdocio de cada cristiano); el derecho de constituirse en Iglesia, sin otro fundamento que la Biblia, para toda agrupación de hombres y de mujeres reunidos en cualquier lugar a fin de escuchar la Palabra de Dios; la posibilidad de elegir libremente a sus conductores espirituales, sin delegación de poder; pero en tanto y durante el tiempo que Dios les envíe los carismas requeridos. Se llamaron *evangelistas* o *congregacionistas*. Y sus deseos no han sido colmados. En algunos casos sus comunidades cayeron bajo la férula de los príncipes, enajenándose de nuevo de lo temporal. Así ocurrió con el mundo luterano y anglicano (la reina es la cabeza de la Iglesia de Inglaterra). En otros casos engendraron su propia jerarquía interna mediante un nuevo giro organizativo. Tal lo ocurrido en el mundo calvinista. A despecho de los deseos devotos, las Iglesias Reformadas están allí, con sus sínodos provinciales y gene-

rales, sus consistorios, sus asambleas dotadas de autoridad en materia de fe y de disciplina… Lutero echa por la borda a la institución. Calvino refunda otra. "Es interminable."

Pero, por cierto, ¿no habría una razón para esta sinrazón? Y ¿por qué la sala de espera que era la Iglesia primitiva sigue estando siempre en espera, sin que nada permita pronosticar el advenimiento del Reino de Dios, que volvería a toda Iglesia inútil y sin objeto?

Que la Nueva Alianza haya querido estar presente en todos y en todas, no sólo en Judea y Samaria sino "hasta en los confines de la Tierra" (Hch 1, 8), es algo que hemos comprendido bien. Pero ¿por qué entonces mediante un *personal especializado*? Buscar una respuesta obliga a reingresar en una zona de sombra donde no cesamos de afanarnos desde hace dos mil años y que no se termina en los claustros, mitras y báculos de un clero particular. La metamorfosis de un *movimiento* en *establecimiento* se ha reproducido bastantes veces, desde el inicial arranque cristiano, para sustraer la cuestión a la fusión del reflejo "clerical/anticlerical". Ideologías de masa nos han mostrado después que transmutar el oro en plomo es algo que no está reservado a las burocracias divinas. La expresión famosa de Alfred Loisy ("se esperaba al Cristo y llegó la Iglesia") se rechaza en más de un registro. Comunista: se esperaba al proletariado y llegó el Partido. Republicano: se esperaba a la Razón Cosmopolita y llegó el Estado nación. Liberal: se esperaba al Mercado Libre y llegó el *trust*. Y así sucesivamente. En el lugar del mensaje, el medio (que lo realiza contradiciéndolo). ¿Es así como los hombres sobreviven unos a otros?

En el principio, un Dios de acceso libre y sin empleo. En la llegada (tres siglos más tarde) un cuerpo de profesionales, con pórticos de seguridad, insignias, reglamentos y salvoconductos. Una fraternidad abierta despierta en un sistema cerrado. La más grande interioridad (el alma decisoria) ha engendrado la más grande exterioridad (la jerarquía episcopal). El "todos somos iguales en la fe", hombres libres y esclavos, circuncisos y gentiles, se convierte en "inmunidades eclesiásticas" y "privilegios de fuero" (que sustrae al clero de las jurisdicciones ordinarias). Desconcertante, amarga "caja negra" cuya entrada sería el Sermón de la Montaña y la salida la Curia romana. ¿Qué pasó entonces

entre el *input* y el *output*? Los deberes y obligaciones de la inscripción de una Palabra en el tiempo. La espera mesiánica no se dio un cuerpo ministerial y remunerado por el placer sadomasoquista de interrumpir el gran ágape de los iguales (las primeras comunidades cristianas ponían los bienes en común). Sino porque no podía darse nueva vida sin darse una estatura y unos estatutos. La prueba *a contrario* es el destino de los mensajes de salvación comparables que, a falta de tutores institucionales, se volatilizaron en el correr de los siglos. Al igual que las corrientes gnósticas contemporáneas del primer cristianismo, que quedaron, en suma, como meras escuelas de pensamiento marginales y minoritarias. Esas miniunanimidades no se desarrollaron en iglesias, fracasaron en "ganarse al pueblo". Se quedaron en filosofías. El pueblo judío pudo "vencer al poder de la muerte" (Jesús a Pedro, Mt 16, 18) valiéndose de su memoria y de una reproducción biológica. El disidente de las catacumbas no tuvo siquiera esa esperanza, el excedente de nacimientos sobre los decesos. Es un asocial quebrantando el destierro, cuya identidad habrá de construirse con todas las piezas, una vez consumada la ruptura entre los Sabios de Israel y los discípulos de Jesús. Quien no se endurece no dura. La glaciación eclesial del fuego fatuo fue el precio que hubo que pagar por su liberación respecto de la tierra y de los muertos. Es lo contrario de un Rey sin reino, Mesías sin pueblo, Maestro sin público (cautivo).

Un Dios desterritorializado

Tierra Prometida, Tierra Santa, Ciudad Sagrada: el Nuevo Testamento ignora esos nombres. Las epístolas de Pablo no hacen referencia al País. El Verbo se hizo Carne "y habitó entre nosotros". ¿Dónde? Es anecdótico. No hay apego carnal al suelo, ni arraigo sobrenatural a un país. Es el cuerpo del Cristo lo que constituye el territorio, el verdadero Templo del cristiano. Numerosos son los judíos que no separan hoy su destino del de Israel. ¿Cuántos católicos ligan su fe a la Santa Sede como Estado? El espacio imaginario de los primeros es una aureola en torno de un corazón. El espacio de los segundos es centrífugo, dinámico, sin un foco, todo dispuesto en líneas de fuga. La hostia se distribuye en cualquier lugar, "en espíritu y en verdad". Yahvé sigue siendo políticamente

competente en un espacio dado (aunque impreciso, el prometedor territorio entre los ríos Nilo y Éufrates, opción máxima, sujeta a varios golpes de acordeón). El carácter peregrino de la existencia cristiana hace igualmente de la Iglesia un pueblo en marcha, como ocurre con Abraham. El cristiano es un hombre "hacia" y no un hombre "en". Pero su marcha no es orientada por una brújula fija a un centro magnético (pese al folclórico "todos los caminos conducen a Roma"). La dispersión de los apóstoles después de Pentecostés careció de melancolía. Y es que Jesús había salido del Templo para siempre. Cuando Pedro, Pablo, Santiago y los demás liaron sus bártulos para "ir a enseñar a todas las naciones", conforme al plan de Jesús, fue sin la menor necesidad de volver a Jerusalén, punto de partida y no de retorno. La consumación penitencial del peregrino es el peregrinaje mismo. "Extranjeros en viaje sobre la tierra", dice san Pablo. Incluso si son necesarios un calvario para llegar al perdón, estaciones en el camino de la cruz y las flechas de Chartres en el horizonte de la carretera nacional, la ruta del convertido se parece a esos caminos que no llevan a ninguna parte. El precio político del Único sigue siendo elevado, pero el segundo Israel lo redujo en mucho al proseguir el movimiento de desterritorialización, de desencantamiento de los lugares, iniciado por el judaísmo antes de cambiar. La cuestión de la soberanía sobre los Santos Lugares, crucificante y central para el judío y el musulmán, no es para la Santa Sede una cuestión estratégica ni crucial (y ni siquiera es una cuestión para los protestantes). Pertenece al orden de lo negociable. Al grito de "la mezquita de Al-Aksa está en peligro", decenas de miles de musulmanes se reúnen de inmediato en torno de la explanada de las Mezquitas y se dicen dispuestos a morir. Se venera bajo el domo de la Roca la huella del pie de Mahoma; la huella del pie de Jesús en el terreno de la Ascensión no enardece en el mismo grado a los cristianos. Como observaba recientemente el sacerdote melquita de Nazareth, "para el cristiano es siempre posible ir a orar un poco más lejos de donde tiene el hábito de hacerlo. En el islam esto es inimaginable".[1]

"El hecho de que yo no habite en Jerusalén —escribe Elie Wiesel— es secundario. Jerusalén me habita. Para siempre indisociable de mi judeidad, permanece

[1] Émile Shoufani, *Le Monde*, 21 de noviembre de 2000.

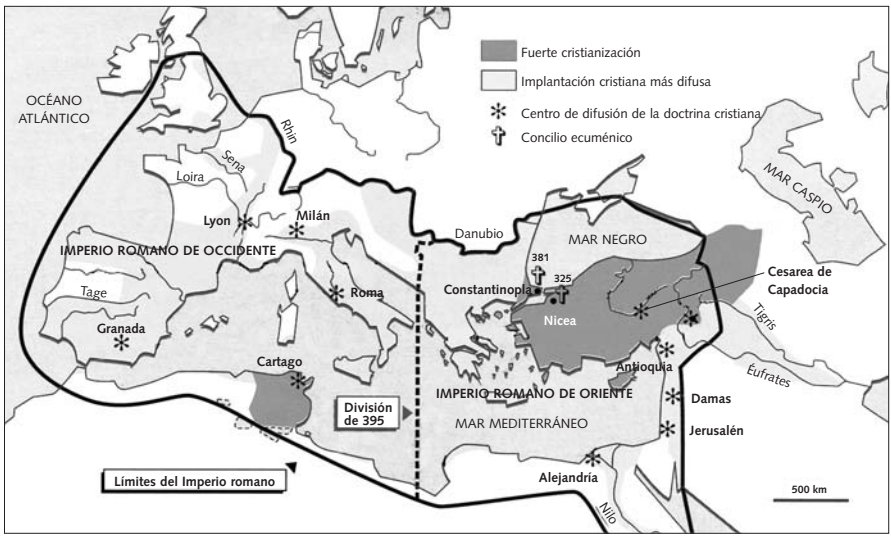
La donación de Constantino, fresco del siglo XIII. Iglesia de los Cuatro Santos Coronados, Roma.

en el centro de mis empeños y de mis sueños."[2] A Roma no la obsesionan tanto los sueños del católico y menos aún los del cristiano. Conserva sin duda un vínculo de memoria filial con la capital de los césares convertida en la ciudad de los papas. La plaza de San Pedro será un lugar de inspiración y de regreso a las raíces adonde llegar a hacer sus devociones, en señal de fe y de unidad. La catolicidad está en comunión con la sede romana, pero no es la sede sino el pontífice el que es santo. La primacía de la Sede Apostólica (*Roma locuta est, causa finita est*) no procede de la voluntad divina, y cuando la tradición evoca la roca sobre la cual Jesús fundará su Iglesia, designa la fe de Pedro y no el sitio de San Pedro (no es sino a fines del siglo IV cuando el obispo de Roma, Dámaso, inventará el juego de palabras para fundar su poder). La supremacía papal responde a la historia contingente de los poderes (no existe en realidad sino desde el siglo V, ya que antes todo obispo era papa, y el papa sólo era un obispo entre otros), así como a la falsificación de una escritura, la famosa donación de Constantino (redactado en el siglo VIII por la Curia y antedatado, el documento inventó la donación de la ciudad de Roma al papa por el emperador Constantino en el año 330). El Estado del Vaticano no tiene hoy más que una sacralidad de rebote. Esta monarquía absoluta por derecho divino dirige el más pequeño Estado del mundo pero un Estado como cualquier otro, sin privilegio particular, salvo uno protocolar (el nuncio es decano del cuerpo diplomático). La fe cristiana, que no es acéfala, carece de centro. Es la gota de mercurio, que corre, que exasperó a las autoridades en ejercicio. Celso no veía mejor signo de la peligrosidad de estos "galileos fanáticos" (Epicteto) que su rechazo a establecerse en un país, en un santuario, como todo el mundo. Para la mentalidad romana, un Dios a-nacional y anarquizante, que

[2] "Jérusalem: il est urgent d'attendre", *Le Monde*, 18 de enero de 2000.

no se valía de ningún *mos majorum*, de ninguna costumbre ancestral, olía a ateísmo. Impensable o bárbaro.

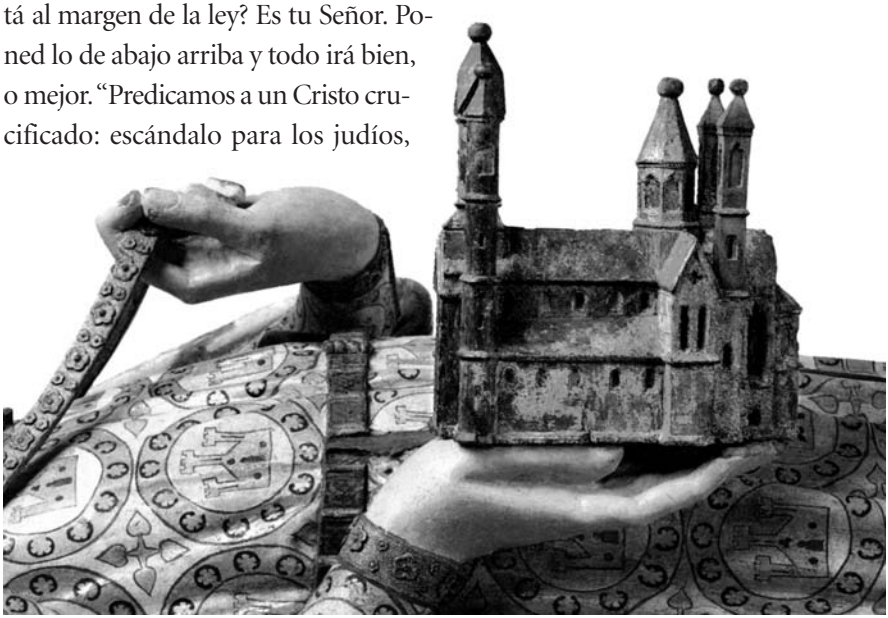
Ciertamente, se erigieron santuarios resistentes después de la legalización (las primeras basílicas datan del año 313). Mediante una brutal inversión de fundamentos, los sobrevivientes del judaísmo debieron arrebujarse en torno únicamente de la Torá, en el mismo momento en que los desalojados de la nueva fe echaban las bases de un catastro de larga duración. El espacio liso, abierto y de una sola pieza desbloqueado por san Pablo saca partido de su falta de inscripción en la geopolítica existente, mediante una cuadriculación deliberada del hábitat imperial. Que cambiaría la faz de las tierras de Occidente. El ideal turbulento del pentecostal, la intensidad libre del loco de Dios, no habrían permitido nunca cimentar una cristiandad sobre los basamentos del Imperio. Puesto que nadie tiene acceso por sí mismo al Altísimo, la cuestión es saber a quién se le pide la escalera, si a una tradición o a una decisión. La relación cristiana con la trascendencia pasa por una asamblea voluntaria (la *ekklesia*) en el seno de un recinto consentido (la diócesis). Los fieles son "convocados como pueblo por la Palabra de Dios", y el pueblo no preexiste a esta Palabra. No



Difusión del cristianismo en el Imperio romano a fines del siglo IV.

hay clero sin atadura (el "giróvago" es la excepción); no hay obispo sin sede o cátedra (a la espera de la catedral). Hay toda una cartografía de los perímetros divinos y no de epifanías ambulatorias. Pero aquí la implantación no es primaria sino secundaria. Es un medio, no un fin.

La desterritorialización exalta a los hombres de la apertura, no a los obsesionados por el duro deber de durar. Los apóstoles no se dieron como misión interpretar sino transformar el mundo. No tenían a su disposición ni Lógica ni Física, como los universitarios de la época. Sólo tenían una moral y piernas. Habría podido resultar de esta interiorización de la fe un *Primum Movens* etéreo y abstracto, un Demiurgo inteligible e incondicionado al modo platónico, un Espíritu sin corazón, proyectado en el aire por su ubicuidad. La Encarnación, pesado lastre, restableció lo sutil sobre la tierra. Se mide mal en el presente el escándalo suscitado por esta inversión de los signos. "Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios" (1 Co 1, 27). Todo estaba patas arriba. Transmutación de todos los valores. ¿El cuerpo tumba? Es la palanca de salvación. ¿La cruz de infamia? Es la insignia de la gloria. ¿El que está al margen de la ley? Es tu Señor. Poned lo de abajo arriba y todo irá bien, o mejor. "Predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos,



El cuerpo tumba: estatua yacente de un conde palatino. Mediados del siglo XIII. Museo Nacional de Alemania, Nuremberg.

Luca Signorelli, *La resurrección de la carne*, Capilla San Brizio, Orvieto.

necedad para los gentiles" (1 Co 1, 23). En la sabiduría griega, la materia es el mal y la meta de la ascesis filosófica es extraer al alma de la prisión del cuerpo. En el mundo judío, el Eterno tampoco se compromete (menos todavía con la primera llegada, para hacer un semidiós). Llega un audaz, un insolente, que sacraliza lo vergonzoso y declara: Yo libero mediante el cuerpo, y mediante él entro en comunicación con el más allá. Y en recompensa os prometo que podréis reencontrar vuestro cuerpo el día de la Resurrección de los elegidos. San Pablo, ante la visión del Juicio Final, exhorta a sus hermanos a "ofrecer su cuerpo como hostia viviente, santa y agradable a Dios". Hace de la Iglesia "el cuerpo de Cristo", cuyos miembros son los convertidos (y los obispos la cabeza). Y cuya consistencia permitirá consolarse de cierto aislamiento respecto de su comunidad de origen. El cristianismo, inventor del *yo*, individualizó la relación con lo divino, pero si hubiera quedado un individualismo de la salvación, ya se habría incorporado al Museo del Hombre.

El *homo viator* echa anclas en el mapamundi de un modo azaroso. Y en las verdades de fe por necesidad. Esto compensa aquello. A la inversa que sus mayores. Abramos el diario. Un brote de integrismo judío da una *inflamación territorial* (mantener Hebrón, mantener el monte Moriah). Un brote de integrismo católico da una *inflamación doctrinal* (mantenerse en la transustanciación y la infalibilidad). Al *furor nostálgico* de los hermanos mayores corresponde, en los menores, un *furor dogmático*. Un punto cardinal por otro. A falta de fijación geográfica (fuera de Jerusalén no hay salvación), está la fijación clerical (fuera de la Iglesia no hay salvación).

Sabiduría de Danton

"No se destruye sino lo que se remplaza", suspiró Danton un día de 1793, en momentos en que la desacralización del cuerpo del rey

sacralizaba, por transferencia, el cuerpo de la nación francesa. Este revolucionario demasiado lúcido apuntaba lo que olvidan todas las revoluciones y los años se encargan de recordarles de improviso. La revolución cristiana no habría hecho caso omiso de lo etnográfico si no lo hubiera remplazado de inmediato, dando y dando, por lo orgánico (sublimado "en cuerpo místico"). La asamblea del Señor consolidada (la *ekklesia*) tomó a su cargo las funciones hasta entonces reservadas a la *qahal Yahvé*, el pueblo de Dios. Un sucedáneo de anclaje, el precio de un "¡suelten amarras!". ¿La revolución consistía en privatizar al Eterno, en remplazar por un *credo* en primera persona al "hagamos como nuestros ancestros"? Tuvo como consecuencia la formación de una *etnia transétnica*, un *Israel nuevo* dotado de sus sedes, circunscripciones, patriarcados, diócesis y parroquias. Y progresivamente provisto de insignias distintivas. Hasta el Concilio Vaticano II: el *latín*, vehículo y ornato planetarios; una *gestualidad* ceremonial, signos de la cruz y de genuflexión, lengua gestual intercontinental; y una *liturgia* multinacional, como quien "iza bandera a los gentiles" (Is 11, 12). Hace falta un Arca Sagrada para remplazar a otra.

Ni en la Grecia antigua ni en la India de hoy tienen las observancias cultuales necesidad de dogma ni de un canal de fe como "columna y fundamento de la verdad" (Tm 3, 15). Por derecho uno pertenece a tal o cual religión cuando es de tal o cual localidad o casta. Ortodoxia inútil. En una tradición autóctona, el humus de un linaje, el limo de una ciudadanía remplazan ventajosamente al Canon escrito. Cuando el hábito ya no inspira, corresponde a una decisión hacerlo. La categoría de verdad introducida por el cristianismo en el universo religioso ha tenido sin duda, entre otras funciones, la de lastrar, anclar, arraigar una creencia flotante, que demanda al espacio abstracto del dogma (la decisión de verdad, votada en asamblea después del debate) la *definición*, la *circunscripción* que le niega un Dios imposible de *delimitar*. De allí la necesidad, estrafalaria para un griego o un hindú, de etiquetar y certificar niveles de verdad (como en la filosofía, ciencia de lo verdadero, pero aquí con fines de organización interna). Porque hay jerarquías en los artículos de fe, que descienden de lo verdadero a lo verosímil. En lo alto: la verdad *revelada*, los Evangelios. Enseguida, la verdad *autorizada*, los Padres de la Iglesia. Después las verdades *autentificadas*, las historias de santos. Por último, las verdades *alegadas*, los dichos de la tradición.

Estas escalas se desplegaron plenamente en la Edad Media, pero las decisiones conciliares de los primeros siglos las habían preparado. Vemos aquí el efecto perverso, en los enunciados objetivos de la fe, de una subjetivación subversiva de los actos de fe. Efecto perverso por no deseado y porque trastoca las intenciones supuestas del enunciador. ¿"Tú eres Pedro y sobre esta piedra…"? Pero Jesús no dijo nada que se parezca ni de lejos a "Nadie puede tener a Dios por padre si no tiene a la Iglesia por madre", como Cipriano, el obispo de Cartago, y todavía menos a su famosa sentencia "fuera de la Iglesia no hay salvación". "Jerarquía" es un término ignorado por los Evangelios. Lo mismo que herejía, dogma, obispo e incluso sacerdocio. Esta laguna no lo era entonces. Al ser esperado Dios para mañana, ¿qué necesidad había de una Madre de los Fieles, única intérprete autorizada de las Escrituras, única dispensadora de los sacramentos, único canal de gracia? El profeta de los desamparados no previó ni deseó a la *Una Sancta* (tampoco Marx quiso el Partido). Ésta fue imprevisible, *a falta de precedente*. Lo *divino sin suelo* era algo nunca visto. Ahora bien, un menos de mamá era, en última instancia, un plus de catecismo. La borradura de los perímetros naturales de lealtad debía tarde o temprano saldarse mediante las desigualdades de rango y de estatus en el órgano borrador.

No hay eclesiología hebraica, ni griega ni romana. Ni artículos de fe. Ni Congregación para la Doctrina de la Fe (el antiguo Santo Oficio). Entre los griegos, para quienes dioses y hombres son de la misma esencia, para quienes "religioso" y "cívico" son sinónimos, el clero es una magistratura elegida o sorteada (cualquiera puede ser "sacerdote"). La casta sacerdotal no existe. Entre los hebreos, "reino de religiosos y nación santa", el servicio administrativo del Templo, clero menor, le corresponde a la tribu de Levi, que sólo comparte el culto, ya que es la única excluida del reparto de tierras. Es una tribu de pobres, casi de parias, que las demás deben mantener y que no tiene jurisdicción sobre el Reino. El rey no puede entrar en el Santo de los Santos, adonde sólo accede el gran sacerdote. Pero el Eterno no es propiedad de los levitas. Él puede si le place eludir a sus servidores y dirigirse a su pueblo por boca de los profetas; y cada quien puede interrogar directamente a la Torá, instancia suprema. Vayamos más lejos. Ni la Ciudad Antigua ni el pueblo hebreo tienen clero por la simple razón de que *no tienen religión*. Es el cristianismo el que inventó la religión como cosa

aparte, separación que no tiene sentido ni para un griego (que ignora hasta la palabra, puesto que no separa lo humano de lo divino, lo cívico de lo cultural) ni para un judío, puesto que en el judaísmo nación y religión son una sola cosa. En Jerusalén, Atenas y Roma el ritual cívico es religioso y el ritual religioso es cívico. Para nuestras tres culturas madres, el sin religión sería un sin ciudad o sin pueblo. Impensable. Tales culturas no podían por consiguiente reflejar la relación fuera/dentro ni problematizar la oposición del creer y el no creer (ellas están dentro). En cambio, se espera que el converso dé fundamento intelectual a una decisión de pensamiento. Si los dioses de la ciudad o de la nación pueden prescindir de un órgano de selección, el de Jesús tiene una necesidad vital de él. Éste no se da por sentado. No se encontraba ni en la cuna ni en el foro. Requería, por consiguiente, oficinas.

La misa de san Gregorio, papa que contribuyó a la formalización de la liturgia romana. Pintura de la escuela francesa del siglo XV. Museo del Louvre, París.

Todo rabino es libre en sus lecturas. Y todo lector puede ser libre del rabino. Aquí no hay institución que decrete lo verdadero. Entre los fariseos todo se puede decir. El texto santo permanece *abierto*. ¿Por qué? Porque la familia *cierra* por sí misma, por la mamá, el prepucio y la *cakrut*. La unidad del pueblo judío le es dada por su material y por su herencia ancestral (cocina, circuncisión y baños); el pueblo cristiano en formación no tenía ese zócalo: de allí la extrema fragilidad de su porvenir. El pluralismo de los movimientos judaicos (la cristiandad fue uno de ellos), los separatismos más o menos admitidos, son un lujo que la muy joven cristiandad no puede darse sin correr el riesgo de caer en el desmembramiento. Aquí es mediante el *corpus* como se puede hacer cuerpo y quien toque al *corpus* ataca al cuerpo. La libertad de estar o no estar en él suscita, cuando se está en él, otras presiones. Como se nace judío (y uno se pliega a los usos),

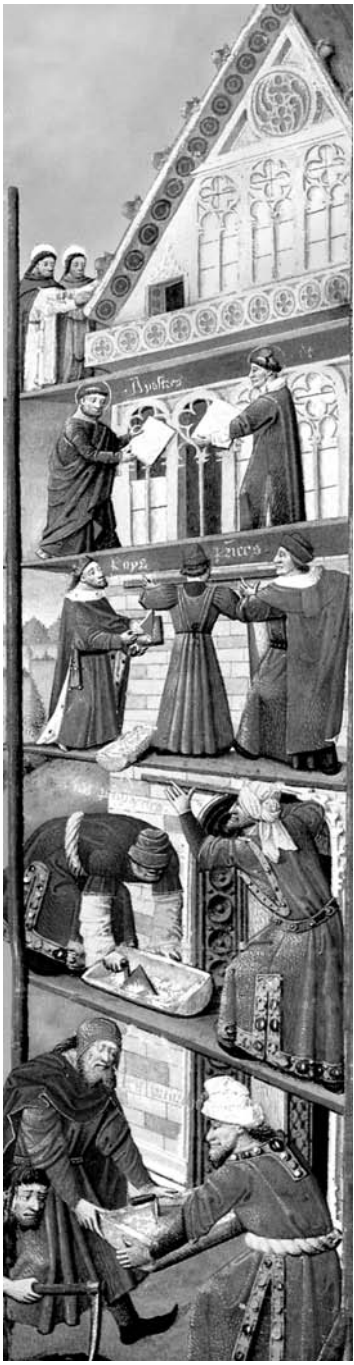
no se tiene necesidad de probar la propia judeidad aferrándose a tal o cual acepción de la palabra revelada. Como se nace francés o belga, no se tiene necesidad de probar la propia francesidad o belgitud ponderando el sentido exacto de los colores nacionales. Puede haber cien maneras de ser judío o francés, pero ninguna tiene un valor de principio. Para el bautizado voluntario, el vínculo social no se da así. Por eso el cristianismo romano no es propiamente hablando una religión del Libro (como el judaísmo o el protestantismo), y ello por dos razones: una cultual y la otra doctrinal. El ritual de la sinagoga remite al creyente a un texto, la santa comunión lo remite a un acontecimiento, que es la Cena. Con la homilía judía se escucha o se lee la palabra de Dios. En la misa se la come o se la bebe. No se toman palabras, sino pan y vino consagrados. Culminación degustativa, masticatoria, de la unión de las almas con Dios. Luego, y sobre todo, es la institución, en última instancia, la que decide lo que conviene leer y cómo y a qué hora. Esto para bien y para mal. Para mal: la enajenación del libre examen y el espíritu de obediencia. Para bien: la necesidad de argumentar la Revelación y de estructurar la propia comprensión del texto, que no se basta a sí mismo. La mediación eclesial que encarga al doctor explicitar la palabra de Dios llevaba en sus flancos una mediación discursiva y finalmente racionalista (la racionalidad también es una estructura de mediación). Ésta relativiza al Absoluto del texto sagrado (el cristianismo no es un fundamentalismo de lo escrito). Abelardo, santo Tomás de Aquino y nuestros universitarios vienen de allí. Y nuestra clase de filosofía en el liceo es escolástica reciclada.

Quienes incriminan a la institución en nombre del libre albedrío deberían tener cuidado de los efectos perversos de sus buenas intenciones (la reversión del resultado, única ley histórica de la que se puede estar seguro). El libre servicio protestante también ha tenido sus efectos pendulares, al transferir del papado multinacional a los poderes locales la carga de administrar lo instituido (*cujus regio, ejus religio*). ¿La secularización luterana no ha dado acaso franquicia y el derecho a la última palabra a los reyes, a los presidentes y, llegado el caso, al Führer, dejando a la política misma devenir religiosa, es decir, digna de incorporar las almas según sus propios intereses? Y más allá de lo totalitario, se ha visto cómo la idea de una sociedad autoinstituyente puede desembocar en el culto muy anglosajón de la empresa-reina y de la Bolsa-Templo. El individualismo evangelista también se compensa: con su contraparte, el conformismo social.

Resumamos. Cuando un Creador no está garantizado por una tierra o un pueblo, necesita una institución que responda por él. "Nada es tan abrumador como una creencia sin contornos", decía ya Hugo; ésta se recobrará pronto, ángel convertido en bestia, en lastres dudosos. De ello se extrae un principio de precaución para uso de nuestros príncipes y pastores: si liberáis a un hombre de su religión, dadle una patria. Si lo liberáis de su patria, dadle una religión. Si no tenéis en existencia ni doctrina ni hogar, insertadlo al menos en una red. Dadle una familia de pertenencia. Una solidaridad que lo ensanche. Pero no lo dejéis solo, sin faros ni señales, porque la deriva le haría demasiado mal y os lo cobraría caro.

Los gastos de la sucesión

El primer pensamiento que nos viene a la mente es que la Iglesia se equivocó y Jesús tuvo razón al poner a todos los hombres en un mismo plano, en un mismo nivel. ¿Y si fuera a la inversa? ¿La Iglesia no hizo acaso lo que estipula el Evangelio? ¿Y si la tradición fuera más sabia que Jesús acerca de un misterio que Jesús mismo, y con razón, sólo podía en el mejor de los casos presentir: las vías y medios para la travesía de los tiempos? Él dijo a sus discípulos en la última Pascua: "Haced esto en memoria de mí." Pero, ¿cómo pudo adivinar todo lo que implica su mantenimiento contra viento y marea? Llevar a buen fin una sucesión es algo



Vincent de Beauvais, *Le miroir historial*, siglo XV. Construcción de una iglesia que simboliza la comunidad de los cristianos con (de abajo arriba) los patriarcas, los profetas, los reyes y los príncipes, los apóstoles, los mártires y los confesores. Biblioteca Nacional de Francia.

que no se ha hecho jamás sin crujir los dientes. En la vida de cualquier colectivo —familia, imperio, secta, régimen, escuela de arte o de pensamiento— es el minuto de la verdad. El test y la lupa: grietas a simple vista. La sucesión al trono o la secretaría general. La atribución de las partes entre los coherederos. Los porcentajes de los derechos de difusión. El reparto de la platería. Se podría definir a la civilización como un lento esfuerzo destinado a disminuir en todas partes los *gastos de sucesión*, y al estado de barbarie como aquel en que el paso de la antorcha se opera mediante la sangre o por la simple relación de fuerzas. Mediante la guerra (de Sucesión o de Transmisión), el homicidio (del delfín o del zarevich), la usurpación, el golpe de Estado. A esto se debe precisamente que la confiabilidad de un régimen nuevo, o sus perspectivas de futuro, sólo se pueda apreciar después de la muerte de su fundador. ¿Podrá sobrevivirle? La regla vale también, y muchísimo, en el orden del espíritu. ¿Cómo perpetuar la inspiración después de la desaparición del inspirado? Ciertos doctrinarios se preparan largo tiempo para la prueba suprema; son los que en general no la superan. Como Auguste Comte, redactan con el mayor cuidado sus últimas voluntades, designan a sus sucesores, prevén órganos competentes. Otros, como Marx, improvisan, y un año con otro va quedando una estela. Jesús formaría más bien parte de los despreocupados. Ni programa ni contrato. Ninguna consigna clara. Jesús se suicidó *intestado*. Sus presuntos herederos habrían podido suscribir la frase de Char: "Nuestra herencia no está precedida de ningún testamento." Ellos reivindicaron la herencia e hicieron el testamento a continuación. Con un término algo abusivo. *Testamento* es, en efecto, una traducción latina impropia del hebreo *berit*, que significa alianza.

Se conocen hasta hoy tres tipos de testamentos: el *hológrafo*, sin legalizar, datado y firmado de puño y letra del *de cujus*; el *auténtico*, dictado a un notario en presencia de dos testigos; y el *místico* (en sobre cerrado y registrado). El Nuevo Testamento no corresponde a ninguno de estos tres tipos. Jesús, por lo demás, no designó claramente a un ejecutor testamentario (prueba de ello es que las Iglesias de Oriente, guardianas de la primera ortodoxia, no admiten la primacía de Pedro). Sus apóstoles no escribieron bajo su dictado. Examinada hoy por un notario, la Nueva Alianza no podría intitularse Testamento. Las personas perjudicadas, si las hubiera, tendrían fundamento para hablar de falsificación de escritura privada. Es la pátina del hecho consumado la que se encargó de autentificar al sustituto.

¿Qué importancia tiene esto? Lo importante es que no haya habido desherencia, que la predicación haya podido reactivarse, los ministerios concatenarse, un cuerpo episcopal constituirse. Y que en el siglo XXI pueda decirse, sin demasiada complacencia que el capelo de los príncipes de la Iglesia, insignia de la dignidad cardenalicia, es rojo *como* la sangre de los primeros mártires. Esta hazaña, el mantenimiento de lo mismo, es tanto más meritoria cuanto que los discípulos debieron inventar todo, puesto que la sucesión por nacimiento (por derecho de primogenitura, los hijos) quedaba excluida (habiendo permanecido el profeta en estado célibe). La del parentesco también (Jesús tenía hermanos, pero de otro lecho, por así decir). Es por consiguiente el Espíritu Santo el que ha llenado la vacante familiar y la carencia jurídica. El que ha teleguiado las nominaciones, las elecciones y las imposiciones de manos. El "pasaje a los bárbaros" germánicos, el saqueo de Roma, los cismas, habrían debido confundir las pistas. Pues no. La sucesión apostólica ("en línea directa") enfila al papa actual sobre la sombra de Pedro. ¿Qué dinastía de sangre puede rivalizar con ésta?

La Cena no se asemeja sin embargo a la fundación de una sociedad. La Iglesia es justamente considerada "un hecho de tradición" —de *traditio*, el acto de transmitir (del verbo *tradere*, remitir a otro, hacer pasar el mensaje). El término engloba "todas las cosas que conciernen a la religión y que no están en la Sagrada Escritura" (Littré). Es el rigor mismo. No hay nada en la Escritura sobre la transmisión de la Escritura. Jesús no parece haberse inquietado demasiado por su carne futura. Su esposa póstuma fue encontrada a tientas, por empiris-

mo instintivo y agregativo. En honor a su ser más profundo. La Iglesia tiene que ver esencialmente con el tiempo. Es la *muerte superada* y el *tiempo ficticio*. Que haya nacido, según la doctrina, al pie de la Cruz, el día de la Resurrección, ilustra a las mil maravillas su función: asegurar la durabilidad de lo perecedero. Que su formación permanezca en el misterio, que sus agentes la hayan puesto en la cuenta de lo sobrenatural es muy normal. Lo mismo que el canto coral entre gente muy diversa, reunida donde sea, supera en belleza la adición de sus diferentes voces, la fuerza de elevación de humanos fugaces que se montan sobre los hombros de unos y otros sobrepasa en fecundidad sus talentos individuales. El escalonamiento produce un sedimento exponencial, propiamente sobrehumano, que desborda nuestros pobres recursos. Cuando no se pone atención en los medios prácticos empleados para hacerlo, trascendidos como son por el fin sublime que los escamotea a la vista, no se puede sino "divinizar" el resultado. Ascender, no descender, es nuestro primer movimiento: el hombre mira más fácilmente hacia arriba que hacia abajo. Para el caso, los tiempos apostólicos confundieron el espíritu de organización con el Espíritu Santo. Tal vez porque hay algo sagrado en todo cuerpo viviente, ya sea colectivo o individual.

Vitral de la Catedral de Chartres (nave sur del crucero), representando a un apóstol sobre los hombros de un profeta.

Nuestros famosos "suplementos de alma": ¿y si se tratara ante todo de *complementos de cuerpo*? Esperamos de nuestras creencias una porción más de oxígeno, pero sólo lo logran prestándonos un cuerpo de auxilio, a nosotros que tenemos tan poco. Transportarnos un poco más, aunque sólo sea un rodeo —de ayuda mutua, de escucha y de intercambio—, como proponen hoy los paneles de anuncios en la entrada de las iglesias a los "heridos por la vida", los disminuidos y los solitarios. ¿Y quién puede decirse suficientemente atendido, suficientemente pleno y vasto para no hacerles caso? Cubiertos por una trascendencia que no aparta la vista de nosotros, henos aquí unidos a un hogar inmenso, con un rincón junto al calor de la lumbre. ¿Qué gracia mayor que ésta: sen-

tir que existimos para y por los demás, apéndices de un organismo mil veces menos biodegradable que el nuestro? Devenir miembro es un servicio social, bastante narcicista y saturante. Pascal lo había dicho: "Ser miembro es no tener vida, ser ni movimiento sino por el espíritu del cuerpo y para el cuerpo." Y agregó: "Nos amamos porque somos miembros de Jesucristo. Amamos a Jesucristo porque es el cuerpo del que somos miembros. Todo es uno, uno es el otro, como las tres Personas." Creer es entrar en la orquesta, meterse en el diapasón, en simbiosis (creer en la Historia también era participar de la vanguardia en marcha, dentro de la calidez comunicativa de la "clase obrera"). Secular o revelada, una religión es caritativa cuando nos incorpora a algo más grande y elevado que nosotros. Y religiosas en sentido latino pueden ser denominadas las adhesiones que permiten que vivan juntos, sin desgarrarse demasiado, a los "*alia quibus cohaerent homines*", como decía Cicerón en su *De Legibus*. La hazaña espiritual se nota en el crecimiento de nuestras co-eficiencias, y casi se podría medir el grado de éxito de las diversas proposiciones utópicas o míticas que jalonan los siglos por su capacidad de concentración parcelaria. Por las promesas de cooperación y, por ende, de eficacia acrecentada, que estas prótesis colectivas pueden suministrar a los individuos. "Ven." Unámonos, únete. Dar un pueblo a quienes no lo tienen ya o no lo han tenido… Añadirnos un cuerpo quiere decir dos cosas, muy necesarias y muy precarias: *cartografiar* el entorno, o acondicionar un área de circulación según ciertos pasajes, lugares santos e itinerarios recomendados. Y ordenar los días siguiendo un hilo rector, calando los devenires en un *calendario* común. Claramente, hacer de cada vida un viaje a través del año litúrgico y del desfile de sacramentos, desde el bautismo hasta la extremaunción. ¿Darle un sentido a la aventura? Puntos de referencia y fechas de encuentro. Una brújula y una agenda: todo comienza allí. Lugares adonde ir y fechas

Ángel portador de un reloj solar. Catedral de Chartres.

que festejar. Jerusalén, Roma, La Meca, Cuaresma, Ramadán, Jánuka. La lucha paso a paso contra lo indefinido de las cosas no conectadas, la desorientación, se gana mediante el *ritmo* y la *baliza*. A los peones camineros de Dios, los divagantes reconocidos. De poder aferrarse y escapar al pánico de un espacio y un tiempo plagados de marcas y jalones.

Una jerarquía para hacer la cadena

Para transmitir es necesario organizarse. Y organizar, desgraciadamente, es jerarquizar. Al comienzo no lo sabíamos. Nos volvíamos miembros desde el momento en que nos reuníamos en un sótano para orar en conjunto. El Espíritu florece allí donde nos reunimos (Ireneo e Hipólito afirman que un fiel deja de participar del Espíritu Santo cuando abandona la *ekklesia*). Ésta era cosa de todos. *Koinonia* en el primer siglo era repartición y apertura. Pero una organización jerárquica comienza a tomar forma en las diversas comunidades locales, desde los tiempos apostólicos, con los "presbíteros" (los Ancianos, los dirigentes) y los *diakonoi* (los servidores). Los primeros testigos de la Palabra, y Jesús mismo, no tenían palabras para captar un fenómeno tan chocante como imprevisible. La necesidad parece haberse convertido en ley.

La noción de episcopado o "supervisor" (el obispo) no armoniza, y es poco decir, con el espíritu de los Evangelios. Nada de *primus inter pares*, nada de Colegio formal y cerrado. A lo sumo puede decirse que Jesús confirió a sus discípulos una calidad de "pescadores de hombres", con "poder de ligar y desligar". Los Apóstoles reclutaron después de la muerte del Maestro algunos asistentes más jóvenes, los *synergoi*, asociados itinerantes como Tito y Timoteo, Bernabé o Prisciliano. Esto configura ya un organigrama. Duplicación de funciones propia de cualquier grupo *in statu nascendi* (partido político, gabinete ministerial, empresa o secta): todo colaborador, o *synergos*, tomará a otro que lo suceda, para ayudarlo en su trabajo y poder remplazarlo una vez que haya sido elevado un escalón. "Y cuanto me has oído en presencia de muchos testigos —escribe Pablo a Timoteo (en una carta probablemente apócrifa)— confíalo a hombres fieles, que sean capaces, a su vez, de instruir a otros" (2 Tm 2, 2). Ven-

taja: un adjunto que toma a otro no lo es ya él mismo; se convierte en un mayor, un anciano, un maestro. La división social del trabajo religioso no es un capricho, como no lo es la división del trabajo a secas. En efecto, hay que: 1] repartirse las zonas de intervención y de competencia (para evitar el doble empleo) y 2] señalar ante el exterior a las personas calificadas para tal o cual servicio. Para saber y hacer saber quién hace qué y quién es quién. ¿Cómo, si no, asegurar la validez de los actos sacramentales y de los ministerios? Lo cotidiano obliga. Se necesita un personal de servicio pero también de confianza para cumplir los oficios de la caridad. Ministro es servidor. Se comienza con los pequeños ministerios encargados de los ágapes (comida ofrecida a los pobres), del cuidado de las viudas y de los diáconos, de la asistencia a los pobres, de la ayuda social mutua, de la hospitalidad (el viajero dotado de una carta de recomendación es recibido como un hermano), de los cuidados de la sepultura. Y se termina con los grandes ministerios. En la comida comunitaria, ¿quién se sienta a la mesa y quién hace el servicio (es difícil hacer las dos cosas)? En la homilía pública, ¿quién lee las Escrituras en voz alta y quién las escucha? En la procesión para recibir las reliquias de un santo, ¿quién se sitúa a la cabeza y en qué orden se organiza el cortejo: los adultos antes de los niños pero las vírgenes antes o después de las viudas?

Un servicio litúrgico, por ejemplo, es un espectáculo. Profano o sagrado, tiene lugar en una separación entre la escena y las butacas, el altar y la nave, la tribuna y el auditorio. ¿Cómo distribuirse? ¿Dónde poner la baranda? Las medidas de autoridad corresponden a embarazos y mezquindades insignificantes, que conforman lo trivial de cualquier colectividad, a ras de tierra. Estas cuestiones se plantean (o más bien se resuelven antes de plantearse, con urgencia y a título de expedientes, pensados como provisionales y accesorios, es decir, no pensa-

Procesión de la Cofradía Parisina de Peregrinos de Santiago. Dibujo. Museo Carnavalet, París.

dos) desde el momento en que se trata de *dar continuidad* a un testimonio, un instante de gracia, un encuentro excepcional. Se vuelven cuestiones dirimentes desde el momento en que decae la efervescencia carismática. Ésta *no tiene nunca la solución de las cuestiones que plantea*. Un inspirado, un profeta, un "guía" es por definición un *energúmeno*. El latín eclesiástico entendía por este término a un poseído por el demonio (del griego *energein*, insuflar, poner en acción). Pero el hombre de Dios también era un extravagante, un poseído por el Espíritu Santo, que exige confianza sin ser a su vez muy confiable. Los caracteres de la perturbación espiritual como intermitencia o separación de la norma son inherentes a su ejercicio. El desequilibrante enciende la mecha; no transmite la llama. Revolución o Revelación, Espartaco o Jesús, ambos son incontrolables, electrones libres que hacen saltar la chispa. Solamente los profesionales del regreso al orden harán un resplandor persistente. En la Barcelona libertaria de 1936, Malraux evoca en profundidad "la organización del Apocalipsis". O el fracaso de la insurrección por su propia victoria (cuando el apagavelas comunista se coloca sobre la llama anarca). Dar la palabra a éstos antes que a aquéllos, un mandamiento a uno y no a otro, es ya vejar una espontaneidad. Achicar la llama (o bajar el voltaje) para poder relevarla es el molesto giro total de toda transmisión.

Dos papas, un cardenal, un obispo, un canónigo y siete monjes en plegaria, Atelier de Daniel Mauch, hacia 1505. Museo del Louvre, París.

Los dones del espíritu son improgramables, y no hereditarios. Se necesitan otros para que la información sobreviva a su emisor, o la chispa al genio. Las funciones carismáticas no son precavidas a este respecto (si lo fueran, el carisma se desvanecería). Tienen el mérito de romper el *statu quo* y el inconveniente de no instaurar otro. Pero si no se adopta ninguna disposición, con el debido discernimiento, para pasar de lo imprevisible a lo repetible, el avance habrá sido vano. El Espíritu Santo no se comunica. Sin embargo, es necesario. Yo, obispo ya ordenado, te ordeno sacerdote. El ordenado es un inspirado por encargo. La investidura de que se da posesión afecta primero a la liturgia y luego a la enseñanza. Aparecen categorías, algunas habilitadas para transmitir y otras no. Hay jerarquía desde el momento en que los titulares de ciertas funcio-

nes pueden sustituir a otros *sin que la reciprocidad sea posible*. El obispo puede hacer de "lector"; el "lector" no puede hacer de obispo. Tal es la *relación de orden*. Se puede elegir la forma de comunidad, pero ¿cómo escapar a esta relación desigual que es la única que puede dar forma a un ser comunitario? Los ministros de lo Legítimo (o los comentadores autorizados) reprimen a los demás, sin lo cual no serían sus ministros. No se ordena a un neófito en el episcopado; se necesita un tamiz. Es ya el germen del binomio que forman el clero y el laicado, o los *docentes* (los enseñantes) y los *discentes* (los aprendices). Los puros apartan o dejan atrás a los menos puros. O los purifican según ciertos rituales de iniciación, que habilitan a los profanos a entrar en contacto con lo divino, a tocar los vasos sagrados o los rollos de las Escrituras, por grados sucesivos (el *cursus honorum*), hasta las últimas comuniones sagradas (vedadas a chantres, sacristanes y ostiarios, ministros de segunda clase).

El más pesado de los costos de la posteridad es el pasaje del adjetivo al sustantivo. *Laikos* no es al comienzo (en la epístola de Clemente a Roma) más que un epíteto que designa a "aquel que no tiene ningún ministerio sagrado que cumplir". En este estadio, y paralelamente, *kleros* no designa aún más que una función, no un estado. Hasta el día en que el empleo ocasional se transforma en estatus personal. La elección divina se funcionariza. Se había partido de la noción de *servicio*, con el obispo elegido por los fieles; y se llega a la noción de *dignidad*, en la que sólo el obispo puede entronizar al obispo. A riesgo de equiparar la Iglesia con el navío de Dios, con su piloto, sus marineros y sus pasajeros —el obispo, los diáconos y los hermanos. A cada función corresponderá una retribución: el diezmo (debiendo el pueblo subvencionar a las necesidades del clero). Al cabo de dos generaciones, el apóstol *itinerante* es remplazado por el obispo *sedentario*. Las *jerarquías de función* se convierten en *jerarquías de perfección*. Y las gracias sobrenaturales (los dones de curación, de lengua o de

Laurent de La Hyre, *La imposición de manos a los siete diáconos*, siglo XVII. Museo del Louvre, París.

ciencia) en decretos de atribución o prerrogativas de rango ligadas a la carrera. Es con el emperador Teodosio —que totaliza, uniforma y oficializa el sistema (395)— cuando se desnudará a la vista de todos "esa oscura relación comunitaria entre un saber y un poder" (Émile Poulat), que tendrá efecto, en cada escalón, vía el *conmutador territorial*: la diócesis para el obispo y a partir del siglo IV la parroquia para el sacerdote. A la cabeza de su célula así territorializada, el pastor detenta poderes a la vez políticos, administrativos y espirituales. En Hipona, nuestra Bône,* en el año 420, san Agustín gobierna, juzga y recauda impuestos. Siendo obispo, es el monarca local. Y por consiguiente también, en la comunidad, comandante de la guarnición y comisario de policía.

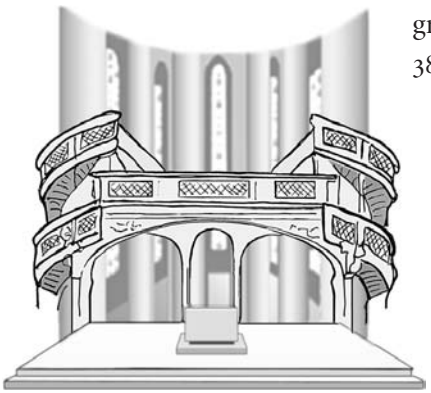
Dios no podía más. La burocratización de la gracia es una *necesidad de segunda y de tercera generación* (de la cual la suerte de la primera está suspendida). Jesús el carismástico comienza por personalizar el vínculo entre el hombre y Dios, pero la organización salida del credo de Nicea (325) termina por despersonalizar los carismas a través de un sacerdocio o de ministerios que no dan preferencia a los caracteres individuales, donde sólo cuenta la decisión de la autoridad y la buena forma de una ordenación según las reglas. Esta canalización que aplaca depende de la responsabilidad de los sobrinos nietos, de los sucesores, no de los relevos de disturbio. El conducto pasa a la cabeza en el orden del día cuando es preciso no romper sino *encadenar*. Jesús bautizado/bautizador. Pablo/Timoteo. Ese Timoteo que, desaparecido Pablo, impondrá de manos a uno más joven. Los embajadores de la Palabra se la pasan *de mano en mano.*

Todavía es necesario que estén fundamentados para hacerlo. Cronológicamente, el trazado de las líneas de demarcación sacerdotal (no hay cuerpo sin piel ni filtro), con los ritos de instalación (imposición de manos o simple bendición) que distinguen al clero elegido de la masa laica, se produce al mismo tiempo que el trazado de las líneas de reparto entre los propios clérigos, con el escalonamiento obispos/presbíteros/diáconos. Sólo obispos y presbíteros pueden conferir el bautismo y ordenar a los diáconos (del griego *diakonein*, es decir, servir la mesa). El sincronismo atestigua las dos cosas requeridas para

* Hoy Anaba, ciudad y puerto de Argelia. [T.]

constituir un cuerpo: la clausura (ante el afuera) y el escalonamiento (adentro). El límite y los grados. O sea el clásico desnivel piramidal, del que no es seguro que la actual puesta en red de la información y del saber nos pueda desembarazar.

La identidad cristiana se fue afirmando mediante reducciones sucesivas del entorno, encerrándose en círculos cada vez más exclusivos. Sumergido en la esfera bautista, también próxima a los esenios (cinco horas de camino entre el Jordán, donde Juan Bautista redime de sus pecados a quien lo desee, y el monasterio en secesión de Qumrán), Jesús pronto le dará la espalda al incorporarse a las ciudades y mezclarse con el vulgo. Primer perímetro. Muerto el profeta, el movimiento apostólico se cierra de nuevo sobre sí mismo: nada de sacrificios rituales: la pureza está en los corazones. Nada de nación elegida: no se participa en la Guerra de Liberación (la de los años 68-70). Segunda clausura, en el interior de la primera. Positiva en la medida en que tales sustracciones de audiencia no producen *in fine* una *resta*, un islote retráctil y cercado, una secta. Sino un núcleo totalizante, presente en todos, y listo para rehacer un gran círculo, el círculo de los círculos. Este transcrecimiento, tal como hoy podemos reconstituirlo según los textos canónico-litúrgicos de la Iglesia primitiva, ocurrió en lo esencial entre el periodo en que fue redactada la *Didascalia* (como se llamaban, en griego, las instrucciones del poeta dramático a sus intérpretes) y el de las *Constituciones apostólicas* atribuidas a Hipólito, presbítero de la Iglesia de Roma, probablemente escritas en griego hacia el año 200 y traducidas al latín hacia 380-400. El primer documento ignora todavía el corte clerical (ignora el término *kleros*) y considera normal que el obispo reclute a sus auxiliares directamente entre el pueblo y a título benévolo. El segundo teoriza el corte y escalona sus grados, preconizando la existencia de auxiliares *permanentes* retribuidos. Donde se ve que la Iglesia no esperó a Constantino y los esponsales con el Imperio para formalizarse y normalizarse, amoldándose a la oficialidad política. Se institucionalizó *motu proprio*. *(f)* El



Galería-tribuna, situada de modo transversal entre el coro y el trascoro. Saint-Étienne-du-Mont, París.

modelo romano del *cursus honorum* y los decretales de los papas (cartas que regulan las cuestiones de disciplina y de administración) llegaron a rematar un proceso ya muy avanzado en el siglo IV. Es cierto que en materia de organización los mejores constructores de pirámides habían sido teólogos de lengua latina, a menudo de origen africano (al ser África la cuna de la Iglesia latina), como Tertuliano y Cipriano, obispo de Cartago, que precedieron en un siglo a la oficialización imperial.[3]

La operación "posteridad" no es por consiguiente una página en blanco. Tiene sus gastos fijos, difícilmente reducibles. La apertura al porvenir exige la instauración de grados, escalones y barreras. Comprendida la Casa de Dios, donde hay espacios autorizados, reservados, prohibidos. Separados unos de otros. No se entra en una iglesia como en un molino. Y una vez en el interior, habrá una progresión regulada desde el nártex hasta el coro. Este último estará separado de la nave por una *puerta cancel*, con una balaustrada o reja adosada, a menudo precedida por un *reclinatorio*. O a falta de ello, por una *barra de honor* que soporta un crucifijo o un calvario. El espacio reservado a los clérigos está separado del de los laicos por una *galería-tribuna cerrada*, de madera o de piedra, que cruza de modo transversal entre el coro y el trascoro.

El cristianismo tiene reputación de ser el primer sistema religioso de Occidente que ha tenido todo en cuenta, al poner nuestras pequeñas crisis ministeriales fuera del alcance del sentido supremo. Este dejar fuera del juego del Eterno consuma en realidad una retirada hacia el cielo en que los hebreos habían dado ya algunos pasos. En Egipto (como, por otras razones, en las ciudades-estado de Mesopotamia) las burocracias divinas y reales se confunden, situándose el faraón en el cruce de las fuerzas cósmicas y de las realidades terrestres. En Jerusalén comienzan a divorciarse: el rey no es un dios, y Dios, el único, el ausente, le es en todo momento oponible. Pero el Templo sigue siendo el centro de la vida judía, y no es casual que Spinoza viera en el Estado de Moisés el modelo en maqueta de la teocracia (*Tratado teológico-político*). El pueblo de

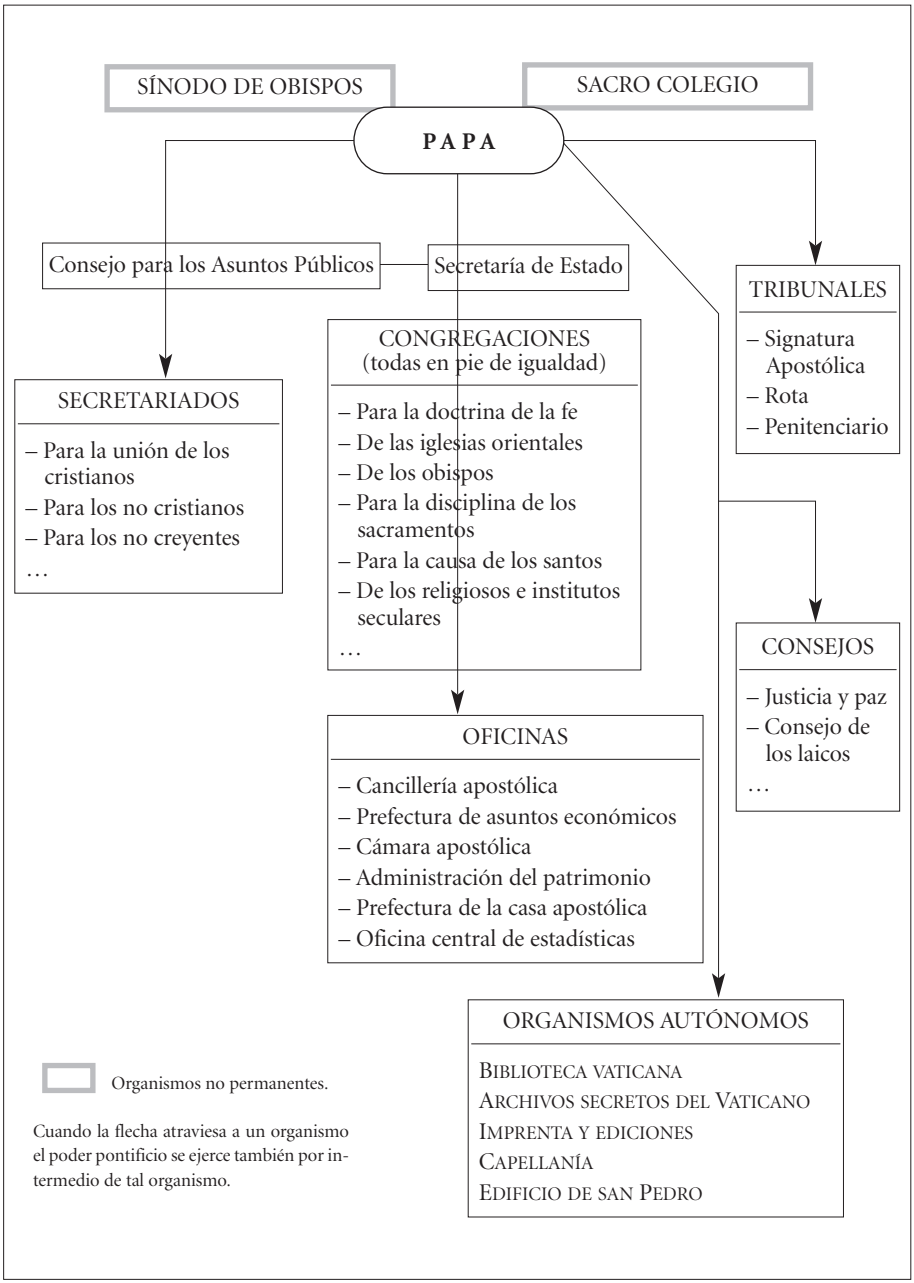
[3] Alexandre Faivre, *Fonctions et premières étapes du cursus clérical*, tesis de doctorado, Universidad de Estrasburgo II, 1974 (tesis 8 258).

Dios, Israel, es un dato social. La Ciudad de Dios, de san Agustín, es una entidad mística. Un punto de perfección situado antes y arriba, "exiliado en el curso de las edades", esperando "hasta que la justicia se transforme en juicio". Se produce aquí una dehiscencia, una discordia entre el abajo y el arriba. Graciano imputa a san Jerónimo, en los alrededores del siglo IV, la separación en el plano eclesial de los niveles de responsabilidad. El clérigo es al comienzo el que entra en el estado eclesiástico con vistas a brindar un servicio. El mayor se distinguía del menor, hoy suprimido, hacia el siglo VII. Y la prohibición del matrimonio no se producirá hasta el Concilio de Letrán, en 1123. Sigue estando en el origen esta demarcación liberadora de los dos planos que niega la teocracia, y de donde saldrá un día nuestra laicidad moderna. Se respira. Es el lado bueno de la cosa. Pero precisamente porque el clero no lo es todo, fue necesario hacer de él *un todo* aparte y en sí. Para poder, como san Agustín, subordinar el orden de la carne al orden del espíritu, o la Ciudad Terrestre a la Ciudad de Dios, hay que comenzar por disociarlos. Clérigo viene de *kleros*, la parte, el lote separado. "La parte del Señor", los *sorte electsi*, los elegidos de Dios. La concentración sobre sí mismo de un cuerpo divino integral e integrado es el reverso del sitio donde se lee la promisoria y principal separación del Sacerdocio y del Imperio (Edad Media), del Altar y del trono (Monarquía), de la Iglesia y del Estado (República).

A esos tránsfugas de la zoología que somos todos, animales políticos, nos convendría mirar de cerca cómo se engendra un duradero hogar de pertenencia. El nacimiento de una Iglesia es, en este sentido, una lección de las cosas, que hay que escrutar como un arquetipo en la clínica de los grupos. Los partidarios del hermetismo y del esoterismo tienen tendencia a rechazar los organigramas en las zonas bajas del pensamiento. Una manera como otra de escapar a la realidad de las sintaxis humanas y a los tristes repartos que impone la constitución de una identidad colectiva, profana o sagrada…

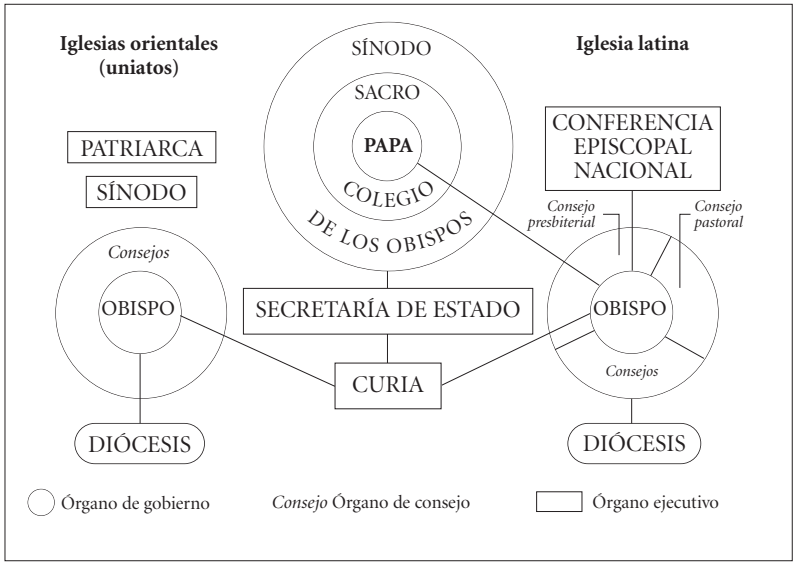
De la eclesiología como ciencia política

Saulo de Tarso compartía dos virtudes con el san Pablo de Marx, es decir, Lenin: no haber conocido personalmente al maestro y el sentido de la

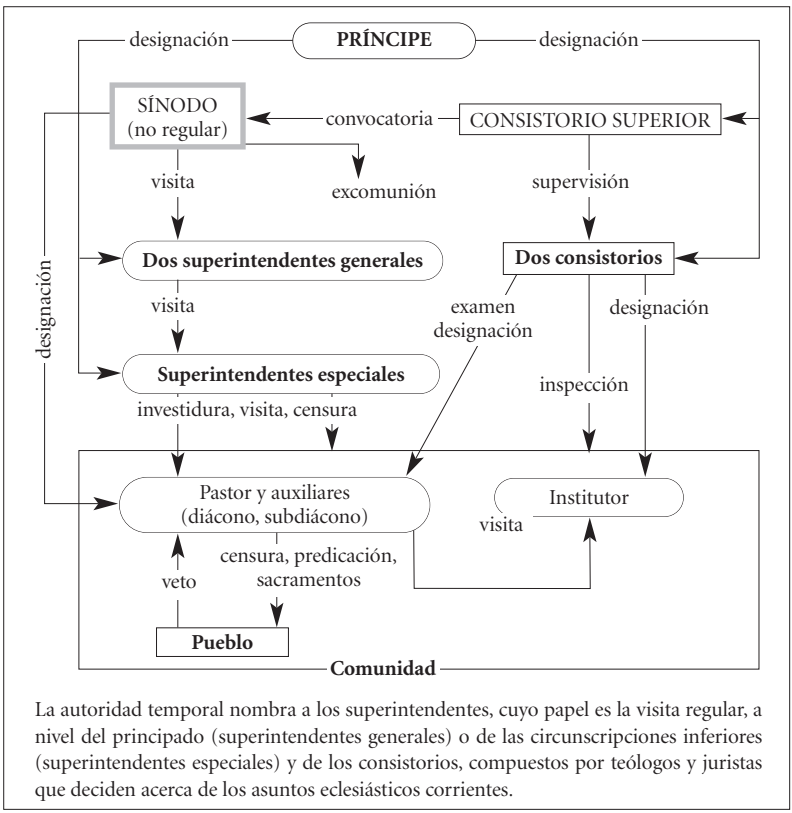


La Curia después de la reforma de 1967.

FUENTES: N. Lemlaitre, M.-T. Quinson, V. Sot, *Dictionnaire culturel du christianisme*, Cerf / Nathan, 1994.



Organización de la Iglesia católica



La autoridad temporal nombra a los superintendentes, cuyo papel es la visita regular, a nivel del principado (superintendentes generales) o de las circunscripciones inferiores (superintendentes especiales) y de los consistorios, compuestos por teólogos y juristas que deciden acerca de los asuntos eclesiásticos corrientes.

Constitución de la Iglesia luterana de Sajonia (1580)

Ieronimus Bosch, *Ascensión hacia el paraíso terrestre*, Palacio Ducal. Venecia.

organización. Esto último es en el fondo una paradoja bien manejada, consistente en erigir muros entre los hombres y en consolarlos enseguida mediante pasarelas. Muros para hacerse *un mundo propio*. Y pasajes para permanecer *en el mundo*. Los sectarios se parapetan pero olvidan las vías de maniobras. La puerta sin el umbral es la mitad del programa. A fin de tener su propio mundo dejan de habitar en el mundo tal cual es. Los oportunistas, por el contrario, abren puertas por todos los lados olvidando los muros. Para pasar de la secta a la iglesia es necesario que las puertas estén abiertas *y* cerradas. La invención del purgatorio en el siglo XII testimonia esta gentileza: el Paraíso *y/o* el Infierno. No renuncien, nada está cerrado, llegaremos. En la cristiandad hay siempre lugar, entre los extremos de la condenación eterna y de la beatitud, para cursillos pedagógicos que hacen las veces de sala de espera: el estado de "beato", entre el de "venerable" y el de "canonizado" (la santidad mediana); el estatus de "catecúmeno" entre el pecador y el bautizado; el de "penitente" entre fiel y excomulgado; el de "padrino" o "madrina" entre padre y madre y quienquiera que sea. En la iglesia como edificio existe también el nártex (donde deben detenerse catecúmenos y penitentes) entre la nave y el atrio. Y en el cielo está el purgatorio, entre el infierno y el paraíso. Ahí donde hay un desnivel hay un peldaño para salvarse de la desesperanza (eso inaccesible) sin caer en lo fácil (nada de peaje).

El rechazo a ofrecer sacrificios a Césares demasiado humanos en nombre de la trascendencia de lo divino puede interpretarse como una primera posición de frontera. "Somos diferentes de ustedes." Esta intransigencia permite recargar las baterías de la sacralidad, descargadas en exceso por los laxismos divinizantes de la romanidad tardía. Los cristianos remonetizaron así la noción de lo divino, devaluada por excesivas apoteosis, al borrarse las fronteras entre la trascendencia y la inmanencia con la divinización en serie de los emperadores. Habiendo encontrado una vertical estructurante en la proliferación de

dioses, semidioses y héroes, el cristiano poseía, como lo comprendió enseguida Constantino, una formidable capacidad de *reestructuración* política, ideal para cualquier imperio en vías de descomposición. Primero de los obispos, nuevo Moisés, el Emperador convertido podía aspirar en nombre del Uno, al gobierno de todo. Al precio de una confusión, típicamente romana, entre magisterio y magistratura. Canalizadas forzosamente en el Partido Único, en la sociedad comunista, las divergencias doctrinales devienen crímenes contra la Historia y el Pueblo. En la Iglesia Única las divergencias de doctrina se transforman pronto en crímenes contra Dios y el papa.

Es una fantasía irresistible, y con todo sin esperanza, asistir *de visu* al "nacimiento de una sociedad". Sorprender en lo vivo el momento imperceptible y crucial en que una *masa* se cristaliza, asume un *todo* distinto. Este *experimentum crucis* es por cierto una nostalgia muy ingenua; y las ciencias sociales nacieron el día en que la pregunta sobre "el origen de la sociedad" fue puesta en el cajón dentro del expediente "fantasías". Un lingüista se reconoce en que no habla nunca del origen del lenguaje, así como un antropólogo no habla del primer contrato social. "Comencemos por descartar todos los hechos", decía el propio Rousseau al inventar al hombre en estado natural. Pero para nosotros *los* orígenes del cristianismo serían aquello que se aproxima más al imposible remontarse a las fuentes. Con sus constituciones, su derecho, sus departamentos administrativos, su lengua, sus escuelas, sus fiestas y sus duelos, sus tribunales, su economía, su jefe elegido y sus cuadros, la sociedad visible del Dios invisible tiene la particularidad de que se sabe dónde y cuándo nació. Esta característica da a la eclesiología, nuestra primera ciencia de la organización, "la grandeza de los comienzos". Mientras que los primeros balbuceos de los demás se pierden en una noche muy mal documentada, el nacimiento del organigrama divino lo está mucho mejor.[4] Además de los Hechos de los Apóstoles, texto más teológico que histórico, se puede especialmente consultar la *Histoire ecclésiastique* de Eusebio (obispo de Cesarea, en Palestina, 255-340), uno de los primeros en restituir a su orden cronológico "las sucesiones de los santos apóstoles, así como los tiempos transcurridos desde nuestro Salvador

[4] Jean Gaudemot, *Les sources du droit et de l'Église en Occident du IIe au VIIe siècle*, Cerf, 1985.

hasta nosotros", los decretales de los pontífices, los cánones conciliares, las reglas monásticas, los testimonios de los Padres. La amplificación legendaria y las ideas preconcebidas apologéticas no constituyen evidentemente obras de historia en el sentido moderno del término. Así como no hay biografía de los santos sino hagiografías, no se conoce, para este periodo crucial, una historia de la teología que no sea una teología de esta historia (como ocurre con san Agustín). Habrá que esperar a los mauristas, en el siglo XVII (los benedictinos de la congregación de san Mauro), así como a la gran figura de Mabillon (1632-1707), para dejar entrar a la crítica histórica en el recinto de lo sacrosanto.

Del mismo modo en que el soporte se disimula en el mensaje que hace posible, la organización se escamotea en el órgano final, de modo que abordar el hecho cristiano por los textos es tomar el efecto por causa, el final por el comienzo. Lo que consideramos fuente y fundación es ya en sí un efecto de organización, puesto que la colección de textos normativos (decisiones de los concilios dotados de autoridad o Libros que se consideran inspirados por el Espíritu de Dios) fue resultado de una decisión eclesial (o administrativa). Leer la institucionalidad cristiana a la luz de la doctrina es algo así como permutar la fuente por la desembocadura. Lo prueba la imposibilidad en que estamos de discernir, en la captura del cuerpo doctrinal, los conflictos de interpretación de las luchas de tendencias. La extrema izquierda arrianista (el Cristo no es más que un hombre) expresa un separatismo meridional; el nestorianismo (el Cristo se desdobla), una disidencia oriental. Los *ismos* reflejan o cifran luchas dinásticas y nacionales (queriendo cada provincia asegurar su teología y su iglesia). No olvidemos que los siete primeros concilios que fijaron la doctrina de la Iglesia fueron *convocados por iniciativa del Emperador* y se desarrollaron en el palacio imperial. Las decisiones políticas entrañan a menudo la creación de una nueva estructura de autoridad (sínodo, concilio, asamblea) por encima de la anterior, no suficientemente dócil. Nuestros *dogmas* (revelados) fueron en su tiempo *decretos* (arbitrarios). La tra-

Jean Fouquet, *Concilio de Clermont*, primer llamado a la Cruzada por Urbano II, 1095. Biblioteca Nacional de Francia.

dición borró la firma o el golpe de fuerza del que tomó la decisión; y un sedimento de fe se constituyó, suma de obediencias eclesiásticas trascendidas en misterios teológicos, yendo en el sentido de un reforzamiento de la unidad y de la autoridad imperiales. *(g)* La metáfora paulina del cuerpo recomendaba tener ante todo cuidado con la cabeza. El organigrama de las autoridades y el de las verdades se auparon haciéndose estribo con las manos.

Existían al comienzo, para la catequesis, las *didascalias*, escuelas libres que preparaban a los catecúmenos para el símbolo bautismal. Se fueron transformando poco a poco, hacia el siglo IV, en escuelas autorizadas o *catequísticas*, donde los obispos, detentadores de la verdad revelada, eran los únicos habilitados para inculcar el credo. A los maestros heréticos o que se descaminaban pronto se les prohibió enseñar (tal como a Orígenes de Alejandría por parte de su obispo en 231). Así se consolidó doctrinalmente la sucesión del Cristo en los Apóstoles, de los Apóstoles en los obispos, y de los obispos en los obispos, hasta estabilizar la barca de Dios. El fin era producir lo repetible (*ut cum dicas nove non dicas nova*: di las cosas de nueva manera pero no digas cosas nuevas). El poder detesta lo imprevisto. La captura concluyó, en lo esencial, con la promulgación de la disidencia como religión de Estado (edicto de Teodosio, 380).

¿Por quién dobla el ángelus?

No vayamos a creer que sólo hay "jerarcas" en las funciones consagradas. El empleado de correos o del ministerio que hace llegar su nota "por la vía jerárquica" se conduce todavía como clérigo de iglesia, e incluso como un verdadero ángel. Porque la sociedad de funcionarios tiene la misma estructura piramidal que la de los ángeles (el colectivo menos democrático y más militarizado que haya). La odiosa palabra jerarquía no fue forjada por un déspota hipócrita y solapado sino por un muy santo Doctor, de ascendencia neoplatónica, Dionisio el Areopagita, para designar el orden y la subordinación de los diferentes coros de ángeles, repartidos en tres niveles. El más bajo: los principados, arcángeles y ángeles. El intermedio: las virtudes, dominaciones y potestades. El más alto: los serafines, querubines y tronos. En el cielo como en el ejército. La lucha contra los demonios no permite vacilaciones. Las *milicia cœlesti*

son tan disciplinadas y cerradas como una tropa de choque, donde cada uno está en su lugar. Esta jerarquía funcional proyectó hacia el cielo, agrandándolos, los escalones de la condición eclesiástica —*órdenes menores* (ostiarios, lectores, exorcistas, acólitos, subdiáconos) y *órdenes mayores* (diáconos, sacerdotes, obispos)—, a la que sirvió como devolución de fianza. Nos cuesta trabajo hoy afrontar la dura verdad de los ángeles, cuya lindura oculta lo marcial. Subrayemos que en la Iglesia fueron los fundadores de órdenes o los generales, como Gregorio el Grande e Ignacio de Loyola, o incluso san Bernardo, quienes tomaron en serio a los ángeles. Los halcones y no las palomas. Los hombres de acción y no los fabricantes de frases. El rechazo de las verdades básicas del cristianismo por los cristianos *up to date* se expresa actualmente en este género de frase usual: "Hay algo de angélico en pretender que una comunidad de fieles pueda estar desprovista de una jerarquía." Habría que decir exactamente lo opuesto, y un lector del Pseudo-Dionisio, el fundador de la angelología y el primer antropólogo del fenómeno burocrático, habría rectificado: "Habría algo demoniaco en pretender que una comunidad estable pueda estar desprovista de una jerarquía."[5] Es perturbador ver, en tanto lo instituido tiene mala prensa, hasta qué punto nuestras lenguas de algodón pueden invertir el abecé de la doctrina. Si la formación de una identidad de grupo obedece a constantes que se imponen a todos, creyentes o no, y ante las cuales no somos totalmente libres, se comprende nuestra mala fe. Nos felicitamos de que las sociedades democráticas hayan salido de la religión para entregarse a la libre producción de su porvenir. ¿Se habrán vuelto sin embargo indemnes a los prerrequisitos de lo colectivo (que llamamos en nuestra jerga cientificista limpieza del ruido, filtración de la información, redundancia organizada), cuyo conjunto constituiría lo que hemos denominado en otra parte "el inconsciente político" de la humanidad? Si nos resistimos a esta halagüeña ilusión, no dudaremos en decir: *verdad clerical y mentira religiosa*, al igual que se dijo: "verdad novelesca y mentira romántica" (René Girard).

Soñamos todos con *cooperativas espirituales*, digamos más modestamente, con círculos de afinidades donde la cohesión no se pagaría con ninguna subor-

[5] *De cœlesti hierarchia*, siglo VI d.C.

Emmanuel Tranes, L*a synaxe des anges*, icono, 1666. Museo Bizantino y Cristiano. Atenas.

dinación y donde la autoridad de los inspiradores prescindiría finalmente del organigrama (títulos, escalafón, rango, dignidad, etc.). Los datos de la observación sobre nuestros modernos movimientos de ideas, en el seno mismo del ateísmo, no parecen deber responder a ese voto piadoso (aunque agnóstico). Si tal fuera el caso, la agregación cristiana no tendría para nosotros más que un interés de curiosidad, limitado a la historia antigua. ¿No será más bien una revelación por anticipado? Sin que hagamos de ella un modelo estándar, y menos aún insuperable, la agragación cristiana ayuda a dilucidar el oscuro nacimiento de esos círculos profanos de enunciación colectiva que se llaman escuelas, disciplinas y a veces incluso "ciencias humanas". Estas últimas tienen en común con el cuerpo eclesial la producción de enunciados "doctrinables", dirigidos a *conferir autoridad* en un círculo doctoral. Este campo de enunciados se reconoce por sus sufijos en "ismo" (y no en "ico"). Dan hoy lugar no a credos, artículos o confesiones de fe sino a cartas, archivos, métodos, programas y manifiestos. Y son el teatro permanente de querellas (de capilla), luchas (de sucesión), escisiones y cismas. ¿Qué doctrina nueva no busca "formar familia" y qué nueva familia no busca "hacer doctrina"? La ortodoxia cristiana pasó por procedimientos que fueron luego los de la ortodoxia freudiana o marxista, con sus "sociedades de psicoanálisis" y sus "partidos proletarios". El paleocristiano está en condiciones de informar sobre sí mismos, más allá de los compromisos intelectuales, a los militantes contemporáneos que —blancos, rojos o negros—, en nombre de una convicción firme, de una razón de vida o de una posición de principio, "se adhieren a" o "suscriben" esto o aquello. Encontraremos aquí de qué entristecernos y de qué alegrarnos, según el humor o el momento: no toda brecha abierta por un inventor en tiempo y lugar, en la lengua o el pensamiento, está destinada a desvanecerse como humo al día siguiente (alegría); pero su prolongación formará un aglutinante más o una caparazón de reglas (tristeza). Como si aquello que el perturbador fuera de serie lograra arrancar —de tarde en tarde, por su obra o su existencia— a los conformismos de grupo se le revirtiera como un bumerán después de su deceso, en la administración aterrorizante o puntillosa de sus fulgores.

Continuamos pese a todo lamentando que los cristianos tampoco sigan el consejo de Nietzsche, su mejor enemigo: "Lo que se te reprocha, cultívalo; es tu mejor parte." Sus Iglesias, con sus ridiculeces y sus infamias, son sin duda

lo que hicieron mejor. Su éxito en la más prolongada experiencia de transmisión que haya conocido nuestra historia merece al menos un poco de consideración de los anticlericales (que somos todos). Por supuesto que hay que apelar siempre de la Iglesia al Evangelio. Escandalosa es la institución, ese contratestimonio permanente. Pero desoladora es la ausencia de institución, que vería desaparecer el testimonio. De dos males, la insuficiencia o la nada, los colectivos que gozan de buena salud prefieren el menor. Sólo individuos pueden desactivar el instinto de conservación y elegir la opción del suicidio por intransigencia. Entonces, una vez más, esos mártires serán esgrimidos como ejemplo, en una clásica malversación de cadáver, por su Iglesia y su Partido, su Internacional o su Estado, que se sirven entre sus adeptos del revolucionario muerto para legitimar el orden por ellos establecido.

La crítica del espíritu de ortodoxia es una tarea infinita, que hay que retomar cada mañana, en tanto que las potencias divinas se inclinen a regimentar los cuerpos y los poderes seculares, a regimentar las mentes. Iglesia tridentina, triunfalista, aplastante e intrusiva. Una Potencia de la tierra. El médium (de la fe, de la ciencia, de la voluntad del pueblo, etc.) hace pasar el mensaje y engorda al pasarlo. Frente a estas pulsiones de dominio y a los clericalismos ateos, sin fe ni ley, que toman el relevo, el combate de la ironía para preservar la incoherencia del mundo será siempre de actualidad. La laicidad es demasiado preciosa y precaria.[6] De allí la idea en principio tranquilizante, la del deísmo liberal, de tomar la crema sin la masa: el Ser Supremo sin "lo infame", la comunidad sin el encierro, el espíritu sin el cuerpo. Voltaire: "Muero adorando a Dios, amando a mis amigos, sin odiar a mis enemigos y detestando la superstición." El espíritu de la Ilustración gira sobre los rechazos de la Encarnación y de la Historia. Un "Dios formador, remunerador y vengador", el Arquitecto en jefe encargado exclusivo de los pesos y medidas de la naturaleza, cuidándose muy bien de no politizar las relaciones y de no confiar sus intereses a una secta mezquina, nos suministraría el buen Dios sin sus lados malos. *La religión en los límites de la simple razón* (sin casos Calas o Galileo, sin autos de fe ni *fatwa*…).

[6] Véase Henri Pena-Ruiz, *Dieu et Marianne*, PUF, 1999.

Voltaire por Jean Huber, papel recortado.

Ideal. Pero la historia efectiva de los últimos dos siglos, y la de los cultos civiles de la Francia revolucionaria en particular, no respondió a la esperanza kantiana. Una de dos cosas, en efecto. O bien esta religión "natural", por oposición a las "establecidas", abandona los círculos de iniciados, y entonces encarnará en una institución, que será nacionalizada (ortodoxa, luterana, anglicana) o notabilizada (francmasonería), caso en el cual caerá en la arbitrariedad, el egoísmo sagrado o el mercantilismo. O bien declina el riesgo de existir, y entonces ese Dios de papel se quedará en los salones. La religión minimalista de Voltaire es en sí misma excelente. *(h)* No hizo mal a nadie pero sólo animó a M. Homais (movilizar la calle no es la meta de los farmacéuticos, pero siempre hay exaltados que no leyeron *Cándido*, desgraciadamente, para amotinar a las multitudes). Manco o sucio. Amarga alternativa entre un principio "imbécil", es decir, desprovisto de fuerza movilizadora, y una fuerza emocional pero demasiado desprovista de principios. Se busca siempre el punto medio. Nuestras democracias juiciosas la exploran a tientas. Se puede dudar de que el Occidente del siglo XX, el de las torturas y el de las matanzas en masa, haciendo un balance, haya llegado a reflejar en sus conductas la Razón de las Luces que invoca en sus tribunas. La protesta individualista, que se mofa de las fábulas y los mitos religiosos, se cuida en general de no meter mano en la masa colectiva, y esta reticencia de parte de los filántropos es comprensible. En cuanto a los misántropos, tienen demasiada buena vista como para imaginar que exista una panacea, un gran mensaje dejado en alguna parte, que bastaría recoger y dar a las generaciones futuras, como la clave de la felicidad finalmente reencontrada. Si los hombres se aplicaran a gobernarse según el Sermón de la Montaña, fórmula milagrosa, entonces sí, terminaría la ley de las idiosincrasias y de las posiciones por oposición. Hablaríamos todos esperanto. No hay ni la menor apariencia de algo semejante.

CAPÍTULO VIII

Salve Regina

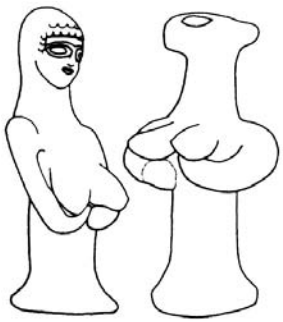
Carne, oh mi Dios, no poseías
para partir con ellos el pan de la comida…
Tu carne en primavera por mí moldeada,
oh hijo mío, fui yo quien te la dio.

MARIE NOËL

El ascenso en potencia del Dios de amor encontró un precioso refuerzo en el elemento femenino. Forzosamente, puesto que al hacerse hombre Dios debió pasar por un vientre mancillado. Inevitable pero peligroso. De allí la necesidad de hacer para María, la Madre de Dios, una excepción a la regla judía de la impureza. Cosa que desbloqueó el juego sin fin de las seducciones físicas. La lógica en cascada de la Encarnación hará del cristianismo el menos misógino de los monoteísmos, al introducir en la cultura del desierto cierta urbanidad. Claramente: entronizó el culto mariano, feminizó a los ángeles, autorizó la imagen y alentó a las santas. Un Dios de cercanía, padre remozado, halló en tal despliegue carnal y colorido, extrovertido y tierno, no sólo una red de apoyo ampliada sino un medio eficaz de conquistar los corazones y los imaginarios. Para reinar no ya sobre un pueblo elegido, sino sobre toda la Tierra.

Si hacía falta a toda costa una carnicería fundacional, una unión por el asesinato, al parecer Freud se equivocó de género: el monoteísmo, Ley del Padre, se cimentó con la sangre de las diosas madres. El chivo expiatorio debió ser una cabra. Arena y signo pusieron a la divinidad en el régimen de la sequía. Hasta el gran viraje era vitalista y matrilineal. Oral, visual, pluvial, meona, láctea, nutricia, la mujer irrigaba la tierra y hacía brotar la vida. Por la vulva, las mamas y la boca pasaban la simiente, los cuentos para los niños, la leche y las buenas recetas. Astarté en Sumeria, Kali en la India, Artemisa en Éfeso, en otra partes Cibeles, Deméter en el país griego, Ceres en Roma. Y mucho antes las Venus abultadas del paleolítico. Al separar a Yahvé de su esposa Aquerah, el judaísmo ortodoxo quebró esos cuernos de la abundancia. Las diosas madres eran tan antiguas como el barro cocido. El Matricidio llegó después, con la edad de los metales; fue vasija de hierro contra vasija de tierra. Y el poner bajo la férula al Imperio Cristiano marcará la revancha de lo puro sobre lo impuro: se desterrará el desnudo, se cerrarán las termas, los gimnasios, los bur-

Papety, *La tentación de San Antonio*, Wallace Collection, Londres.



Figurines-pilares del siglo VII encontrados en Jerusalén y Beersheva representando a la diosa Aquerah.

deles y los estadios (donde las vestimentas eran ligeras). Y se pondrá fin a los juegos olímpicos. *Agapé*, la caridad, prevalece sobre *Eros*, la sexualidad. La Virgen de Éfeso suplanta a la Artemisa con mamas como testículos de toro. Orígenes se castra. Ascesis, mortificaciones, penitencias, reculadas. Duelo de las libidos, sexos a media asta…

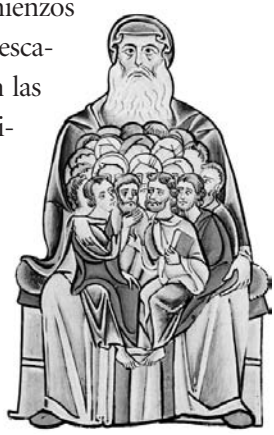
Nada de todo esto es falso, pero la historia puede contarse de otro modo. El Hijo del Hombre se desembarazó de los surcos falocráticos. Retomemos. Al elevarse a lo universal mediante un *salto a lo abstracto*, pero recayendo pronto sobre un cantón de Oriente, el rígido Todopoderoso, aquel que Pompeyo se sorprende de no encontrar en el Santo de los Santos vacío, habría podido aburrirse de esperar en su egocentrismo. Un mesianismo de interés local. Con el extraño rabí que hablaba de amor y eligió la escena de una boda, Caná, para su primer milagro, sobreviene el *rebote hacia la carne*, que va a dar alas a Dios para cubrir toda la Tierra. El salto del ángel, los brazos en cruz. ¿De dónde le viene tal audacia insensata? De su llegada en la carne. Encarnación nuclear (cuando no era central en el mundo judío), transmutada en deflagración inagotable. ¿Cómo el Eterno pudo tener un Hijo de carne y hueso sin perder su trascendencia? Tal apuesta provocadora, en lugar de condenar la empresa, va a darle los medios líricos de su finalidad planetaria. Y ante todo el medio para reconciliarse con la mitad más reacia de la especie: las hijas de Eva.

Mitra sacrificando un toro, bajorrelieve de fines del siglo II, Roma.

La romanidad viril durante largo tiempo se burló de "esta religión de viejas". Así se reía también socarrón san Agustín antes de su conversión. Este ridículo tuvo mucho que ver con su éxito final. Si abusando de su ventaja pudo vencer a Mitra, el gran culto competidor de los dos primeros siglos de nuestra era, en el campo de batalla, fue porque este torero machista no contaba más que con los soldados de las legiones. Hoy

todavía las mujeres son mayoritarias en los conventos y los monasterios, así como entre los practicantes. Ciertamente, el eclesiástico prefiere para este fin a la mujer de edad madura, casta y célibe; y fuera de la liturgia a la señora de tal, sumisa y prolífica. La carne será vergonzante o fecunda. Virgen o madre, santa o matrona, nada de términos medios. Excluida del sacerdocio entre los católicos e impropia para profesar, sólo resta que la mujer no se "monte" en la Torah teniendo acceso a la Santa Mesa. Del Dios mayor nada le concierne; en cuanto al Dios Hijo, dice el catecismo, distribuye la comunión y puede incluso, en ausencia del sacerdote, presidir exequias. De una transmisión a la otra se ha pasado de la puerta dorsal a la puerta ventral.

Pasaje problemático y por cierto inacabado. Se regresaba desde lejos, de una disimetría de principio. "La mujer es para el hombre; el hombre es para Dios." La ancestral relación de orden parecía la naturaleza misma. De allí las prohibiciones, más fáciles de soslayar que de levantar francamente. No se puede cuestionar a la Nueva Alianza el mérito de haber restablecido al menos el equilibrio en el inmemorial tándem deseo-repulsión que inspiran Eva o Pandora, o Kali, siempre nociva *y* nutricia. Ambigua como el humus, que nutre a los vivos *y* recoge a los muertos. La fe emergente partió la manzana en dos. Animal y dionisiaca, enlazada a la serpiente, montando un chivo —bruja y agente de Satán. Pero también, más tarde, conducto de gracia, sonrisa de perdón, "madre de los senos fieles" —la Madre de Dios. Los comienzos fueron ortodoxos. San Pablo, desde el primer esbozo, no escatima su antifeminismo (ordena a las mujeres callarse en las asambleas y les prohíbe enseñar). De suerte que, veinte siglos más tarde, las mujeres de la Europa cristiana le pagan con la misma moneda al organizador. Lo miran con malos ojos. Al acceder a la igualdad muchas abandonan la misa (como sus hermanas cuestionan la sinagoga). De la exclusión del ministerio sacerdotal a la prohibición de abortar, una antología de la vejación llenaría un volumen por sí sola: Tertuliano, Ambrosio, san Jerónimo. Sin olvidar el decreto de Graciano (1140) que estipula que la mujer no fue hecha a la imagen de Dios.¿Por qué ese encarnizamiento? ¿Por qué los



Las generaciones en el seno de Abraham, Biblia de Souvigny, fin del siglo XII. Biblioteca Municipal, Moulins.

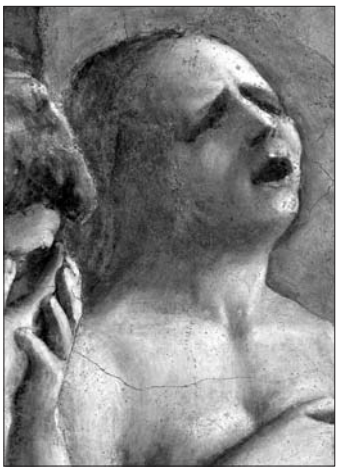
hijos de Abraham prefieren reunirse en el paraíso en el seno del Padre y no en el de la Madre? ¿Por qué Dios está a tal punto resentido con las muchachas, mientras que Zeus y sus amigos les rinden honores y las festejan? Con éstos el bello sexo era de la partida. Allá arriba, sesionaba en el Panteón, con voz y voto. Acá abajo los cultos eran mixtos: había Pitonisas, Vestales, prostitución sagrada y grandes sacerdotisas. El Libro hace caso omiso de todo eso.

Reparaciones y arrepentimientos

Al abrir la evolución de las costumbres (entre los fieles mismos) una puerta falsa cada vez más incómoda entre lo legal y lo aceptable, los hombres de Dios despliegan prodigios de exégesis para borrar las asperezas (según nosotros las enormidades) de la *Tanach* (el acróstico hebreo para Pentateuco, Profetas, Escritos), o incluso los ucases de un san Pablo. El creyente liberal y liberado esgrime la excusa cronológica. Concedamos que el Eterno tampoco puede saltar por encima de su tiempo y que no se le puede pedir más al Patriarca celestial que a la sociedad patriarcal que lo ha nutrido. De tal Padre tales hijos. Así, lo que una sociedad ha hecho otra bien podría deshacerlo, y si no estuviera en cuestión más que "la situación de la mujer" en las épocas de Abraham, de Pablo y de Mahoma, entonces todas las esperanzas serían permisibles (por consiguiente, modernicemos y reformemos). La verdad es que la mujer-de-su-casa puede hacerse remontar hasta la mujer-bajo-la-tienda de las sociedades del desierto regidas por el linaje (tienda que le correspondía tejer, reparar y montar sola, como ocurría con la tarea de ordeñar la leche y con la faena de obtener y acarrear la madera). El mundo beduino estaba hecho así. Alimentada después de los muchachos pero antes que los perros, la joven estaba ahí para el "creced y multiplicaos" del Señor (el monoteísmo de instinto poblacionista). La progenie, además de la supervivencia, aseguraba el porvenir de las relaciones sociales (los pastores tenían como demarcación política las relaciones de consanguineidad y parentela). Rudas son las sociedades nómadas. Inestables, pendencieras, con un excedente de machos. Sociedades guerreras y viriles, de fuerte competencia vital en razón de la escasez de recursos disponibles. Los pastores de oficio no han sentido jamás el gusto por lo bucó-

lico, lo pastoril y las pastorelas —fantasías de ociosos citadinos. Vivir, para ellos, es moverse. La reproductora asegura, pero hace que todo sea más lento. Una desventaja para la movilidad. Cuando se embaraza es forzoso cuidarla y economizarle movimientos. Tradicional división sexual de los papeles: la incubación y el trayecto. La cocción y la caza. A ella las provisiones, lo clausurado y lo tibio. La depositaria de las lentitudes nutricias, de la gestación y la germinación, cuidado del fuego, la cocina, los granos y los niños, mientras que el depredador del medio natural se arriesga afuera, con sus armas y sus instrumentos, para cazar o para apacentar al ganado. Continuidad *versus* Innovación. A las mujeres lo cubierto; a los hombres lo descubierto.

De esta ancestral división de roles, a la vez económica e imaginaria, debían salir mandatos, costumbres y rituales. "Bendito seas, Eterno, soberano del mundo, que no me hizo mujer": bendición de los judíos devotos en el oficio de la mañana, prescrita por el Talmud. Algunos rabinos modernistas, maestros de buena voluntad, sugieren que mediante esta fórmula despectiva el hombre agradecería a Dios el someterlo a observancias de las que dispensó a las mujeres. Así se le rinde gracia por tener que hacer más que sus hermanas. Es ingenioso pero no verdaderamente convincente. Lo cierto es que ha habido progresos, marginales y a bandazos, en el judaísmo liberal (donde se encuentran rabinas mujeres, por cientos en Estados Unidos, una decena en Israel), y desde hace más tiempo en las iglesias reformadas. Persisten una latencia, una resistencia a los aggiornamentos de la que no pueden dar cuenta por completo las explicaciones provenientes de una historia leída bajo el signo de la geografía. La misoginia del Padre no es producto de la civilización sino fundacional. Victor Hugo resumió el punto muerto: "El hombre solo sobre la Tierra es del sexo de Dios. / El hombre es el ser caído, la mujer es el ser impuro. / La vida, exilio para el hombre, es para ella



Masaccio, *Adán y Eva expulsados del paraíso* (detalle), Santa María del Carmine, Florencia.

el presidio. / Hecha de carne y no de alma / Satán musitó su triste epitalamio."[1] Eva está maldita, es responsable de todas las desgracias de los hijos de Adán, que ella engañó no diciéndole palabra de lo que Dios le había susurrado poco antes acerca de los peligros del árbol. El pecado original es por lo tanto un acto suyo. ¿La seductora miente? "¡Puerta del diablo!", exclamará Tertuliano. ¿La buena planificación de la Creación, que subordina la parte al todo y la costilla al esqueleto? Se nos asegura, generosa relectura, que hay que traducir "costilla" por "costado", y que Dios quiso hacer de la mujer no "el producto de un hueso sobrante", como Bossuet entendió erróneamente, sino el otro costado, la mitad del hombre. Sigue siendo cierto que no fueron creados los dos al mismo tiempo, sino una a continuación y para el servicio del otro. Que la mujer sea para el hombre y que el hombre sea para Dios —tal es lo que está *inscrito* en la prehistoria de la salvación, con todas sus letras. Al menos en la primera versión del mito, puesto que el Génesis presenta dos (¿no somos nosotros mismos ambivalentes sobre este tema?). El primero (1, 27): "Elohim creó al hombre a su imagen; a la imagen de Elohim lo creó. Él los creó macho y hembra y les dijo: fructificad y multiplicaos." El Adán inicial es un masculino/femenino, y el asexuado toma a su cargo de concierto la vida, el engendramiento animal, la reproducción. Salvo el orden simbólico de los nombres y de las leyes reservado únicamente a Adán, que "da nombres a todos los animales del campo, a las aves del cielo y a todas las bestias". El segundo Adán (2, 18) es un macho solitario, del que Elohim se dice que no es bueno que permanezca solo. "Quiero hacerle una ayuda que sea semejante a él." Entonces, "tomó una de sus costillas y cerró la carne en su lugar". Le presenta entonces la Mujer al Hombre, que

La creación de Eva, fresco del siglo XV. Iglesia San Donato de Ripacandida.

[1] Victor Hugo, *Œuvres complètes*, edición de Jean Massin, t. X, 1.

la acoge como "hueso de sus huesos y carne de su carne" —algo más que una repetición y algo menos que un encuentro. Los animales no le resultaban una compañía suficiente. Los optimistas interpretan: es la mujer la que hará pasar al hombre de la naturaleza al pensamiento. Sin Eva no habríamos tenido historia, puesto que hubiéramos permanecido en el Paraíso, como las bestias: sofocados de felicidad. La que arrastró a la perdición lo hará igualmente a la salvación. Esas simpáticas recuperaciones pueden hacernos sonreír. Como lo dirá sin rodeos san Ambrosio en el siglo IV: "Es la mujer la que fue para el hombre el origen de la falta, no el hombre para la mujer." Con la anterioridad de Adán y la malevolencia de Eva, el androcentrismo bíblico es de principio. No se conocen de Adán y Eva más que hijos varones: Caín, Abel, Seth (con quién se reprodujeron es un misterio). Noé, Abraham, sólo tuvieron hijos y José sólo tuvo hermanos. En las genealogías primordiales las hijas son olvidadas.

El escrito, médium sexista

Sobre esas heridas mal cicatrizadas podemos echar nuestro grano de sal *ex officio*: el segundo plano masculino del símbolo. Más allá de los contenidos, es el Escrito como tal lo que fue necesario borrar para hacer desaparecer el desprecio del Gran Falócrata, o el *benign neglect* de sus servidores. Las palabras, con la historia, han cambiado de sexo. Hoy que la cosa libresca se feminiza, puesto que en adelante serán las mujeres las que compren, escriban, editen y critiquen las obras impresas (como lo muestran las estadísticas de los lectores, las casas editoras y los suplementos literarios de nuestros periódicos), se olvida que durante tres mil años el Libro y la Mujer fueron recíprocamente ajenos, incluso enemigos. Solapados y tenaces. No siendo ya el escrito en Occidente una palanca de poder social, al igual que el mandato electivo, los machos pueden en el presente abandonar la escritura y el Parlamento a "la otra parte" y apoyar sin temor la paridad en esos campos. Tienen cosas más serias que hacer en otras actividades. En la industria de las imágenes y la circulación del dinero, los recintos que no cuentan se reservan la tajada del león. Así, hemos perdido de vista todo lo que, en el inconsciente tecnológico, alejaba al Verbo de la Carne. El embargo seco del productor de signos del vientre húmedo de las reproductoras.

El Escrito-Padre, en su rigidez contenida y firme, repugna a las lascivas y disolutas que no dominan suficientemente un cuerpo sometido a las lunaciones para abstraerse seriamente en un libro, actividad de la cabeza. *Tota mulier in utero. Totus vir in libro*. No hay ninguna mujer entre los setenta traductores de la versión septuaginta…[2]

La letra es pureza por ser el envío de una sobrenaturaleza. La mujer es deshonra porque está aprisionada en la naturaleza. Cortocircuito prohibido o desaconsejado. *Mater* es Materia. Escrito es Espíritu. Desde la noche sin fondo de los signos. Los egipcios llamaban a sus jeroglíficos "palabras sagradas", y no se conoce, ni pintada ni esculpida, una escriba egipcia. Los griegos atribuían a Zeus la importación a su país, vía Cadmos (el rey de Tebas), de las "letras fenicias". Y para los hebreos, "la Escritura es de Dios". Por consiguiente es el patrimonio exclusivo de los hombres de Dios. El *sofer* (el rollo manuscrito de la Torá) no puede por lo demás tolerar más que un pergamino extraído de la piel de un animal de una especie ritualmente pura (y una pluma de caña mojada en tinta negra). Asimismo, la mesa sobre la que se pone el objeto sagrado debe estar recubierta con un mantel o una tela. ¿Cómo de manos de mujer…? Las filacterias se enrollan exclusivamente en torno de los brazos y de la frente de los hombres. "Más vale quemar la Torah que confiarla a una mujer", dice el adagio. Un rabino ortodoxo se cuidará de estrechar la mano de una joven desconocida (por si estuviera menstruando). Las mujeres oran en un espacio reservado; y cuando la disposición de los lugares no permite una separación neta se introduce una *mehitsah*, mampara de madera o tela, que en las sinagogas sefaradíes era desplegada como una cortina cuando se sacaban los rollos de Aarón y se leían. El Templo, que es la mansión de la Escritura, debe preservar su santidad incluso de las miradas… Y el Levítico (12, 1-8) estipula que una mujer que acaba de dar a luz debe mantenerse alejada del templo durante cuarenta días si tiene un varón y sesenta si tiene una niña. Desventaja tarifada. No se encontrarán en la sinagoga ni tocas ni cofias. Ni monjas ni doctores mujeres (como Teresa de Ávila y Catalina de Siena, que recibían el título de "doc-

[2] Traducción al griego de la Biblia Hebraica, realizada en Alejandría entre los siglos III y II antes de Cristo.

Hans Memling, *Díptico de Martin van Nieuwenhove*, 1487.

tores de la Iglesia"). Añadámosle el papel social de la escritura como instrumento de dominación del hombre sobre el hombre y sobre las cosas. El dominio de este instrumento de poder mágico, por identidad sustancial entre las cosas y sus marcas, debe ser objeto de una garantía de empleo. El escrito es un don de los dioses que emparenta a su usuario con los donadores. La tradición se ha mantenido desde la Edad Media cristiana, donde era privativo de los clérigos tonsurados. Dudamos que los valores de la femineidad no hayan pasado por ellos. El culto de María, "bendita entre todas las mujeres", se remonta en la Iglesia de abajo arriba —tardía y lateralmente.

Es la costumbre: en el lugar y el momento en que el Escrito es valorizado, la mujer es desvalorizada. Cuando el lugar de culto es una sala de estudio, cuando plegaria y lectura son una sola cosa, el lugar que se da a la mujer, "la que es menos" que el hombre, parece exiguo. Inepta para el rito sacrificial, fisiológicamente para la circuncisión (el signo de pertenencia es masculino) y jurídicamente para el divorcio. Excluida de la Bar-Mitsva, la primera comunión, y de los Yeshivot, las instituciones de enseñanza talmúdica (salvo casos especiales). Tal es el inconveniente sexual *del Dios leído respecto del Dios visto*, al que la cristiandad no ha escapado por completo. La iconografía medieval pone ritualmente frente a frente al hombre del Libro y a la Mujer del niño. La Virgen tiene a Jesús; el Apóstol, la Escritura. A una la Maternidad, al otro la Autoridad (o la autoría). A cada uno su dolor. Las mujeres engendran en el sufrimiento y los hombres también. Unas niños, otros libros, que son los hijos de los célibes. Los trabajos de manuscritura incumben a los monjes, en los *scriptoria*, no a las monjas, o muy raramente a ellas (por ejemplo, en los monasterios de la Sainte-Croix y de Sainte-Cécile). Pese a poseer las cualida-

des requeridas de atención y de paciencia, las religiosas no son en general juzgadas dignas de una misión tan sagrada como la copia. Y debían solicitar a la madre superiora su autorización para abrir la Biblia. Una observación de Richard de Bury, obispo de Durham y gran canciller de Inglaterra, dice mucho sobre la separación entre estos dos universos: "Apenas esta bestia siempre dañina para nuestros estudios descubre el rincón donde nos hemos ocultado, nos arranca de ellos con el ceño fruncido demostrándonos que ocupamos sin utilidad alguna el mobiliario de la casa y que somos impropios para la economía doméstica."[3] En el siglo XVI, el crecimiento de la oralidad característico de la cultura cortesana —canciones de gesta, trovas, cortejos amorosos— favorece al segundo sexo. El arte de la charla le sienta bien porque es sociable y frívola. El estudio y la exégesis siguen siendo asunto de Padres y de Hermanos. Tropismo y prejuicio que la descristianización no eliminó después. Los Obreros del Libro, en el siglo XIX, rechazaban el reclutamiento femenino, y no sólo por temor a un dumping salarial. "La moral, así como la buena confección del trabajo, se oponen a que las mujeres sean empleadas en la composición de textos", se lee en los estatutos de la sociedad tipográfica francesa de 1849.[4] "El amor a la mujer y el amor al libro no se cantan ante el mismo atril", dice el refrán. Los ambientes de bibliófilos han conservado durante mucho tiempo la masculinidad de los clubes ingleses. Y el *liber libro* (libre por el libro) suena como una consigna de género.

¿Cómo esperar que tomen la delantera esos "conservatorios de escrituras" (Odon Vallet) que son nuestras religiones? Ocurre todo lo contrario. El Talmud es más machista que la Torah, los rabinos más que los patriarcas, los mollahs que Mahoma y los obispos que el Evangelio. Tal es el reverso del marco de la fidelidad que ha mantenido con vida a lenguas convertidas en "muertas": el latín, el hebreo o el árabe clásico, y que incluso ha permitido el renacimiento profano de lenguas sagradas, como se ha visto en el siglo XX con el hebreo. Museos de signos vueltos indescifrables, depositarios de las lenguas en desuso o abandonadas por la gente común —tales como el gheez, el eslavo, el copto o el la-

[3] Albert de Neuville, *La femme et le livre*, Lieja, 1918, p. 20.
[4] Chauvet, *Histoire des ouvriers du livre de 1789 à 1881*, Rivière, 1964, p. 213.

tín—, esas exclusiones de lo femenino son el "persisto y firmo" propio de los clérigos. El momento de inercia de los legatarios sobrepasa sin duda la voluntad de los testadores. La desacralización circundante vuelve aún más escandaloso el desfase. Las feministas (cuyo enemigo público número uno es el papa) tienen alguna razón en ver en la iglesia y la sinagoga los principales "aparatos de reproducción del patriarcado" en el seno de un Occidente secularizado que sale de él a reculones. Esta animosidad es un homenaje a la larga memoria de los hombres de Dios. ¿Es la Escritura la que se sirve de los cleros para prorrogar en la videosfera una sacralidad caída en la perdición? ¿O bien son nuestros dignatarios los que toman como rehenes la difunta majestad del Libro para prorrogar sus poderes desvanecidos? Sean cuales fueren las razones de clero, o como se dice habitualmente las razones de Estado, el hombre "simbólico" dedicado a lo sacro tiene tendencia, en la órbita monoteísta, a relegar hacia los márgenes seculares a la mujer "indicial". Tatuadas por el Diablo, las hijas de Eva, sobre todo las del mundo latino, continúan pagando al mayor costo la victoria de lo Simbólico sobre lo Imaginario, encarnada por el Libro, que ha cortado en seco con treinta mil años de divinidad bisexual.

Las primeras tentaciones del Cristo

No andemos con rodeos. El Verbo se hizo hombre y no mujer. Y el Hijo mismo ha transmitido el ministerio sacerdotal sólo a los varones. Los Doce ignoran la paridad. Recordado esto, Jesús no era el más "macho" de los profetas. Siente amistad por las damas (sobre todo si ellas no son de la familia). Se deja abordar por una impura sin miramientos por los viejos preceptos ("No hables mucho con las mujeres"), hasta el punto de dar de qué hablar a sus discípulos e incomodarlos (Jn 4, 27). Acepta su compañía y será correspondido. Sus discípulos se alejaron mientras las santas mujeres lo asistieron en su suplicio y en su amortajamiento. Entra en la casa de Marta y María (Lc 10, 38-42). Aborda a una samaritana, que no da crédito a sus ojos (Jn 4, 9). Perdona allí donde habría que lapidar (a la mujer adúltera). Deja al bello sexo acompañarlo en cohorte sobre las rutas de Galilea —sin llegar al extremo de abrirles el primer círculo (por eso la Iglesia romana no ordena todavía hoy

Maître de H.B. à la tête de griffon Le Christ bénissant des enfants, siglo XVI. Museo del Louvre, París.

a las mujeres). Responsabiliza a las inferiores al grado de hacerlas testigos, en *avant-première*, de su Resurrección (un avieso comentador medieval explicará esta primicia con un cálculo de comunicador astuto: como las mujeres charlan más que los hombres, la noticia irá así más rápido). Ni desprecio ni repugnancia. Jesús, con las pecadoras, no se conduce como un padre severo sino como un hermano mayor. ¿Habría que decir como una hermana mayor? Hay quien ha discernido en Él algo de femenino. Su rechazo a tomar las armas en un país ocupado no es particularmente viril. Estalla en santas cóleras pero no siembra la peste y la muerte a su paso. No menciona el pecado original ni sus maldiciones. Predica virtudes consideradas femeninas: amor, dulzura, mansedumbre, caridad. Es un cordero que se dirige a ovejas. Ternura, devoción, abnegación. No hay vergüenza en eso. El Eterno no fue nunca un niño. Jesús fue un niño y adolescente. Y ya adulto no olvida a chiquillas y muchachitos. Yahvé gruñe. Jesús sonríe. Ningún ritual, dice, dispensa de amar, y no hay amor sin pruebas, actos o gestos. El Encarnado se permite todo lo que estaba prohibido a un Inmaterial. Tocar, por ejemplo. En sentido propio. Cura al leproso con la mano y a los ciegos tocándoles los ojos. Socorre a los que sufren hemorroides. Cura de la muerte tocando el féretro del hijo único de una viuda. "Al verla el Señor, tuvo compasión de ella, y le dijo: 'No llores.' Y, acercándose, tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon, y él dijo: 'Joven, a ti te digo: ¡Levántate!' El muerto se incorporó y se puso a hablar. Y él se lo dio a su madre" (Lc 7, 13-15). Estos toques poco adecuados, realizados en pleno Sabbat, no lo hacen ver bien ante los maestros de la observancia ritual. Jesús es tocante y tocado, movido por el infortunio, los duelos, los impedimentos. Incluso se ha adivinado un encanto, una turbación un poco frívola en nuestra historia santa. Un *odor a femina*, frascos de perfume. Flotan gracia, besos, mirra e incienso en torno de ese *rabbí* desviacionista y de mala fama, poco preocupado por las prohibiciones rituales, que se hace ungir y enjugar los pies, tendido sobre un lecho, por la cabellera de una pecadora. Nada de purifi-

caciones gestuales. Esta soltura anuncia los cambios de inflexión. La Nueva Alianza redondea los ángulos; después de la nuca tiesa, el cuello de cisne. Al Dios duro de los Ejércitos, que se venga y castiga ("Tu diestra, oh Eterno, aplastó al enemigo"), lo sucede uno dulce que perdona y desarma. Vemos flores sobre las tumbas y no ya piedrecillas. Vemos que llega el espíritu de convivencia al desierto. Cántaros de vino y pan sobre la mesa. Desde el Mediterráneo hasta Arabia. O más bien hay equilibrio entre lo pelado y el verdor gracias a esa providencia geográfica que hizo nacer y predicar a Jesús a las orillas de la planicie desértica, al este del Jordán. En la depresión del Mar Muerto se desliza una franja verde de 150 kilómetros de longitud y quince de ancho, zona cultivada, acogedora del sedentario y donde el cultivo del trigo es posible. Jesús se impuso la prueba del desierto pero sin hacerse ermitaño. Vuelve pronto a los vergeles, los frutos y las palmeras. Se desplazó en ese corredor intermedio entre los pueblos del mar y los alucinados de la piedra, entre la consonante ronca y las vocalizaciones que arrullan en torno de los lavaderos. Contrariamente a sus predecesores, Jesús no tiene mente de notario. Él charla, hace digresiones, reflexiona en voz alta. La parábola es menos rigorista que la Ley. Los protestantes, que serán los primeros en adoptar el principio del Sacerdocio Universal y la pastoría femenina (en Francia desde los años treinta), son también los sostenedores de la Palabra contra —completamente contra— la Escritura. Es Jesús quien *habla* entre líneas, insisten, siguiendo a Lutero ("Cristo es el señor de la Escritura; ésta es su servidora").

François-Léon Bénouville (1821-1859), *Comunión mística de Santa Catalina de Siena*. Museo del Louvre, París.

Quizá cada Dios tiene los rasgos de sus huellas. Con sus caracteres cuadrados, rotundos, Yahvé presenta un aspecto anguloso, áspero y rocalloso. El Eterno de Jesús habla arameo y pronto adoptó el alfabeto griego, menos las vocales. Agreguemos que el medio judeocristiano del primer siglo está fuertemente helenizado por una antigua inculturación de hábitat (Alejandría) o de proximidad (Judea Samaria). Los Evangelios fueron *escritos directamente en griego*. Toda la elabo-

ración teológica y cristológica de los tres primeros siglos puede leerse como un prolongado y sutil trasvasamiento mental consistente en verter una cierta verticalidad hebraica en los pliegues de la cultura griega, que la *recodifica* con soltura. Émile Poulat observa con razón: "Creer es también formular la fe, algo así como pensarla en un estado de cultura y de civilización: lo creíble pasa por lo pensable." Y lo pensable pasa por lo decible. *Christos*, *Ev-angellos* (Evangelio), *Ekklesia* (Iglesia), *Hairesis* (herejía), *Angellos* (mensajero), *Eu-charistia* (comunión)…: todas las palabras claves de la fe nueva provienen del molde helénico. Marco de vida y por lo tanto de pensamiento. Al menos hasta el momento en que la dulzura del sonreír egeo desaparece bajo el latín jurídico y duro. El alfabeto griego es redondo, no cuadrado. Esta notación menos enfática tiene líneas onduladas, redondeadas, y sobre todo vocales. La dicción del *kerigma* en la lengua de Platón —lengua de traducción para los hebreos pero materna para los cristianos— aporta a una divinidad gutural toda erizada de consonantes la flexión femenina de las vocales abiertas, más fluidas. La vocal viaja. Ondula. Es del litoral, de los puertos, de los mercados. Fenicia. Vendedora. Suave. Acogedora. Hecha para ágoras, gineceos y desembarcaderos.

Un devenir andrógino: el ángel cristiano

La feminización de los cuadros incluye las altas esferas. Los funcionarios celestes, en el Antiguo Testamento, son más bien de un humor hosco y masculino. Los embajadores del Altísimo (*malak* en hebreo, *angellos* en griego, el mensajero, el anunciador), las alas divinas, no están lejos de los ángeles guerreros de Zoroastro, alineados en orden de batalla, con el arma en el puño, cinturón, estandarte. "El Señor enviará contra ti sus ejércitos." Estos feroces soldados son muy diferentes de los rubiecitos de cabellos ensortijados y versátiles que realizan sobre nuestras pinturas los encargos del Señor. A éstos se los llama por su nombre de pila, mientras que sus lejanos antepasados aerotransportados estaban cubiertos por el anonimato. Los querubines del Edén y de lo propiciatorio tampoco tienen derecho a un nombre propio, ni el ángel del Señor que se le presenta a Moisés. Hasta después del retorno de Babilonia que aparecerán Miguel, Rafael y Gabriel, los únicos ángeles superiores que frecuentan

El ángel: de un sexo al otro

a) *Genio alado*, bajorrelieve asirio, 880 a.C.; b) *Querubín*, marfil, Siria, hacia 800 a.C.; c) *Serafín*, mosaico, Basílica de San Marcos, Venecia, siglo XII; d) Frangos Katelanos, *El arcángel Miguel*, icono, siglo XVI; e) Fra Angélico, *La Anunciación*, fresco, Florencia, hacia 1442; f) Leonardo da Vinci, *La Virgen del Peñón*, óleo sobre madera, 1490; g) cartel para la Exposición de las Artes Eléctricas Aplicadas, Italia, 1896; h) Rafael, *Madona de San Sixto*, óleo sobre tela, 1514.

al común de los mortales (observemos que en el Génesis la serpiente tentadora tampoco tiene nombre propio: Abbadón, Asmodeo o Satán también llegaron tarde). El Único, y esto se comprende, rechazaba en su joven tiempo personificar a su entorno.

El Talmud será más generoso. El Yahvé de los orígenes subcontrata sus mensajerías por medios indirectos, con los residuos de un politeísmo de supervivencia, un poco vergonzante. Un reempleo de comparsas provenientes de una vida anterior —quizá los setenta infantes del Dios El, que la tradición habría de algún modo reubicado en la escolta (donde conservan su desinencia en *el*). Estos volátiles incongruentes y un poco desplazados, los *Kerubim*, tienen mala reputación entre la gente seria, los puristas de la letra: "motivos tomados del paganismo", residuos de Oriente, *djinns* o genios. Un avío babilonio bueno en rigor para decorar el Arca pero no vayamos más lejos. La iconografía cristiana va a asumir este entorno sospechoso sin vergüenza. Con ella, los ángeles se individualizan y van a volar con sus propias alas. El querubín es un ave de rapiña, un centinela para espantar. Su equivalente cristiano puede mostrarse afable y accesible. Se pone a dar vueltas desde comienzos del siglo v, tomando su esbeltez de las Victorias paganas, las *Niké*, su facha un poco traviesa de los amores, de los genios alados y rollizos de los mosaicos grecorromanos. En la pastoral, el Ángel erotiza el mensaje. Cambia de sexo, deviene transexual. Son los *hijos* de Elohim quienes se dan cuenta, en Gn 6, de que "las hijas de los hombres eran bellas". El ángel con el arco del vitral, viola da gamba y dedos finos, cuya música hace descender al cielo sobre la tierra, tiene en contrapartida una sonrisa de niña. Es el lánguido, el afeminado de las Anunciaciones manieristas, de los ensueños prerrafaelitas. Los Padres de la Iglesia tradicionalmente desaprueban esas bellas aves del paraíso (al igual que en el mundo judío, a los saduceos, conservadores de la Ley mosaica). Las Santas Mujeres y el género femenino les son naturalmente simpáticos. La misma longitud de onda, que fluye naturalmente de la fuente y del sexo.*

* Juego de palabras: *Même longueur d'onde, qui coule de source et de sexe*; la expresión idiomática "*qui coule de source*", literalmente "que fluye de la fuente", es un giro que también significa "que cae por su peso". [T.]

Símbolo francmasón.

Dime cuántos ángeles tienes en Tu entorno y Te diré qué tipo de Dios eres, si el de la Omnipotencia o el de la misericordia, si el de la cólera o el de la ternura. Un Dios bueno no está nunca solo en el Cielo. Un Dios misericordioso no puede eternamente contemplarse en el espejo de su perfección —causa de un sí mismo impasible, mecánico indiferente. Desde el momento en que le corresponde intervenir aquí abajo —prevenir a María, devolver a Jesús al cielo— necesita agentes de enlace, y las mujeres lo son excelentemente (como lo muestra toda lucha clandestina). Feliz viraje. Para redimirnos del pecado de Eva, Dios tiene necesidad de los hombres, ciertamente, pero también de las hijas de Eva. El Dios de los metafísicos, al que se podría creer más amplio de espíritu, no sabría qué hacer con las santas mujeres y con nuestras debilidades. Intercesores inútiles. El ser absolutamente infinito, el círculo de los círculos, es autosuficiente. Y es correspondido: el *Ens perfectissimum*, el Ser Supremo de Robespierre, el ojo en el triángulo de las francmasonerías especulativas, no mueve a las mujeres y nada dice a los niños. Ni parábolas ni cuentos de Navidad, ni pesebres ni cromos. Es un gran notable sin leyenda ni fantasía, para gente grave y pudiente, de sexo masculino. Eso no produce más que clubes de hombres como logias, talleres venerables, rotarios espirituales. Estos enfriadores de cabezas jamás suscitaron un encanto contagioso, un foco de incendio en los que no tienen. Pero tal vez ésa es su función: servir de cortafuego a las femineidades poco razonables.

Cada bebé cristiano tiene derecho, en Occidente, a una custodia cercana desde su nacimiento (en Oriente hay que esperar a ser bautizado). Este guardián privado es un invento católico, recusado por los protestantes (demasiado centrados en el espíritu para admitir que la carne también puede transmitir la gracia). Lo celeste cuida del cuerpo, es la opción de los huérfanos, de los prisioneros, de los viajeros perdidos en la noche. También de las ciudades que, en su desgracia, pueden confiarse a su "arconte". El arcángel san Miguel, el más solicitado, era el custodio de Francia (los nazis, por lo demás, capitularon el día de su fiesta, un 8 de mayo). Y nosotros tenemos el derecho de dirigirles directamente nuestros votos y plegarias en la iglesia —lo que es imposible en la sinagoga. El orna-

Tiziano, *Ascensión de la Virgen*, 1516, Santa María Gloriosa, Venecia.

mento litúrgico se convierte así en proveedor de salvación. Su preciosidad es operacional: lo gracioso es relleno. El hombre (*homo* y, más aún, *vir*) no se las arregla solo; tiene necesidad de sus "ángeles" (y no le decimos "mi ángel" a un amigo). Las anfitrionas del Paraíso testimonian preocupación por añadir un poco más de pasamanos a la escalera que asciende del fango al Cielo. Porque tenemos dificultad para ascender completamente solos. Esto es más sabido entre los humildes que entre los poderosos. Después de todo, ameno e indulgente, lo reprimido femenino del Verbo hizo su retorno al territorio cristiano por la vía de lo popular: imágenes piadosas y cuentos para niños, viñetas e historietas para corazones puros y "pobres de espíritu". Singular religión del Libro aquella en que los cromos dicen más sobre su esencia que las exégesis… Teología sin palabras, nuestra pintura religiosa deja escapar varias confesiones de humildad (siempre se necesita del más pequeño). ¡Vamos! ¡Arriba! La Ascensión del Hijo, como la Asunción de la Madre (de la que la Escritura no habla), se efectúan mediante aspiración de lo alto, pero vemos que también aquí los transportadores celestes deben echar la mano. Con gran refuerzo de lomos, brazos y muslos. La Sagrada Familia misma no se retira a sus celestiales aposentos por sus propios medios, sin un complaciente cojín de carnes rosadas y perfumadas. La economía de la salvación ignora la autogestión, el *do it yourself* del cliente apresurado.

Los teólogos más rigurosos (de san Pablo a santo Tomás) siempre han mostrado cierto desdén por esos psicopompos equívocos y el culto de adoración que pueden desviar en su provecho. Encantadores pero ambiguos y no verdaderamente de la casa. Teológicamente incorrectos. Si no hay más que un Dios, debe de estar solo en el cielo. ¿Qué necesidad tiene de asistentes? Un Único que recurre a intermediarios no sería ya absolutamente uno. La impura supervivencia politeísta surgiría por consiguiente de lo adventicio y lo folclórico. Podríamos preguntarnos, por el contrario, si "cortar" al Dios único, como se

corta con agua un vino demasiado fuerte, no lo vuelve más fácilmente consumible para aquellos que no están habituados a él. El catolicismo, a este respecto, semeja un monoteísmo intimidado por su tarea (o quizá astuto) al que le habrían sido inyectadas como coadyuvantes pequeñas dosis de politeísmo. En lo alto (la Trinidad), abajo (los santos) y en los costados (la Virgen y los ángeles). Este mestizaje le aseguraba una transmisibilidad óptima.

La aculturación en el medio en que se vive permite penetrarlo mejor adueñándose de las armas del adversario. La Iglesia logró así la confluencia de los Puros y de los Gentiles, sacando un muestreo de sus dos rivales (de donde su convicción de formar el *Tertium Genus*, la tercera raza, ni judía ni pagana). A riesgo de descalificarse ante los otros dos. Durante tres siglos, esta incomodidad moral y política fue el patrimonio de una herejía sentada entre dos ortodoxias. Una herejía blasfematoria a los ojos del Templo, que veía en esos descarriados judíos exageradamente helenizados, a cosmopolitas más o menos relapsos. E inquietante a los ojos de Roma, que veía en esos agitados, como Plinio el Joven, una contagiosa extravagancia judía (mientras que la religión madre gozaba de un estatus reconocido).

Sin ver en la recapitulación cristiana la marca de un "entrismo" premeditado, no hay duda de que da testimonio de un inmenso talento político que no deja nunca su lado "recógelo todo", "carro barredora": "no se sale de la ambigüedad más que por su propia cuenta y riesgo". Al ser el punto de origen de nuestra era, el punto de llegada de algunas otras, esto permite la síntesis ("siempre gubernamental", subrayaría Proudhon) con aquello que se requiere de recuperador en este tipo de asimilación. Todos los afluentes mitológicos concurrieron desde los cuatro lados del Imperio para empujar la barca del Cristo, a donde vinieron a retomar su vigencia varios mitos en desaparición, varios temas figurativos y simbólicos. Misterios de Isis, orfismo, mitraísmo, gnosis hermética, astrología mazdeísta (los reyes magos) y otros cien matices de sentido. Residuos más o menos depurados, reencuadrados y reinscritos, tal como la cruz con asa, el símbolo de vida de los antiguos egipcios, fundida en el monograma del Cristo. O el cirio pascual, que retoma la llama de Mazda, el dios iranio de la luz. En el despliegue de las religiones de salvación, cada una hacía sus flechas con todas las maderas. La Iglesia naciente no habría podido canibalizar al Imperio, tan formidablemente polifónico, tan admirablemente compuesto, sin prolon-

gar sus principales líneas de deriva. La propia banalidad de sus fábulas (la clásica unión de un dios y una mortal transformada en Encarnación, el anuncio pítico convertido en Anunciación, el ciclo de Osiris que deviene Resurrección, etc.) facilitó secretamente el metabolismo de los folclores populares. Allí donde algunos ven una prueba de eclecticismo y de inautenticidad se adivina el homenaje de un recién llegado a la continuidad de la especie. Cada época tiene sobre la precedente un derecho de continuidad tanto como de inventario, y esta gratitud conforma nuestra humanidad. Las leyendas cristianas *han seguido las huellas*, felizmente para ellas y para nosotros. Sería con seguridad desolador que las decenas de millones de seres inteligentes que construyeron una tras otra Nínive, Sumer, Babilonia, Tebas, Atenas, Alejandría y Roma hubiesen imaginado, presentido o reflexionado en vano, y que sucesores amnésicos hubiesen pensado sacarlos del debate porque un Salvador, uno verdadero, ayer por la mañana hubiese nacido en la paja de un pesebre de Belén.

Y el Logos se hizo Eros

Una cultura que honra las imágenes rinde honor a las mujeres. Vieja constante de las civilizaciones que atraviesa las edades y las latitudes. La opresión de las hermanas va a la par con la destrucción de los iconos —véanse Kabul, Karachi, Argel. El mismo que bombardea las estatuas lapida a las adúlteras. Quien cierra sus museos encerrará a sus mujeres. Lo inverso también es cierto: en todas partes donde la imagen tiene derecho de ciudadanía, la mujer tiene derecho a participar.

Ocurre aquí con las imaginerías cristianas lo que con el manto protector de María: su homologación no se hace de entrada ni sin dificultades. Los Hechos son parcos sobre la Madre del Señor, los Evangelios prácticamente no dicen palabra de María. Los siglos y la piedad popular le dieron después parientes (Ana y Joaquín), un deceso (en Éfeso), un estatus teológico (la Madre Inmaculada), un blasón (doce estrellas de oro sobre fondo azul) y títulos en abundancia: de la Misericordia, de la Guardia del Buen Puerto, del Alumbramiento, etc. Tan sacrílega era la irrupción del cuerpo en lo sobrenatural, que fue necesario más de un concilio para reconocer a la hija legítima de la encarna-

Un iconoclasta bizantino cubriendo la imagen del Cristo con cal, manuscrito del siglo X. Madrid, Museo Nacional de Antropología.

ción: el Icono. Fueron exactamente siete siglos de controversias, desde el concilio de Nicea I (315) hasta el de Nicea II (787), que reconoció la licitud de la imagen. En cuanto a las imágenes de devoción, las de los santos y las santas, no aparecieron hasta el siglo XIII en los conventos. Hemos rastreado, por lo demás, mediante qué rodeos y dificultades fue levantada la veda de la representación.[5] Y cómo la expresión plástica de la "verdadera fe", tímida y al comienzo tomada de los estereotipos mitológicos de la romanidad, va a poder alcanzar y superar a su expresión escrita. En Bizancio, el arte sagrado se convertirá en un arte dirigido, controlado por la Letra (un icono no es venerable y auténtico si no lleva en su parte inferior el "atestado eclesial" de una cita de las Escrituras). Y el icono, presentativo y no representativo (del Señor, de la Virgen, de los Santos y de los Ángeles) seguirá siendo, hasta el Renacimiento italiano, asignado a sus funciones litúrgicas. Por más lento y diferente que haya sido el parto, la criatura está allí. Se llama arte cristiano, infracción inaudita de las exhortaciones más formales del Creador. Nuestro privilegio de occidentales. Que el espectador de un icono pintado no haya sido durante largo tiempo más que un fiel, y su autor no un pintor sino un monje, a través del cual (y no por el cual) se elabora la imagen, nada puede contra este hecho conmovedor. Para un esteta hay grandes artistas judíos y musulmanes, pero no hay arte judío ni arte musulmán. Aunque no contara sino con artesanos anónimos, con frescos y esculturas no firmadas, habría de todos modos, en el sentido pleno del término, arte cristiano. El arte del judaísmo no es separable de su historia religiosa.[6] Es la estética de una lectura, "destinada a realzar la belleza de la Torah" (Anne-Hélène Hoog). Los *menorahs*, los

[5] Véase Régis Debray, *Vie et mort de l'image. Une histoire du regard en Occident*, Gallimard, 1992.
[6] Una elocuente demostración de este hecho se encuentra en el muy bello Museo de Arte y de Historia del Judaísmo, de París.

cuadernillos de lectura labrados, las telas y los *tikkim* (cofres cilíndricos para los rollos) añaden gloria a Dios, no sentido. No son separables del culto. El arte sagrado cristiano sí lo es.

Asno crucificado, caricatura de la crucifixión, graffito descubierto en una ladera del monte Palatino, Roma, siglo III.

En el primogénito "informal", la imagen de una criatura hace trampas con la Ley. En el figurativo, que maneja brocha, buril y pincel, la imagen confirma la Ley. Una vez definido el hombre-dios como "verdaderamente dios y verdaderamente hombre" (en el concilio de Calcedonia, en el año 451), ya nada impide en derecho celebrar, en la imagen, las nupcias del sentido y de lo sensible. Hubo realmente entre los iconoclastas judíos alteraciones al segundo mandamiento del Decálogo —en el costado de los sarcófagos, en ciertas necrópolis, en la sinagoga de Doura-Europos,[7] magnífica sorpresa ilusionista. Concesiones ambiguas al gusto pagano, de la época helenística, toleradas de modo marginal. En el momento de las guerras romanas los judíos, de vuelta a lo decorativo (adornos de los capiteles en forma de lazo, flores de lis, serpientes alusivas), "no toleran —escribe Tácito— ninguna efigie en sus ciudades y menos aún en sus templos" (*Historias,* V, 5). En el culto del Hijo, en contrapartida, la imagen no es ajena ni transgresiva. Quien puede lo más puede lo menos, y quien se puede hacer Carne puede hacerse rasgo, forma y color. El encarnado prosigue la encarnación. Que fuera necesario derramar sangre en Bizancio entre iconófilos e iconoclastas (de 730 a 842) para superar el tabú del desierto y traducir la doble naturaleza del Cristo a una teología de la Imagen (como emanación que hubiera que *atravesar*) muestra cuán profundamente ancladas estaban las interdicciones. Nada se hizo sin zigzagueos ni intermitencias, entre un exceso de confianza y de desconfianza, hasta encontrar la vía

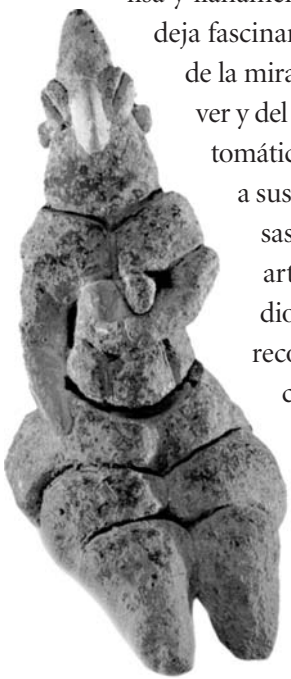
[7] Localidad situada a orillas del Éufrates, en Siria, sobre la ruta de las caravanas entre Alepo y Bagdad, donde se descubrió en 1928 una sinagoga de la época helenística con muy ricas decoraciones murales que ilustran las principales escenas bíblicas.

media que dirá que la imagen no es modelo sino tensión elevadora hacia el divino modelo. La Iglesia concluye finalmente un contrato de matrimonio equilibrado entre lo femenino y lo masculino, fascinación y rechazo de las imágenes. No volveremos aquí sobre esta prolongada experimentación mediante "ensayo y error", teológica y pasional. Arriba la enmarca el asno irrisorio del monte Palatino, *Alexamenos adora a su Dios*, y abajo *L'homme est la bouche de Dieu*, de Paul Klee. Entre un graffiti y un bosquejo, entre las catacumbas y el museo, dos mil años de aproximaciones visuales al Invisible.

El icono no era una peripecia. El Único nació de un Becerro de oro roto y de una maldición inapelable lanzada sobre los ídolos orientales. La reforma de Josué purgó a Jerusalén de sus deidades cananeas y asirias. Al colocar en el Templo una estatua del Zeus olímpico cuatro siglos más tarde, el rey helenista Antioco IV encarnó "la abominación de la desolación". Se comprende que los herederos de esos judíos intratables hayan tenido un sobresalto ante esta recaída en la idolatría. Maimónides dirá claramente que el cristianismo es una idolatría y Jesús un falso profeta que fue necesario eliminar. Pero esto será dicho como una evidencia, al pasar. Mientras el benjamín cristiano debe explicarse ante su antepasado en su calidad de hijo infiel con su Padre, el judaísmo puede proseguir su camino como si nada hubiera ocurrido. El Talmud no dice una palabra sobre Jesús (sino bajo la cubierta de "Balaam el impío"). Como afirma Yeshayahou Leibowitz: "Si Jesús no hubiese existido, el libro de plegarias de Kippur sería exactamente el mismo libro, sin cambiar una sola letra."[8] Se adivina aquí un cierto desdén por una herejía exitosa que "juega a dos paños", el Ídolo y la Ley. El cristiano une sin vergüenza lo mundano a lo ingrato. Golpe doble, para adicionar a los san Juan, que no tienen necesidad de ver para creer, los santo Tomás, que no creen sino lo que ven sus ojos. Y la propagación de la fe (como el dicasterio investido de esta tarea) ha encarecido la misa escritural duplicando los prestigios masculinos del escrito mediante los encantos propiamente femeninos de la imagen. Menú completo. Lo salado más lo azucarado —corriendo el riesgo de lo dulzón, del merengue sulpiciano (desvío terminal).

[8] *Israël et judaïsme*, Desclée de Brouwer, 1993, p. 95.

Imposible en efecto promover el culto mariano sin consentir en lo retiniano. Retomemos el hilo. ¿Quién se servía de las imágenes en la Antigüedad romana? Las mujeres, amigas de las magas y de los talismanes. Las más familiarizadas con un *underground* arcaizante y testarudo, con sus prácticas de hechicería y de rapto, para capturar las sombras o conjurar la enfermedad, la muerte, el desamor, el miedo. Es la secreta femineidad de las brujerías de la imagen. Las diabluras de las viejas, desde la Alta Edad Media, son historias de reflejos y de espejos. Eros al acecho. "La idea de hacer ídolos ha estado en el origen de la fornicación", dice lisa y llanamente una creencia judía del primer siglo. Eva fascina y se deja fascinar por los ojos. Turbulencias eróticas, potencias libidinales de la mirada. En griego todas las palabras que giran alrededor de ver y del icono son del género femenino (*mimesis*, *eikon*, etc.). Sintomáticamente, tal cultura concede más palabras que imágenes a sus dioses y más imágenes que palabras a sus diosas. Las diosas griegas se representan y los dioses griegos se narran: los artesanos de la imagen, escultores y pintores, prefieren a las diosas, y los poetas y filósofos a los dioses. En el mito latino recogido por Plinio el Viejo, la imagen dibujada es la invención en Corinto de una joven enamorada. Entre los Padres de la Iglesia reticentes al compromiso figurativo, como Tertuliano el Cartaginés, se fustiga igualmente y sin rodeos la idolatría y la coquetería, los placeres del ojo y las indecencias femeninas. El papa Gregorio el Grande, cuando quiere convencer al ermitaño Secundinus de que se resigne a las imágenes piadosas, compara "el deseo que tiene el ermitaño de contemplar ciertas imágenes religiosas con el deseo que tiene el amante de atisbar a la mujer que ama". Calvino retomará el tema en su *Institución cristiana*: "Nunca el hombre que se haya puesto a adorar imágenes dejó de concebir alguna fantasía carnal y perversa."



Diosa de la fertilidad llamada *La Venus de Munhata*, siglo VII a. C. Museo de Israel, Jerusalén.

¿No aflora desde la prehistoria esa sorda complicidad de lo femenino y de lo figurativo? En el arte de hace treinta mil años hay muchos más dibujos de cuerpos femeninos esquematizados que de cuerpos masculinos. Las "vulvas paleolíticas" prevalecen sobre los penes. Las grutas ornamentadas conceden más im-

La primera fotografía: el sudario de Verónica o *Mandylion*. Vorderasiatische Museum, Staatliche Museum, Berlín.

portancia a la representación del cuerpo femenino: senos, vientre, sexo. Sin hablar de los objetos de culto ligados a la fecundidad: pendientes, amuletos, figurines, estatuillas. Y las Venus de Willendorf, de Lespugue, de Grimaldi… ¿Sería el simple efecto de una división física del trabajo (al requerir de la fuerza muscular masculina el tallado del hueso o la madera)? No. Esas mujeres-violines, esas mujeres-escudos son de formato pequeño (como las piezas del arte cicládico, de menos de veinte centímetros). La figuración gira en torno del deseo. Eros elude la censura mediante la imagen. Esta herencia dominará la iconografía por venir. Es una mujer, Verónica (cuyo nombre significa Imagen verdadera), y no un apóstol, quien recogió en una manta, el *mandylion*, la marca del rostro sudoroso de Jesús, convirtiéndose así en la primera fotógrafa del mundo, al transcribir (grafo) la luz (foto) sobre una superficie fotosensible. Toda la historia de Bizancio revela un sincronismo regular entre la promoción de la *Theotokos*, madre de Dios, médium hembra de la creación (concilio de Éfeso, 431) y la entrada en la liturgia de los santos iconos. En los cultos cristianos, la Virgen y las imágenes aparecen y desaparecen al mismo tiempo. La iconoclasia bizantina fue antimariólatra y sin duda antifeminista. Los emperadores iconoclastas fueron hombres, y las emperatrices, viudas vengadoras, fueron las que restablecen una y otra vez, tras el deceso de sus esposos, el culto de los iconos (Irene, viuda de León IV, en 780; Teodora, viuda de Teófilo, en 843). Y la primera imagen solemnemente reintroducida en Santa Sofía en 867 fue un icono de la Virgen. En Occidente, alrededor del año 1000, ocurre lo mismo con las *Majestades* (vírgenes frontales que tienen al Hijo sobre su regazo). El pasaje autorizado del *signum* a la *imago* acompaña al culto de las Madonas. La Virgen se les aparece a los bienaventurados más fácilmente que su Hijo. Juana de Arco escucha voces que pro-

Venta de imágenes de la Virgen en México.

blemente hubiesen hecho reír a santo Tomás. Las apariciones sobrenaturales siguieron siendo marianas, no crísticas. Como lo fueron en toda Europa durante los siglos XIX y XX las imágenes milagrosas y los santuarios edificados en torno de las grutas y de los lugares de aparición, de Lourdes y Fátima a Catherine Labouré y la capilla de la calle de Bac. Las visionarias en espiritualidad, así como las "videntes" en espiritismo, forman un club casi exclusivamente femenino (o infantil). Es la revancha sexual de las imágenes sobre las palabras. Imagen es *anima*; escrito es *animus*. De una sola mirada, con la gracia ingenua de su sonrisa, la Madona, la inocencia hecha mujer, funde mil razonamientos complicados. El culto mariano, atajo retórico, constituye para la propagación católica una economía de discurso (tal como se habla de economía de energía). Lo feérico materno que rodea a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro tanto como a la Madre Dolorosa despierta nuestra infancia, las nostalgias anteriores a la palabra, colma y satisface a los simples y a los que profesan "la fe del carbonero".* La Santa Virgen, esa pasarela llena de imágenes entre cielo y tierra, opera un salto por encima de la lectura. Menos *pensum*** y más dolor. Fluyendo no *en* sino *detrás* de sus santurronerías —bajo las dos categorías de *imágenes de culto*, objetos de veneración litúrgica, y de *imágenes de devoción*, fuentes de piedad individual—, el Todopoderoso amplió considerablemente su base social (su clientela, diría el hombre del marketing, o su audimat, el televangelista). Puede ahora alcanzar a los iletrados, conmover y movilizar fuera del perímetro de los estudiosos.

Es sorprendente que el retorno de los reformados a la Biblia en el siglo XVI se ensañe en destrozar las estatuas y los altorrelieves de las catedrales y en eliminar el Ave María y a los santos de los cultos de latría. Para reencontrar el predominio del texto sagrado y de la masculinidad del Templo. Régimen seco, de

* La que no se apoya en ningún razonamiento. [T.]

** Lecciones que debían aprenderse como castigo. [T.]

nuevo, para el ojo y el paladar. Cuanta más transustanciación en la hostia sobre la lengua, más hiperdulia para la Virgen María, más excesos estéticos. El retorno al escrito no augura nunca nada bueno para las artes y las damas. La profetisa Ana, que se desgasta los ojos leyendo, no podría hacernos olvidar la verdad de las cifras. Sin duda no podemos reducir el papel de las figuras femeninas en la Biblia a un inventario numérico. Sara, Judit, Betsabé, la Reina de Saba, Susana, tienen una manera singular de dar nuevo impulso al porvenir, de abrir a Israel hacia la alteridad, de catalizar dinámicas inesperadas. Resta decir que tres libros sobre 45 en el Antiguo Testamento llevan nombre de mujer: Ester, Judit y Rut. Y que las cuatro quintas partes de los 3 500 personajes de la Biblia son hombres. Las matriarcas Sara, Rebeca o Raquel, mujeres o madres de profetas, ocupan un lugar seguro en los corazones, menor en los espíritus y más limitado aún en los ritos.

El arte motor

Cuando otras confesiones tienden a lo unívoco, lo maravilloso católico tiene como resorte una visión compartida de lo femenino, jaloneada desde los extremos del ángel y la puta, de la santa y la bruja. Este equívoco terminó por configurar una estética. Y por consiguiente por engranar una dinámica. El fervor viene por los ojos, sugiere Buenaventura, feliz relevo para la fe que llega por los oídos (*ex auditu fides*). Al Logos, el enamorado de la Virgen con el niño agrega la Mimesis (el ornamento, el retrato, el teatro, la estampa), lo cual lo abre a fiestas y fastos prohibidos a Yahvé tanto como a Alá. El resquicio evangélico convertido en apertura avalada fue en última instancia la aparición, después de un Dios *unimedia* (y unilateralmente sexuado), de un Dios *multimedia* (y virtualmente unisex), capaz de hablar a nuestros cinco sentidos, olfato incluido. El arte sagrado no se prohíbe ningún hechizo sensorial, al grado de terminar borrando las fronteras con el arte profano, anexándose poco a poco el retrato y el paisaje, el piano tanto como el órgano, lo que tiene que ver con la naturaleza y lo que tiene que ver con la gracia. Vasta gama que va del gregoriano al oratorio y del Misterio del atrio al teatro a la italiana. El judío es un as de la lectura; el católico, un as del espectáculo. Puede permanecer en Cristo aun entrando a

Imagen de primera comunión hacia 1920.

las Bellas Artes, o a la Escuela del Louvre, al Conservatorio o al Actor's Studio. Debilitada por el ascenso del Hijo y la omnipresencia de la Madre, la Iglesia, maternidad autoritaria y protectora, se podrá hablar de un debilitamiento del Dios-Padre, pero sin olvidar que se trata ahora de un Dios total, en el sentido de "obra de arte total", *Gesamtkunstwerk*. Suple al gris con el color. Convirtiéndose, repecto de su predecesor del Templo, en algo similar a lo que es la música cantada respecto de la música escrita, o el cine respecto del pizarrón. Decuplicando así su potencia emotiva, va a alcanzar y a movilizar más allá de su público habitual. La belleza cristiana no es nunca gratuita. Tanto mejor para ella. Se sabe hasta qué punto el arte por el arte termina por aburrir.

No es el menor éxito de la Iglesia romana el haber sabido reinar sobre sociedades de hombres mediante las mujeres. Con la imagen de la piedad, se hilvana en el ámbito doméstico y, en una especie de movimiento giratorio, gana la sala del trono por el gineceo, a los príncipes por sus madres, esposas e hijas. A los espíritus por los corazones. "Gobernar es hacer creer", decía Hobbes, retomado por Churchill. El gobierno divino no se ha privado de ello y su prolongada hegemonía se ha hecho también con recuerdos de la primera comunión y anuncios fúnebres. Para cautivarnos mejor Dios se vistió de arcoiris: blanco para las fiestas, rojo para los mártires, negro para la Cuaresma, verde para los inocentes, azul para la Virgen, morado para la penitencia. Puso el sonido, quemó el incienso, en suma, "sensibilizó su comunicación". Como debe hacerlo un dirigente. Juan hace decir a Jesús: "Mi reino no es de este mundo" (18, 36). Los primeros reinos que se proclamaron de Cristo no lo entendieron bien.

En Constantinopla, el césaro-papismo acumula los prestigios de la imaginería y de lo simbólico. ¿El profeta de Nazareth había relativizado el absolutismo de los Césares? Los Césares cristianos se sirvieron de él para absolutizar lo relativo. Los Césares paganos habrían podido ocupar todos los rincones del Imperio sin desplazarse, mediante la delegación televisual que formaban, *in*

situ, las estatuas y medallas con su efigie. Clonación por la efigie políticamente rentable, que permitía someter a prueba la lealtad a los menores costos, al estar llamado cada sujeto extranjero a sacrificar públicamente ante la imagen del Emperador. Era el *impuesto icónico*, tan litigioso entre los judíos como el impuesto monetario. "*Reddere Caesari…*" Según Mateo el publicano (perceptor de impuestos), la famosa fórmula llegó a Jesús manejando una pieza de moneda, medalla de plata grabada con los rasgos del Emperador. "Dar al César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios" es una reflexión de contribuyente numismático y perplejo. Pero haciéndose representar sobre un *solidus* de oro —en el anverso la corona y la cruz y en el reverso Cristo de frente—, Justiniano II (a fines del siglo VII) va a reclamar a su vez la obediencia y a recaudar impuestos como representante de Jesús sobre la Tierra. En Bizancio, Dios y César hacen causa común. ¿Dad a César y dad a Dios? El teócrata elude la dificultad cobrando a dos manos: su perfil en el reverso y la Cruz Triunfal en el anverso. Como se hacía sobre las monedas constantinianas y las ampollas palestinas. Y este César-Papa no es ya local ni provincial, puesto que la primera iconografía cristiana oficial tiene el don de la ubicuidad. Circula como la moneda y se convierte en el equivalente universal de los valores del Imperio. Inmediatamente comprensible, el esperanto visual prescinde de traducción. La imagen federa menos profundamente pero con mayor facilidad que la palabra, y la inmensa pero compuesta Confederación Cristiana se apoderó de la llave maestra. Un Dios policromo y polifónico, que se transmite por frescos, mosaicos y motetes interpuestos, entra donde quiere, fácilmente liberado de aduanas. La imagen-sonido psicomotriz viene al rescate del cristiano en el momento en que el *ioudaios*, como lo llama san Juan, el judío privado de tierra, no dispone más que de un texto sin ilustraciones para consolarlo. *(i)* Poco

El emperador triunfante en el nombre del Cristo y los pueblos del mundo se prosterna a sus pies. Díptico imperial llamado *Ivoire Barberini*, hacia el año 500. Museo del Louvre, París.

le preocupa, por cierto. La Ley no está escrita para los goyim; Yahvé es endógamo. Desposar a la humanidad, en contrapartida, es un proyecto que no puede cumplirse sino mediante una política de la belleza. No se gobierna a los herederos del mundo grecorromano, que va desde Bizancio hasta Hollywood, sin ocupar sus retinas y sus sueños, sin satisfacer la insaciable libido del ojo y del tímpano. Bajo el capó de las Escrituras el cristianismo puso un tigre: la ternura.

La familia de otro modo

Magia de las imágenes y captura de las miradas: he aquí, para un Dios situado en una economía abierta, nuevas palancas de potencia. Medios para hacer la guerra sin hacerla. No es más el Señor del Libro, es el de las sensaciones. No es ya, por consiguiente, esclavo de la gramática. Las figuras —la Cruz, la Navidad, la Gloria— pueden viajar sin diccionario, aportar a los iletrados la luz de la esperanza, aclimatar en todas partes una presencia de amor. ¿Qué hay de nuevo? ¿El Todopoderoso no está destinado a conquistar y dominar? ¿No hizo siempre política? Sí, pero al cambiar completamente las relaciones de parentesco, este Dios no ya *étnico* sino *electivo* deja de ser un administrador de herencia y se convierte en un desbrozador de lo desconocido. Le resultamos todos elegibles —"sin consideración de raza, de sexo, ni de fortuna". El Único del pueblo elegido (por mayoría plural, en su vida interna) excluía. Éste permitía incluir. Este viraje fue quizá, en el itinerario de nuestra civilización, *el acto de bautismo del mundo como voluntad y representación*. El momento a partir del cual Occidente va a poder pensar el vínculo social como algo que decidir y no ya que preservar. El punto a partir del cual la institución de la vida común no será ya asunto de tribu —ciudad, clan, familia— sino de opción, en el secreto de las conciencias (y un día de las cabinas electorales). El momento en que el porvenir cesaba, para cada uno, de deducirse del pasado. Donde la historia deviene algo que inventar *ex nihilo*. En adelante *la naturaleza no será la ley*. José no escogió el nombre de bautismo de Jesús. Se es judío por la madre pero se es cristiano por el bautismo. No se elige a la madre, pero es posible convertirse a cualquier edad y sin pedir consejo a la familia. Y el segundo nacimiento, el bautismo, es superior al primero. Como lo es el espíritu

respecto de la carne. Con este Dios desterritorializado, el estar-juntos no se funda ya sobre los lazos de sangre, pues el parentesco carnal es remplazado por la adhesión espiritual. "El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí" (Mt 10, 37). Inversión de las jerarquías "naturales": los nexos de familia, los de la ley, indignos de una persona, deben desaparecer ante la comunidad de la fe. Cadenas que romper. No lo sabíamos, pero el "familias, os odio" de Gide, el "dejad todo", de Breton, llevan la firma de Jesucristo: "Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, [...] no puede ser discípulo mío" (Lc 14, 26). La verdadera fraternidad será la voluntaria, la *ekklesia*. No se hereda más, se coopta. "Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: "Éstos son mi madre y mis hermanos. Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana, mi madre" (Mt 12, 46-50). Y Tertuliano podrá afirmar, con toda razón, que los cristianos son los más libres de los hombres, porque sólo ellos pueden elegir a su Padre —eventualmente, contra su madre humana. ¿Acaso no pretendió Jesús no reconocer a su madre y a sus hermanos, que venían a su encuentro? Los defensores de los vínculos sagrados de la familia deberían pensarlo dos veces antes de decirse "cristianos". Ni Jesús ni Juan Bautista fundaron hogar. Y el Hijo del Hombre no da pruebas de ningún respeto particular por su madre —"¿Qué tengo yo contigo, mujer?" (Jn 2, 3-4). Mi mamá adorada, que no se impondrá verdaderamente sino hasta la Edad Media (con el color azul), no era su estilo. Él no hizo familia sino con quienes seguían la voluntad de Dios, de su propio jefe. Porque el designio de Dios se cumple mediante la acción de los humanos. El cristianismo ha "desenganchado" a la familia de los grandes circuitos sagrados, conectando directamente a cada creyente con una fuente de gracia independiente de sus progenitores y de sus compatriotas. Poco me importan tu raza y tus antepasados siempre que creas en Cristo. Monje, olvidarás tu nombre de familia. Sacerdote, lo olvidaremos. Hay linajes de rabinos, no de sacerdotes. Es la buena nueva en la Buena Nueva: ya no hay herencia.

José, paternidad difusa; y María no tenía ni pizca de gran dama. Un hogar tan anodino no incita a la exaltación de las raíces. Significa más bien el adiós al prestigio de los orígenes (tan vivo entre los nómadas). Y alegoriza en hueco el deslizamiento desde el Dios recibido hasta el Dios querido. Hemos perdido de vista la carga subversiva, intolerable, criminal, que representaba esta *paternidad*

elegida en todas partes donde reinaba el poder paternal (que llegaba en Roma hasta el derecho de vida y muerte sobre los hijos). ¡Qué insulto a la *patria potestas* y a la ley de los hermanos! Hacerse cristiano en el Imperio romano era una opción de ruptura con las lealtades obligatorias. Y con el principio jurídico de la *gens*, con los lazos de sangre. Había habido un derecho romano de adopción, pero centrado en la familia a la cual el nuevo adoptado se unía. Y no existe la adopción legal en una familia judía ortodoxa. Así como no hay comunidades monásticas en el seno del pueblo elegido. El voluntarismo cristiano nos ha hecho pasar de un mundo donde los padres reconocen y declaran a su hijo, a un mundo donde los hijos reivindican y declaran ellos mismos su filiación. La fijación de domicilio es libre o flotante. Algo fastidioso para "la paz de los hogares" y las comisarías de barrio. Y los ficheros del estado civil. "Tú eres Simón, el hijo de Juan; te llamarás Cefas" (Jn 1, 42). ¿Qué divisa más subversiva y ambiciosa que ésta: "*Tenéis que nacer de lo alto*" (Jn 3, 7)? Esto quiere decir: a ustedes corresponde decidir lo que debe transmitirse. Todos tenemos una comunidad de destino, ciertamente. Un hombre sin destino es un hombre perdido, desorientado. Pero el destino, aquí, es un proyecto: a cada uno corresponde encargarse de sí mismo. Abajo de la Cruz, el centurión romano desgarra interiormente su acta de nacimiento, transgrede su estatus social. "Glorificando a Dios, decía que ese hombre era justo." Es tanto como decir que todas las naciones serán admitidas en la Santa Mesa. Mediante inseminación artificial "por obra del Espíritu Santo". Y que todo hombre puede renacer diferente, *born again*. "Todos vosotros sois uno en Jesucristo" (Gál 3, 28). Por primera vez en escala popular, fuera de las élites cosmopolitas (porque deliberadas también eran las afiliaciones a las escuelas de filosofía), lo sobrenatural va a merecer su nombre.

Se espera que un caudillo mesiánico haga la guerra. "La guerra de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas" —como lo recomiendan los himnos esenios de Qumrán. Jesús es un mesías —o sus discípulos lo ven así. Pero no toma las armas. No amenaza a nadie. No hace el papel de zelote. No entra en connivencia ni responde a las expectativas: sus discípulos —y no sólo ellos— esperaban que expulsara a los romanos, que restaurara el reinado, que liberara a Israel. Como buen patriota judío. Como otros antes o después de él, falsos o verdaderos mesías. Se le decía con todo "hijo de David". Se buscaba un jefe, la

chispa que encendiera al pueblo. La Insurrección al final de la calle, en la punta de la lengua. Él declinará la corona. "¿Eres el rey de los judíos? —Eres tú quien lo dice…" Abstención. A ustedes les corresponde ver. Las cosas serias están en otra parte. Se le acusará de desertar de la lucha de independencia. ¿Escurrió el bulto? ¿Derrotista? ¿Cobarde? Eso se dijo. Admiremos más bien la fineza del rodeo, la *performance* por inversión. La Revelación judaica está dirigida a una colectividad. Fue ratificada en asamblea, cuando los Ancianos dieron su aval a Moisés a su retorno del Sinaí. Al pueblo judío se le promete la Resurrección, no al individuo. La plegaria también es comunitaria. Se necesitan al menos diez hombres para oficiar: es el quórum obligatorio del *minyan*.[9] El pueblo cristiano comienza con dos personas: una que dé y otra que reciba el sacramento. Jesús despolitiza a Dios. Herodes Antipas, por colaboracionista que fuera, no lo obnubila. Ni el poder romano. Sino que lo desnacionaliza para volverlo multinacional. Porque al desolidarizarse de los suyos remplazaba a las pequeñas solidaridades por la grande. Al volverse sordo a la voz de la sangre rompía las cadenas de la consanguineidad. *Mi* Dios íntimo subvierte a *nuestro* Dios ancestral y lo mundializa desde adentro. Menos velamen, más viento. En ese repliegue sobre el interior yacía una capacidad sin límites de reclutamiento, pues el Padre Eterno podrá en adelante tener hijos extranjeros, que no están inscritos en el municipio local, mediante un ritual de adopción llamado bautismo, válido por doquier. Este hecho que amplía el círculo de familia al planeta Tierra. Los hijos de la esperanza son por naturaleza más numerosos que los de la memoria (en el año 2000, mil millones de cristianos y trece millo-

Proyección de *El manto sagrado*, de H. Koster, primera película en cinemascope, en un autocinema hacia 1953.

[9] En hebreo, "número", Asamblea de Plegaria, con o sin rabino.

El emperador Valeriano con la cruz victoriosa del Cristo en la mano derecha y el mundo en la izquierda.

nes de judíos). En términos de proselitismo: un goy es irremediable; un infiel, recuperable. Un cristiano tiene por consiguiente en todo momento de qué y de quién ocuparse, en el exterior. La vitalidad apostólica del Redentor reside en sus facultades de adaptación (casi a todos los medios: bárbaros germanos, celtas, eslavos, sajones, etc.) así como de adopción (cualquiera puede entrar en la cristiandad). Desde entonces una sola cultura la ha superado (juventud obliga) en plasticidad: el *American way of life*, nuestro nuevo *lumen gentium*, que distribuye la imagen como la otra la hostia. Los elásticos Estados Unidos (el caucho es americano) tienen esa admirable flexibilidad de adaptación que Europa ha perdido. *(j)* Puede adoptar en su casa a cualquier extranjero y hacerse adoptar a la distancia por cualquiera. Y no mediante adoctrinamientos ni prolongadas catequesis. La santa comunión opera vía película, serie, pub, videoclips y marcas. Ésos son también rituales de adopción, sacramentos aligerados y tanto más carismáticos cuanto que carecen de todo aparato dogmático. Las dos tradiciones, la del Viejo y la del Nuevo Mundo, se han fusionado en el pentecostalismo o el evangelismo anglosajón, cuya elasticidad doctrinal y litúrgica los vuelve adaptables y adoptables en todas las latitudes y longitudes (especialmente en las regiones latinoamericana y asiática).

El cuello de cisne conquista mejor que la nuca rígida, como siempre…

CAPÍTULO IX

La última llama

La imprenta es el último don de Dios y el mayor. Por medio de ella Dios quiere hacer conocer la verdadera religión a toda la Tierra y expandirla en todas las lenguas. Es la última llama que brilla antes de la extinción de este mundo.

LUTERO (PALABRAS DE SOBREMESA)

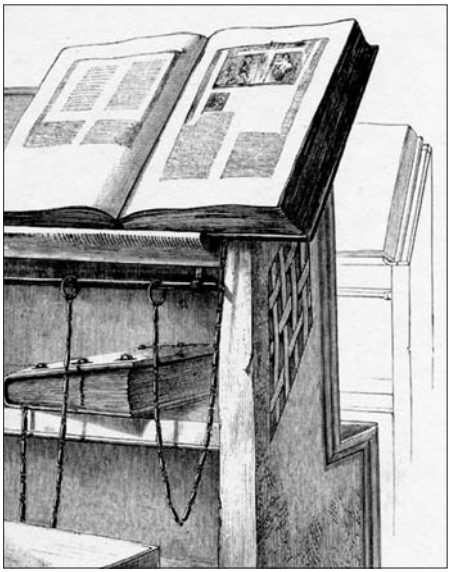
Al salir de la "cuna" tipográfica, en 1500, nuestro Dios latinoparlante, antiguamente caligrafiado y policromo, enclaustrado y encadenado a la estantería, va pronto a recorrer las ciudades en lengua vulgar. La imprenta vuelve a la palabra "práctica y útil para todos". Esta comodidad hace perder a la Iglesia su monopolio de reproducción y de circulación. La forzará pronto, después del Concilio de Trento, a sacudir sus certidumbres y reforzar sus panoplias de seducción. Así se propagó, sobre los pasos de la Reforma, un Eterno negro sobre blanco, difícilmente controlable, patriótico y sabio, políglota, de humor vagabundo. Con posible entrega a domicilio. Mala nueva para los príncipes de la Iglesia, pero excelente para los padres de familia educados. Y cuando a los Pilgrim Fathers, en 1620, se les ocurre atravesar el Océano Atlántico con las Escrituras en inglés bajo el brazo, se da una segunda Tierra Prometida, la América del Norte, trasplante prometedor del Dios de Gutenberg al Extremo Occidente.

Cuando las artes de la memoria se transforman, es el alma del Señor lo que se transforma. Por lo cual la historia política del Gran Ordenador no es separable de su historia literaria en tanto primer editor de Occidente. Si el monoteísmo nació de la Letra, y si la versión cristiana se quiso para todo público, puede inferirse que un cambio en la artesanía del signo y en las prácticas de publicación le dará en el corazón.

Divina sorpresa para un Dios leído fue la invención de Gutenberg. Así, pronto fue bautizada como "arte divino" por Nicolás de Cusa, cardenal de su estado, y por la Iglesia católica romana del siglo XV. Lo diabólico de la cosa sólo aparecerá después. Los poderes siempre han acogido con distracción al médium que los va a derribar. En cuanto a los teólogos, inconscientes del hecho de que los vectores "externos" de difusión conllevan esquemas de imposición "interna", tenían la mente en otra parte. No les preocupaba ese detalle. Menos todavía que a la gente de letras, en sus academias, la industrialización de la cultura en el siglo XX. Desdén del literato presuntuoso por las mensajerías que distribuyen al pueblo humilde su obra maestra. Indiferencia del epistológrafo hacia los centros de clasificación postales. Es legendaria la ingratitud de los clérigos y de las gentes de pluma por los obreros y trabajadores de apoyo. El Espíritu no ama a la Mano que lo nutre, se diría que se avergüenza.

Apoteosis de Gutenberg, grabado de H. von Gubitz, 1859.

Pero, ante todo, ¿cómo pudo la herencia sagrada del Imperio cristiano atravesar las Invasiones bárbaras y los periodos oscuros? Con la página impresa, y con la disponibilidad. Las escuelas paganas cerraron y se abrieron monasterios. Las letras se hacen a un lado y los frailes aprenden a leer. En el siglo VI, Casiodoro, el senador cristiano que sirve al rey ostrogodo, redacta catálogos, recopila todo lo que puede de libros en griego y arma una biblioteca. Los monjes toman el *códice* íntegramente a su cargo. Se hacen algunos pequeños para los viajes, para la lectura en común, para la copia solitaria, siempre con un mismo actor, el asceta de la letra monástica, al que san Benito conmina a combatir la ociosidad y hacer ayuno tomando un libro del *armarium* para "leerlo entero y por orden". El libro es raro y caro, y a menudo, en Monte Casino o en Roma, se raspan los manuscritos romanos para recopiar encima los Evangelios. Todos los centros de oración se convierten en centros de almacenamiento y en talleres de edición. Los *scriptoria*. Una orden religiosa es en primer lugar una comunidad de escribientes-oyentes donde la lectura en voz alta acompaña cada comida. De esta Alta Edad Media nos viene la "carolina" (de "carolingio"), nuestra base de caja tipográfica. Y también la práctica de la lectura silenciosa, invento monástico tardío pero que se remonta a esos tiempos de lectura intensiva (pocas obras, pero rumiadas). Los libros son los víveres de Dios. Y sus municiones. *Claustrum sine bibliotheca quasi castrum sine armamentaria*, escribe Godefroy de Sainte-Barbe en el siglo XII. Un claustro sin biblioteca es casi como una plaza fuerte sin arsenal.



Libros encadenados en la Biblioteca de Cesna, dibujos tomados de Henri Petroski, *The book on the bookshelf*, A.H. Knopf Inc.

La existencia entera gira en torno al volumen de Verdad, soporte de artes de memoria muy complejas. La morada de Dios resume y figura el orden del mun-

do en un paralelepípedo rectangular que semeja, cuando es completamente abierto, las Tablas de la Ley. Se firma El contrato de garantía aquí abajo y anexa el boleto para el más allá. Los más bellos materiales se deben al *in-quarto*, edificante porque es un edificio en sí mismo, con sus bóvedas, las páginas interiores como planos de basílica, las columnas de palabras como pilares. Con su broche, su lomo duro, sus aristas y sus ángulos en metal, es la piedra de fundación. Tal es la imagen del Breviario ilustrado de Belleville (siglo XIV): el profeta Zacarías recoge un ladrillo de la sinagoga en ruinas y se lo extiende, cubierto, al apóstol Mateo, que levanta el velo y descubre un códice. Tú eres Pedro, y sobre esta piedra…. La Tierra era entonces un cuadrado o un rectángulo, no una bola, de modo que el edículo podía ser un microcosmos, con el pliegue central como eje medio y los ángulos como puntos cardinales. Y el Mundo mismo podía convertirse en el gran Libro donde Dios había escrito sus pensamientos. "*Scritto in lingua matematica*", precisará Galileo. *El Gran Libro del Mundo*: este clisé es de origen testamentario, producto de una religión libresca que no sale de su asombro ante tal facilidad inaudita, la memoria de Dios y de los hombres reunida en un solo *in-folio*, y ese *Codex Dei* que mora en el armario. Ya san Agustín se extasiaba ante esto. "La nueva casa de Dios —escribe— es más gloriosa que la antigua, que estaba hecha de piedras preciosas, de vigas y de metales." Coherencia y firmeza. Escudo contra la errancia y la confusión. Salterios ilustrados, libros de horas caligrafiados, breviarios multicolores. El monopolio monástico va a atenuarse con la aparición, en torno de las universidades, durante los siglos XII y XIII, de "estacionarios" laicos, como los comercios de fotocopias de hoy. Se entregan trabajos por partes, la *pecia*, o el cuadernillo separado de un libro en preparación confiado a un copista profesional. Hay también librerías señoriales y reales. Pero fuera de los medios comerciales y de las cancillerías la Iglesia sigue siendo el taller y el mercado principal de lo textual, la viga maestra del escrito, cuyo ritual y censura administra (se queman los libros heréticos desde la disidencia de Arrio, en el siglo IV). Entrar en la Escuela del Señor es ponerse a leer. Creer en Dios, creer en el Libro, son casi sinónimos.

Hasta tal punto que el objeto material servirá en el Renacimiento de salvoconducto para las verdades profanas. Al valer como una firma en blanco, la

forma *codex* permitirá, en primer lugar, legitimar los saberes de la naturaleza, alojados en las mismas moradas de papel y cuero que la Palabra Sagrada. Lo verificable hace su nicho en los receptáculos de lo Revelado, excelente tapadera para un cambio de uso (generalmente ocurre lo contrario), lo que lanza algo así como un puente entre el objeto venerado, el libro de oraciones, y el objeto por reverenciar, el libro de saber. Pero si bien no era todavía la ciencia, era ya la política de la cristiandad desplegada por los editores de los siglos XV y XVI. Las grandes fechas de esta transición ambigua son acontecimientos bibliográficos. Las tres grandes jugadas de los tiempos modernos. Destape editorial y bíblico. Un monje agustino un poco testarudo, que enseñaba las Sagradas Escrituras en la universidad alemana de Wittenberg, vio un buen día de 1517, con el más vivo asombro, un formidable trajín en los alrededores. ¿Por qué? Porque sus alumnos se habían ido a imprimir la galerada que él había clavado en el pórtico de su iglesia. Él se creía teólogo. Y se descubrió publicista. Presentaba tesis, como todos los maestros de teología de la época, para lanzar una *disputatio*. Se halla de pronto como artillero en el campo de batalla. Partido el disparo, desestabilizado un tiempo por el impacto y el ruido, decidió finalmente seguirlo. Así hacen los jefes: se recuperan.

Verdad de un lugar común

"Lutero y Gutenberg", vieja pareja. El tándem dio lugar a tantas fórmulas simplistas que los historiadores se regocijan explicando que el "*Esto matará aquello*", de Victor Hugo, es una grosera simplificación y que múltiples fueron las causas de la Reforma (ascenso de la burguesía, surgimiento de las lenguas nacionales, declinación de la escolástica, urbanización de Europa, etc.). El plomo sería un metal demasiado vil para que de él surja el oro fino de una nueva teología. Al Señor, todos los honores. Es a los reformados y sólo a ellos a quienes conviene atribuir los méritos de la Reforma, y no a un oscuro orfebre un poco codicioso. ¿Adónde llegaríamos si…? ¿Qué papel quedaría para el Santísimo, la gracia, los humanistas? Sólo un materialismo muy ingenuo,

de hecho, presumirá que un médium mecánico tiene la facultad de inventar una cultura, por sí solo, sin el acoplamiento con una dinámica global que traduce y desvía en su propia dirección, como lo hace una plataforma giratoria sobre una red férrea. Se puede aplicar a la tipografía la misma causalidad cerrada que tiene la escritura: autoriza, pero no rige. Ésta no mata ni engendra a aquélla, pero sin ella no existe aquélla. Saquemos a Gutenberg de la escena y Lutero se convierte en un profeta en desempleo técnico.

Cuchillo y regla de copista, siglos XI y XII. Biblioteca Nacional de Francia, París.

Había habido muchas herejías antes de 1517. Wycliff y Jean Hus, los más notables. Terribles fracasos. Una predicación oral y puntual, algunos escritos dispersos. Ni unidad, ni cohesión. No se ciñen al modelo. Nada claro y estabilizado que pueda extenderse como una mancha de aceite. La bula del papa León X que acordó, mediante obligaciones financieras, una indulgencia a las provincias de Maguncia y Magdeburgo, porque la construcción de San Pedro en Roma costaba demasiado cara, suscitó muchos rezongos. Pero las 95 Tesis del opositor Lutero se reprodujeron y distribuyeron en el estado. Y enseguida, al decir de un testigo, fue "como si los ángeles mismos hubieran sido sus mensajeros y las hubiesen puesto bajo los ojos de todo el pueblo". Y el propio Lutero, de buena fe, entregó poco después su desarrollo en una carta… al papa mismo.

> Por un misterio del que soy el primer sorprendido, el destino quiso que todas esas tesis (entre todas las que fueron redactadas, ya sea por mí o bien por otros doctores) se difundieran casi por el mundo entero. Yo las había publicado sólo para uso de nuestra universidad, y las había redactado de tal modo que me parece increíble que pudiesen ser comprendidas por todos.

Défense de la religion réformée, ou Réfutation d'un livre intitulé "La vérité de la religion catholique", por el pastor Des Vœux, Amsterdam, 1736. Col. particular.

En 1517 los caracteres móviles de metal tenían ya setenta años. La técnica sale de su infancia. Deberíamos decir de la cuna, puesto que se llama "incunables" a los libros

impresos antes de 1500. El gesto reformador encuentra por consiguiente al "arte admirable", el *ars artificialiter scribendi*, llegando justo a la madurez. Se puede no ver aquí más que un enésimo perfeccionamiento, después de la invención de las escrituras minúsculas (en los siglos VIII y IX), la domesticación del silencio (de los siglos XIII y XIV) y el arribo del papel a Occidente (siglo XIV). No desaparecen en un abrir y cerrar de ojos las copias manuales ni los intercambios epistolares. El manuscrito conservará adeptos entre los aristócratas y los francotiradores del pensamiento. La prensa reproduce las formas conocidas del copista: la disposición de la página, los índices, los ornamentos. Los caracteres siguen siendo los mismos, con sus ligaduras góticas complicadas. Y los autores de actualidad siguen siendo los de fines de la Edad Media. Recobran la misma actualidad las obras de escolástica y de devoción más tradicionales (los *Vita Christi*, las *Artes moriendi*, las *Sentencias* de Pierre Lombard). ¿Nada del otro mundo? ¡Ojo! Lo nuevo se apoya siempre en una primera etapa sobre lo que lo une a lo antiguo para obtener sus cartas de patente. El *Zeitgeist* [espíritu del tiempo] comienza por ocultarse bajo la mesa; de allí el "efecto diligencia" (Jacques Perriault). Los primeros vagones de ferrocarril fueron diligencias colocadas sobre rieles —a las que sólo se les quitaron los caballos. Forma y fondo: 77 por ciento de los incunables están en latín y la mitad son textos religiosos.[1] Roma no tenía ninguna razón para alarmarse, y de hecho el papado dedicó varios Hosannas al nuevo procedimiento, que le fue útil en su cruzada contra los turcos. Civiles y religiosas, las autoridades tienen un don particular para el sueño me-

Página de glosa en un manuscrito del siglo XIV (decreto de Graciano).

[1] Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, *L'apparition du livre*, París, Albin Michel, 1958, p. 378.

diológico. Están siempre seguras de poder trasladar los fines de ayer en el medio del día (la tele = sermón o escuela del pueblo). De allí su desconcierto cuando el genio del dispositivo desconocido les brinca en la cara. Los "bárbaros" se sustraen a ello al no estar presos del modelo del medio precedente y les toman el peón ni visto ni oído.

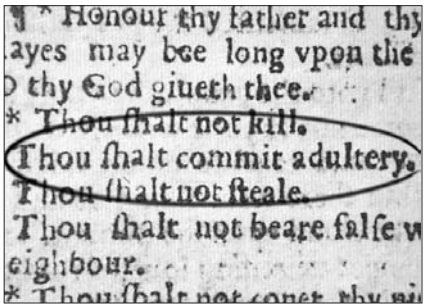
"Antes de fines del siglo XV —escribe Henri-Jean Martin— alrededor de 27 mil ediciones llegan hasta nosotros, lo que representaba con seguridad más de diez millones de ejemplares, difundidos en menos de dos generaciones en una Europa que contaba con menos de cien millones de habitantes." Así como en el largo plazo la presión demográfica prevaleció sobre la fuerza de las armas, la presión tipográfica prevaleció sobre las fuerzas del hábito y del Santo Oficio. Hizo saltar los *imprimatur* (el permiso de editar) ganándole por la mano a las censuras ordinarias. "El mejor conocimiento de la Biblia fue la causa principal de la reforma religiosa del siglo XVI."[2] Se contaba con 438 ediciones en latín. Y de 1517 a 1520 se calculan en 300 mil los ejemplares de las publicaciones de Lutero. La gente sencilla no conocía entonces la Palabra de Dios sino por los vitrales de las iglesias y los sermones de los monjes. Unos cientos de miles de lectores —clérigos, universitarios y burgueses— pueden en adelante meter la nariz en la carta fundamental. Esta reapropiación de las sedicentes verdades reveladas en latín se produce en el momento en que las lenguas antiguas, el griego y el hebreo, acaban de ser enterradas con todos los honores. Un hebraizante, Reuchlin, señala contradicciones entre los textos latino y hebreo. Estupor al descubrir que no se leía al buen Dios. Escándalo en la Iglesia misma, que había olvidado que la Biblia de san Jerónimo, su vademécum inmemorial, no era en última instancia sino una traducción —o una traición bienintencionada, como lo son las mejores.

Echemos una mirada al *contexto*.

Con los descubrimientos geográficos —Magallanes, Vasco da Gama, Colón—, la cristiandad abre las ventanas, pero el mensaje de salvación que se

[2] Víctor Baroni, *La Contre-réforme devant la Bible*, 1943.

propone expandir ampliamente está embotado, atascado en sus alveolos eclesiásticos. Entorpecido en sus casas religiosas, mercado sobreprotegido (y proteccionista). Depósito calcificado. Enterrado bajo capas de glosas, notas marginales, introducciones y sumarios que estorban las páginas de los viejos tratados. No se puede ya ver la Verdad a través de ellos. La recopia, por cierto, se hacía ya fuera de un marco litúrgico (entre los judíos el acto de copiar era aún sagrado e implicaba una liturgia de plegaria), pero siempre en el perímetro de las facultades de teología. Varios meses para copiar una obra. Y quince animales para un formato mediano. De una piel de carnero se podían extraer hasta 16 folios de pequeño formato, pero el trabajo de pergaminero, de copista, es prolongado y fastidioso (los monjes se quejan). La Iglesia está enferma de gota. Como un viejo anticuario maniático que se arrastra entre estatuas polícromas, tesoros de orfebrería, retablos, peregrinajes, reliquias de santos, Vírgenes pintarrajeadas, calvarios, imaginerías devotas (multiplicadas desde el siglo XIV por el grabado sobre madera). Sobrecargado por sus obras el convoy de la gracia se atora. Ha cargado en ruta "supercherías y paganerías" sin soltar lastre. Este excedente de equipaje se volvió un impedimento mayor cuando los clérigos debieron mirar tres veces antes de dar la copia a los impresores, entre quienes la menor falta en la recopia tiene consecuencias. Lo que los judíos habían hecho sufrir a los idólatras con la consonante sobre el papiro, el reformado lo hizo sufrir a los *sorbonnarios** con el punzón sobre el papel: una reducción al hueso.


¶ * Honour thy father and thy
ayes may bee long vpon the
) thy God giueth thee.
* Thou ſhalt not kill.
Thou ſhalt commit adultery.
Thou ſhalt not ſteale.
Thou ſhalt not beare falſe w
eighbour.
* Thou ſhalt not conet thy ni

Errata en la Biblia impresa por R. Barker en 1631, llamada la *Biblia perversa*.

La cual comienza por la cacería de las corrupciones. Forzosa es la tarea de limpieza en el cuerpo del texto, esa mina al aire libre o "descubierta" (en el sentido,

* Profesores, egresados y alumnos de la Sorbonne. [T.]

Utensilios provenientes de la fundición Bodoni. Museo Bodoni, Parma.

esta vez, del ingeniero de minas, que elimina los materiales desechables que recubren a un mineral precioso). Materialmente, la prensa manual obligaba a limpiar las costras de *lectiones* sedimentadas. Porque cuando un taller se equivoca, no es uno sino miles los ejemplares que quedan infectados. Un ejemplo es la *Biblia perversa* de Barker, en 1631, con su séptimo mandamiento en versículo satánico: "*Thou shalt commit adultery*", "cometerás adulterio" (se olvidó el *not*). Con la finalidad de prevenir la estandarización del error y la degeneración que amenazan a las copias multiplicadas, para matar en el huevo el contagio de lo falso, es forzoso *establecer* el texto. Tal fue el papel crucial, si nos atenemos al reino de Francia, del humanismo impresor, representado por Lefebvre d'Étaples y Robert Estienne: abandonar los comentarios, drenar las variantes. "Pronto llegará el tiempo —decía Lefebvre— en que Cristo será predicado de manera pura y sin mezcla de tradiciones humanas." Y tanto mejor cuanto que se podrá ir directamente al hebreo y al griego, encabalgando los cuatro sentidos escolásticos (literal, histórico, tipológico y simbólico) de la interpretación del latín, volviendo a vincular lo espiritual a lo atestiguado. Lógicamente, este retorno a las fuentes no podía dejar de tropezar en el camino con los teólogos a la antigua, duchos en los ejercicios orales y codificados de la *lectio* y la *disputatio*. La predicación, a juicio del reformador, es necesaria para esclarecer la letra mediante el Espíritu. Pero su *Soli Deo Gloria*, Gloria a Dios y sólo a Él, es un no implícito a los añadidos de la Iglesia. Los fundadores Lutero y Calvino defenderán por encima de todo la guía pastoral de las lecturas personales. Pero el sacerdocio universal es ante todo el libro abierto, descubierto para todos los que tienen ojos para leer.

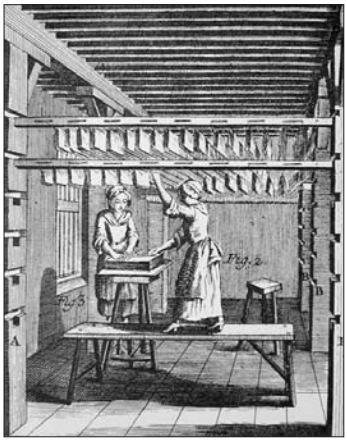
Entre el Eterno y la novedad se anudaba algo así como un intercambio de buenos procedimientos. Entre la multitud de los recientes procedimientos de grabado en talla blanda, sobre cobre y no ya sobre madera, los ingenieros regalaron a los teólogos las virtudes de ciertos metales (antimonio, plomo,

acero, cobre), colorantes y laminados. De ese modo los teólogos vieron ampliarse a su público. Por su parte, Dios avalaba en cierto modo la expansión comercial: la Biblia de cuarenta y dos líneas le confería el *nihil obstat*. Los tipógrafos subieron por asalto del Cielo pero, lejos de ofrecerles resistencia, el propietario titular los acogió con los brazos abiertos. "Pasen, están en su casa." Esta confianza inaugural ciega a las dos partes en cuanto a la apuesta final. Es decir, el nacimiento de un Dios emancipado de sus fundamentos de poder. Los devotos fabricantes de incunables no supieron que abrían el camino a la ruptura del sistema de autoridad, ni la teología en vigor sospechaba que estaba así dando margen a la herejía, ya presente en la intrusión de lo vulgar en la lengua sagrada. Después de la expropiación de los comentadores autorizados vino la desestabilización de las autoridades, de quienes se descubre que eran pantalla y no luz. Si Dios personalmente me da cita en su libro, multiplicable a voluntad, ¿qué necesidad tengo de intercesores o de chaperonas? "Todo protestante fue papa con una Biblia en la mano" —Boileau no sabía decirlo tan bien. La máquina de reproducir hizo estallar a la máquina de controlar. El papel sustituye al papa y "esto matará a aquello", resume en un largo capítulo el autor de *Notre-Dame de Paris* (esto, la Biblia de Nuremberg; aquello, la catedral gótica). El nexo era forzado pero la intuición genial.[3]

Masa y potencia

La Reforma no apostó la Palabra contra el Libro. Los ajustó recíprocamente en una nueva complementariedad. ¿Pero de dónde puede concluirse el eslogan mayor, el *Sola fide, sola gratia* (en la gracia de Dios, y sólo por la confianza que Le tengo), sino de una "lectura para todos"? "No me avergüenzo del Evangelio; él es potencia de Dios", dice Lutero. No tengo vergüenza de publicar en lengua vulgar pues ello acrecienta tal potencia. Quizás exagerada y

[3] Muy bien desarrollada y matizada por Élisabeth Eisenstein en *La révolution de l'imprimé à l'aube de l'Europe moderne* (La Découverte, 1991), sin, por supuesto, la menor referencia a Hugo (ni historiador ni sociólogo etiquetado).

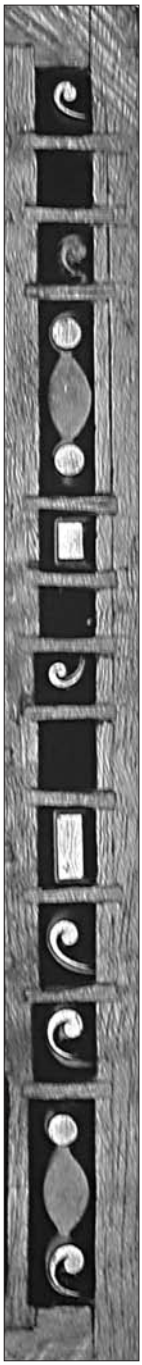


El secadero, lámina de la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert, sección "papelería", 1751-1772.

desconsideradamente termina por recelar, y Calvino después de él. Hay demasiados libros, se quejan, y los inútiles, los de los otros, terminan por hacer sombra a los indispensables, los suyos. Hay que reducir el número, hacer la selección, censurar. "Buenos libros —escribe Frère Martin— nunca hubo suficientes y aun ahora no hay bastantes" (se habla hoy así de las buenas cadenas televisivas). Todo el mundo, católicos y protestantes, se inquieta ante los peligros de una lectura errónea y tergiversada de la Palabra sagrada. No hay que darles flores a los puercos —a los ignorantes, a los groseros, a las viejas. Democratización precipitada, peligrosa. Es necesario contenerla y supervisarla. Pero si el papado pronto se desencantó de las virtudes del arte admirable, los reformados de todos los países continuaron colgándole coronas pese a las reticencias. Así, el inglés John Foxe dice en su *Libro de los mártires*:

> El Señor ha comenzado a obrar por Su Iglesia, no con la espada y el escudo para someter Su insignia al enemigo, sino por medio de la imprenta, de la escritura y de la lectura. Tantas imprentas hay en el mundo, tantos fortines contra el gran castillo Saint-Ange, de suerte que, o bien es necesario que el papa elimine el saber y la imprenta, o bien a la larga la imprenta lo exterminará.

Además de que el predicador puede ahora apoyarse en un texto confiable y comprensible, ya no es un producto de lujo. El empleo del papel de trapo en lugar del pergamino reduce de diez a uno los costos de fabricación y hace saltar los topes físicos de reproducción de la Divina Palabra, hasta entonces cautiva de los ciclos lentos de reproducción del ganado. De los 130 ejemplares de la Biblia de Gutenberg, treinta fueron impresos sobre vitela (la piel del becerro recién nacido): 340 pliegos de 42 por 62 centímetros, lo que hace 170 animales sacrificados para *un* solo ejemplar (según Aloÿs Ruppel). Si se aplica la regla de tres simple, la continuidad de la Buena Nueva sólo en el "mundo ple-



no" de Europa habría exigido diezmar al ganado, y en última instancia habría sido necesario elegir entre la alimentación de los cuerpos y la de las almas. El hambre o el Infierno (un *Sophie's choice*). El soporte papel, fácilmente almacenable y que permitía múltiples formatos, especialmente en la parte baja de la escala, llegó a tiempo para salvar a la chuleta de la Esperanza.

Sólo que: la dinámica engranada escapaba a sus promotores. Engendraba a cielo abierto un producto explosivo: la teología popular. Lutero conoció en su vida (antes de 1546) 354 ediciones completas o parciales en *Hochdeutsch*, más 91 en bajo alemán. El texto sagrado volvía a ser el libro de la nación (como en el tiempo de la Judea antigua). El latín internacional no es ya un pasaje obligado. Los pueblos alzan la cabeza blandiendo cada uno su versión totémica del texto común. A cada reino su Biblia. Los servidores del Uno Para Todos se despiertan nacionalistas. Lutero dedica al pueblo alemán el Nuevo Testamento traducido a su propia lengua (1528). El teólogo es un alemán de pies a cabeza y la fórmula tendrá porvenir.

Porque la cuna de la imprenta, Alemania, fue la de la Reforma. Un fenómeno urbano, como la nueva industria, que eligió domicilio en las villas libres y en las pequeñas ciudades, allí donde se encuentran el dinero, la clientela y la mano de obra calificada. Wittenberg, la base de Lutero, era un centro tipográfico conocido, y la feria de Francfort, encrucijada de rutas y de cursos de agua, un lugar de intercambios bíblicos y bibliográficos. Calvino, por su parte, acuña sus fechas de publicación sobre Francfort. Supervisa las cuentas, frecuenta personalmente los talleres, colabora con los maestros

Caja de caracteres en plomo (apóstrofos y puntos) proveniente de la imprenta Bodoni. Museo Bodoni, Parma.

impresores, conoce perfectamente las técnicas de impresión —calibrado, elección de los cuerpos, compaginación.[4] En nuestros días las místicas del New Age se enuncian en los medios ligados a la comunicación y a las nuevas tecnologías. Lo mismo ocurría con las del Renacimiento: la fe evangélica brota del medio de los impresores, editores, prensistas y compañeros tipógrafos. Se pueden superponer las cartografías industriales y espirituales. Maguncia, Estrasburgo, Zúrich, París, Amberes, Basilea, Colonia, Augsburgo. El norte de Europa. El sur, tipográficamente retardatario, permanece aparte. Milán, Nápoles, Sevilla, Córdoba, Génova, Florencia. La nórdica Venecia, con sus numerosas imprentas de vanguardia, representa un momento de excepción en Italia, pero la Curia romana vela para bloquear la expansión del mal. Es cierto que *impreso* no es sinónimo de *leído*, y todavía menos de *comprendido*. Y que si hay estadísticas para la producción no las hay para las audiencias, los públicos disponibles, ni siquiera para las tasas de alfabetización. Todo lo que se puede saber es que allí donde no penetra aún la imprenta, ese "arte dado por Dios a la Humanidad", al decir de Melanchthon, el papa puede todavía dormir tranquilo. La lectura intensiva, tal es su enemigo. Mientras que la tradición recibida prevalece sobre la página leída, la catolicidad se mantiene a la cabeza. Puesto que el problema está ahí, justamente, en el conflicto de autoridad entre la Iglesia y la Escritura. ¿De qué lado caerá el último veredicto? ¿Dónde encontrar su Salomón? ¿En el impresor o en el obispo? Los santos y mártires del Libro que son los grandes reformados asumen, finalmente y tras sopesarlo todo, como lo hará más tarde Leibniz en su patética correspondencia con Bossuet, el partido del Padre simbólico contra el de la Madre imaginaria (la loba romana). Trabajando por una recuperación ecuménica entre hermanos separados, Leibniz, a fines del siglo XVIII, asume sin éxito la defensa del oratoriano Richard Simon, el eclesiástico francés que preparó una edición crítica de la Biblia cuya publicación prohibió Bossuet. La Iglesia de Francia será castigada con la *Bible enfin expliquée* de Voltaire. *(k)* Quien rechaza la Reforma se gana una Revolución. Sin embargo, aunque los protestantes tienen la buena exégesis, los cristianos poseen la buena genealogía. Los primeros creen poder volver alorigen puro, con-

[4] Jean-François Gilmont, *Jean Calvin et le livre imprimé*, Ginebra, Droz, 1997.

vencidos de que la Iglesia ha venido a alterar la recopilación sagrada. Los católicos no se equivocan al responderles que la Palabra de Dios se encuentra "tanto en escritos como en la tradición de los apóstoles y de sus sucesores". El jacobino que discute en 1536 con Calvino le replica que la Iglesia existió antes que los Evangelios. Aunque hace un uso apologético de ellas con fines muy dudosos, las cronologías abogan en su favor. "Es *por* la Iglesia por lo que tenemos Escritura, y la Escritura no tendría ninguna autoridad sin la Iglesia." *Ecclesia est prior scriptura et potior* (la Iglesia es anterior y más poderosa que la Escritura). Un poco cínico, pero rigurosamente mediológico.

Con el carácter de plomo, el Uno comienza a partir en fragmentos. Por la proliferación de sectas —en adelante legitimadas— y por el desmoronamiento del latín unificador. Pero también por las nuevas relaciones de proximidad entre la Palabra y sus traductores. Éstos tienen un eco que supera el de los predicadores. El apostolado de la pluma se ha vuelto en más rentable, en términos de influencia, que el otro. El éxito ya no pasa por el contacto directo con la muchedumbre. Erasmo se burlaba ya de los pobres sermoneadores que se desgañitaban en su púlpito mientras él era leído "en todos los países del mundo…". De Foe comprobará más tarde que "pronunciar sermones es dirigirse a un pequeño número de humanos, mientras que imprimir libros es hablar al mundo entero". Y en primer lugar a los compatriotas, en su propia lengua. La nacionalización de Dios, agregada al carisma de los intelectuales y al comercio de los impresos, es la receta para lo inexpiable moderno: la guerra de los valores.

Un calentamiento teológico

Una llama, decía Lutero. La palabra está bien elegida. La imprenta hizo crecer brutalmente la temperatura en las calles, los palacios y las capillas. Fervor y hogueras. Se siembra el celo y se recoge el fuego. En este género de llamaradas, del entusiasmo (el sentimiento de quien tiene a Dios dentro de sí) al fanatismo (que no tolera que se uno quede fuera del templo) falta muy poco (en Rabelais, el "*phanatique*" designaba todavía al poeta inspirado). El siglo XVI de las lenguas inspiradas fue también el de la violencia liberada. El Apocalipsis se apoderaba de las masas *en directo*, sin el amortiguador de las astucias de

Grabado en madera que adorna el título de la hoja volante *Descripción del molino divino*, ordenada por Zwinglio en 1521.

Iglesia, y desencadenaba una santa y avasallante impaciencia. Con las ganas de aplicar las consignas del Altísimo *al pie de la letra*, en su totalidad y enseguida. Es el prurito de inmediatez que dominaba a los anabaptistas (tengo a Dios en la línea, no interrumpan, soy suficientemente grande para comprender). Thomas Münzer quiso apoderarse de la villa de Münster para construir ahí, sin esperar, la Nueva Jerusalén. La Iglesia es una larga paciencia. Quien la toma contra la "puta babilónica" hace crecer en el pueblo la necesidad revolucionaria de igualdad. Pegados a los talones de los humanistas, rechonchos bajo sus abrigos de piel, se elevan los visionarios magros. Los iluminados y los furiosos. Los militarotes, los insociables, los generosos, los genios y los chiflados. Los personajes sartreanos de *El diablo y el buen Dios*. Con el fin del monopolio clerical de la producción y del comentario de textos llega la nueva estrella de las controversias teológicas, que han permitido nuestras guerras ideológicas una vez que Dios se fue: *Herr Omnes*, el Señor Todo-el-Mundo. En el grabado de propaganda ordenado por Zwinglio, el reformador de Zúrich, titulado "descripción del molino divino", que pone en escena la nueva panadería divina, se ve en medio, a la izquierda de Dios (que está ubicado en el ángulo superior izquierdo), a *Karsthans*, el hombre ordinario, blandiendo su azote por encima de las cabezas mitradas y con sombrero. El Cristo vierte los Evangelios en el embudo de granos, Erasmo amasa la harina, Lutero hace con ella panes en forma de libro, que Zwinglio tiende a los príncipes de la Iglesia, quienes los apartan con el brazo impacientes. Por encima de

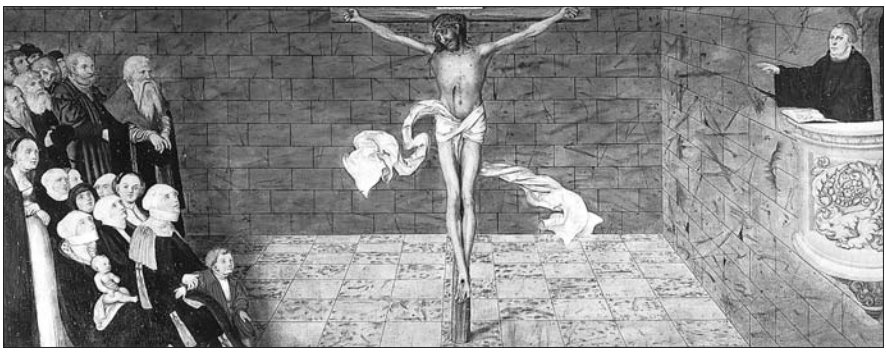
este bello mundo, el campesino de base está listo para el motín. Bella ilustración de un Cristo como peón panadero subversivo, del lado del pueblo. Los poderes establecidos, políticos y religiosos, se sienten desbordados por las "sociedades civiles", que muestran ya cómo se las gastan. Como en Zúrich, los bancos privados de las iglesias, signo de distinción aristocrática, son saqueados. Se reavivan, de una y otra parte, las hogueras de libros. También decapitan, queman, ahogan y desmontan —los campesinos rebelados de Alemania especialmente.

Lutero, atacado por sus ultras, da media vuelta hacia la derecha y les lanza a quemarropa su folleto *Contra las bandas asesinas y saqueadoras de campesinos*. Thomas Münzer y sus bribones milenaristas sucumbieron a la guerra alemana de los panfletos con las armas en la mano. Es apenas entonces cuando los reformistas se angustian. Los medios revolucionarios asumieron sus hojas volantes y sus prédicas al pie de la letra, les tomaron la palabra, y crece la puja demagógica. Sin querer abrieron las esclusas de la ira. Los ingenuos, después de Gutenberg, reencontraron el saber. Ya no se les puede ocultar que el Juicio Final es anunciado por las Escrituras para mañana por la mañana. Y que Jesús era duro con los ricos y los tibios. Lutero se bate en retirada (más vale menos pero mejor) y publica su *Sincera admonición a todos los cristianos a fin de que se cuiden de todo motín y toda rebelión* (1521). Es demasiado tarde. El monje impresor lanzado contra la derecha papista es rodeado por su izquierda. El erudito se convierte en agitador y un jefe de escuela más bien moderado se transforma rápidamente en un jefe de guerra a su pesar. Al conferir al pensamiento "una potencia incomparable de penetración", la prensa manual, de clavijas, y que será pronto la accionada a vapor, no producía ya doctrinas sino epilepsias. Abrió la era de las campañas de prensa y de las cacerías humanas. Ésa donde se saca la pluma como el señor su espada y el campesino su mayal.

Las transiciones mediológicas semejan *matriushkas*. Las generaciones se desencajan con veinte o treinta años de separación y los jóvenes no tardan en burlarse de los viejos (frente a las nuevas tecnologías, las actitudes culturales se producen en función de la fecha de nacimiento). La primera generación de la imprenta no tiene los reflejos de la segunda. "Erasmo puso huevos —se decía en Roma— y Lutero los hizo abrirse." Pero Erasmo niega a Lutero; y Guillaume Budé a Calvino. Los padres desheredan a los hijos; los hijos denuncian a los

padres (*Du bist nicht fromm!*). Les reprochan pescar con caña en el Rubicón, no salir de su gabinete, no difundir su ciencia. Alrededor de este punto crucial se separan reformadores y humanistas. Calvino vela por que su *Institución de la religión cristiana* (1536), escrito en latín, salga en francés (1560). El cuidado que dedican a responder al desafío de la vulgarización distingue a los soldados de Dios de los blandos o "nicodemitas" (Nicodemo hacía a Jesús visitas nocturnas). Púlpitos portátiles, pilas desmontables, biblias enrolladas. Los evangelistas perseguidos recuperaron las astucias judías de lo *micro* para pasar entre las mallas. Es un combate a menudo sacrificial. Un pozo de ciencia como Erasmo rehúsa la militancia. Prefiere el griego al habla popular y su biblioteca a la calle. Contrariamente al doctor en teología, centrado en el curso y en el sermón, el nuevo sabio se entrega con exclusividad a sus trabajos de pluma, que no bastan a los organizadores comunitarios. Éstos deben subir al púlpito, como otros a un tonel frente a la puerta de las fábricas. Añaden a la pasión de comprender la de convencer. Un galeote de la escritura como Calvino (250 mil palabras al año desde 1550) nunca olvida predicar para los simples, aun dando lecciones orales de exégesis para los doctos. La edición no es para él más que un trampolín, y corresponde a la Palabra altruista, habitada por el Espíritu, indicar a la comunidad la buena letra.

"Cuando el Creador hizo al ave —escribe Bachelard—, hizo al ave de rapiña y al ruiseñor. Cuando el hombre hizo aviadores, hizo soldados y mensajeros." Cuando hizo el automóvil, hizo carros de asalto y ambulancias. Y cuando hizo



Lucas Cranach, *La predicación de Martín Lutero* o *Martín Lutero señalando al crucificado a la comunidad*, parte inferior del retablo de la Iglesia de Santa María, en Wittenberg.

la imprenta, hizo bibliotecas y matanzas. Sabios e ideólogos —a menudo en el mismo individuo. La imprenta hace que la razón se vuelva cosmopolita con la República de las Letras y ancla un poco en todas partes las pasiones nacionales. Extiende el culto de la personalidad (a los actores y a los artistas, nuestros futuros grandes hombres) y abre al conocimiento de la naturaleza (botánica, astronomía, física). Lutero murió todavía asombrado de lo que él mismo había desencadenado. Su doctrina se había visto, en el espacio de una generación, duplicada por su método. Cuando Jean Huss sermoneaba a un millar de fieles en su capilla no agitaba a Bohemia. Cuando "el doctor en Sagradas Escrituras" se deja imponer por sus alumnos de Wittenberg la traducción y la impresión de sus 95 tesis, las palabras impresas hacen que se levanten adeptos dispuestos a pelear por ellas en todo el país. Eventualmente contra el maestro Martin. La "batalla espiritual" se convirtió pronto en batalla de hombres donde se mataba y se moría por el bien. "No puedo conocer a Dios por mi razón", dice el protestante. Él escapa a mi inteligencia. Ciertamente, pero cuestionar un versículo en voz alta delante de iletrados obliga a hacer uso de la mollera, y nada incita más a la tolerancia y a la autonomía mental que una edición trilingüe de la Biblia (hebreo, latín y griego), como la Biblia Políglota de Amberes, editada por Plantin. Basta hacer seguir la lectura mística (alegórica y simbólica) de la Biblia por una lectura más histórica y literaria para que Moisés o Mateo se lean y se analicen como a Cicerón y a Platón. Esta deriva prolonga la reflexividad ya inherente a la escritura. Traducir, anotar, editar, es verificar, y confrontar; es separar lo probado de lo dudoso. Preparar la copia, componer, es descomponer, separar letras, palabras y columnas. Es hacer funcionar el espíritu crítico directamente desde la propia fe. Las ciencias bíblicas vienen de ahí. Y más tarde, en los siglos XVII y XVIII, vendrá la crítica textual a cielo abierto. Nacimiento de la edición científica en el corazón mismo de la creencia. Un Dios impreso portador de ciencia… Pero también de odios iconoclastas, de crucifijos rotos, de libros quemados, de familias ensangrentadas, de San Bartolomé, y de Miguel Servet en la hoguera —barbarie redoblada. Con nuestras lenguas de Esopo sucesivas —la imprenta, lo audiovisual, internet—, resulta siempre difícil encontrar la regla y la medida.

Cuando Dios prefiere el negro

"Perro tragalibros", lanza el padre Sorel a Julien en *El rojo y el negro*, de Stendhal. La vieja desconfianza del católico hacia los "malditos libros" se lee todavía en las estadísticas: los créditos de la lectura pública y de las bibliotecas universitarias y escolares han logrado un cierto avance en el norte en comparación con el sur de Europa. Como el *paperback* sobre nuestro libro de bolsillo. Europa del norte es alfabetizada más temprano, en los siglos XVII y XVIII. Pero este avance se pagó con cierta penitencia entre los devotos tan apegados al "arte negro" (como el grabado) que se convertirán por algún tiempo en "cromoclastas". Vestidos de negro, viendo todo negro y conduciendo vehículos negros (Ford, industrial puritano: "Se me puede encargar un auto de cualquier color, a condición de que sea negro.") El mundo protestante —pensemos en Bergman, en Grozs, en Klee— sobresale en el blanco y negro, el régimen de las Biblias sin ilustraciones. Con esto mostraba en ellas una cierta predilección por lo desolador: la pintura abstracta, el cuello levantado, la papa y la carne cocida, sin especias. La Contrarreforma meridional quiso proteger a Dios de su propia Letra, juzgada peligrosa (Roma puso en el Index las Biblias en lengua vernácula), pero en compensación nos dio derecho a los colores, a las escotaduras, a las volutas rococó, a los carnavales y a las danzas del Estado-espectáculo, el verdadero, el de Luis XIV; pero también, con mayor utilidad, a las pastas, a las levaduras y a las viejas cubas. Línea Verbo en el frío (todavía hoy se consumen entre los luteranos más diarios y libros que entre los antiguos papistas); línea Púlpito en caliente. No hay que sorprenderse de que a las regiones higiénicas (con buenas salas de baño) y el clima ingrato (invierno prolongado) les repugne lo enmohecido —olvidando

Persona, de Ingmar Bergman, 1966. Fotograma, col. Raymond Bellour.

que la penicilina misma es un moho.[5] La Reforma no ayudó ni a las artes de la mesa ni a las del color al prohibir recoger champiñones silvestres por ser demasiado faloides. ¿Hace falta acaso recordar que la corrupción, atinadamente llamada el "laboratorio de la vida" por Karl Marx, nos ha valido, además de los sobornos y los abusos de bienes sociales, quesos más suculentos y espíritus más sutiles que los de los Impecables? La corrupción nunca espantó, en dosis moderadas, a los sibaritas de "presencia real" que son los católicos. Aquellos a los que las palabras no bastan y que saborean la carne y la sangre del Señor bajo la lengua. Repartición inversa de las debilidades y de las fortalezas. Destete del ojo en el norte; retardo sobre la exégesis en el sur. Al norte de los Alpes, privados de vitrales y de sol, es fácil abstraerse de sortilegios para leer a gusto en casa. En el sur, con excepción del Languedoc camisard, se deambula por la plaza echando el ojo a las muchachas, y antes de ir al burdel se va a la iglesia, a inhalar los incensarios entre frescos tornasolados y estatuas policromas. Las diferentes maneras de nuestros antepasados de adorar a un Dios en el que ya casi no creemos siguen gobernando nuestros modales en la mesa y nuestras formas de ver y de amar.

La historia del Eterno en Occidente tiene algo de pendular que puede volverse aciago. Cuando Él se hace plenamente legible olvida lo visible en tan buen camino. El "queso *y* postre" parece prohibido a nuestro consumo divino. Cuando se pregona el Verbo se refrena la imagen y viceversa. Nuestro Dios único pasa de uno a la otra y de ésta al anterior como un hombre sufriente en la noche da vueltas una y otra vez en su lecho sin poder encontrar la buena postura. El hebreo rompe los ídolos y, en esa huella, se pone a idolatrar el escrito. Magnetizado por imágenes de un realismo alucinante, el cristiano medieval realiza la contramarcha: encierra al verbo con doble llave y se entrega a lo espectacular. El puritano rehace el movimiento en sentido inverso, reactivando una querella a las imágenes duplicadas que sacude a toda Europa. Erasmo, prudentemente, desacreditaba en forma pública los lujos inútiles y censuraba en privado los mármoles demasiado blancos y costosos de la cartuja de Pavía. La imagen desvía

[5] Como nos lo recuerda Jean Clair en su malicioso libro *De l'invention de la péniciline et de l'action painting*, L'Échoppe, 1990.

de la vida interior, decía, insulta a los pobres y a la simplicidad evangélica. Sea. Pero la segunda generación de la imprenta une el gesto a la palabra. Lo que no era sino fútil se le vuelve odioso. Se la agarra a golpes de pico contra los tímpanos de la iglesias, desgarra las telas pintadas, derriba estatuas (50 en Lyon durante una sola jornada, sobre el atrio de la catedral). "Donde el hugonote manda, arruina todas las estatuas." Un cronista de Flandes, Van Mander, al hacer en 1604 la lista de los retablos destruidos, señala que la *Crucifixión* de Santiago de Brujas se salvó porque, estando pintarrajeada de negro, los hugonotes habían inscrito encima, en letras de oro, el Decálogo. La imagen negra y profanada, la letra en oro encima: alegoría perfecta. Las imágenes de santos son remplazadas, con Teodoro de Bèze y sus "verdaderos retratos", por las de los reformados ilustres. Inmaterial y edificante, sólo el canto coral es un placer lícito en tanto que igualitario, sin pobres ni ricos, y que toma como base la Escritura. Pues no olvidemos que la iconoclasia no se la emprende sólo contra las imágenes sagradas sino también contra los poderosos y pudientes que las pagan y gozan, donadores y coleccionistas. La destrucción de imágenes, casi en todas partes, tiene algo de la Jacquerie o de la Comuna. Es la revolución del pobre.

Contrariamente a Calvino, el Hermano Martín, amigo íntimo de Cranach, su compadre de Wittenberg, considera legítima la reproducción de las cosas profanas pero no la de las sagradas. Critica el abuso, no el uso, y sus propios panfletos están ilustrados. Durero sirvió a su causa, igual que Holbein y Hans-Baldung Grien. Sólo pide que no se ponga "la imagen en el lugar de Dios". Con una letra ágil como una liebre, la muleta figurativa no es ya indispensable; los accesorios de devoción dejan de imponerse donde se sabe leer. Las antiguas concesiones de Gregorio el Grande al iletrismo dominante (admitir la imagen como Biblia de los analfabetos) eran el mal menor para un periodo de escritos escasos, que la imprenta vuelve sin objeto. Puesto que lo esencial podía en adelante aprenderse en la escuela o en familia. Sin el bastoncillo de acero prolongado por una matriz en cobre perforada, esta iconoclasia tardía habría sido regresiva y suicida. ¿Se habrían detenido los peregrinajes, con Vírgenes engalanadas a la cabeza, si cada fiel no hubiera tenido la posibilidad de llevar la Biblia bajo el brazo, o de escuchar su lectura a domicilio por alguien autorizado?

La familia, vehículo y santuario

Un fenómeno de repetición: cada nuevo modo de circulación del documento-productor-de-fe suscita en los fieles una nueva manera de producir comunidad. Del mismo modo que lo numérico o digital promete la pequeña pantalla como mini-altar, el impreso entronizó en su origen a la *familia vehicular* como mini-iglesia, custodia y nexo del depósito. Con los libros de devoción y las bellas recopilaciones de los Salmos de David, melodías aún cantadas en la actualidad, la Biblia protege a la familia protestante que protege a la Biblia. Es el ángel tutelar, papel algodón, de fierros dorados y bien visible, leído cada anochecer por el padre a su mujer y a los hijos. Y transmitido de padre a hijo. La menos precaria de las salvaguardas. A falta de institución protectora, la transmisión busca un lugar fortificado, el más protegido posible de las galeras y de las potencias. El núcleo familiar será el canal de la identidad reactivada. El Espíritu Santo se fusiona con el espíritu de familia, unión sellada por el *ex-libris*. El Eterno reingresa en la intimidad, que domestica su humor salvaje. Y así como la Biblia no es buena más que si un pastor instalado o, en su defecto, un predicador guían su lectura, la desacralización del papa no vale más que si el hogar es consagrado, báscula obliga. Cambio de cuerpo mediador. El paterfamilias como parapeto contrarresta las tendencias al "cada uno para sí y Dios para todos". Lo que su parroquia es al católico, la familia lo es al calvinista: universidad, puerto de amarre y coraza. Y fortaleza o catacumba cuando el templo es prohibido. La moral protestante podría casi resumirse así: "Leer está bien; no leer está mal. Pero lean más bien en la sala que en la cama, sentados y no acostados, y bien acompañados." La disciplina familiar, sobre todo para el hugonote y el valdense acosados por los dragones del Rey y el obispo de la diócesis, concentra en sí la libertad y la autoridad. Nada que ver con "trabajo, familia, patria". Esta cubierta de seguridad es más bien una profilaxis anticonsenso que tiene la ventaja de no hacer ruido afuera, allí donde los papistas controlan la calle con sus procesiones y sus sacramentos. No es el extinguidor sino la autodefensa.[6]

[6] Es el papel anticonformista asumido en Francia ("la familia contra los poderes") por la Unión Nacional de Asociaciones Familiares (UNAF), animada con gran talento y combatividad por P.-P. Kaltenbach.

Henri Valkenberg, *Domingo en la tarde en tierras adentro*, lectura de la Biblia en una familia protestante, 1883.

¿El lugar de culto no es acaso, en su discreta banalidad, una casa de familia más grande, cuyo lugar de celebración sería la habitación principal (con un armonio en el rincón, como el piano en un salón burgués), una mesa de comedor para la Santa Cena (en casa también se dicen las bendiciones y las oraciones de gracias), vidrieras monocolores en ventanales, y bancos rústicos para escuchar pausadamente al tío pastor? La prédica es coloquial, bonachona. El diálogo del sermón y de los salmos es una conversación de antes de la cena, ampliada. "Hermanos y hermanas…", comienza el pastor, con su toga negra, o ahora en mangas de camisa. No hay colores litúrgicos, ni mosaicos, ni pinturas murales, ni vitrales para distraer del tiempo interior de la palabra, del tiempo escatológico de la redención. Para el protestante (como para el judío, pero en clave más separatista), la primacía está en el sentido interior. En la historia, no en la geografía. En lo que se escucha y se dice, no en lo que se ve. Los hebreos del cristianismo (el alzacuello blanco de la indumentaria pastoral tiene la forma de las Tablas de la Ley) prefieren ellos también la memoria de lo invisible

a lo visual del instante. Desvistieron su templo para mejor desposar, reencontrar el tiempo de la Promesa. A la institución, que se ostenta y propone sus órganos y sus pompas al primero que llega (con sus relicarios, vitrales y su Pietá), oponen la resonancia interior de un momento de comunión, la gracia discreta de un coral, de un círculo, de un pequeño órgano. Simplicidad de los anuncios, del pedazo de pan, de las copas que circulan. Nada hay de sorprendente en que la misa se vea en la televisión y el culto en la radio. Ventajas de la KTO sobre la Télé-Réforme. La radio, medio evangélico, protege la intimidad. Impone menos y deja a los receptores más libres en sus interpretaciones y movimientos, con tiempo para dudar, para madurar. Porque "la verdad sin la búsqueda de la verdad no es más que la mitad de la verdad", dice un excelente adagio de los reformados. Medio menos estresante, más intimista, que reverbera mejor porque resplandece menos, el micrófono de los calvinistas favorece a los Gide y los tablados de los católicos a los Claudel. En el estudio de grabación, las autenticidades críticas; en los platós, las óperas del dogma.

God bless America

Guiado por los nuevos mapas y atlas impresos, el Eterno prolonga después de la Reforma su caminata del Levante al poniente (también su soporte, el papel, siguió el movimiento del sol, de China hacia Europa). Con "el arte negro", Él se propulsa hasta el otro lado del Atlántico, un salto de cinco mil kilómetros. Hélo aquí en el cenit de su curso justo en el momento de la revolución industrial en que en el Viejo Mundo la fe comienza a declinar (los relojes divinos están bien regulados). El recubrimiento de cromo y níquel no puede hacer olvidar que América del Norte debe su fabuloso destino al encuentro entre Dios y el plomo. Nueva Inglaterra es el retoño legítimo del biblismo en caracteres romanos, tal como Nueva España lo es de la Biblia en latín y en letras góticas. Nada muestra mejor el contraste entre dos estados de Dios casi contiguos, el de los escribas y el de los impresores, que la fosa mental que separa, desde el origen, a Iberoamérica de Angloamérica. Las regiones de lo *real maravilloso* y las de lo *real enmendado*. Nueva Inglaterra, donde todo se hace según la Ley, toma su juridicidad de un Legislador formalista, cuidadosamente ali-

gerado y liberado de las censuras romanas. Nueva España, donde manda el sermón, donde el discurso hechiza, proviene de un Dios oral y clerical, sometido al Index, que controla puertos y fronteras, y por consiguiente la metrópoli proscribe la impresión de las obras no devotas. Esto genera aún, cuatro siglos más tarde, dos sueños para un mismo lecho.

Aunque tiene la edad de los incunables, Colón, el veterano, es un hombre de la Edad Media a quien la Biblia dio la audacia para embarcarse hacia ninguna parte. Pero es una Biblia de copista y no de impresor, sin erratas, no todavía expurgada de su ganga de apócrifos, digresiones y leyendas dudosas, como ese famoso sacerdote Juan, cuyas huellas quería encontrar a toda costa el judío marrano de Génova en las lindes de las Indias. Por ese sacerdote Juan, rey de un reino nestoriano supuestamente intacto y vagamente etiope, se devanaba los sesos la cristiandad medieval. Nunca existió. Es un error de traducción (en lengua gheez, *Zan* significa *Rey*, y no Juan). Un error fecundo, una habladuría alentadora. Hay en los sueños y en el diario de Colón todo un lado Marco Polo

Mapa del Nuevo Mundo, atlas de Abraham Ortelius, *Theatrum orbis terrarum*, Amsterdam, 1570.

fallido: Cypango, liberación del Santo Sepulcro y alianza lateral con el Gran Khan que da a las Indias occidentales su aroma de magia, escapado de las viejas novelas de caballería. "Ese olor mezcla de sangre y de rosa" propio de la Edad Media muriente. Los descubridores portugueses y españoles se guiaron por los oráculos de Joachim de Flore y las profecías de Isaías para ir a recuperar por el oeste el Arca de Sión y preparar las vías para el retorno del Señor aquí abajo. Erasmo y los filólogos no habían pasado todavía por allí. Y el Libro del que esas ratas de biblioteca aventureras se pretendían las cabezas investigadoras, el botón de fuego* es todavía el grimorio sin rima ni razón de los sorbónicos rabelaisianos, de los almanaques y de las farragosas confusiones.

Muy distinto es el Dios del nuevo régimen, revisado y corregido, cuyas instrucciones, línea por línea, los escrupulosos lectores de la Inglaterra isabelina, los maniacos del Antiguo Testamento expulsados por los Estuardo, han querido seguir haciéndose a la mar para "rechazar y negar toda relación con la impiedad y la maldad" y para *reencontrar* la Tierra Prometida descrita en Dt 8, 7: "Pues Yahvé tu Dios te conduce a una tierra buena, tierra de torrentes, de fuentes y hontanares que manan en los valles y en las montañas, tierra de trigo y de cebada, de viñas, higueras y granados, tierra de olivares, de aceite y de miel, tierra donde el pan que comas no te será racionado y donde no carecerás de nada [...] y bendecirás a Yahvé tu Dios en esta tierra buena que te ha dado." ¿Qué obra habrá sido finalmente más energética y vitaminada que la Biblia, cuyos arcaísmos han llevado la modernidad a las pilas bautismales?

Frontispicio, Londres, 1620.

La locura de los descubrimientos geográficos procedía de un juego de reminiscencias librescas, y las *terra incognita* fueron desde los

* Cauterio que se da con hierro al rojo para sellar una herida.

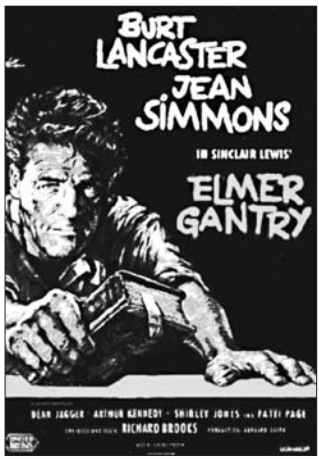
primeros pasos de los cristianos sobre la arena, como dan fe sus cartas y diarios, lugares saturados de memoria. El escenario divino, al expandirse en el imaginario letrado, había dado a la Europa de los libreros el deseo de adecuar sus actos a las palabras. De ahí el impulso de *La Niña* y el *Mayflower*. La más literal de las lecturas posibles, la rigorista, proyectó así sobre el Atlántico norte a tradicionalistas exactos, para quienes nada estaba autorizado si no tenía su fundamento en tal o cual versículo. En busca de redención porque estaban más instruidos que el promedio de los *yeomen*, los pequeños propietarios ingleses se limitaban a lo estrictamente necesario (tres fiestas religiosas al año, y dos sacramentos: el bautismo y la eucaristía). Nuevos Viejos, y pasando por encima de los siglos hacia los tiempos olvidados del desierto, los puritanos que desembarcaron en Plymouth saben todos leer y escribir, y sus descendientes, en el siglo XVIII, tendrían un índice de alfabetismo todavía dos veces más elevado que los ingleses del terruño. Las raíces obligan (un año después de la independencia el Congreso estadunidense vota la importación de 25 mil biblias). Pero para celebrar estos forzudos, eclesiásticos sin sotana, se vestían con hábitos negros. La gran migración hacia la tierra "designada por la Providencia para ser el teatro donde el hombre debe alcanzar su verdadera estatura" debe sumarse a los activos de Abraham, de Isaac y de Jacob. Pues el Antiguo Testamento, más que el Nuevo, dio a los anglófonos expatriados el bosquejo de la pieza por representar: no separarse de una Inglaterra de cuerdas y hogueras sino volver a cruzar el Mar Rojo. Afrontad el *wilderness*, como vuestros antepasados el Sinaí. Caed de rodillas al tocar el cabo Cod. Y cuando arribéis a Connecticut, parapetaos en Canaán y agradeced al Cielo la primera cosecha.

Huir de Egipto o de Europa era abandonar la historia y sus ardides para reencontrar un tiempo inmóvil y seguro, virginal y virginiano, sustraído a la corrupción de las cosas y de las gentes. Entre la égloga y el Paraíso. "¡Todos, todos son libres! Aquí reinan Dios y la naturaleza. / La mano del hombre no ha manchado su obra", escribe el poeta de la nueva nación, Philip Freneau, en 1795. Los pensadores de la independencia, Franklin, Thomas Paine, Jefferson (convencido, este último, de los poderes democráticos de la imprenta, que salvaguarda las leyes del olvido y las pone bajo los ojos de todos), abrazan como una evidencia la visión del nuevo pueblo elegido que puso al Mar Rojo entre él y el Mal. Entre el viejo y el nuevo tiempo. Los EUA soñaron con un fin de la his-

El gran sello de Estados Unidos.

toria al comenzar la suya —el n*ovus ordo seclorum* inscrito en el Gran Sello. Creyeron, con Dios, exorcizar el antiguo, que los volvió a alcanzar después. La tierra elegida por la Providencia para la Nueva Jerusalén sería como la primera de ese nombre: edénica, inocente y virgen, donde los indios son tan superfluos y están tan desplazados como los jebusitas de la Jerusalén anterior a David. Una tierra que no debe nada a nadie y sobre la que nadie tendría ningún poder. No restaba sino extenderla empujando la frontera hacia el Pacífico, siempre sobre el mismo impulso mítico-metafórico, transmutado en "la fiebre del oro" por la diligencia y el tren a vapor. Las pequeñas teocracias de exiliados de la costa este estaban mentalmente predispuestas para esta dilatación espacial, tanto que no se ha terminado nunca con el Mal que merodea en los alrededores, tras las huellas del salvaje de las llanuras (al que un piadoso genocidio vendrá pronto a acabar). Pastores y roturadores reproducían en su cabeza al Estado del desierto, cuya frontera es por esencia provisoria y extensible, a merced de las intervenciones divinas. Washington: "Cada paso que hizo avanzar a Estados Unidos por la vía de la independencia nacional parece llevar la marca de la intervención providencial." ¿La *Shining City upon a Hill* no está acaso en deuda con Sión en lo alto de la duna? Así, lo que se urdió sobre el Éufrates culmina en el Potomac, vía Wittenberg, Amsterdam y Londres. La elección profética reactivada como *Manifest Destiny*. El Libro de Daniel y el Apocalipsis de san Juan han tenido, con Estados Unidos de América, su último retoño, que devuelve los colores del fuego a la espera del Milenio. Y no sólo con los mormones (Church of Jesus Christ of Latter-Day Saints), los adventistas del séptimo día y los testigos de Jehová, sino como estimulante nacional, en la Oficina Oval, donde el milenarismo ha tenido sus ingresos oficiales. La última batalla entre las fuerzas de Satán y las de Cristo, justo antes del Juicio Final, no sólo genera en Hollywood grandes superproducciones con efectos especiales. El fantasma del Armagedón, convertido en realidad en un Manhattan en llamas, es también capaz de movilizar energías. La letra bíblica había tenido buenos efectos en el siglo XVIII sobre las libertades cívicas. Tuvo

efectos menos buenos en el siglo XIX, cuando el milenarismo justificó y mantuvo la esclavitud en el sur, en nombre de una vieja tradición de interpretación literal de la Biblia. La *Biblia Belt*, el cinturón sudista, intemporal e idílico, donde los amos velaban como buenos padres de familia por el bienestar de los hijos de Cham, sus esclavos negros…[7]



Cartel de la película *Elmer Gantry*, de Richard Brooks, 1960.

La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, proclamada por la Revolución francesa en 1789, se situaba "en presencia y bajo los auspicios del Ser Supremo". Esta entidad autorizante (y no otorgante, porque quien da puede quitar) es muy trascendente en el plano de la historia, pero es una deidad almidonada, una mezcla muy poco bíblica de Naturaleza y de Minerva. En contraposición, el Deuteronomio inspiró directamente la Declaración de Estados Unidos de América de 1776, que hace endosar los derechos fundamentales de los ciudadanos a su Creador —*endowed by their Creator*—, quien otorga soberanamente el regalo de sus libertades a su progenitura (*"liberties are the gift of God"*, decía Jefferson). La diosa Razón del francés se remonta a Cicerón, pasando por Rousseau y los colegios jesuitas. El Dios-Providencia de los estadunidenses viene de un Moisés esclarecido por los fuegos del campamento y democratizado por la reproducibilidad técnica. Estas huellas no se borran por una decisión episódica de la Corte Suprema, que comienza sus sesiones con la fórmula: *God save the United States and this Honorable Court*. Sacerdotes itinerantes del oeste —Burt Lancaster como Elmer Gantry. Desayunos y jornadas nacionales de plegaria. Juramento del presidente sobre la Biblia, al asumir sus funciones, en presencia de un rabino, de un pastor y de un obispo ("Que Dios me preste ayuda"). *Thanksgiving* en familia, con el pavo y el maíz. Cacería de brujas. *Revivals* periódicos. Billy Graham y los televangelistas. *Negro spirituals*. Reuniones religiosas al aire

[7] Véase Nathalie Hind, "Sudisme et millénarisme aux États-Unis au XIXe siècle", *Anglophonia. French Journal of English Studies*, 3, 1998, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1998.

libre. Mayoría moral. El pastor Luther King. Las oraciones presidenciales por las víctimas. Quien no tiene a Habacuc sobre su mesa de noche no puede comprender nada en el país de la *high tech*, el único de Occidente donde el monoteísmo se encuentra en el puesto de comando. *Go west, old God*.

Y es Dios mismo quien prohíbe que haya una religión de Estado. Él está presente en la Constitución de todos los estados de la Unión, salvo uno. Y su escudo de armas es el Gran Sello del Estado Federal. *Annuit cœptis*: "Dios favoreció los comienzos." La pirámide inacabada se eleva hacia el cielo para reunirse con el ojo de la divina providencia. Al situar a la "Nación con alma de Iglesia", de entrada y sin el intermediario romano, bajo la protección del Eterno, fue posible, según las palabras de Jefferson, elevar un muro de separación entre la Iglesia y el Estado. Conjugando creencia y disidencia, espíritu de religión y espíritu de libertad (a Tocqueville esto no le gustaba, y con razón). Sería sacrílego reconocer un culto en particular y querer interferir con las 220 denominaciones religiosas que se reparten hoy el país (donde 94 por ciento de los habitantes declaran creer en Dios y 63 por ciento se dicen afiliados a una iglesia). La institución política —tal era el credo de Calvino— es demasiado humana y frágil para que se le reconozca el derecho de fijar *una* verdad cualquiera, privilegio reservado al Omnisciente. Pero el muro levantado por la primera enmienda de la Constitución no está destinado, como ocurre en una República a la francesa, a proteger al Estado de las injerencias de las iglesias, sino a la inversa. Por eso el legislador de Washington está allí para permitir a Aquel que está en las Alturas irradiar sus gracias sobre toda la Tierra, hasta la consumación de los tiempos. En esta *Holyland* materialista y mística, futurista y arcaica (lo uno en virtud de lo otro), teocracia patriótica atemperada por la democracia política (donde "secularización", como se habrá comprendido, no es "laicidad"), el Dios de los bautistas *born again* no se mezcla, sino muy por el contrario, con el *business*. Tanto para la nación como para el *self-made man* el éxito económico constituye el signo visible de la elec-

Ronald Reagan prestando juramento sobre la Biblia durante su investidura en 1984.

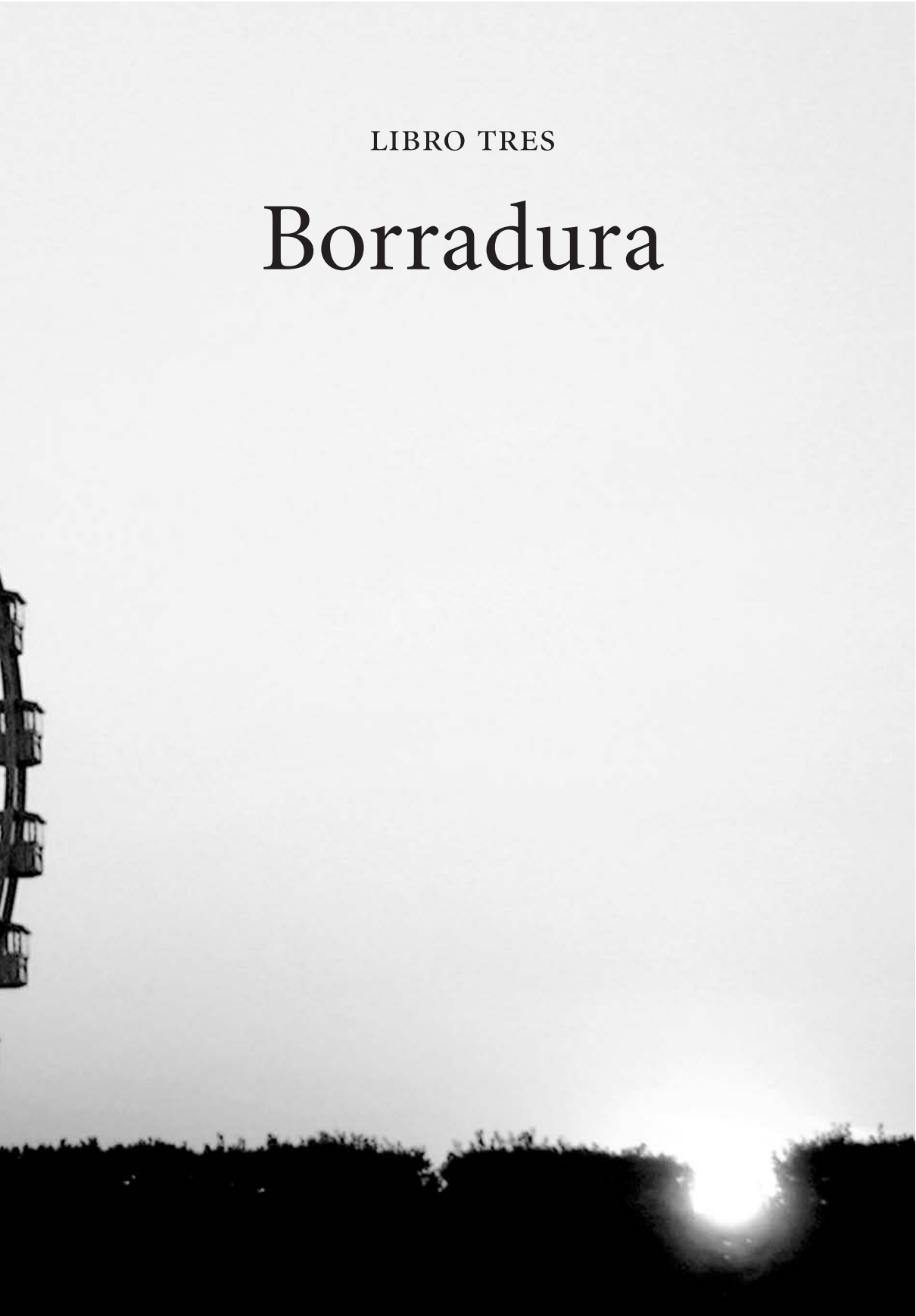
ción. La desterritorialización (o la libre disposición de sí mismo) suscitada por la inmensidad de los espacios y mantenida por las pick-up, los moteles y los drive-in, encuentra su contrapunto natural en el apego del recién llegado a tal o cual parroquia. Y para el grueso de la población anexada mediante la imagen-sonido, la *church* sirve como último refugio de la cosa escrita, si es preciso cantada y danzada (como en las universidades dedicadas a la cultura clásica, en el caso de las élites).

Moisés al norte, la *Virgen* al sur del río Bravo: el Arca de Noé resiste bien. Mientras que el Viejo Mundo se aparta, el Único ejerce oportunamente en el Nuevo sus talentos de unificador, sobre todo en tiempos de guerra y de catástrofes. El gran agujero unificador es sin duda más necesario allí donde las tensiones centrífugas son las más poderosas y donde los riesgos del *leadership* mundial son los más grandes. Para bien o para mal, para el vigor y el Imperio, la generosidad y la brutalidad, la valentía y la arrogancia, el dinamismo y el simplismo, Estados Unidos desde su nacimiento cerró un pacto con el Altísimo que lo expone a venturas y desventuras ejemplares. Pese a la reducción de las convicciones a opinión y del fervor a aborregamiento, parece muy decidido a no cortar el cordón umbilical. La Europa reexportadora no podía prever, en tiempos de su centralidad, lo que le costaría el pasaje de relevo: el desplazamiento del eje del mundo. Sobre el asunto *God and Co*. es inútil discutir, y ella se cuida muy bien de hacerlo: el *cow-boy* es *leader*. ¿En el nombre de qué podría, si no, detentar el *dominium mundi*, dictar el derecho en las antípodas, burlarlo si es necesario y unificar en los peligros al Occidente cristiano bajo su báculo? Estados Unidos ya no es el santuario impoluto que soñó ser en otros tiempos, pero el hecho de ser, por nacimiento, divisa y convicción íntima, el confidente de la Providencia, lo pone en la posición de hacerle frente a todo. God y Alá se responden. En una guerra santa, moralmente, sus armas son casi iguales. Otros métodos y el mismo postulado: el Bien contra el Mal.

Propaganda de la Iglesia de Cristo en Nueva York durante la década de 1950. Fotografía tomada del libro de John Craven, *Los americanos*.

LIBRO TRES

Borradura



CAPÍTULO X

Cristo parricida

Los muertos exclamaron: "¡Oh Cristo!
¿No hay Dios?"
Él respondió: "No lo hay."
Todas las sombras se pusieron a temblar
con violencia.

JEAN-PAUL RICHTER, 1796

La roca Tarpeya está cerca del Capitolio. El Padre se "vació" tan bien en su Hijo, tan dramáticamente comprometido en la historia de los pecadores que finalmente perdió su supremacía en la Santísima Trinidad y ante nuestros propios ojos. Preferimos en adelante creernos hermanos en Jesús que hijos de Dios. Con el Cristo capital a la cabeza de sus iglesias, el Occidente cristiano concentró sus favores en el Mediador único de la salvación. El reciente desmoronamiento de la figura y hasta de la función paternal puso en entredicho incluso la posición de Abraham, "el padre de todos los creyentes". La retirada del Ancestro, depuesto por el Hijo, refleja en el orden sobrenatural un mecanismo que nosotros, por otra parte, conocemos bien: la soberanía del mediador, que avasalla todo lo que mediatiza. Por lo cual puede decirse que la Nueva Alianza ha mantenido su promesa: el plan de Dios Nuestro Señor ha sido bien "acabado". Pero en los dos sentidos de la palabra.

Pudor del Único, delicadeza del Padre. Es conocida la discreción del Misericordioso. Nada que ver con el Zeus tonante. No desembarca con gran estruendo. Avanza a paso de lobo en el Jardín del Edén, a tal punto que Adán y Eva apenas distinguen su presencia. Un estremecimiento, un movimiento de hojas a lo lejos. Los olímpicos frecuentaban a titanes y colosos, pero el Creador del cielo y de la tierra prefiere lo tenue. Una zarza ardiente para señalar su presencia no es un incendio en el bosque ni un tornado. Hay que tener buen ojo, verdaderamente. Un zumbido, casi nada. Es tan discreto Yahvé, que roza la distracción. Se lo debe alertar a grandes gritos de lo que pasa en su Reino. "¡Tiende, Yahvé, tu oído y escucha; abre, Yahvé, tus ojos y mira! ¡Oye las palabras con que Senaquerib ha enviado a insultar al Dios vivo!" (2R 19, 16). Es el Diablo quien es exhibicionista. Y megalómano. Lucifer tiene cuerpo, espesor. Trabaja de lanzallamas y no con el rayo. Maneja la maquinaria. Le gusta espantar a su pequeño mundo. El Otro se queda en lo sutil y en un no sé qué. No se tira nunca a fondo ni presume; él "pasa", como en el póquer. Cuando el profeta Elías es convocado por Yahvé, en lo alto de la montaña, va a esperarlo en el viento y no lo encuentra; en el temblor de tierra tampoco; ni en el fuego. Llega finalmente, pero en "el rumor de una brisa ligera". Esta ligereza

El Cristo entre la iglesia y la sinagoga, Biblia de Lambeth, 1140. Lambeth Library, Londres.

es una marca de respeto. Dios no busca imponerse. Nos deja libres de elegirlo. A nosotros nos corresponde verlo y escucharlo.

Esta moderación proverbial no explica lo que se ha convertido con el correr de los tiempos en un liso y llano ausentismo (y creerlo innato evita interrogarse sobre lo que tiene de inquietante). Pese a su moral de la evasión, el Eterno es el contemporáneo fundamental de los hebreos. Omnipotente y omnipresente. Es Jesús, el de los cristianos. El Todopoderoso, bajo su influencia, se deslizó de la cortesía al renunciamiento. Las iglesias de hoy huyen de lo *teologal* (lo que concierne a Dios) por la *moral* (lo que concierne al hombre). A hurtadillas, por supuesto, pero miremos las cosas de frente. Dios hace muchísimo tiempo que fue retirado por sus turiferarios del servicio activo y lanzado a la reserva. Donde lo acogieron, quién sabe, los dioses holgazanes y burlones del Olimpo, que instalados en el primer balcón miraban riendo a los hombrecitos devorarse entre ellos.

¿Relevo o despojo?

Más bien una sorda pero inexorable *deposición*.

Remontémonos a la escena primitiva: el Gólgota.

El Padre muere en el Hijo

"Hijo, Hijo mío, ¿por qué me vas a abandonar…?" De esta devolución al remitente, en el "*Ely Ely lama sabacthani*", desgarrador eco de los Salmos, se abstuvo el Infinitamente Sabio. ¿Se cubrió los ojos para no añadir el sarcasmo a la desesperación? Fariseo cien por ciento aunque de Galilea, provincia excéntrica, y quizá un poco demasiado doctor milagro a los ojos del Templo, leal hasta el sacrificio, el supliciado no merecía personalmente la ignominiosa sospecha. ¿Acaso no afirmó: "El Padre es más grande que yo"? ¿No resistió a Satán en el desierto, cuando lo instó a renegar de su filiación? ¿No respondió con su vida a la generosidad amorosa de Dios para con la humanidad, sin la cual Él no nos habría creado ni delegado lo que tenía de más querido? ¿No enseñó el *Pater Noster* a sus discípulos? ¿E incluso sustituyó —audacia sin precedente— con el Padre Espiritual al padre carnal de cada cual? Un maestro del pensamiento no es responsable de las revisiones póstumas de que pueda ser

víctima. Nos hemos valido de Jesús, que no se valía sino de Dios y rehusaba incluso el estatus de maestro, no postulándose sino como hermano mayor. Él habría acusado de blasfemo a quien lo hubiese tachado de "cristiano". Es cristiano quien rinde gracia al Cristo antes de hacerlo al principio divino. Por lo demás, fue de sus adversarios, en Antioquía, de quienes sus herederos presuntos recibieron el nombre sardónico de *christianoi*, mote de escarnio como lo será "hugonote" e incluso "marxista". ¿Qué habría dicho el pacifista de nuestros soldados de Cristo Rey, él, que no aceptó sino la corona de espinas? Este modelo de humildad filial no está para nada en las carambolas teológicas provocadas por la detención de sus sectarios sobre la "imagen del Padre".

Giuseppe Sanmartino, *Cristo cubierto*, Capilla de San Severo, Nápoles, 1753.

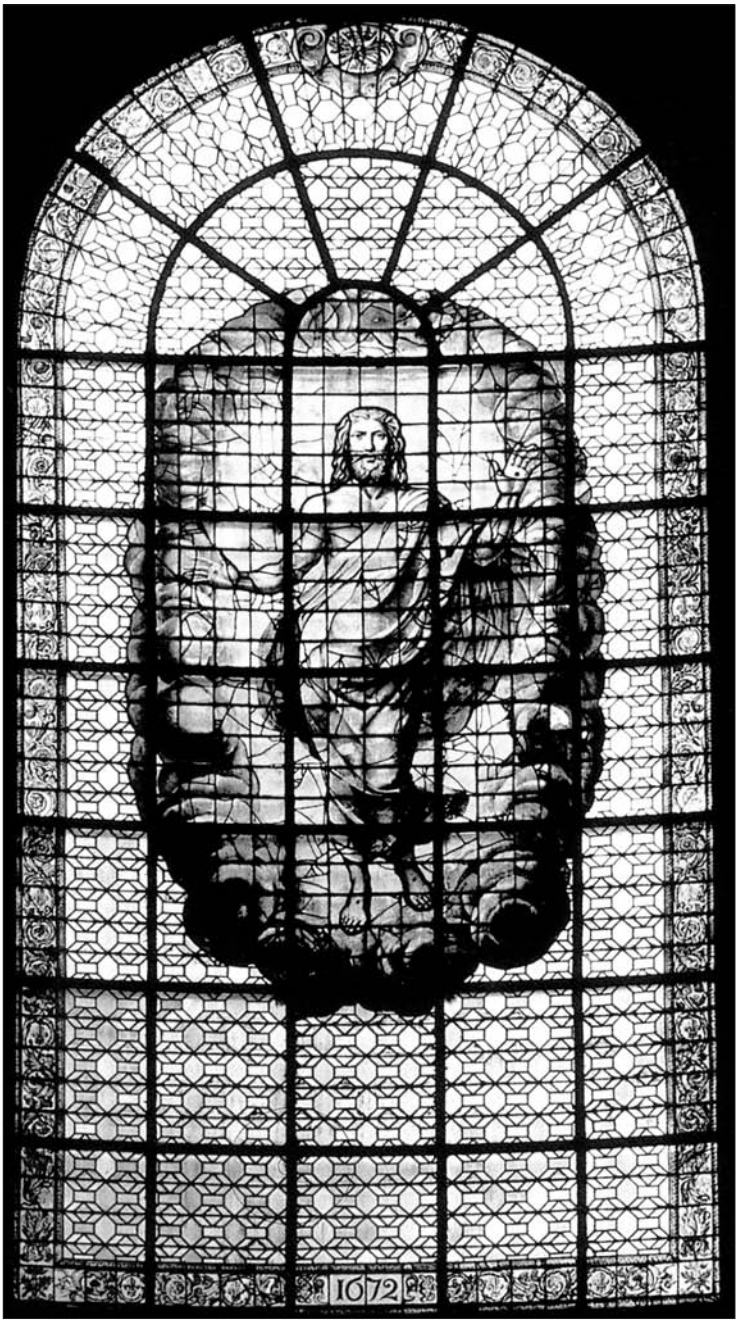
La Pasión fascina a Occidente. Hasta el punto de olvidar, a fuerza de fijar los ojos sobre el demacrado, que como la Divina Trinidad es indivisible es Dios mismo el que sudó sangre y luego murió en el Crucificado. Se "rebajó" en el Hijo a fin de elevarnos a Él; se vació en Él por una transferencia de sustancia bautizada "kenosis", de la palabra griega *kenos*, vacío. Resultado inaudito: Dios murió. Durante tres días, Él no estuvo. El nacimiento del Cristo fue la *primera muerte* de Dios. Reapareció el domingo de Pascua. Pero para nosotros el único Resucitado es Jesucristo. Y es con el Salvador (luego elevado a Padre) con quien nos sentimos endeudados a muerte. No sin ingratitud por el verdadero iniciador del salvamento. ¿Qué cristiano sin embargo osará decirse deísta? ¿Y qué ateo, entre nosotros, no es cristiano sin quererlo? ¿Tendríamos derecho a consumir alcohol si Jesús no hubiera tenido la buena idea de transformar el agua en vino? ¿Habría cines de barrio si Verónica no hubiera enjugado el Santo Rostro? ¿Podríamos gozar de tan largos fines de semana? Salimos a tostarnos, masticamos nuestro pavo, esquiamos, trajinamos y bostezamos al ritmo de los días fastos y nefastos del Nazareno. Navidad, la Pascua y Pentecostés, la Asunción, el Día

de Todos los Santos. Nuestros paisajes y nuestra agenda continúan haciéndonos entrar, queramos o no, en la "sociedad de Jesús". La teología de Pablo era teocéntrica, pero las prácticas que le siguieron han sido más bien cristomaniacas. Y al deslizarse en el cuerpo visible de su Hijo el Invisible se *despolarizó*. Ya no atrae la luz mental. Ni el afecto. ¿Qué otro lugar que el de honor puede dar una religión del amor íntimo y sensorial a un Ausente sin sabor, a un Incorpóreo sin rostro, cuando la Encarnación me da a contemplar su *alter ego* y a *degustar* las Santas Especias?

Entremos en París a un supuesto "templo de Dios". Al azar. Saint-Sulpice. Un sermón de Bossuet en un sillar. El credo del Gran Siglo hace las veces de gran nave. ¿Qué forma, qué volumen, van a hablarnos del Padre? Todo aquí asciende y converge hacia el Hijo. Consultemos el folleto parroquial. Lo descriptivo del edificio habla por sí solo.

Sólo para Jesús, no para su propia gloria,
los constructores de esta iglesia quisieron hacerla noble y bella.
Todo aquí converge hacia Cristo.
En el pórtico, es a él a quien la Fe contemplaba antes de la revolución.
En la Capilla de la Virgen, María presenta a Jesús a la humanidad.
El gran crucifijo del altar recuerda su muerte en su cruz.
Su resurrección y su ascensión al cielo
son el tema del vitral que domina el coro.
Después de su partida, como había prometido,
Jesús se queda con nosotros por su amor incansable,
que ilustra la imagen del Sagrado Corazón sobre el vitral de la derecha,
y mediante su eucaristía, glorificada en la custodia del vitral de la izquierda,
evocada también, en diferentes lugares, por la leyenda conmovedora
del pelícano alimentando a sus pequeños con su carne y su sangre.

Jesús está presente por su palabra,
contenida en los libros sagrados a los cuales se reservaron
lugares de honor en el coro.
La imagen bíblica del cordero inmolado, posada sobre el libro
de la Revelación, cuyos sellos sólo él es digno de romper,
remite al Cristo, al igual que la escena de las bodas de Caná,



La resurrección, vitral central del coro, iglesia de Saint-Sulpice, París.

al altar de la Virgen, cuando María, segura de que atenderá su plegaria,
dice a los criados: "Haced lo que os diga."
Sólo por Jesús puede esta inmensa
construcción de piedra hablar al corazón.
Canta a su manera, solemnemente:
"¡Cristo vino, Cristo nació, Cristo sufrió, Cristo murió, Cristo resucitó, Cristo vive,
Cristo volverá, Cristo está aquí!"

Elocuente. La coral del pueblo de Dios transformada en coro de los pequeños hermanos y hermanas de Jesús. Del Padre adorado al Padre arrinconado, y ni siquiera nombrado… "¡Quien tiene a Jesús, tiene todo!", prevenía ya en el siglo XVII uno de los primeros curas de esta parroquia, el padre Olier. Sobrentendido: prescindir del Gran Otro. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Al término de una procesión multisecular iniciada por los primeros concilios. La degradación se anunciaba con todo candor en el primer logotipo del Movimiento, grabado sobre la piedra, cincelado sobre los sarcófagos, pintado sobre los muros, moldeado sobre las lámparas de aceite: el crisma, enarbolado como insignia por Constantino. En los brazos de la X (ji) superpuestos a la P (rho), las dos primeras letras de Cristo, se encuentran el alfa y el omega. Signo de que el Cristo está en el comienzo y en el final de todo (la primera y última etapa de la vida).

Tres cabezas para un solo Dios

Hubo en primer lugar una nueva aritmética de lo divino. El hebreo tenía su todo en Uno. Pronto el Uno no contó más que por un tercio. Humorada, porque el dogma trinitario no habla de sustraer sino de desplegar y completar. Quizá, pero sólo tres siglos después del Gólgota, nuestro antiguo Único estalló en tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Dice Tertuliano (el inventor de la "*Vera religio romanaque*"): "Dios es único y sin embargo Él no está solo." Se ha visto obligado a hacerle lugar a dos semejantes, de la misma sustancia que él (el Hijo es *consustancial* al Padre). No entremos en el laberinto de los "símbolos" conciliares sucesivos, el maravilloso trabajo conceptual de las procesiones, de la Única naturaleza en tres Personas, y de "la

comunicación de los *idiomas*" (lo que es propio de una naturaleza, divina o humana). De esto salió en el siglo VI este rompecabezas intelectual: un Dios trino en su unidad. Y en el siglo XI se produce la ruptura con el Oriente ortodoxo, para el cual el Espíritu sólo procede del Padre, y no del Hijo también, como para nosotros los latinos. La Trinidad, en su logomaquia, semeja un regalo envenenado de la lengua griega al Occidente que ya no la habla. Su léxico y su sintaxis rigen aquí más que en otra parte. El Imperio romano tenía el inmenso mérito de ser bilingüe (contrariamente a su homólogo contemporáneo, donde únicamente el inglés es *lingua franca*) y es grato pensar que nuestro Dios debe su extraño pluralismo interior a la pluralidad de las lenguas en el Imperio (del cual el griego, recordémoslo, era la *koiné*, mucho antes de la transferencia a Constantinopla).

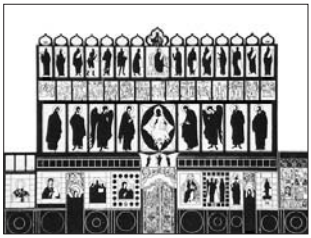
Así, con el advenimiento del Hijo proclamado en el concilio de Nicea I (325) "de la misma naturaleza que el Padre" (*ek tes ousias tou patros*), consustancial, coeterno, engendrado y no creado, el Eterno es puesto a régimen. En el nivel de lo temporal. El Hijo se ha convertido en *el igual del Padre*. ¡No hay siquiera ya diferencia de generación entre ellos! ¡En lugar de la subordinación natural, una coordinación sobrenatural! Y por consiguiente, en la pileta lustral, el bautizado no es ya sumergido una sino tres veces. Se hace el signo de la cruz "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". Los antepasados rumiaron con todo rigor la *sustancia* una, hasta la embriaguez lógica de Spinoza. Los descendientes (sobre todo de tradición griega y ortodoxa, que es la más antigua y la más fiel a las fuentes) meditan sobre *personas*, jugando al infinito (si se me permite la palabra) sobre lo que puede distinguirlos y relacionarlos. La teología de las apropiaciones después del concilio de Constantinopla (381) distinguirá con sutileza entre

La Trinidad, anónimo flamenco, pintura, hacia 1500. Galería Shickman, Nueva York.

el Padre *creador*, el Hijo *redentor* y el Espíritu Santo *santificador*. Cada Persona tiene por lo tanto de qué ocuparse. Y nosotros tenemos necesidad, para nuestra salvación, de la tríada completa, en tricéfala plenitud. A este dogma con migraña, y un poco sacado de la cancha por la línea de banda, nosotros continuamos hoy rindiéndole homenaje con nuestros planes divididos en tres partes, nuestras tesis-antítesis-síntesis y nuestras jergas formularias. Pero incluso en los tiempos fuertes de la cristiandad era un asunto de clérigos, como Jacques Le Goff lo subrayó refiriéndose a la Edad Media: "El tema trinitario parece sobre todo haber ejercido su atracción sobre los medios teológicos eruditos y no haber tenido más que una repercusión limitada sobre las masas."[1] Pese al icono de los tres ángeles que visitan a Abraham, la Trinidad es visualmente poco equilibrada. A la Primera y la Tercera Personas la doctrina les da una mejor acogida que el culto y el imaginario. Si el Padre tiene preeminencia en las fórmulas sacramentales, así como ocupaba antes lo alto del retablo y de los frescos, la Persona del Crucificado es para nosotros definitivo. De los tres rostros del Dios trifocal no queda ya más que uno ilustrado, en la romanidad al menos, puesto que el Oriente ortodoxo, más fiel al Espíritu, respeta mejor las reglas del protocolo, como lo muestra a todos los fieles la rígida jerarquía visual de los iconostasios.

Catapultado hacia lo honorífico por la promoción de su Hijo, el Padre sufrió en Occidente el procedimiento conocido como *kick upstairs* (se deshace uno de alguien enviándolo a lo alto, nombrándolo presidente honorario o profesor emérito). La intriga de la Redención lo desconecta de los asuntos en curso. Una *economía histórica de la salvación* hace lógicamente que pase al primer plano de la atención la incertidumbre aquí abajo acerca de las repercusiones, mientras la benevolencia del Altísimo se tiene por adquirida. De golpe, el gran misterio de la Sabiduría se olvida como un *voucher* en un hotel. Al intervenir el primer Autor del linaje *a través* del segundo, rostro visible de lo invisible, los candidatos a la salvación se mostrarán asiduos con la Imagen que se puede tocar, solicitar y conmover, y no con el primer principio. Tanto más cuanto que hay un lazo directo entre la Virgen y el Hijo, así como con la Iglesia, su esposa

[1] Jacques Le Goff, *La civilisation de l'Occident médiéval*, París, 1982, p. 128.



Iconostasio. [Biombo con puertas, que en las iglesias griegas está colocado delante del altar y oculta al sacerdote durante la consagración. T.]

—que pasa por encima del Padre. Para Éste, por consiguiente, "la genuflexión oblicua del devoto ansioso". Para el Hijo, el reconocimiento sentido y el deseo de igualar al modelo. En eso mismo consiste la ruptura. La Ley venía del Padre; la Gracia viene del Cristo. ¿El dogma nuevo no proclama acaso la superioridad en eficiencia de la Gracia sobre la Ley? Dios era la forma del cuadro monoteísta y se convierte en su fondo. Los spots y los nombres en el cartel cambian. De esta intervención, el arte y los ojos de Occidente habrían de extraer grandes placeres, quedando Bizancio firme sobre Su actitud de reserva, fiel a las abstractas meditaciones del Inmóvil. Nuestro Renacimiento pictórico festejó esta caída de lo Absoluto en lo relativo (¿qué hay más pagano que los púlpitos efervescentes y animados de la Capilla Sixtina?).

Somos nosotros quienes ponemos en el débito del Padre su *diminutio capitis*. ¿Pero no lo quiso Él? Él tomó la iniciativa, juzgándonos caídos muy abajo, de ponerse a nuestro nivel para elevar el nivel general. *Glissando* de amor y achicamiento de sí. Por grados sucesivos. Las liturgias del primer milenio respetaban aún la decisión del concilio de Hipona: "Cuando se está de pie en el altar, la plegaria debe ser dirigida a Dios Padre." El cristocentrismo no despuntó hasta después (bajo la influencia de los francos, en particular), con un creciente acento en la divinidad del *Dominus*.

Jesús, la rebelión

El humanismo moderno concluyó el cambio de categoría invirtiendo los términos, de lo teológico a lo "teándrico". La "única persona con dos naturalezas" vio a su naturaleza humana absorber a la otra como un secante. Hasta el punto de que el proyecto civilizatorio se preguntó lógicamente, transcurrido un plazo prudencial, si no era posible permutarlas haciendo de la humanidad una divinidad en devenir. Tal fue la idea de Auguste Comte: una comunión de

santos profana. Y fue más que una idea en el movimiento llamado de los Buscadores de Dios, a fines del siglo XIX, constituido en torno al filósofo ortodoxo Vladimir Soloviev, retomado por Berdiaiev, Bulgakov y los teósofos. Divinización de lo humano que repercutió en Rusia inmediatamente después de la revolución de 1905, con los Constructores de Dios, Gorki y Lunacharski. Su *Pater Noster* estipulaba: "Proletariado nuestro que estás en la tierra, santificado sea tu nombre, hágase tu voluntad, venga a nos tu poder." Y llegó, el poder, con el comunismo eclesiástico y la forma secular de teocracia que representó la logocracia roja. El Partido Iglesia. La Parusía en la punta del fusil o en el fondo de las urnas. Stalin ex seminarista. El pastor Humbert-Droz (fundador del partido comunista suizo). Garaudy, presidente de los Estudiantes Cristianos. El Padre Celestial, por querer encarnarse demasiado, terminó como padrecito de los pueblos, dios viviente, y el paraíso de los trabajadores, en contrautopía. Es decir, el Verbo hecho Carne quedó preso de su propia trampa.

La Revolución como antesala del Reino de Justicia había ya perjudicado la causa del Creador y jugado en favor de Jesús el Justo. Los hombres de 1793, entre nosotros los franceses, quisieron cortarse del Padre cortando la cabeza del Monarca por derecho divino, que lo encarnaba sobre la Tierra, pero muchos lo hacían en nombre del "*sans-culotte* Jesús". Era algo así como una revancha del Sacrificado contra el Sacrificador. El romanticismo literario y político, a todo lo largo del siglo XIX, aceleró la desavenencia en la familia. Dios es el Poder; Jesús, el Insurgente. Dios es venganza, arrogancia e indiferencia: Padre de derecha. Jesús es amor, fraternidad y sufrimiento: Hijo de izquierda. Joseph de Maistre contra George Sand, teocracia contra democracia. Viejos creyentes contra jóvenes creyentes. *Talon rouge* [cortesano] contra

Lenin en 1918, película de Mijail Romm (1939).

La República universal, democrática y social: *El pacto*, litografía de Sorrieu, 1848. Museo Carnavalet.

bonnet rouge [guerrillero]. Una verdadera lucha de generaciones y de clases. La Ley, lejana y dura, contra la viuda y el huérfano.

La democratización jugó en favor de Jesús porque éste, contrariamente a Dios, goza de un doble estatus. Es asimilado al Padre, y nosotros debemos ser sus muy obedientes seguidores. Pero es también el hermano mayor, que se definió a sí mismo como "el primogénito entre muchos hermanos" (Rm 8, 29). Sufrió, como nosotros, la persecución. Y continúa "en agonía hasta el fin del mundo". Todo humillado puede identificarse con él, ya sea obrero desocupado, poeta maldito, Jean Valjean o el conde de Montecristo. El socialismo, que fue primeramente cristiano antes de ser marxista, se vale de Jesús. La revolución de 1848, que puso la fraternidad en la cumbre, se coloca bajo su égida; y él inspira directamente la República universal, democrática y social, a la que bendice en las litografías de la época escoltado por sus ángeles. El Hijo tiene una apertura de compás que el papá no tiene: inmensa ventaja política. Él puede estar a la vez, y por turnos, repicar y andar en la procesión, en la orquesta y en el paraíso. "Mi pensador preferido", dice el presidente Bush. Pero también el de los zapatistas. De los dos lados de la barrera. Con Martin Luther King y con su asesino. Sabe siempre sacar fuerza de una debilidad. Como en el primer siglo, la fluctuación de las identidades del Mesías le permite devenir a la vez el Maestro de la Ley para los rabinos, el Maestro de sabiduría para los gnósticos, el Señor del mundo para los romanos, su ambivalencia Padre/Hijo lo convierte, en el siglo XX, en el portaestandarte del campesino sin tierra como del latifundista brasileño. La prenda de lance de los huérfanos en busca de mitos de identificación.

Dime con quién andas y te diré quién eres. Pero Hijo y Padre, pasada la Revolución jacobina, no son ya del mismo mundo. Los monarcas tienen su *Te Deum* y los teólogos sus disputas: círculo cerrado, más bien latoso. Jesús es el amigo

del pueblo y del brillante —poetas, novelistas e historiadores. Gran público. Victor Hugo es la excepción, ya que no olvida el misterio del origen, pero es tanto filósofo como poeta. En una palabra, el deísmo en el mundo cristiano se ha convertido en una posición filosófica; y Jesús en una figura literaria, modulable mediante poemas, folletines, novelas, canciones, comedias musicales. Lo sagrado del escritor será el del "único anarquista exitoso". No son ya Bossuet o Malebranche quienes dan el tono; es Alejandro Dumas. El árbitro de las elegancias ha cambiado; el Eterno no está ya de moda. No nos asombremos de que un poeta, en el *Songe de Jean-Paul*, haya sido el primero en publicar el aviso del deceso, poniéndolo en boca, formidable intuición, de Jesús mismo:

> La iglesia quedó pronto desierta: pero de golpe, ¡espectáculo horrendo!, los niños muertos, que se habían despertado a su vez en el cementerio, acudieron y se prosternaron ante la figura majestuosa que estaba sobre el altar y dijeron: "Jesús, ¿no tenemos padre?" Y él respondió en medio de un torrente de lágrimas: "Somos todos huérfanos; ni ustedes ni yo tenemos padre." Ante estas palabras el templo y los niños sucumbieron y el edificio entero del mundo se desplomó frente a mí en su inmensidad.[2]

Ojos que no ven corazón que no siente

El aura del Supremo se ha difuminado tanto que el último periodo, el siglo XX, fue más retiniano que los precedentes. La Sagrada Familia es "fotosensible", mientras que el Patriarca desalienta a pinceles y películas. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo deben ser conjuntamente adorados y glorificados (desde Constantinopla, 381) pero no pueden ser visualizados por partes iguales. El diferencial óptico en el seno de la Trinidad se acentuó desde la Edad Media latina. En el texto, con la estampa y la xilografía, o en la iglesia, con los frescos y los vitrales. Hasta la Reforma, el contraste de las imposiciones no cesó de aumentar entre lo que se daba a creer y lo que se ofrecía a la vista —el Buen Pastor, la Virgen, los Apóstoles y los Santos. Se percibía de muy lejos, en el tímpano de las catedrales, al Padre con el Hijo en su regazo (a menos que ése se tratara de

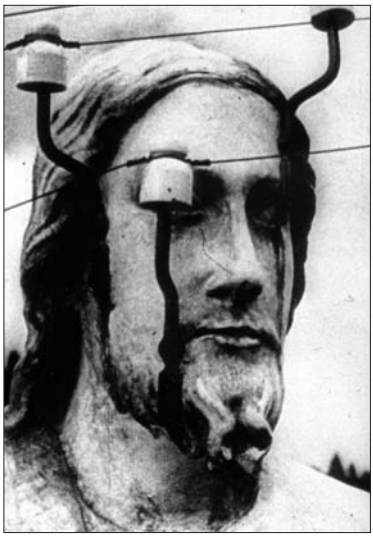
[2] Jean-Paul Richter, 1796. Citado por Madame de Staël en *De l'Allemagne* (1810).

Abraham). Pero la cabeza del linaje, en principio focal, era visualmente difusa. Avanzando hacia nosotros en medio de una escolta cada vez más feérica y con encuadernaciones de canto dorado, el Ancestro, inmóvil, reculaba poco a poco en la penumbra.

El padre y el hijo, detalle de un tímpano.

En las efemérides del Patriarca habría que subrayar con negro dos años: 787, Nicea II, derrota de los iconoclastas. Excelente, ¿pero para quién? Para el Hijo, modelo inmediato y corporal de nuestra imitación. Para la Virgen, la *theotokos*, "Madre del divino Jesús". Para los santos y mártires. Para el Punto de Origen el beneficio fue magro: la prohibición mosaica continúa pesando y las escasas representaciones en colores de Dios son la excepción que confirma la regla de las iconografías lícitas. Segundo *annus miserabilis*: 1839, la entronización académica por un hombre de ciencia, Arago, de la huella fotoquímica. Dos mil años de imágenes pintadas por la mano del hombre desembocan en la imagen automática. El estremecimiento nuevo pasó del icono como plegaria de la mano, inspirada por el Espíritu, al calco de las cosas vistas. Este naturalismo pagano, denunciado como tal por Baudelaire, relegó a lo estético la representación religiosa, que se convierte en pintura de género (y no ya el dominio donde las cosas ocurren). La nueva fe perceptiva desinviste al icono de piedad. Y para su desgracia se pueden pintar ángeles pero no fotografiarlos. Con el nacimiento de la imagen registrada, es un buen milenio de confianza el que se desmoronaba sin el menor aviso. La imagen fabricada a mano es una prolongación de la creencia en las palabras. Da la ilusión de la realidad, sin darse por la realidad misma. La imagen directamente tomada de las cosas por el objetivo debe ser *creíble*, es decir, tener un garante en la realidad sensible. En un caso, uno permanece en el espacio simbólico e inverificable del signo. En el otro, cae en el espacio práctico, y verificable, de la información.

Y eso no era todo. Con el teatro filmado, y después el cine, nuevo desequilibrio en el trío conciliar. El Padre es el más perjudicado porque es el menos escénico. El Espíritu Santo es aún menos escenificable, siempre con la misma fisonomía (una vez vista la lengua de fuego se ha visto todo). Del Pesebre a la Cruz, en cambio, cada figura del pequeño Jesús tiene su lugar en el repertorio. Su escena y su indumentaria en el Misterio medieval ante el pórtico. El magisterio rechazó al teatro pero no al cine, enseguida adoptado. Las filmografías comparadas del Padre y del Hijo dicen suficientemente que la partida no es pareja. El Segundo prevalece con mucho porque nos hace la gracia de tener un rostro, una vida, una muerte, mientras el Primero es por construcción estático, inengendrado y sin comienzo. El primer celuloide de ficción fabricado en Francia llevó la Pasión a la pantalla, y varios cientos más sobre el Nuevo Testamento salieron durante un siglo. Del Antiguo, en cambio, se cuentan con los dedos de una mano, aunque tienen un mayor presupuesto y son en cinemascope (Cecil B. de Mille y John Huston). Esos peplums completamente superficiales (salvo *Ben Hur*) nos hacen sonreír, mientras que las cintas sobre el Hijo nos ponen *en* lo vivo del tema: *Ordet* de Dreyer, *El Evangelio según San Mateo* de Pasolini, *El Mesías* de Rossellini, *Salve María* de Godard, *La última tentación de Cristo* de Scorsese. "Estoy con vosotros para siempre —dijo Jesús—, hasta el fin del mundo." En los rosetones, sobre los cimacios, al fresco, al óleo, en el cine, e incluso en los *flashes*. En todos los tiempos y en todos los medios, añadiremos, el devoto debió estremecerse. Como con el último de los reportajes fotográficos sobre el Hijo de Dios, último rebote con "tendencia" del concilio de Nicea, intitulado INRI. ¿Ilustraciones escandalosas en revistas de homosexuales? Sacerdotes y fieles protestaron. Olvidando sin duda que no se salvaguarda sino violentando, y que el sacrilegio a la Buñuel es el último homenaje del pro-



Cela s'apelle l'aurore, película de Luis Buñuel, 1955.

Fotogramas de la cadena KTO (Catholic Television).

fano a lo sagrado. Consérvame, viólame. Sin duda el arte sagrado, cuando está destinado a lo cultural y a lo sacramental, se considera, muy legítimamente, que debe respetar las observancias del magisterio y las expectativas de los fieles (aunque Matisse y cierto crucifijo de Germaine Richier, en plena casa de Dios, pudieron parecer casi sacrílegos a algunos mojigatos). Pero un arte sagrado, mientras permanezca vivo, seguirá siendo una rapsodia de ultrajes y escándalos. Y lo que una mirada inmóvil toma en materia figurativa por una ortodoxia o un canon de Academia —digamos, para nosotros, Rafael o Fra Angélico— no es en última instancia sino una detención sobre la imagen sociológica. Fija sobre la retina colectiva un estado transitorio, abusivamente eternizado, de una serie sin fin de nuevos usos más o menos heréticos, y que suscitó en su tiempo que muchos gritaran como descosidos. ¿Qué continuidad hay entre nuestros Jesuses sucesivos, el moreno bigotudo con ojos de Pierrot lunar de los monasterios de Egipto durante el siglo VI, el sarmentoso erizado de dolor del retablo de Grünewald, el efebo andrógino y rollizo del Caravaggio, o el afeminado envuelto en túnicas de los prerrafaelitas? Las Vírgenes manieristas y perturbadoras del Renacimiento no eran tampoco muy fáciles de asimilar para un ojo educado en el gótico. La fe viaja y la mirada también. "Si el grano no muere" no hay resurgimiento. No es fácil, cuando Dios es dado por muerto, arreglar resurrecciones. Es lo que continúa haciendo la Iglesia de Francia con valentía, al invitar a ateos —Matisse, Lurçat, Braque, y no sólo a Rouault y Manessier, creyentes— a intervenir en los lugares de culto. La unidad de lugar, y su genio, puede a veces remplazar a la unidad de doctrina. Como ocurre en la iglesia abacial de Sainte-Foy de Conques con los vitrales granulosos y cambiantes de Soulages.

Frente a las revoluciones de la mirada la teología católica estaba mejor preparada que sus colegas para hacer frente a la presidencia visual. La huella mecá-

nica (de la imagen y no del sonido) ponía a la transfiguración en vilo. Pero la televisión fue acogida con los brazos abiertos por la jerarquía (como lo había sido la imprenta). Lejos de considerarla una foto agravada, pareció al magisterio que el audio sublimaba y rescataba lo visual. Por más que la impronta fotoquímica hubiera alimentado, a fines del siglo XIX, algunos ensueños extravagantes sobre el Santo Sudario (la huella del Resucitado *flasheada* sobre un soporte de lino), la foto, por su mutismo y su brutalidad, lastimaba a lo sobrenatural. El medio catódico curó esa herida al reunir milagrosamente la palabra y la imagen. Al menos para la parte ya "corrupta" de la cristiandad porque, prevenida por la santificante fijeza del icono, para el hieratismo de los ortodoxos la imagen animada era un poco demasiado "movediza" y profana. La era de la reproducción mecanizada continúa inquietando al Oriente cristiano, y se comprende el porqué, ya que nadie puede ascender con una cámara fotográfica al monte Tabor* y descender satisfecho. La transfiguración, cara a las iglesias orientales, opera vía "el icono vibrante del amor", hecho por la mano de un hombre que ora trillando y que hace del Icono una prolongación de la Escritura. La pantalla pequeña fue por consiguiente muy *católica* por destino y desde un comienzo (la primera emisión televisada en Francia fue la Navidad de 1948). ¿La televisión privilegia al cuerpo? La Encarnación también. ¿Hace primeros planos de los rostros? El rostro humano es el espejo de Dios, su luz, su icono. ¿Es recibida en el hogar? Tanto mejor. Cada quien lee el diario en su rincón, pero la familia rodea a la pantalla chica en medio del salón. ¿La imagen de televisión sin el sonido no vale nada? Ésa es toda su superioridad sobre la foto. El cardenal Suhard en 1948:

> Se puede decir sin exagerar que este descubrimiento genial llega a su debido tiempo en el plan de salvación del mundo. ¡Desgraciados de nosotros si lo dejamos pasivamente en manos de los sembradores de discordia o de desaliento! ¡Qué alegría, por el contrario, si sabemos utilizarlo como una extensión providencial de la Iglesia y del Reino de Dios! […] ¡Los caminos de Dios son insondables! Vosotros todos que buscáis en secreto, desconocidos que no habéis jamás experimentado la luz, ella viene a vos mediante esta vía nueva y misteriosa por vez primera.

* Actualmente Gebel-el-Tuz, en Israel, donde tuvo lugar la Transfiguración de Cristo. [T.]

El mismo sonido de campanas pascuales del papa Pio XII en 1949: "Esperamos de la televisión consecuencias del mayor alcance para la revelación cada vez más resplandeciente de la verdad a las inteligencias leales." Esto es lo que llegó a hacer del *Día del Señor*, en Francia, nuestra más antigua emisión televisiva. Radiofónico, el protestante ve la imagen magnificada como palabra disminuida, una privación de verdad. Denuncia la idolatría técnica. "La imagen —escribe el reformado Jacques Ellul— pertenece al dominio de la realidad. No puede en absoluto transmitir algo que pertenece al orden de la verdad. No capta más que una apariencia, un comportamiento exterior."[3] Más abierta a la celebración de un Hijo audible y visualizable que de un Padre ordinariamente privado de epifanía, la teología espontáneamente audiovisual del catolicismo no vacila en celebrar la fusión Palabra/Imagen.

Insaciables mediadores

Más crucial para el ocaso del Padre que el incomparable potencial figurativo y dramático vinculado a su Hijo nos parece la lógica del Medio. Ésta no implica a Jesús como modelo moral sino al Cristo como figura teológica, Aquel que hace comunicar los incomunicables, lo Eterno y lo Temporal. *Dominus. Kyrios. Nuestro Señor*. La glorificación mediante las titulaciones, debidas a la traslación al Crucificado de los viejos títulos del Todopoderoso, no está en tela de juicio. Después de todo, estaba en "forma de Dios" antes de nacer, y "a semejanza del hombre" después. Lo que está en tela de juicio es el estatus ontológico del Eterno encarnado en el tiempo como "Mediador insuperable, universal y normativo" de la salvación. Aquel por quien no se puede no pasar para ir hacia Dios. *"Nadie va hacia el Padre sino por mí…"* ¿Por qué el tránsito obligado se ha convertido poco a poco en *intransitivo*? Habrá que remontarse a la primera caída póstuma, la subversión originaria. El homiliasta Jesús, que había proclamado la Palabra, se convierte, nimbado por la ausencia, en Aquel que debe ser proclamado. El "Escuchad, la Torah va a cumplirse", se re-

[3] Jacques Ellul, *La parole humiliée*, Seuil, 1981, p. 34.

elabora despúes del deceso así: "Yo soy el cumplimiento, el Mesías sufriente que esperabais, portador de los pecados de los hombres." Jesús no será ya un profeta más en un prolongado linaje (como lo ven los musulmanes, con cierta sensatez); será el Mesías cuya llegada habían preparado todos los profetas, *volens nolens*. El anunciador del Juicio Final deviene el Juez Supremo, el transmisor de la buena nueva del reino de Dios se transforma en el objeto mismo de la buena nueva.[4] Medio reciclado en mensaje. En detrimento del Padre, tan bien realizado en la obra del Hijo que, sin mayor inconveniente, es posible hacer que se deslice hasta la trampa.

Iván Karamazov: "¿Quién no desea la muerte de su padre?… ¿Quién?… Mentirosos. Todos los hombres quieren la muerte de su padre." Es la ley simple de la vida. Todo ser viviente quiere reproducir su gen y, una vez la fechoría consumada, su progenitura lo remite *ad patres* (cada uno a su turno). Cualquier hijo anuncia la muerte del padre, sea. Banal. Y aquí, insuficiente. El hijo del hombre se *entremetió*. Ahora bien, no se conoce mediación gratuita, que no recaude su diezmo al pasar. *There is nothing such as a free meal*. El dicho estadunidense incluye la comida eucarística. La Encarnación aproximó a Dios a los hombres (mujeres y niños incluidos). Muy bien. Pero al humanizarlo lo humilló, *volens nolens*. "El más hombre de todos los dioses" se vuelve el menos divino de los tres Dioses del Libro. ¿Jesucristo, "*mediador único* de la Salvación"? No nos engañemos. No confundamos con "facilitador". ¿"Mediador" no es acaso aquel que se entromete para facilitar un arreglo, un acuerdo, una negociación? Inmensa metida de pata. Los mediadores son criaturas invasoras. No por carácter sino por destino. Teológica o política, una gran causa con muy buenos relevos se verá pronto diluida.

Dios suplantado por sus mismos medios… Sólo los propios nos traicionan, y en este caso con lo mejor que tienen: la función auxiliadora de los intermediarios. El entredós era el punto fuerte de la fórmula cristiana. Lo hemos visto

[4] Maurice Sachot, *L'invention du Christ. Genèse d'une religion*, Odile Jacob, París, 1987, col. Le Champ Médiologique.

Nicolas Dipres, *El sueño de Jacob*, 1490. Museo del Pequeño Palacio, Aviñón.

con el ángel en el plano de los transportes. El ángel es de gran auxilio para el Absoluto, cuyo problema no es adornar sino franquear el espacio infinito que se extiende entre Él y los hombres. ¿Cómo encaminar el mensaje? ¿Reclutar relevos y *go-between*? Observemos que la *teletransportación*, o la capacidad de desplazarse físicamente utilizando la vía de las ondas (viajar por teléfono), resolvería ese problema práctico, pero es, al parecer, tan impracticable para Dios como para nosotros. De allí la dificultad que los adeptos del Crucificado han resuelto mediante el cartero militar dotado de alas para desplazarse rápidamente (el ala tiene el mérito de amoldarse al viento, el primer vehículo del Eterno bíblico). Éste no puede llevar su correspondencia en persona, sudar la camisa, tocar a las puertas. Una majestad no está jamás agitada; una augusta lentitud sienta a las eminencias (senadores, papas, presidentes y monarcas). Se va hacia el Señor; el Señor no viene hacia nosotros. Si no da el primer paso se necesita alguien para que realice sus encargos. Una interfaz, un *go-between*: para expulsar a Adán y Eva del Jardín del Edén, advertir a Agar que dará a luz a Ismael, a Abraham que tendrá un hijo de Sara, etcétera.

La Nueva Alianza se las ingenió así para multiplicar los pasadores de gracia o los elevadores de la salvación. Aquellos que hacen ascender (a los niños al Paraíso) y descender (las bendiciones y las lenguas de fuego). Para reforzar, en los dos sentidos, las escalas Cielo/Tierra, notoriamente insuficientes en la Antigua Alianza. Y es este lujo de *términos medios* lo que ha vuelto al cristianismo al mismo tiempo popular y operacional, superando el cara a cara estéril y paralizante de lo Alto y lo Bajo, del Bien y del Mal. Esta glacial separación de principios despojó de todo porvenir político a los gnósticos. Esos dualistas demasiado rígidos oponían un Dios bueno a una Creación mala sacrificando el senti-

miento al conocimiento y poniendo fuera del alcance de las personas comunes a un Ser Supremo pero desprovisto de empuñadura. En este esoterismo neoplatónico uno sólo se ocupa de ascender, de elevarse hacia lo divino, y nunca de volver a descender. Al realizarse las elevaciones por la cabeza no hay necesidad de lo maravilloso, del vitral, de ángeles ni de mujeres santas. Se supone que los Elegidos ganarán el cielo sin pies ni manos, sin sacerdotes ni sacramentos, sin escalera de Jacob. De modo que de este elitismo abstruso y desprovisto de ergonomía no salió ninguna "visión del mundo". A falta de Vírgenes madres, de santos y de *putti*, dragones con garras y angelotes rechonchos, la Gnosis no se "apoderó de las masas para convertirse en fuerza material". Exceso de *software* y carencia de interfaces.

El éxito cristiano, en cambio, debe mucho a una regla de funcionamiento de la que hizo un paradigma: ninguna eminencia es inaccesible pero ninguna es *directamente* accesible. No podemos acceder al Padre sino por el Hijo; y al Hijo sino por su esposa, la Iglesia; y a la Iglesia mística sino por tal o cual confesor, tal padre O.P. Gracias a estos puentes y pontífices superpuestos el más lastimoso de los fieles puede atravesar el pecado para llegar a la otra orilla. No hay separación que no vaya acompañada de una bisagra entre los niveles. La imagen no es el modelo, pero nosotros accedemos al modelo *por* la imagen. El Padre no es el Hijo, pero "quien me ha visto ha visto al Padre". Esta búsqueda de redención que no puede ser más complaciente "gira" mediante sus engranajes, sus rizos en la sien. El intercesor no es una rueda de repuesto, un coadyuvante para las almas débiles. No está allí para hacer que todo sea bonito; es un activador de inercia, pivote de un sistema de *triangulación espiritual*. La fe, como el deseo, se excita con un tercero mediador. *Imitando a Jesucristo* obedezco a Dios, imitando al santo obedezco a Jesús, imitando al prior me amoldo al santo, y así sucesivamente. El testamento en tercera persona del autor de los *Ejercicios espirituales*, Ignacio de Loyola, da cuenta maravillosamente de este triángulo clásico.

> Cuando leía la vida de Nuestro Señor y de los santos se ponía a pensar y a decirse: "¿Qué pasaría si yo hiciese lo que hizo san Francisco y lo que hizo santo Domingo?" Se ponía a imaginar una cantidad de cosas que le parecían buenas y representaba siempre cosas difíciles y penosas; y al imaginárselas le parecía encontrar en sí mismo la facilidad para ejecutarlas. Al cabo de todos sus razonamientos, sin embargo,

volvía siempre a decirse: "Santo Domingo hizo eso y yo también debo hacerlo; san Francisco hizo aquello y yo también lo haré."[5]

Leyendo la biografía de Ignacio me haré jesuita, tal como Madame Bovary se siente enamorada leyendo los folletines que aparecen en el diario, o el Quijote se hace caballero andante sumergiéndose en las novelas de caballería.

Cuidaos de subestimar al Señor Buenos Oficios, al encargado de las imágenes o del sonido. Por medio que sea, el término medio, el intermediario, tiene la vocación de comerse a los demás. El obispo debe poner atención a su vicario: el suplente suple. El intermediario es el destino, y el nuestro en particular. Así como el honor era el principio del feudalismo y la virtud el de la República, ¿el medio no está acaso en el principio de la "sociedad del acceso"? Sus verdaderos paladines, obsérvese, son nuestros *mediadores*. ¿Jesús superstar le roba el show al Creador de la pieza? ¡Normal! Por todas partes el segundo se convierte en el primero. El presentador de escena que se viste y se muestra como un modesto Señor Leal termina siendo la sensación de la prensa. El entrevistador de un círculo literario se convierte espontáneamente en la vedette, punto fijo exaltado por la rueda de invitados. El director teatral, simple nexo en otros tiempos entre los actores y el público, recibe en adelante el fervor antes reservado al dramaturgo. A su vez el actor, por quien el texto nos llega, es para nosotros su alma y su sustancia: el que le presta voz nos da la sensación de ponerlo en el mundo. Lo mismo ocurre con el intérprete demiurgo en la música llamada clásica ("Gould por Bach"). En el foro, el portavoz se sube a la presidencia. El adjunto del alcalde se roba la plaza. ¿Por qué sorprenderse de que, entre los católicos, el vicario vestido de blanco —en princi-

El papa Pío XII dando la bendición *urbi et orbi* a los peregrinos reunidos en la Plaza de San Pedro, en Roma, 1950.

[5] *Le Testament*, Arléa, 1991, p. 27.

pio encargado de "hacer de puente"— suplante en valor simbólico y capacidad de convocatoria a todos sus clérigos reunidos, negros, rojos y violetas? El pueblo de Dios, a los ojos de todos, es el Sumo Pontífice. Que cabe poner en paralelo con la repetición. "Declaraciones de *x* recogidas por *y*." Una semana despues: "Como justamente decía *y* hablando con *x*." Tres meses después (una vez aparecida la serie de entrevistas): "Si se sigue a *y* cuando nos dice que…" El siglo de los entrevistadores, de las interfaces y de las intercepciones nos ha revelado lo que hay de incierto, en el fondo, en toda signatura…

El fracaso de los padres

Autor: "Se dice por excelencia de la primera causa que es Dios", se lee en el artículo "Autor" del *Dictionnaire universel* de Furetière. El Creador del Universo y el autor de nuestros días gozaban en otro tiempo de la Autoridad máxima. Pero la calidad de Padre Eterno se ha convertido en una descalificación. Es incluso, con la crisis generalizada de lo genealógico, cuyo costo pagó en primer lugar el progenitor carnal, el sorprendente defecto de su coraza. ¿Cómo conservaría su estatus el Autor por excelencia si ya no vivimos en un régimen de autor? ¿Cómo permanecería el Padre en lo más alto si la función paternal hace agua por los cuatro costados?

La relación padre-hijo continúa dándose en teología como originaria y originante. Una sobrenaturaleza anclada en el patrón más estable, el de la naturaleza y las costumbres. El *pater* es el patrón, administra el patrimonio. El *genitor* procrea, insemina a la madre. Y el *parens* educa en la ley. Bajo sus tres acepciones fundamentales, el Padre gobernaba. Podía dar órdenes a Abraham, como este último, el padre de Israel, a los hijos de Israel. Era la Ley. Él tenía la primera y la última palabra. Fijaba lo prohibido. Sin haberlo llevado en su carne, se supone que el Padre reconoce al hijo en espíritu mediante un acto de palabra (principio espiritual, simbólico), mientras la madre se consagra a hacer su cuerpo (principio carnal imaginario). Una situación de oro, garantía sobre el gen. Ahora bien, además de que la experiencia humana de la paternidad no es una invariante histórica, recientemente, con las biotecnologías, el genitor biológico se ha transnaturalizado (y no desnaturalizado, puesto que no hay un

patrón por naturaleza). Legalizada, la reproducción artificial bajo la *X* del anonimato impide al padre reconocer al hijo. Y más allá de lo legal, el nuevo eugenismo o "progenismo" permite a la especie soñar con los placeres solitarios del duplicado: fecundación *in vitro*, embriones congelados, bebé de probeta, inseminación *post mortem*, nacimiento lateral sin padres, etc. Una ingeniería de lo viviente que pone en tela de juicio hasta la diferencia de los sexos y de las generaciones nos "desfilializa". Y vuelve a lo humano un poco "diabólico". Satán había sugerido a Eva que podíamos llegar a ser los iguales de Dios convirtiéndonos en la fuente de nuestra propia vida, en amos del bien y del mal. Es aproximadamente lo que nos espera mañana, cuando nos podamos transformar en la fuente y el río.

El día en que un creyente tome la decisión de fabricar, por clonación, a su doble genético a partir del núcleo de una célula extraída de su propio organismo, como la oveja Dolly, su reverencia hacia Dios Padre corre el riesgo de no sobrevivir. Al dejar de lado las prohibiciones, suspensivas pero provisorias, de la bioética, la ampliación de las posibilidades de la reproducción humana *relativizará*, por lo menos, la noción de absoluto que subtiende nuestro derecho y nuestra teología moral. Debemos honrar (el amor está de más, el Decálogo no habla de él) al papá que Dios nos dio (o al Dios que nuestro papá construyó sobre medida y a su imagen y semejanza). Sí, mientras nos sea necesario. Pero el *genitor* no es ya indispensable. ¿Un hombre que se desdobla a voluntad se verá incitado a "hincarse en presencia del Padre, de quien toda paternidad, así en el cielo como en la tierra, toma su nombre"? ¿El autogestionario de su posteridad tendrá aún temor y se estremecerá? La *procreática* para el hijo, así como la *creática* para la obra, hizo pasar a la Creación al registro de fabricación. ¿Cómo el Padre espiritual, aquel que se inicia en la vida según el espíritu, va a sobrevivir al Padre según la carne, cuyas suplantaciones técnicas están ya empleándose?

El Padre no es ya sujeto de élite, dominador y seguro de sí mismo, en un mundo feminizado donde el punto fijo cambia de género. Es poco decir que el paternalismo tiene mala prensa. El jefe de la horda, el primer eslabón de la cadena monoteísta, abdicó ante nuestros ojos. La infancia no es ya culpable sino víctima. "Creo en Dios, Padre todopoderoso." *Incipit* obligado. Y murmullo universal.

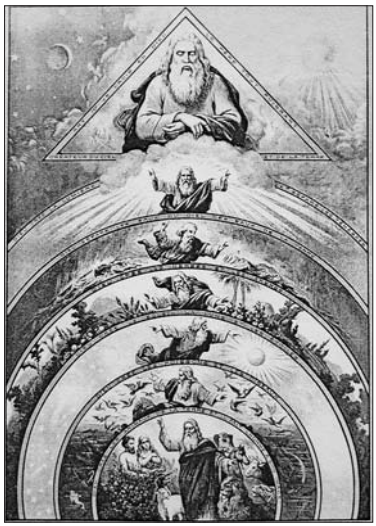
Durante mucho tiempo se discutió sobre la manera de entender esa paternidad y ese poder. ¿Es la arbitrariedad del Patriarca omnipotente la que da y quita según le plazca (como enseña la tesis jansenista o luterana de la predestinación)? ¿O la benevolencia equitativa y abierta hacia todos del "Padre de las misericordias y de toda consolación" (el misterio de Sabiduría de la tradición)? Viejo debate. Conformémonos aquí con el *Nemo tam pater* de Tertuliano: nadie es tan Padre como Él. Ni más Autor. Ya sea temible, solemne o familiar —¡Padre!, querido padre, o mi papito (el *abba* arameo utilizado por Jesús)—, era el *pater familias* a la enésima potencia. Hoy sólo un bisabuelo, teniendo en cuenta la esperanza de vida— podría aspirar a un prestigio generacional equivalente.

¿Dios se hará al menos "parental", aunque se obstine en permanecer célibe? La palabra lo excusaría. Es la única autorizada. Compatible con el paso de la familia extensa a la nuclear, y con el advenimiento del niño-rey, justa contrapartida de la despoblación. ¿Sobre quién, sino sobre su progenitor, establecer los derechos del niño (que si lo desea pronto no tendrá que llevar el nombre de su padre)? ¿El Padre celestial conservará su derecho de corrección cuando los padres terrenales han perdido el suyo desde hace largo tiempo? ¿El código civil carecerá de influencia? "La autoridad parental" (1970) ha remplazado al "poder paternal" o "patria potestad" del Código Napoleónico (1804). La familia monoparental indiferencia Padre y Madre. Todos los papeles están confundidos —por ejemplo, en la adopción homosexual de mañana. Oficialmente unisex, el Occidente humanitario, incluso en el oficio de las armas, se inclina en su fuero interno por lo *feminitario* (una guerra humanitaria es una guerra donde la mujer tiene su lugar y que puede mirar como telespectadora). ¿Qué hacer con un Patriarca más o menos intratable cuando lo que uno quiere sobre todo es ser "maternado", y cuando lo ovoide remplaza en casi todas partes a lo anguloso, en el diseño de vehículos, ordenadores y sacapuntas, así como en nuestra cabeza? Enviarlo a una casa de retiro. Quitarle la barba no bastaría. La palabra neutra no es ya admitida. Se es escritor o escritora, alcalde o alcaldesa. El bello anciano canoso (Victor Hugo en el algodón hidrófilo) habría podido reacondicionarse bisexual, abarcando lo masculino y lo femenino. Eso sería desdeñar los *gender studies*. ¿La frase famosa de una estadunidense que salía del coma ("*I met God. She's black*": *"Conocí a Dios. Es negra*") anuncia lo divina-

mente correcto de mañana? A falta de ello se habría tolerado a un gentil organizador, al que se pudiera tratar como amigo. Pero en eso el Hijo se destaca, y no un Todopoderoso que siempre guarda las distancias. La verdad es que no tenemos ya el derecho a la deuda y al deber.

Sin duda tal estado de cosas no es viable en el largo plazo, y se puede prever en una próxima etapa una refundación del padre, tanto carnal como simbólico (según el efecto *jogging* del progreso técnico). *(l)* Los pactos civiles de solidaridad entre iguales no podrán ocultar durante mucho tiempo que en la fuente de las conyugalidades homo o heterosexuales existe el vínculo de filiación, que no podría constituir un contrato. No puede uno más que concordar con la Federación Protestante de Francia cuando evoca "la duración que precede y excede al consentimiento individual", porque los sujetos "deben venir de una infancia e inscribirse en un mundo más duradero que ellos mismos". Porque la pregunta es precisamente ésa: "¿Cómo conjugar la autonomización del sujeto y la institución de la filiación? Es así el sentido mismo de la institucionalidad lo que nos es necesario reencontrar, redefinir y reinventar conjuntamente."[6]

Por ahora, Padre desfalleciente, autor evanescente. ¿Somos todos creadores (*creatividad* generalizada)? Ya no necesitamos Creador. ¿Somos todos originales? Ya no necesitamos Original. ¿Qué dios vería la diferencia, nuestras redes digitalizadas, entre el original y la copia? El Lienzo ya no tiene necesidad de demiurgo. Se puede hacer obra bordando. ¿Cómo identificar al autor de un texto electrónico o de una animación por computadora? Se puede determinar quién es el autor de un cuadro o de una foto argéntica. ¿A quién atribuir, jurídi-



El universo teocentrado: *La création*, cartel de catecismo misionero, cromolitografía, comienzos del siglo XX. Edición Maisson de la Bonne Presse.

[6] "La familia, la conyugalidad y la filiación", Oficina de la Federación Protestante, septiembre de 1998.

camente, una imagen de grupo, un dispositivo interactivo o una simple retransmisión de un partido de futbol en la televisión (cinco camarógrafos, distintos ángulos y la elección final del director)? La función autor, con sus privilegios, no pone ya su sello en un mundo atascado de huellas, que multiplica las derivaciones, las mezclas, y cruza todos los registros. La posmodernidad ya no es a las "autoridades" lo que la modernidad fue al Centro. Pero si el hombre no está ya en el centro de lo viviente, ni la Tierra en el del Universo, ¿puede Dios permanecer en el centro de sus preocupaciones? Un universo geocentrado era naturalmente teocentrado. La Iglesia no condenó a Copérnico y Galileo por gusto. ¿Por qué pondría yo en el centro de mi vida a alguien que no me puso en el centro del sistema solar? Porque ¿cómo imaginarse que Él haya podido colocar en otra parte que no sea en medio del cosmos a la criatura encargada de cumplir su designio de amor y de salvación? La invención de la perspectiva pictórica como forma simbólica, en el momento en que se operaba la descentralización cosmológica, compensó sin duda esta herida narcisista. Al recentrar el espacio visual en el hombre, imagen de Dios, centro y fuente del cuadro, restablecía abajo lo que se perdía en lo alto. Pero ese espacio, que hacía del hombre un pequeño dios, también ha vivido desplegando las avenidas de lo visible a partir de sus pupilas, como Velázquez en *Las meninas*.

El camaleón humano es de buena pasta. No se extraña ni siquiera de lo que, en otro entorno, lo habría indignado o afligido. La deposición del Autor de las cosas visibles e invisibles no altera desmesuradamente a los profesos del Mesías. Los más lúcidos se interrogan sobre el lugar del hecho cristiano en la sociedad, con comprensible inquietud;[7] pero no sobre el lugar de Dios en el hecho cristiano. La religión desacreditada nos vuelve a todos más o menos ciegos respecto del Dios por ella degradado. La escatología (teoría de los fines últimos y de los últimos tiempos) se diluye en sociología de los sinsabores presentes.

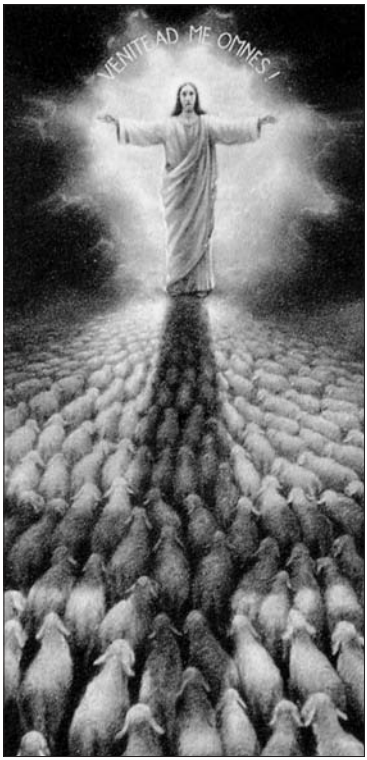
Se puede olvidar, es cierto, la historia de Dios en la de sus intermediarios consagrados. Insistir en las desgracias temporales de éstos para ocultarnos las

[7] René Rémond, *Le christianisme en accusation*, Desclée de Brouwer, París, 2000.

vicisitudes de Aquél. Esta división del trabajo de lamentación es tanto más tentadora cuanto que las llagas de la Esposa del Cristo se ven a simple vista. ¿Qué católico no ha escuchado decir, y no ha repetido alguna vez él mismo, después del Concilio Vaticano II: "La Iglesia se largó." El latín, la confesión auricular, la sotana. En pública subasta la tiara; al museo el trono portátil, los abanicos gigantes de plumas de avestruz con el mango ornamentado en oro. ¿Y si el bálsamo estaba en la endecha? ¿Para evitar sumergir de nuevo al Eterno en la dureza de los tiempos? Sin duda, la suerte de lo instituido no está ligada a la del Instituyente del cual se reivindica. Prueba de ello es que un culto puede muy bien sobrevivir a su objeto supuesto. Jesús cuida a sus embajadores y en Estados Unidos, Polonia, Corea, tienen gran éxito, aun guardando con el *Auctor* primordial relaciones de simple cortesía. Fuera de la esfera ortodoxa, donde se mantiene la integridad del dogma y donde los derechos del Padre, así como los del Espíritu Santo, son ostensiblemente preservados, el cristiano moderno ha renovado su contrato de arrendamiento con el Cielo. Contrata directamente con el Hijo, socio siempre cercano y de retorno inminente. Aquel cuya "humanidad sobrevive a la muerte de Dios" permite a los mejor intencionados de los hijos de la Santísima Trinidad tomar el tercio por el todo.

De una galaxia a la otra

También el Eterno debe vivir conforme a su tiempo. El poder público se excusa de existir, presentándose en adelante a los ciudadanos bajo los rasgos amenos del Estado Seductor. ¿Por qué no usar los mismos trucos (vibrato demagógico, juvenilismo, camelo emotivo, etc.) para un Temible reconvertido en seductor? La comunidad de iglesias se ocupa en ello poniendo a Jesús en el *zoom*, más aún que en los tiempos de los mesianismos cuarentayochescos. Es posible "comunicarlo" como psicoanalista, como gamberro, guerrillero, *french doctor*, o más-famoso-que-los-Beatles. E incluso como fumador de marihuana (para los "reveros"). Se puede "comunicar" a Jesús de modo diferente según los públicos. El Padre es menos maleable o más arisco. El cambio de atractivo tecnocultural (la imagen-sonido) incita —u obliga— a relegar al Rígido muy lejos, detrás del Plastiquísimo, en la catequesis, cuando no en el catecismo. Múltiples son



Venite ad me omnes, imagen devota, comienzos del siglo XX.

las formas adoptadas por el aggiornamento "arrianista" (Jesús hombre y no Dios). Todas pujan en la misma dirección. Que conduce, si no *hacia una Francia pagana* (Monseñor Hippolyte Simon), al menos hacia un Jesús simpático que deserta de sus iglesias antipáticas.

Inversión completa de la situación. "Circulen, no hay nada que ver por aquí —decía el judío al ocupante pagano—; sólo hay que interpretar." "Circulen —dice el neopagano cómodo al judeocristiano incómodo de hoy—, ya no hay nada que interpretar. Pero abran bien los ojos: hay mucho para ver." Agotamiento del *imprimatur*, que se imprima para existir, y aparición de un *videatur*, que se mire para existir. El primer procedimiento (la autorización de imprimir un texto juzgado conforme a la enseñanza de la Iglesia) no era lo ideal, pero mirándolo bien no era tampoco demasiado inadaptado al Ser Supremo, bibliófilo impenitente. Por el contrario, el "que sea visto si quiere existir" contradice las reprimendas de Jesús a Tomás: "Dichosos los que no han visto y han creído" (Jn 20, 29). Hay un hiato entre un Dios surgido, entre los hebreos, de una aversión hacia lo demasiado visible, y una videosfera donde lo que no se ve no se cree, donde visible equivale a creíble (es cierto, lo vi en la tele). Es decir, la misma ecuación de los idólatras. "La gloria del Dios inmortal —decía san Pablo—, la sustituyeron por imágenes que representan al hombre mortal, aves, cuadrúpedos y reptiles." Agreguemos dinosaurios y E.T., y podremos remplazar "ellos" por "nosotros".

El aumento de la idolatría es un fenómeno comparable al sobrecalentamiento de la Tierra. Hay ahí un factor de inercia que no se maniobra a voluntad, con

un sarcasmo o un sermón. Del Dios manuscrito al impreso, el pasaje reformador había sido *vaciado* (se permanece en el mismo sistema de aprehensión del mundo y de aprendizaje). Mismo deslizamiento en las locomociones, donde no hay solución de continuidad entre el carro de Ramsés II y la berlina de Napoleón I. Existe menos distancia ambulatoria entre el Faraón y el Emperador que entre el vehículo llevado por caballos de 1900 y el Ford-T de 1930. El soporte escrito y el transporte movido por cuadrúpedos han conocido durante tres milenios innovaciones notables pero no inventos en el sentido estricto del término. Distingamos entre los hiatos. La *innovación* renueva, y por consiguiente reanuda lo antiguo; la *invención* desplaza, y por lo tanto descalifica lo antiguo. En el siglo XVI la imprenta renueva la Razón libresca, no sin esfuerzo pero desde dentro, permaneciendo en el interior del Verbo (lineal, discreto, simbólico). La reproducción mecánica de las Escrituras no volvía a poner en tela de juicio la tradición del Libro. La acentuó. Las guerras de religión fueron una verdadera guerra civil entre vástagos de una misma matriz. De allí el encarnizamiento. Nada que ver con que los hijos del *pub* y del *zapping* sean ajenos a las ramificaciones de Abraham. En sus tres primeras generaciones (la hebrea, la católica y la protestante), el Dios leído se ve alterado pero gana lectores. Hasta fines del siglo XVIII, en Europa, las obras de devoción y de teología constituyen el grueso de la producción editorial (durante el Siglo de las Luces, en Francia, los dos tercios de la producción legal). Las emisiones de carácter religioso representan el 1 por ciento del tiempo aire. Dios intercambia lectores por espectadores. A estos últimos les tranquiliza la idea de captarLo en la modalidad Jesús. Esto es, si se quiere, conforme a la ortodoxia, puesto que Jesús era ya el Padre en "modalidad imagen". Sólo que no se trata ya de la misma imagen. Las nuestras "despojan al objeto de su velo, destruyen su aura", había prevenido Benjamin, quien agregaba: "Las técnicas de reproducción separan al objeto reproducido del ámbito de la tradición." Fotos fijas e imágenes animadas nos desacostumbran a ver doble, superponiendo el sentido del rito a sus figuras sensibles. Suprimen la distancia en la lejanía. Aun cuando se hable de imágenes para ambos, lo cierto es que la foto habita lo real, del que el icono está ausente. Dicho esto, la digitalización puede aproximarlos. Al superar la oposición entre la huella y el signo, dará a los que toman impresiones los medios necesarios para liberarse de las cosas en bruto.

Los depositarios de la Tradición se encuentran —por el momento, en un mundo donde la imagen impone su orden al texto— en la posición de un conservador de museo, sólo que de cabeza. Deben hacer *visible* lo *legible*, mientras que el responsable de una colección "restaura" para hacer *legible* lo *visible*. Y al hacerlo, resensibilizar al gran público a la obra de arte. Los museos de Francia remozan las antiguallas, lo que tiene el mérito de alentar el turismo y el flujo de divisas (mediante exposiciones-acontecimientos). Sus laboratorios luchan paso a paso contra la entropía que ensucia y oscurece las obras de arte. Para la pintura al óleo se utilizan solventes agresivos con el objeto de retirar el barniz que se oscurece con el tiempo y la suciedad acumulada en la superficie (la pintura religiosa, en particular, ha recibido el humo de los cirios) y que los cuadros queden más nítidos y más brillantes. Como cajas de chocolates. Para que los conocedores los identifiquen al primer vistazo. Accesibles sobre todo para quienes no tienen noción de la historia del arte. Asimismo las iglesias tienen por misión mantener con vida ciertos yacimientos de sentidos, y hacerlo de modo que el depósito no se convierta en letra muerta a los ojos de las videogeneraciones que nunca vieron ni escucharon al arcángel Gabriel, a san Bernardo o a Loyola. Los responsables de las Escrituras, como los laboratorios del Louvre, luchan paso a paso. La diferencia entre ambas tareas restauradoras es que unos deben recodificar un lenguaje en otro lenguaje y los otros colocar subtítulos o remozar los colores procurando no cambiarlos.

Prueba de limpieza sobre *El juicio final*, de Miguel Ángel, en la Capilla Sixtina. Nipon Television Corp. Tokio.

Miguel Ángel, en la Capilla Sixtina, es ciertamente más "legible" hoy que en 1950, antes de la restauración de los frescos. Remozados los colores, el mensaje se ve mejor. Con un inconveniente: mal y demasiado reavivados, los colores desnaturalizan la obra. Es el problema de la restauración: el coloreado, que mata lo que quiere salvar. Pero aquí no se trata de eliminar un retoque, aligerar un barniz o borrar excrementos de moscas. No se debe corregir la inestabilidad de los materiales, se debe cambiar de espacio-tiempo.

CAPÍTULO XI

Cada cual para sí

Se convirtió del catolicismo al bahaísmo en la universidad. Para sus padres siguió enmarcando su nueva orientación como parte de un continuum *con su fe de la infancia; Jesús era indudablemente una Manifestación de Dios, pero había algunas otras…*

REV. SCOTTY MCLENNAN, *Finding your religion*

Con los cambios de los medios técnicos y los de las credibilidades que de ellos se derivan, la creencia en Dios se transformó de espontánea en intrépida. Ya no es un reflejo o una herencia, sino un compromiso y una voluntad. Lo trascendente, que habitaba las palabras, es descartado por la imagen registrada, nueva piedra de toque de lo real, y administramos nuestros miedos de otro modo. Esta defección ha conducido a los espíritus a despojar a la historia de su condición de lugar de realización humana. El ascenso al sitio de la Cruz que tuvieron la Rueda y el Laberinto, emblemas del tiempo circular, da las mejores oportunidades a los místicos contemplativos y abstencionistas llegados de Oriente. Es la hora de la astucia espiritual. Lejos del temible gran vacío, la época está atascada en los embotellamientos del sentido. El reencantamiento del mundo va ya a buen paso…

Cuando apareció la agricultura, en particular en regiones montañosas sin irrigación, las subsistencias comenzaron a depender de la lluvia, y el dios de la Tormenta desplazó al viejo dios del Cielo. Zeus, Urano, o bien Hadad, Anu. Dime de qué depende tu supervivencia y te diré cuál es tu Panteón. ¿En qué sociedad industrial puede decirse que Dios es como es de día, como es ballena entre los esquimales y oso entre los samoyedos —los dioses supremos, por ser los más revigorizantes, de los hielos y de la tundra? La cristiandad totalitaria de la Inquisición y las Cruzadas, por más que daba la espalda a las palabras de Jesús ("mi reino no es de este mundo"), seguía considerando indiscutible al Padre Eterno. Su suelo es su Sol: lo más confiable que existe. La fe se mamaba con la leche materna y lo divino "se adhería" al instrumental de mano y del espíritu. Así como "la salud es la vida en el silencio de los órganos", la credibilidad es la confianza en el silencio del medio. No le va mal a uno con su Dios, ni tiene razones para cambiarlo mientras la *presión de selección* de su mediasfera no lo obligue.

La ley del medio: la muda o la muerte

La penicilina y la medicina han aflojado la mano de hierro de la selección natural, pero no por ello somos libres para soñar o creer cualquier cosa, porque nuestro medio artificial no es menos selectivo que el otro (donde una epidemia de gripe bastaba para eliminar a los más débiles del grupo). Es éste,

sin duda, el que un Darwin de las competiciones por la supervivencia simbólica pondría bajo el microscopio. Tendría una tarea no menos ardua que las del botánico y el zoólogo, porque aunque los humanos han logrado poner coto a su imaginación, interponiendo dobles ventanas entre la naturaleza y ellos, poseen demasiado orgullo para imaginar que sus ideas y sus imágenes deben algo al aire que respiran, así fuera acondicionado. Tal desdén puede asumir la forma del rechazo explícito. ¿No denunció acaso Jacques Ellul, cristiano intransigente y atento, a la sociedad tecnificada como la humillación de la Palabra divina y el olvido de la Esperanza? Sin el laminado del papiro, el reciclaje de las pieles y la fuente de caracteres de la imprenta, nuestras técnicas de ayer, ¿la Esperanza Evangélica habría podido caminar hasta él? Tal es la ingratitud de los espíritus y la fuerza de nuestros mitos. Se sustantiva la Técnica como un mal sujeto, se la disfraza con una mayúscula, y ya tenemos la versión seudomoderna del Diablo o la prolongación de la Culpa gracias a la Máquina. Un nuevo Anticristo que perseguir. En realidad, los rituales que vinculan a los mortales a lo Intemporal son esencialmente *ritmos de vida*. Éstos evolucionan con los plazos que nos separan a unos de otros y el *tempo* de nuestras agitaciones. El personaje febril que va de París a Marsella por tierra en tres horas y se informa de las noticias dos veces al día conectando la radio y la tele no puede tener la misma aproximación al Eterno, ese tiempo sin duración, sin antes ni después, que un campesino del siglo XVII sin diarios y cuyo horizonte se detiene en la montaña más cercana.

Louise Merzeau, colección de biblias antiguas.

El Libro sacralizado ha crecido en el capullo de la memoria humana. Hace poco empezamos a confiarla a nuestras computadoras, cuyas capacidades de memoria se duplican cada dos años (ley de Moore). La memoria numérica se acrecienta vertiginosamente pero nuestras propias facultades de memorización disminuyen (según numerosos estudios sobre la evolución de los conocimientos históricos, literarios y geográficos, tanto de los adultos como de los más jóvenes). Almacenamos tan bien la información que el hábito de aprender "de memoria" desaparece de las escuelas y los fieles

ya no saben el Padrenuestro. Lo que Platón había temido del auxilio de lo escrito se ha confirmado, y con creces. El cerebro colectivo se volvió superpotente, y por lo tanto nuestras cabezas ya almacenan cada vez peor. Pero no se puede guardar la información religiosa en microprocesadores de silicio. Nos compete a nosotros hacer funcionar, mediante gestos y palabras, el éx-tasis temporal que nos permite dejar nuestra vida presente para unirnos a los acontecimientos muy lejanos hacia los cuales nuestras fiestas y sacramentos hacen tantos viajes esclarecedores. *Pessah*, a comienzos de la primavera, nos religa a la salida de Egipto, con el *Seder*, comida-recuerdo donde todo es alusión —las hierbas amargas de los años de miseria, los dátiles almibarados en el mortero de los constructores esclavos, el jarabe con las dulzuras de Canaán. La Eucaristía cristiana nos hace dar un salto dos mil años atrás, tal como nuestro Viernes Santo nos proyecta al Gólgota. De ese modo podemos, mediante la reiteración ritual, negar el tiempo que nos niega. Los soportes externos de la memoria no pueden hacerlo en nuestro lugar. Podemos lamentarlo al ver hasta qué punto es costoso para los hombres de Dios no saber olvidar. Al ver las interminables querellas de atribución que cubren las primeras planas de nuestros diarios. ¿Qué son los "locos de Dios" sino hipermnésicos? Pero Dios tiene también sus sabios, que velan por nuestra "información" y nos salvan del olvido mortal. *Schmor!* ¡Observa, conserva! *Zakhor!* ¡Acuérdate! Pero los archivos y la anamnesis, esos dos resortes de las conductas devotas, no pueden salir indemnes de nuestras delegaciones maquinales y las consecuentes inercias que le siguen.

La fórmula Bouvard y Pecuchet imputada a Malraux (que merecía algo mejor) —"el siglo XXI será religioso o no será"— no ha de esclarecer el porvenir. ¿¡Cuál de los primeros veinte siglos de nuestra era no ha sido religioso (incluido el Siglo de las Luces)!? Es lo mismo que profetizar que el siglo XXI será parlante. Qué novedad: los hombres simbolizan las cosas y veneran seres fantásticos. ¿Pero entonces? Si bien el mundo virtual es su más antigua conquista (en las grutas ornamentadas del paleolítico los pintores de murales virtualizan ya la realidad bruta), apenas hoy digitalizan todos los datos y ponen satélites en órbita. La interacción de dos trivialidades —la espiritual y la digital— nos dará un Dios nada menos que trivial.

A tal punto que el Eterno no está ya en la naturaleza sino en nuestra cultura. En la visión de los simples de antaño Él habitaba los accidentes, las catástro-

fes (a las que se llama todavía en Estados Unidos "actos de Dios"), las jerarquías lugareñas. Para ir a su encuentro nos hacen falta en adelante más decisiones que el simple abandono, y más anticonformismo que docilidad. Panurgo tiene dioses para sus necesidades, y necesidades en la medida de sus posibilidades. Ahora bien, ¿qué necesidad tangible tiene aún nuestra civilización, con sus recursos cada vez más eficaces para calmar el miedo y el desamparo, de los servicios de un Salvador en adelante poco servicial? Más utilitarios pero menos vulnerables que antes a las agresiones del medio natural, henos aquí cada vez menos "capaces de Dios", porque aparentemente los motivos de utilidad para invocar su Nombre no son los adecuados. Su viejo pliego de condiciones es asumido por otros; la carta de fidelidad no cuenta más. Nos arreglamos sin ella.

Dios, ¿eso para qué me sirve?

¿Cuáles habrán sido las funcionalidades del Invisible para 50 generaciones de usuarios? Ir de buena gana a la guerra en primer lugar, movilizar a los petimetres, hacer que afronten la muerte a contraluz, sin mirar el agujero negro de frente. El Todopoderoso se despierta en las poblaciones sitiadas, cuando el Turco está a las puertas, cuando se desencadena la Peste Negra y el país es invadido. Cuando la Francia de la Ilustración se vio cercada y agredida, en 1793, los jacobinos anticlericales queman la estatua del ateísmo y pasan en procesión ante el Ser Supremo, fantasma reunificador.

Dios, se decía en otros tiempos, envía tres flagelos a los pecadores: el hambre, la guerra y la peste. Y helo aquí entre nosotros en peligro de paz y de abundancia, y a nosotros privados de castigos demostrativos a despecho del sida, el último de los castigos divinos. Los pudientes hacen la *Gay Pride* y guerras con cero muertos. ¿Qué necesidad hay de capellanía? La pacificación de Occidente por el supermercado, el esparcimiento y la fiesta induce a

Detalle de una plancha de *L'Encyclopédie*, sección "Imprimerie en lettres, l'opération de la casse", 1751-1772.

desertar de la escuela de sacrificio que era una educación cristiana. Y de la idea misma de santificarse vertiendo sangre, como Moisés y Jesús. "Tomó Moisés la sangre, roció con ella al pueblo y dijo: 'Ésta es la sangre de la alianza que Yahvé ha hecho con vosotros'" (Éx 24, 8). O también: "Jesús tomó una copa de vino y dijo: 'Ésta es mi sangre de la alianza derramada por la multitud.'" El Estado no exige más del feligrés el impuesto de sangre, y el servicio militar nos parece ya una incongruencia. El norte del planeta pierde sus seminaristas, pero el sur ignora nuestras crisis de vocación y las iglesias prosperan ahí donde la vida, la salud y la paz no son todavía cosa dada. Donde la muerte está a la vuelta de la esquina y en los mañanas aleatorios. Como en la Francia de san Vicente de Paúl. Dios servía para aguantar los grandes sufrimientos físicos y morales. Nosotros tenemos analgésicos y psicoterapeutas. Pese al acento puesto por algunos taciturnos en los valores del renunciamiento y de morir para sí misma, el cristiano, que ama cantar con el corazón alegre, no es exactamente un Narciso del dolor. El cilicio, el ayuno, la mortificación, la continencia, pese a todo, eran un buen entrenamiento para los golpes duros.

Dios servía ante todo para expiar, para pagar por los pecados con lágrimas y sudor. Toda la dramaturgia de la gracia y de la salvación descansa en la presunción de la Culpa. El divorcio por culpabilidad ha sido suprimido, y en caso de accidente automovilístico la culpa de la víctima no la exonera de su derecho a la indemnización. Sobre la ruta todo vehículo está en falta y todo peatón en su derecho. El derecho de la responsabilidad se ha separado de la moral. Lo que desalienta, por cierto, nuestra apetencia de cirios y rosarios. ¿De qué redimirse, si el pecado original hace sonreír? Devoción, abnegación, penitencia, ¿para qué? Nuestros arrepentimientos anuales, respuestas políticas a aprietos políticos, nada pueden contra una piedra angular completamente desaparecida. El Génesis escenifica en unas cuantas páginas muy densas una idea que fue simple y se nos ha vuelto opaca: a cada falta su justo castigo. Adán y Eva son expulsados ignominiosamente del Jardín del Edén porque desobedecieron. ¿Hoy quién no los felicitaría? No conformistas, rebeldes, se atrevieron a decir no. ¿Caín debe errar sin fin porque mató a Abel? Una infancia infeliz, un radicalismo torpe, pero estamos al menos ante alguien que va hasta el fin. ¿Un Diluvio cubre la Tierra porque la Humanidad se dejó ir hacia la violencia? La libertad liberal *up to date* es cada quien su Colt y que gane el más fuerte. ¿El lenguaje de

los hombres está confundido porque soñaron con un rascacielos que batiría todos los récords? Una hazaña *high-tech*, un gusto anticipado de audacia fáustica, que hace honor a la vanguardia y habría valido el Guiness a los arquitectos. Además de que nosotros tenemos por un bien, o un pecadillo, lo que era funesto a los ojos de nuestros antepasados —por ejemplo, la curiosidad sexual (ellos conocieron que estaban desnudos) o el deseo de penetrar el misterio de las cosas (el árbol del conocimiento)—: la anomia desculpabilizada se mofa de la Ley, una Ley que, por lo demás, ha perdido su sacralidad al perder todo soporte material fijo, al convertirse en "hechos legislativos" que se deslizan sobre las pantallas. En una sociedad donde está prohibido prohibir, lo hereditario irremisible, la manzana fatal, el "culpable aunque no responsable" que nos recibe en la cuna, están en los límites de lo impensable, entre lo bárbaro y lo chusco. Los protocolos de compasión del hospital eliminan las ceremonias de la penitencia. El confesionario de las iglesias se ha quedado vacío en beneficio del diván o de las cámaras. Si uno pone el alma al desnudo es delante del psiquiatra, cura agnóstico, o bien ante diez millones de telespectadores, en un estudio.

Marc Riboud, *Chartres*, 1953.

Dios servía antaño para señalar al culpable, con la ordalía o para torturarlo a fin de que dijera la verdad. La marca genética es más económica (en la sangre de los inculpados y en tiempo de los jueces). Servía sobre todo para neutralizar los riesgos, para "asegurar y proteger". Para pedir socorro cuando no hay socorro. Aspersión de agua bendita, palabras de exorcismo, procesión del Santísimo Sacramento. Todo ritual tranquiliza: se tiene menos miedo en grupo que solo. Pero ¿para qué sirven las bendiciones cuando se poseen el descuento del seguro y la mutualidad? Ya no hay bandoleros en los grandes caminos. Los lobos han desaparecido de los bosques, los muertos permanecen en sus tumbas,

los vampiros se han vuelto discretos y la Corte de los Milagros es un estacionamiento de automóviles. Éste ya no es un valle de lágrimas. Lo que pedían nuestros antepasados a la Candelaria o en la fiesta de san Antonio, en las Rogativas, en las deambulaciones colectivas en torno de la villa o por el campo, hoy nos lo procuran la cobertura contra todo riesgo, el boletín meteorológico y el sistema de seguridad social. La previsión ha cambiado de funcionarios y la protección contra los daños —de la cual la religión, primer sistema de seguridad civil (seguros de vida, para terceros, de enfermedad, invalidez y vejez), fue una especie de preámbulo— se ha organizado de otro modo. Nuestros talismanes e hisopos son los números telefónicos de emergencia. Se conocen por las siglas de los servicios asistenciales, policiales, de bomberos, salvamento en el mar, etc. El "Creed en Dios Salvador y seréis salvados" ha perdido su urgencia. No es por lo demás seguro que hayamos ganado con el cambio. La ciencia canaliza mal o bien, año tras año, la demanda de seguridad, pero además de que no es tan segura como se pensaba, no da sentido a la vida, más bien se lo quita. Ahora bien, el *cómo* no basta al mamífero ansioso; es necesario el *porqué* para su felicidad tanto como para sus desgracias. Cuando el accidente automovilístico, la pérdida de un hijo, una granizada en sus viñedos ya no *quieren* decir nada, entonces se vuelve malo. Recrimina y presenta su queja: contra el médico, el prefecto, el alcalde, el vecino. Es un reflejo. Ciencia y técnica nos jugaron una muy mala pasada. Han racionalizado al medio y desimbolizado la vida. Esto nos deja rengos. De ahí los vasos comunicantes: cuanto menos gente hay en la iglesia más hay en los despachos de los abogados; cuanto menos velas se encienden y menos exvotos se cuelgan en las criptas, más formularios se llenan y más recursos se destinan a los tribunales administrativos. La Divina Providencia costaba sin duda menos cara a la sociedad que el Estado Providencia. Y todos sufren las consecuencias. La desaparición de la causa final en que consiste, en

Los ángeles del año 2000: *Pompiers aériens* ("Bomberos aéreos"), tarjetas publicitarias de la Imprenta Vieillemard.

última instancia, la racionalidad nos vuelve más blandos. Menos aventurados, menos resistentes, menos valientes quizá. Más impacientes también, y litigantes. Soportamos menos el dolor, la adversidad, las catástrofes. La aceptabilidad de los riesgos está en la base. La anomalía física es vivida como intolerable y la invalidez es indemnizada como un menoscabo. ¿Acaso un tribunal no acaba de reconocer el derecho de todo individuo a ser indemnizado por una malformación? El sufrimiento se ha efectuado "en balde" y un revés de fortuna se ha vuelto causa de suicidio. No hay nadie que responda por ello. Ya no existen los designios impenetrables. Nada "que tenga sentido" —ni "buen ojo" ni mal de ojo. La órbita vacía allá arriba, es cierto, no ha hecho más que desdichados aquí abajo. La tecnocracia y el poder judicial son bastante eficaces en este sentido. El principio de precaución (mínimo garantizado de riesgo) y el chivo expiatorio (encuéntrenme al responsable) recogen los despojos del Altísimo. Los expertos de la seguridad civil y los jueces de lo contencioso y lo correccional, son al menos dos categorías sociales que no tienen por qué quejarse de que se haya arrumbado a la Divina Providencia.

Las tres coronas

Nuestro espacio y nuestro tiempo prácticos son cada vez menos datos brutos e invariables, si es que alguna vez lo han sido. Se dilatan o contraen en función de la mediasfera donde se mueven, física y mentalmente. El uso público de la razón es "aquel que se hace en tanto *letrado* para el conjunto del *público* que tiene el hábito de leer" (Kant). El uso privado de lo *irracional* es el que se hace como *creyente* del espacio-tiempo muy provisional donde nos esforzamos en hacer comunidad. Un *ámbito de creencia* implica varias coronas concéntricas de coacciones. En el exterior, el *entorno social*, o el estado promedio de las costumbres, cuya evolución puede suscitar una crisis de la *institución*. Existe, menos ostensible pero igualmente activo, el *clima intelectual*, función de los conocimientos científicos de una época, que remodelan, en cada estadio, las líneas divisorias entre lo creíble y lo increíble. Tal clima puede engendrar una crisis de los *dogmas* y de las *certidumbres*. Está, finalmente, la cultura material, cuyos cambios afectan cotidianamente a las *prácticas*. Este tercer

círculo, inscrito en el corazón de los otros dos, tiene mal aspecto. Su banalidad lo vuelve transparente a nuestros ojos y casi inocente. No carece sin embargo de efecto, a primera vista, sobre la señalización divina. Baste pensar en los campanarios y en las torres de las catedrales, que dominaban antaño los techos de las ciudades. Las vemos ahora tragadas, rebasadas por la sobrelevación de las construcciones civiles y de todos nuestros edificios construidos en altura (gracias a los medios de levantamiento eléctricos). Se terminaron los carrillones que llamaban a los fieles a misa, desde el momento en que todos tienen un reloj pulsera. ¿Y en qué se convertirán las cruces sobre las tumbas, las absoluciones, los catafalcos, los reposorios y las capillas ardientes, cuando el atasco urbano y la salubridad pública impongan la incineración (materialmente contradictoria con la Resurrección de los Cuerpos, pero que la autoridad eclesiástica ha debido admitir por la fuerza de las cosas)? ¿Qué calvarios son posibles al borde de las autopistas?

Louise Merzeau, San Francisco, 2001.

En el perímetro exterior, el malestar católico proviene de la evidencia. Un entorno hipersexualizado, individualista, hedonista y mercantil choca por demás con el celibato de los curas (que tiene su costo social), la regla de la pobreza sacerdotal, la exclusión de las mujeres del ministerio religioso y la monarquía tan poco colegiada del Vaticano. Hay misiones pastorales que son confiadas ya a laicos. ¿Pero cómo es posible por una parte jactarse de la democracia, de la elaboración en común de las decisiones, y por la otra aprobar la concentración de poderes en manos del papa y la reducción de los sínodos diocesanos al papel de consultivos? ¿Negar la ordenación de ambos sexos y hacer de ello un dogma aduciendo la infalibilidad eclesial, porque la impureza sexual impediría presidir la Eucaristía? ¿Prohibir el sacerdocio a los hombres casados, lo que no ocurría en el presbiterado de los orígenes? Desfase escandaloso, al que protes-

tantes y anglicanos ya han respondido, y que tarde o temprano requerirá una evolución de las estructuras. La Eucaristía tiene sus exigencias, pero los aggiornamentos poseen las suyas (la aculturación cristiana tiene sus inercias). Se ha inventado un "evangelio de la prosperidad" para los millonarios estadunidenses y misas danzadas para las aldeas del África negra. El ritual maronita en el Líbano y el ritual siro-malabar en Kerala (India) han sido integrados a la liturgia romana. Son simples ejemplos. Lo terreno terminará por imponerse a lo teologal y hará soplar al Espíritu en el sentido del siglo. Pero esto no es algo que nos incumba.

El progreso de los conocimientos, en el segundo círculo, disminuyó evidentemente la credibilidad de los artículos de fe. La física de Aristóteles dio un sentido legible a las querellas sobre la presencia real del cuerpo de Cristo en la hostia, que produjeron muchas muertes en el siglo XVI, pero todo el lenguaje de la transustanciación (o no) es chino puro en la era de la física nuclear. Sea. Pero bien se sabe que la Santísima Trinidad, la Inmaculada Concepción, la Infalibilidad y las demás verdades de la fe no forman cuerpo con la Palabra de Dios. Son "adiciones", y la Reforma testimonia a porfía que se puede negar el infierno y el purgatorio y conservar la trascendencia. Esta última se sostiene quizá mejor; y el traer a cuentas un cultural caduco excusa lo que tienen en el presente de increíble las Escrituras en su literalidad (la Creación del Mundo en siete días, las murallas destruidas con el sonido de trompetas, etc.). La "desmitologización", que separa al kerigma del mito desembarazando al texto sagrado de sus fábulas y escorias primitivas, ha previsto cualquier mala jugada. El intelectual de la fe cede para salvar a los duros. La operación está a cargo de los filósofos y de los conceptualizadores. Los historiadores y los literatos se oponen. Según ellos, el mito es inseparable de la construcción teológica. Y su desdoblamiento en niveles (planta baja del imaginario para los niños, pisos simbólicos para adultos solamente) haría saltar por los aires el edificio bíblico entero. Este diferendo concierne ante todo a los exégetas. Nos rebasa.

Nuestra atención, más modesta, se pondrá sobre el pequeño círculo de las trivialidades. No sobre los contenidos (al menos en un primer momento) sino sobre el *modus operandi*, la gimnasia de la fe. El gesto no es el complemento

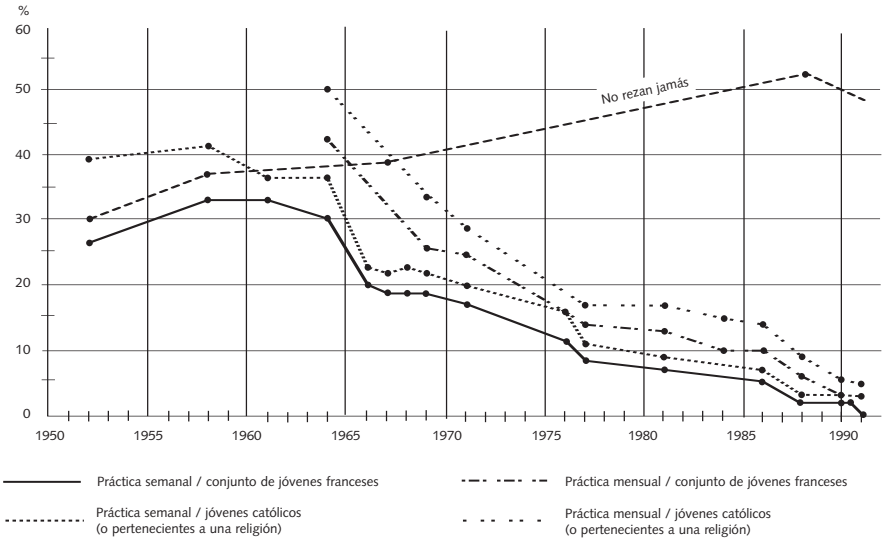
garante de palabras sagradas. Es a menudo a la inversa, y tal o cual mito grandioso puede no ser más que el facilitador de un juego escénico, o el argumento amañado de una liturgia. Como lo observa el padre De Tarragon a propósito de los cultos cananeos: "El mito inscribe al rito en el tiempo; en una historia reconstruida, la función simbólica del rito es el punto de confluencia entre el esfuerzo de sistematización del mito y la ejecución puntual del rito."[1] En todos los países del mundo los rituales comunitarios sobreviven año tras año a los sistemas míticos que los justificaban y que los practicantes difícilmente podrían recordar.

Es vejatorio para el orgullo intelectual, pero bien podría ser que las *ortopraxias* pesen más que las ortodoxias en las transmisiones de la fe. Para numerosas sabidurías orientales la meditación tiene que ver con una disciplina. Porque lo que se cree importa menos que lo que se hace con la creencia. Pero los encuentros de la fe escapan tanto de las encíclicas de la autoridad como de los *desiderata* del fiel. La administración de los sacramentos en las parroquias rurales despobladas, la misa dominical, el mapa de las diócesis no son factores que reglamentarían de un plumazo una democratización del catolicismo o un Sacro Colegio mejor inspirado. En lo que hace a su presencia en la Ciudad carnal, Dios parece mucho más amenazado por el parque automovilístico y los electrones que por el abandono del canto gregoriano y el matrimonio de los sacerdotes.

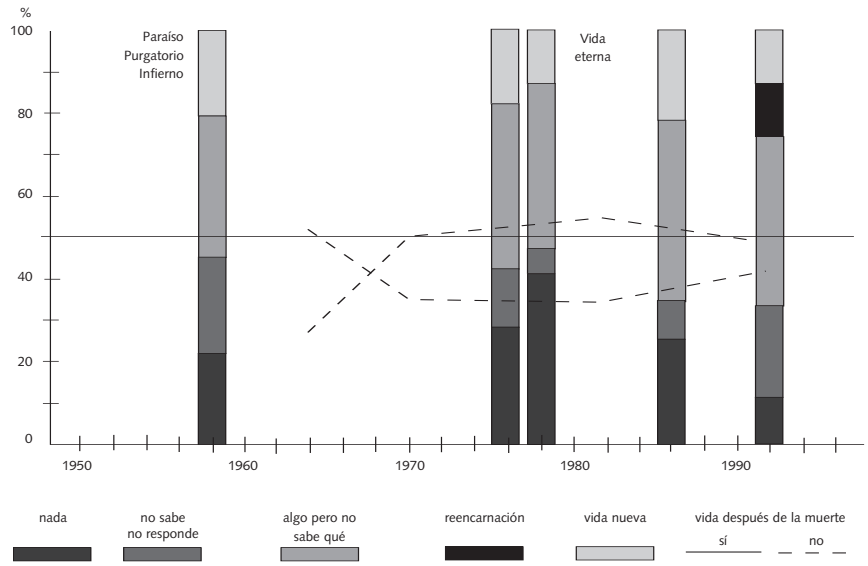
Nuestros sociógrafos describen punto por punto la evolución de los índices de bautizos, los porcentajes de practicantes respecto de los que profesan una confesión religiosa, la curva declinante de las vocaciones. Datos cifrados y cuantitativos muy útiles para observar las mutaciones en curso. No es un hecho insignificante que menos de la mitad de los jóvenes entre 18 y 24 años declaren creer en Dios contra cuatro quintos hace treinta años. Ni que hacia 1950 se ordenaban mil sacerdotes por año en Francia y en el año 2000 apenas cien. Ni que el promedio de edad de nuestro clero haya pasado a ser de 70 años. Ni que

[1] Jean-Michel de Tarragon, "Le culte en Ugarit", en *Cahiers de la Revue Biblique*, 1980, p. 19.

Tasa de práctica regular en los jóvenes



La creencia de una vida después de la muerte en los jóvenes



Sociogramas tomados de Yves Lambert, "Les jeunes et le christianisme: le grand défi", *Le Débat*, mayo-agosto de 1993.

un tercio de la población francesa iba a misa en 1945 y un décimo en el 2000. Pero quien quiera establecer, más allá de los *indicadores*, los *factores de mentalidad* se ve obligado lamentablemente a entrar en zonas turbias que los puristas de lo divino y de lo social concuerdan en excluir del campo de las cosas serias, como simples interferencias. Mas lo turbio de lo esencial, precisamente, no debe poco a *lo accesorio que interfiere*.

La carcacha, el reventón y la bombilla eléctrica

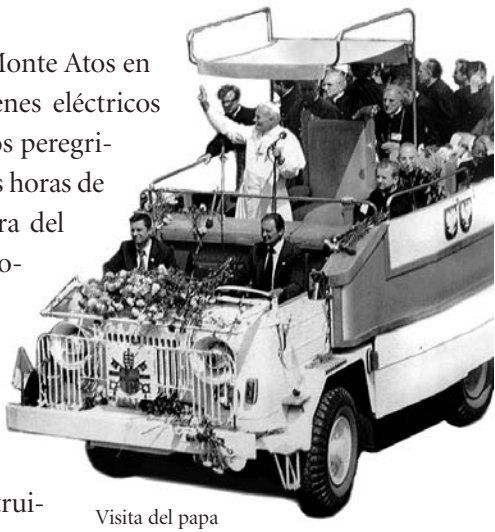
Palmesel, Ulm, 1500.

Así, de la nueva movilidad de los cuerpos, del empleo y la residencia inducidos por esta formidable ruptura (de la que los intelectuales no se ocupan) nace la *revolución de los transportes*. Una movilidad insuficiente puede asfixiar a un colectivo; demasiada, disolverlo. El ferrocarril y el automóvil aceleraron la urbanización, corolario de la descristianización, puesto que nuestra Iglesia era rural en sus estructuras (diócesis, provincia, parroquia) y sus rituales estaban calcados sobre los ritmos agrarios. Con el motor de explosión somos todos judíos errantes. Abraham entra en la norma, como un nómada entre otros, y Babilonia se extiende como mancha de aceite, convirtiéndose en suburbana. Nuestros vehículos congestionaron las "zonas de pecado" (la sobrepoblación de las metrópolis) y vaciaron las áreas de la "salud moral" (el éxodo rural). Examinemos un momento nada más el automóvil, que individualizó la locomoción (al contrario del ferrocarril) y los itinerarios (de punto a punto, sin cambio intermedio). La motorización masiva fracturó las unidades vecinales mejor establecidas y tuvo que ver con el triunfo problemático del "*believing without belonging*" (Grace Davie): la creencia sin la pertenencia. Más kilómetros recorridos, menos connivencias se mantienen. Flotación de faros y balizas.

Comencemos por lo más elemental: el rompimiento del *marco* parroquial y el trastorno de las proximidades inducido por la fragmentación urbana y la

felicidad de las urbanizaciones. La salida de fin de semana a la pequeña quinta hace desertar de la misa o del culto del domingo por la mañana. En forma paralela con el "adiós a la clase", el siglo del cine y del auto verá el adiós a la parroquia. La disminución de costos de la movilidad individual afecta a las circunscripciones recorribles a caballo (provincias y diócesis), cuya superficie no corresponde ya al potencial del occidental con cuatro ruedas. Si los automovilistas, en total ejercicio unilateral de una voluntad autónoma, no pueden ya hacer sociedad, ¿cómo podrían hacer iglesia, sociedad más intensiva que la otra? El ciudadano motorizado es un holgazán del civismo y un abstencionista notorio (el espacio cívico es peatonal y deambulatorio, sobre el modelo de la *polis* griega). El "autohabiente" es un giróvago acechado por la indiferencia de los lugares, por un espiritualismo de evasión, por una fe premiosa. No es ya el peatón de provincia, el hombre lento de las "ciudades carnales" a la Peguy, que son "la imagen y el comienzo y el cuerpo y el ensayo de la casa de Dios". Él elige sus anclajes, voluntariza sus reagrupamientos. Más sutilmente, la dependencia del automóvil, máquina de descreer, desdramatiza el espacio del *homo viator*, disminuye el sentido penitencial de la *peregrinatio*. El peregrinaje cristiano, que era hasta el siglo XIX en Occidente el mayor y casi único motivo de viaje, así como las ciudades santas, principales puntos de destino, "transforma la marcha en paso unificante". No es un desplazamiento sino un encaminamiento. Todavía hay que evitar el autobús o el tren especial, los circuitos prefijados del desplazamiento colectivo, para disfrutar de esa sudación expiatoria como un triunfo sobre sí mismo, transmutación por la prueba. El transporte mecanizado perjudica la sublimación pedestre. Sin duda el tren reactivó en el siglo XIX la práctica del peregrinaje y el autobús también lo hizo en el siglo XX, pero el automóvil abrevia la estadía (algunas horas) y hace del santuario no ya la recompensa de una ascesis sino un lugar de visita en sí.[2] Del *jamboree scout* al ascenso escatológico hacia Jerusalén o de la reunificación continental a los JMJ, el cristianismo está conchabado con la marcha a pie, no con el sobrevuelo o el bólido. El presidente Sadat, en Egipto, deseaba instalar un teleférico sobre el Monte Sinaí, difícil de subir, para atraer al turismo. Habría sido desacra-

[2] Véase Michel Lagrée, "Dieu et l'automobile", *Cahiers de Médiologie*, núm. 12, otoño de 2001.



Visita del papa Juan Pablo II a Polonia en 1979.

lizarlo definitivamente. Salvo que se convierta al Monte Atos en Disneylandia, no son imaginables pequeños trenes eléctricos cruzando la Montaña Sagrada para conducir a los peregrinos de un monasterio a otro (separados por varias horas de marcha). Tampoco lo es un escalador en la ladera del Mont-Saint-Michel (donde los monjes tenían otrora su montacargas accionado a mano, tal como los anacoretas del Monte Atos, con sus navecillas de mimbre). Ni una ceremonia de Vía Crucis, el Viernes Santo, sobre una correa transportadora, con distribuidores de Coca Cola *light* en cada estación. Aunque los edificios de culto estén construidos en altura, la elevación eléctrica daña la de los sentimientos, a la que le gusta mezclar el ejercicio físico y la satisfacción espiritual. Lo mismo que el ascensor forma parte integrante de la Torre Eiffel y el Duo-Lift del Arco de la Defensa, llegar a lo alto de las torres de Notre-Dame por un ascensor, sin tener que subir con trabajos la escalera de caracol, acabaría por convertirla en un monumento antiguo más. Los dioses no habitan más las cumbres adonde todos acceden en un abrir y cerrar de ojos mediante funiculares y teleféricos. No olvidemos todo lo que unió en nuestra cultura lo sagrado al sacrificio (de allí la turbación moral de nuestras cruzadas aéreas: ¿una guerra sin sacrificio alguno puede seguir siendo sagrada?). Un santuario que no exige que uno acuda con todo lo que uno es, cuerpo y alma, ¿qué sentido tiene visitarlo? Cuando, pasada cierta velocidad, el suelo se sustrae a nuestros pies, es en detrimento de esa tensión hacia lo que está más allá lo que hace que el desierto sea atravesable y Dios verosímil. Ubicuidad física y transporte místico no riman. El Papamóvil es un signo de los tiempos muy ambiguo.

A la quema de combustibles convendría agregar la *contaminación sonora*. Porque lo espiritual del "aire de los tiempos" está hecho también de decibeles. Dios, como se ha visto, respira mejor en los desiertos, lejos de los gases con efecto invernadero (menos CO_2 y CH_4, mientras que hay metano en las ciénagas). Él se aproxima a nosotros lo mismo al escuchar cánticos que en el silencio. Así

Velocidad, luz y Catedral; Colonia, 1974.

como prefiere el cirio al flash, eligió el murmullo en vez del grito y la música en vez del ruido. ¿Es posible imaginarse un monasterio, una biblioteca o una escuela al borde de la autopista o en la lateral del periférico? ¿Cómo se desarrollaría el oficio, o la comida en común y en silencio? La reducción de las pausas sonoras (un tercio de los europeos se queja del ruido ambiente) daña tanto los aprendizajes del espíritu como las rumias de la gracia, acosados por una malla acústica cada vez más cerrada. Sierras eléctricas, martillos neumáticos, cláxones, sirenas, alarmas, motores de aviones, velomotores, motos. Sin pretender equiparar el carillón de los campanarios con el alegre tintineo del cascabel, ni subestimar los estrépitos hipomóviles de ayer (las ruedas con llantas circundadas de hierro sobre el pavimento de las ciudades), el nivel sonoro de las megalópolis de Occidente parece haber crecido mucho desde el siglo XIX. Debido a esto la levitación física del Gospel y de los órganos es más apreciada, es cierto, como momento de júbilo y remanso de paz (efecto *jogging*). Para los amantes de las cifras, digamos que la vida del creyente con Dios, como la del agnóstico con el pensamiento, se expande en un espectro situado entre 25 y 60 decibeles. Entre el nivel "valle retirado al anochecer" y el nivel "callejuela de barrio en pleno día". Más acá de esas marcas, pánico; más allá, lo mismo. La acústica idónea sería sin duda *medium size* (como la buena media cinética, entre la carriola y el bólido, digamos el 2CV del cura). La algazara (retorno del barullo reinante antes del *fiat lux*) debe permanecer en el exterior de los recintos: iglesia, templo o sinagoga. Éstos son lugares no de comunicación sino de transmisión, como los liceos, las universidades o los teatros, donde la desconexión de los teléfonos portátiles es *sine qua non*.

¿Y por qué no mencionar, ya que estamos abordando cosas serias, las malas pasadas del hada electricidad? El ojo de Dios era como una lámpara encendida

Dios crea la luz, grabado de Gustave Doré para La Biblia.

en la oscuridad. Si todo está iluminado, se verá menos. La bombilla eléctrica de filamentos ha disminuido los dominios de Satán (lo negro es el mal) pero también los del Padre. Por cierto, todo esto comenzó con la linterna fija, luego con el farol a fines del siglo XVIII. Y con el interruptor: no más necesidad de Creador en los cielos para hacer la luz. Helo ahí desafiado en su propio terreno: teología negativa de los kilovatios. En todas las lenguas, el dios supremo se emparenta con una raíz que significa "brillar" (en griego *Zeus*, en sánscrito *Dyauh*, en latín *Júpiter*, en hitita *Sius*). El nuestro también es día y luz, pero *lumen* no es *lux* (la unidad de medida de las superficies iluminadas). "La luz que ilumina las tinieblas" (san Juan) tiene como compañero predestinado al vitral, el tamiz de los oros o de los dorados, el murmullo silencioso de los cirios, que hace soñar a la oscuridad. Iluminación indirecta. Reverberada. La *Madeleine a media luz*. La linterna sorda de las asambleas del desierto. El pabilo del pastor en la planicie, en la noche. La llama pensativa en el umbral del abismo. Las antorchas temblorosas cuando llega la hora prehistórica. Georges de La Tour, Rembrandt, Caravaggio: los estremecimientos del crepúsculo. La iluminación artificial disminuyó los terrores de la noche urbana, y también en el campo, y mejor para nosotros pero es una lástima para las apariciones marianas. No concluyamos por ello que cuantos menos *lux* hay en el sótano (un lux es el flujo de un *lumen* sobre un metro cuadrado) más ilumina a la paja el tragaluz. Ni que la disminución estadística de las visiones sobrenaturales se debe al mejoramiento del alumbrado público (Seúl es una ciudad de fe que brilla por la noche con todas sus cruces encendidas sobre los techos). Recordemos sin embargo esta observación de Thomas Jefferson, en un dominio vecino: "Cuando, a fines del siglo XVIII, la lámpara Argand (a gas) llegó a Nueva Inglaterra, se observó que la conversación durante la cena, hasta entonces iluminada con bujías, se volvió menos brillante." Ilu-

El mordisco del flash sobre el *San Juan Bautista* de Leonardo da Vinci: detalle de un tríptico extraído de la serie *Flash Paintings*, de Dört Eißfedt, 1994.

minen con neón un altar mayor (o un saloncito) y verán en qué se convierte la misa de muertos (o la cena íntima).

El videoproyector láser y las esculturas de luz realzan la arquitectura de los monumentos religiosos subrayando su plástica y sus detalles. Pero al hacerlo no espiritualizan la estética sino que estetizan la espiritualidad. El chasco "luz y sonido" hace cantar a las piedras y callar a la plegaria, remplaza el recogimiento con el asombro. Sometida a las mismas lámparas de sodio que el Palacio y el Ayuntamiento, sumergida en el mismo estuche luminoso que cualquier "joya arquitectónica", la iglesia se alinea en los prospectos como una decoración entre otras del paisaje urbano. El dominio urbano de la energía puso la luz al servicio de las Luces, disminuyendo la sombra que arroja el misterio sobre nuestras calles. Es esto lo que hace retroceder el *pathos* a la Victor Hugo de las sombras y de los abismos (escaparates iluminados, Desconocido en grisalla). Disipación de las visiones con láser. Tan luminosa que una radioscopía comparada de las religiones mundiales a través de sus *colores sonoros* respectivos (muecín, campana, gong, cuernos, etc.) sería una reseña histórica del Absoluto a través de sus irradiaciones y de sus llamas, desde la lámpara de aceite en barro cocido hasta la lámpara incandescente, pasando por la candela de cera y el candelabro. En el último periodo aparecería sin duda una inversión de los trayectos luminosos. Cuando se circula una vez caída la noche en el campo se adivina que una iglesia iluminada desde fuera es un monumento declarado de interés artístico. Si el halo se filtra desde dentro es seguro que ahí se dice todavía misa. Según que la luz inunde el atrio o mane de los vitrales, bañe las cornisas o ilumine los deambulatorios, el edificio dependerá del Ministerio de Cultura (Dirección del Patrimonio) o bien del de Cultos (Interior). No es fácil arder y brillar al mismo tiempo… Y tal vez esto valga tanto para las personas como para las capillas. Las más visi-

Niños amish fotografiados antes de la edad de su bautismo, por lo tanto no sometidos aún a la prohibición bíblica de la imagen. Fotografía tomada del libro de John Graven *Les Américains.*

bles son en general cortas de vista. Como si el chasquido de los flashes sobre un individuo extinguiera su luz interior.

No hay por qué hacerse amish, se nos dirá. Por próspera y respetable que sea la comunidad de anabaptistas fundada en 1692 en Alsacia por Jacob Amman y refugiada después en América del Norte (donde no cesa de crecer en número y prestigio), nos resistimos a ello. Un amish de Ohio o de Pensilvania vive en el campo, no utiliza más que lámparas de petróleo y vehículos tirados por caballos (los famosos *boggies*), y tiene prohibido escuchar radio y proscrita la televisión. No juzguemos el motor de explosión, los equipos de sonido de alta fidelidad y las centrales nucleares como atentatorios contra el honor de Dios. Sólo agradezcámosles, liberados de un enfoque extramundano de la fe, habernos vuelto a traer a la memoria la sorda lucha que opone desde hace treinta siglos a los visionarios y a los voyeristas, y desde hace medio siglo a los peregrinos y a los turistas.

Planet Circus

Una contradanza muy común: reanimar las tradiciones y producir ruptura. Querer estar en ruptura y reanudar la tradición. Tal fue la sorpresa de la Reforma. Los evangelistas, pasatistas resueltos, innovadores a su pesar, no querían modernizar sino regenerar la fe volviendo a la autenticidad de los orígenes (o a lo que ellos imaginaban que era); y un hombre nuevo surgió del antiguo. Vemos en nuestros días el mismo discurso chusco en las trivialidades de la vanguardia y el culto oficial de lo *novum*, pero en sentido inverso, ya que las incitaciones que supuestamente despertarían lástima nos regresan con fuerza. Nada se asemeja más a los tiempos precristianos que nuestros tiempos posmodernos. Pero se nos representan los vagidos como el último grito, y el retorno a los "productos naturales de origen" nos vuelve locos, como ocurre en

nuestras herboristerías. Queremos cosas nuevas a toda costa y volvemos al Gran Pan de las familias. Gea. La reina de las nubes. En lugar de la fiesta de Todos los Santos, el Halloween, la fiesta céltica de los espectros. Muerte a la historia, honor a la naturaleza, a todo aquello que tenga que ver con lo innato en nosotros. Nuestro sexo, nuestra etnia, nuestra lengua, nuestra provincia de origen. Las herencias ajustan los tornillos y nosotros celebramos el candado, que nos remacha en nuestra contingencia: henos aquí a mujeres, homos, bretones o corsos, judíos o gentiles, encerrados de por vida en el reparto inicial de cartas.

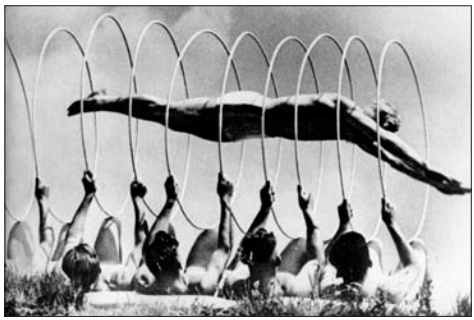
Laureti Tommaso, *Triunfo del cristianismo o exaltación de la fe*, sección de Rafael, Ciudad del Vaticano.

El cuadro de Tommaso se rebobinó al revés. El Mediador, en la punta del cono central, se disgrega; Mercurio, tirado abajo, recoge sus fragmentos y va a tomar el lugar de su vencedor. El Dios de los caminos de tierra rinde sus armas al amo del espacio aéreo. El casco alado cubre de nuevo la corona de espinas.

Nuestro tiempo pierde el fiel de su balanza. Ya no hay mojones. Como lo era la Cruz, donde el impulso vertical de una fe sostiene la línea del horizonte. "La Cruz del Cristo nos salva del laberinto circular de los estoicos", observaba san Agustín. Los ciclos litúrgicos, del Adviento o de la Navidad, giraban sobre sí mismos como las estaciones, pero era para hacernos esperar el Juicio Final, que no llegaría más que una vez. Destrozada la Cruz, he aquí de nuevo los laberintos. Las artes del circo y los juegos del estadio. Todos en la pista, bajo los capiteles. Todos a la rueda, como ardillas. La rueda solar, cuya cruz gamada fue una subcontratación. Y la rueda de la Fortuna, una versión plateada. O la rueda luminosa de los Luna Park. La antigua cristiandad festejó el jubileo con la gran rueda, el gran ojo de Londres y el de los Campos Elíseos. El círculo de las arenas, de los estadios y de los circuitos automovilísticos. Los signos del zodiaco. La astrología y el horóscopo. La Naturaleza es ciclos, elipses y rotaciones. He

aquí de nuevo al Eterno original: la noria o el presente a perpetuidad. El Gran Pan se pavonea de nuevo. Y la palabra Re-volución retoma su sentido astronómico, retorno de un círculo a su punto de partida… Curiosa avanzada, verdaderamente.

Pitágoras profesaba el eterno retorno y había optado por no escribir. Abstención justificada. La puesta por escrito parece extraña a las sociedades orales, que no pueden pautar el devenir con listas de acontecimientos o de hechos insólitos. Nuestros escritos se alinean sobre lo oral, nuestras imágenes ascienden en espiral y las leyes de la perspectiva no ahondan ya nuestro presente. Nuestras vidas se vuelven "tachistas", sin línea directriz. Esas maniobras las experimentamos en pantallas, carteles y revistas como una excursión al campo, como si nos fuéramos de pinta lejos de los tristes túneles de la línea, el párrafo y el capítulo. Aprender a leer y escribir es entrar por la fuerza en desfiladeros de sentido único. Las palabras escritas me obligan a la fila india. Del mismo modo que la vida cristiana tiene una secuencia unilineal de sacramentos. Yo no soy el único amo a bordo de una hoja impresa. Si "la lengua es fascista", como decía Barthes, ¿qué decir *a fortiori* de ese corredor embetunado que tiene derechos anticipados sobre mi mirada, que me impone una dirección, que me empuja de izquierda a derecha o a la inversa sin pedirme permiso? Con ese rasero, el línea a línea de la página escrita es, en comparación con el videojuego, como mínimo nazismo. Nada menos libertario. Se entra por donde se quiere en una imagen. Exploración óptica a discreción. No hay sentido único; no hay, incluso, sentido alguno. Todo es donde y cuando yo quiero. Pasar del riel al redondel tiene algo de jubiloso. No más línea recta que concatenaba un Anuncio a un Fin y prescribía rellenar bien el entredós, según un calendario fijado con anticipación. La fiesta electrónica rompe con este "prefabricado" libresco. Para ella nada está escrito de antemano y toda ley es letra muerta. No sólo reclama el



Spudich, Berlín, años treinta.

derecho de hacer saltar la señalización abusiva de los horarios y los programas, las restricciones de las *free parties*, el deber de declarar sus intenciones por anticipado a alguna autoridad y fijar con antelación una hora límite ("los jóvenes que participan en *raves* quieren significar que el placer prescinde de bendición"), sino que tiene además los medios de su felicidad: la ruptura de ritmos, lo inopinado, la mezcla de sonidos y lo repentino. A menos que la fiesta no tenga el espíritu de sus aparatos. Nuestros goces cambian con nuestras panoplias.

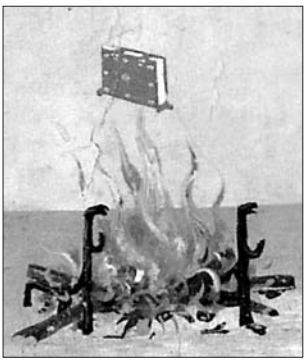
¿Creer sin leer?

Objetos provenientes de la colección de Yad Vashem en Jerusalén. (Memorial del genocidio judío.)

Signo de los tiempos, y no donde sea. Aquel que va, en Jesuralén, capital mundial de la memoria, al Santuario del Libro, encuentra un lugar sublime y casi desierto. Cuando va entre la muchedumbre a Yad Vashem se encuentra un lugar sublime y repleto —de civiles y jóvenes soldados. En el corazón del mundo bíblico la memoria del genocidio prevalece sobre la del Libro. ¿Hay algo más normal? Qumrán está lejos y Auschwitz fue ayer. Polo identitario de las diásporas y centro de inculcación cívico-militar, el lugar de conmemoración del Holocausto así como el día de duelo (el 27 del mes de nisán) y los oficios litúrgicos que lo acompañan se han convertido en el pivote de una religión civil común a los laicos y a los religiosos. No es ya una religión del Libro. Una centralidad federadora sucede a otra (y no tienen nada de incompatible, al contrario). Las razones son evidentes. Pero el mediólogo no puede dejar de comprobar que hay en Yad Vashem, por más despojado que esté el lugar, mucho que ver y entender, imágenes y sonidos, con gran efecto de presencia, mientras que no hay en la magnífica galería subterránea de la *Shrine of the Book* ninguna otra cosa que hacer que descifrar (o intentar hacerlo).

Cambiar o morir es el dilema propio de todo ser natural o sobrenatural trasplantado a un medio ajeno a sus hábitos y a su fisiología. Integrismo suicida. Toda tradición es una máquina de matar el tiempo, vital en ese sentido, pero que no puede funcionar sin algunas transacciones con el tiempo que se va. El televangelismo, por ejemplo, es una forma folclórica pero parlante de este instinto de supervivencia por el cual una religión de lo escrito se pliega a la videosfera.

Cien veces descritos los rasgos de esta mediasfera extraña y sin embargo nuestra: primado de lo emocional sobre lo discursivo, del instante sobre los procesos, del individuo sobre el grupo, de lo auténtico sobre lo verdadero, de las parataxis (yuxtaposiciones pasivas) sobre las sintaxis (organizaciones construidas) y de los escándalos sobre los misterios. No volvamos al mismo tema por enésima vez. La respuesta adaptativa, por parte de las "viejas iglesias": un cambio de porte de lo doctrinal a lo carismático y una transposición en la pastoral de lo "sagrado del instante" (viajes con gran pompa, ceremonias continentales, congresos de oración). Si no hay tiempo pico, no hay información. Si no hay información, no hay existencia. Bocal obliga. El pentecostismo protestante y el iluminismo católico tienen un buen porvenir en un mundo de comunicantes, y es probable que den cada vez más el tono a los asediados de la fe cristiana. Para meterse no ya en la página sino *on line* y en el ambiente hay que volverse interactivo y contextual —y sacrificar las escrituras ante los fondos sonoros (guitarra, batería, saxo). El audio no exige la misma concentración que la lectura en suizo, sospechosa secesión de asocial. Tampoco se les pide ya a las religiones instituidas proponer *verdades* (depositadas en caracteres pequeños en textos y encerradas en cajas) sino ofrecer *valores* (estremecimientos sensoriales y participativos). Paso a los "signos fuertes" que "dan sentido". De acontecimiento que era, la Resurrección se convierte entonces en una vaga alegoría (Drewermann).



Fra Angélico, *La disputa de santo Domingo y el milagro del libro* (detalle de la *Coronación de la Virgen*). Museo del Louvre, París.

¿Qué suerte va a reservar el poslibro a las religiones del Libro? Ellas adoran a un Dios que se descifra y no se ve ("nadie puede ver mi rostro sin morir", previno desde el comienzo, dirigiéndose a Moisés). Y sostienen que la imagen de Dios, cuando es autorizada, no es nunca Dios, quien es Palabra consignada, Biblia o Corán. ¿Nuestro Metalibro conservará su estatus de excepción respecto de los libros ordinarios? Con un capital imaginario fundante, nuestro banal ladrillo de papel se ha refugiado en un nicho poco inervado del cuerpo social. Si sigue siendo, por su pátina, un pasaje obligado para los héroes de la imagen —empresarios, actores, cantantes y políticos—, para quienes una obra debidamente firmada es como una carta de presentación ventajosa, su poder de convocatoria sobre el público, en profundidad y anchura, disminuye cada día (como lo muestran con creces los prestigios y los niveles de vida comparados de los oficios del libro, del sonido y de la imagen). Nuestro *saber leer*, nuestra sensibilidad en el continuum mimético de reposiciones, rivalidades y parodias literarias que aparece en cualquier texto de autor (tal como la historia de la pintura habita en el menor esbozo de Goya o de Picasso), se extingue suavemente. Los promotores de emisiones literarias, para legitimarse y volver a captar al público joven, hablan de defender "el escrito en sentido amplio". ¿El sentido propio los haría huir? Quejas y sermones inútiles. La ley del medio: *dura lex sed lex*. Nuestras NTIC (nuevas tecnologías de la información y de la comunicación) se llevan por delante a la vez el modo de reproducción de los textos, su soporte y nuestras maneras de leer (que la imprenta en su tiempo no había modificado sino un poco). Con el libro desmaterializado, y por lo tanto desacralizado, comienza un mundo a-bíblico, invadido por lo cultural y abandonado por la lectura. *Abíblico* puede decirse un mundo donde el escrito circula más alegremente que antes, pero donde el libro transformado en base de datos declinables a voluntad ha perdido su centralidad simbólica, en beneficio de impresos de muestra o de picoteo utilitario. ¿Libro en migajas, Dios en migajas?

Ordenador es una palabra proveniente del latín de iglesia que designa al que procede a una ordenación, el que preside la ceremonia o el director. Cristo era llamado "ordenador" en el siglo XIII, término que Malebranche aplicó igualmente a Dios. Aquel que dispone las cosas según un orden, una línea de sucesión (la ordinal, por oposición a la cardinal), y respecto de la cual estamos todos

Libro electrónico
Cybook. (Cytale S.A.)

ordenados (o subordinados). De allí viene la traducción al francés del inglés *computer*. La palabra se abrió camino pero la Babel informática yuxtapone sin ordenar. El nuevo vals de las huellas y de los cuerpos sacude las columnas del templo dándoles movimiento a los dos. Porque lo numérico o digital atenta contra la fijeza de las palabras (problemático depósito legal de los sitios electrónicos). El signo desborda, se escurre, se escapa por todas partes. Se puede suponer que la Biblia no será desterrada del todo de la red puesto que era ya, con sus nexos hipertextuales y sus juegos de espejos, un "texto electrónico" antes del bit: un libro nunca cerrado sino continuado por sus comentarios, maleable, indefinidamente anotado, sin autor reconocido, donde se puede navegar de libro en libro, y que habría escapado a las reglas burguesas de la propiedad literaria si hubiesen existido. La disparidad y la polifonía caracterizan a las Sagradas Escrituras, pero estaban enmascaradas por la unidad física de la recopilación (versión papel), que prestaba la suya al autor putativo: Dios. La edición digital, particularmente bien adaptada a esas milenarias misceláneas (a esas "mezcolanzas"), llega demasiado tarde para mermar la integridad canónica del depósito. La Biblia seguirá siendo lo que es, para una lectura que ya no lo es, pero "un libro cambia por el hecho de que no cambia mientras el mundo cambia" (Roger Chartier). El establecer correspondencias de todo con todo en la red, borradora del relato, no puede sino quitarle su posición de dominio, dejándola sin etiqueta ni signo exterior de riqueza. Pero mucho más comprometedora para la Autoridad Suprema que la diseminación de sus huellas amenaza ser la de los fieles.

¿Qué debe hacer el Ordenador Original frente a los ordenadores a secas? Transformarse, por supuesto. A las bibliotecas sin lectores, a las que se llega por internet, corresponden religiones sin dogmas y sacerdotes sin sotana. Es ya posible esperar de las redes de comunicación del mañana un *e-God just in time*, conmutable, por telepedido y sin copyright.

Un bien por un mal. Toda maquinaria nueva produce una servidumbre al liberarnos de otra. El alfabeto del desierto nos libró de las diosas madres y nos

confió a un pueblo único en su género, nexo entre el Señor y las naciones. El *codex* manuscrito liberó a ese Dios escrito del encierro en Tierra Santa, volviéndolo universal y compartible, no de derecho sino de hecho. La prensa manual quebró el encierro eclesiástico para abrirlo al libre albedrío multilingüe de cada cual. Liberó al Dios Único de la Iglesia Única y al creyente del latín de los clérigos. ¿De qué nos liberan hoy la reproducción digital y las telepresencias? De la noción de integridad. De la idea de totalidad integrada. De donde resurge lo divino en kits, modulable, atomizado, opcional, susceptible de bricolajes, de *collages* y de desviaciones (como la instalación en el arte contemporáneo). Las religiones sin Dios son las mejor destotalizadas, desconfesionalizadas, desreguladas y, por consiguiente, las más competitivas. Lo espiritual no emite ya por un solo canal, o más bien cada confesión tiene el suyo, uno entre otros, y a nosotros nos corresponde buscar con el control remoto. Del papa al Dalai-Lama, pasando por Su Beatitud y por el Patriarca autocéfalo. Un ramillete de grandes brujos en libre competencia.

De allí nace, para el antiguo Eterno, un nuevo tipo de gobernancia. El pastor de la grey surge como P-DG [presidente-director general] de empresas de servicios sociales (bautismos, bodas, entierros). Con una clientela que administrar. ¿Qué es un cliente? Un *usuario que tiene la opción*. No un fiel sino un adherente; de club, o de asociación, con un margen de libertad multiplicado. Ahora bien, en materia de bienes de salvación, el consumidor mundializado no tiene sino el problema de la elección para llenar su carrito. Una pizca de zen, una sesión de meditación trascendental, una dosis de reencarnación, un poco de Talmud, sin olvidar un socorro angélico, por si acaso. Los más confiados pueden completar con X-Files y un complot de extraterrestres. Consecuencia: en el mercado de las creencias, como en el de los votos y el de las marcas, las firmas del Señor deben adaptarse a los desiderata

El pastor Paul Youggi Cho, fundador de la Iglesia del Pleno Evangelio, predicando por medio de la pantalla televisiva en Seúl. Fotografía de Michel Setboun.

del cliente-rey y surfista. Este marketing obligado se eufemiza como "la obligación de responder a las expectativas de la sociedad".

Del comité de selección radio-foto —constataba Walter Benjamin en los años treinta— emergen dos ganadores: el dictador y la mujer fatal. Lo feroz y lo amable. Del comité Herzt-Bit, que sucedió al primero, el cantor y el gurú salen ampliamente victoriosos. Para contrarrestar la *estetización de la política*, que despuntaba con las catedrales de luz del Nuremberg nazi, el filósofo alemán proponía *politizar la estética* (esto no funcionó). Para contrarrestar la *estetización de lo espiritual*, con los shows sobre la pantalla grande, se estaría tentado de querer *espiritualizar la estética*, pero el resultado no sería mucho más convincente.

El mediador ante el riesgo de los medios

Las sociabilidades lábiles de la red y la depresión individualista tocan en lo vivo, y por consiguiente en el espíritu de los ritos de consagración (un sacerdote no dice misa solo). Es la *asamblea* lo que asegura compartir la Palabra y el Pan, *in præsentia*. Y los dos sentidos de *comunión* no se disocian. La telepresencia real sigue siendo a este respecto una aporía, y la teledistribución de las especies es la cuadratura del círculo. Si el cuerpo místico deviene una nebulosa aleatoria de fieles, ¿hasta qué punto seguirá siendo místico? Es la dificultad de los proyectos de iglesias virtuales y, ya en rigor, de las misas televisivas. Ante el aparato, el asistente ya no es actor sino receptor, acechado por la pasividad estética (la misa como bello espectáculo) y privado de la alegría de estar todos juntos en una misma escena. La pantalla no instituye un sitio, o más bien transforma la nave sonorizada y filmada en no-lugar, como lo son las gasolinerías, las casetas de peaje de las autopistas y los hipermercados, todos intersustituibles. Al alejarme de mi prójimo (o al aproximarme a mí), el todo-tele contribuye a pulverizar un poco más al pueblo de Dios, lo que no facilita la Eucaristía. Los tomates cultivados fuera del suelo son consumibles aunque les falte un poco de sabor, ¿pero las liturgias? ¿Puede haber un telesacramento como hay teletrabajo? Es un umbral en lo desencarnado más allá del cual el transmitir se extingue, el Espíritu toma la tangente, a tal punto que la Encarnación le

es consustancial. Perder el sitio ceremonial además del Libro que sustenta a sus lectores equivaldría a desactivar la gracia. El carácter móvil de plomo en Europa del norte hizo resplandecer en el siglo XVI la mediación del cuerpo eclesial. Si el *on-line* y el *off-line* llegaran a suprimir, con el *in-situ*, el cuerpo a secas, eso no sería ya renovación sino implosión. Dios puede prescindir del Sumo Pontífice, pero no de los conmemorantes físicamente reunidos.

Las tecnologías *en vivo* no soportan las *instancias de lo diferido* (todo lo que puede transmitir un acervo: de fe, de conocimientos o de reglas), que consumen nuestros diferentes cuerpos constituidos uno tras otro: Estado, Escuela, Justicia, Ejército. Y las Iglesias cristianas, comenzando por la más obligante y apremiante, la apostólica romana, están en el campo de tiro de la inmediatez. Jesús mismo, nuestro primer mass-medium, no está verdaderamente a gusto en los mass-media, y todavía menos sus servidores. Y no hablemos de los santos iconos. Los mensajes visuales, decía Valéry, no conciernen al máximo de hombres posibles sino porque "exigen lo mínimo de Hombre posible". El Hijo del Hombre, en el cine o en foto, ya no hace bajar los ojos ni levantar la cabeza. El deslizamiento de la visión hacia lo "visual" (cuando la imagen de lo divino ya no corresponde más a una experiencia de lo divino) —iconoclasta por exceso de idolatría— ve el advenimiento de una mirada despreocupada, incluso alegre, pero de la que todo valor de superación ha desaparecido.

Reconstrucción virtual de la abadía de Cluny. Médialab / INA.

Tales son las inelegancias de la convicción, las torpezas de la fe que excitan en adelante las rechiflas del buen gusto. Angelismo y santurronería aplacan nuestra sed de guasas. ¿Una preocupación de ultramundo cuando el reino del buen placer nos requiere en éste a todo instante? Permítanme reír. Los católicos se estiman los más burlados y se ven naturalmente como víctimas propiciatorias de la desenvoltura reinante, en la cual, por todos los

medios, buscan sin embargo insertarse (a través del estrellato, del llamado a las tripas, de los *media-event*). Los protestantes serían los que tendrían más fundamentos para protestar pero son demasiado poco numerosos en Francia para atraer el escarnio. El judaísmo es sacralizado por la Shoah, el islam por el antirracismo y el evangelismo por su bajo perfil. Los pioneros de la revolución moderna no han tocado sus dividendos y eso no es justo. Falta de jefe emblemático (primer plano imposible), déficit de magisterio, complejidad de las posiciones, folclor débil: los reformados son los más penalizados, no sólo por el oropel y las lentejuelas (sin tener cabeza identificable y careciendo de cuerpo atractivo), sino por el retorno pujante de lo mágico y del hechicero sobre las ondas portadoras. Además de un pasado decepcionante (para ser breves: Inquisición, san Bartolomé, Galileo, Pétain), los católicos, al menos en Francia, tienen la culpa de ser numerosos y, peor aún, de representar el término medio. El tamiz mediático retiene mejor a las minorías ostentosas, las identidades dramatizantes y agresivamente anunciadas. Las actitudes patéticas y pasionales se benefician así con una prima de exposición de la que se ven privados los centristas de Dios. En esta competición victimaria los católicos no son, de hecho, los peor situados, ya que cámaras y micrófonos, apasionados de las cúspides, sólo se ocupan de las Eminencias. De allí una sobrexposición de la jerarquía, poco atractiva en sí misma. Si se añaden a este cuadro, para el caso francés entre otros, los rumores de pedofilia (19 sacerdotes fueron inculpados sobre 25 mil), convengamos en que el católico atraviesa un mal momento. Habrá mejores.

Espacio saturado, tiempo evacuado

La cantinela del "fin de la historia" está tomada del mismo autor europeo, Hegel, que fue el primero en anunciarnos, en su obra *Fe y saber*, de 1802, "con un dolor infinito", la muerte de Dios. Estremecimiento romántico al que dio amplitud especulativa. Se argüirá que la historia no termina de finalizar ni Dios de morir. Queda una innegable relación entre la expectativa en la abscisa (el hecho de que no esperamos ya de un mañana cualquiera algo esencialmente diferente de nuestro hoy) y el enganche en la ordenada (el hecho de que no atamos ya a un designio sobrehumano nuestras felicidades y desgracias).

Juan O'Gorman, *Llamado del cura Hidalgo a la sublevación popular*, detalle del fresco *La independencia de México*, Museo Nacional de Historia, México.

Cuanto más se desjudeocristianiza Europa, más se despolitiza. Es el impulso hacia adelante de Abraham, cuyo inconsciente remordimiento nos empujaba hacia el foro, teatro profano de la Promesa Sagrada. Ejemplar François Mauriac: "Mi vocación es política en la estricta medida en que es religiosa. Estoy comprometido con los problemas de acá abajo por razones de allá arriba." Es imposible tener fe sin tener esperanza. Y también lo es tener esperanza sin el deseo de hacer cosas. "¿La fe que no actúa es una fe sincera?", preguntaba Corneille. La salvación *en* la historia del cristiano no es la salvación *por* la historia del militante, pero nuestras difuntas religiones de salvación temporal fueron las colas de cometa de la religión madre. ¿Qué fue el militantismo revolucionario, después de todo, si no la esperanza judeocristiana menos el *contemptus mundi* (el desprecio del mundo)? Es ingenuo oponer término a término la dependencia respecto del pasado de las sociedades con gobierno religioso al encargo por el porvenir de las ideologías políticas. Sociedades anterocentradas y sociedades futurocentradas. El pretendido pasaje de la religión a la ideología (para emplear términos burdos y vacíos) se efectuó en y por lo religioso. El porvenir radiante del "socialismo científico" reencontraba la cuna de la humanidad, el comunismo primitivo, y el cristiano inicial era el anuncio tembloroso de un desencadenamiento del Gozo: la Resurrección. ¿Quién no ve que el pasado del creyente es un crédito a futuro? Un socialista y un cristiano tenían un *destino* que cumplir para oponerse al *sino*, que es el patrimonio de los Eternos Retornos. Estábamos aquí abajo para sufrir, ciertamente, pero las pasamos negras para precipitar los últimos tiempos, abriendo brechas y tomando delanteras. No era cosa de no hacer nada. Los reformados, a cuyo juicio el pecado original era demasiado aplastante para que nuestros méritos pudieran rescatarnos de él, y al no contar más que con la gra-

cia gratuita para redimirnos, no fueron los últimos en poner su corazón en la obra y guardar sus ahorros. Definir el mundo, con Calvino, como "el teatro de la gloria de Dios", no puede sino despertar el deseo de pisar sobre tablas. Sin duda el acontecimiento fundante —Revelación judaica, Encarnación cristiana— tenía algo de clausurante. La misa estaba dicha. Lo que pobía suceder no podía sino retomar, repetir, confirmar lo ya ocurrido. A despecho de estos réditos, un proyecto de salvación marcaba el camino (nada se jugaba de antemano) que, de golpe, dejaba de ser una mezcolanza de anécdotas, un Museo de los Horrores. Había alumbramiento, trayectoria y finalidad. Con un punto de lanzamiento (el Sinaí, el Gólgota) y un punto de fuga (el Milenio, la Jerusalén terrestre). El Eterno espiritualizaba lo efímero. No habríamos idolatrado el curso de las cosas bajo el nombre de Progreso si un Dios extrovertido no lo hubiera, desde su nacimiento hebraico, habitado y estremecido. La moral de Occidente se unía a la acción porque nuestra parte de eternidad se realizaba en la historia. Esta militancia procedía de aquel destino. ¿El plan de salvación degradado en "siempre más"? Milenarismo de contrabando, caricatura sacrílega, "ideas cristianas que se volvieron locas" —se dijo y se repitió—, pero todo ello transmitió la prospectiva, las Brigadas Internacionales y el Comisariado al Plan. "Y todo me era promisión…" Los jóvenes de antaño querían *hacer* algo; los nuevos quieren *ser* alguien. Y enseguida. En el presente, cuando todo se ha puesto en presente, se puede tomar el fresco al borde de los chapoteaderos. Los acontecimientos hacen más ruido; la melodía se ha extinguido. Sonidos chirriantes, a falta de tema. Amable o malsana, la lectura del diario no es ya la plegaria de la mañana. ¿A quién dirigirla? La falta de suspenso vuelve a la actualidad a la vez apabullante y repugnante. Estamos todos en directo, pero ¿de qué sirve esa sincronía si el meollo de un devenir ha desaparecido? El Verbo se largó, se esfumó y la carne de las catástrofes se desploma sobre sí misma, celulitis fofa y sin espíritu de la que dan ganas de alejarse. Después lo *ágil*, lo *sincopado*. Música tecno. Furor electrobáquico de los *raves*, hechizo rítmico del tecnopaganismo, *ecstasy* para todos.

Nuestra feroz inocencia, nuestra sed de pureza, nuestra obsesión por el Mal, nos hacen huir hacia lo divagante y lo mágico, con o sin "ácido", hacia el trabajo de lo negativo y la Angustia del surco. Que no es, ni mucho menos, la morosa con-

templación de lo que está condenado a desaparecer, ni la melancolía convencional producida por las ruinas, sino el pavor que suscitan, y no sólo en las bellas almas, los compromisos del acto así como la deriva que implica toda travesía del tiempo. El devenir escrito del grito nos da miedo. Huir de lo real en el principio, de la historia en la intención y de la duración en el instante son tres aspectos de un mismo movimiento: el *repliegue*. Todo se relaciona. La moda, la ola actual del moralismo, bajo este ángulo, sería menos una secuela de la cristianidad que la cáscara vacía dejada por su reflujo. No sabemos ya empalmar lo Infinito a lo finito. Ni el ayer al mañana. Ni las palabras a los actos. Hemos extraviado el instructivo sobre el modo de empleo. Jehová no era un premio de virtud, y para un judeocristiano no hay universal sin particular (traduzcamos: no hay moral sin política). Al menos si las prédicas deben incitar a algo. La Encarnación era algo muy incómodo y arriesgado. Generaba combates dudosos y más amargos que dulces. Con lo universal abstracto nos sentíamos a resguardo, del lado del Bien, y libres de salir a flote. Bellos en el espejo.

Es raro que se pueda escapar a la inocencia del no-actuar sin sustituir el espacio por el tiempo en la jerarquía de los valores oficiales. Tal fue la proeza del judaísmo. Los autores bíblicos (que han habituado a su posteridad a relegar la geografía detrás de la historia) cuentan mucho mejor que lo que describen. La intriga, en la Ley y en los Profetas, escamotea el decorado. Los hombres de Dios no tienen ojos más que para el fin y el origen. Excelentes genealogistas y pobres paisajistas. Buenos pronósticos, pero apuntes vagos. Era sin duda el precio que pagar, artístico y literario, para pasar del mito repetido a la historia activada, o de la magia de los lugares al embrujo de la meta. Henos aquí desandando ese camino. No esperamos ya nuestra salvación del mañana (ni el mañana como salvación), sino de *lo que está en otra parte*. Remplazamos el mesianismo por el turismo y esperamos de los espacios estelares secretos más preciosos que de nuestros orígenes. El espacio vuelve a ser la piedra de toque de las beatitudes.

Denis Roche, *Gizeh, 5 avril 1981*.

Recorrer Egipto en una semana. Estamos en la gloria cuando vamos lo más rápido posible de un punto a otro. La Fórmula 1, ritual del siglo, *nec plus ultra* del éxtasis temporal.

Hemos controlado tan bien las distancias que remplazamos el tiempo-sustancia por el tiempo-distancia: el minuto-metro, la hora-TGV (tren veloz), el año-luz. Huimos del tiempo muerto como de la peste. En un abrir y cerrar de ojos —"el corto siglo XX", que separa al velocípedo de lo supersónico— la textura de nuestro mundo ha invertido sus dominantes: poco nos importan las distancias que haya que recorrer, pero la menor demora nos resulta insoportable (a nosotros, que no somos ya pintores ni jardineros). Lo sagrado de la incursión, del récord y del flash es lo que nos ha dejado al partir un Dios lejano y lento, que se tomaba su tiempo para cumplir sus promesas y al que no le gustaban mucho los empujones en la puerta del metro. Nuestra felicidad no está ya en la paciencia de los caminos, en la molicia colectiva, en el "¡caminen!", en el hurra "por todos los que…", sino en la ocupación inmediata y egoísta de un espacio privativo, el mortífero "espacio vital". Cada uno para sí, cada uno en su casa.

La revancha del Oriente

No por nada la obsolescencia de los medios de difusión del Dios alfabético se encuentra en este balanceo entre una conquista del tiempo y una conquista del espacio. En suma: entre una cultura de la *realización* colectiva y una cultura de la *expansión* personal. El hombre sin convocatoria puede sentirse a mano con la historia. Lo que quiere decir que nuestros santos no serán ya héroes —los de la cristiandad medieval y clásica llevaban a menudo los dos sombreros— ni nuestros monjes serán soldados. En Occidente la declinación del militante, lo íntimo del Devenir, sirve a la causa de los renunciantes. Los servidores de lo sagrado, en el atrio de las catedrales desafectadas, se sentarán pronto en posición de flor de loto para ofrecer nardos a los visitantes.

Kipling, pues, andaba desencaminado. Ya no es cierto que "*East is East and West is West and never the twain shall meet*". Occidente se orientaliza. Ha perdido su estimulador cardiaco y busca la tranquilidad. El antiguo Autor de sus

André Malraux en la India. Fotografía de Jacques Potier.

días lo había vuelto ansioso; de redimirse del pecado y de esa angustia había hecho su virtud axial: la salvación por la acción. Virtud violenta y cargada de crímenes contra la humanidad, si se incluyen en el balance las Cruzadas, la colonización, la trata de negros y la destrucción *manu militari* de los dioses alógenos. Pero virtud *dinámica*. El hombre de Occidente tenía fama de activo, inquieto, emprendedor. Tomaba las riendas de las cosas. Quería convertirse en amo y poseedor de la naturaleza. Tenía espíritu de organización. Llamaba activismo a este ascetismo hecho de celo y diligencia. El Único daba el ejemplo, llenaba nuestra agenda, día a día, sin dejar nada al azar. Extraño Absoluto del Extremo Occidente que no vivía en autarquía, como esos dioses orientales cuyos atributos metafísicos se captan mejor que sus hazañas. Éstos no se mezclan demasiado en nuestras pequeñas historias. No conjugan sus verbos en futuro. No son de un humor intervencionista. Son francamente apolíticos (siendo ya la cristiandad oriental más estática y contemplativa). No tienen mensajeros alados para facilitarles el trabajo. Nuestro Dios prescriptor de compromisos no se rodeaba de asistentes del trono para escapar al tedio sino para enderezar el curso del mundo. Su angelismo completamente militar lo ayudaba a militar. En suma, con Dios Padre es un poco de la singularidad occidental lo que se ha ido. Una nivelación se opera, vía la macrobiótica, entre el Oriente sereno y el Occidente atareado, un progreso en la mundialización de las almas. El mentor de Abraham contrastaba demasiado con las deidades absentistas de las Mañanas calmas. Su licenciamiento va a hacer más fácil el "diálogo de las culturas" (una ganancia neta para los coloquios de la UNESCO).

Hemos opuesto durante mucho tiempo la Historia a la Naturaleza. ¿Columpio retórico? Quizá, pero también resorte para "arreglárselas". Se va a distender: la historia humana vuelve a ser zoológica. Lo biológico toma la delantera. Erup-

ciones volcánicas, tsunamis, inundaciones, canículas, ondas frías, temblores terrestres los hubo siempre, pero entre nosotros pasaron por un momento, dos o tres siglos, a un segundo plano. Vemos de nuevo el aire, el agua, el fuego, en el primer plano de las noticias. La vida parlamentaria, las declaraciones de los partidos se diluyen ante el desencadenamiento de los elementos, accidentes que podrían aumentar en espiral. Tempestades, sequías, naufragios, pandemias, epizootias, avalanchas, contaminaciones, deslizamientos de terrenos, enfermedades. La historia de las voluntades para la cual nos había preparado la salvación por las obras se vuelve a cerrar suavemente. No era más que un paréntesis. Y recomienza la historia sin historia de una especie animal de vuelta a su estiaje: la lucha por la vida. Una especie a la que el clima, los virus y otras especies domésticas, las vacas locas y las ovejas negras, causan muchas desgracias, y que hace frente a una catástrofe tras otra. Nos defendemos. Sobrevivir ya es bastante.

Rasgo irónico y más bien simpático de la mutación de las especies y de los cambios de clima es la revancha, incluso el triunfo de fórmulas culturales hasta determinado momento consideradas marginales por estar fuera del medio. La joven cabra de Dahomey, de pelaje tupido, corre menos rápido que las demás porque sus músculos se calientan demasiado. Por eso la hiena que ataca al rebaño puede devorarla primero. "Desaparecida precozmente, no se reproducirá", apunta Bernard Stiegler, inventor de esta pequeña fábula mediológica. Pero cuando el clima se enfría unos grados, he aquí que el déficit isotérmico afecta a sus congéneres de pelaje no suficientemente abundante, de las que se alimentarán a su turno los animales de rapiña. Reaparición gloriosa de la cabra de gran pelaje. Caracteres negativos en un principio se vuelven positivos según qué línea el termómetro suba o descienda. Inadaptados a la sociedad militar-industrial de ayer, los budismos se revelan muy bien adaptados a la sociedad bioinformática de hoy. Un mundo en red es un mundo cuyo comienzo está en todas partes y el fin en ninguna. Esto conviene a los grandes ciclos cósmicos (regeneración/destrucción) de las espiritualidades de Oriente. Así, de ser simples curiosidades filosóficas en tiempos de Schopenhauer, las escuelas orientales se aclimatan ampliamente. La no violencia, la prioridad dada al trabajo sobre sí mismo con una indiferencia cortés hacia el otro, la ausencia de un *corpus* cerrado y preciso, la ignorancia de la culpa, la muerte individual como reciclaje,

no en el más allá sino aquí mismo, todos esos rasgos ayer molestos por presentarse a contrapelo se han convertido en armoniosas respuestas correctivas a nuestra esfera desnaturalizada en busca de clorofila. Es el caso de los métodos de bienestar psicocorporal como el yoga o ciertas formas del zen laico.[3] El Atman hinduista, las Upanishad o el Bhagavad-gita adquieren también nueva juventud. Un Absoluto indiferenciado, ajeno al tiempo, que invita a la no dualidad, trasplantado a un mundo poscartesiano donde el hombre se reintegra a la larga cadena de lo viviente y se rodea más que nunca, en la ciudad, de animales de compañía, se revela de pronto más "moderno" que nuestros Evangelios. Más próximo de ese simbolismo verde y grato cuya nostalgia nos marca. Comulgar con el cosmos, abismarse en el todo, no encerrarse ya en lo humano… estas fórmulas vegetarianas resuenan cada vez más en el Oriente de nuestra alma, y este Oriente se instala a domicilio. Es la inversión de los antípodas.

Crepúsculo de Dios, alba de los magos

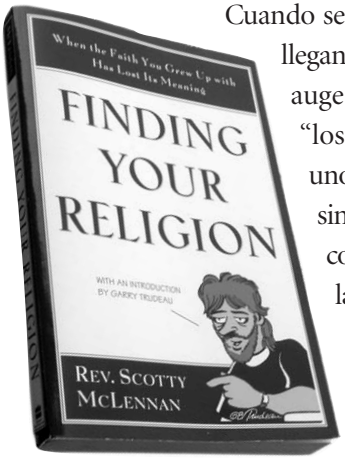
Henos aquí con la perspectiva de un exceso. La faz nocturna del hombre puede moverse en todos los sentidos. El cristianismo se orientaliza pero el hinduismo se occidentaliza, como el zen. Centro y periferia se trastocan. La globalización de las creencias entrecruza los puntos cardinales de las culturas.

Lo que está claro, para quedarnos en el perímetro de Occidente, es que el cierre del ciclo literario concierne igualmente a quien creía en el Cielo y a quien no creía en él. ¿La transmisión del acervo religioso se extingue? La del acervo cultural también. ¿Santo Tomás se va con Pascal y santa Teresa? Virgilio lo mismo, junto con Montaigne y Diderot. Las humanidades sufren idénticos desastres que el catecismo, y la disertación los mismos abandonos que la homilía. Menos textos literarios, artículos de periódicos y documentos iconográficos. No más gra-

[3] Véase Éric Rommeluère, "Un zen à l'occidental est-il possible?", *Voies de l'Orient*, Bruselas, julio-septiembre de 2001.

mática, nada de "inventiva". La catástrofe patrimonial del Eterno comienza entre nosotros con el difícil aprendizaje de la lectura y la escritura en la escuela primaria, con el derrumbe de la lengua en el colegio, con la relegación al basurero académico de la rama de las letras en los liceos y la irrisión organizada de la enseñanza filosófica en los últimos cursos del bachillerato. Nuestro Dios está hecho de la misma tela textual que nuestra laicidad. Lo que podría ya constituir un programa común. Porque comunicar los archivos del Eterno a una juventud disléxica no tendría interés para nadie. Pero más allá del alfabeto que ligaba, sin que lo supieran, a los hermanos enemigos, el cristiano practicante y el humanista secular, parece que tanto uno como otro podrían sorprenderse de un resultado extraño que contradice las expectativas contrarias, los temores o las esperanzas, comunes a las dos familias del espíritu: la muerte de Dios no es, como se había esperado o temido, el nacimiento de un hombre exclusivamente hombre. Lo que da a nuestra modernidad tardía un aire alejandrino de Antigüedad tardía (también nosotros tenemos nuestras grandes bibliotecas y nuestros museos). El desencanto del mundo por su racionalización, previsión a corto plazo, mal que le pese a la vulgata, falta a un compromiso. La yuxtaposición de un Dios en peligro y de creyentes en plena forma invita a interrogarse sobre prenociones demasiado adormecedoras.

Cuando una mayoría de jóvenes europeos declara no creer ya en Dios pero sí "en alguna cosa después de la muerte"; cuando dos de cada tres franceses tienen la preocupación de tener un entierro religioso; cuando uno sobre diez va a misa el domingo; cuando el tema de la reencarnación convence a un tercio de las personas entre 18 y 24 años, que la confunden poco más o menos con la Resurrección, ¿qué descubrimos? Que nuestro Dios de origen es perfectamente disociable de las vitalidades sobrenaturales, que no tienen necesidad de Él para retomar la piel de la bestia. Las funciones sociales y terapéuticas cumplidas por las iglesias cristianas conducen a preguntarse si Dios no era un *accesorio* finalmente *molesto* para las credulidades colectivas. "Señor, yo no he tenido necesidad de esa hipótesis." Un mercado de la salvación individual, próspero y sincrético, con una oferta escatológica reducida a los afectos, ¿no podría retomar por su cuenta la famosa respuesta de Laplace a Napoleón cuando éste le preguntó dónde estaba alojado el Creador en su mecánica celeste?



Portada del libro del reverendo Scotty McLennan, *Finding your religion*.

Cuando se ve ascender a las espiritualidades renovadas que llegan de Oriente, donde "todo es Dios excepto Dios", el auge de los cultos tipo Katmandú, que enseñan que "los dioses están entre los hombres y viven en cada uno de ellos", y los neopaganismos de la *cibermagia*, sin mencionar los diversos Templos Solares que son la comidilla de los tribunales, ¿qué descubrimos? Que la decadencia de las religiones tradicionales de Occidente marca el *retorno a la tradición prolongada* de la especie. El Dios que era en el mundo "lo que un inventor para su máquina, un príncipe para sus súbditos e incluso un padre para sus hijos" (Leibniz) vuelve a ser la buena y vieja antorcha cósmica "cuyas moscas somos". Retorno al redil del hijo pródigo, al deslumbramiento del mediodía inmóvil: el culto al sol egipcio y cananeo del que los hijos de Israel se habían separado con gran pena.

Cuando vemos el destino desde ahora académico del fluido astral (convertido en disciplina de doctorado por la Universidad René Descartes, a instancias de sabios sociólogos), de la homeopatía, de las paraciencias y de lo "paranormal" (brujos, alquimistas, curanderos, parapsicólogos, exorcistas, ensalmadores, etc.), sin remontarnos a la gnosis de Princeton ni a los Paulo Coelho del momento, ¿qué descubrimos? Que irreligión no es incredulidad sino superstición. Como si, liberada de la sujeción a los dogmas y las instituciones, la aberrante obsesión por la seguridad pudiera finalmente darse vuelo (las canalizaciones han saltado y todo se desborda). No sólo nuestros sistemas de explicación no han ahuyentado "los miedos irracionales", sino que, al dejar de hacer girar al universo en torno del ombligo humano, los habrían más bien agravado. Se sabía que "el pensamiento salvaje" rebasa al otro; no estaba dicho que lo sucediera. La prudencia científica, la autolimitación de los saberes positivos, la preocupación por el rigor, dejan sin cultivar zonas vitales (la muerte, el origen, el más allá) que tienen horror al vacío. Los reductores de incertidumbre llegados del neolítico vuelven a salir a la superficie (ya Victor Hugo, irreprochable anticlerical sin

miedo y espiritista practicante, consultaba a los espectros, como cierto presidente socialista a los videntes…). ¿Estamos tan seguros de que lo nocturno disminuye cuando el nivel de los estudios aumenta? ¿Acaso no se ha demostrado que las individualidades ateas telefonean con más gusto a las echadoras de cartas que a los practicantes sabiamente integrados a su parroquia? La Iglesia católica (y *a fortiori* las protestantes) proscribe toda forma de adivinación, horóscopo, tarot, influjos ocultos, llevar amuletos, etc., porque "la actitud cristiana justa consiste en entregarse con confianza en manos de la Providencia y en abandonar toda curiosidad malsana a ese respecto".[4] Quien desee conocer el porvenir antes de tiempo quiere expropiar a Dios de sus privilegios. Voluntad de poder sacrílega. Este ejemplo anecdótico para recordar que ya antes que la Razón el Único había desterrado los encantamientos del cosmos. Sus falsificaciones o sus metástasis podrían pronto hacernos añorar al Original.

[4] *Catéchisme pour adultes*, Les Évêques de France, pp. 497-498.

CAPÍTULO XII

Lo eterno del Eterno

Solamente el esqueleto es eterno.

ANNA DE NOAILLES

Cambian los ídolos pero el eje de la noria, el incurable creyente, está siempre disponible para una nueva vuelta de fe. Nuestras maneras de creer cambian con nuestros dispositivos, pero no nuestra disposición a darles crédito. ¿Por qué? Porque, en virtud de una incompletud que nos hace mucho daño pero que escapa a nuestra voluntad, no podemos formar cuerpo con nuestros semejantes para edificar personalidades colectivas distintas y durables sin abrirnos a "algo que nos supera". Pascal hizo la comprobación: "El hombre sobrepasa infinitamente al hombre." La inmanencia de un sistema social no está en condiciones de desbaratar por sí sola las fuerzas de muerte y de división, a las que se denominaba en el pasado diabólicas, sin un punto de enganche exterior que no puede pertenecer al sistema que funda y del cual no puede dar razón. Es en este handicap donde reside a nuestro juicio la invariante de las variaciones religiosas. Ineluctable sería entonces el rebrote místico, cuya detención nada permite prever. El progreso de los conocimientos y de los instrumentales no hará sin duda cesar la pulsión vital de las creencias y de las violencias que le están asociadas.

Advertencia. En este punto del itinerario, el mediólogo pasa el relevo al filósofo, y el investigador al cuestionador. Este cambio de insignia no es para extraer la moraleja de la historia, moraleja que ignoramos e historia que no ha terminado (si el Apocalipsis, a despecho de las matanzas, no es ni *now* ni *tomorrow*). Es por una simple preocupación de lealtad, como quien muestra su juego. "¿Desde dónde habla?" El investigador caminó hasta aquí siguiendo el rastro de un Huidizo, sin apartarse demasiado de la pista de lo visible. El cuestionador se preguntará de quién son estas huellas y por qué los hombres corren tras el Infinito, sin cansarse. ¿De dónde viene nuestra demanda de Salvadores y de Misterios, y cómo explicarse que la desaparición de Dios como nombre propio suscite tantos semidioses, tomados como nombre común? He aquí cuestiones probablemente irresolubles sobre las cuales no podemos más que suputar por nuestra cuenta y riesgo. En plan de soñadores, de mirones, de imprudentes.

"Avanzo oculto"

Pero, ante todo, ¿quién es pues esta Sombra con la que nos entretiene usted desde hace más de 300 páginas? ¿No sería cortés decirnos su estado civil? ¿Identificar a la Esfinge universal? No. Imposible. Lo siento. Si hubiera una respuesta clara y nítida no habría ya cuestión. No habría ya materia. Ni interés. Ni fundación. Lo propio de un fundamento es ser infundado. Si pudiera deducirse

de un principio fundador no fundaría nada. El garante nunca está garantizado; es justamente lo que presienten los profesionales cuando "evitan el tema" o "eluden las definiciones". Consultad a las autoridades. "De Dios —decía santo Tomás— es más fácil decir lo que no es que lo que es." Él buscó las pruebas racionales (*An Deus sit…*) por obligación universitaria pero de mala gana. Cuando se cree verdaderamente se guarda silencio. Cordón sanitario; que nadie se aproxime. ¡Ay de quien hable de Dios! De allí el molinete de falta de curiosidad donde se encuentra arrinconado el Creador universal desde su salida a la palestra, y que no Le deja más que optar entre prosternaciones ciegas o encogimientos de hombros. No puede ser objeto de un discurso crítico en las sociedades a las que obnubila y que consideran sacrílega la menor toma de distancia. Pero cuando ellas ya no creen más, el discurso será juzgado ocioso y sin objeto (se ha dado vuelta a la página). Es la desgracia del Padre. O interesa demasiado o ya no interesa en absoluto. Resultado: el comodín mata al as.

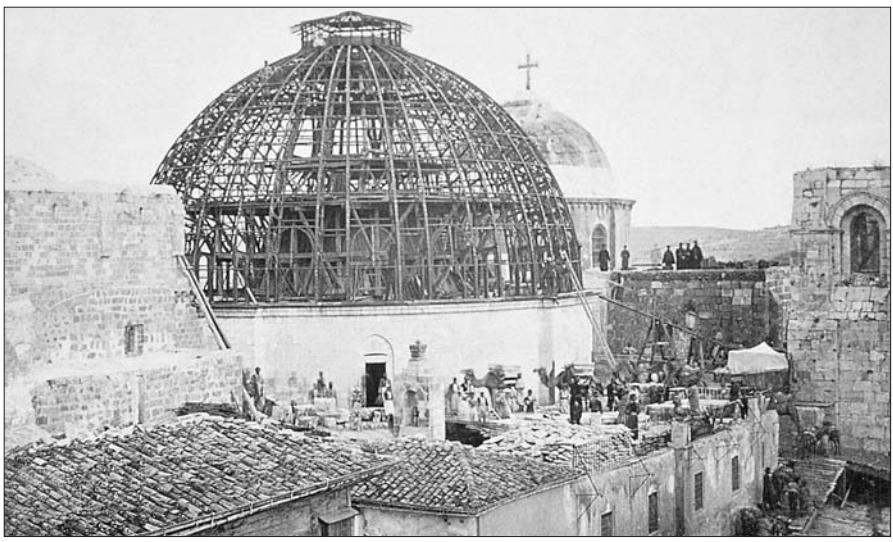
Los racionalistas no deberíamos regocijarnos demasiado rápido con el infortunio del Competidor porque nosotros mismos somos víctimas de una aporía semejante. Una teoría científica no puede suministrar una garantía absoluta en cuanto a los principios sobre los cuales reposa, porque ocurre una de dos cosas: o esta garantía supondría que introduce en su juego otros principios, y le sería necesario a su vez demostrarlos, con lo que estaríamos ante una regresión al infinito. O bien la teoría demuestra sus principios mediante las consecuencias que permiten fundar, y entonces estamos ante un razonamiento circular. Hay pues que detenerse en alguna parte, por decreto. Sobre el postulado o sobre el axioma, más allá de los cuales está decidido o se demanda que no nos remontemos. El Eterno, en tal sentido, fue el *postulado* de los sistemas judeocristianos. Es el golpe de genio de la Revelación: asumir hasta el fin la aporía del comienzo inscribiéndola en una historia, como un hecho bruto. Hubo ruptura en ese momento, interrupción del curso de las cosas; no hay nada que hacer, así son las cosas. ¿Lo "inútil de ir a buscar más lejos" detiene ese estéril remontarse *ad infinitum* (¿cuál es la fuente de la fuente?; ¿y el génesis del Génesis?, etc.). Dios justifica y explica porque es inexplicable e injustificable. *Credo quia absurdum*. En cualquier lugar que esté, el primer principio se queda "en el aire". En lenguaje más prosaico, la piedra más frágil de una construcción es su

piedra angular. Es precisamente lo que sobrentendemos los habitantes de un edificio de fe al declararla intocable: no corramos el riesgo. Oscilante quiere decir: decisiva e indecidible, sin respuesta evidente o unívoca. Un ejemplo contemporáneo, entre político y religioso: Israel se define como "un Estado judío en tierra de Israel". Todo judío, en cualquier parte del mundo, tiene el derecho de inmigrar. De donde se deduce la pregunta práctica: ¿qué es ser judío? No hay respuesta clara y definitiva a esta cuestión definitoria que tenga unanimidad en Israel mismo. Cada cual tiene la suya. Más vale, pues, dejar de lado la piedra de toque. En todas partes lo más vital socialmente es lo menos seguro, lógicamente. El Instituyente es eso de lo cual la Institución se prohíbe hablar. *(m)* La producción intelectual evita preguntarse lo que está en el fondo de un resultado científico y los matemáticos en actividad no se interrogan sobre el estatus de las idealidades matemáticas (¿creaciones de nuestra mente o realidades en sí, preexistentes a nuestros cálculos?). No se habla de Dios en un convento como tampoco de la verdad en un laboratorio, ni de la cuerda en casa del ahorcado. Y con razón: donde quiera las convenciones son necesarias, y son arbitrarias. No insistan.

Para el caso, la debilidad en la definición del Principio constituye su fuerza organizadora. Dios perdería su capacidad de federar a los desunidos si debiera cargarse de atributos y propiedades. Lo mismo ocurre con las Constituciones: las más cortas son las mejores. No se gobierna verdaderamente sino en el laconismo, o en la ausencia. "Dios me es cruelmente ausente" señala de su parte una bondad profunda: satura por carencia. ¿Es una locura? Sí, y por eso funciona. Porque el mundo real no puede encontrar en sí mismo las fuentes de su valor. Nuestros edificios tienen necesidad de domos o de cúpulas, y cuando se derrumban hay que reconstruirlas. La fuerza del Absoluto Divino le viene de ser relacional. No hay Dios en sí, sino siempre para alguien. Allí está su utilidad: servir para lo Mismo que Cualquier Otro, dar aire al recinto.

Que una teoría científica no pueda exhibir un principio de validez absoluta no le impide producir verdades incuestionables. Un monoteísta no tiene necesidad de suministrar las pruebas de la existencia de Dios para "hacer el trabajo" de anudar aquí y allá coherencias imaginarias y vividas. Asimismo, el hecho de que la idea de Dios tenga una historia, como la tienen las matemáti-

cas y la moral misma, no es la prueba de que esté desprovista de validez (y menos aún de utilidad). La creencia religiosa tiene razones poderosas que no son las de la Razón. Se puede mostrar que constituye una opción válida en su orden propio, que no es el de la argumentación lógica, sino más bien el del *conatus*, la tendencia de todo ser a persistir en su ser. Así se comprende que la innovación monoteísta haya podido resultar seleccionada y no rechazada por la evolución de la especie en el lugar y el momento en que fue hecha la proposición. No se impuso sólo por la fuerza. Ni por un complot del partido de los sarcedotes, queriendo imponérselo a la necedad popular. La violencia física no tiene más que un tiempo. El condicionamiento social también. Por sí solos no explican una tan prolongada supervivencia. Es permisible imaginar que la proposición de síntesis resultó adoptada y reexportada porque sus efectos, de acuerdo con la experiencia, resultaron buenos para la salud física de las comunidades así unidas, del mismo modo que para los individuos. O al menos suficientemente buenos para equilibrar a la larga los malos efectos y compensar los costos imprevistos de la adopción. Bergson opinaba que para encontrar la religión basta "reubicar al hombre en el conjunto de los seres vivientes y a la psicología en la biología". Habría sido feliz al saber por la neurología contem-



Peter Bergheim, *Reconstrucción de la cúpula del templo del Santo Sepulcro, Jerusalén*, 1862-1868.

poránea que los "estados trascendentes unitarios" tienen un efecto benéfico sobre el hipotálamo y el sistema nervioso autónomo. "Los estudios han mostrado que la participación en actividades espirituales como plegarias, oficios religiosos o meditaciones puede hacer bajar la presión sanguínea y el ritmo cardiaco, reducir los niveles de cortisona hormonal y suscitar mejoría en el sistema inmunológico del individuo."[1] Los creyentes tendrían una esperanza de vida superior, menos infartos y enfermedades cardiacas que los demás (en condiciones análogas, por supuesto). El doctor Koenig, del centro médico de La Duke University, expresó: "La falta de compromiso religioso tiene un efecto sobre la mortalidad equivalente a 40 años de tabaco con un paquete de cigarrillos diario." Estados Unidos ha reconciliado apologética y fisiología. ¿Por qué rechazar los datos brutos recogidos por médicos y psiquiatras estadunidenses?

Y el hombre dijo que el Eterno sea, y el hombre vio que era bueno. Y Lo mantuvo por arriba de sí. Más o menos oculto por las nubes, según las latitudes y los estados del tiempo.

¿Lo arcaico futurista?

La meteorología divina no es tan sombría como pudimos dar a entender. Nuestras secuencias históricas habrían podido ser montadas de otro modo y no serían ya la crónica de una muerte anunciada sino el cumplimiento indirecto de la gran Promesa. Sería como si nuestro Fregoli celeste no hubiera tenido siempre una salida para todo. Como si la historia de sus sosías no formara parte de la suya propia. Una vez disipada la ilusión de un Eterno inmóvil, como un puercoespín acurrucado en bola para resistir los asaltos de la secularización, el itinerario del Único en Occidente soporta muy bien una lectura no en declive, como la que hicimos nosotros, sino en ascenso. En los tres niveles que hemos descendido, correspondientes a los tres milenios, un hijo de Abraham optimista realizaría otras tantas etapas de una ascensión sin descanso hacia un Monte Sinaí banalizado, desde donde resplandecería un Moisés en

[1] Newberg y d'Aquili, *Why God won't go away*, *op. cit.*, p. 6.

plena forma, habiéndose alimentado de lo mejor de cada tierra. Este punto culminante casi se podría denominar *monoteísmo ateo*. Sería el coctel de los ingredientes sucesivamente recolectados en su marcha hacia adelante para corregir un acento local con otro. Yahvé habría aportado lo más rudo, con el dogma de la Ley; el Cristo lo habría completado, para suavizarlo, con la noción de persona y de moral interior; Mahoma, viendo al cristianismo abandonar su proyecto original de una reforma radical de las sociedades injustas, habría añadido una fuerte dosis de igualdad social (de allí su éxito contemporáneo); y un Buda llegado como curioso a nuestras latitudes, entristecido al ver el poco espacio concedido por los monoteísmos a la naturaleza viviente, vertería a la mezcladora común la compasión hacia todos los seres animados. En esta coctelera multicultural, nuestra piedad agnóstica, no queriendo quedarse a la zaga, coronó la mezcolanza con la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, las convenciones de Ginebra, el gesto humanitario, dos dedos de turismo espiritual y una pizca de astrología. Hay en adelante para todos los gustos, o más bien, como en las películas y las comidas de los aviones, el brebaje sería suficientemente insípido para no chocar a ningún paladar y para ser ofrecido a todos los pasajeros, de cualquier origen, opinión o religión.

Lo que caricaturizamos de un modo ligero es un proceso de industrialización moral cuya realidad nadie puede negar y que comenzó en el seno de las teologías. Cada dios se sirvió de su predecesor local como de un estribo para llegar más alto y abarcar más. Toma de él lo que tiene de más exportable o generalizable. El Yahvé de los judíos se apropió de las virtudes cósmicas y éticas de El, el dios en jefe de los cananeos, que luchaba también contra el dios subterráneo de las grandes aguas (el dios Mot, convertido en nuestro Behemot) "afilando llamaradas" y "sacudiendo el desierto" (como se repite en el Sal 29). Cristo, al llegar su turno, tomó de su religión nacional lo que tenía ya de universal, que se encuentra por ejemplo en Isaías, cuando el profeta ve afluir "todas las naciones" a Jerusalén y "acudir pueblos numerosos" (Is 2, 3). Porque hay siempre dos líneas que parten del monte Sión. Una, generosa, apela a irradiar; la otra, circunspecta, a no mezclarse (a no sentarse en la misma mesa que un goy, a rechazar el matrimonio mixto, a no habitar el mismo barrio, etc.). Los primeros cristianos retomaron lo *extrovertido* y dejaron lo *etnocéntrico*. Cada nuevo círculo se reencuentra inscrito en el siguiente, que lo desenclava de sus particu-

larismos (tal ocurre con el católico todavía inserto en la Iglesia romana que se convierte en el individuo universal a la manera protestante) y será a su vez deslastrado por el siguiente. Hasta el englobamiento casi panteísta de Gea, la Madre Tierra, donde lo sagrado incluye a las bestias. Y los ríos. Y las plantas. Y el ozono. El cosmos al fin bello como un dios…

En esta globalización feliz, la historia del Eterno se abriría del terruño a la Tierra como el diafragma de un objetivo. Primer plano, plano medio, plano de conjunto. El henoteísmo de una divinidad local se convirtió, después de Babilonia, en el monoteísmo de un pueblo elegido, que se extendió enseguida a todos los pueblos de la ecúmene mediante la evangelización cristiana. Después fue esparcido por todo el planeta por el proselitismo de los reformados. Y finalmente retrocedió, durante el siglo XX, en la mayoría de las sociedades civiles debido a una "secularización" que difunde en el mundo profano los valores sagrados. Así, el Decálogo se convertiría insensiblemente en la ley de las naciones. La espiral se cierra. Resumen en la ficha técnica de la apertura: a medio camino del primer milenio antes de nuestra era, en un territorio pequeño del Cercano Oriente, un haz de mitos aldeanos se engalana con la idea contagiosa de un Creador universal. Resumen en la ficha técnica del final: a comienzos del tercer milenio el Uno original, exportado desde su origen por la vía de múltiples denominaciones hasta los antípodas (comprendido el Pacífico), retorna sobre sí mismo bajo la forma de una conciencia mundial normalizada pero sin etiqueta de origen.

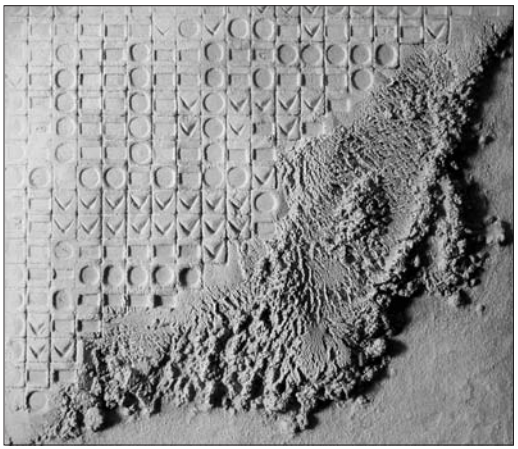
A la luz de este *happy end* el mal se vuelve un bien. El despojo de las iglesias, por ejemplo. Debería regocijar a los cleros porque sirve a su fin último, al permitir a un credo planetarizado desbordar las fronteras confesionales. Olvidando que la extensión de un concepto se encuentra en relación inversa con su comprensión (lo que se gana en amplitud se pierde en profundidad), el gruñón objetará que nuestro "derecho-del-hombrismo", religión muy acomodaticia, es a las revelaciones de Abraham lo que el esperanto a la lengua universal, o el G-8 a los pueblos del mundo. Y le será respondido que lo que cuenta es la asíntota. Miremos el punto de fuga, no las falsas apariencias de la transición. Y regocijémonos todos juntos de que nuestro siglo haya visto nacer el "catecismo del hombre honesto" con el que soñaba Voltaire. ¿A este máximo común denominador hay que llamarlo el cristianismo de los pobres en valores espirituales? ¿O

las letanías de los descristianizados ricos en dólares y euros? Lo importante es que el Uno esté con todos y en todas partes, tanto en Jerusalén como en El Cairo, en Washington como en Moscú. En tal perspectiva, "la muerte de Dios" sería la versión negra de una clonación en curso (y que hace honor al genio genético de la especie). La conciencia occidental tomó de órganos envejecidos, las Iglesias instituidas, un núcleo de célula monoteísta, lo implantó en el óvulo de organismos flamantes, nuestros Directorios hemisféricos, las Naciones Unidas y los Tribunales Internacionales, para producir un tejido moral revigorizado, genéticamente idéntico al antiguo y además injertable en todos.

Demos consistencia al guión. Ese movimiento en espiral hacia una religión a la que pertenecemos todos sin saberlo, los ateos a la cabeza, y donde la común paternidad en Dios no habría sido más que un rodeo necesario para llegar a la fraternidad entre los hombres, no se ha desarrollado en las nubes. Fue conducido, maquinado, por el curso constantemente ascendente de las logísticas del sentido, que hemos tratado de seguir a rienda suelta. El ascenso comenzó con la *escritura*, que garantiza al lenguaje una memoria autónoma (eliminando la necesidad de un hablante presente y vivo para transmitirlo). Siguió con el *alfabeto*, que universaliza el acceso a esta memoria (al ser el mismo para todos). Después con la *imprenta*, que permite su reproducción automática (eliminando la necesidad de hombres dedicados a realizar copias). Y culmina en la *informática*, que da al lenguaje así reproducido una productividad autónoma (el lenguaje de la informática trabaja completamente solo, es decir, el lenguaje está robotizado). Al externalizar su sistema nervioso, el hombre llega finalmente a inervar al planeta mismo (instalando sus capturistas de datos abajo, sobre y por encima de la corteza terrestre), lo que le permite tomar al globo a su cargo. El cableado informativo y científico le da la posibilidad de extender el "estar-juntos" a la biosfera como un único todo. La trascendencia, entonces, es la evolución en acto, santo Tomás más Darwin. Y este ascenso, en el corazón mismo de la industria de los signos, nos permite ampliar nuestro sentido de las responsabilidades a lo no humano. Del carácter de alfabeto a la *world wide web*, del rollo de papiro a la computadora portátil de tercera generación, pasando por el in-12, la litografía y el offset, cada "revolución" ha respondido más y mejor al plan de carga de la providencia mnemotécnica: mayor cantidad, me-

nos cara y más liviana (multiplicar el recurso, bajar costos, facilitar el transporte). Los espectadores asustados que quisieran salir antes de la terminal cosmoplanetaria para quedarse prudentemente con el amor al prójimo se felicitarán al menos de haber pasado de un Dios nicho, sobre un mercado muy especializado, a un Dios estándar o para el gran público, del cual el *American God*, Ojo incoloro pero panóptico, certificado de conformidad moral y constancia de buen funcionamiento institucional (Corte Suprema, 1952: "Somos un pueblo religioso cuyas instituciones presuponen un Ser Supremo"), habría sido una suerte de prefiguración.

"Se prescinde demasiado rápido de mis servicios en este rincón del sistema solar. Los cementerios están llenos de gente irremplazable, pero así y todo." El Omnipotente se equivocaría si se molestara viendo a nuestras sociedades mercantilizadas y festivas darle la espalda con cierta chabacanería. Que la autoridad moral de sus iglesias, sobre todo en Europa, no esté ya garantizada sobre una *logía* cualquiera (teo-, esotero- o escatología) no podría ciertamente agradarle. Pero la historia, le diría el joven Marx para consolarlo, avanza siempre por el lado malo. La reconversión de una Revelación religiosa puntual (no matarás, no robarás, etc.) en un código de buena conducta diplomática y política, oponible a todo descreído infiel, ¿no es acaso un fabuloso logro? Tal sería el último ardid del Eterno (como lo era el de la Razón), justo antes de su desaparición de las tablillas, para continuar reinando en nuestros corazones olvidadizos: el Padre haciéndose pasar por muerto en el interés de su familia numerosa. ¿Su recuerdo no interesa ya al gran mundo? Admitámoslo. ¿Ha perdido sus enemigos en el camino —los Prometeos que querían tomar el Cielo por asalto (todos muertos, fusilados o condecorados)— siendo que se vive y se vale sólo por el número y la calidad de los enemigos? Sea. Pero qué importa, si el valor de los valores cristianos —para simplificar: las víctimas tienen siempre razón— se ha convertido en la religión oficial de la familia. En su cuestión de honor. Lo que no habría logrado ciertamente si se presentara con la estampilla de origen, acuñada con la cruz o con la estrella. El logo se borró ante el Logos. La abnegación hasta el final. "*Good job*. He trabajado tan bien que ya no tienen necesidad de mí. Este asunto camina completamente solo. Vamos a ver otros lugares (los millones de galaxias restantes). Fin del episodio Tierra."



Pierre-Marc de Biasi, *L'empire du signe V* (óleo, arena y tierra), 1990.

El guión triunfal ya está. Sobre el papel o sobre la pantalla. A uno le gustaría adherirse. Por desgracia, quien saque la nariz para tomar el aire de nuestras aldeas, en particular las monoteístas, caerá en un pandemónium sin relación con el idilio.

Lo que desdeña la ascensión a lo Teilhard de Chardin hacia el punto omega de los reencuentros planetarios es la obstinación inesperada de la parcelación (como dicen los urbanistas que restructuran nuestras ciudades). Más aún: es la insurrección de las memorias locales suscitada por la deslocalización tecnoeconómica, que reaviva, exacerba, la necesidad de integridad palpable y ostensible. Y removiliza a los dioses, a los vigilantes de las fortificaciones.[2] Lo vernáculo se irrita bajo y contra lo global. Rejudaización de Israel (donde los rabinos no tuvieron nunca tanto poder desde la independencia). Reislamización de los países y los campus árabes (donde Alá nunca estuvo tan presente desde la descolonización). Recristianización de Europa del Este. Rebrote carismático en la Europa latina. Retorno del pentecostismo en las Américas. Retroceso de la laicidad en Francia misma. "La revancha de Dios" da al prefijo *re* todas sus posibilidades, poniendo su pasado y su porvenir, lo bajo y lo alto, patas arriba.[3] Y afianza su función *reincorporante* e *indemnizante* de las salvaguardias confesionales (entre polacos y rusos, irlandeses protestantes y católicos, armenios y azeríes, húngaros y rumanos, serbios y albaneses y croatas, tamiles e hindúes, palestinos e israelíes…). Multicolor es el atrincheramiento de las identidades: la ola azafrán en la Unión India, verde en Asia central, budista en Asia oriental (Sri Lanka, Tailan-

[2] Proceso analizado en detalle en nuestra *Critique de la raison politique, sur l'inconscient religieux*, Gallimard, 1981.
[3] Véase Gilles Kapel, *La revanche de Dieu*, Seuil, 1991.

dia, Birmania), neobudista en Japón, metodista en Melanesia. Los innovadores que hablan con altanería de estos repliegues "retrógrados" harían bien en dirigir su atención hacia su Tierra santa, la gran América, cimentada con la amalgama de lo nacional y de lo religioso. ¿Lo que es loable en lo alto de la escala sería inaceptable en los escalones inferiores? ¿Cada colectividad no tendría acaso el derecho de persistir en su ser? Ellos no se molestan, por lo demás. Los ángeles tienen plomo en las alas pero el *Thanksgiving Day* y la *cachrout* se portan a las mil maravillas, muchas gracias, *merci beaucoup*. El Ramadán se guarda cada vez más y Lourdes no está nunca vacía. Toda comunidad, nacional o de otro tipo, que conserve un ritual, aunque no capte bien su sentido, se conserva a sí misma, señal de que no quiere dejarse fagocitar por otras mejor situadas. Los gestos, como dijimos, atraviesan mejor los siglos que los dogmas. ¿Apuntalar y relanzar impulsos colectivos no es acaso servir a la causa multiforme de la vida, siempre color arcoiris? Somos libres de interpretar las cosas así, si no queremos abandonar la Esperanza en el plan divino, pero hay motivos para desesperar a Cándido, si miramos las cosas dos veces: lo Simbólico, que nos reunió, opera vía lo Diabólico, que nos desgarra. *Janus Bifrons*: fraternidad al derecho, hostilidad al revés. Inútil jugarse el resto lanzando la divina moneda al aire. Cae sobre el canto y rebota de un lado al otro, de lo opresivo a lo liberador, y viceversa (España democrática liberándose *de* la Iglesia y Polonia *por* la Iglesia tradicionalista). Indecidible.

El espíritu de cuerpo y su punto ciego

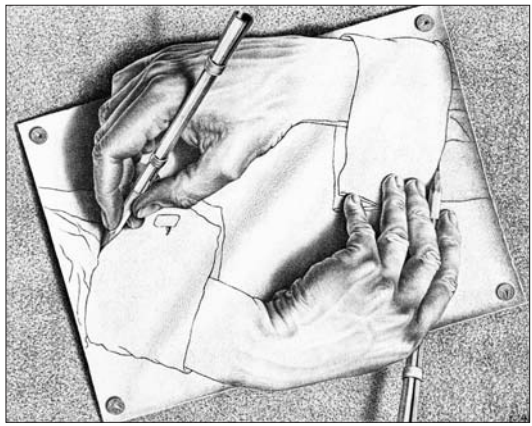
En la demarcación identificante muchos ven un obstáculo a la expansión del Espíritu. Frente a la idea del cuerpo corset desearíamos hacer valer la del cuerpo resorte, que no invalida evidentemente a la primera sino que es su corolario. Parece incongruente porque es de lo inacabado y de sus alrededores de lo que tradicionalmente esperamos el secreto de lo místico. Aquellos que se inclinan por "las exigencias del alma" se vuelven hacia lo indeterminado. Así ocurre con Romain Rolland y su "sentimiento oceánico", que sería la sensación de lo sin bordes perceptibles. Nos parece, por el contrario, que se podría decir: mientras haya una física en algún lugar habrá mística en el aire. No

es de un vacío en el alma de donde nos vendría la necesidad de sacralidad, sino de la necesidad en que estamos de salir de lo difuso, de catastrar nuestros terrenos baldíos. Como lo recordaba Jacques Derrida, en la tradición bergsoniana de las dos fuentes lo religioso es una elipse de doble centro, tal como la palabra misma tiene una doble etimología (*re-legere* y *re-ligare*), es decir, re-colectar y re-unir.[4] Está lo que compete a lo fiduciario, a la fe, al acto de creer, y lo que compete a lo sano, a lo indemne y a lo propio. Nos preguntaremos más adelante si no es posible establecer un nexo lógico entre esos dos polos, pero observemos que la búsqueda de lo indemne, de lo separado, de lo intacto, está en el núcleo de la noción de sagrado (*heilig*). La actividad sacra (plegaria o sacrificio) se dirige a evitar el daño y el perjuicio para sí mismo y para los propios. Hay una traducción geopolítica de este reflejo de autoinmunidad que dice al otro: no me toques, no me contamines. Es el carácter hierógeno o sacralizante de las fronteras y el carácter fronterizo de los integrismos. Por regla general, el grupo en contacto (con el otro diferente de uno) es más fanático que los protegidos del interior. Las tropas de choque identitarias, los "soldados de Dios", se reclutan generalmente no en las zonas centrales de una civilización (islámica, hinduista, cristiana o judía) sino en los puestos avanzados, fisica y mentalmente expuestos, de una colectividad de creencia, sobre sus fortificaciones, sus excrecencias o sus zonas de choque. El fanatismo aparece como una *conducta de roce* o una patología de la interface entre un "nosotros" y un "ellos". Es la enfermedad de la piel de las sociedades.

El llamado al Dios-de-casa para resistir a todo lo que puede disociar, disgregar, dislocar la integridad de una tradición, tiene algo de paradójico, tanto más cuanto que el Principio Supremo se postula como Juez de Paz. Se propone como una goma para borrar litigios y divisiones. Es un señuelo pero nos conviene. Recientemente fue relevado por dos mesianismos profanos que anunciaban la República Universal, ya por los soviets, ya por la mercancía: la sociedad sin clases y el internacionalismo proletario por un lado, es decir, el mito de una historia sin geografía, y por el otro el Mercado sin credos ni lenguas, o sea, el mito de una eco-

[4] Jacques Derrida y Gianni Vattimo, *La religion*, París, Seuil, 1906, p. 51.

nomía sin cultura. ¿La alisadura de las diferencias no sirvió acaso de plataforma común a esas dos visiones del mundo hostiles aunque (o porque) compartían un mismo optimismo fundamental?



M.C. Escher, *Manos dibujando* (o la utopía funcionalista del posmoderno).

Romper las Tablas de la Ley y limar todo lo que excede. Proclamar el fin de lo simbólico en nombre de un "mero intercambio de voluntades efímeras" y el fin de las singularidades en nombre de lo intercambiable: la ilusión religiosa del momento es un mundo sin religión. Las interferencias de la pertenencia y la ampliación de la esfera contractual son demasiado flagrantes para no dar un cierto poder seductor a los anuncios de reconciliación circulatoria, con la ayuda de la interconexión de los "micros". Ciertos ciberevangelios son exaltantes.[5] El espíritu público y de los pensadores prestigiados estima que la sociedad democrática, autogestiva y gerenciable inventó una forma enteramente nueva de estar juntos, donde cada uno podría vivir y pensar en modo indicativo, y no en el condicional o subjuntivo. ¿No era este propósito el que animaba ya en el siglo XIX el anuncio de que el gobierno de los hombres sería pronto remplazado por la administración de las cosas, con la ayuda del canal de Suez y de los ferrocarriles? El que encontramos detrás de la voluntad de llegar a la institución-cero, reduciendo la Escuela, la Justicia, el Ejército, la República y la nueva Eurolandia a engranajes funcionalistas, sin mayúscula ni garante externo, sin "*sursum corda*" (¡arriba los corazones!). Donde el todo de cada cosa estaría en su todo.

Gran interrogante la de saber si el advenimiento democrático es o no una excepción a las obligaciones de lo santo y salvo; si esta excepción le compete a otra

[5] Véase Pierre Lévy, *World Philosophie*, París, Odile Jacob, 2000.

gramática de las civilizaciones, todavía en busca de sí misma, distinta de las sociedades de ayer, enajenadas o sometidas a poderes ajenos; o a otra forma de cristalizar que podría prescindir del "obispo de afuera" (como se llamaba, en los tiempos cristianos, al rey taumaturgo). El escritor mexicano Octavio Paz evocaba con bello lirismo esta ley de excepción.

> Los otros sistemas políticos —dijo— están fundados sobre principios ajenos a los hombres: el mandato celestial de los emperadores chinos, el derecho divino de los reyes absolutos, la voluntad de la historia y del proletariado de los dirigentes comunistas. La democracia funda al pueblo en nombre del pueblo; es la ley que se dan los hombres a sí mismos. No es un destino promulgado desde arriba o desde más allá de la historia, ni una ley dictada por la sangre y los muertos. No es una fe ni propone absolutos…

Tal es la esperanza de nuestra democracia liberal, la relación imaginaria que mantiene consigo misma, lo que cree y quiere ser. Pero dejando el uso ideológico de lado, la cuestión de fondo es saber si se puede urdir del *inter* sin la ayuda de un *meta*. Un reagrupamiento dinámico sin un punto de luz negra por encima de nuestra cabeza. *(n)*

La autocreación de un *nosotros* por sí mismo ("el orden por resonancia") sería en efecto la Buena Nueva de la época, que nos permitiría recluir en las eras oscuras nuestro "mátenlos a todos; Dios reconocerá a los suyos". Esa Buena Nueva es una sola cosa con el anuncio de una aldea finalmente global, que las autopistas de la información están seguras de poder inervar. Y es probable que una colectividad sin filtraje ni selección, totalmente abierta, podría arreglárselas sin intocable, *al ser lo sagrado aquello que cierra*. Una sociedad que no cuenta con derecho de entrada alguno podría mandar de paseo al Decálogo así como a la consigna "Libertad, Igualdad, Fraternidad", a los grandes hombres y los Panteones, pero tiene un solo inconveniente: no poseer traducción geográfica e histórica posible sobre la Tierra, bajo el cielo. Como hicieron hasta ahora todas las civilizaciones, de las que un historiador que ha estudiado su sintaxis, Fernand Braudel, nos ha mostrado que por permeables y acogedoras que fueran, por muy alimentadas que hayan sido mediante el intercambio y la copia, las caravanas y los puertos, por vacilantes y lentas que resultaran sus aduanas, poseyeron todos sus mecanismos secretos de cierre y rechazo (cerrándose Bizancio al mun-

do latino, Italia a la Reforma, el mundo anglosajón al marxismo obrero, etc.). "A una civilización le repugna generalmente adoptar un bien cultural que ponga en cuestión una de sus estructuras profundas. Ese rechazo a la adopción, esas hostilidades secretas conducen siempre al corazón de una civilización."[6] Hay pues que acoger con prudencia la idea de que estaríamos sustraídos a las fragilidades del inacabamiento para entrar en lo "Universal sin totalidad" (Pierre Lévy): un mundo de arborescencias infinitas, el de las circulaciones ubicuitarias de los *data*. Con la circularidad ilimitada de las mensajerías y la conmutabilidad de las codificaciones digitales, en una web sin centro e indefinidamente extensible, nuestras pequeñas localidades folclóricas vendrían a comulgar en una cibercomunidad donde la búsqueda del factor común no descansaría sobre un origen, un mito de salvación o un credo que compartir, sino la propia puesta en común. El cableado generalizado y el torbellino acelerado de los intercambios de información harían las veces de lo religioso en acto y en interioridad, la horizontal podría prescindir de la vertical, sin más necesidad de referencia exterior.

¿No es justamente el hecho de no tener contornos, "intotalizable", lo que impide a las "comunidades virtuales" tocar tierra y establecerse ahí? Un espacio numérico digital sin centro ni conferencia da a cada uno la sensación de ser libre, más inventivo y más sabio, pero esta holgura para circular parece pagarse con una evanescencia acelerada (a juzgar especialmente por la escasa duración de la vida de los sitios de internet). Nuestros nuevos instrumentos cognitivos permiten una formidable expansión del saber, pero no se puede, a nuestro parecer, calcar sobre el espacio homogéneo de una República sabia (ilimitada de derecho y de hecho, y en todo punto igual a sí misma) el territorio polarizado y estratificado de las comunidades de memoria y de proyecto que se provocan y se enfrentan por una preeminencia, una lengua, una norma o un pedazo de terreno. No se tiene la sensación, cuando se circula del este hacia el oeste, de que tales comunidades estén dispuestas a desaparecer bajo el efecto de un más elevado nivel de educación y de consumo.

Cuidémonos de extrapolar, como nuestros letrados, el saber a la conciencia y los conocimientos a las conductas. Razón no es valor, técnica no es praxis.

---

[6] Fernand Braudel, *Grammaire des civilisations*, París, Arthaud-Flammarion, 1987, p. 61.

Auguste Comte habría sin duda visto en la amalgama de los dos términos una enésima "insurrección del espíritu contra el corazón". Él fue uno de los muy pocos en anunciar un siglo XX a la vez científico y religioso, y religioso en tanto que científico. Si se aventuró a imaginar una religión de la Humanidad única e indivisible, capaz de enterrar "el cadáver de la guerra" y de establecer la paz universal, es porque, al contrario del despropósito que circula sobre la palabra positivismo, estaba plenamente consciente de la incapacidad de la ciencia de constituir la unidad espiritual de un pueblo. El fracaso de su proyecto grandioso testimonia que no nos desembarazamos mediante un plumazo filosófico del nexo entre lo *ascendente* y lo *persistente*. La Humanidad (o el conjunto de los seres pasados, presentes y futuros) que se adora a sí misma es la serpiente que se muerde la cola. La inmanencia del Gran Ser comtiano en sí mismo, sin necesidad de quebrantar las cargas ni el plan, ha matado en el huevo la idea de erigir directamente la sociología en teología. Es la suerte habitual de las "religiones horizontales". Se asemejan al legendario barón de Münchhausen que, caído desdichadamente en un estanque, quería remontarse hasta la superficie levantándose a sí mismo por los cabellos. Es una idea económica, el salvamento por cuenta del autor, más barato que con tasa de descuento, sobre un acreedor incierto, pero de cuyo carácter operatorio se puede dudar, desgraciadamente.

Asombrémonos más bien

La dilatación del mundo y la *world com* han estimulado más que impedido "el retorno de lo religioso". ¿Alguna vez se fue? Admiremos que leyendas y gestos inventados hace miles de años hayan podido seguir siendo nuestros durante tan largo tiempo. Todas las rupturas técnicas, científicas y políticas sobrevenidas después de la guerra del fuego no han podido mermar ese núcleo de credibilidad. Increíble pero tenaz, el hecho de que esos relatos delirantes, que datan de antes del cero y del molino de viento, resulten todavía animados o inspiradores para cientos de nillones de individuos, cuyos utensilios y cuya esperanza de vida rige, por lo demás, la *big science*. Si tales historias para dormir de pie sólo fueran el relleno que tapa nuestras ignorancias, ¿quién se preocuparía aún por ellas? La cosmología, la física, la medicina de los tiempos de san

Agustín ya no interesan más que a los historiadores de las ciencias; sus arados y sus depósitos de granos, a los historiadores de las técnicas. Su fecha de caducidad ha pasado desde hace mucho. ¿Quién preferiría hoy, antes que los antibióticos, las pociones y tisanas del siglo V? Pero *Sobre la utilidad de creer*, del mismo Agustín, escrito en el año 392, no ha sufrido ni una arruga. Podría ser lanzado hoy a la circulación. Cambiando la fecha y el nombre del autor y suprimiendo algunas polémicas subalternas (todas lo son) con la secta de los maniqueos, se lo festejaría como si hubiera sido escrito ayer. Los ejemplos familiares que da el obispo de Hipona para mostrar que ser creyente no es ser crédulo, y que no es posible desempeñarse en la vida cotidiana sin dar fe a cosas que no se ven o sin remitirse a ciertas autoridades de las que se tienen algunos motivos para pensar que saben más que nosotros (Iglesia, Estado, Familia, Prensa), se entienden hoy muy bien. La amistad que profeso por mis amigos y de la que nada me dice que ellos la experimentan realmente en el fondo de sí mismos, o la certidumbre que tengo de haber sido engendrado por mi padre porque él así lo declaró al registro civil y me recibió bajo su techo (lo que no impediría a mi madre haber tenido un amante, extranjero o infiel): nada de eso ha envejecido ni envejecerá.

¿Qué indica este diferencial de recepción sino que fe y saber no están en competencia? No ocupan los mismos hemisferios del cerebro; cada una tiene su función. Ocurre con las claves de la conducta humana como con las obras de belleza: el tiempo no tiene nada que ver en el asunto. La creencia no está *antes* que la ciencia, y la ficción épica no es asignable a un estadio de pensamiento *pre*-racional, que debería evacuar sus lugares desde el momento en que tuviéramos reglas de cálculo y termómetros a nuestra disposición. Si eso fuera así, la Biblia no sería ya, después de Kepler y Copérnico, más que una curiosidad para eruditos de las Inscripciones y de las Bellas Letras, que se estudiaría por lo que es (desde un punto de vista "positivo"): un fárrago de cuentos y extravagancias, la emanación de imaginarios obsoletos. Y san Marcos o san Juan, asimismo, no hablarían actualmente más que a los helenistas y a los especialistas de la Palestina judeorromana. Si su sentido es descontextualizable, si pueden aún, saliendo del montón, ofrecernos esquemas de comprensión de la sociedad y de nosotros mismos, es porque sus arreglos ficticios sirven de clave a una verdad que los transita y los supera. Han disfrazado una memoria de mito, pero éste no

serviría de referencia en este punto si no nos ofreciera a cambio alguna luz sobre la historia efectiva. Las figuras del origen son figuras universales, y por eso mismo reactualizables, mucho más allá de su primera cuenca de audiencia. Es el caso de Prometeo, Edipo, Ulises y Hermes. Pero también de Adán, Caín y José (el ojo está en la tumba y continúa brillando). Esos sainetes refinados y bien perfilados, esos caracteres, esos papeles emblemáticos reverberan a través de los siglos porque prefiguran, como en una línea de puntos, una representación más articulada del drama existencial. Éste no esperó el arribo de las ciencias humanas para expresarse, y todas sus dicciones de fantasía tienen valor de síntoma, o de armónicos. ¿La proliferación de las fabulaciones religiosas inclina al escepticismo? Pero el hecho de que haya una gran cantidad de lenguas y ninguna lengua universal no priva de significación a nuestros miles de idiomas, ni de su aptitud para ordenar el desbarajuste común.

Algunos nos hablan más que otros. Cuestión de latitud y de hábitos. En Francia, con nuestros programas escolares o familiares, se escucha mejor a Jesús que a Zeus, o a Juana de Arco que a Hércules. Más allá de un etnocentrismo confeso y a medias perdonado, no es absurdo estimar que la trayectoria de un Gran Obstinado concentre de modo más legible lo que las mitologías antiguas ventilan sobre una multitud de historietas. Es la ventaja del concentrado judeocristiano sobre soluciones más desvergonzadas o espirituosas, como lo son las leyendas grecorromanas, de las que debemos destilar la esencia del juego antes de su dilución para el análisis. Nuestra colección de leyendas bíblicas puede leerse como un comienzo de antropología todavía en estado salvaje, a la vez quintaescenciada y dramatizada. El mito de origen ha anticipado nuestros procedimientos de análisis, ciertamente más rigurosos pero menos evocadores. Lo sagrado ha dicho lo profano a media voz, pero sin sesgarlo ni disfrazarlo. Con más brutal franqueza que nuestros modelos sectorizados y nuestras jergas eruditas. La Revelación, por ejemplo, no elude la imposibilidad en que estamos de razonar el origen; lo registra sin disimulo y legitima su arbitrariedad intrínseca, que hay que recibir como un desgarramiento incomprensible en el tejido de la historia. El *misterio* cristiano también pone a lo ilógico buena cara: nos demanda creer sin querer explicar. Nuestros relatos de fundación conjugan sagacidad e ingenuidad. Bienaventurada frescura, que da a la escenificación épica de un caos repetitivo de carnicerías e iniquidades una carga simbólica y pro-

misoria que no habría podido regalarnos una historiografía más fríamente exacta. El Antiguo Testamento, los Evangelios, los Apocalipsis confieren a nuestro largometraje un espíritu de iluminación y de gozo que su desarrollo efectivo sin duda no conlleva. Y ello sucede porque una sobrenaturaleza pone su buena voluntad interviniendo en la historia durante cada momento difícil —Egipto, Babilonia o el Gólgota— para reorientar *in extremis* el curso muy comprometido de los acontecimientos. En esos tiempos benditos Dios ofrecía a la humanidad una garantía de *buen fin*, como en nuestros días podría hacerlo un asegurador antes del primer giro de manivela de una película de gran presupuesto.

La incompletud y el efecto placebo

¿Sobre qué universales de la condición humana nos da un panorama el relato monoteísta, si no es que dominio (puesto que no está seguro de que podamos hacer nada)? Si le es permitido a un escribano forense, justo antes del fin de la audiencia, responder a la pregunta: "¿Y usted, qué piensa?", he aquí la interpretación que desearía proponer acerca del enigma de un Dios muerto y siempre resonante. El tema, la cantinela de la Biblia, podría resumirse trivialmente así: los hombres no se las arreglan solos. Cada vez que se imaginan poder desenvolverse sin el Otro encima, ocurre una catástrofe. Adán y Eva, Abel y Caín, José y sus hermanos. En un momento dado creen no tener necesidad de nadie; hacen su comida entre ellos, sin el socorro del Tercero. Y ¡cataplum!, todo se viene abajo. Asimismo, cuando hay conflicto o amenaza de disgregación en el seno de una comunidad, pequeña o grande, alguien invoca al Ausente, o se lo encuentra inopinadamente, y un *nosotros* se vuelve a formar. Los hebreos en fuga. David y Jonatán. Los peregrinos de Emaús. En términos menos figurativos y poéticos, se traduciría por lo siguiente: todo *entresí* supone un *arriba*; y cuando el nivel *meta* se desploma, el *inter* se disloca. Cuando el Símbolo (etimológicamente, lo que vuelve a poner juntos los fragmentos) llega a fallar, lo diabólico reaparece (siendo el diablo quien hace lo contrario, es decir, el que separa a las parejas, clubes, equipos, naciones, y pone finalmente a la humanidad contra sí misma). La salvación no está por consiguiente en el dólar sino en lo federativo —amor, amistad o reparto. En el *In God we trust*.

En lugar de Dios y el diablo póngase neguentropía y entropía, en lugar de "resurrección", victoria de la primera sobre la segunda, y se tendrá ya un esquema prosaico de funcionamiento. Si tales fabulaciones pueden aún escapar con toda frescura a la renovación dominical, y alcanzar incluso a los no creyentes, es porque están en consonancia con un principio modulable y negociable en sus condiciones de ejercicio (felizmente para nosotros), pero del que resulta posible preguntarse si no es constitutivo de las reunificaciones humanas, principio al que hemos llamado en otra parte *incompletud*.

Sea la hipótesis de un principio de formación de grupos estables que articulan, mediante un automatismo inconsciente, la *clausura* de un territorio —ideal o espacial, o de los dos tipos conjuntamente— y su *apertura* hacia un punto exógeno de cohesión. Lejos de oponerse, como lo imaginaba Bergson, las dos funciones se superpondrían una a la otra, obteniéndose la consistencia interna por referencia externa. Al no poder ningún sistema "cerrarse" con la ayuda de los exclusivos elementos interiores al sistema, la cristalización de un colectivo supondría entonces la puesta en relación de sus miembros con un dato que nunca se ha dado en la experiencia, objeto de un acto de fe, depositado en un mito. Es el *clavo* del que está suspendido el cuadro. Hace falta uno, de lo contrario se cae y se rompe. A este punto de enganche, nuestro punto ciego, cada conjunto el suyo, está prohibido someterlo a manipulación técnica o crítica, prohibición que caracteriza a lo *sagrado* (entre nosotros el negacionismo es sacrílego, y en tal virtud es castigado por la ley). ¿Hay algo más comprensible para un ser viviente intrínsecamente precario como es toda cultura colectiva, así fuera atea, que declarar inviolable y "sagrado" lo que le impide dislocarse en cualquier cosa? Toda trascendencia sería entonces índice e instrumento de un querer vivir que se ignora. Este prerrequisito de coalescencia puede revestir varias formas, más o menos descabelladas, pero que se traducen todas, a través de su folclor, en *una obligación a priori de viabilidad comunitaria*. La falta-de-ser de las sociedades hace imposible en los hechos la autarquía anunciada por nuestras consignas (la autoinstitución de sí), donde el presente no debería nada al pasado, ni lo que es a lo que habría podido o debería ser. Ella confiere a la reunificación humana un trasfondo incoerciblemente delirante, puesto que la ordena con espejismos electrizantes, ilusiones ópticas y tónicas cuya razón icono-

El fin de San Petersburgo, película de Vsevolod Pudovkin, 1927.

clasta puede (y debe) burlarse. Si ningún conjunto persistente de relaciones puede ser relativo a sí mismo, ello quiere decir que cuando tres hombres se encuentran deben darse un punto de convergencia que focalice las miradas para no llegar a las manos uno de estos días. Robinson puede andarse con rodeos, pero la llegada de Viernes obliga a imaginar un mito del cual suspender su pequeña comunidad. Desde que se es dos o más, el organismo social es "controlado positivo". Dopaje obligatorio. Los individuos pueden, con algún heroísmo, contentarse con ser lo que son, sin adición ajena, pero las aldeas son inquietas y están en busca de un punto de fuga hacia el cual elevar los ojos. Para no fundirse como el hielo al sol deben "ponerse en marcha". Seguir adelante por una promesa, así fuera electoral, o por la nostalgia de una edad de oro, así fuera inventada.

Esta lamentable dependencia de lo consistente respecto del delirio y de lo resistente respecto de lo fabuloso permite comprender la impotencia del espíritu de análisis para disipar los sortilegios que continúan moviendo a las multitudes, como si la soberanía de la razón debiera detenerse, no *de jure* sino *de facto*, ante el funcionamiento en sí poco razonable del colectivo. La vertical escapa al control de la inteligencia y sin embargo es ella la que estiba los agregados humanos. Podemos y debemos dar a ese delirio buenas maneras, o las menos malas posibles. Pero lo unidimensional está fuera del alcance. Siempre dos dimensiones. Si encuentran una muralla induzcan sin temor una torre detrás: minarete, campanario o cúpula. Si un relativo, busquen su Absoluto. Si un recinto, hallen el altar. Si un altar, encuentren el recinto. Tan pronto circunscrito, un terreno llano necesita algo así como un *alto lugar*, o un tótem llegado de las alturas, si se quiere distinguir de las regiones llanas que lo rodean. Como la *Kaaba*, la piedra negra de La Meca, el ombligo del Islam, don del arcángel

Gabriel a Abraham, y de la cual se ha convenido, mediante un tácito acuerdo, que cayó misteriosamente del cielo en el lugar justo.

"Señala un límite alrededor del monte y decláralo sagrado", dice el Señor a Moisés (Éx 19, 23). Y Pablo retoma: "[El Señor fijó] los tiempos determinados y los límites del lugar donde habían de habitar" (Hch 17). Las raíces de las palabras atestiguan en otras culturas la función geográfica de lo divino, en el sentido primero y violento del término: inscribir en el espacio, que los hechos de la historia exhiben. *Templum*, el templo, viene del griego *temno*, delimitar. Y los romanos llamaban *templation* al gesto mediante el cual el augur marcaba en el cielo con el bastón, su *skeptron*, un cuadrado de observación. Asimismo *rex*, el rey sacerdote, es comparable a *regere fines*, trazar límites sobre el suelo ("Se trata —escribe Benveniste— de delimitar el interior, el reino de lo sagrado y el reino de lo profano, el territorio nacional y el territorio extranjero"). La *urbs* romana nació cuando Rómulo trazó el surco que, en la tierra ilimitada del Latium, demarcó el *pomerium* (el espacio sagrado donde no estaba permitido ni construir ni cultivar), recinto cuyo quebrantamiento o violación propiamente sacrílega merece la muerte (no es lo gemelo en Remo lo que sacrifica Rómulo sino su paso en falso). Zeus era llamado *orios*, protector de los límites. E introducir el culto de un dios se dice, en griego, *orizein theon*: delimitar un territorio consagrado a ese dios. "El primero al que —escribe Rousseau—, habiendo cercado un terreno, se le ocurrió decir: esto es mío, y que encontró gentes simples que le creyeron, fue el verdadero fundador de la sociedad civil." Y por el solo hecho de encerrarse, tal sociedad deja de ser civil. Entra en lo político-religioso.

Yahvé, Jehová, el Señor de los Ejércitos, el Rey de Reyes, el Padre, el Ser Supremo: nombres de código dados por el linaje de Jerusalén a una coacción universal y compartida por las demás civilizaciones (bajo sus propios colores), puesto que dar nombre y figura a lo que no se puede impedir es una manera de ablandarlo, de aclimatar lo ineluctable. A saber: si debe haber un nexo particular entre individuos cualesquiera, éstos deben estar *ligados* (y no solamente relacionados) por una referencia en la altura que los preceda en el tiempo y que deberá sobrevivirles. Es posible que el ego, en su celdilla, esté menos expuesto a tal es-

Henri Cartier-Bresson, Srinagar, Cachemira, 1948.

torbo (o que esté expuesto pero no en el mismo grado); un estorbo que concierne ante todo a *los* hombres. *Un* hombre se mantiene sobre sus dos piernas siempre que se le dé de comer. Pero *los* hombres es algo que no *consiste*. Se dispersan desde el momento en que se encuentran librados a su ombligo y a sus reyertas. No se tienen en pie sin un abrupto declive para retardar la inevitable caída de lo singular en lo del montón. Aquello de lo que nos previene por anticipado el *patchwork* bíblico podría entonces formularse así: "¿Quieren una unión entre ustedes? Encuentren una trascendencia. Llámenla Jehová si eso les impresiona más. Pero les prevengo: si no hacen un agujero en el techo se van a asfixiar. Poco importa lo que pongan allí; lo que cuenta es la entrada de aire."

El efecto placebo designa una modificación fisiológica positiva inducida en un enfermo por una sustancia neutra, sin principio activo. El paciente cree que es un medicamento pero no lo es, y se observa una mejoría clínica (en la enfermedad de Parkinson se ha mostrado que el cerebro, bajo el efecto de la creencia, produce realmente dopamina, la molécula que necesita). ¿Por qué el inconsciente de las colectividades no haría lo mismo con los placebos de algún modo

etiquetados que son las "religiones"? No sería más que un retorno al remitente, puesto que el término viene del latín eclesiástico, en el oficio de difuntos (*Placebo Domino in regione vivorum*, complaceré al Señor en la región de los vivos). Traducción invertida: el Señor nos complace porque retarda las fuerzas degenerativas así como el día del oficio de difuntos. Así como Dios es la figura superlativa y un perfecto prestanombres, para la Referencia que hace de un montón un todo ("el infierno es vivir en la ausencia de Dios", dice *justamente* el cardenal Ratzinger, el prefecto romano de la doctrina católica, si se precisa enseguida que "Dios" es una entre otras claves de las piedras angulares imaginables), del mismo modo "religión" designa la forma arquetípica, pero de ningún modo exclusiva, de una configuración estructural donde la relación entre los lugares importa más que la naturaleza de los contenidos.

"Religión" es una palabra fácil y confusa. La definición que le dio Cicerón en su *De inventione* tiene el mérito de la sobriedad: "La religión es el hecho de preocuparse por una cierta naturaleza *superior* que llamamos divina y rendirle culto." Los romanos no eran fabricantes de frases sino gente *matter of fact*, con los pies en la tierra. Superior o trascendente debería tomarse aquí en el sentido banal y espacial de nivel, de un borde, del curso de un río o de una cubierta de barco. Es lo que se encuentra más alto, por encima del plano en que se sitúa uno mismo (el plano de la inmanencia). El Antiguo Testamento está por encima del pueblo judío, y el Nuevo por encima del pueblo cristiano. La Constitución del pueblo estadunidense y el Corán del Islam. Y así sucesivamente. La superstición a la que cada agregado humano consagra sus desfiles, ceremonias, arengas, rotondas, aeropuertos, fiestas nacionales, etc., puede aspirar a todo tipo de nombres. El estimulante tónico puede ser un profeta, un Ser Celestial, una batalla, un general, un sabio, una divisa, una Declaración… Cada cual tendrá sus preferencias. En nuestro Hexágono* el patrocinio de san Luis, el 14 de julio, el Sagrado Corazón o la Declaración de los Derechos del Hombre, no tienen ciertamente el mismo valor y el mismo efecto. Pero formalmente el acto de la dedicatoria, o de la absorción en común del placebo colectivo en vigor, cuya traducción es el *día feriado* o la fiesta nacional, persiste y signa. Exige

* El mapa de Francia se asemeja y se simboliza con un hexágono. [T.]

a ritmo regular la interrupción de los trabajos y de los días, para recibir la regeneración y la recarga desde lo alto. Con la puesta en correspondencia, ritualizada en una ceremonia o en una toma de la palabra, entre la argamasa surreal y lo real que se va a pegar, la operación se confía a los *Grandes Sarcerdotes*. Jueces de la Suprema Corte, Ideólogos del Politburó, Tribunos de la República, Premios Nobel, cuando nos encontramos oficialmente en el pos-Dios, o en los límites de la simple razón. Cardenales, pastores, reverendos, mulás, ayatolas, grandes rabinos y otros santos hombres en la fase precedente. La división del trabajo entre consagrados y consagrantes, entre portadores y garantes de las legitimidades últimas (los grandes sacerdotes) y los fulanos por ellos edificados (ustedes y yo), atraviesa las épocas como si nada, ya se proclamen tales épocas bajo el signo de la fe o de la incredulidad.

Dispositivos variables, disposición invariante

Estamos pues obligados a "creer en algo" para seguir siendo "alguien" que habla desde "algún lugar". Se cruza aquí la idea freudiana según la cual *la ilusión* religiosa no es de la misma naturaleza que un *error* porque no se define respecto de la realidad efectiva sino respecto de los deseos que la suscitan. El secreto de la fuerza de la ilusión es la fuerza de los deseos que la motivan. El error es refutable, la ilusión no lo es. Pero Freud, movido por el cientificismo de su tiempo (aunque ignorando al genial Auguste Comte), caracterizaba tales deseos como infantiles y anticipaba la idea (quizá por simple cortesía) de que el ser humano, al no poder permanecer eternamente niño, superaría pronto esta neurosis de inmadurez. La religión a su juicio es un delirio de masas, una neurosis universal, nacida del deseo narcisista de superar el desamparo infantil inventándose un Padre fantaseado —pero no es más que un mal momento que hay que dejar atrás.[7] El desarrollo de los acontecimientos tiende a mostrar que a este pretendido pasado de la humanidad le cuesta trabajo pasar. Si nos atreve-

[7] Sigmund Freud, *L'avenir d'une illusion*, PUF, 1995, p. 54 [ed. esp. *El porvenir de una ilusión. Obras completas*, vol. 21, Buenos Aires, Amorrortu, 1976].

mos a llevar la crítica de las fábulas fundacionales hasta preguntarnos por qué se siguen inventando, la cuestión parece poder esclarecerse mediante la hipótesis de la incompletud, que hace de la ilusión subjetiva el indispensable correlato de una cohesión colectiva. Hace a la "neurosis" ineliminable, incluso saludable, bajo formas, por supuesto, modulables según las etnias, las generaciones técnicas y las clases sociales, y desbordando la órbita de las religiones reveladas. *(o)*

El hombre-que-cree parece dotado de propiedades inmutables, mientras que el hombre-que-sabe (su *alter ego*) es un mutante sin reposo. Si un astrofísico del año 2002 se encontrara con un cosmólogo de 1402 no tendrían gran cosa que decirse. Diálogo de sordos garantizado. Pero un cristiano o un judío o un musulmán de hoy, al encontrarse en el paraíso con sus correligionarios de antaño, no tendrían dificultad en hallar un terreno de entendimiento, porque los códigos globales del sentido, en este caso, les permitirían comprenderse. Esto no quiere decir que los regímenes de la creencia no hayan variado a la par que los dominios de lo creíble.[8] Creencia, como religión, son palabras que mienten desde el momento en que se las hace preceder por el artículo definido singular: *la* religión, *la* creencia. ¿"Creer en Dios" significó siempre la misma cosa, bajo Esdras, Enrique VIII, Luis XIV y Henry Ford? Ciertamente no. Salvo para usos ideológicos confortables (de uno y otro lado), no es posible satisfacerse con generalidades o categorías que todo lo engloban. Lo hemos visto: con lo que implica de incertidumbre reconocida y de subjetividad asumida, la creencia, en la acepción contemporánea de la palabra, nos ha llegado con la noción cristiana de conversión. El Antiguo Testamento ignora el término. No hay necesidad de "creer en Dios" para reclamarse partícipe de un judaísmo de estricta observancia; se vive con él. Griegos y romanos, los más religiosos de los hombres, no tenían ninguna necesidad de credo, de libros sagrados o de herejías para cumplir sus deberes cívicos (no más que nosotros para reavivar la llama o depositar crisantemos sobre una tumba). Sabemos hasta qué punto en la cristiandad la palabra estaba entrampada. "La Edad Media occidental pro-

[8] Jean Wirth, "La naissance du concept de croyance (XII^e^-XVII^e^ siècle)", *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, t. 45, pp. 7-58.

bó mucho y creyó poco", observa un medievalista.[9] Los constructores de catedrales eran sin duda menos crédulos que lo que nosotros queremos creer. Observaban, razonaban, creían saber y brindaban por lo demás su confianza a la autoridad, a la Iglesia como verdad encarnada, concreta e histórica. Bautizamos "creencias" a enunciados que pasaban en otro tiempo por conocimientos. En resumidas cuentas, nuestras clasificaciones (saber/opinar/ creer) no tienen nada de originario ni de permanente, como tampoco el debate moderno "creencia contra incredulidad". La escolástica se contentaba con oponer verdades (la doctrina autorizada) y falsas creencias (fábulas, supersticiones no avaladas). El *considerar como verdadero* es un arcoiris de infinitas sutilezas, que nos hace pasar insensiblemente de la probabilidad a la fe, a través de la suposición, la opinión, la convicción, la adhesión, la certidumbre, etc. Santo Tomás mismo velaba por distinguir bien tales aspectos. *Creer en Dios*, o entregarse a él en cuerpo y alma, uniendo el amor al conocimiento (*credere in Deo*), no es *creer en lo que Dios dice*, o adherirse a él sólo por la mente (*credere Deo*), menos todavía *creer a Dios*, que se conforma con reconocer fríamente que existe (*credere Deum*). Al final de nuestras cartas, "con la seguridad de mis amistosos sentimientos" es más promisorio y comprometedor que un prudente "con la expresión de…".

El examen de las interacciones entre el hombre y sus ambientes (aquello en lo que consiste la mediología) debe tomar, como su nombre lo indica, la vía media entre dos simplismos: la superstición de los dispositivos, que olvida lo inalterable de las disposiciones, y la superstición de las permanencias, que olvida la eficacia de los dispositivos y las crisis de confianza que el pasaje de uno a otro puede suscitar. Puesto que hay una historia de lo plausible, según la confiabilidad, en un momento dado, de tal o cual tipo de simulacro. El milagro, por ejemplo, es contado; la utopía es escrita. Lo "digno de fe" depende de los poderes, eminentemente variables, de certificación y de autentificación, ligados a nuestros diversos modos de captación de lo real. Cada uno de ellos establece con su usuario un cierto contrato de creencia. En el orden de las imágenes, por ejemplo, no esperamos el mismo tipo de verdad de un cuadro o de

[9] Alain Boureau, "L'Église médiévale comme preuve animée de la croyance chrétienne", *Terrain*, marzo de 1990, pp. 113-118.

una foto, ni de una imagen de noticiero que de una imagen de una película de la televisión. El espectador de una película de ficción cree en lo que ve (si no, se aburre y deja la sala), pero no como el de una película documental. La representación no verificable (una comedia dramática) no solicita la misma adhesión que una muestra supuestamente verificada (una película de animales). Los distingos que conviene operar en el interior del mundo visual se imponen todavía más cuando se cambia de mediosfera. En la grafosfera, las desventajas de la abstracción escrita no son menos graves o virulentas que el actual nihilismo de las imágenes. Simplemente son otras (o las mismas al revés). La censura del cuerpo, de lo emotivo y de lo sensorial, de lo individual, de lo factual y de lo particular, del presente inmediato, se pagó cara (la resaca de los días siguientes). Y nuestra videosfera puede interpretarse como un tiro por la culata, la factura que pagar por lo pasivo del Libro (con sus novatadas y sus zonas áridas, que antes pasaban inadvertidas).

La distinción más flagrante opondría aquí lo *oral* del mito, cuentos y leyendas, a lo *escrito* de los sistemas teológicos. Una excepción confirma la regla: el mito de la Atlántida, único cuento popular que haya salido de la pluma de un filósofo, Platón, para las tribulaciones extrauniversitarias, novelescas y políticas.[10] Resta decir que la oreja es más crédula que el ojo, y anterior, para nuestra desgracia y desatino. ¿Acaso obedecer, en griego, no se dice "escuchar" (*upakuein*)? Hay un fondo de pasividad en la audición y de autonomía en la visión. Se pueden saltear las páginas de un libro, pero no las secuencias de una película en la sala de cine, que impone su orden y su ritmo. La percepción visual es en sí distante; la percepción sonora es fusional, cuando no táctil. Ignora la separación del sujeto y del objeto; a veces, la del individuo y el grupo; y, si nos remontamos a la historia de un cuerpo, quizá la de lo prenatal y lo posnatal. El feto escucha el cuerpo de su madre, jaleo omnipresente, y el bebé, todavía ciego, escucha. Descartes: "Puesto que todos hemos sido niños…", permanecemos sensibles a los cuentos de la abuela, a Papá Noel y al coco. El baño sonoro de lo fabuloso viene desde algo más profundo y más lejano que las prue-

[10] Pierre Vidal-Naquet, "Athènes et l'Atlantide", en *Le chasseur noir*, La Découverte, 1983.

bas de la existencia de Dios forjadas, pluma en mano, por los caballeros de la dialéctica, doctores y otros sorbonnícolas.

Estas observaciones se quedan cortas en la medida en que acoplan tal modo de creencia a tal o cual dispositivo, limitando el juego de sus adhesiones al orden de las representaciones mentales. Ahora bien, la creencia no es ante todo un estado de ánimo. Es una disposición a *actuar* que no es referible a valores de verdad ni a proposiciones lógicas a las cuales ajustaría mi asentimiento, después de reflexionar, en función de su grado de plausibilidad (como en los modelos intelectualistas del cognitivismo en boga), sino a acciones en curso o en proyecto. Cuando yo digo que creo en algo, anudo un decir a un hacer, significando que me comprometo a actuar por esa cosa (por una promesa, una proclama, una plegaria, una orden, en suma, un acto de lenguaje). Asumo un riesgo vital. Me abro a otro y a un porvenir. Establezco un contrato con el futuro. Doy crédito, y al hacerlo mi expectativa refuerza los lazos de solidaridad en el interior de mi grupo de pertenencia. Creer, dice excelentemente Michel de Certeau, "crea una red de deudas y de derechos entre los miembros en grupo. Garantiza una sacralidad fundada sobre una duración."[11] La cuestión del creer anuda la cuestión del tiempo (que el saber ignora, como el ver) a la cuestión del otro. Ahora bien, no todas las mediosferas dan las mismas oportunidades a la duración y a la sociabilidad. La nuestra mira con malos ojos los tiempos diferidos, que son los de la creencia y los de la esperanza (perder un presente por un futuro), porque da a cada uno las llaves (las claves) de la inmediatez y de lo directo. Por lo cual predispone tan escasamente al compromiso político como a las prácticas religiosas, dos formas de esperas o demoras colectivas que tienen en común producir creencias sobre el porvenir mediante el rechazo de lo actual. Al dar nuestros equipamientos una apariencia de autosuficiencia al *aquí y ahora*, convertidos en palpables y placenteros, la remisión mesiánica del presente a un después, ya sea de este mundo o del otro, no encuentra en la videosfera un medio favorable.

[11] Michel de Certeau, *Une pratique sociale de la différence, croire*.

Dicho esto, nos es imposible no inscribir en la duración las relaciones con el prójimo en la espera compartida de los *novissima tempora*. Mutualizamos la expectativa (creer es creer en la creencia del otro, sirviendo cada uno de garante a cada cual). El dar crédito conforma todo tejido social, por poco resistente y protector que sea. Es siempre prudente preguntar a un entusiasta sobre la fe de qué autoridad, testimonio o documento cree lo que cree. Pero la precaución "técnica" no debe impedir preguntarnos a nosotros mismos de dónde viene el hecho de que él tenga (o de que yo tenga) necesidad de creer. El *dispositivo* es algo más que un punto de aplicación, pero no es éste el que inventa la *disposición* mental. ¿De dónde viene tal disposición? Los filósofos lo discuten desde hace 25 siglos, a regañadientes, porque el creer es el mal objeto del reflexivo apasionado por la verdad. De Platón a Heidegger, prefieren el *pensar* o el *saber*. El creer sigue siendo su gran enemigo. Hicieron todo lo necesario para ridiculizarlo o reducirlo. En vano. Esos esfuerzos meritorios resbalan sobre las colectividades como el agua sobre un pato. En su marcha normal y rutinaria continúa reinando el "lo sé, pero igual…", o el "no creo en los fantasmas, pero les tengo miedo", de Madame du Deffand. El Diablo y el Buen Dios dan prueba de una indiferencia resuelta respecto de las advertencias profesorales. Ellos tienen que ver con la vida, no con la inteligencia. Tratan con Hipócrates, no con Sócrates. Este último debe a toda costa conservar su derecho de supervisión sobre el primero: nadie puede prohibirle referirse a todos los temas, comprendidos, y muy especialmente, los tabúes, aplicándoles el hierro de la crítica. Pero que sea sin ilusión: el terapeuta, en su orden, es soberano. Tiene a su cargo hacer vivir a cuerpos heridos o sufrientes y, desde el momento en que los placebos ayudan, la última palabra corresponde al médico práctico, no al químico. Prioridad a la salud. "El error, madre de lo viviente", reconoció Nietzsche (que sabía por lo demás, hasta qué punto aquellos de nosotros a los que la verdad interesa "somos aún devotos"). Reparar los estragos de la inteligencia para no morir a causa de la verdad es el trabajo del que las exaltaciones colectivas se encargan mejor, si vemos todas esas congregaciones humanas que se aferran a la barandilla, que "lo quieren y lo creen", desde el equipo de rugby local hasta las naciones en lucha para conservar un lugar bajo el sol. ¿Quién osaría aconsejarles renunciar a las ventajas psíquicas de la fe, que mueve montañas, para recuperarlos de su "atraso intelectual"?

Hechos de los Apóstoles, 17: "Pablo, de pie en medio del Areópago, dijo: 'Atenienses, veo que vosotros sois, por todos los conceptos, los más respetuosos de la divinidad. Pues al pasar y contemplar vuestros monumentos sagrados, he encontrado también un altar en el que estaba grabada esta inscripción: AL DIOS DESCONOCIDO.'"

Los griegos, que inventaron la geometría, la filosofía y la democracia, eran gente precavida. Sospechaban que había muchos dioses más allá de su horizonte, pasados o por venir, y que al menos uno de ellos faltaría en sus templos. Dedicar un altar al olvidado era apaciguar por anticipado su ira.

Giorgio de Chirico, *La angustia de la espera*, Fundación Magnani Rocca, Corte de Mamiano.

Pablo predica convencido de que su Dios era el desconocido que el mundo antiguo esperaba ansiosamente. Si hubiera tenido menos prisa de anunciar a los atenienses reunidos para escucharlo sus propias certidumbres, quizá habría posado un momento su mirada sobre ese previsor altar. Entonces habría podido percibir un lugar de arcadas desiertas, de sombras estiradas, uno de esos presagios enigmáticos y como solapados, semejantes a los que gustaba componer el pintor Giorgio de Chirico en su juventud, para restituirnos, como decía su amigo Apollinaire, "el carácter fatal de las cosas modernas". Y en la mitad de esa explanada donde el reloj de los siglos se ha detenido habría descubierto una efigie compuesta, contrariamente a la imagen que se acostumbra forjar de los colosos en peligro: pies de granito, mirada de arcilla, efigie fijada allí a título precario. Los servicios municipales remplazaban la cabeza de vez en cuando, al ser la identidad del ídolo central juzgada bastante indiferente por los sabios. Sólo el pedestal estaba hecho para perdurar.

Post scriptum: "Poca cosa. Mi biografía, finalmente, valía más que mi definición. Quedé más acá de mi porvenir con mi demasiado famoso 'Yo soy El que yo

soy'. Habría debido decir a Moisés: '…El que muere y deviene.' Soy el Ser cuya esencia es jugar a las escondidas, velarles mi rostro y volver por las espaldas para sorprenderlos. Milenio tras milenio. En el fondo yo era la poesía misma: un mito que dice la verdad. Y la verdad es que ustedes no pueden prescindir de un poema, de un sueño colectivo, de un destello de más allá, si quieren *vivir* y no sólo subsistir. Son demasiado pocos para lograrlo solos. Olviden los números. Pueden ser cinco mil millones, diez mil millones sobre esta tierra, sin colmar su insuficiencia de ser. Seguirán en carencia. Sugerí que era vuestra falta, con la historia del pecado original, para hacerme una imagen y de paso culpabilizarlos. Era, sépanlo, una manera de hablar. Encuentren otras si eso les place, pero a la vertical ustedes no escaparán. Nos reencontraremos. Ustedes y Yo u Otro… Adiós."

Notas complementarias

a) p. 12
Esta enseñanza, que se volvió más imperativa aún por la disgregación de las líneas jerárquicas de transmisión, presenta algunas dificultades de organización y de concepción. Su ausencia en los establecimientos educativos plantea problemas mucho más graves. Pensar, por ejemplo, en una "educación artística para todos" sin comenzar por lo que conforma nuestro patrimonio plástico y cultural, por lo único que permite acceder a ella, es bastante sorprendente. Por supuesto que la historia de las religiones en la laicidad exige un enfoque científico y no confesional o moralizante. El antimodelo caricaturesco es a este respecto España, donde los obispos nombran a los profesores. Esta enseñanza debe ser confiada a los docentes mismos, historiadores formados a ese efecto, y no a participantes externos o a los representantes del clero, sea cual fuere su confesión religiosa, con la finalidad de evitar tanto el proselitismo como el sectarismo. Existe el riesgo, en su defecto, de ver a las mentes jóvenes alejarse de la escuela laica para poder acceder a las fuentes de nuestra cultura y de nuestra historia. La República, con todo derecho, no *reconoce* a ningún culto. ¿Debe sin embargo rehusarse a *conocerlos*? Así en realidad se podría, en nombre de la tolerancia y de la loable preocupación por no introducir en la escuela las divisiones y los enfrentamientos religiosos propios de la sociedad civil, terminar acentuándolos, favoreciendo una derivación hacia los establecimientos privados, agresivamente confesionales. Al "efecto perverso" le sobra malicia.

b) p. 13
Mencionaré especialmente *Critique de la raison politique ou l'inconscient religieux* (Gallimard, 1981); *Cours de médiologie générale*, cuarta y quinta lección; *Le mystère de l'incarnation* y *L'expérimentation chrétienne* (Gallimard, 1991); *L'incompletude, logique du religieux* (*Bulletin de la Société Française de Philosophie*, 1996, Armand Colin), así como *Croire, Voir, Faire* (Odile Jacob, 1997).

c) p. 59
La superficie del territorio en el mundo animal es relativa a la densidad de los recursos alimentarios. Ella implica ciertos costos de defensa y debe, por consiguiente, reportar beneficios superiores en términos de supervivencia (limitación de los riesgos depredatorios, facilidades de acoplamiento, de adquisición de alimentos y de organización social). En general, los animales no defienden su territorio sino contra los miembros de su propia especie (ya que cada una tiene su propio dominio vital). La delimitación de los nichos respectivos puede efectuarse, especialmente entre los pájaros, por señales sonoras (cantos) o visuales (paradas). Entre los mamíferos las marcas odoríferas prevalecen, mediante la deposición de orina o heces. Para mantenerse mutuamente separados, los grupos humanos, más evolucionados, parecen haber recurrido también a marcas religiosas ostentatorias —pomposas—, alimentarias, de vestimenta y arquitecturales.

d) p. 81
El mundo pagano, para su suerte, respira una cierta felicidad de finitud, propia del carácter apolíneo, de lo que no se pueden excluir los basamentos geográficos. El cero y el infinito no han sido invenciones mediterráneas y no se sabe que los griegos, por más deportivos que hayan sido, hubiesen pensado en escalar el Olimpo. ¿En qué medida paisajes sin punto de fuga, con formas netas y asperezas precisas, a las que se puede caracterizar también de apolíneas, han contribuido no sólo al gusto por la definición, lógica y geográfica, de la Antigüedad clásica, sino también al realismo escrupuloso de la línea y de los contornos? Modelo de paisaje y modelo de pensamiento: el rechazo de la obra de Taine por parte de la ideología universitaria no facilitará el estudio de este tipo de intersecciones. Véase sobre este tema *Paysage mediterranéen* (Electa, Milán, 1992, catálogo para la Exposición Universal de Sevilla de 1992).

(e) p. 82
Desde un punto de vista religioso, el caso estadunidense es aberrante. ¿Es preciso recordar que la Iglesia católica, durante veinte siglos, ha sostenido siempre la necesidad de la pena de muerte, la cual, pese a algunos rechazos recientes y localizados, no es aún objeto de una condena formal *urbi et orbi*? La idea de que una redención ejemplar debe efectuarse mediante la sangre —según la lógica ancestral del sacrificio— no es sin duda ajena a esta prolongada aprobación de la pena de muerte. Más aún cuando el peor de los castigos aquí abajo no puede ser a sus ojos considerado como supremo, puesto que la suprema instancia de apelación se encuentra en el más allá.

(f) p. 226
Antes de la *Didascalia* de los Apóstoles, hacia 380, cuyo original griego está perdido, "conjunto de instrucciones dadas por los apóstoles a los obispos", existe la *Didaké* (o

doctrina de los doce apóstoles), de fines del primer siglo, con un espíritu todavía muy judaico, y que concede la primacía a los apóstoles, profetas y doctores. Después sigue la *Tradición apostólica*, texto griego atribuido a Hipólito de Roma, entre 197 y 218, traducido al latín hacia 375-400, y que fija la *paradosi*s, o sea la manera de transmitir la enseñanza de los apóstoles. Las *Constituciones apostólicas* son una compilación de ocho libros en griego cuyo autor hace hablar a los apóstoles.

(g) p. 234
El congreso comunista (canónico) respetaba la misma regla de unanimidad que el concilio católico. El espíritu de clase, como el Espíritu Santo, no podían contradecirse a sí mismos; por lo tanto la decisión última no podía ser tomada formalmente por la mayoría. Al tener por meta conseguir un consentimiento unánime de la Iglesia o del Partido, la resolución final compromete al cuerpo deliberante en toda su integridad, mística o proletaria. La unanimidad deviene así el signo en el cual se reconoce el carácter "sobrenatural" o "científico" de los actos de la asamblea creyente.

(h) p. 239
No olvidemos sin embargo que Voltaire, deísta anticristiano, es absoluta y visceralmente hostil al judaísmo. En el artículo "Tolerancia" del *Dictionnaire philosophique* puede leerse que los judíos son "el pueblo más intolerante y el más cruel de toda la Antigüedad". O incluso, en el artículo "Catecismo chino", se lee: "¡Ay de un pueblo lo bastante imbécil y lo bastante bárbaro para pensar que hay un Dios exclusivo de su provincia!" Su *Essai sur les mœurs* contiene un cálculo preciso de "los judíos exterminados por sus propios hermanos o por orden de su mismo Dios desde que erraron en los desiertos hasta el tiempo en que tuvieron un rey elegido por la suerte": la cifra llega a 239 020 víctimas. Más tarde habla de más de un millón de hombres. Todas las ocasiones le resultan buenas para ensombrecer el cuadro. El pensamiento de extrema derecha puede recuperar a Voltaire, antisemita y negrero. Diderot en cambio permanece inasimilable.

(i) p. 271
Recordemos que la palabra *Ioudaios*, en la época de san Juan, puede tener tres sentidos: 1] *geográfico*: el judeo o habitante del reino de Judá; 2] *étnico*: el miembro de la nación judía, que gozaba de un estatus cultural y jurídico en cualquier lugar del imperio; 3] *religioso*: el adepto a un culto monoteísta bien determinado. Diríamos hoy: israelí, judío, judaizante.

(j) p. 276
En un texto de 1936 titulado *L'élasticité américaine*, Paul Claudel, antes de evocar "las enormes provisiones de espacio y de vacío que le suministró ese continente rico en

desiertos", observa: "Existe en el temperamento estadunidense una cualidad que se expresa en la palabra *resiliency*, para la cual no encuentro en francés correspondencia exacta, puesto que une las ideas de elasticidad, de energía, de recursos y de buen humor." ¿Cómo decirlo mejor? (*Œuvres en prose*, La Pléiade, p. 1205).

(k) p. 291
La Bible enfin expliquée par plusieurs aumôniers de Sa Majesté le Roi de Prusse (título completo) fue publicada en 1776. Voltaire acompaña al texto de la Biblia, en plena página, mediante notas al margen, extremadamente severas para los excesos fabulatorios y las atrocidades del relato del Pentateuco. El Nuevo Testamento tiene derecho a un trato más indulgente.

(l) p. 339
"El efecto *jogging*": designa en mediología la reactivación de lo antiguo por lo nuevo, o el retorno de arcaísmos culturales en la huella del progreso técnico. Desde que los urbanizados van en automóvil corren más porque caminan menos.

(m) p. 391
Los militantes materialistas del último siglo no escapan a la regla que pone fuera de discusión, en un grupo, su razón de ser. Así, Rosa Luxemburg afirmó: "La lucha de clases no debería ser objeto de una libre crítica en el Partido." Cuanto más fuerte es el compromiso vital, más acentuado es el tabú racional. Kautsky, al final de su vida, dijo: "Si se probara un día que la concepción materialista de la historia y la concepción del proletariado como fuerza dirigente de la revolución por venir se han convertido en obsoletas, yo debería admitir que todo ha terminado para mí, y mi vida no tendría ya sentido."

(n) p. 402
La "salida de la religión" preparada por el desdoblamiento cristiano entre Dios y César, lo sagrado y lo profano, el Sacerdocio y el Imperio, tal como Marcel Gauchet lo hipotetiza, no concerniría más que a la sociedad. Para este autor, lo religioso continuaría hablando a los individuos, a título de sentimiento residual. Debe comprenderse que nosotros sostenemos la tesis contraria: que es más fácil a los individuos ganar la salida que al grupo de pertenencia, debido a la estructuración "religiosa" de lo colectivo.

(o) p. 414
Si se quisieran sistematizar los esfuerzos del pensamiento crítico, desde Epicuro hasta Freud, para explicar racionalmente lo irracional, aceptando por consiguiente reconocerle una cierta positividad o consistencia, veríamos delinearse, simplificando al má-

ximo, tres genealogías, tres familias de interpretaciones: los sostenedores de la sociogénesis, que leen la religión como el efecto en la conciencia de las relaciones sociales, evolucionando con tales relaciones, e incluso remediable como ellas (al menos en Feuerbach y en Marx); los sostenedores de la biogénesis (pudiendo Nietzsche coincidir aquí con Bergson); y los sostenedores de la psicogénesis, entre los cuales Freud sigue siendo el más célebre. En *El porvenir de una ilusión*, por ejemplo, extrapola de una patología individual a una normalidad social. Estas tres líneas concurrentes no son sin duda incompatibles: cada una de ellas, en todo caso, ignora a sus vecinas.

Bibliografía

Sólo se indican, capítulo por capítulo, los libros, revistas y artículos que pueden dar referencias útiles para una mejor comprensión del tema abordado.)

CAPÍTULO I Modo de empleo

Andreas Salomé, Lou, *Création d'un Dieu*, trad. francesa, Maren Sell, 1991.
Dagognet, François, *Philosophie d'un retournement*, Encre Marine, Fougères, 2001.
Gibert, Pierre, Maurice Jourjon y Henri Bourgeois, *Sens chrétien du monothéisme*, Facultad de Teología de Lyon, Ensayos e investigaciones, Lyon.
Hugo, Victor, *Dieu, I. L'esprit humain, II., Le seuil du gouffre*, Massin, t. X, 1971.
Leroi-Gorhan, André, *Le geste et la parole. Technique et langage*, Albin Michel, 1964.
——, *La mémoire et les rythmes*, Albin Michel, 1965.
——, *Les racines du monde*, Belfond, 1982.
Parrot, André, "Le Temple de Jérusalem", *Cahiers d'Archéologie Biblique*, Delachaux, 1954.
Ricœr, Paul, *Lecture 3. Aux frontières de la philosophie*, Seuil, 1994; y especialmente, "Entre philosophie et théo: la Règle d'or en question".
Trigano, Shmuel, *Le monothéisme est un humanisme*, Odile Jacob, 2000.
Vattimo, Gianni, *Étique de l'interprétation*, La Découverte, 1990.
Suret-Canal *et al.*, *La naissance des dieux*, Les Éditions de l'Union Rationaliste, París, 1964.
Philosophie et religion, Centre d'Études et de Recherches Marxistes, Éditions Sociales, 1974.

CAPÍTULO II Un término llamado origen

Albright, W. F., *De l'âge de la pierre à la chrétienté. Le monothéisme et son évolution historique*, Payot, 1951.
Anati, Emmanuel, *La religion des origines*, Bayard, 2000.
Bottero, Jean, *Naissance de Dieu. La Bible et l'historien*, Gallimard, 1986.
——, Marc-Alain Ouaknin y Joseph Moingt, *La plus belle histoire de Dieu. Qui est le Dieu de la Bible*, Seuil, 1997.
Brown, Raymond E., *Que sait-on du Nouveau Testament?*, Bayard, 2000.

Husser, J.-M., "Entre mythe et philosophie. La relecture sapientielle de Genèse 2-3", *Revue Biblique*, pp. 232-260, abril de 2000.
Lys, Daniel, *Treize énigmes de l'Ancien Testament*, Cerf, 1998.
Mimouni, Simon C., "Les origines du christianisme. Aux XIXe y XXe siècles en France. Questions d'épistémologie et de méthodologie", en *L'Orient dans l'histoire religieuse de l'Europe*, Brépols, 1999.
Mohen, Jean-Pierre, *Les rites de l'au-delà*, Odile Jacob, 1995.
Nodet, Étienne, *Essai sur les origines du judaïsme. De Josué aux pharisiens*, Cerf, 1992.
Segal, Abraham, *Abraham. Enquête sur un patriarche*, Plon, 1995.
Thompson, Thomas L., *The Bible in history. How writers create a past*, Random House, Londres, 1999.
Vallet, Odon, "L'héritage des religions premières", en *Une autre histoire de la religion*, Gallimard, col. Découvertes, 6 vols., 2000.
Le monde de la Bible, textos presentados por André Lemaire, Gallimard, 1998.
Les millénaires de Dieu. Une vieille histoire pleine d'avenir, Grenoble, Musée Dauphinois, 2000.

CAPÍTULO III En lo más alto de la duna

Berque, Augustin, *Écoumène. Introduction à l'étude des milieux humains*, Belin, 2000.
Comblin, Joseph, *Théologie de la ville*, Éditions universitaires, 1968.
Deleuze, Gilles y Félix Guattari, *Mille plateaux. Capitalisme et schizophrénie*, cap. 12, "Traité de nomadologie. La machine de guerre", Minuit, 1980.
Durand, Jean-Pierre y Jean-François Froger, *Le bestiaire de la Bible*, Destris, 1994.
Hari, Albert, *L'écologie et la Bible: l'eau, les animaux, les humains*, Édition de l'Atelier, 1995.
Lacarrière, Jacques, prefacio de Laurence Durrel, *Les gnostiques*, Albin Michel, col. Spiritualités, 1991.
Loti, Pierre, *Le désert*, Christian Pirot, 1a. ed. en 1923, 1977.
Mathiex, Jean, *Civilisations impériales. Kiron*, Éditions du Félin, 2000.
Miquel, Dom Pierre, *Dictionnaire symbolique des animaux, zoologie mystique*, Le Léopard d'Or, 1991.
Montagne, Robert, *La civilisation du désert. Nomades d'Orient et d'Afrique*, Hachette, 1947.
Robinson, Maxime, *Mahomet*, Seuil, 2a. ed., 1967 [*Mahoma*, México, Era].
Wunenburger, Jean-Jacques, "La forêt ou le sacre sauvage", *Le Beffroi*, revista filosófica y literaria, septiembre/noviembre de 1990.
Traverses / 19, "Le Désert", Centro Pompidou-CCI, junio de 1980.
"Le désert et la queste", *Cahiers de l'Université Saint-Jean de Jérusalem*, núm. 8, Bery International Ed., 1982.

CAPÍTULO IV El despegue alfabético

Bottero, Jean, *Mésopotamie: l'écriture, la raison et les dieux*, Gallimard, col. Folio Histoire, 1987.
Briquel-Chatonnet, Françoise, *Les inscriptions protosinaïtiques. Le Sinaï durant l'Antiquité et le Moyen Âge*, Coloquio Unesco, septiembre de 1997, D. Valbelle, París, Errance, 1998.
Chrysostome, Jean, *De l'incompréhensibilité de Dieu. Homélies 1-5 contre les anonéens*, Payot et Rivages, París, 2000.

Dagognet, François, *Écriture et iconographie*, Vrin, 1973.
Dorandi, Tiziano, *Le stylet et la tablette, dans le secret des auteurs antiques*, Les Belles Lettres, L'Âne d'Or, 2000.
Fitzmyer, Joseph A., *Response to 101 questions on the Dead Sea scrolls*, Paulist Press, Nueva York, 1992.
Glassner, Jean-Jacques, *Écrire à Sumer. L'invention du cunéiforme*, Seuil, 2000.
Goody, Jack, *L'homme, l'écriture et la mort*, Les Belles Lettres, 1996.
——, *Entre l'oralité et l'écriture*, PUF, 1994.
Ouaknin, Marc-Alain, *Invitation au Talmud*, Flammarion, col. Dominos, 2001.
Perrier, Pierre, *Évangiles de l'oral à l'écrit. Le sarment*, Fayard, 2000.
Piveteau, Jean-Luc, *Temps du territoire*, Zoé, Ginebra, 1995.
Puech, Émile, "Origine de l'alphabet. Documents en alphabet linéaire et cunéiforme du IIe millénaire", *Revue Biblique*, pp. 161-214, abril de 1986.
Schmandt-Besserat, S., *How writing came about*, Austin, University Texas Press, 1996.
Sirat, C., *Écritures et civilisation*, CNRS, Instituto de Investigación y de Historia de los Textos, Puech.
"L'écriture, ses diverses origines", *Dossier d'Archéologie*, núm. 260, febrero de 2001.

CAPÍTULO V Portátil pero todavía casero

Adéoussi, Claudia, "Le Saint-Siège et la question palestinienne", *Revue d'Études Palestiniennes*, octubre de 2000.
Barnavi, Élie, *Israël au XXe siècle*, PUF, 1982.
Eco, Umberto, "La ligne et le labyrinthe: les structures de la pensée latine", en *Civilisation latine*, bajo la dir. de George Duby, Olivier Orban, 1986.
Freud, Sigmund, *L'homme Moïse et la religion monothéiste*, Gallimard, 1a. ed., 1939, Folio, 1986.
Gonçalvez, Francolino J., "L'exil. Remarques historiques", *Théologiques*, 7/2, 1999, pp. 105-126.
Keel, Othmer y Christoph Uehlinger, *Dieux, déesses et figures divines. Les sources iconographiques de l'histoire de la religion d'Israël*, Cerf, 2001.
Levallois, Agnès y Sophie Pommier, *Jérusalem, de la division au partage?*, Michalon, 1995.
Leibowitz, Yeshayahou, *Israël et judaïsme. Ma part de verité*, Desclée de Brouwer, 1993.
Moubarak, Youakim, "La question de Jérusalem, 1 y 2", *Revue d'Études Palestinnienes*, núm. 6, invierno de 1993.
Schmidt, Francis, *La pensée du temple. De Jérusalem à Qumran. Identité et lien social dans le judaïsme ancien*, Seuil, 1994.
Stern, Ephraïm, "Religion in Palestine in the assyrian and persian periods", en *The crisis of israelite religion. Transformation of religious. Tradition in exilic and post-exilic times*, Bob Becking y Marjo Korpel (coords.), Brill, Leiden, Boston, Colonia, 1999.
"La Bible, images, mythes et traditions", *Cahiers de l'Hermetisme*, Centre de Recherches sur l'Imaginaire, Albin Michel, 1995.
"La politique de l'Église au Moyen-Orient", *La Documentation Catholique*, núm. 2203, 2 de mayo de 1999.

CAPÍTULO VI Uno para todos

Celse, *Contre les chrétiens*, Phébus, 1999.
Coutin, André, *La vie du Christ après sa mort*, Philipp Lebaud-Éd. du Félin, 1998.
Dodd, Charles-Harold, *La prédication apostolique et ses développements*, trad. francesa, Éditions Universitaires, 1964.
Duquesne, Jacques, *Jésus*, Desclée de Brouwer, Flammarion, 1994.
Ellul, Jacques, *La parole humiliée*, Seuil, 1981.
Grant, Robert M., *Le dieu des premiers chrétiens*, trad. francesa, Seuil, 1971.
Imbert, Jean, *Le procès de Jésus*, PUF, col. Que sais-je?, 1980.
Lamour, Denis, *Flavius Josèphe*, Les Belles Lettres, 2000.
Peña-Ruiz, Henri, *Dieu et Marianne. Philosophie de la laïcité*, PUF, col. Fondements de la politique, 1999.
Renan, Ernest, *Du judaïsme et du christianisme*, Desclée de Brouwer, 1995.
"Les origines de la chrétienté", *Cahiers Histoire*, revista de historia crítica, núm. 76, Questions Nouvelles, 1999; especialmente Maurice Sachot, *Les origines du christianisme au crible de la médiologie*.
Bible et christologie, Commission Biblique Pontificale, Cerf, 1984.
"Jésus dans l'histoire", *Dossiers d'Archéologie*, núm. 249, diciembre de 1999-enero de 2000.

CAPÍTULO VII El cuerpo mediador

Badiou, Alain, *Saint Paul. La fondation de l'universalisme*, PUF, Collège International de Philosophie, 1997.
Balthasar, Hans Urs von, *Qui est l'Église*, prefacio y trad. de Maurice Vidal, *Cahiers de l'École Cathédrale*, Éditions Parole et Silence, 2000.
Boismard, Marie-Émile, *À l'aube du christianisme. Avant la naissance des dogmes*, Cerf, 1998.
Daniélou, Jean y Henri Marrou, *Nouvelle histoire de l'Église, t. 1, Des origines à saint Grégoire le Grand*, Seuil, 1963.
Diéguez, Manuel de, *Et l'homme créa son Dieu*, Fayard, 1984.
Faivre, Alexander, *Ordonner la fraternité. Pouvoir d'innover et retour a l'ordre dans l'Église ancienne*, Cerf, 1992.
Jacques-Jouvennot, Dominique, *Choix du successeur et transmission patrimoniale*, L'Harmattan, 1997.
Mimouni, Simon C., "Paul de Tarse. Éléments pour une réévaluation historique et doctrinale", en *Le judéo-christianisme dans tous ses états*, Cerf, 2000.
Pomeau, René, *La religion de Voltaire*, Nizet, 1956.
Savart, Claude, *Introduction à l'histoire de l'Église*, Mame, Cahiers de l'École Cathedrale, 1993.
Taubes, Jacob, *La théologie politique de Paul*, Seuil, 1999.
Vallin, Pierre, *Histoire politique des chrétiens*, Nouvelle Cité, 1987.
L'Église: institution et foi, obra colectiva, Bruselas, Facultad Universitaria Saint-Louis, 1984.

CAPÍTULO VIII Salve Regina

Bechtel, Guy, *Les quatre femmes de Dieu*, Plon, 2000.

Mondzain, Marie-José, *Image, icône, économie. Les sources byzantines de l'imaginaire contemporain*, Seuil, col. L'ordre philosophique, 1996.

Prigent, Pierre, *L'art des premiers chrétiens. L'héritage culturel et la foi nouvelle*, Desclée de Brouwer, 1993.

——, *L'image dans le judaïsme. Du IIe al VIe siécle*, col. Le monde de la Bible, núm. 24, Labor et Fides, 1991.

Quenot, Michel, *L'icône*, Cerf et Fides, col. Bref, 1987.

Tertuliano, "La toilette des femmes", *Sources Chrétiennes*, núm. 173, 1971.

Toubert, Hélène, *Un art dirigé. Réforme grégorienne et iconographie*, Cerf, 1990.

Vallet, Odon, *Femmes et religions*, Gallimard, col. Découvertes, 1994.

——, *Le honteux et le sacré. Grammaire de l'erotisme divin*, Albin Michel, 1998.

Vircondelet, Alain, *Je vous salue Marie. Representations populaires de la Vierge*, Édition du Chêne, 1996.

Wirth, Jean, *L'image à l'époque romane*, Cerf, 2000.

Les ailes de Dieu. Messages et guerriers ailés entre Orient et Occident, dirigido por Marco Bussagli y Mario D'Onofrio, catálogo de exposición, Silvana Editoriale, 2000.

"Observatoire de la parité entre les hommes et les femmes. Procès-verbal des auditions", *Religions et Franc-maçonnerie*, marzo-septiembre de 1996.

L'interdit de la représentation, Coloquio de Montpellier, 1981, Seuil, 1984.

L'image et la production du sacré, Françoise Dunand, Jean-Michel Spieser y Jean Wirth (dirs.), Méridiens-Klincksieck, 1991.

Byzance et les images, La Documentation Française, col. Conférences et colloques du Louvre, 1994.

CAPÍTULO IX La última llama

Baroni, Victor, *La contre-réforme devant la Bible. La question biblique*, Lausana, La Concorde, 1943.

Chartier, Roger, *L'ordre des livres. Lectures, auteurs, bibliothèques en Europe, entre le XIVe et le XVIIIe siècle*, Alinéa, Aix-en-Provence, 1992.

Colas, Dominique, *Le glaive et le fléau. Généalogie du fanatisme et de la societé civil*, Grasset, 1992.

Debray, Régis, *Christophe Colomb. Le visiteur de l'aube*, La Différence, 1992.

Dupuigrenet-Desroussilles, François, *Dieu en son royaume. La Bible dans la France d'autrefois, XIIIe-XVIIIe siècle*, Bibliothèque Nationale, Cerf, 1992.

Gilmont, Jean-François, *La réforme du livre, 1517-v. 1570*, *Jean Calvin et le livre imprimé*, Ginebra, Droz, 1997.

Johannet, Yvonne, *Tourner la page. Livres, rites et symboles*, Jérôme Millon, 1988.

Marientras, Élise, *Les mythes fondateurs de la nation américaine*, Maspero, 1977.

Martin, Henri-Jean, *Histoire et pouvoirs de l'écrit*, Librairie Académique Perrin, col. Histoire et décadence, 1988.

Wunenburger, Jean-Jacques, "De la terre promise à l'ouest américain: les transformations d'un espace-temps mytique", en *La Bible: images, mythes et tradition*, Albin Michel, Cahiers de l'Hermétisme, 1995.
"Millénarisme et utopie dans les pays anglo-saxons", *Anglophonia*, núm. 3, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1998.
Le livre et l'historien, estudios dedicados en honor del profesor Henri-Jean Martin, Droz, 1997.
Le pouvoir des bibliothèques. La mémoire des livres en Occident, Marc Baratin y Christian Jacob (dirs.), Albin Michel, 1996.
La passion des manuscrits enluminés. Bibliophiles français: 1280-1580, catálogo de exposición de la Bibliothèque Nationale, 1991.

CAPÍTULO X Cristo parricida

Baschet, Jérôme, *Le sein du père. Abraham et la paternité dans l'Occident médiéva*l, Gallimard, col. Le temps des images, 2000.
Batut, Jean-Pierre, *Dieu le Père Tout-Puissant*, Cahiers de l'École Cathédrale, Parole et Silence, 1998.
Bœspflug, François, *La trinité dans l'art d'Occident: 1400-1460, Sept chefs-d'œuvre de la peinture*, Presses Universitaires de Strasbourg, 2000.
Boureau, Alain, *Théologie, science et censure au XIII^e siècle. Le cas Jean Peckham*, Les Belles Lettres, col. L'Âne d'Or, 1999.
Brosse, Oliver de la, "L'Église de France face aux problèmes de communication", *Revue d'Éthique et de Théologie Morale*, núm. 210.
Coutin, André, *La vie du Christ après sa mort*, Philippe Lebaud, 1998.
Delumeau, Jean, *La peur en Occident, XIV^e-XVIII^e siècle*, Fayard, 1978.
——, *Rassurer et protéger*, Fayard, 1989.
——, *Le christianisme va-t-il mourir?*, Hachette, 1977.
Rémond, René, *Le christianisme en accusation*, Desclée de Brouwer, 2000.
"La paternité", *Melampous*, Revue de l'Association Française des Magistrats de la Jeunesse et de la Famille, núm. 7, 1997-1998.

CAPÍTULO XI Cada cual para sí

Babes, Leila, *Les nouvelles manières de croire*, Éditions de l'Atelier, 1996.
Dery, Mark, *Vitesse virtuelle. La cyberculture aujourd'hui*, Abbeville, 1997.
Ferreux, Marie-Jeanne, *Le New Age. Ritualités et mythologies contemporaines*, L'Harmattan, col. Nouvelles Études Anthropologiques, 2000.
Hervieu-Léger, Danièle, *Le pèlerin et le converti. La religion en mouvement*, Flammarion, col. Champs, 1999.
Kepel, Gilles, *La revanche de Dieu. Chrétiens, juifs et musulmans à la reconquête du monde*, Seuil, 1991.
Poulat, Émile, *L'ère postchrétienne*, Flammarion, 1994.
——, *Liberté laïcité. La guerre des deux France et le principe de la modernité*, Cerf/Cujas, col. Étique & Societé, 1987.

Weber, Max, *Essais de sociologie des religions. I*, Drôme, Éd. A. Die, 1992.
Lapointe, Guy, "L'espace liturgique éclaté", *Maison Dieu*, núm. 197.
La globalisation du religieux, Jean-Pierre Bastian, Françoise Champion y Kathy Rousselet (dirs.), L'Harmattan, col. Religion et Sciences Humaines, 2001.
"Les religions et le petit écran", *Autres Temps*, núm. 69, primavera de 2001.
"L'acte de memoire", *Revue d'Éthique et de Théologie Morale*, Le Supplément, núm. 210, septiembre de 1999, Cerf.
"L'avenir du religieux", *Revue des Deux Mondes*, junio de 1999.
Futuribles, núm. 200, julio-agosto de 1995, "Yves Lambert. Vers une ère post-chrétienne".
Archives des Sciences Sociales des Religions, núm. 109, enero-marzo de 2000, pp. 87-116.

CAPÍTULO XII Lo eterno del Eterno

Certeau, Michel de, "L'institution du croire, Notes de travails", *Recherches de Sciences Religieuses*, LXXXI, pp. 61-80.
——, *La faiblesse de croire*, Seuil, 1987.
Derrida, Jacques y Gianni Vattimo, *La religion*, Seuil, 1996.
Freud, Sigmund, *L'avenir d'une illusion*, PUF, 1995 [*El porvenir de una ilusión. Obras completas*, vol. 21, Buenos Aires, Amorrortu, 1976].
Lévi-Strauss, Claude, *Tristes tropiques*, cap. XXXIX, "Taxila", Plon, 1955.
San Agustín, *La foi chrétienne. Œuvres*, t. 8, Desclée de Brouwer, 1951.
Schmitt, Jean-Claude, *Le corps, les rites, les rêves, le temps. Essais d'anthropologie médiévale*, Gallimard, 2001.
Wirth, Jean, *La naissance du concept, XII^e^-XVI^e^ siècle*, Bibliothèque d'Humanisme et de Renaissance, vol. XLV, 1983, pp. 7-58.
"Le religieux et le politique. Dieux en societés", *Autrement*, febrero de 1992.
"La croyance", *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, núm. 18, Gallimard, otoño de 1978.
"Qu'est-ce que croire?", *Agone*, núm. 23, Marsella, 2000.

Créditos fotográficos

Adagp, París, 2001: 155, 419; AFAA/MAE: 392; Artephot/Oronoz: 81 arriba, 198; Yann Arthus-Bertrand/Altitude: 166-167; bpk, Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz: 267; Cartier-Bresson H./Magnun Photos: 411; Colección R. Bellour: 297; Cliché Biblioteca Nacional de Francia, París: 5, 66, 99, 131, 192, 194, 216-217, 233, 283 arriba; Bridgeman Giraudon: 97, 245 (Bridgeman Giraudon-Lauros), 251, 295; (Bridgeman Giraudon Jurgens), 321; Pierre-Marc de Biasi: 398; John Craven (DR): 309, 365; Jean-Loup Charmet: 41; G. Dagli Orti, París: 38 arriba; Dört Eissfedt (DR): 364; J. Drouin: 98; Édimédia: 32, 86, 301; Le Figaro: 44; David Harris (DR): 94; Hulton Getty/Stone: 9; Erich Lessing/A.K.G.: 162; MediaLab/INA: 374; Louise Merzeau: 25, 47, 63, 65, 96, 101, 112-113, 142 abajo, 144, 146, 172, 174, 197, 208, 219, 220, 244, 248, 257, 260, 268, 276, 283 abajo, 310-311, 317, 319, 327, 339, 342, 348, 355, 371; Museo de Arte y de Historia del Judaísmo, París: 132, 196; Museo de Israel, Jerusalén: 12 (Zav Radovan), 142 arriba, 143 (Zav Radovan), 266; Museo del Louvre, departamento de antigüedades orientales: 116, 122; Museo Nacional de Antropología, Madrid/Pablo León: 263; Photos12.com: 54 (col. Cinéma), 137 (Col. Cinéma), 160 (Col. Cinéma), 223 (ARJ), 254 (ARJ), 328 (Col. Cinéma), 353 (Cie12); Fototeca de los museos de la ciudad de París: 222, 325 (cliché Joffre); Jacques de Potier/Scoop-Paris Match: 380; Photo RMN: 38 abajo (cliché H. Lewandowski), 50 (cliché H. Lewandowski), 77 (cliché H. Lewandowski), 107 (cliché H. Lewandowski), 118, 134 (J. G. Berizzi), 185 arriba (cliché M. Beck-Coppola), 185 abajo (cliché H. Lewandowski), 214 (J. G. Berizzi), 224 (cliché Michèle Bellot), 271, 333 (cliché R.G. Ojeda), 369 (cliché H. Lewandowski); Marc Riboud: 352; Denis Roche: 378; Michel Setboun: 372; Scala: 149, 179, 211, 231, 247, 259, 419; Staatliche Museen zu Berlin-Preussischer Kulturbesitz, Vorderasiatisches Museum: 135; Stone: 26-27; Jean Vigne: 284; Colección Viollet: 72, 74 arriba, 124, 204 (Harlingue-Viollet), 239, 264, 335 (Harlingue-Viollet); reproducido con autorización de The Trustees of the Wallace Collection, Londres: 243; 2001 Yad Vashem, The Holocaust Martyrs, and Heroes, Remembrance Authority: 368.

Derechos reservados: 18, 36, 48, 59, 69, 74, 79, 80, 83, 138, 140, 150, 158, 178, 188, 195, 210, 236, 255, 259, 270, 275, 280, 282, 287, 290, 303, 307, 308, 315, 324, 329, 344, 359, 361, 362, 367, 376, 401, 409.

Índice

I. Modo de empleo 9

LIBRO UNO: Coronación

II. Un término llamado origen 29
III. En lo más alto de la duna 61
IV. El despegue alfabético 91
V. Portátil pero todavía casero 129

LIBRO DOS: Despliegue

VI. Uno para todos 169
VII. El cuerpo mediador 201
VIII. Salve Regina 241
IX. La última llama 277

LIBRO TRES: Borradura

X. Cristo parricida 313
XI. Cada cual para sí 345
XII. Lo eterno del Eterno 387

Notas complementarias 421
Bibliografía 427
Créditos fotográficos 435

impreso en programas educativos, s.a. de c.v.
calz. chabacano 65 - local a
col. asturias - 06850 méxico, d.f.
28 de octubre de 2005